

NICOS CASANDSAKIS

Informe al Greco

Edición de Carmen Vilela Gallego



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Nicos Casandsakis

Informe al Greco

Edición de Carmen Vilela Gallego

Traducción de Carmen Vilela Gallego

CÁTEDRA

Contenido

Introducción

Nicos Casandsakis: el hombre, el escritor, el pensador, el intelectual

Informe al Greco

¿Por qué lo dirige al Greco?

Su vida, sus ancestros, sus padres

Creta

Ideas filosóficas y religiosas e influencias en su pensamiento

Su religiosidad: Dios, Cristo

Nietzsche

Bergson

Buda

Lenin

La *Mirada Cretense*

Su obra literaria. Claves de su creación

Lengua y estilo

Esta edición

Cronología de la vida y obra de Nicos Casandsakis

Bibliografía

INFORME AL GRECO

Cómo vi escribir *Informe al Greco*

Informe al Greco

Prólogo

I. Los ancestros

II. El padre

[III. La madre](#)
[IV. El hijo](#)
[V. La Escuela de Primaria](#)
[VI. La muerte del abuelo](#)
[VII. Lucha de Creta y Turquía](#)
[VIII. Vidas de santos](#)
[IX. Deseo de huida](#)
[X. Degüello](#)
[XI. Naxos](#)
[XII. Libertad](#)
[XIII. Desasosiegos de adolescencia](#)
[XIV. La irlandesa](#)
[XV. Atenas](#)
[XVI. Regreso a Creta-Cnosós](#)
[XVII. Peregrinación a Grecia](#)
[XVIII. Italia](#)
[XIX. Mi amigo el poeta. El Monte Atos](#)
[XX. Jerusalén](#)
[XXI. Desierto. Sinaí](#)
[XXII. Creta](#)
[XXIII. París. Nietzsche, el Gran Mártir](#)
[XXIV. Viena. La enfermedad](#)
[XXV. Berlín. Una judía](#)
[XXVI. Rusia](#)
[XXVII. Cáucaso](#)
[XXVIII. El regreso del Hijo Pródigo](#)
[XXIX. Sorbás](#)
[XXX. Cuando la semilla de la Odisea prendió en mí](#)
[XXXI. La mirada cretense](#)
[Epílogo](#)

[Anexo. Nota informativa del editor-investigador](#)

[Glosario de términos no traducidos](#)

[Créditos](#)

INTRODUCCIÓN

NICOS CASANDSAKIS: EL HOMBRE, EL ESCRITOR, EL PENSADOR, EL INTELLECTUAL

Nicos Casandsakis es el escritor más universal que han dado las letras neogriegas y una de las mayores personalidades del siglo XX . Dotado de un excepcional talento polifacético, su obra abarca todos los géneros literarios: poesía lírica y épica, drama, ensayo, crítica literaria, diarios de viajes y novela —a la que se debe su mayor éxito y su fama mundial—. Fue también traductor de Homero y Esquilo, y de multitud de autores modernos, reportero y guionista cinematográfico. Y en toda su producción literaria destaca por su talla intelectual como filósofo y pensador.

Casandsakis fue, y es, un personaje muy controvertido, sobre todo en Grecia. Entre sus compatriotas provocaba una mezcla de reverencia, desconfianza y envidia, pero también miedo, porque con sus escritos se propuso remover conciencias. Ya desde la aparición de su primer libro, *Serpiente y lirio* (1906), escrito cuando su autor no tenía más de veintitrés años, fue acusado de inmoralidad; periódicos como *Estía* y *Eznicós Kirix* lo tacharon de comunista, ateo y antipatriota, y la Iglesia ortodoxa intentó impedir que circularan sus obras.

Aun así, son muchas las voces autorizadas de su tiempo que lo ensalzan como artista y como persona, considerándolo uno de los mejores escritores de Europa, comparable a los grandes novelistas rusos del siglo XIX . Y, desde luego, fue querido y leído —y sigue siéndolo— por las gentes sencillas de su tierra natal, y por cuantos griegos y extranjeros que conocen su obra, porque en ella encuentran la expresión de los anhelos del hombre, de sus inquietudes y angustias existenciales, de tal manera que a todos nos resulta familiar lo que dice, como si nosotros mismos lo hubiéramos sentido alguna vez.

En esta Introducción nos proponemos hacer una semblanza de la persona, la obra y el pensamiento del autor nacido en Iraclio (Creta) en 1883 y fallecido en Friburgo (Alemania) en 1957, siguiendo a través de la obra que presentamos, *Informe al Greco*, «la línea roja trazada con gotas de su sangre» ¹ que señala su andadura entre los hombres, entre las pasiones y las ideas. Porque, igual que al propio escritor, a nosotros también nos interesa más exponer la peripecia espiritual de su existencia y su trayectoria creadora que los hechos y fechas de su vida literaria. Pretendemos, por tanto, señalar las constantes que se repiten en su obra, aclarar los puntos oscuros de este escritor gigante y ayudar a comprender sus fuentes de inspiración.

No obstante, los amantes de los datos concretos y de las fechas disponen al final de esta Introducción de una secuencia cronológica de su vida y de su obra.

«INFORME AL GRECO»

Ha sido considerado por muchos intelectuales, algunos de ellos griegos, el escrito en prosa más importante de toda la literatura neogriega. Comenzó a escribirlo en julio de 1955, terminándolo en febrero de 1956, en Suiza, aunque parece que lo estaba preparando desde 1929 ² . Se publicó en 1961, después de su muerte. Acerca de su naturaleza y contenido, el propio autor nos explica en su Prólogo:

 Mi *Informe al Greco* no es una autobiografía: mi vida personal sólo tiene un valor, muy relativo, para mí y para nadie más. El único valor que le reconozco es este: su lucha por ascender peldaño a peldaño y por llegar tan alto como se lo permitían su fuerza y su obstinación a la cima que por mi cuenta he denominado la *Mirada Cretense* ³ .

Así pues, no se trata de una autobiografía en sentido estricto, es un testamento espiritual escrito al final de su vida, la historia

de un itinerario interior y el último mensaje donde explica la génesis de algunas de sus obras (en concreto, directamente muchos de sus *Diarios de viajes*, *El pobrecillo de Asís*, *Serpiente y lirio*, *Vida y hechos de Alexis Sorbás*, *Ascética* y *La Odisea*) y donde, sin pretenderlo, nos proporciona indirectamente una valiosa información sobre los procedimientos de su creación y precisa el significado filosófico, moral y religioso de toda su producción literaria. Por otra parte, en este Informe, apelando a su memoria, nos habla de aquellas personas cuyas ideas dejaron un fuerte impacto en su vida y en su pensamiento.

A esta especie de autobiografía Casandsakis le da el título de *Informe al Greco*, empleando la metáfora de la rendición de cuentas que un soldado hace a su general, en este caso el pintor cretense afincado en España, maestro del arte: «[...] porque él está amasado con la misma tierra cretense que yo y puede comprenderme mejor que todos los luchadores que viven o han vivido» ⁴ .

Con ello quiere advertirnos que se trata de la crónica de su lucha, a lo largo de toda su vida, por conquistar su libertad, que él cifrará en la «*Mirada Cretense*», uno de los últimos capítulos y el más significativo de este «Informe».

¿POR QUÉ LO DIRIGE AL GRECO ?

Desde su primera visita a Toledo, en su primer viaje a España en 1926, al contemplar *in situ* las pinturas del pintor cretense, se despierta en Casandsakis un sentimiento de identidad con su antepasado. Sus impresiones y el impacto que en él produce la ciudad y la pintura del Greco los tenemos reflejados en su libro *Viajando: España* ⁵ , y también en las cartas que escribe desde Toledo a su compañera Eleni Samíu:

Este paisaje recuerda a Creta, a los alrededores de Cnosós. Olivos, tierra roja... La aldea peina un ribazo a los pies del cual corre el Tajo. Solamente allí, sobre las rocas y

a orillas del río es donde he sentido y comprendido intensamente el alma del Greco [6](#) .

Poco después, desde Madrid, el 10 de septiembre de 1926, le escribe: «El Greco se convierte para mí en una gran lección, un modelo que indica el camino a seguir» [7](#) .

Al regreso de su segundo viaje a España (1932) compuso un poema de 166 versos en tercetos dedicado al pintor cretense, el segundo de la serie de 21 Cantos, las *Tertsinas (terza rima)*, poema que veremos además insertado en la obra que nos ocupa.

El Greco era cretense y allá donde iba llevaba con él a Creta, como Casandsakis. En España firmaba sus cuadros como *El Cretense*, y en su arte estaba profundamente influenciado por las tradiciones bizantinas y árabes. En su obra pictórica se aprecia un sincretismo entre Oriente y Occidente, papel que nuestro autor asigna también a la isla de Creta, como veremos.

Casandsakis en una carta a Prevelakis, otro cretense, le dice:

Nosotros somos cretenses, diferentes de algún modo a los europeos y a los griegos; africanos, fuego puro, Greco puro, que no se preocupan por la *raison raisonnante* ni por el decoro de solteronas... El Greco ha plasmado perfectamente nuestra alma cretense. Sea definitivamente nuestro gurú e intentemos seguirlo en la Palabra [8](#) .

Sabemos que El Greco, como Casandsakis, sufrió la incompreensión, el desprecio, y la persecución por parte de los poderes civiles y religiosos por ir contra corriente y no ajustarse a las ideas establecidas. Su pintura no gustó a Felipe II por el tratamiento que daba a las figuras bíblicas y por sus colores brillantes, que no movían a la oración, según el monarca. Por otra parte, hubo de enfrentarse a la Inquisición, entre otras cosas, porque las alas de sus ángeles eran más grandes de lo normal. Sin embargo, el cretense jamás se doblegó ni cedió ante las dificultades; las afrontó con valentía y tenacidad, con esa actitud que Casandsakis llama «orgullo cretense», que nada

tiene que ver con la soberbia sino con la dignidad; su respuesta fue siempre que la pintura no puede someterse a recetas y cánones, es una creación personal del espíritu, inspiración pura, y debe disponer de absoluta libertad.

Pero en la elección de su compatriota como receptor de su Informe hay motivos de índole aún más profunda. En las formas alargadas de las figuras que pinta El Greco, en los rostros enjutos, desprovistos de carne, de sus santos, en sus manos casi inmateriales, en sus ojos, desmesuradamente abiertos, como si quisieran penetrar hasta la esencia de las cosas, en la luz que transforma la materia y casi la eleva, Casandsakis percibe una dimensión mística, la angustia del Greco por encontrar la sustancia detrás de las apariencias, la lucha por someter la materia al espíritu. En este aspecto El Greco también coincide con Casandsakis.

En su libro *Viajando: España* dice:

El Greco concebía el cuerpo como un obstáculo pero, al mismo tiempo, como el único medio de que el alma dispone para expresarse a sí misma... Es por lo que nunca rechazó el cuerpo... Lo que para El Greco hacía cristalizar el cuerpo no era el juego de la carne y la luz; era el alma, el alma invisible que ha de hacerse visible. Esta es la razón por la que cuando miramos los retratos del Greco nos sentimos poseídos por un estremecimiento metafísico [9](#).

Y en el *Informe al Greco* leemos:

[...] tú arrojabas los cuerpos, los santos, los hidalgos, los monjes al crisol de tu mirada, los fundías como metales, los despojabas de su escoria y separabas el oro puro de su alma, ¿qué alma?, la llama [10](#).

Mauricio Barrès dice que las pinturas del Greco son un complemento a los escritos de santa Teresa de Jesús y a los

poemas de san Juan de la Cruz ¹¹ . No hay que olvidar que la santa de Ávila es una de las referencias espirituales de Casandsakis —junto con don Quijote— y a ella dedicó una de sus *Tertsinas* .

Parecen obvias, pues, las razones que movieron a Casandsakis, presintiendo ya próxima la muerte, a dirigir su testamento espiritual al Greco, cuya figura simboliza para él una conciencia superior. Lo llama Abuelo y quiere que sea él quien juzgue la trayectoria vital de un luchador, cretense, como él, que nunca dejó de combatir.

SU VIDA, SUS ANCESTROS, SUS PADRES

Los primeros capítulos de esta autobiografía están dedicados a sus ancestros, a sus padres, a su abuelo materno y a su infancia en Megalo Castro, hoy Iraclio.

De la familia materna no habla mucho, a excepción del abuelo, una figura entrañable para él, siempre dulce y sonriente, de mejillas sonrosadas y ojos azules, que se presentaba en casa por Navidad como un san Nicolás, con un lechón asado envuelto en hojas de limonero. Tampoco de la madre da mucha información en su obra, si bien dice de ella que era una mujer dulce y sumisa, siempre silenciosa, ensimismada en las tareas del hogar. En su fantasía infantil la imagina como una nereida que una noche de luna su padre raptó del río ¹² .

Su padre, en cambio, tiene una gran presencia en esta autobiografía. Los Casandsakis eran originarios de un pueblo llamado Barbari (hoy Mirtiá). Cuando el emperador Nicéforo Focas recuperó de los árabes la isla de Creta, en el siglo X , se dice que agrupó en este pueblo a todos los enemigos supervivientes, de ahí el nombre de «Bárbaros» que se dio a la villa.

Mijalis Casandsakis, el padre de Nicos, tenía orígenes campesinos y había ascendido socialmente a la condición de pequeñoburgués, comerciante acomodado, aunque nunca

estuvo incluido en la élite de los comerciantes de Megalo Castro y siempre conservó los valores de la cultura popular, que daba gran importancia a la fuerza física y a la valentía.

Lo que Casandsakis nos dice de él en sus obras *El Capitán Mijalis* e *Informe al Greco* —y nos dice mucho— resulta confuso y contradictorio. En la primera, cuyo protagonista es un trasunto de su padre, nos lo presenta como un valiente, jefe de una partida de revolucionarios que lucha en las montañas de Creta por la libertad, su máspreciado bien, y que goza de prestigio y fama entre sus paisanos de Megalo Castro. Un hombre que desprecia la instrucción intelectual, una fiera, un enemigo declarado de los maestros, un furibundo anticlerical pero profundamente creyente en la fe ortodoxa. El hijo, niño aún, admira su valentía y su vigor físico, pero al mismo tiempo siente un temor ante él que lo anonada.

Yorgos Fanurakis ¹³ lo califica de hombre valiente, bondadoso, filántropo, de pocas palabras, tosco, duro, muy dado a la bebida y, desde luego, muy lejos de esa imagen romántica de revolucionario combatiente con la que lo vemos en *El Capitán Mijalis*. De hecho, en el levantamiento de 1889 se marchó al Pireo con su familia hasta que se calmó la situación, y en el de 1898, próxima ya la liberación de la isla, llevó a su esposa e hijos a Naxos.

Pero sí parece cierto que gozaba de prestigio y reputación entre las gentes del pueblo por su actitud bravucona contra los turcos en las callejuelas de Megalo Castro, tal y como lo vemos en la novela, actitud, por otra parte, frecuente entre muchos de los varones cristianos de la ciudad. En lo que todos están de acuerdo es en que era un hombre que inspiraba temor, sobre todo a su propio hijo.

En el *Informe al Greco*, el hijo se muestra tremendamente duro con su padre:

Hay en mí profundas tinieblas: mi padre ¹⁴.

Nunca había mirado a mi padre con ternura; el miedo que me provocaba era tan grande que todo lo demás,

amor, respeto, familiaridad, desaparecía [15](#) .

Aunque en lo que respecta a su aversión a las letras, no es eso lo que se deduce de la lectura de la pág. 457 del mismo libro:

Mi padre era salvaje, inculto, pero cuando se trataba de mi desarrollo intelectual no me negaba nada. Un día que estaba a gusto le oí que decía a un amigo suyo: «¡Al cuerno las dichosas viñas; quiero que las malditas pasas, el vino, el aceite, toda mi cosecha se conviertan en papel y tinta para mi hijo; tengo confianza en él!». No escatimaba sacrificios.

Igualmente, cuando el pequeño Nicos quiere aprender hebreo para leer la Biblia en la lengua original, su padre accede a ponerle un profesor de esa lengua; más adelante lo inscribe en la escuela católica de Naxos para que reciba una buena instrucción, y se siente orgulloso ante el lote de libros que el niño ha recibido en premio a su buen aprovechamiento: «No has deshonrado a Creta», le dice. Y una vez terminados sus estudios de Derecho, le paga un año de viaje al lugar que él elija, permitiéndole ampliar estudios en París. No parece esta la actitud de un hombre que desprecia la instrucción intelectual.

En ocasiones lo vemos elogiar a su padre, su sentido de la responsabilidad, su amor a la libertad. Pero su empuje, su fuerza, su dureza de carácter paralizan al joven cretense, que sólo con la muerte se siente liberado:

[...] sentí un alivio inconfesable, impío; me sentía liberado de un peso, de una sombra; había sido cortada la cuerda misteriosa e invisible que me ataba a la sumisión y al temor [...]. En toda mi vida sólo había temido a un único hombre, a mi padre. ¿A quién iba a temer ahora? [16](#) .

Conocemos la infancia de Casandsakis a través de su mirada de adulto. Es él, al final de su vida, no el niño que fue, quien nos

habla del clima de odio y terror que sus ojos infantiles presencian en los de los cristianos y en los de los turcos, de las ofensas recibidas por su pueblo y de las luchas de Creta por la libertad. Dos palabras se repiten permanentemente en el relato de su infancia: Dios y libertad. Las dos marcarán toda su vida. Desde niño se siente abrumado por el peso de la responsabilidad, por ser útil a Creta con las armas de las que dispone, el estudio.

La educación recibida en el colegio católico de Naxos le abrió la mente a nuevas ideas, que ya desde la adolescencia transforma en crisis existenciales. Así, por ejemplo, cuando descubre que la Tierra no es el centro del universo, o que el hombre desciende del mono.

A través de su confesión al Greco se percibe una personalidad compleja, llena de contradicciones e incoherencias que él mismo intenta explicar y armonizar. Como él mismo nos dice, su entorno familiar y los genes heredados de un padre fuerte y duro y de una madre sensible y sumisa determinaron su psicología. Por su origen social está más próximo a las gentes del pueblo que a la burguesía culta de su ciudad, y esto se refleja en los personajes que aparecen en sus obras, hombres sencillos llenos de sabiduría popular.

En cuanto a su carácter, sin llegar a ser un hombre taciturno ni un misántropo, prefirió siempre, incluso desde joven, la soledad a la compañía:

Nunca he sido un misántropo, siempre he amado a los hombres, pero de lejos, y cuando alguien venía a verme, se despertaba el cretense que llevo dentro y celebraba recibir a un hombre en mi casa. Durante un buen rato me sentía contento, lo escuchaba, sentía empatía con él, y si podía ayudarlo, lo ayudaba gustoso. Pero si el contacto y la charla duraban demasiado tiempo, me retraía y no veía el momento de quedarme solo [17](#) .

De adolescente, se rapa el pelo para no tener que verse obligado a salir con los amigos, en Atenas lo vemos recorriendo

solo el Ática, y en París, estudiando a Nietzsche, en lugar de asistir a fiestas y salir con muchachas.

A propósito de la mujer, el sexo femenino está muy presente en todas las obras de Casandakis, pero en todas ellas el autor observa ante la mujer una idéntica y única actitud: la mujer es pura carnalidad, la carne es maravillosa pero es un peligro y un serio obstáculo en la marcha ascendente de todo hombre que esté preocupado por llegar a la cima de la liberación interior. Por tanto la mujer debe ser apartada, cuando no eliminada [18](#) . Desde este punto de vista, es hermosísimo el elogio que en el Epílogo dirigido al Greco hace de su segunda esposa, Eleni Samíu:

He amado a algunas mujeres; he sido afortunado en esto, he encontrado en mi camino mujeres extraordinarias [...]. Y sobre todas, una, la última [...]. Pobreza, miseria—tienen razón los cretenses al decirlo—, pobreza, miseria no son nada, basta con tener una buena esposa; nosotros dos hemos tenido una buena esposa, la tuya se llamaba Jerónima, la mía, Eleni. ¡Qué suerte la nuestra, abuelo! ¡Cuántas veces al mirarlas nos hemos dicho para nuestros adentros: «¡Bendita la hora en que nací!».

Pero las mujeres, ni siquiera las más amadas, no nos han desviado de nuestro camino; no hemos seguido nosotros el suyo, lleno de flores, las hemos llevado con nosotros, o mejor dicho, no las hemos llevado, ellas, por propia voluntad, compañeras valientes, nos han acompañado en nuestra ascensión [19](#) .

En el *Informe al Greco* sólo son dos las mujeres a las que dedica un capítulo —aparte de su madre—: la irlandesa y la judía. La primera lo inicia en el sexo y la segunda en el comunismo.

Se ha dicho que esta violencia hacia el sexo femenino nada tiene que ver con la relación real del poeta con las mujeres, y hay que enmarcarla en el contexto del esteticismo de D'Annunzio.

Sin embargo, muchas de sus afirmaciones al respecto hacen que nos cueste ser benévolos (véase la de la página 299).

De Casandsakis se ha dicho que era un hombre torturado, atormentado por la verdad, un místico, un desesperado. Sobre su angustia vital leemos en el *Informe al Greco* :

 Mi juventud había estado llena de angustias, pesadillas e interrogantes; mi edad adulta, llena de respuestas incompletas; miraba las estrellas, los hombres, las ideas, ¡qué caos! ¡Y qué angustia perseguir entre ellos a Dios, el pájaro azul de garras rojas! Emprendía un camino, llegaba hasta el final y me encontraba un abismo [...]. Todos los caminos de la mente llevaban al abismo: terror y esperanza, he aquí los dos polos entre los que habían girado en el vacío mi juventud y mi vida madura [20](#) .

Pero nunca admitió ser un desesperado. En una carta al crítico Yorgos Jatsinís respondía airadamente a esta acusación:

 Se escribe que Casandsakis es un desesperado. Esto es absolutamente falso; es el mayor malentendido con el que se ha interpretado mi obra. No sé cómo expresarlo... sólo más allá de la absoluta desesperanza se encuentra la esperanza. Pobre del que no ha podido subir el terrible sendero que hay por encima de la desesperación; este sí es un desesperado sin remedio. El otro, el que ha podido subir el peldaño, es el único que sabe lo que quiere decir alegría imbatible e inmortalidad [21](#) .

Una faceta fundamental en su personalidad es su cosmopolitismo, resultado de sus amplísimas lecturas. Y sobre todo de sus viajes: «A lo largo de mi vida mis mayores benefactores han sido los viajes y los sueños» [22](#) .

Recorrió de forma exhaustiva Grecia, Italia, Alemania, Austria, Suiza, Chipre, España, El Sinaí, Jerusalén, Egipto, el Lejano Oriente, Rusia y, por supuesto, Francia, país en el que se instaló.

De sus viajes e impresiones hay muchos testimonios en *Informe al Greco*, pero también en sus crónicas de reportero y en sus *Diarios de Viajes*, con los que inaugura el género en la literatura neogriega. Le gusta viajar solo, ligero de equipaje, y no se limita a dejar constancia de lo que ven sus ojos. Sus relatos de viaje están plagados de reflexiones sobre las ciudades o los lugares que visita, y sobre los personajes que dejan huella en él — Tolstói, Lenin, san Francisco de Asís, don Quijote, santa Teresa de Ávila, El Greco, etc., a muchos de los cuales les dedica un Canto en las *Tertsinas* —; mira a los hombres, viaja para aprender y presta especial atención a los restos del pasado y al espíritu de los pueblos.

En los restos del pasado reconocía Casandsakis las obras inmortales del espíritu eterno del hombre, que gracias al arte se libera de su pasado animal. Aunque también en el esplendor cultural de un pueblo ve el comienzo de su decadencia:

Los griegos han santificado cada palmo de esta tierra con su esfuerzo, lo han subordinado a un alto sentido y este sentido forma ya parte de su esencia; por medio de la belleza y la pasión contenida, transformaron su física en metafísica; apartaron la vegetación, la tierra y las piedras y descubrieron escondida en lo más hondo, fresca, su alma. Y a esta alma le dieron un cuerpo: unas veces un gracioso templo, otras veces una leyenda y otras, un alegre dios local [23](#) .

La arqueología es asimismo un ingrediente de su producción literaria. En su juventud tuvo lugar el descubrimiento del palacio de Cnosós por Evans y esta extraña cultura, aún desconocida, la primera en el tiempo en su isla, llama profundamente su atención y muchas de sus obras tienen como tema el pasado minoico de Creta —las rapsodias cretenses de la *Odisea* (1938), los dramas *Kouros o Teseo* (1955) y *Odiseo* (1955), la novela *En el palacio de Cnosós* (1940)—, o aluden a él: *Vida y hechos de Alexis Sorbás* (1946), *El Capitán Mijalis* (1953).

CRETA

Pese a su cosmopolitismo y a su amplísima cultura, Casandsakis siente un profundo orgullo de ser cretense, se define a sí mismo como tal, es decir, la síntesis de un occidental, un asiático y un africano y confiesa que nada en el mundo ama más que Creta y que esta isla determina decisivamente su pensamiento y su trayectoria intelectual. Creta es la explicación y la causa de su proceso vital y artístico. La historia de la isla, sus héroes, sus gentes, su paisaje, son sus temas preferidos. El amor y la admiración que siente por Creta y por el modo de pensar y ser cretense, por su lengua y por sus costumbres, pueden rastrearse en todas sus obras, no sólo en las llamadas «cretenses». En *El Capitán Mijalis* Creta es la auténtica protagonista de la trama, símbolo y mito de las luchas por la libertad; su poema épico *La Odisea*, compendio de su pensamiento filosófico, es también un hermoso himno a su tierra natal y la novela *Vida y hechos de Alexis Sorbás* tiene como escenario la tierra y los hombres cretenses, pese a que el episodio real de la explotación de la mina sucedió al sur del Peloponeso. Pero es en *Informe al Greco* donde la presencia de Creta se impone de forma rotunda. La primera parte la ocupan los antepasados, los padres, la infancia y adolescencia, en Creta, del escritor, en la segunda mitad narra sus sucesivos regresos a la isla donde ahora descubre la cultura minoica, en la que se basará para simbolizar el concepto de la «*Mirada Cretense*» (capítulo XXXI). Y en el capítulo XXVIII, titulado «El regreso del Hijo Pródigo», nos revela que fue en una playa solitaria de Creta donde gestó su novela *Vida y hechos de Alexis Sorbás* y lo que él considera «SU OBRA» por antonomasia, *La Odisea*.

Pero la representación de Creta que tiene en el pensamiento y que transmite en sus obras no es una simple nota folclórica o regionalista. Va mucho más allá, tiene un valor universal. En la pág. 180 de *Informe al Greco* dice:

Existe en Creta una especie de llama, llamémosla una fuerza vital, más potente que la vida y que la muerte; hay

orgullo, obstinación, valentía, y junto a todo esto, algo distinto, inexpresable, imponderable, que hace que te sientas contento y al mismo tiempo aterrado de ser hombre.

Creta inspira a Casandsakis el más alto amor por la libertad y el sentido de la dignidad y su autoafirmación como hombre:

Amor a la libertad, no aceptar esclavizar el alma ni siquiera por el Paraíso; juego de valientes, por encima del amor y del sufrimiento, por encima de la muerte; romper los antiguos moldes, incluso los más sagrados, cuando se te han quedado estrechos: estos son los tres grandes gritos de Creta [24](#) .

Y en los momentos más inspirados, Creta grita dentro de él, le exige sentido de la responsabilidad. Su compromiso con el hombre se genera en Creta:

Mi corazón se puso a palpar con fuerza por los hombres que tienen hambre y que sufren la injusticia, que ya no soportan más y van al ataque. Se diría que toda mi sangre cretense había olisqueado revolución y se había puesto a bullir; había visto una vez más ante mí a los eternos adversarios: la Libertad y la Esclavitud, y Creta surgió en mis entrañas y lanzó un grito [25](#) .

En los hombres sencillos de Creta ve Casandsakis la expresión del *élan* vital de Bergson:

[...] son hombres sencillos, campesinos cretenses que, siguiendo el impulso de su corazón, suben, sin jadear, las más altas cimas que el hombre puede alcanzar —la libertad, el desprecio por la muerte, la creación de una ley nueva—. Aquí se te descubre el sublime origen del hombre. Porque ves que esta bestia de dos patas,

siguiendo caminos diferentes a los intelectuales, ha conseguido llegar a ser hombre [26](#) .

Para el autor cretense Creta es una encrucijada de culturas, un puente entre Europa, Asia y África. En una carta dirigida a Jurmusios le revela la importancia de Creta y de su concepto de la «*Mirada Cretense*» para entender su *Odisea* y su héroe Ulises.

Pero quisiera pedirte que te des cuenta de que escribo sobre Creta tal y cómo la siento en mi interior y de la gran importancia filosófica —síntesis de Grecia y Oriente— que doy a Creta. Ni Grecia ni Oriente: Creta. Esa es la clave para entrar en *La Odisea* [27](#) .

Creta es, pues, un elemento clave para comprender la trayectoria vital y la obra del autor. No obstante, no hay que interpretarla únicamente como la pasión que un hijo siente por la tierra que le ha dado el ser. Es preciso encuadrar su actitud ante Creta en el momento histórico del modernismo europeo [28](#) , una de cuyas notas es la creación de mitos patrios —la Andalucía de Lorca, por ejemplo—, entre los que la mitología cretense se convierte en un fetiche.

IDEAS FILOSÓFICAS Y RELIGIOSAS E INFLUENCIAS EN SU PENSAMIENTO

Como ya decíamos en nuestra Introducción a *El Capitán Mijalis*, la cosmovisión de Casandsakis, su sistema de pensamiento, es idealista y está lleno de contradicciones —aparentemente, al menos—, expresión de su turbada, inquieta y angustiosa vida interior. Pero también es cierto que, inconformista hasta el final de su vida, siempre adopta una actitud crítica ante las corrientes ideológicas de su época, aunque, desde luego, influyeron en su pensamiento.

Sus contemporáneos y las generaciones posteriores le han reprobado esta su particular «odisea» espiritual, que mezclaba tendencias ideológico-filosóficas tan contradictorias como el existencialismo, especialmente en su versión nietzscheana, bergsonismo, escepticismo, nacionalismo, comunismo, cristianismo y misticismo. Sin embargo, si se sigue cada uno de los hilos de esta compleja trama de influencias de las que nos habla en *Informe al Greco*, se podrá comprender que son hitos, por los que pasó en etapas sucesivas de su vida, sin desechar ninguno de ellos y que forman un todo indisoluble en su pensamiento, resultado de su permanente lucha por armonizar contrarios, como vía de ascensión y libertad. Así nos lo explica él mismo:

Cristo, Buda, Lenin no eran más que hitos en el camino; por ellos había tenido que pasar, ellos señalaban el paso del pájaro misterioso, ellos eran los ojeadores que me habían ayudado a levantar el Grito [...].

Las andaduras y desvíos de mi espíritu, vistos cada uno por separado, parecían tiempo perdido, algo propio de un cerebro inmaduro, anárquico; pero todos juntos, ahora lo veía, constituían una línea recta a la que en este accidentado terreno sólo los desvíos podían hacer avanzar. Y mis infidelidades a las grandes ideas que me habían seducido, desencantado y abandonado sucesivamente, todas juntas constituían una fidelidad inquebrantable a la esencia [29](#) .

SU RELIGIOSIDAD: DIOS , CRISTO

Por nacimiento y educación, los pilares que sustentan el andamiaje ideológico de Casandsakis son el cristianismo y, en cierta medida, el judaísmo a través de la Biblia. A ellos hay que añadir lo que el propio pensador declara: «Si quisiera destacar

los hombres que han dejado una huella más profunda en mi alma, señalaría a Homero, Buda, Nietzsche, Bergson y Sorbás»
[30](#) .

Yorgos Stamatíu [31](#) describe la trayectoria y la actitud del escritor ante el cristianismo como sigue:

En su juventud su fe en la religión cristiana heredada de sus padres era inquebrantable. El anticristianismo de Nietzsche perturbó la fe de Casandsakis en el dogma cristiano y sobre todo en la proclamación de la recompensa o el castigo después de la muerte. Sin embargo, su liberación del cristianismo nunca llega a ser definitiva.

Y en efecto, el estudio de Nietzsche lo llevará a romper con lo que considera falsas creencias religiosas y a buscar un sentido nuevo a la religión.

Toda religión que promete al hombre lo que él desea empezó a parecerme un refugio para los miedosos, indigno de un hombre de verdad. «¿Es el camino de Cristo —me decía— el que lleva a la liberación del hombre? O, por el contrario, ¿es un cuento bien construido que promete el Paraíso y la inmortalidad con mucha astucia, con mucha maña, de tal manera que el creyente no pueda saber nunca si este Paraíso no es más que el reflejo de nuestra sed, porque sólo después de la muerte se puede juzgar y nadie ha regresado del otro mundo para decírnoslo?».

De repente la iglesia de Cristo, tal y como han hecho de ella los que llevan sotana, me pareció un aprisco en el que balan día y noche, echados los unos sobre los otros, millares de borregos dominados por el pánico, y que tienden el cuello y lamen la mano y el cuchillo que los degüella. Unos tiemblan porque tienen miedo de ser asados eternamente en las llamas, y otros tienen prisa por

ser degollados para pastar por los siglos de los siglos en un jardín eterno de primavera [32](#) .

Casandsakis nunca negó la religión en sí misma, lo que rechazó fue la religión que la iglesia oficial le ofrecía, «un caramelo para endulzar conciencias». Basta con leer el capítulo de *Informe al Greco* titulado «El Monte Atos» para ver el rechazo y la repulsión que tanto a él como a Sikelianós, su compañero en esta peregrinación, le produjeron la falsa religiosidad de los monjes, llena de superstición y de rutina, y cómo sintieron la necesidad de fundar una religión más auténtica, y encontrar un nuevo Decálogo para poder reclasificar los vicios y las virtudes.

Es preciso —nos decíamos y jurábamos cumplirlo—, es preciso que renovemos la ascética cristiana, que le infundamos un nuevo soplo creador. Es preciso; para eso hemos venido al Monte Atos [33](#) .

Mientras hablaba, pensaba para mí, sin decirlo: ¡un nuevo decálogo! ¡Un nuevo decálogo! Pero no sabía cómo este nuevo decálogo iba a catalogar las virtudes y los pecados; sólo una cosa me repetía a mí mismo: es absolutamente necesario. ¿Quién nos lo dará? [34](#) .

Este Decálogo lo compondrá él mismo y se titulará *Ascética*.

Su estudio de las principales religiones del mundo le llevó a conformar su peculiar fe cristiana. Cree en una religión dinámica y vitalista en consonancia con el impulso vital creador que se manifiesta en un misticismo que impulsa al hombre a «transustanciar la carne en espíritu», como anhelo de absoluta superación que le garantiza la serenidad interior y la unión con Dios.

Se ha tachado a Casandsakis de ateo. Nada más lejos de la realidad; el autor cretense era un hombre con un profundo sentido religioso, casi un místico.

Constantinos Tsatsos dice al respecto:

De todos los intelectuales y poetas griegos contemporáneos, el más religioso es Casandsakis. Sin ser eso que llamamos practicante, es el único que, luchando incansablemente con el problema religioso, se esfuerza por encontrar a Dios [35](#) .

Y el mismo Casandsakis, poco antes de su muerte, en 1952, escribe a Prevelakis: «La lucha del hombre y Dios, esto es lo que me interesa. Todo lo demás es basura social» [36](#) .

Su vida entera fue una angustiada búsqueda de Dios. A la caza de Dios peregrinó al Monte Atos, indagó en la vida de los santos, especialmente san Francisco de Asís, y se adentró en las filosofías de Oriente y Occidente.

Pero su Dios no encaja con el que nos transmite la tradición cristiana, —«el más alto mito de la metafísica de Occidente», según Casandsakis—, un Dios del que depende todo, de forma fatalista, del que el hombre espera la solución de todo, un Dios que nos ofrece la esperanza de un premio o un castigo en la otra vida. En definitiva, un obstáculo a la libertad. Su Dios no puede ser un sucedáneo que sirva para aportar consuelo.

No son pocas las citas de *Informe al Greco* en las que el cretense nos transmite su idea de Dios:

[...] en las nevadas llanuras de Rusia vi por primera vez claramente visible lo Invisible. Y cuando digo lo Invisible, no me refiero con ello a ningún Dios de los popes, ni a ninguna conciencia metafísica, ni a ningún Ser realmente perfecto, sino a la Fuerza misteriosa, que nos utiliza a nosotros, los hombres —y antes de a nosotros, a los animales, a las plantas, a la materia— como sus portadores, sus bestias de carga, y que se apresura, como si tuviera un Fin, a seguir el camino [37](#) .

En el cielo y en la tierra, en nuestro corazón y en el corazón de cada ser vivo, sopla un inmenso hálito al que llamamos Dios. Un gran Grito [...].

[...] poco a poco, Dios empezaba a liberarse de los popes. Dios para mí era ya este Grito [38](#) .

Unas veces lo define como «El terrible Amante que acecha en la oscuridad y nos hechiza». Otras, como «el espejismo del desierto, el pájaro azul de garras rojas». Y otras, —por influencia de Bergson—, como lucha, como la suprema cima del anhelo del hombre por transformar la carne en espíritu; como una cumbre que, cuando estás a punto de alcanzarla, se traslada constantemente más arriba. Dios es el despiadado e incesante intento del hombre por superarse a sí mismo. En fin, nuestro cretense identifica a Dios con la culminación del proyecto humano.

[...] sólo un camino, sólo uno, lleva a Dios: el ascendente. Nunca la cuesta abajo ni el camino llano; sólo el ascendente. Muchas veces he dudado; no he podido ver claramente qué sentido tenía esta palabra manoseada, manchada por los hombres, la palabra Dios; pero nunca he dudado sobre el camino que conduce a Dios —quiero decir, a la más alta cima del anhelo del hombre— [39](#) .

Cristo es otra de las figuras siempre presentes en su pensamiento y en su obra. Tras sus huellas, recorre Palestina y los Santos Lugares, le dedica un drama en verso, *Cristo* (1928), toda la rapsodia XXI de *La Odisea*, una de sus *Tertsi nas* y dos novelas: *Cristo de nuevo crucificado* (1948) y *La última tentación* (1951).

En una entrevista radiofónica realizada en Radio París, en 1955, dijo:

Desde niño me ha interesado la figura de Cristo. Esa unión tan misteriosa y auténtica del hombre con Dios, esa idea de reconciliación y fusión de Dios y el Hombre. Quise liberarme de esta idea obsesiva y escribí una obra literaria. Tras varios intentos diferentes, escribí una novela que está

íntegramente dedicada a la vida de Cristo, *La última tentación*. El espíritu de Cristo está también presente en mi reciente novela *Cristo de nuevo crucificado*. Pese a estos intentos, la cuestión del misterio de la unión del hombre con Dios, de la carne y el espíritu, de la muerte y de la inmortalidad, sigue siendo para mí algo inagotado [40](#) .

Casandsakis ve en Cristo el modelo de héroe combatiente que pasa por todas las etapas que exige la transformación de la carne en espíritu:

[...] yo sabía que [...] él no es el puerto al que se llega sino el puerto de donde se parte. Nos adentramos en un mar bravío y proceloso y durante toda nuestra vida nos esforzamos en echar el ancla en Dios. Cristo no es el fin, es el comienzo; no es la bienvenida, es el «¡buen viaje!». No está sentado sobre mullidas nubes, reposando, lucha contra las olas junto con nosotros, con los ojos fijos en el cielo, en la estrella polar, y sostiene el timón. Por eso me gusta, por eso iré con él.

Lo que por encima de todo me hechizaba y me infundía coraje era cómo el hombre que había en Cristo había emprendido el camino, con qué valentía y con qué lucha, con qué loca esperanza, para llegar a Él y unirse con Él; hacerse uno con Él indisolublemente. No hay otro camino para llegar a Dios, sólo este: luchar, siguiendo las huellas ensangrentadas de Cristo, transformar el hombre que hay en nosotros mismos y hacerlo espíritu, hacer que se una a Dios.

Lucha entre la carne y el espíritu, rebelión y resistencia, reconciliación y sumisión, y finalmente, el más alto objetivo de la lucha, la unión con Dios: he aquí el camino ascendente que tomó Cristo [...] He aquí el supremo deber del hombre que lucha.

Cada instante de Cristo es lucha y victoria. Venció el imbatible atractivo del placer humano sencillo, venció todas las tentaciones; transformaba sin cesar la carne en espíritu y seguía un camino ascendente [41](#) .

Busca un Cristo que responda a las necesidades y angustias del mundo actual: «El mundo da vueltas y cambia de preguntas, de angustias, de demonios; quizá Cristo tuviera algo nuevo que decir para curar las nuevas heridas, para dar un nuevo rostro, más viril, al amor» [42](#) .

Pero al igual que las pinturas del Greco no gustaron al rey porque no entendió la espiritualidad que transmitían sus santos, la religiosidad, el Dios y el Cristo de Casandsakis no gustaron a los poderes religiosos de su tiempo, ni a los católicos ni a los ortodoxos. El Vaticano se apresuró a incluir *La última tentación* en el Índice de Libros Prohibidos y el Santo Sínodo de la Iglesia de Grecia recurrió a la Justicia, solicitando que se prohibiera la circulación de sus obras.

Y no sólo las Iglesias actuaron airadamente contra Casandsakis; también el Estado lo acusó de comunista y, entre bastidores, se entrometió en el comité responsable de los Premios Nobel para impedir que se le concediera dicho galardón a su escritor más universal, para el que estaba propuesto en 1956. Sobre esta cuestión hablaremos más extensamente con motivo de la obra *La última tentación*, cuya traducción seguirá a esta.

NIETZSCHE

«Heridas profundas y benditas las que Nietzsche abrió en mí y que los misteriosos ungüentos de Bergson no podían curar...» [43](#) . Estas palabras, salidas de su pluma, nos anticipan lo que la filosofía de Nietzsche significó para el escritor, a quien dedica todo un capítulo de su autobiografía, uno de los más importantes de esta obra, porque nos informa del impacto que causaron en el

joven cretense las teorías nietzscheanas sobre el espíritu dionisiaco, el Eterno Retorno, el Superhombre y la muerte de Dios, y sobre las consecuencias que tuvieron en su vida espiritual.

Casandsakis descubre a Nietzsche, casualmente, en 1907 en París, donde cursaba estudios superiores de Derecho y seguía las lecciones de Bergson en el *Collège de France*. «Nietzsche me enriqueció con nuevas angustias y me enseñó a transformar la desdicha, la amargura, la incertidumbre en arrogancia» ⁴⁴.

Él mismo confiesa que el destino le tendió una trampa inevitable en París, y que el descubrimiento de Nietzsche fue el momento más decisivo de su vida. No sólo constata su parecido físico con el filósofo alemán sino, además, observa que tienen muchos rasgos psicológicos comunes: Nietzsche es un hombre atormentado por la enfermedad y las incomprendiones en su medio intelectual; es un solitario y un viajero empedernido. Casandsakis también se siente torturado por sus luchas espirituales, ideológicas e intelectuales. Por otra parte, existe una enorme similitud en las ideas de ambos.

Casandsakis, pues, se entusiasma con Nietzsche, hace sobre él una tesis doctoral, *Federico Nietzsche en la filosofía del Derecho y del Estado* (1909), traduce sus obras *Así habló Zaratustra* (1912) y *El origen de la tragedia* (1913), visita su tierra natal y diversos lugares relacionados con el filósofo alemán (1923), publicando las anotaciones de estos viajes en su libro *Viajando: Inglaterra* (1940). Habla constantemente de él en sus cartas y publica un artículo en el periódico *Eléfceros Tipos* titulado «Federico Nietzsche» (1926) y, más tarde, en 1934, le compone una de sus *Tertsinas*.

Nietzsche le descubrió el valor del sentido dionisiaco de la vida, que no es sólo una exaltación de lo vital sino que tiene un fondo escatológico, pues su meta es liberar al hombre de los temores y ataduras formales. El dionisismo enseña que de la muerte surge la vida, que se muere para que la vida no interrumpa su curso y continúe su marcha sin cesar. Cuando Dionisos hace ostensible su poder tomamos conciencia de que la muerte es uno de los rostros de la vida.

Dionisos hace pedazos la individualidad, se precipita sobre el mar de las apariencias y sigue sus terribles y volubles movimientos ondulantes. Hombres y fieras confraternizan; la muerte es también uno de los rostros de la vida, la malla abigarrada de la ilusión se rasga y tocamos pecho con pecho la verdad, ¿qué verdad?: todos nosotros somos uno; todos juntos creamos a Dios, Dios no es progenitor del hombre, es su descendiente [45](#) .

Dionisos en la tragedia griega es el dios de la máscara, el dios de las mil cosas, que, a aquellos de quienes se apodera, les desvela la verdad que hay oculta tras las apariencias. La metáfora de la máscara es una constante en la obra de Casandsakis.

Las teorías dionisiacas de Nietzsche, su fe en el hombre — pese a su nihilismo—, sus ideas vitalistas aparecen encarnadas en el protagonista de la novela de Casandsakis *Vida y hechos de Alexis Sorbás* (1946).

Pero Nietzsche además, con su teoría del Superhombre, ataca de frente las instituciones y los valores sociales, políticos, artísticos, ideológicos o religiosos de la cultura europea, basada en las ideas cristianas. El cristianismo —dice el filósofo alemán— con sus patrañas sobre la existencia de un mundo «más allá» de este, sus mentiras acerca de un dios trascendente, sus promesas de premios o castigos (Paraíso o Infierno) en la otra vida y su negación del valor de la vida terrenal, convierte a los hombres en esclavos y seres enfermos, y les niega la responsabilidad de su existencia, daña su conciencia y adultera el auténtico sentido de la salvación humana y de la ética.

El hombre, para dejar de ser esclavo y conquistar la libertad, tiene que rechazar todas esas mentiras y engaños cristianos y eliminar a Dios: «Dios ha muerto», el más allá no existe, estamos solos en el mundo y somos los únicos responsables del sentido de nuestra vida. El símbolo de este «nuevo hombre» es el Superhombre, un hombre por encima del común, el gran Negador que desprecia los consuelos de los conformistas y miedosos, y que se ha liberado del miedo ciego y de la vana

esperanza porque ha matado a Dios, y así se ha convertido en dueño absoluto de su destino y del sentido de su vida [46](#) .

Casandsakis nos confiesa lo que, en un principio, las teorías de Nietzsche supusieron para él:

La fe más desesperanzada me pareció no la más verídica, pero sí la más valiente; y la esperanza metafísica, un señuelo que un hombre de verdad no consiente morder. ¿Qué es lo más difícil, quiero decir, lo más digno del hombre que no lloriquea, que no suplica, que no mendiga? Eso es lo que quiero. Bendito sea Nietzsche, el asesino de Dios; él me ha infundido coraje para decir «¡eso es lo que quiero!» [47](#) .

Dios ha muerto, su trono se ha quedado vacío, nosotros vendremos a ocuparlo. ¿Nos hemos quedado solos en el mundo? ¿Ha muerto el amo? Tanto mejor. Ahora trabajaremos no porque él lo ordene, no por temor o por esperanza, sino porque nosotros mismos lo queremos.

¿Cómo procedía en su vida este profeta? ¿Cuál es su supremo mandamiento? Has de rechazar todos los consuelos —dioses, patrias, morales, verdades—, has de quedarte solo y empezar a crear tú mismo, sólo con tus fuerzas, un mundo que no avergüence a tu propio corazón. «¿Cuál es el peligro más grande? Eso es lo que quiero. ¿Dónde está el precipicio? Hacia allí me encamino. ¿Cuál es la alegría más viril? Asumir la plena responsabilidad [48](#) .

Parece desprenderse de estos párrafos que Casandsakis considera la muerte de Dios la clave de la conquista de la libertad y de la absoluta autonomía del hombre para ser dueño de su destino en la vida. El superhombre de Nietzsche asumía esta libertad aceptando el Abismo, la total soledad de la existencia.

Pero muy pronto, de una parte, los acontecimientos de la Europa de preguerra lo llevan a ver en las teorías de Nietzsche sobre el Superhombre el germen del nazismo alemán:

Pasó un vendedor de periódicos voceando noticias de guerra; la gente se paraba de pronto en la calle como si se les hubiera cortado la respiración; otros corrían a sus casas como si quisieran comprobar que sus hijos seguían con vida. [...].

—Ha llegado el Superhombre —le susurré al oído—, ¿era esto lo que querías? [...]

—Sembraste y ahora, mira la cosecha. ¿Te gusta? [...]

Cuando me levanté del banco del parque, solo ya, para irme, un bombardero sobrevolaba la ciudad totalmente en tinieblas, rugiendo [49](#) .

Y de otra, la idea de la muerte de Dios le desmantela por completo la cosmovisión cristiana que lo había nutrido desde la cuna. Este torpedo en la línea de flotación del navío de su existencia espiritual, hasta entonces, le provoca una auténtica crisis que llega a somatizar. En el capítulo que comentamos describe el impacto de su encuentro con el «satánico profeta».

Aceptar la muerte de Dios significa aceptar un universo sin sentido, sin una finalidad, sin una razón de ser, afrontar un abismo sin fondo [50](#) . «Ahora sabía que el cielo es un caos negro lleno de silencio y de indiferencia» [51](#) .

El Abismo de una muerte sin sentido produce en Casandsakis una angustia y un vértigo existenciales. ¿Cómo mirar de frente al abismo desnudo, horroroso, cómo es? ¿Cómo afrontar un cosmos en el que sólo reina la muerte y en el que la única perspectiva es el caos de la inexistencia? A la edad de sesenta años, Casandsakis encuentra la respuesta a esta angustia vital que, en el fondo, le había atormentado toda su vida y que lo había empujado a buscar diferentes caminos —Cristo, Buda, Lenin—.

La respuesta consiste en asumir el abismo de la muerte como algo inevitable, inherente al «flujo universal» al que la naturaleza humana está ligada, y mirarlo cara a cara sin miedo. Es lo que él llama una actitud de «nihilismo heroico» o de «arrogante pesimismo». «Si no podemos cambiar la realidad, tenemos que cambiar la mirada con la que contemplamos la realidad». Esta actitud valiente, heroica, de saber someterse libremente y sin miedo a lo inevitable, es lo que vendrá en llamar simbólicamente la «*Mirada Cretense*», de la que más adelante hablaremos.

BERGSON

Para contrarrestar el desasosiego y la angustia que le producen las teorías de Nietzsche, Casandsakis busca refugio en Bergson, cuyos cursos seguía en esa época y cuya filosofía respondía a ese difuso anhelo de espiritualidad que caracteriza el final del siglo XIX y que tanto influyó en los escritores de la época —Joyce, Machado, Proust, los surrealistas, etc.—. «Cuando, al día siguiente, iba a escuchar la voz mágica de Bergson mi corazón se sosegaba de nuevo; sus palabras eran un sortilegio hechicero, se abría una pequeña puerta en las entrañas de la fatalidad y penetraba la luz» [52](#) .

Bergson liberó al escritor cretense de la concepción mecanicista del mundo, le reveló la naturaleza del tiempo y le enseñó a ver las cosas que hay detrás de los signos que las representan. También le transmite la visión del Dios luchador, lo ilumina sobre el problema del libre albedrío y le da como arma la teoría del impulso vital. Este *élan vital* es el que garantiza la capacidad que tiene el hombre de perfeccionarse sucesiva y permanentemente; es la voz que impulsa al héroe de Casandsakis a alcanzar la libertad absoluta, un proceso que termina con la muerte al final del camino. Es también el motor de la evolución ascendente de todos los seres vivos del planeta; de la piedra al vegetal, del vegetal al mono y del mono al hombre.

Relacionado con esta evolución creadora está el concepto de la *metousiosi* (μετουσίωση) o transustanciación, concepto que la doctrina cristiana utiliza para explicar la transformación del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, y que Casandsakis toma prestado para explicar una idea de gran calado religioso, casi místico —que por otra parte es clave en el *Informe al Greco* y en la *Ascética* —, esto es, la transformación de la carne en espíritu, último paso de la evolución del hombre y meta de su camino ascendente.

Casandsakis explica este proceso con un hermoso símbolo, el del gusano de seda que transforma las hojas de morera que devora en un capullo de seda que será el envoltorio en el que se opera la transformación del propio gusano en mariposa:

Jamás he vivido tan identificado con el alivio mudo y la angustia del gusano de seda que, cuando todas las hojas de morera que ha comido se transustancian en su interior y se convierten en seda, empieza la creación; meneaba la cabeza a derecha e izquierda y retorciéndose, se arranca las entrañas, saca hilo a hilo la seda y con paciencia y misteriosa sabiduría teje su ataúd, blanco, dorado, todo él esencia preciosa [53](#) .

Las simbólicas palabras con las que el cretense nos explica estos místicos conceptos encierran una gran belleza:

[...] hay tres criaturas de Dios que siempre me han hechizado y con las cuales he sentido una misteriosa unidad; se me presentaban siempre como símbolos que expresaban la trayectoria de mi alma: la oruga que se convierte en mariposa, el pez volador que salta fuera del agua esforzándose por superar su naturaleza y el gusano de seda que convierte en seda sus propias entrañas.

Y cómo no, estos símbolos los toma de sus más remotos ancestros cretenses, los minoicos:

¡Qué indecible alegría sentí cuando vi por primera vez en las balanzas de oro encontradas en las tumbas micénicas una oruga grabada en uno de los platillos, y en el otro, una mariposa; sin duda símbolos tomados de Creta! El anhelo de la oruga de convertirse en mariposa ha sido siempre para mí el deber más imperioso de la oruga y del hombre, y al mismo tiempo el más legítimo. El que Dios te cree oruga y tú por medio de tu lucha te conviertas en mariposa.

La misma alegría y la misma emoción había sentido cuando vi en los frescos de Cnosós al pez volador desplegar sus alas y volar sobre el mar. Me había sentido entonces identificado con los antepasados más antiguos [54](#)

Pero tampoco Bergson calmará definitivamente la angustia existencial que domina su alma. Intentará encontrar remedio a su permanente desasosiego interior en la beatífica máscara de Buda, a quien dedica una obra de teatro, *Buda* (1956).

BUDA

En el capítulo XXIV del *Informe al Greco* nos relata su trayectoria hacia el budismo cuando se encontraba en Viena — corría el año 1922—. Buda, con su negación del yo y de la existencia, con su Nirvana, que suprime el deseo y proclama que todo en el mundo son fantasmagorías, le entusiasma en un principio, porque es un buen narcotizante para calmar sus desasosiegos ante la visión del ateísmo y de la Nada que le ofrecía Nietzsche.

Sin embargo, el budismo, si bien le ofrecía respuestas alentadoras, pronto entra en conflicto con la terrible realidad social que presencia en Berlín y en Viena en los años veinte, y Casandsakis llega a la conclusión de que Buda no es más que una máscara que tapa el abismo y el caos tras una beatífica

sonrisa, por lo que termina desechándolo. En el momento en que se sentía empujado a renunciar al nirvana, por la idea revolucionaria, san Francisco de Asís le muestra el camino a seguir: «un sendero abrupto, despiadado para el cuerpo y para los hábitos del hombre, con sus grandes preceptos, pobreza, obediencia, pureza». Pero en *Informe al Greco* confiesa que este camino no era para él; lo dice al final de su vida, cuando ya lo sabe por propia experiencia.

Ni Cristo ni Buda, ni Lenin darán una respuesta total y definitiva a su angustia existencial.

LENIN

Casandsakis entra en contacto con el comunismo durante su estancia en Berlín, en 1921, donde se relaciona con un círculo intelectual de mujeres judías —«círculo de fuego» lo llamará él, con una metáfora que encierra un doble sentido—, simpatizante de las ideas marxistas. El joven cretense, que ya desde la adolescencia había mostrado inquietudes por combatir durante toda su vida «la mentira, la servidumbre y la injusticia», para cuyos fines había fundado con dos amigos una *sui generis Filikí Etería* ⁵⁵, se sintió arrastrado por las proclamas comunistas de unidad de todos los hombres y su lucha en defensa de los hambrientos y oprimidos.

Las nuevas ideas desvanecieron en él las débiles creencias en el budismo, como nos confiesa en el capítulo XXV del *Informe al Greco* titulado «Berlín. Una judía»:

Sentía que mi corazón no estaba envuelto del todo en la túnica amarilla; quedaba todavía un palpito, muy rojo, que latía con obstinación y no permitía a Buda poseerme por completo. Dentro de mí había un cretense que se rebelaba y se negaba a entregar al pacífico conquistador el pan y la sal.

En Berlín lo comprendí. Cierro los ojos para recordar los pecados mortales que contra el budismo cometí en aquella ciudad ingrata [56](#) .

A raíz de estos contactos comunistas Casandsakis visitará Rusia tres veces, entre 1927 y 1930. Al principio se mostrará un ferviente defensor de las ideas de Marx y Lenin, incluso verá en san Francisco a un genuino comunista. No obstante, esta actitud casi fanática no tardará en perder fuerza y terminará afirmando que él no es comunista.

En 1927 viajó a Moscú invitado a participar en el Congreso sobre la Paz que se celebró en la capital con motivo del X aniversario de la Revolución Bolchevique. Las sensaciones de esta experiencia las relata en el capítulo XXVI. Se muestra emocionado ante la inmensidad del país, los millares de hombres de todas las razas asistentes al Congreso, las grandes pancartas donde se anuncian las obras realizadas y las que quedan por cumplir, las miles de personas reunidas en la Plaza Roja para venerar la tumba de Lenin. Junto a estos aspectos externos, lo que más cala en él es el enorme esfuerzo y la lucha llevada a cabo por los dirigentes del pueblo para levantar Rusia, lo que él explica desde un punto de vista filosófico y no materialista, por medio de la teoría del impulso vital bergsonianos que empuja a la ascensión del hombre.

No obstante, este gran movimiento ascendente —nos dice— lleva ya en sí mismo el germen de su destrucción, y expone esta teoría valiéndose de la metáfora de la gloria y destrucción de Pompeya, según la Ley del Eterno Retorno de Nietzsche:

Tan pronto como sean puestas las nuevas mesas, los esclavos empezarán a engordar y a aletargarse. Otras multitudes oprimidas se levantarán a su vez y de nuevo se pondrán al frente el Hambre y la Quimera, los dos guías de las almas. Y así, eternamente, rítmicamente, incesantemente. [...] la ley implacable empieza a operar a su vez: a medida que el organismo vivo cumple su deber de extenderse y dominar, más se acerca a su destrucción

[...] la fuerza de un organismo vivo genera fatalmente su catástrofe. [...] Así es como la vida libera los anhelos que hay en ella y avanza [57](#) .

En Rusia conoce al escritor rumano Panait Istrati, quien influirá en el afianzamiento de las ideas marxistas de Casandsakis, aunque esta amistad no termina bien debido a las purgas políticas de Stalin. A su vuelta a Atenas, acompañado del rumano-heleno, da una conferencia en el teatro Alhambra, cerca de la plaza Omonia, para explicar la gran hazaña humana que estaba protagonizando el pueblo ruso y sus dirigentes. Intenta exponer la situación limpiamente, sin prejuicios ni fanatismos, incluso advierte de los peligros internos y externos que amenazan todos estos logros.

Pese a todo, esta conferencia fue considerada subversiva, Panait Istrati es expulsado del país, el organizador del acto, D. Glinós, es procesado, encarcelado y desterrado, y el propio Casandsakis también es procesado, aunque el juicio se aplaza y no llega a celebrarse. No obstante, escribe su propia defensa dirigida a los jueces, un discurso denso y de enorme calidad literaria en el que pone de manifiesto, entre otras cosas, su posición ante la ideología comunista, ideas que, por otra parte, están reflejadas en su *Ascética*, en el libro *Viajando: Rusia* y en su novela *Toda-Raba* .

El interés de Casandsakis por la Revolución Bolchevique y por Rusia no es tanto político como idealista y humanista. Casandsakis ve la revolución como el movimiento de un pueblo unido que se levanta en pos de un ideal de justicia y libertad social; un símbolo más de la lucha del espíritu con la materia para someterla. Sus creencias comunistas están imbuidas de un mesianismo que en la *Ascética* llama metacomunismo materialista y que personifica en la figura de Lenin, a quien otorga la misión mesiánica y universal de renovar a Cristo. Sus anteriores fantasmagorías budistas vienen a ser sustituidas por un nuevo Salvador: Lenin. Él será el tercer profeta que conquiste a Casandsakis después de Cristo y Buda.

En la pág. 519 del *Informe al Greco* leemos:

¡Lenin!... Otro nuevo salvador —pensé—, lo han creado los hambrientos, los oprimidos, los esclavos, para poder soportar el hambre, la injusticia y la esclavitud. He aquí una nueva máscara de la desesperación y de la esperanza del hombre.

Y en la pág. 549 lo llama «figura llena de luz y de fuego» y lo asocia al «Milagro».

Rusia, en fin, fue una quimera importante en su pensamiento, le proporcionó las más grandes alegrías y las más amplias decepciones, y durante toda su vida no dejó de creer en lo que de bueno había en el comunismo. Veinticinco años después de su último viaje escribe de Rusia en su autobiografía.

LA «MIRADA CRETENSE »

Como ya hemos dicho más arriba, ni Nietzsche, ni Bergson, ni Buda ni Lenin pudieron sosegar sus angustias ante la visión del Abismo y la Nada que le ofrecía «la muerte de Dios». Será al final de su vida cuando obtenga respuesta a su angustiosa pregunta sobre cómo mirar el Abismo sin temor y sin falsa esperanza. Esa respuesta la encontrará en su Creta natal, por eso la llamará la «*Mirada Cretense*» .

Casandsakis reitera este concepto en varias de sus obras, pero es en *Informe al Greco* donde explica cómo surgió en él esta expresión que simboliza toda una actitud de vida, su particular modo cretense de estar en el mundo. Ante las siguientes palabras textuales, sobra todo comentario al respecto:

Contemplaba las tauromaquias pintadas en los muros, la flexibilidad y la gracia de la mujer, la fuerza infalible del hombre, cómo se enfrentaban con mirada carente de miedo al Toro enfurecido y jugaban con él; no lo mataban por amor, como en las religiones orientales, para mezclarse con él, o porque los dominara el miedo y no se

atrevieran a mirarlo, sino que jugaban con él con obstinación, con respeto, sin odio: puede que hasta con reconocimiento; porque esta lucha sagrada con el Toro aguzaba la fuerza del cretense, cultivaba la agilidad y la elegancia de su cuerpo, la precisión ardiente y contenida de su movimiento, el temple y la valentía, difícil de adquirir, para medirse con la fuerza espantosa del Toro sin dejarse dominar por el pánico. Así fue como los cretenses transmutaron el terror y lo convirtieron en un juego sublime en el que la virtud del hombre, en contacto directo con la omnipotencia irracional, se fortalecía y triunfaba. Vencía al Toro sin aniquilarlo, porque no lo consideraba un enemigo sino un colaborador [...] Así era, pensaba yo, contemplando, descrita en los muros, la eterna lucha del hombre con el toro, al que hoy llamamos Dios, así era la *Mirada Cretense*.

Y de repente una respuesta llenó mi mente [...] Esto era lo que buscaba, esto era lo que quería, esta *Mirada Cretense* era la que tenía que poner en los ojos de mi Odiseo [58](#) .

Esta *Mirada Cretense* trasciende los límites de la angustia existencial del individuo. Para Casandsakis es además la herramienta de la que dispone para afrontar el convulso mundo en el que ha tocado vivir.

Nuestra época es feroz; el Toro, las fuerzas tenebrosas subterráneas se han desatado, la corteza de la tierra se resquebraja; cortesía, armonía, equilibrio, dulzura de vivir, felicidad, todo esto son virtudes y dones de los que hemos de tener el valor de despedirnos; pertenecen a otras épocas pasadas o futuras. [...] el rostro de nuestra época es feroz, las almas frágiles no se atreven a mirarlo de frente [59](#) .

Pero no sólo del mundo minoico extrae los ingredientes que componen su particular modo cretense de mirar. También se lo inspira su Creta contemporánea, la Creta de todos los tiempos, síntesis de Oriente y Occidente. Así lo declara en su famosa carta abierta para responder a las críticas a su *Odisea*, publicada en el periódico *Nea Estía*, en 1943: «Creta es para mí la síntesis de Grecia y Oriente... el yo mira al Abismo sin descomponerse... esta mirada lo llena de coherencia, de orgullo y de valentía. Y esta mirada que mira así la vida y la muerte yo la llamo mirada cretense» [60](#) .

Igualmente, en su libro *Viajando, España* abundan las reflexiones y comentarios acerca de la especial idiosincrasia de los españoles, en los que ve una ardiente pasión por la vida, un desprecio absoluto de la muerte y la creencia de que no existe nada, aspectos todos ellos de la *mirada cretense* .

En una carta que desde España escribe a Renaud de Jouvenel dice: «Mirar de frente la Nada, abrasarse de amor a la vida, al camino que lleva a la Nada, esto es lo que yo amo y encuentro en esta tierra [España]» [61](#) .

Por otra parte, la actitud vital y ética que Casandsakis quiere significar con la expresión «la mirada cretense» tiene además un precedente en el «héroe romántico» de Byron, un ser inconformista, responsable de su propio código de valores, imbuido del más alto sentido de la libertad. Un tipo de héroe que Casandsakis conocía por sus lecturas de Byron y de Schiller, y cuyos arquetipos son el héroe clásico Prometeo y el Lucifer de Milton.

Hasta llegar a esta su nueva mirada, Casandsakis pasó toda una vida de luchas y angustias, pero a partir de ella encontró un asidero para no doblegarse ante la Nada y se vio libre de temores.

Desde aquel día —día de la *Mirada Cretense*, así lo llamé— mi vida cambió, mi alma comprendió dónde situarse y cómo mirar; también los terribles problemas que me atormentaban se calmaron [...]. Pero ahora, en la vejez, permanecía de pie ante el abismo, sereno, sin miedo, ya

no huía, ya no me sentía anonadado. O mejor dicho, no yo, sino el Odiseo que estaba creando; lo creaba para que afrontara con serenidad el abismo, y al crearlo, buscaba parecerme a él, me creaba a mí mismo [62](#) .

He aquí la respuesta: Si no podemos cambiar la realidad, cambiemos la mirada con la que afrontarla. Y al dotar de esa mirada a su Odiseo lo convierte en un arquetipo, una alternativa al Superhombre, al Negador nihilista de Nietzsche. «En este Odiseo depositaba todos mis anhelos; era el molde que yo forjaba para que el hombre futuro se vertiera en él [...] él era el sortilegio que conjuraba las fuerzas tenebrosas y luminosas que crean el futuro» [63](#) .

Las últimas palabras de su Confesión son de una belleza sobrecogedora. Al aceptar con mirada aguerrida y valiente lo Irremediable, Casandsakis encuentra la liberación por encima de la propia libertad. Ahora cobran sentido para nosotros las lacónicas palabras sobre la lápida bajo la que descansan sus restos, allá, en el bastión Martinengo de la muralla de su amada Iraclio:

Nada espero
Nada temo
Soy libre.

SU OBRA LITERARIA. CLAVES DE SU CREACIÓN

Leía *Vidas de santos*, escuchaba historias, mi oído captaba conversaciones, y todas estas cosas se transformaban, se deformaban dentro de mí, se convertían en llamativas mentiras [...]. Mucho más tarde, cuando empecé a escribir poemas y novelas, comprendí que esta elaboración secreta se llama creación [64](#) .

Una vez analizada la evolución espiritual e ideológica de Casandsakis y sus múltiples y variadas influencias, veamos ahora qué lugar ocupa el *Informe al Greco* en el conjunto de su obra y qué nos dice sobre la misma.

La respuesta a esta pregunta está en relación con la función que Casandsakis otorga al oficio de escritor e intelectual.

A Casandsakis no le interesa el arte por el arte. Para el autor cretense la escritura no puede limitarse a ser un bello ejercicio de estética o de erudición académica que quede encerrado en los anaqueles de las bibliotecas.

El objetivo de la literatura, al menos el suyo cuando escribe, es fomentar en los hombres un cambio en su mentalidad, en su actitud ante la vida, en sus valores. Todo ello lo lleva a comportarse como un filósofo que grita. Y así lo expresa él: «Mi alma entera es un grito, y toda mi obra es la interpretación de ese grito» [65](#) .

Casandsakis interpreta su obra como un esfuerzo por parir un grito de lucha, un grito existencial. En la escritura encuentra la forma de suplir su incapacidad para alcanzar el más alto deseo de superación espiritual.

Y cuando sucedía que una figura aunaba heroísmo y santidad, entonces se convertía para mí en el ideal del hombre. Y al no poder ser yo ni una cosa ni la otra, intentaba mediante la escritura consolarme de mi ineptitud.

«Tú eres una cabra —le decía a menudo a mi alma, intentando reírme para no ponerme a llorar—. Eres una cabra, pobre alma mía. Tienes hambre, y en lugar de comer carne y pan y beber vino, coges una hoja de papel en blanco y escribes: carne, pan, vino. Y luego te comes el papel».

Para calmarme, cogí un papel y me puse a escribir. Valiéndome de este medio cobarde había conseguido dominar mis angustias [66](#) .

En su material de archivo (no en su obra publicada) se conserva una anotación hecha en un cuaderno, a propósito de una conversación sobre filosofía que mantuvo con varios amigos en 1921: «Mi fin no es hacer arte por el arte. Mi objetivo es encontrar un nuevo sentido a la vida y expresarlo... y por esta razón lo que escribo no será perfecto desde el punto de vista del arte» [67](#) .

Idea que repite en *Informe al Greco*:

Yo sé que lo que escribo nunca será perfecto como arte porque mi intención pretende ir más allá de los límites del arte, y de este modo se deforma la esencia del arte, la armonía.

A medida que escribía sentía cada vez más profundamente que la meta de mi tarea de escritor no era la belleza sino la liberación. No era un verdadero «cagatintas» que disfrutara adornando una bella frase, componiendo una rica rima; yo también era un hombre que sufría, que luchaba y buscaba una liberación. Liberarme de las tinieblas que había en mí y convertirlas en luz, liberarme de los terribles antepasados que llevaba dentro y que rugían, y convertirlos en hombres [68](#) .

Casandsakis, como Sikelianós y Varnalis, piensa que el poeta tiene que jugar en la sociedad el papel de un profeta [69](#) . Él mismo nos dice que desde muy joven hasta su madurez consideró que el escritor debe participar de un cierto mesianismo, debe tener conciencia de que ha de cumplir una elevada misión. Esto es un claro signo de modernismo. Los modernistas utilizaron instintivamente la marginalidad social y espiritual para encarnar el papel de *profetas* .

También Prevelakis, su amigo y su mejor biógrafo, está convencido de que Casandsakis se consideraba a sí mismo predestinado para una profesión más amplia que la de escritor.

Por la entrevista radiofónica del 16 de mayo de 1955, a la que anteriormente hemos aludido [70](#) , sabemos qué pensaba

Casandsakis sobre lo que debe ser una novela y su función. De los posibles tipos de relatos al uso —la novela de entretenimiento o la novela de corte nacional y local—, a él le interesa solamente un tercero, «aquel que, tomando como punto de partida al hombre próximo y cercano al escritor, intenta llegar al hombre en general, al hombre sin etiquetas nacionales». Esta, decía él, debe ser la más alta ambición del novelista. Y continúa precisando en otro momento de la entrevista:

En la novela existe una tradición lírica y sentimental que se interesa por los dramas y por las situaciones cómicas de las personas, y se conforma con mostrarnos los conflictos triviales de las relaciones sociales. Sin embargo, creo que empezamos a sobrepasar este periodo de individualismo. Hemos entrado en una época épica. Empezamos a vivir un drama de proporciones gigantescas, que sobrepasa a los individuos y abarca a toda la humanidad en su conjunto. Hemos nacido en una época en la que las tragedias individuales desaparecerán en la terrible tragedia del concepto. Es natural que el escritor sea el primero en sentir la chispa de esa tormenta. Por eso, de forma consciente, la novela moderna tiene que entregarse plenamente a expresar la lucha de nuestra época, una lucha épica.

Casandsakis nos está diciendo que, para él, el objetivo de la literatura debe ser buscar aquella verdad que dé respuesta a los problemas del hombre de su tiempo y de todos los tiempos. Le obsesiona la idea de ser un «cagatintas» y escribir sólo con una finalidad estética y subjetiva.

En lo que escribía tomaba a menudo mis motivos de los tiempos antiguos y de las viejas leyendas, pero la sustancia era actual, viva, desgarrada por los problemas contemporáneos y por las ansiedades del presente. [...]

Escribía, arrobado en éxtasis, en la paz de la casa paterna y siempre tenía presente en mi mente esta terrible responsabilidad [71](#) .

Esta es la razón por la que en su Autobiografía explicita sus razones vitales de forma más directa que sus razones literarias. Y de ello se hace eco Prevelakis: «Por más que parezca extraño, en su extensa confesión, no hizo balance de su actividad literaria, sino que presentó su vida como una búsqueda de Dios» [72](#) .

En efecto, en su Autobiografía se percibe que su literatura es un mosaico de experiencias vitales. En palabras de Roberto Quiroz:

Tras las palabras revestidas de literatura y de arte imaginario se presenta la postura de un intelectual que medita desesperadamente sobre la vida, sobre la muerte y sobre la realidad última; sobre la libertad y el deber del hombre en la tierra o sobre el destino y la dignidad humana. Nos habla sobre los conflictos humanos en general [73](#) .

Se ha dicho que la obra de Casandsakis es compleja y desigual y de difícil clasificación. Se ha repetido hasta la saciedad, como valoración negativa, que sus novelas son novelas de ideas, que el escritor las utiliza como vehículo para transmitir su pensamiento filosófico y su cosmovisión. Dimitrios Raftópulos va más allá en sus críticas afirmando que lo que caracteriza toda la obra de Casandsakis es la «tiranía de las ideas, que intenta transformar en vida» [74](#) .

Esta insistencia ha llevado a los críticos a fijar la atención más en el fondo ideológico, en el místico contemplativo o el filósofo, que en el análisis literario de su obra, es decir, en el poeta que al mismo tiempo realmente es. Sin embargo, a la hora de abordar críticamente el análisis de sus obras hay que hacerlo como obras literarias que son, en las que forma y contenido son

inseparables, como también son inseparables de ellas las condiciones sociales y espacio-temporales en que fueron escritas.

LENGUA Y ESTILO

Casandsakis tuvo siempre gran preocupación por la lengua y fue un acérrimo defensor de la demótica ⁷⁵, la lengua usada por el pueblo y que utilizaba sin concesiones, frente a la *cazarévusa*, o lengua purificada. Solía afirmar con cierta ironía que mientras en otras partes del mundo las religiones, las sociedades, las civilizaciones son transformadas por el tiempo, Grecia, en cambio, se aferraba ridículamente a la Antigüedad por la elección de sus palabras. En 1909 había escrito un manifiesto en el que exponía sus argumentos a favor de la demótica y una de sus *Tertsinas* la dedica a Yanis Psijaris ⁷⁶, el máximo impulsor del demoticismo en Grecia.

Casandsakis veía con inquietud que la enseñanza reglada y la imposición de la *cazarévusa* contribuían a que se perdiera la lengua del pueblo y así lo manifiesta:

En la fase crítica de desarrollo por la que atraviesa la lengua, es natural, conveniente y especialmente útil la existencia de un creador que tenga verdadero afán de atesorar con avaricia y salvar cuanto pueda de nuestra riqueza lingüística. Nuestra lengua, ya sea por pereza o ignorancia de los intelectuales o por la concepción lingüística a la que se ha visto sometido el pueblo a causa de la Escuela y los periódicos, está en grave peligro de deformarse y empobrecerse ⁷⁷.

Consciente de ello, durante toda su vida recorrió pueblos y aldeas recabando de los campesinos palabras y anotando aquellas que no aparecían en los diccionarios, pero que eran usadas por el pueblo y que luego incorporaba a su escritura. En

su *Odisea*, por ejemplo, utiliza un léxico tan poco usual entre los intelectuales, que se vio obligado a añadir al final un glosario para uso de los lectores «poco versados en la propia lengua».

Como ya comentábamos en nuestra Introducción a *El Capitán Mijalis* [78](#) , la base de la lengua de Casandsakis es el dialecto cretense, que está presente sobre todo en el léxico, pero también en la morfología, la fonética y la sintaxis. Estas circunstancias y sus abundantes neologismos motivaron que fuera acusado de convertir la lengua griega en un dialecto imaginario que no se hablaba en ningún sitio y, por supuesto, tampoco en Creta, ofreciendo como ejemplo aberrantes listas interminables de expresiones y palabras [79](#) .

Sin embargo, en la correspondencia de Casandsakis con Cacridís, a propósito de su traducción en común de la *Ilíada* de Homero, se constata el sumo cuidado con que el autor cretense busca la palabra más idónea y precisa en cada ocasión. Igualmente, en una entrevista mantenida por Casandsakis con Jrisós Evelpidis, en agosto de 1957, durante su estancia en el hospital de Copenhague, poco antes de morir, el escritor sale al paso de las acusaciones que recibe por su lengua y afirma:

Siempre he prestado mucha atención a la lengua. No he creado palabras ni he manipulado expresiones propias del dialecto cretense, como se me ha acusado. He estudiado la lengua del pueblo y he tomado de ella cuantas palabras y expresiones, en mi opinión, deben tener cabida en el discurso escrito. Creo que mi lengua será el día de mañana la lengua de los libros de texto en la escuela. Por supuesto en la formación de la lengua demótica han trabajado otros muchos literatos y especialmente importante ha sido la contribución de Valaoritis y Sikelianós [80](#) .

Pero no sólo en la lengua popular griega y en el dialecto cretense ve Casandsakis una riqueza y una fuerza incomparables, sino también en aquellos elementos expresivos

que reflejan la idiosincrasia y la visión del mundo de las gentes del pueblo —refranes, dichos proverbiales, canciones, leyendas, costumbres y tradiciones, etc.—, que el escritor cretense no duda en incorporar a su producción literaria, lo que conforma en gran parte su estilo.

En las obras de Casandsakis, y por supuesto en el *Informe al Greco*, abundan las *madinades* —que actualmente se siguen cantando de forma improvisada en Creta, en bodas y bautizos—, la alusión y descripción de creencias y tradiciones populares o de elementos procedentes de cuentos. Sirvan de ejemplos el miedo que el pequeño Nicos tiene de salir al patio de noche, porque imagina que detrás del pozo se oculta una especie del «hombre del saco» que lo va a devorar, una constante del cuento, en el que siempre un dragón se oculta en el pozo de la casa y devora a las muchachas. O también las repetidas alusiones al olor a ciprés y camomila cuando visita un cementerio, plantas que para el pueblo simbolizaban la muerte.

Digna de mención es la escena en que nos describe, con motivo de la muerte de su abuelo, a una vieja que amasa entre los dedos una bola de cera y modela con ella una cruz para sellar los labios del que en breve será difunto. Esta costumbre era habitual entre los campesinos cretenses para impedir que los vampiros convirtieran al recién finado en uno de ellos. Igualmente, el pequeño Casandsakis, cuando veía a su madre deambular por la casa en silencio, ocupada en las tareas del hogar, imaginaba que era una nereida a la que su padre había raptado una noche de luna cuando ella se bañaba en el río, y que buscaba su pañuelo para hacerse invisible y huir.

La fantasía infantil se nutría de vivencias bien cercanas, porque próximo al pueblo de su padre, Barbari, hay un lugar llamado Neraidospilos, «La Cueva de la nereida», y las gentes de la zona aún cuentan la leyenda de una nereida que vivía en el entorno y fue raptada por un joven que hizo de ella su esposa; tuvieron un hijo, aunque la historia no tuvo un final feliz, porque la nereida volvió a las aguas llevándose a su hijo con ella.

Refranes, dichos, leyendas, tradiciones, canciones llenan de expresividad, colorido y vida el estilo de Casandsakis, un rasgo,

por lo demás, característico de las vanguardias literarias de la época.

Otra peculiaridad del estilo del autor cretense es su gusto por el empleo de las formas idiomáticas más expresivas y sonoras. Casandsakis solía afirmar de forma casi recurrente que las palabras encierran dentro de su envoltura una fuerza explosiva y hay que hacerlas estallar y liberar su alma, presa en el interior. En *Informe al Greco* ilustra esta idea con el hermoso episodio del pope Cafatas, que, en la noche de Pascua de Resurrección, corría de pueblo en pueblo con las ropas talaras remangadas, porque era el único pope en aquellas montañas de Creta para resucitar a Cristo. En la última aldea a la que llega, en el momento en que aparecía el sol, tras pasar toda la noche resucitando Cristos, grita: «¡Cristo ha *requeterresucitado!*». La palabra normal, «resucitado», le pareció pobre para contener la Buena Nueva y la alarga, contraviniendo las leyes de la gramática, para darle una carga semántica más adecuada al mensaje.

Casandsakis insiste igualmente en que toda lengua es demasiado estática y rígida y, por tanto, insuficiente para expresar emociones y sensaciones profundas; por eso es preciso recurrir a los más diversos medios simbólicos de expresión, como los mitos, las fábulas, los sueños, las comparaciones, los símiles, los gritos, las rimas, la música, las metonimias, sinécdoques y metáforas. Y así lo hace él. Su lengua está trufada de metáforas maravillosas que nos recuerdan a Homero y Esquilo: «Avanzamos sobre la corteza de la tierra», «florechillas silvestres blancas y amarillas levantaban la tierra con su cabecita», «una estrella rodó por la mejilla de la noche», «el pájaro azul de garras rojas», «el sol llamó a las puertas y las mocitas le abrieron para que penetrara hasta el fondo», «la trampilla de mis entrañas se abrió»... Se podrían añadir mil ejemplos como estos, todos ellos con una carga expresiva y una riqueza inigualables.

Del mismo modo los refranes, la descripción de danzas o la música de la lira cretense en la pluma de Casandsakis no son elementos decorativos o pinceladas folclóricas, son lenguaje

textual, un recurso estilístico de una eficaz plasticidad expresiva cuando lo que quiere transmitir no cabe en las palabras.

Al principio no podía ponerle nombre, quizá tampoco lo quería, porque sabía que el nombre aprisiona el alma, la comprime para que pueda caber en la palabra y la obliga a dejar fuera del nombre lo que tiene de inexpresable, lo que es más valioso e insustituible [81](#) .

Su célebre Sorbás expresa bailando el dolor por la muerte de su hijo o la satisfacción que siente cuando se hunde el andamiaje de la mina.

[...] y de pronto, cuando se ahogaba y las palabras le venían estrechas, se ponía de pie de un brinco sobre los gruesos guijarros de la playa y empezaba a bailar [82](#) .

Sorbás lo sabía, pero no podía expresarlo con palabras, lo bailaba. ¡Ah, si pudiera yo —pensaba— convertir este baile en un relato! [83](#) .

En *El Capitán Mijalis* la lira cretense en manos del maestro de escuela nos transmite con las más bellas imágenes el momento en que el alma escapa del cuerpo del viejo Sífacas, padre del protagonista. Y en *Informe al Greco* no son pocas las ocasiones en que recurre a escenas de baile para hablar de la muerte o del éxtasis dionisiaco o de la unión amorosa (págs. 130, 613, 640, por ejemplo.)

Con tales recursos, el estilo de Casandsakis rebosa lirismo, elegancia, sensibilidad, precisión y fuerza, todo ello combinado con un profundo fondo de reflexión.

Casandsakis vive en la época en que se forja el Modernismo europeo y el Modernismo griego, representado por la generación de los años treinta (Elitis, Seferis, Ritsos, etc.). Pero él no siguió las tendencias modernistas, por lo que fue considerado un transgresor de los cánones normativos literarios y se le vio como un caso aislado dentro de las generaciones literarias griegas.

No obstante, como dice Proust, todo lo de la misma época se parece. Quizá por ello no son pocos los paralelismos existentes entre él y sus compatriotas escritores, como, por ejemplo, la utilización del pasado y la tradición popular, el concepto de *Romiosine* (el hecho de ser y pertenecer al pueblo griego, con lo que ello conlleva cultural e históricamente), el gusto por la tradición épica, la conciencia de vivir en un tiempo de decadencia y el papel de la literatura como vehículo del cambio social.

Pero pese a estos puntos comunes de lo contemporáneo, Casandsakis tuvo el contrapunto de lo singular y lo único, propio de todo escritor de especial talento.

En cualquier caso, nuestro autor, al decir de los críticos literarios, por su cosmopolitismo, su apoyo y defensa de la lengua hablada y dialectal o el rechazo de toda literatura que cubra la verdad con apariencias, o también su creencia en el carácter profético del poeta, está más próximo al Modernismo europeo que al griego, sobre todo en sus novelas. Sirva como ejemplo esta frase de resonancias modernistas: «El poeta que hay en ti tapa el abismo con las flores del arte [...] El arte — exclamas ahora— recubre con hermosas imágenes la espantosa verdad» [84](#) .

[1](#) *Informe al Greco*, pág. 99; la paginación remite a nuestra edición.

[2](#) Sobre el proceso de génesis de esta obra remitimos al Prólogo de Eleni Casandsakis y al Estudio del Dr. Pátroclos Stavru, ambos incluidos en la presente edición.

[3](#) *Informe al Greco* , pág. 99.

[4](#) *Ibidem*, pág. 100.

[5](#) Se publicó por primera vez en Alejandría (Egipto) en 1927 y posteriormente en Atenas en 1937, en una edición revisada después de su segundo viaje (1932) y el tercero (1936), que lleva el título *Viva la muerte* .

[6](#) Eleni N. Casandsakis, *Nicos Casandsakis. El inconformista. Biografía basada en sus cartas y escritos inéditos*, Barcelona, 1974, págs. 120-121.

[7](#) *Ibidem*, pág. 120.

[8](#) Τετρακόσια Γράμματα του Καζαντζάκη στον Πρεβελάκη , Αθήνα , Εκδ. Ε. Καζαντζάκη , 1984, σελ . 286 [*Cuatrocientas Cartas de Casandsakis a Prevelakis* , Atenas, Ediciones Eleni N. Casandsakis, 1984, pág. 286].

[9](#) *Viajando: España* , Barcelona, 1985, pág. 100.

[10](#) *Informe al Greco*, págs. 674-675.

[11](#) M. Barrès, *Greco ou le secret de Tolèdo*, París, 1923, pág. 136.

[12](#) *Informe al Greco*, pág. 127.

[13](#) Γ. Φανούρακης , «Ερμηνευτικά παρατηρήσεις στον Καπετάν Μιχάλης », *Καινούρια Εποχή* , Φθινόπωρο , 1957, Αφιέρωματο Νίκο Καζαντζάκη , Αθήνα . σελ . 184-189 [Υ. Fanurakis, «Observaciones interpretativas a *El Capitán Mijalis*», *Kenuria Epojí*, Atenas, otoño de 1957, págs. 184-189].

[14](#) *Informe al Greco* , pág. 649.

[15](#) *Ibidem*, pág. 648.

[16](#) *Ibidem*, págs. 648-649.

[17](#) *Ibidem*, pág. 312.

[18](#) Remitimos a lo que se decía al respecto en nuestra Introducción de *El Capitán Mijalis*, Madrid, Cátedra, pág. 57.

[19](#) *Informe al Greco*, pág. 672.

[20](#) *Ibidem*, págs. 662-663.

[21](#) En Θ. Γραμμάτας , «Η Θεολογία του Νίκου Καζαντζάκη », *Το Βήμα (Νέες Εποχές)*, 1-6, 1997, σελ . 35 [Zódoros Grammatas, «La Teología de Nikos Kazantzakis», *To Vima (Nees Epojés)*, 1-6 (1997), pág. 35].

[22](#) *Informe al Greco*, pág. 612.

[23](#) *Ibidem* , págs. 282-283.

[24](#) *Ibidem*, pág. 607.

[25](#) *Ibidem*, pág. 546.

[26](#) *Ibidem*, pág. 607.

[27](#) Α. Χουρμούσιος , «Δέκα επιστολές του Καζαντζάκη στον Χουρμούσιο », Τετράδια Ευθύνης , 3, σελ . 180-195 [Aemilios Jurmusios, «Diez cartas de Casandsakis a Jurmusios», *Tetradia Efcinis*, 3, págs. 180-195].

[28](#) R. Beaton, *Ο Καζαντζάκης Μοντερνίστης και Μεταμοντέρνος* , Αθήνα , Καστανιότης-Πανεπιστήμιο Κρήτης, 2009 [*Kazantzakis modernista y postmodernista*, Atenas, Kastaniotis-Universidad de Creta, 2009].

[29](#) *Informe al Greco*, págs. 641-642.

[30](#) *Ibidem* , pág. 612.

[31](#) Γ. Σταματίου , *Ο Καζαντζάκης. Ένας αξεδίψατος της ελευθερίας* , Αθήνα , 1974, σελ . 130 [Y. Stamatíu, *Casandsakis. Un sediento de libertad*, Atenas, 1974, págs. 130 y ss.].

[32](#) *Informe al Greco*, págs. 484-485.

[33](#) *Ibidem*, pág. 328.

[34](#) *Ibidem*, pág. 363.

[35](#) Κ. Τσάτσος , en Γ. Σερφανάκης , «Αναφορά στον Καζαντζάκη », Αθήνα , 2007, σελ . 229 [C. Tsatsos, en Y. Serfanakis, «Informe a Casandsakis», Atenas, 2007, pág. 229].

[36](#) Π. Πρεβελάκης , *Τετρακόσια Γράμματα του Καζαντζάκη στον Πρεβελάκη* , Αθήνα , Εκδ. Ε. Καζαντζάκη, 1984, σελ . 650 [P. Prevelakis, *Cuatrocientas Cartas de Casandsakis a Prevelakis* , Atenas, Ediciones Eleni N. Casandsakis, 1984, pág. 650].

[37](#) *Ibidem*, pág. 559.

[38](#) *Ibidem*, págs. 430 y 431.

[39](#) *Ibidem*, pág. 657.

[40](#) Esta entrevista fue publicada en el periódico *Ta Nea* el 16 de mayo de 1955 con el título: «Εδώ Παρίσι! Σας ομιλεί ο Καζαντζάκης: Ένας άνθρωπος της ράτσας του. Ένας ρωμήςος με βαθύτατο θρησκευτικόαίσθημα » [«¡Aquí París! Os

habla Casandsakis: Un hombre de vuestra raza. Un *romeo* con un profundo sentido religioso»].

[41](#) *Informe al Greco*, págs. 428, 429, 430.

[42](#) *Ibídem*, pág. 382.

[43](#) *Ibídem*, pág. 479.

[44](#) *Ibídem*, pág. 612.

[45](#) *Ibídem*, pág. 467.

[46](#) *Ibídem*, págs. 462 y ss.

[47](#) *Ibídem*, pág. 485.

[48](#) *Ibídem*, págs. 472, 474.

[49](#) *Ibídem*, págs. 475-476.

[50](#) *Ibídem*, pág. 480.

[51](#) *Ibídem*, pág. 479.

[52](#) *Ibídem*, pág. 474.

[53](#) *Ibídem*, pág. 654.

[54](#) *Ibídem*, pág. 657, para este texto y el anterior.

[55](#) *Ibídem*, págs. 216 y ss.

[56](#) *Ibídem*, pág. 506.

[57](#) *Ibídem*, págs. 582-583.

[58](#) *Ibídem*, págs. 661-662.

[59](#) *Ibídem*, pág. 662.

[60](#) N. Καζαντζάκης , «Ένα σχόλιο στην *Οδύσσεια* », *Νέα Εστία* , τ . 34, τχ . 389, 15. 8, 1943, σελ . 1033 [N. Casandsakis, «Un comentario a *La Odisea*», *Nea Estía* , t. 34, fascíc. 389 (1943), pág. 1033].

[61](#) Renaud de Jouvenel, «Εις μνήμη Καζαντζάκη », *Νέα Εστία* , τ . 66, τχ . 779, Χριστούγεννα , 1955, σελ . 232, [R. de Jouvenel, «En memoria de Casandsakis», *Nea Estía*, t. 66, fascíc. 779 (Navidad de 1959), pág. 232].

[62](#) *Informe al Greco* , págs. 662-663.

[63](#) *Ibidem*, pág. 663.

[64](#) *Ibidem*, págs. 169-170.

[65](#) *Ibidem*, pág. 100.

[66](#) *Ibidem*, págs. 312, 420.

[67](#) Tomado de R. Quiroz Pizarro, en «Kazantzakis-Nietzsche, un discípulo vital», *Byzantion Nea Hellas*, 29, 2010, págs. 231-263.

[68](#) *Informe al Greco*, pág. 620.

[69](#) R. Beaton, *An Introduction To Modern Greek Literature*, Oxford, Claredon Press, 1994.

[70](#) Cfr. nota 39.

[71](#) *Informe al Greco* , págs. 618, 619.

[72](#) Π. Πρεβελάκης , «Ενα σχέδιασμα ΕσωτερικήςΒιογραφίας ...» (en *Τα Τετρακόσια Γράμματα ...*), σελ . 22-23 [P. Prevelakis, «Un diseño de una biografía interior (en *Cuatrocientas Cartas ...*)», págs. 22-23].

[73](#) Roberto Quiroz Pizarro, «Un escritor griego fuera de Europa», *Byzantion Nea Hellás*, 28, 2009, págs. 207-234.

[74](#) Δ. Ραυτόπουλος , «Τα Πρώσοπα της Ασκητικής: Ιδεολογικές ρίζες του καζαντζάκιου μυθιστορήματος », *Καινουρια Εποχή* , Φθινόπωρο , 1958, σελ . 331-347 [D. Raftópulos, «Los personajes de la *Ascética*: Raíces ideológicas de la novela de Casandsakis», *Kenuria Epojí*, otoño de 1958, págs. 331-347].

[75](#) En Grecia existió desde la creación del nuevo Estado Neohelénico, a partir de 1821, una situación de diglosia. De un lado, la lengua oficial y clasicista, la llamada *cazarévusa* o lengua purificada, enseñada en las escuelas y universidades y de uso obligado en la Administración del Estado y en la Literatura. De otro, *ladimotikí* o lengua popular, la hablada por la gente en la vida cotidiana, con sus diferentes variantes o formas dialectales. Esta

situación ha durado hasta 1976 y ha sido un motivo de conflictos y querellas entre puristas y demoticistas, lo que ha venido en llamarse la «cuestión lingüística».

[76](#) Y. Psijaris (1854-1929). Figura decisiva a la hora de inclinar la balanza en favor de la lengua vulgar en la literatura neohelénica con su famoso Manifiesto *To Τακίδι μου [To Taxidi mou], Mi Viaje*, publicado en 1888, en el que proclama la necesidad de abolir la *cazarévusa* y escribir exclusivamente en *dimotikí*.

[77](#) Kimon Friar, «Η Οδύσσεια του Νίκου Καζαντζάκη », *Καινούρια Εποχή*, Φθινόπωρο, 1958, σελ. 69-70 [«La Odisea de Nicos Casandsakis», *Kenuria Epojí*, otoño de 1958, págs. 69-70].

[78](#) Ed. cit., Madrid, Cátedra, 2011, págs. 64 y ss.

[79](#) Remitimos a los artículos publicados en el diario *Estía* firmados con el pseudónimo «Cretense», con fecha 22 y 29 de 1954.

[80](#) «Συνομιλία με τον Χρυσό Ευελπίδη », *Περιοδικό Κριτική Πρωτοχρονιά*, 1962 [«Conversación con Jrisós Evelpidis», *Revista Critikí Protojroniá*, 1962].

[81](#) *Informe al Greco*, pág. 641.

[82](#) *Ibidem*, pág. 613.

[83](#) *Ibidem*, pag. 640.

[84](#) *Ibidem*, págs. 468-469.

Esta edición

La presente traducción se basa en la edición del año 2009, *Αναφορά στον Γκρέκο [Anaforá ston Gkreko]*, de Ediciones Casandsakis, que va acompañada de un Prólogo de Eleni N. Casandsakis, un Estudio del Dr. Pátroclos Stavru, ambos recogidos en nuestra edición en español, y un anexo de fotografías del que hemos prescindido. Hemos consultado como referencia la traducción al español de Delfín Leocadio Garasa, titulada *Carta al Greco, recuerdos de mi vida* (Editorial Planeta, 1968), que, en nuestra opinión, sigue literalmente la versión francesa de Michel Saunier *Lettre au Greco, bilan d'une vie* (París, Plon, 1961), trabajo del que también hemos dispuesto, y que en 1960 había sido traducida al francés por el mismo autor con el título *Lettre au Greco. Souvenirs de ma vie* (París, Club des Éditeurs, 1960).

Hasta el año 2011, en que apareció nuestra traducción de *El Capitán Mijalis*, vertida directamente del original griego, las traducciones en lengua española de las obras de Nicos Casandsakis habían sido hechas a partir de versiones francesas o inglesas, pero desgraciadamente nunca del original griego. Este hecho ha supuesto, en nuestra opinión, un serio problema que atañe al conocimiento que del autor cretense —de sus concepciones filosóficas y religiosas y de Creta y sus gentes, en las que basa su cosmovisión— ha podido tener hasta ahora un hispanohablante que haya leído a Casandsakis en sus textos vertidos desde otra lengua, no la suya.

Casandsakis es uno de los escritores griegos que presentan mayores dificultades a la hora de abordar su traducción; dificultades derivadas de su particular modo de escribir, su genialidad para crear lenguaje literario —uso de metáforas, términos compuestos, simbologías—, pero sobre todo,

dificultades derivadas del empleo del dialecto cretense, una amalgama de elementos venecianos, turcos y populares, resultado de la convivencia con los pueblos que ocuparon la isla a lo largo de los siglos y, que junto con la lengua, contribuyeron a crear una determinada cultura.

En las obras de Casandsakis, especialmente en sus novelas de madurez, aparecen una serie de términos referidos a ideas, objetos y costumbres relacionados con la tradición cretense o con los pueblos que habitaron la isla. Si para un traductor ya supone una enorme dificultad presentar a sus lectores el particular modo de escribir de Casandsakis, y una cultura que le es muy ajena, de forma que el contenido de los textos originales les llegue lo más auténticamente posible, ¿qué quedará del autor y del mundo que describe, cuando ha pasado al español a través del tamiz de otra lengua intermediaria? Es muy de temer que la mayoría de los hispanohablantes, que han venido leyendo a Casandsakis hasta ahora, no hayan podido captar una parte muy importante de los elementos que les informan sobre el lugar en el que se desarrolla la trama de una novela, sus códigos sociales, sus peculiares tradiciones y costumbres, sus paisajes, aromas, ambientes cretenses, ya sean descritos directamente o, lo que es peor, utilizados en la construcción de una metáfora o un símbolo, como gusta hacer a nuestro autor. Y esto no es en absoluto baladí si tenemos en cuenta que la cultura cretense constituye el pilar sobre el que Casandsakis apoya el andamiaje de su pensamiento.

Se podrían poner mil ejemplos de lo que decimos, pero, con el permiso del lector, aludiremos solamente a uno muy elemental y simple. Nos referimos al título de la presente obra. Las traducciones españolas disponibles ¹ hasta ahora la titulan *Carta al Greco*, añadiendo un subtítulo que no aparece en el original. Pero la palabra griega *anaforá* no significa carta sino «informe» o «rendición de cuentas» (en el contexto militar, que es el que metafóricamente utiliza Casandsakis). ¿Por qué entonces titularla «Carta», desposeyéndola de toda la carga semántica que le dio el autor? Porque así apareció en la versión francesa, *Lettre au Greco*, en la que quizá se optó por este término

basándose en el hecho de que Casandsakis, en los años 1954 y 1955, ya había hecho un intento de escribir sobre El Greco y había dado a esta obra no concluida el título de *Cartas al Greco*, que luego reescribió en forma de confesión personal, titulándola *Informe al Greco*.

Si ya simplemente en el título se soslaya un matiz que puede condicionar el tono de la traducción y por ende de la obra misma, ¿qué no será lo que ocurra con el contenido vertido desde una segunda lengua intermediaria?

Pero es que, además, las sucesivas ediciones en español que hemos mencionado son repetición de la primera, hecha en 1963, sin que en ellas exista la más mínima revisión, pues por diversos motivos que no vienen al caso, los derechos de reedición y traducción de las obras del autor cretense han estado bloqueados hasta el año 2011. A partir de esa fecha, tras un largo proceso de negociaciones y gestiones —a los que quien escribe estas líneas no es en absoluto ajena— los herederos legítimos de Eleni N. Casandsakis, y depositarios de los derechos de su obra, han dado vía libre a nuevas traducciones en español, que pueden ser hechas desde el original griego. Como hemos dicho más arriba, fue la novela *El Capitán Mijalis*, publicada por Ediciones Cátedra en otoño de 2011, la que abrió el camino.

Hemos de felicitarnos, pues, todos los hispanohablantes, porque a partir de ahora dispondremos de obras vertidas desde el original. Y es de suponer, y así lo esperamos en nuestro caso, que más fieles a lo que el autor quiso transmitir. Hay que agradecer a la familia Stavru y a Ediciones Cátedra que lo estén haciendo posible.

Permítanme ahora dos palabras sobre nuestro trabajo.

El estilo de esta obra es muy diferente al de *El Capitán Mijalis*, novela en la que el fortísimo carácter popular del lenguaje de los personajes y sus exigencias léxicas, el intenso, espeso y desagradable —para algunos— colorido del texto, nos obligó a buscar el mismo registro en español. En *Informe al Greco*, por el contrario, para un traductor el nivel léxico es más fácil que el de *El Capitán Mijalis* (no así el conceptual). Salvo en el Canto al

Greco, que inserta en el texto en prosa, y que tiene resonancias gongorinas, el estilo, aunque elevado a veces, es mucho más sobrio, como exige el tono en la narración de un auténtico informe sobre las experiencias vitales, los pensamientos y la exposición de una trayectoria espiritual, siempre hacia lo más alto.

Por tratarse de un informe supuestamente militar, está escrito en primera persona, si bien en determinados momentos el propio autor asume el papel de narrador en tercera persona cuando nos cuenta hechos que, sin concernir a la historia principal, él presencié personalmente. En otras ocasiones elige otro narrador ajeno a él (también en tercera persona) cuando los hechos que cuenta no los presencié personalmente. Merece la pena observar que cuando se dirige al Greco (Prólogo y Epílogo) emplea la segunda persona, y lo mismo sucede si le habla a Nietzsche o a Odiseo, en los respectivos capítulos que dedica a estos personajes. Así se ha tenido en cuenta a la hora de dar entidad a cada relato en la traducción, en la que además hemos intentado mantener el equilibrio entre el tono de un relato literario y el de un informe verbal.

Por último, unas palabras sobre la transcripción. Los onomásticos o los topónimos no griegos los hemos reflejado según han sido fijados por el uso o la tradición. Para transcribir los nombres griegos modernos, onomásticos y topónimos, hemos seguido la propuesta del profesor Bádenas de la Peña ², porque consideramos que garantiza la correcta pronunciación en español, ya que se ajusta a la fonética griega. Así, por ejemplo, transcribimos el nombre del autor como Casandsakis y no a partir de la fonética inglesa, Kazantzakis, como ha sido habitual hasta ahora.

En cuanto a los nombres de tradición clásica, seguimos a Fernández Galiano ³, excepto en la palabra Cnosós a la que damos el mismo tratamiento fonético y gráfico que a los términos modernos, por las fuertes connotaciones que este nombre tiene en la vida y en el pensamiento de Casandsakis.

Como es habitual en nosotros, presentamos una edición rigurosamente filológica, con introducción, notas y comentarios,

en la que, atendiendo a las sugerencias de los lectores de *El Capitán Mijalis*, recogemos en un glosario aparte y no en las notas a pie de página, como hicimos entonces, los términos griegos no traducidos y su correspondiente explicación.

AGRADECIMIENTOS

Sólo nos resta mostrar nuestro agradecimiento a cuantos han contribuido a que esta traducción se haya hecho realidad.

En primer lugar, a Niki Stavru, cuyas palabras de aliento y la confianza que ha depositado en mí me han sido inestimables para emprender esta tarea. A mis amigos Caterina y Dimitrós Spurdalakis, que una vez más me llevaron a recorrer los monasterios y lugares recónditos de su isla que Casandsakis menciona en esta obra, a Javier Lobillo que, como siempre, leyó y releyó la traducción, corrigiendo expresiones y erratas tipográficas y me prestó gran ayuda informática.

Al *Dimos* de Lefkes (Paros), responsable de La Casa de la Literatura de esta localidad, en la que pudimos finalizar este trabajo. Y, cómo no, a Ediciones Cátedra que ha apostado decididamente por difundir entre el público hispanohablante al escritor griego más importante del siglo XX y ha confiado en mí como vehículo de transmisión del mismo.

[1](#) La versión de Delfín Leocadio Garasa fue publicada por la editorial Lohlé en Buenos Aires en los años 1963, 1964, 1967 y 1982, y por Lohlé-Lumen, en 1995. La publicada por Planeta en 1968 en nada varía de las anteriores.

[2](#) P. Bádenas de la Peña, «La transcripción del griego moderno al español», *REL*, XXIV, 2 (1984), págs. 271-289.

[3](#) M. Fernández Galiano, «La transcripción castellana de los nombres propios griegos», *EECC* (1961).

Cronología de la vida y obra de Nicos Casandsakis ¹

- 1883 Nace el 18 de febrero/3 de marzo ² en Iraclio, Creta, que aún formaba parte del Imperio Otomano.
- 1889 Sublevaciones en Creta fracasan en su intento de liberar la isla de los turcos. La familia Casandsakis se instala en Grecia continental durante seis meses.
- 1897-1898 Una nueva sublevación cretense es coronada esta vez por el éxito. Nicos es enviado a Naxos, donde es inscrito en el Colegio Católico francés. Es así como arraiga en él el amor por la lengua francesa.
- 1902 Terminados sus estudios de Secundaria, Casandsakis va a Atenas a estudiar Derecho.
- 1906 Antes de conseguir el título, Casandsakis publica el ensayo *La enfermedad del siglo* y la novela *Serpiente y lirio* . Escribe también la obra dramática *Amanece*.
- 1907 Su obra *Amanece* es premiada y se representa en Atenas, donde provoca vivas discusiones. El joven Casandsakis se hace famoso en una noche. Inicia su carrera periodística y entra en la masonería. En octubre emprende estudios de postgrado en París, donde continúa su tarea como periodista y escritor literario.
- 1908 En París asiste a los cursos de Henri Bergson, lee a Nietzsche y termina la novela *Almas rotas* .
- 1909 Termina su tesis sobre Nietzsche y escribe la obra dramática *El maestro de obras* . Al volver a Creta, a través de Italia, publica su tesis, la tragedia en un acto *Comedia* y su estudio *¿Est á la ciencia en bancarrota?* Como presidente del Círculo Dionisio Solomós de Iraclio, que

promovía la adopción de la lengua demótica en las escuelas y el abandono de la *cazarévusa*, Casandsakis escribe un extenso manifiesto sobre la reforma lingüística que se publica en una revista ateniense.

- 1910 Su ensayo con el título *A nuestros jóvenes* saluda a Ion Dragumis, un demoticista también, como el profeta que guiará a Creta hacia nuevas glorias, e insiste en que el país tiene que superar su sumisión a la cultura griega antigua. Casandsakis convive en Atenas con Galatea Alexíu, una intelectual iracliota, con la que se casará en 1911. Se gana el sustento con las traducciones del francés, del alemán, del inglés y del griego antiguo.
- 1914 Viaja junto con Ángelos Sikelianós al Monte Atos, donde permanecerán cuarenta días en diferentes monasterios. Allí lee a Dante, a Buda y los Evangelios. Para asegurarse un medio de vida, escribe libros para niños en colaboración con Galatea.
- 1915 Viaja por Grecia en compañía de Sikelianós. En su diario escribe «mis tres grandes maestros: Homero, Dante, Bergson». Se recluye en una casa de retiro y completa un libro (que no se ha publicado), probablemente sobre el Monte Atos. En su diario anota: «Toda mi obra tendrá una divisa y un objetivo, *com l'uom s'eterna* (como el hombre se salva a sí mismo)», Dante, *Infierno*, XV, 85. Con mucha probabilidad hace la primera escritura de las obras de teatro *Cristo*, *Odiseo* y *Nicéforo Focas*. En octubre viaja a Salónica para obtener madera del Monte Atos. Allí sigue el desembarco de los ejércitos ingleses y franceses que van a combatir en el frente de Salónica en la Guerra Mundial. Durante el mismo mes, mientras lee a Tolstói, decide que la religión tiene más importancia que la literatura y jura comenzar «por donde Tolstói terminó».
- 1917 Debido a la necesidad de carbón, aunque fuese de mala calidad, Casandsakis contrata un obrero, Yorgos Sorbás, e intenta explotar un yacimiento de lignito en el Peloponeso. Esta experiencia, unida al proyecto de transportar madera,

- se convertirá más tarde en la novela *Vida y hechos de Alexis Sorbás* . En septiembre viaja a Suiza, donde es invitado de Yanis Stavridakis, cónsul de Grecia en Zúrich.
- 1918 Viaja por toda Suiza, visitando los lugares relacionados con Nietzsche.
- 1919 El primer ministro Veniselos nombra a Casandsakis Director General del Ministerio de Asistencia Social, con la misión concreta de repatriar del Cáucaso a 150.000 griegos acosados por los conflictos étnicos derivados de la Revolución Bolchevique. Parte en junio con su equipo del que formaban parte Stavroidakis y Sorbás. En agosto se traslada a Versalles para rendir informes a Veniselos, que se encuentra allí para las negociaciones del Tratado de Paz. A continuación Casandsakis va a Macedonia y a Tracia para supervisar el asentamiento de los repatriados.
- 1920 Casandsakis es intimidado por el asesinato de Ion Dragumis, el 31 de julio (antiguo calendario). Después de la derrota del partido de los liberales, de Veniselos, en las elecciones de noviembre, deja su puesto en el Ministerio de Asistencia Social y viaja a París.
- 1921 Recorre Alemania, regresando a Grecia en febrero.
- 1922 El anticipo de un contrato con un editor ateniense para una serie de libros escolares le permite marcharse de Grecia. Vive en Viena desde el 19 de mayo hasta finales de agosto. Allí es atacado por un eczema en la cara, que el médico Wilhelm Stekel, «desertor» de la escuela freudiana, denominaría «enfermedad de los santos». En medio de la decadencia de la Viena de Entreguerras estudia escritos budistas y comienza a escribir una obra de teatro sobre la vida de Buda. Estudia también a Freud y planea la *Ascética* . En septiembre se encuentra en Berlín, donde se entera de la derrota de los griegos por los turcos en Asia Menor. Se adhiere a los revolucionarios comunistas. Es influenciado en gran medida por Rachel Lipstein-Mink, y su círculo de mujeres radicales. Rompe su obra *Buda*, a medio terminar, y vuelve a empezarla con una nueva forma. También empieza

- a escribir la *Ascética*, que es un intento de conciliar el activismo de los comunistas con la resignación del budismo. Sueña con establecerse en Rusia y sigue clases de ruso.
- 1923 El periodo de Viena y de Berlín está bien documentado, gracias a las numerosas cartas de Casandsakis a Galatea, que continuaba viviendo en Atenas. Casandsakis completa su *Ascética* en abril y vuelve a dedicarse a la obra *Buda*. En junio va en peregrinación a Naumburg, ciudad natal de Nietzsche.
- 1924 Pasa tres meses en Italia. Visita Pompeya que, como símbolo, se convierte para él en una idea fija. A continuación se establece en Asís, completa el *Buda* y adopta la enseñanza de san Francisco, a la que permanecerá fiel el resto de su vida. Poco después de su vuelta a Atenas conoce a Eleni Samíu. En Iraclio asume la dirección intelectual de un grupo comunista de prófugos descontentos y excombatientes de la campaña de Asia Menor. Empieza la escaleta de *La Odisea* y probablemente escriba a la vez el *Simposio*.
- 1925 Su activismo político lo lleva a ser detenido, aunque sólo veinticuatro horas. Escribe los cantos I-VII de *La Odisea*. Su relación con Eleni Samíu se hace más profunda. En octubre viaja a Rusia como corresponsal del periódico ateniense *Elefceros Tipos*, que publica sus impresiones en una serie de extensos artículos.
- 1926 Se divorcia de Galatea, que sigue su carrera con el apellido Casandsakis, incluso después de su nuevo matrimonio. Casandsakis viaja a Palestina y a Chipre como corresponsal. En agosto va a España para entrevistar al dictador Primo de Rivera. En octubre se encuentra en Roma para entrevistar a Mussolini. En noviembre conoce a Pandelis Prevelakis, su futuro discípulo, su consejero en asuntos de edición, confesor y biógrafo.
- 1927 Visita Egipto y el Sinaí, de nuevo como corresponsal del periódico. En mayo se recluye en Egina para terminar *La Odisea*. Inmediatamente redacta apresuradamente

decenas de textos de una enciclopedia para ganarse la vida. A continuación hace una antología de sus artículos de viajes para el primer tomo de *Viajando*. La revista *Renacimiento*, de Dimitri Glinós, publica la *Ascética*. A finales de octubre Casandsakis vuelve a Rusia, esta vez como invitado del Gobierno griego, con motivo del décimo aniversario de la Revolución. Se encuentra con Henri Barbusse. En noviembre conoce a Panait Istrati, escritor heleno-rumano, muy popular en Francia en aquella época. Junto con Istrati y otros recorre el Cáucaso. Los dos amigos se prometen mutuamente trabajar juntos en una vida de actividad política e intelectual en la URSS. En diciembre Casandsakis lleva a Istrati a Atenas y lo da a conocer al público griego por medio de un artículo de prensa.

1928 El 11 de enero Casandsakis e Istrati hablan en una gran concentración en el teatro Alhambra, donde ensalzan el experimento soviético. Las conferencias terminan en una manifestación en las calles. Casandsakis y Glinós, organizadores de la manifestación, son amenazados con una demanda judicial, e Istrati, con la expulsión del país. En abril Casandsakis e Istrati vuelven a encontrarse en Rusia, en Kiev, donde Casandsakis escribe un guión cinematográfico sobre la Revolución rusa. En junio, en Moscú, Casandsakis e Istrati conocen a Gorki. Casandsakis cambia el final de la *Ascética*, añadiendo el capítulo «Silencio». Escribe artículos en *Pravda* sobre las condiciones sociales en Grecia, y luego otro guión, esta vez sobre la vida de Lenin. Viajando con Istrati hacia Múrmansk, pasa por Leningrado y conoce a Víctor Serge. En julio, la revista *Monde*, de Barbusse, publica un retrato de Casandsakis por Istrati, es su primera presentación al público lector de Europa. A finales de agosto, Casandsakis e Istrati, junto con Eleni Samíu, y la compañera de Istrati, hacen un gran viaje al sur de Rusia, con el objetivo de escribir conjuntamente una serie de artículos con el título *Siguiendo la Estrella Roja*. Pero los dos amigos se alejan cada vez más el uno del otro. Las diferencias entre ellos

llegan al extremo en diciembre, a causa del asunto Rusakof, es decir, la persecución por Stalin de Víctor Serge y su suegro Rusakof como trotskistas, ya que Panait Istrati toma partido por ellos, en contra de Stalin. En Atenas, los artículos de viajes sobre Rusia de Casandsakis se editan en dos tomos.

- 1929 Solo ya, Casandsakis continúa sus viajes a lo largo y ancho de Rusia. En abril marcha hacia Berlín, donde da conferencias sobre la Unión Soviética e intenta publicar artículos. En mayo se establece en un apartada granja de Checoslovaquia para escribir, en francés, *Moscou a crié*, título que a continuación cambió por el de *Toda-Raba*. También completa una novela en francés con el título *Kapetán Elía*, uno de los muchos precursores de *El Capitán Mijalis*. Estos son sus primeros intentos de hacer carrera en Europa Occidental. Al mismo tiempo revisa *La Odisea*, reflejando su punto de vista sobre la Unión Soviética.
- 1930 Por razones de subsistencia escribe una *Historia de la Literatura Rusa*, en dos tomos, que se edita en Atenas. Los poderes griegos lo amenazan con procesarle por ateísmo a causa de la *Ascética*. Casandsakis permanece en el extranjero, primero en París y luego en Niza, donde traduce del francés libros para niños por encargo de editores griegos.
- 1931 Una vez de regreso a Grecia, se establece en Egina y colabora en la redacción de un Diccionario franco-helénico (en *dimotikí* y *cazar évusa*). En junio, en París, visita la Exposición Colonial, que le proporciona nuevas ideas para las escenas africanas de *La Odisea*, cuya tercera redacción completa en su refugio de Checoslovaquia.
- 1932 Casandsakis, junto con Prevelakis, proyectan una colaboración, que tiene como objeto guiones cinematográficos y traducciones, para aliviar su difícil situación económica. En líneas generales este proyecto fracasa. Entre otras cosas, Casandsakis completa la traducción de la *Divina Comedia*, de Dante, en *terza rima*

- griega en cuarenta y cinco días. Viaja a España para intentar hacer carrera allí. Comienza con la traducción de poesía española para una antología.
- 1933 Escribe sus impresiones sobre España. Completa la *Tertsina* sobre su «general» El Greco, el germen de su futura autobiografía *Informe al Greco* . Al resultarle imposible mantenerse económicamente en España, vuelve a Egina, donde hace la cuarta redacción de *La Odisea* . Revisa la traducción de Dante y compone una serie de *Tertsinas* .
- 1934 Como medio de vida, escribe tres libros de texto para 2.º y 3.er grado de la Escuela Primaria. La elección de uno de ellos por el Ministerio de Educación soluciona el problema económico por una temporada.
- 1935 Después de completar la quinta redacción de *La Odisea*, se embarca para Japón y China para escribir otros textos sobre viajes. A su vuelta compra un terreno en Egina.
- 1936 Tras su intento de hacer carrera fuera de Grecia, Casandsakis escribe en francés la novela *Le jardin des rochers*, extrayendo elementos de sus recientes experiencias en Oriente. También completa una nueva variante del tema capitán Mijalis que titula *Mon père* . Para subsistir económicamente traduce la obra de Pirandello *Questa será si recita a soggetto* para el Teatro Real. Luego saca una obra suya en el estilo de Pirandello, *Otelo regresa*, que permanece ignorada toda su vida. A continuación traduce la primera parte del *Fausto* de Goethe. En octubre y noviembre se encuentra en España como corresponsal de *Kazimeriní* . Entrevista a Franco y a Unamuno. Termina de construir su casa de Egina. Es su primera residencia fija.
- 1937 En Egina completa la sexta redacción de *La Odisea* . Circula su libro de viajes sobre España. En septiembre recorre el Peloponeso. Sus impresiones se publican en forma de artículos. Más tarde darán lugar a *Viaje a Morea* . Escribe la tragedia *Mélisa* para el Teatro Real.

- 1938 Después de la séptima y última redacción de *La Odisea* supervisa la impresión de una lujosa edición de su poema épico, que circula a finales de diciembre. Vuelve a sufrir el eczema en la cara, que había tenido en Viena en 1922.
- 1939 Planea un nuevo poema épico en 83.333 versos que llevará el título de *Acrita* . Desde julio hasta noviembre se encuentra en Inglaterra, invitado por el British Council. Durante su estancia en Strafford-on-Avon escribe la tragedia *Juliano* .
- 1940 Escribe *Inglaterra* y continúa el diseño del *Acrita* y revisa *Mon père* . Por necesidades económicas escribe biografías noveladas para niños. La invasión de Grecia por Mussolini en octubre lo obliga a afrontar de nuevo sus dilemas relativos al nacionalismo griego.
- 1941 Mientras los alemanes ocupan Grecia continental y después Creta, Casandsakis se centra en el trabajo. Termina la primera escritura del drama *Buda*, revisa la traducción de Dante y comienza una novela con el título inicial de *El sinaxario de Sorbás* .
- 1942 Retirado en Egina durante toda la duración de la ocupación alemana, jura abandonar la escritura lo más pronto posible para entrar de nuevo en política. Los alemanes le permiten ir a Atenas y allí se encuentra con el profesor Yanis Cacridís. Acuerdan trabajar juntos en una nueva traducción de la *Ilíada* de Homero. Casandsakis termina la primera redacción entre los meses de agosto y octubre y proyecta una nueva novela sobre Cristo con el título *Las memorias de Cristo*, núcleo de *La última tentación*.
- 1943 Trabajando febrilmente, a pesar de las privaciones derivadas de la ocupación, Casandsakis completa la segunda redacción de *Buda*, de *Alexis Sorbás* y la traducción de la *Ilíada* . Acto seguido escribe una nueva versión de la trilogía de Esquilo *Prometeo* .
- 1944 Durante la primavera y el verano escribe las obras de teatro *Capodistriás* y *Constantino Paleólogo* . Junto con la trilogía *Prometeo*, estas obras cubren la Grecia antigua, la

bizantina y la nueva. Inmediatamente después de la retirada de los alemanes, Casandsakis se traslada a Atenas, donde es testigo de los sucesos de diciembre: enfrentamientos armados entre la izquierda comunista (EAM, ELAS y KKE) y las fuerzas armadas británicas secundadas por el Gobierno de la monarquía.

1945 Manteniendo la promesa de entrar en política, se convierte en líder de un pequeño partido socialista cuyo objetivo es unir a todos los grupos dispersos de la izquierda no comunista. Por dos votos no consigue entrar en la Academia de Atenas. El Gobierno lo envía como experto a Creta para redactar un informe sobre las atrocidades cometidas por los alemanes. En noviembre se casa con Eleni Samíu y jura como ministro sin cartera en el gobierno de coalición de Sofulis.

1946 Después de la unión de los partidos socialdemócratas, Casandsakis dimite de su cargo de ministro. El 25 de marzo se estrena su obra de teatro *Capodistrias* en el Teatro Real. La representación provoca un tumulto y un nacionalista de extrema derecha amenaza con incendiar el teatro. La Asociación de Escritores Griegos propone a Casandsakis para el Premio Nobel, junto con Sikelianós. En junio comienza una estancia de cuarenta días en el extranjero que, finalmente, iba a durar hasta su muerte. En Inglaterra intenta convencer a los intelectuales británicos de participar en la fundación de una «Internacional del Espíritu», pero no encuentra eco. El British Council le ofrece una habitación en Cambridge donde pasa el verano escribiendo una novela titulada *La subida*, un nuevo antecedente de su novela *El Capitán Mijalis*. La situación política en Grecia le obliga a permanecer en el extranjero. Se ocupa de la traducción de su *Alexis Sorbás* al francés.

1947 El intelectual y funcionario del estado sueco Börje Knös traduce *Alexis Sorbás*. Casandsakis es destinado a la Unesco con la misión de promocionar la traducción de las obras literarias de los clásicos universales con el objeto de

tender puentes culturales entre Oriente y Occidente. Él mismo traduce su obra de teatro *Juliano*. *Sorbás* se edita en París.

- 1948 En marzo dimite de su puesto de la Unesco para entregarse por completo a su obra literaria. *Juliano* se representa en París en una única función. Casandsakis y Eleni se trasladan a Antibes, donde escribe inmediatamente su obra de teatro *Sodoma y Gomorra*. Editores de Inglaterra, Estados Unidos, Suecia y Checoslovaquia aceptan publicar su *Alexis Sorbás*. Hace la primera redacción de *Cristo de nuevo crucificado* en tres meses y se ocupa de su revisión durante dos meses más.
- 1949 Saca adelante una nueva novela: *Los hermanos enemigos*. Siguen otras dos obras de teatro, *Teseo* (o *Kouros*) y *Cristóbal Colón*. Vuelve a aparecerle el eczema de la cara. Va a Vichy para un tratamiento de hidroterapia. En diciembre comienza a escribir *El Capitán Mijalis*.
- 1950 Esta última novela le ocupa hasta mediados de julio. En noviembre comienza *La última tentación*. Entretanto se editan en Suecia *Vida y hechos de Alexis Sorbás* y *Cristo de nuevo crucificado*.
- 1951 Completa la primera redacción de *La última tentación*, que corrige después de la revisión de *Constantino Paleólogo*. *Cristo de nuevo crucificado* se edita en Noruega y Alemania.
- 1952 Pasa el verano en Italia con Eleni, donde disfruta de su amada Asís de San Francisco. Sus novelas siguen editándose en Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Finlandia y Alemania, pero no en Grecia.
- 1953 Es hospitalizado en París por una infección en un ojo (al final pierde la vista del ojo derecho). Los exámenes médicos detectan un mal funcionamiento del sistema linfático, probable causa de sus problemas en el rostro. Después de volver a Antibes pasa un mes con Yanis Cacridís, para terminar su traducción conjunta de la *Ilíada*. Escribe la novela *El Pobrecillo de Asís*. En Grecia la Iglesia ortodoxa intenta procesar a Casandsakis por sacrilegio a causa de

determinadas páginas de *El Capitán Mijalis*, publicado en Atenas en octubre, y por toda la obra de *La última tentación*, aunque esta última no había circulado en griego. *Vida y hechos de Alexis Sorbás* se edita en Nueva York.

1954 El Papa inscribe *La última tentación* en el *índice de Libros Prohibidos*. Casandsakis telegrafía al Vaticano con las palabras del cristiano Tertuliano: *Ad tuum, Domine, tribunal apello* (Apelo a tu tribunal de justicia, Señor). Lo mismo dice a la jerarquía ortodoxa en Atenas, añadiendo «Me habéis maldecido, Santos Padres, pero yo os doy mi bendición, pido que vuestras conciencias sean tan puras como la mía y seáis tan éticos y tan religiosos como lo soy yo». En verano Casandsakis inicia la colaboración con Kimon Friar, que traduce *La Odisea* al inglés. En diciembre se estrena en Mannheim (Alemania) su obra de teatro *Sodoma y Gomorra*, y después ingresa en el hospital de Friburgo para una terapia. Los médicos descubren que padece una leucemia linfática benigna. El joven editor Yanis Gudelis asume la edición de sus obras completas en Atenas.

1955 Casandsakis y Eleni pasan un mes de descanso en Lugano, Suiza. Allí empieza a escribir *Informe al Greco*, su autobiografía espiritual. En el mes de agosto visitan a Albert Schweitzer en Gunsbach (Alsacia). De regreso a Antibes, Casandsakis asesora a Jules Dassin sobre el guion de *Cristo de nuevo crucificado*. La traducción de Casandsakis y Cacridís de la *Ilíada* se publica en Grecia financiada por ellos mismos porque ningún editor la acepta. Una segunda edición revisada de *La Odisea* se prepara en Atenas con el estudio de E. Cardaglis, quien estudia también el primer tomo de las obras completas de teatro. Por fin se publica en Grecia *La última tentación*, después de la mediación con el gobierno de «una personalidad de la familia real» en defensa de Casandsakis.

1956 En junio recibe el Premio de la Paz en Viena. En el último momento pierde el Nobel de Literatura, que se concede a Juan Ramón Jiménez. Jules Dassin completa la adaptación

de *Cristo de nuevo crucificado* que titula *Celui qui doit mourir* . Avanza la edición de sus obras completas, que abarcan dos tomos de obras de teatro, bastantes tomos de textos de *Viajes*, *Toda-Raba*, traducido del francés al griego, y *San Francisco* .

1957 Continúa su colaboración con Kimon Friar. Una larga entrevista concedida a Pierre Sipriot se emite en seis programas sucesivos por la cadena radiofónica de París. Casandsakis asiste a la proyección de la película de Jules Dassin en el Festival de Cannes. La casa editorial Plon asume la edición de sus obras completas en francés. Casandsakis y Eleni viajan a China, invitados por el gobierno chino. Para volver en avión vía Japón se ve obligado a vacunarse en Cantón. Mientras sobrevuelan el Polo Norte la vacuna se infecta y el brazo se gangrena. Ingresa en el hospital de Friburgo, donde había sido diagnosticado de leucemia. La crisis pasa, pero se le presenta una epidemia de gripe. Muere el 26 de octubre a la edad de setenta y cuatro años. Sus restos mortales son trasladados a Atenas pero la Iglesia de Grecia se niega a que sean expuestos para rendirle tributo. Su cadáver es llevado a Creta, donde es expuesto en la catedral de Iraclio. Una gran multitud de personas acompaña su entierro en las murallas venecianas.

¹ Esta cronología se basa en la de su biógrafo Pandelis Prevelakis (*Cuatrocientas Cartas de Casandsakis a Prevelakis*, Atenas, Ediciones Eleni N. Casandsakis, 1965). En la página web del Museo Histórico de Creta, <http://www.historical-museum.gr/kazantzakis>, que incluye una cronología a partir del libro de Peter Bien (1989, págs. 17-24). R. Quiroz Pizarro (1997) publicó también una *Cronología y Bibliografía de Kazantzakis en español* , editada por el Centro de Estudios Neohelénicos de la Universidad de Santiago de Chile.

² 28 de febrero según el calendario antiguo, 3 de marzo, según el nuevo.

Bibliografía

DE CARÁCTER GENERAL

- BÁDENAS DE LA PEÑA , Pedro, «La transcripción del griego moderno al español», en *REL*, XXIV (1984).
- BAUDIER , M. L., *Nikos Kazantzakis. Cómo el hombre se hace inmortal*, Buenos Aires, 1986.
- BEATON , R., «The Oral Traditions of Modern Greece: A Survey», *Oral Traditions*, 1, 1.
- «Modernism in Greece», en *The Cambridge Companion to European Modernism*, Cambridge University Press, 2011.
- *An Introduction to Modern Greek Literature*, Oxford, 1994.
- DETORAKIS, Ceojaris [Δετοράκης, Θεοχάρης], *Ιστορία της Κρήτης* , Ηράκλειο , 1990.
- *Ανέκδοτα δημοτικά τραγούδια της Κρήτης* , Ηράκλειο , 1976.
- FERNÁNDEZ GALIANO , Manuel, «La transcripción castellana de los nombres propios griegos», *EECC* (1961).
- GRIFFIN , Roger, *Modernismo y fascismo: la sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, 2010 [*Modernism and Fascism: The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*, Palgrave, 2007].
- IDOMENEOS , M. I. [Ιδομενέως, Μ. Ι.], *Κρητικό Γλωσσάριο* , Ηράκλειο , 2006.
- JARALAMBAKI , Vasili [Χαραλαμπάκη, Βασίλη], *Η'θη και εθιμα της Κρήτης* , Ηράκλειο , 2003.
- MEGAN , G. [Μέγαν, Γ.], *Ελληνικά παραμύθια* , Αθήνα , 1962.

- OMATOS , Olga, «La tradición oral neohelénica: cantos, cuentos y teatro popular», en *Erytheia*, 15 (1994).
- PANGALU , Yorgos 'Emm [Παγκάλου, Γεώργιος Εμμ.], *Περί τουγλωσσικού ιδιώματος της Κρήτης (7 vols.)*, Αθήνα , 1955.
- POLITIS, N. [Πολίτης, Ν.], *Historia de la Literatura griega moderna* (traducción al español: Goyita Núñez), Madrid, 2004.
- *Παραδόσεις του ελληνικού λαού* , Αθήνα , 1904.
- *Εκλογαί από τα τραγούδια του ελληνικού λαού* , Αθήνα , 1914.
- TROJALAKIS , Yanis Emman [Τροχαλάκης, Γιάννης Εμμ.] *Μοσχός, Λαογραφικά Ενθυμήματα* , Αθήνα , 2000.
- VILLAR LECUMBI , Alicia, *La literatura griega contemporánea. (De 1821 a nuestros días)*, Madrid, 2009.

SOBRE CASANDSAKIS

- ACTASDEL CONGRESO CIENTÍFICO INTERNACIONAL , Ρέθυμνο , 2004 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης: Το έργο και η πρόσληψή του ».
- ACTASDEL CONGRESO CIENTÍFICO INTERNACIONAL , Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός », DVD.
- ALEXIU , Stilianós [Αλεξίου, Στιλιανός], «Νίκος Καζαντζάκης, από την ζωή, τη σκέψη και το έργο του », Πρεπαγμένα Διεθνούς Επιστημονικού Συνεδρίου , «Νίκος Καζαντζάκης, το έργο και η πρόσληψη του », Ηράκλειο -Αθήνα , 2006.
- ANDRIOTIS, NICÓLAOS [Ανδριώτης, Νικόλαος], «Η γλώσσα του Νίκου Καζαντζάκη », *Νέα Εστία* , 33 (1959).

- BEATON , R., *Εισαγωγή στο έργο του Καζαντζάκη. Επιλογή κρητικών κείμενων* , Ηράκλειο-Αθήνα , 2009.
- *Ο Καζαντζάκης, Μοντερνίστης και Μεταμοντέρνος* , Αθήνα , 2009.
- BIEN , Peter, *Kazantzakis. Politics of The Spirit*, Princeton, 1989.
- *Οκτώ κεφάλαια για τον Νίκο Καζαντζάκη* , Αθήνα , 2007.
- CASANDSAKIS , E. [Καζαντζάκης, E.], *Nikos Kazantzakis: El Disidente*, Barcelona, 1974.
- CASANDSAKIS , N. [Καζαντζάκης, N.], «Ένα σχόλιο στην Οδύσσεια » , *Νέα Εστία* , 389 (1943).
- CASTILLO DIDIER, M ., «Permanencia de Nikos Kazantzakis en las letras neohelénicas: *La Odisea*», *Boletín de la Universidad de Chile*, 46, 1964.
- CASTRINAKIS, Ánguela [Καστρινάκης, Άγγελα], *Ο Καζαντζάκης και οι Τόποι της Παρακμής* , Αθήνα , 1997.
- DE JOUVENEL , R., «En souvenir de Kazantzakis», *Europe*, núm. VI, París (1958).
- DETORAKIS, Ceojaris [Δετοράκης, Θεοχάρης], *Νίκος Καζαντζάκης ο κρητικός* , Αθήνα , 1997.
- DICTEOS , Aris [Δικταίος, Άρης], *Σχόλια στις επιστολές προς την Γαλάτεια του Νίκου Καζαντζάκη* , Αθήνα , 1958.
- FILIPAKIS- WARBURTON , E. [Φιλιππάκης WARBURTON , E .], «Η φωνή της Κρήτης στην γλώσσα του Νίκου Καζαντζάκη » , *Εισαγωγή στη Νεοκρητική Λογοτεχνική Σχολή του Αντ. Σανουδάκι* , Αθήνα , 1978.
- FANURAKIS , Yorgos [Φανουράκης, Γιώργος], «Ερμηνευτικά παρατηρήσεις στον Καπετάν Μιχάλη » , *Αφιέρωμα στον Νίκο Καζαντζάκη* , *Καινούρια Εποχή* , 1958.
- FRIAR , Kimon, «Η πνευματική άσκηση του Νίκου Καζαντζάκη » , *Νέα Εστία* , 33 (1983).

- GRAMMATÁS, Zódoros [Γραμματάς, Θόδωρος], *Κρητική ματιά. Σπουδή στο έργο του Νίκου Καζαντζάκη* , Αθήνα , 1994.
- «Ξαναδιαβάζοντας το έργο του Νίκου Καζαντζάκη » , *Διαβάζω* , 51 (1982).
- IZZET , A. , «Nikos Kazantzakis» , *Cahiers du Sud* , Marseille , 1965.
- JANIAUD-LUSTI , Colette , *Nikos Kazantzaki. Sa vie, son oeuvre (1883-1957)* , París , 1970.
- MAYORGA , C. , «La imagen del arco y la flecha en Kazantzakis» , en M. Morfakidis e I. García Gálvez (eds.) , 1997.
- MARCAKIS , P. [Μαρκάκης Π.] , *Ανέκδοτα γράμματα του Νίκου Καζαντζάκη* , Αθήνα , 1959.
- MATSUCAS , Nicos [Ματσούκας, Νίκος] , *Η Ελληνική παράδοση στο Νίκο Καζαντζάκη* , Θεσσαλονίκη , 1988.
- MITSAKIS , K. [Μιτσάκης, Κ.] , *Η κρητική ματιά. Μελέτες για τον Νίκο Καζαντζάκη* , Αθήνα , 1998.
- MITSOAKAKIS , K. [Μιτσοκάκης, Κ.] , *Ο Καζαντζάκης μιλάει για τον θόο* , Αθήνα , 1972.
- MUTAFIS , Yanis [Μουτάφης, Γιάννης] , *Η κόκκινη Γραμμή του Νίκου Καζαντζάκη. Σύντομη κριτική ανάλυση ολόκληρου του έργου του* , Αθήνα , 1986.
- NÚÑEZ ESTEBAN , Goyita , «Nicos Casandsakis y su viaje a España» , *Erytheia* , 2 (1983).
- OMATOS, Olga , «La compleja personalidad de Nikos Kazantzakis. Sus raíces» , *Erytheia* , 16 (1995).
- PANAYOTAKIS , Yorgos [Παναγιωτάκης, Γεώργιος Ι.] , *Νίκος Καζαντζάκης. Η μορφή και το έργο του* , Ηράκλειο , 2008.
- PREVELAKIS , P. [Πρεβελάκης, Π.] , *Τετρακόσια Γράμματα του Καζαντζάκη στον Πρεβελάκη και σαράντα άλλα αυτόγραφα εκδομένα με σχόλια, ένα σχέδιασμα εσωτερικής βιογραφίας και*

χρονογραφίας του βίου του Ν. Καζαντζάκη από τον Π. Πρεβελάκη ,
Αθήνα , 1984.

QUIROZ PIZARRO , R., «Nicos Kazantzaki. Impromptu filosófico: dimensiones de un poeta pensador», Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos, Universidad de Chile, 2003.

PRIFTI , Cleopatra [Πρίφτι, Κλεοπάτρα], *Νίκος Καζαντζάκης. Περπατητής του κόσμου* , Αθήνα , 1985.

RIGUZZO , R., «Kazantzaki ou la recherche tourmenté de la verité», en *Le Regard Crétois*, núm. 6, Ginebra (1992).

SAIMAKIS , Yoanis [Σαϊμάκης, Ιωάννης], «Για να τον πειράζει », en *Actas del Congreso Científico Internacional*, Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός », DVD.

SEVELAKIS , Yorgos [Ζεβελάκης, Γιώργιος], «Νίκος Καζαντζάκης 1883-1954. Ο άνθρωπος, ο δημιουργός, ο ιδεολόγος », *Άγνωστες μαρτυρίες και ντοκουμέντα*, Ελευθεροτυπία 2008.

SOLÁ , Marcela, «Sobre el autor de Zorba el griego. Cien años y tres días de fiesta bajo el sol de Creta», *First*, 86 (1993).

STAMATIS, N. Filipidis [Σταμάτης, Ν. Φιλίπιδης], «Λαϊκότροπα στοιχεία στα μυθιστορήματα του Καζαντζάκη », Απόσπασμα από το βιβλίο : *Τόποι, Μελετήματα για τον αφηγηματικό λόγο επτά νεοελλήνων πεσογράφων* , Αθήνα , 1997.

STAMATIÚ, Yorgos [Σταματίου, Γιώργος], *Η γυναίκα στη ζωή και στο έργο του Νίκου Καζαντζάκη* , Αθήνα , 1975.

— *Ο Καζαντζάκης και οι Αρχαίοι* , Αθήνα , 1983.

— *Ο Καζαντζάκης. Ένας αξέδιψατος της ελευθερίας* , Αθήνα , 1974.

TSERMIÁS, Pavlos [Τζερμιάς, Παύλος], *Ο «πολιτικός » Νίκος Καζαντζάκης. Αυτός ο άγνωστος διάσημος* , Αθήνα , 2010.

TSIOVAS , D., *The other self: Selfhood and society in Modern Greek Fiction*, Oxford, 1987.

TSOPANAKIS , A. [Τσοπανάκης, Α.], «Η γλώσσα και το λεξιλόγιο του Νίκου Καζαντζάκη », *Νέα Εστία* , 102, 1211, Αφιέρωμα στον Καζαντζάκη , 1977.

<http://www.kazantzakispublications.org/english/OiEkdoseis06.htm>
|

SOBRE LA OBRA «INFORME AL GRECO »

AZANASOPULU , Afroditi [Αθανασοπούλου, Αφροδίτη], «Νίτσε, Βούδας, Καζαντζάκης Η γενεαλογία της Κρητικής Ματιάς », *Actas del Congreso Científico Internacional*, Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός », DVD.

VASILAKIS, Antonis Sp. [Βασιλάκης Αντώνης Σπ.] «Ο Μινωίτης Νίκος Καζαντζάκης. Η αναφορά στον Νίκο Καζαντζάκη », *Actas del Congreso Científico Internacional*, Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός », DVD.

BEATON , Roderick, *Ο Μινωικός πολιτισμός στο έργο του Καζαντζάκη. Από την Οδύσσεια ως την Αναφορά στον Γκρέκο* (traducción: Ana Rosenberg), *Actas del Congreso Científico Internacional*, Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός », DVD.

BEATON , R., «Out of Crete-Nikos Kazantzakis, creator of *Zorba and The Last Temptation of Christ*, fifty years on», *The Times Literary Supplement*, 5438 (2007).

BIEN , P., *Nikos Kazantzakis: Novelist*, Bristol, 1989.

- «Kazantzakis' Religious Vision», *Byzantine and Modern Greek Studies*, 20 (1996).
- BURUNDIA, J. R. y SUREDA , J., «Un radiante ocaso: El Greco», *Historia del Arte español*, Barcelona, 1996.
- DETORAKIS , Ceojaris [Δετοράκης Θεοχάης], *Νίκος Καζαντζάκης ο κρητικός. Καζαντζάκης μιλά ε ι γι' την Κρήτη*, 1997.
- JATSOPULU , Litsa [Χατσοπούλου, Λίτσα], «Στο παλάτι της Κνωσού. Οι αντιθέσεις οι συγκρούσεις και η καλλίστη αρμονία της Κρητικής Ματιάς », *Actas del Congreso Científico Internacional*, Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός », DVD.
- JRISTIDIS , Constantinos [Χρηστίδης , κωνσταντίνος], «Από τον Γκρέκο στον Καζαντζάκη. Σχέδιασμα μίας καζαντζάκεια αισθητική », *Actas del Congreso Científico Internacional*, Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός », DVD.
- KATSÍ- JRISOGUELU , Ana [Κατσί-Χρυσογέλου, Άννα], *Ο Καζαντζάκης στην Βιέννα το '22 και οι σχέσεις του με τον ψυχολόγο Στέκελ* , Αθήνα , 1980.
- KUMAKIS , Yorgos X. [Κουμάκης, Γεώργος X.], «Η κρητική ματιά ως βάθρο παγκοσμίου πολιτισμού στο έργο του Νίκου Καζαντζάκη », *Actas del Congreso Científico Internacional*, Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου , «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός »], DVD.
- LIAMÍ , Ilías N. [Λιαμή , Ηλίας,Ν.], *Προσπάθεια κατανόησης του έργου του Ν. Καζαντζάκη «Αναφορά στον Γκρέκο»* , Αθήνα , 1982.
- NTUNIA , Jristina [Ντούνια, Χριστίνα], «Με αλήθεια και φαντασία. Ο Καζαντζάκης αυτοβιογραφούμενος », *Πεπραγμένα του Διεθνούς*

επιστημονικού Συνεδρίου . Πανεπιτήμιο Ρεθύμνου . 23/25 Απριλίου 2004. «Νίκος Καζαντζάκης. Το έργο και πρόσληψη του ».

OMATOS, Olga, «Kazantzakis y el Greco», *Actas del Congreso Científico Internacional*, Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός », DVD.

PASJALIS , Mijail [Πασχάλη, Μιχαήλ], «Η διαμάχη της Κρήτης. Η Κρήτη των κρητικών και οι εκδοχές της Κρήτης στον Καζαντζάκη », *Actas del Congreso Científico Internacional*, Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός », DVD.

QUIROZ PIZARRO , Roberto, «Kazantzakis-Nietzsche, un discípulo vital», *Byzantion Nea Hellás*, 29 (2010).

— «Una libre lectura», *Byzantion Nea Hellás*, 30 (2011).

— «Algunas imágenes de lo cretense en Kazantzakis», *Byzantion Nea Hellás*, 326 (2007).

SILVÁN , Alfonso, «Toledo en Kazantzakis: El Greco», *Boletín de Estudios Neohelénicos*, núm. 7 (2004).

VRETACOS , N. [Βρεττάκος, Ν.], *Νίκος Καζαντζάκης. Η αγωνία και το έργο του* , Αθήνα , 1979.

XENÍ , Anastasia [Ξένι, Αναστασία] «Μεταφράζοντας τον Καζαντζάκη », *Actas del Congreso Científico Internacional*, Ηράκλειο -Μυρτιά , 28/30-9-2007 [Πρακτικά του διεθνούς επιστημονικού συνεδρίου], «Νίκος Καζαντζάκης και ο κρητικός πολιτισμός », DVD.

EDICIONES EN GRIEGO DE «INFORME AL GRECO »

Καζαντζάκης, Ν., *Αναφορά στον Γκρέκο* , Αθήνα , 1961.

— *Αναφορά στον Γκρέκο* , Αθήνα. Εκδ. Ελ. Καζαντζάκη, 1964 (de donde se han hecho las demás ediciones, 1982 y 2009).

TRADUCCIONES DE «INFORME AL GRECO » ¹ A LENGUAS EXTRANJERAS

KAZANTZAKIS, Nikos, *Lettre au Greco . Souvenirs de ma vie*, traducción al francés, Michel Saunier, Club des Éditeurs, 1960 (con el título *Lettre au Greco. Bilan d'une vie*), París, Plon, 1967, 1975, 1983, 1988, 1991, 1997, 2000.

— *Carta a Grego*, traducción al portugués, Amando Pereira da Silva, Amando da Silva Carvalho, Lisboa, Ulisseia, 1961.

— *Carta al Greco. Recuerdos de mi vida*, traducción al español, Delfín Leocadio Garasa, Buenos Aires, C. Lohlé, 1963, 1964, 1967, 1982; Lohlé-Lumen, 1995; Barcelona, Planeta, 1968.

— *Rechenschaft vor El Greco*, traducción al alemán, Isidora Rosenthal-Kamarinea, Berlín-Grunewal, Herbig, 1964; Múnich, Herbig, 1970, 1978; Hamburgo, Rowohlt, 1980, 1982, 1983, 1986, 1988, 1989; Berlín, Volk und Welt, 1983; Fráncfort-Berlín, Ullstein, 1990, 1993, 1995.

— *Report to Greco*, The autobiography of the autor of *The Last Temptation of Christ*, traducción al inglés, Peter Bien, Nueva York, Simon and Schuster, 1965; Bantam Books, 1966, 1971.

— *Report to Greco*, The autobiography of the autor of *The Last Temptation of Christ*, traducción al inglés, Peter Bien, Londres, Faber and Faber, 1965, 1973, 1974, 1977.

— *Tilinteko El Grecolle*, traducción al finlandés, Aamo Peromies, Helsinki, Tammi, 1966.

— *El Greco'ya mektuplar*, traducción al turco, Ahmet Angin, Estambul, E Yayinlari, 1975, 1995; Estambul, Can, 2003.

— *Hlášení El Grecovi*, traducción al checo, Jana R. Friesová, Božena Protopapasová; traducción de los versos, Miloš Tomasco; Epílogo, Ružena Dostálová, Praga, Odeon, 1982.

- *O viata in scriison*, traducción al rumano, Bucarest, Univers, 1983.
- *Guzarish bih khaki Yunan*, traducción al persa, Salih Husayni, Teherán, Nilufar, 1984, 1988.
- *Raport catre El Greco*, traducción al rumano, Alexandra Medrea-Danciu, Bucarest, Universe, 1986.
- traducción al chino, Weicheng Zhu, Taipéi, Guang fu shu ju gu fen you xian gong si, 1989.
- *El Greco e lo sguardo cretese*, traducción al italiano, Giovanni Bonavia, Roma, Biblioteca del Vascello, 1994.
- *erantwoording aan El Greco*, traducción al holandés, Jos Schoonen, La Haya, Styx, 1997.
- *Car grške pokrajine: izbor popotnih spominov iz dela Obracunpred El Grecom*, traducción al esloveno, Cankarjeva, 2002.

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE CASANDSAKIS EN LA PRENSA DE LA ÉPOCA Y POSTERIOR ²

- Elefcer ía*, 11-5-1954, «El Santo Sínodo se ocupa de *La tentación*, de Casandsakis».
- Vima*, 16-5-1954, «Iglesia y Literatura».
- Ezno*s, 5-8-1954, «Canto de alabanza de Nicos Casandsakis al pope de un pueblo de Creta».
- Elefcería*, 24-10-1954, «¿Quién recibirá el Nóbel este año?».
- Vima*, 16-2-1955, «El Santo Sínodo se ha opuesto a la circulación de dos obras».
- Vima*, 17-2-1955, «El Santo Sínodo pide al Ministerio de Justicia la prohibición de los libros de Casandsakis».
- Vima*, 27-2-1955, «El Santo Sínodo ve en las obras de Casandsakis las teorías de Freud y del materialismo histórico».

Vradiní, 2-3-1955, «El señor Papandreu habla sobre Casandsakis».

Elefcería, 2-3-1955, «En la persona de N. Casandsakis se persigue la libertad de pensamiento».

Nea, 5-3-1955, «El Acta del Pleno de la Corporación Municipal de Iraclio sobre el asunto Nicos Casandsakis».

Elefcería, 2-4-1955, «El pueblo de Atenas pide que cese la persecución de las obras de Casandsakis».

Eznicós Kirix, 22-4-1955, «Duro ataque contra el Santo Sínodo».

Elinikós borrás, 6-5-1955, «Las afirmaciones del Pleno Municipal sobre la defensa de Casandsakis».

Nea, 16-5-1955, «¡Aquí París! Os habla Casandsakis».

Nea, 18-5-1955, «¡Aquí París! Os habla Casandsakis».

Estía, 29-5-1955, «La Corporación Municipal de Salónica contra la decisión del Santo Sínodo acerca de las obras de Casandsakis».

Ora, 16-5-1956, «Nicos Casandsakis se niega en la BBC a la difusión de sus obras».

Vima, 10-6-1956, «Casandsakis habla sobre su “Cristo”».

Nea, 11-7-1956, «Ningún representante del Gobierno griego en la ceremonia de concesión del Premio de la Paz a Casandsakis».

Pancratikí, 18-8-1956, «La suerte y el precio de un imperio. Los ángeles de Chipre. Por Nicos Casandsakis».

Eznicós Kirix, 19-10-1956, «*El que debe morir*».

Nea, 12-12-1956, «No necesita el Premio Nobel».

Tajidromos, 2-3-1957, «¿Académico Casandsakis? ¡Sí. Pero de una Academia invisible, con Psijaris y Sikelianós!».

Avgí, 16-4-1957, «Casandsakis habla sobre la cuestión de Hungría».

Acenaikí, 2-12-1957, «Dassin y Melina acerca de la reprochable escena».

Patrida, «Discurso fúnebre de Menelaos Parlamás en honor de Casandsakis».

Spiza, 11-1957, «El entierro de un anticristo».

Avgí, 3-12-1957, «Es condenado incluso muerto».

Elefcería, 4-12-1957, «Las nuevas películas».

Nea, 5-12-1957, «Y Ceotokás sobre la falta de espíritu griego en la película de Dassin».

Avgí, 29-12-1957, «Las paradojas de una conversación sobre el arte».

Elefcerotipía, 25-10-2010, «Casandsakis no vio con malos ojos la gran catástrofe».

¹ Según aparece recogida en la página web de la Fundación Museo Casandsakis, Mirtiá (Creta).

² Remitimos a la web: <http://www.historical-museum.gr/kazantzakis/index1.html>, de donde hemos tomado esta información.

INFORME AL GRECO

TRES ALMAS, TRES PLEGARIAS:

1. *Soy un arco en tus manos, Señor, ténsame, si no,
me partiré.*
2. *No me tenses demasiado, Señor, me partiré.*
3. *Ténsame cuanto quieras, Señor, ¡y que me parta!*

Cómo vi escribir «Informe al Greco»

Diez años, diez años más de vida, pedía a su Dios Casandsakis para concluir su obra, para decirlo que tenía que decir, para «vaciar». Que después llegara la muerte y se llevara sólo un saco de huesos. Diez años le bastaban. Eso creía él.

Pero Casandsakis no era de esos hombres que se «vacían». A los setenta y cuatro años, no sólo no se sentía viejo ni cansado, sino que, incluso después del último trágico incidente, la vacuna, había rejuvenecido, como él mismo nos decía. Y así lo confirmaban los dos grandes sabios de Friburgo, el hematólogo Heilmayer y el cirujano Kraus.

—¡Este hombre es fuerte!, os lo digo yo —exclamaba con aire triunfal el profesor Heilmayer, durante todo el último mes, después de cada consulta—. Su sangre está actualmente como la mía.

—¡Por qué corres así! —lo reñía yo, temiendo que resbalase en las baldosas y se rompiera un hueso.

—No temas, Lenotschka, ¡tengo alas! —respondía, y sentías que tenía confianza en su organismo y en su alma, que no se rendían.

—¡Si por lo menos pudiera dictarte! —suspiraba a veces, y cogía el lápiz, tratando de escribir con la mano izquierda.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Quién te apremia? Ten un poco de paciencia, lo peor ya ha pasado... En unos días podrás escribir cuanto quieras.

Volvía la cabeza, me miraba un momento en silencio, suspiraba.

—Tengo muchas cosas que decir. Hay tres grandes asuntos que me hostigan. Tres nuevas novelas. Pero primero tengo que

terminar el *Greco*.

—¡Lo terminarás!

—¡Lo modificaré! Coge una hoja de papel y un lápiz, veamos si consigo dictarte.

Nuestro trabajo en común apenas duró cinco minutos.

—¡Imposible! No sé dictar. Sólo puedo pensar cuando cojo el lápiz...

«Ancestros, padres, Creta, infancia... Atenas, Creta, Viajes... Sikelianós, Viena, Berlín, Prevelakis, Moscú...».

Recuerdo ahora otro momento crítico de nuestra vida. Otra clínica, en París. Nicos, gravemente enfermo, cuarenta grados de fiebre, los médicos, alarmados. Todos pensando en lo peor, y sólo él imperturbable:

—¡Coge el lápiz, Lenotschka!...

Y con voz débil, casi delirando a causa de su estado febril, empezó a dictarme los *haikus* franciscanos que había puesto en boca del santo:

«Dije al almendro: “Hermano, háblame de Dios”, y el almendro floreció».

Ahora, antes de partir para China, había confiado el manuscrito de *Informe al Greco* a un joven pintor, su «partera», como él lo llamaba, porque venía al amanecer, subía a su escritorio y empezaba los eternos ¿de dónde?, ¿adónde? y ¿hasta cuándo? Todos los grandes interrogantes sobre Dios, el hombre, el arte... Nicos se reía, admiraba la pasión y el intenso amor del muchacho por su arte y... «paría». Soltaba ideas y se sentía aliviado...

—Puede ser que se incendie nuestra casa —le dijo—. Prefiero que tengas tú este manuscrito; si se quema, ya nunca podré volver a escribirlo... Sólo lamento no haberlo terminado...

Pero ¡cómo iba terminarlo!, ¡qué no había hecho en los últimos meses antes del viaje!

Empezó *Informe al Greco* en el otoño de 1956, al regresar de Viena. Cuando descansaba del *Informe*, volvía a la traducción de *La Odisea*, de Homero, que hacía junto con Cacridís.

—¡Tenemos que terminarla a tiempo para que no baje cojo a los Infiernos! —decía, entre irónico y asustado.

Y simultáneamente, cada poco tiempo llegaban fragmentos de la traducción inglesa de su propia *Odisea*. Páginas enteras de palabras difíciles de traducir. ¡Cuánto tiempo le devoró esta *Odisea* y cuánto esfuerzo le supuso! Y añadido a esto, todas las demás ediciones de su obra, en Grecia. Textos que tenía que corregir o completar. *Rusia*, cuyo manuscrito se había perdido... Y Pierre Sipriot, de la radio francesa, que lo martirizaba con las *Entrevistas* ... Y la película ¹ ... Y un viaje a la India, invitados por Pandit Nehru —viaje que preparamos y que no hicimos por miedo a las múltiples vacunas...

En efecto, no tuvo tiempo de hacer la «segunda redacción» de *Informe al Greco*, como tenía por costumbre. Sin embargo, sí llegó a reescribir el primer capítulo y uno de los últimos, «Cuando la semilla de la *Odisea* germinaba en mí», que envió a *Nea Estía* para su publicación. Y aún tuvo tiempo de releer el manuscrito y corregirlo o añadir aquí y allí a lápiz.

Vuelvo a ver hoy, en mi soledad, aquella tarde de otoño, cuando bajó ligero, ligero como un niño, con el primer capítulo:

—¡Lee, niña, lee, para que yo escuche!

—«Recojo mis herramientas: vista, oído, gusto, olfato, tacto, mente, ha caído la tarde, la jornada de trabajo termina, vuelvo a mi casa, como el topo, a la tierra. No porque esté cansado de trabajar, no lo estoy; pero el sol ya se ha puesto...».

No pude seguir; se me hizo un nudo en la garganta. Por primera vez Nicos hablaba de la muerte.

—¿Por qué escribes como si fueras a morir? —grité, verdaderamente desesperada.

Y para mis adentros: «¿Por qué asume de pronto la muerte?».

—No, no voy a morir, compañera, no te angusties. ¡Viviré todavía diez años! ¿No lo hemos dicho? —respondió sin la menor vacilación—. ¡Necesito diez años más! —repitió en voz baja y tendió la mano para tocarme la rodilla—. Vamos, léeme, veamos lo que acabo de escribir.

A mí me lo negaba, pero quizá él lo sabía. Porque aquella misma tarde metió en un sobre el capítulo en cuestión del *Greco*, y una carta para su amigo Pandelis Prevelakis: «Eleni no ha podido copiarlo, ha estallado en sollozos, porque hablo de mi

muerte. Pero tiene que ir haciéndose a la idea, también yo tengo que ir haciéndome a la idea...».

Su demonio interior lo impulsó probablemente a abandonar *El Tercer Fausto*, que tanto deseaba escribir, para preparar su *Autobiografía*.

Verdad y ficción entremezcladas. Mucha verdad, muy poca fantasía. Algunas fechas intercambiadas. Cuando habla de otros, siempre la verdad, sin alteraciones, exactamente lo que ha visto y oído. Cuando habla de sus avatares personales, algunas pequeñas variaciones...

Pero una cosa es cierta: si hubiese vuelto a escribir *Informe al Greco* lo habría modificado. Cómo lo hubiera hecho concretamente, no lo sabemos. Lo hubiera enriquecido. Cada día recordaba nuevos episodios que había olvidado. Y lo habría ajustado al marco de la realidad —estoy convencida de ello—. Porque su vida real estaba llena de sustancia, de angustia humana, de alegría y de pena —en una palabra, «de humanidad»—. ¿Por qué cambiarla? No es que le hayan faltado los momentos difíciles de la impotencia, de la huida, del sufrimiento. Pero precisamente estos momentos difíciles fueron siempre para Casandsakis nuevos peldaños para subir más alto, para llegar a la cima, allí donde se había impuesto a sí mismo llegar, antes de recoger sus herramientas de trabajo porque había empezado a anochecer...

«No me juzgues como un hombre —me había pedido en cierta ocasión otro combatiente—. No me juzgues por mis actos. Júzgame como si fueras Dios, por la intención oculta que tienen mis acciones».

Así creo que deberíamos juzgar nosotros a Casandsakis. No por lo que ha hecho, y si lo que ha hecho tiene o no tiene un gran valor en sí mismo. Sino por lo que significaba aquello que quería hacer, y si lo que quería hacer tenía un gran valor para él y para nosotros.

Yo pienso que lo tenía. En treinta y tres años a su lado no recuerdo haberme sentido avergonzada jamás por uno de sus actos. Era honesto, sin doblez, inocente, dulcísimo con los demás, implacable sólo consigo mismo. Se retiraba a la soledad

porque sentía que la empresa era dura y sabía que tenía las horas contadas.

—Tengo gana de hacer lo que dice Berenson: bajar a la esquina, extender la mano y mendigar a los que pasan: «¡Piedad, hermanos, dadme un cuarto de hora cada uno!» —me decía, y sus ojillos redondos, muy negros, se humedecían en la penumbra—. ¡Un poco de tiempo más para terminar mi Obra! ¡Después, bienvenida sea la muerte!

¡Maldita sea! Vino y lo tronchó en la flor de la edad. Sí; no te rías, querido lector desconocido, porque era ahora cuando había empezado a florecer y a dar fruto el que tanto has amado y tanto te ha amado, tu Nicos Casandsakis.

ELENI N. CASANDSAKIS ,
Ginebra, 15 de junio de 1961

¹ Se refiere a la película sobre su obra *Cristo de nuevo crucificado*, de Jules Dassin.

Informe al Greco

Mi *Informe al Greco* no es una autobiografía: mi vida personal sólo tiene un valor, muy relativo, para mí y para nadie más. El único valor que le reconozco es este: su lucha por ascender peldaño a peldaño y por llegar tan alto como se lo permitían su fuerza y su obstinación a la cima que por mi cuenta he denominado la *Mirada Cretense*.

Encontrarás, pues, lector, en estas páginas la línea roja ¹, trazada con gotas de mi sangre, que jalona mi camino entre los hombres, las pasiones y las ideas. Todo hombre digno de ser llamado hijo del hombre carga con su cruz y sube a su Gólgota: muchos, la mayoría, llegan al primero, al segundo hito, jadean, se derrumban a mitad del camino y no suben hasta la cima del Gólgota —quiero decir, a la cumbre de su deber— a ser crucificados, resucitar y salvar sus almas. Desfallecen, tienen miedo a la cruz, sin saber que la crucifixión es el único camino de la resurrección; no hay otro.

En mi ascensión ha habido cuatro hitos decisivos, y cada uno de ellos lleva un nombre sagrado: Cristo, Buda, Lenin, Odiseo. Esta marcha sangrienta de una a la otra de estas grandes almas, ahora que ya se pone el sol, trato de trazarla en este Diario de viaje: cómo un hombre asciende, jadeante, la montaña abrupta de su destino. Mi alma entera es un grito, y toda mi obra es la interpretación de ese grito.

Permanentemente, durante toda mi vida, una palabra no ha dejado de martirizarme y flagelarme: la palabra Subida. Quisiera describir aquí esta subida, mezclando verdad y fantasía. Y también las huellas rojas que ha dejado mi ascensión. Y me apresuro a hacerlo, antes de llevar «el casco negro» y bajar al polvo, pues esta línea sangrienta será la única huella que dejará

mi paso por la tierra: lo que he escrito, lo que he hecho, está inscrito y grabado en el agua y ha desaparecido.

Clamo a la memoria que recuerde, recojo mi vida, dispersada en el viento, y de pie, como un soldado ante el general, hago mi Informe al Greco, porque él está amasado con la misma tierra cretense que yo y puede comprenderme mejor que todos los luchadores que viven o han vivido. ¿Acaso no ha dejado él la misma línea roja en las piedras?

¹ Casandsakis utiliza una metáfora adaptada de la fórmula (equivalente a nuestro «Érase una vez...») con la que en Grecia empiezan los cuentos: κόκκινη κλωστή δεμένη [*kókkini klostí demeni*] «Un hilo rojo atado...». El cuento es una madeja que se va desenrollando.

Prólogo

Recojo mis herramientas: vista, oído, gusto, olfato, tacto, mente, ha caído la tarde, la jornada de trabajo termina, vuelvo a mi casa, como el topo, a la tierra. No porque esté cansado de trabajar, no lo estoy, pero el sol ya se ha puesto.

El sol se ha puesto, las montañas se han difuminado, las cordilleras de mi mente aún conservan un poco de luz en sus cumbres, pero la noche sagrada ya se extiende, sube de la tierra, desciende del cielo, y la luz ha jurado no rendirse, pero sabe que no hay salvación: no se rendirá, pero se apagará.

Echo una última mirada a mi alrededor, ¿a quién decir adiós? ¿A qué? ¿A las montañas? ¿Al mar? ¿A la parra de mi balcón, cargada de racimos? ¿A la virtud? ¿Al pecado? ¿Al agua fresca? Esto no sirve de nada; de nada. Todas estas cosas bajan conmigo a la tierra.

¿A quién confiar mis alegrías y mis penas, los secretos anhelos quijotescos de mi juventud, el choque áspero con Dios y con los hombres y más tarde, finalmente, el fiero orgullo de la vejez, que arde, pero se niega a convertirse en ceniza antes de que llegue la muerte? ¿A quién contar cuántas veces, al escalar con pies y manos la escarpada pendiente de Dios, he resbalado y caído y cuántas me he levantado, cubierto de sangre, y he vuelto a subir? ¿Dónde encontrar un alma herida mil veces, pero insumisa como la mía, para confesarme a ella?

Aprieto en mi mano, sereno, con pasión, un puñado de tierra cretense; siempre la llevaba conmigo en todos mis peregrinajes, y en mis grandes angustias la empuñaba y mi mano recibía fuerza, una enorme fuerza, como si estrechara la mano de un amigo querido. Pero ahora que el sol se ha puesto y la jornada de trabajo ha terminado, ¿qué hacer con esa fuerza? Ya no la

necesito. Conservo esta tierra de Creta y la aprieto en mi mano con una dulzura, una ternura y un reconocimiento indecibles, como si apretara entre mis brazos a la mujer que amo para despedirme de ella. Esta tierra es lo que he sido desde hace siglos, ella es lo que seré eternamente. Como un relámpago ha pasado el instante en que tú, salvaje tierra de Creta, formaste un remolino y te convertiste en un hombre combatiente.

¡Qué lucha, qué angustia, qué persecución de la fiera feroz e invisible, devoradora de hombres! ¡Qué fuerzas peligrosas, celestes o satánicas, encierra este puñado de tierra! Ha sido amasada con sangre, sudor y lágrimas, se ha hecho barro, se ha convertido en hombre, ha iniciado el ascenso para llegar —¿para llegar adónde?—. Escalaba, jadeante, la mole tenebrosa de Dios; tendía las manos, buscaba y buscaba, tratando de encontrar su rostro.

Y cuando en estos últimos años, carente ya de esperanza, sintió que esta mole no tenía rostro, ¡qué nueva lucha, llena de audacia y de terror, para esculpir la cumbre en bruto y darle un rostro!, ¡su rostro!

Pero ahora la jornada de trabajo ha terminado. Recojo mis herramientas. Que vengan otros puñados de tierra a continuar la lucha. Nosotros, los mortales, formamos el batallón de los inmortales, nuestra sangre es roja como el coral, y construimos una isla sobre el abismo.

Se ha construido Dios, yo también he puesto mi pequeño granito de arena rojo, una gota de mi sangre, para darle solidez e impedir que perezca, para que él me diese solidez a mí e impidiera que perezca yo. He cumplido mi deber.

—¡Adiós!

Tiendo la mano y empuño el cerrojo de la tierra para abrir la puerta y marcharme, pero aún me detengo un poco en el umbral iluminado; les es difícil, muy difícil, a mis ojos, a mis oídos y a mis entrañas despegarse de las piedras y de la hierba del mundo. Uno se dice: Estoy saciado, estoy tranquilo, ya no deseo nada, he cumplido mi deber y me voy. Pero el corazón se aferra a las piedras y a las hierbas y se resiste, suplica: «¡Espera un poco!».

Me esfuerzo en consolar a mi corazón, en ayudarlo a que acepte consentir libremente, para que no abandonemos la tierra como esclavos, golpeados, llorando, sino como reyes que han comido, han bebido, se han saciado, están satisfechos, y se levantan de la mesa. Pero el corazón aún late en el pecho, se resiste, grita: «¡Espera un poco!».

Me pongo en pie, echo una última mirada a la luz que también, como el corazón del hombre, se resiste y lucha. Algunas nubes han cubierto el cielo, sobre mis labios ha caído una tibia llovizna, la tierra exhala su aroma, una voz dulce, seductora, asciende del suelo: «Ven... ven... ven».

La llovizna se ha hecho más densa, el primer pájaro nocturno ha emitido un lamento y su queja ha rodado, dulcísima, desde los follajes que empiezan a cubrirse de sombras, hasta el aire húmedo. Quietud, gran ternura, nadie en casa. Fuera los campos sedientos beben agradecidos con muda felicidad, la primera lluvia: la tierra estira el cuello hacia el cielo, como un niño de pecho, para mamar.

He cerrado los ojos. Apretaba en mi mano el puñado de tierra de Creta y el sueño se apoderó de mí. El sueño se apoderó de mí y tuve una ensoñación: Amanecía, el lucero del alba pendía sobre mi cabeza, yo temblaba y me decía: ahora va a caer. Y corría, corría entre montañas yermas y desiertas, completamente solo. A lo lejos, hacia el oriente, asomó el sol; no era el sol, era una bandeja de bronce llena de carbones encendidos. El aire hervía. De vez en cuando, una perdiz cenicienta echaba a volar entre los riscos, agitaba las alas, ajeaba, reía a carcajadas y se burlaba de mí. En un recodo de la montaña un cuervo levantó bruscamente el vuelo al verme; seguramente me estaría esperando y me sorprendió por la espalda, muerto de risa. Yo me enfurecí, me agaché y cogí una piedra para lanzársela, pero el cuervo había cambiado su figura, se había convertido en un viejecito que me sonreía.

El pánico se apoderó de mí y eché a correr de nuevo. Las montañas giraban y yo giraba con ellas. Los círculos se estrechaban sin cesar, sentí vértigo. Las montañas daban vueltas a mi alrededor. De pronto advertí que no eran montañas, eran

restos fósiles de un cerebro antediluviano y a mi derecha, en lo alto de una roca, había clavada una enorme cruz negra y sobre ella estaba crucificada una gigantesca serpiente de bronce.

Un relámpago rasgó mi mente, iluminó las montañas de mi alrededor, vi: había entrado en el terrible y sinuoso desfiladero por donde habían pasado hacía miles de años los hebreos con Jehová al frente, cuando huían de la feliz y fértil tierra del Faraón. Este desfiladero había sido el crisol ardiente en el que, en medio del hambre, la sed y las blasfemias, se había forjado la raza de Israel.

Me dominó el terror, el terror y una gran alegría. Me apoyé en una roca para que se calmase el torbellino de mi mente, cerré los ojos y de repente, todo lo que me rodeaba desapareció. Ante mí se extendió una playa griega, un mar azul oscuro, peñascos rojos y entre los peñascos la entrada baja de una cueva muy oscura. Del aire surgió de pronto una mano y puso en la mía una antorcha encendida. Comprendí la orden: me santigüé, entré en la cueva.

Di vueltas, vueltas, chapoteé en el agua negra y helada. Sobre mi cabeza pendían estalactitas azuladas, húmedas; de la tierra se erguían gigantesco falos de piedra, que brillaban y reían a la luz de la antorcha. Esta cueva era el antiguo lecho de un gran río, que había dejado vacío al cambiar su curso con el paso de los siglos.

La serpiente de bronce, irritada, se puso a silbar. Abrí los ojos, volví a ver las montañas, el desfiladero, los barrancos. Ya no sentía vértigo; todo volvió a estar inmóvil, se iluminó, comprendí: Las cordilleras abrasadas que me rodeaban eran como las que Jehová había hendido en tiempos de los antiguos hebreos para pasar. Yo había penetrado en el terrible cauce de Dios; lo seguía, caminaba sobre sus huellas.

—¡Este es el camino! —grité en mi sueño—. ¡Este es el camino del hombre; no hay otro!

Y nada más brotar de mis labios estas palabras insolentes, me envolvió un torbellino, alas salvajes me elevaron, y me encontré de repente en la cima del monte Sinaí, hollado por Dios. El aire olía a azufre, sentía un escozor en los labios, como si

innumerables chispas invisibles los quemaran. Levanté los párpados. Jamás mis ojos, jamás mis entrañas habían gozado de un espectáculo tan inhumano, tan acorde con mi corazón, sin agua, sin un árbol, sin hombres. Sin esperanza. Aquí el alma de un hombre desesperanzado u orgulloso encuentra la felicidad suprema.

Miré la roca sobre la que me encontraba en pie; dos profundas cárcavas marcadas en el granito debían ser las huellas del paso del profeta con cuernos que esperaba la aparición del león hambriento. ¿No era aquí, en la cumbre del Sinaí, donde le había ordenado esperar? Esperaba.

Yo también esperaba. Me inclinaba sobre el precipicio y escuchaba atentamente. De pronto, lejos, muy lejos, se oyeron pasos sordos. Alguien se acercaba, y a su paso se removían las montañas. Mis aletas nasales palparon —todo el aire olía como a macho cabrío que guía la manada—. «Ya viene», «ya viene», murmuraba yo, y apretaba la cintura, me preparaba para luchar.

¡Ah! ¡Cuánto tiempo llevaba ansiando este momento! Encontrarme cara a cara con la bestia hambrienta de la selva del cielo, sin que el corrompido mundo visible se interponga entre nosotros para confundirme. El Invisible. El Insaciable. El Buen Padre que devora a sus hijos y cuyos labios, barbas y uñas gotean sangre.

Le hablaré sin miedo, le diré la pena del hombre, la pena del pájaro, del árbol y de la piedra. Todos nosotros lo hemos decidido: no queremos morir. Tengo en mis manos una declaración firmada por todos los árboles, los pájaros, las bestias y los hombres: no queremos, Padre, que nos devores. Y no temeré entregársela.

Hablaba, suplicaba, apretaba la cintura y temblaba.

* * *

Y mientras esperaba, me pareció que las piedras habían cambiado de sitio y oí una fuerte respiración.

«Helo aquí... helo aquí... aquí está» —murmuré y me volví con los vellos erizados.

Pero no era Jehová, no era Jehová; eras tú, Abuelo, quien, venido de la amada tierra de Creta, estabas ante mí, señor severo, con tu barbita puntiaguda, blanquísima, tus labios enjutos y firmes, tus ojos extáticos, llenos de llamas y de alas, y en tus cabellos había enredadas raíces de tomillo.

Me miraste, y al mirarme, sentí que este mundo es una nube cargada de rayos y de vientos, que el alma del hombre es una nube cargada de rayos y de vientos, y que Dios sopla sobre ella y no hay salvación.

Levanté los ojos, te miré. Iba a decirte: «Abuelo, ¿es verdad que no hay salvación?». Pero la lengua se me había quedado pegada a la garganta. Iba a acercarme a ti, pero me fallaron las rodillas.

Entonces tendiste la mano, como si yo me estuviera ahogando y quisieras salvarme.

Me aferré ávidamente a tu mano. Estaba embadurnada de pinturas multicolores, como si pintara aún; quemaba. Toqué tu mano, tomé impulso y fuerza, pude hablar:

—Abuelo querido —dije—, dame una orden.

Sonreíste, pusiste la mano sobre mi cabeza; no era una mano, era fuego multicolor, y su llama llegó hasta las raíces de mi mente.

—Llega hasta donde puedas, hijo mío...

Tu voz era grave, sombría, como si saliera de la profunda garganta de la tierra. Llegó hasta las raíces de mi mente, pero mi corazón no se estremeció.

—Abuelo —grité entonces, más fuerte—, dame una orden más difícil, más cretense.

Y de repente, al decirlo, una llama silbó, desgarrando el aire, el indómito antepasado de cabellos entrelazados con raíces de tomillo desapareció de mi vista y en la cumbre del Sinaí sólo quedó una voz, firme, imperiosa, que hacía vibrar el aire:

—¡Llega hasta donde no puedas!

Me desperté, sobresaltado por esta visión; había amanecido. Me levanté, me acerqué a la ventana, salí al balcón, con la parra cargada de racimos. Había dejado de llover, las piedras brillaban, relucían; las hojas de los árboles estaban llenas de lágrimas.

—¡Llega hasta donde no puedas!

Era tu voz; ningún otro en el mundo podía pronunciar palabras tan viriles, ¡sólo tú, Abuelo insaciable! ¿Acaso no eres tú el jefe insumiso, desesperanzado, de mi raza batalladora? ¿No somos nosotros, los heridos, los hambrientos, los testarudos, los cabezas de hierro, quienes hemos renegado del bienestar y de la seguridad y guiados por ti nos lanzamos al asalto para romper los límites?

El más preclaro rostro de la desesperanza es Dios. El más preclaro rostro de la esperanza es Dios. Tú me empujas, Abuelo, más allá de la esperanza y de la desesperanza, más allá de los límites antiguos. ¿Adónde me empujas? Miro a mi alrededor; miro dentro de mí. La virtud ha perdido la cordura; la geometría ha perdido la cordura y también la ha perdido la materia; es preciso que vuelva la Razón legisladora, que instaure un nuevo orden, nuevas leyes; que el mundo se transforme en una armonía más rica.

Esto es lo que quieres tú, hacia esto me empujas, hacia esto me has empujado siempre. Día y noche he escuchado tu orden y me he esforzado cuanto he podido en llegar hasta donde no podía llegar; esto me había impuesto como un deber. Si he llegado o no, eres tú quien debe decirlo. Estoy firme ante ti y espero.

* * *

Mi general, la batalla termina, estoy redactando mi informe: dónde y cómo he luchado, fui herido, me faltó valor, pero nunca deserté; mis dientes castañeteaban de miedo, pero me até a la frente un pañuelo rojo para que no se viera la sangre y me lancé al asalto.

Una a una arrancaré ante ti las plumas de la graja, mi alma, hasta que no quede de ella más que un puñadito de tierra amasado con sangre, sudor y lágrimas. Te hablaré de mi lucha, para aliviarme; prescindiré de la virtud, del pudor, de la verdad, para aliviarme. Así, como tú pintaste *Toledo en medio de la tormenta*, con densos y negros nubarrones, cercada por

relámpagos amarillos, luchando con la luz y las sombras, sin esperanza, pero con tesón, así es mi alma. La verás, la sopesarás entre tus hirsutas cejas y la juzgarás. Recuerda el duro dicho que tenemos los cretenses: «Vuelve allí donde has fracasado; vete de donde has triunfado». Si he fracasado, y aún me queda una hora de vida, volveré a la carga. Si he triunfado, abriré la tierra para venir a tenderme junto a ti.

Escucha, pues, mi informe, general, y juzga; escucha, Abuelo, el relato de mi vida y si he luchado a tu lado; si he sido herido sin que nadie se diera cuenta de cuánto sufría; si jamás he dado la espalda al enemigo, ¡dame tu bendición!

Los ancestros

Me inclino sobre el fondo de mí mismo y me estremezco. Mis antepasados por parte de mi padre, corsarios sanguinarios en el mar; en tierra, capitanes guerreros, sin temor del hombre ni de Dios. Por parte de mi madre, ingenuos campesinos humildes, que, inclinados sobre la tierra durante toda la jornada, sembraban, llenos de confianza, esperaban, seguros, lluvias y soles, cosechaban y al atardecer se sentaban en el banco de piedra de la puerta de su casa y cruzaban los brazos, con sus esperanzas puestas en Dios.

¿Cómo conseguir conciliar estos dos antepasados que combaten en mí, el fuego y la tierra?

Sentía que este era mi deber, mi único deber: reconciliar lo irreconciliable, hacer subir de lo más hondo de mí las espesas tinieblas ancestrales y transformarlas, en la medida de mis fuerzas, en luz. ¿No es este el método de Dios? ¿No tenemos nosotros el deber de aplicarlo, siguiendo sus huellas? Nuestra vida es un fugaz destello pero tenemos tiempo.

El universo entero, sin saberlo, sigue este método; cada ser vivo es un taller donde Dios, oculto, modela el barro y lo transmuta. Por esto los árboles florecen y dan fruto, los animales se reproducen y el mono ha podido superar su destino y mantenerse erguido sobre dos patas. Y ahora, por primera vez desde que existe el mundo, le ha sido dado al hombre entrar en el taller de Dios y trabajar con él. Y cuanto más transmuta la carne en amor, en valor y en libertad, más se convierte en Hijo de Dios.

Arduo deber, insaciable. He luchado toda mi vida, y aún lucho, pero siempre quedan retazos de sombras en el corazón y la lucha vuelve a comenzar sin cesar. Mis antiguos ancestros

paternos se entremezclan, sumergidos en lo más hondo de mi ser y me resulta muy difícil distinguir sus rostros en la profunda oscuridad. Cuanto más avanzo a través de las sucesivas capas de mi alma —el individuo, la raza, el género humano— para encontrar dentro de mí el terrible primer Antepasado, más me domina el terror sagrado. Al principio los rostros me parecen como de un hermano, o de un padre, pero luego, a medida que me adentro en las raíces, salta de lo más profundo de mi ser un antepasado peludo, de potentes mandíbulas, que tiene hambre y sed, que muge y sus ojos están inyectados de sangre. Este antepasado es la fiera tosca, en bruto, que se me ha dado para que la transforme en hombre; y si me es posible, si dispongo de tiempo, para hacerla subir aún más arriba que el hombre... ¡Qué terrible ascensión, del mono al hombre, del hombre a Dios!

Una tarde caminaba con un amigo por una alta montaña nevada. Nos habíamos perdido y se nos hizo de noche. Sobre nosotros, la luna muda, completamente redonda, el cielo sin nubes y desde la quebrada de la montaña donde nos encontrábamos hasta abajo, en la llanura, refulgían las nieves con un halo azulado. Un silencio denso, inquietante, insoportable. Así debieron ser durante millares de años las noches bañadas de luna, antes de que Dios, incapaz de soportar tal silencio, cogiera barro y modelara a los hombres.

Yo caminaba unos pasos delante de mi amigo. Un extraño vértigo envolvía mi mente, avanzaba, tropezaba, como ebrio. Me parecía que caminaba por la luna o por una tierra muy antigua, deshabitada, anterior al hombre, pero muy familiar. De repente, en un recodo de la montaña, distinguí a lo lejos, en lo hondo del valle, unas pálidas lucecitas. Debía ser una aldea que aún estaba despierta. Entonces sucedió algo sorprendente; lo recuerdo y aún siento un escalofrío. Me detuve, apreté los puños y grité, furioso, señalando a la aldea:

—¡Os degollaré a todos!

Una voz ronca, que no era la mía. Al oír aquella voz me aterroricé; todo mi cuerpo empezó a temblar. Mi amigo corrió hacia mí, inquieto, me cogió por el brazo:

—¿Qué te ha pasado? —me dice—. ¿A quiénes vas a degollar?

Mis rodillas se habían aflojado, de repente sentí un cansancio indecible; pero al ver a mi amigo, me recuperé.

—No era yo —murmuré—, no era yo. Era otro.

Era otro. ¿Quién? Jamás mis entrañas se habían abierto tan profundamente, de un modo tan revelador. Lo sospechaba desde hacía años, pero a partir de aquella noche, estuve ya seguro. Hay en nosotros tinieblas, múltiples huellas, gritos roncros, bestias peludas, hambrientas. ¿Así que nada muere? ¿Nada puede morir en este mundo? Mientras vivamos, todas las noches anteriores al hombre, y las lunas anteriores al hombre, y las hambres, y la sed, y las amarguras anteriores a los siglos seguirán viviendo y teniendo hambre y sed y sufrirán tortura con nosotros. El terror me domina cuando oigo bramar en mis entrañas la terrible carga que llevo en mí. ¿Jamás me salvaré? ¿Jamás se purificará el fondo de mi ser? De tarde en tarde, una voz dulce gruñe en lo más hondo de mi corazón: «No temas, haré leyes, pondré orden, yo soy Dios, ten confianza». Pero de repente, un fuerte rugido sale de mi interior y la dulce voz queda ensordecida: «¡No te jactes! ¡Yo desharé tus leyes, destruiré tu orden, te haré desaparecer! ¡Yo soy el caos!».

Dicen que a veces el sol se detiene en su ruta para escuchar el canto de una muchacha. ¡Si fuera verdad! ¡Si la necesidad pudiera cambiar su ruta, seducida por un alma que canta aquí abajo, en la tierra! ¡Si al reír, llorar y cantar pudiéramos crear una ley que ponga orden al caos! ¡Si la voz dulce de nuestro interior cubriera el bramido!

Cuando estoy ebrio o encolerizado, o cuando toco a la mujer que amo, cuando me ahoga la injusticia y levanto mi rebelde cabeza contra Dios o contra el demonio, o contra los representantes en la tierra de Dios o del demonio, oigo a esos monstruos dentro de mí bramar y lanzarse a romper la trampilla para subir a la luz y empuñar de nuevo las armas. Soy su último descendiente; otra esperanza, otro refugio no tienen a no ser yo; la única posibilidad de venganza, de alegría o de sufrimiento que les queda, sólo a través de mí podrán llevarla a término; perdido

yo, perdidos también ellos conmigo. Un ejército de monstruos peludos y de hombres afligidos rodará conmigo a la tumba. Tal vez por eso me martiricen tanto y tengan tanta prisa. Tal vez por eso mi juventud ha sido tan impaciente, tan insumisa y angustiada.

Mataban y se mataban entre sí sin respetar la vida, ni la propia ni la ajena. Amaban y despreciaban, con el mismo ostentoso desdén, la vida y la muerte. Comían como ogros, bebían como animales, no se mancillaban con mujeres cuando iban a entrar en combate. El torso desnudo, en verano; en invierno, cubierto con pieles de animales; tanto en invierno como en verano olían como bestias cazadas a lazo.

Mi bisabuelo —aún lo siento vivo en mi sangre, creo que es el que está más vivo de todos— llevaba la cabeza afeitada por encima de la frente con una larga coleta detrás. Tenía tratos con los corsarios de Argelia y surcaba los mares. Habían fijado su guarida en los islotes desiertos de Grabusa, en el extremo occidental de Creta, y desde allí izaban sus velas negras y salían a abordar los barcos que pasaban. Unos navegaban hacia la Meca, cargados de peregrinos musulmanes; otros, hacia el Santo Sepulcro, cargados de cristianos que iban allí para convertirse en *hadsíes*. Los corsarios gritaban desde lejos, lanzaban los garfios, saltaban a cubierta, hacha en mano, y no perdonaban ni a Cristo ni a Mahoma. Degollaban a los viejos, hacían esclavos a los jóvenes, violaban a las mujeres y se ocultaban de nuevo en Grabusa, con los bigotes llenos de sangre e impregnados de olor a mujer. Otras veces atacaban a los ricos y veloces bergantes que venían de Oriente cargados de especias. Y todavía permanecía en el recuerdo de los viejos haber oído decir que una vez toda Creta olió a canela y nuez moscada, porque mi bisabuelo, el de la coleta, había capturado un barco cargado de especias, y no sabiendo qué hacer con ellas, las había enviado como regalo a sus compadres y comadres, en todos los pueblos de Creta.

Cuando, no hace muchos años, escuché esta anécdota de boca de un cretense centenario, me estremecí. En todos mis viajes, sin saber por qué, siempre me gustaba tener ante mí,

sobre la mesa donde escribía, una ramita de canela y dos nueces moscadas.

Siempre que he podido, al escuchar las voces ocultas que hay en mí, seguir, no a mi mente, que enseguida se pone a jadear y se detiene, sino a mi sangre, he llegado con misteriosa certidumbre a mi origen más lejano y ancestral. Y más tarde, andando el tiempo, signos palpables de mi vida cotidiana han corroborado esta secreta certidumbre. Al principio creía que eran casuales, y no les prestaba atención. Pero finalmente, mezclando la voz del mundo visible con las voces misteriosas que había dentro de mí, he podido traspasar las sombras primigenias que se encontraban en el fondo de mi mente, levantar la trampilla y ver.

Y a partir del momento en que he visto, mi alma ha comenzado a afirmarse. Ya no fluía, cambiando constantemente, como el agua; ahora, en torno a un núcleo iluminado, se condensaba y se fijaba un rostro, su rostro. Ya no avanzaba cambiando constantemente de rumbo, ora a la derecha, ora a la izquierda, para encontrar la bestia de la que desciendo, sino que avanzaba con seguridad, porque había descubierto mi verdadero rostro y mi único deber: trabajar este rostro con toda la paciencia, el amor y la destreza posibles. ¿Qué quiere decir trabajarlo? Convertirlo en una llama y si dispongo de tiempo, antes de que me llegue la muerte, convertir en luz esta llama, para que la muerte no encuentre nada de mí que llevarse. Porque esta ha sido mi mayor ambición: no dejar nada de mí que pueda llevarse la muerte, sólo unos pocos huesos.

Y lo que en primer lugar me ha ayudado a llegar a esta certidumbre es la tierra en la que arraigaron y crecieron mis antepasados paternos. La familia de mi padre procede de un pueblo, a dos horas de Megalo Castro ¹, llamado Bárbaros. Cuando el emperador de Bizancio, Nicéforo Focas, reconquistó Creta a los árabes, en el siglo X, recluyó en algunos pueblos a todos los árabes que habían escapado de la matanza y estos pueblos fueron llamados Bárbaros. En uno de estos pueblos echaron raíces mis antepasados paternos, y todos tienen caracteres psicológicos árabes: orgullosos, tozudos, de pocas

palabras, de poco comer, huraños; acumulan en sí durante años la ira o el amor, en silencio, y de repente, el demonio los domina y estallan, furiosos. Para ellos el bien supremo no es la vida sino la pasión. No son buenos, no son complacientes, su presencia es incómoda, no con los demás sino consigo mismos; llevan dentro un demonio que los ahoga, se asfixian. Se hacen corsarios o se emborrachan, se dan una cuchillada en el brazo para que corra la sangre y así aliviarse, o matan a la mujer que aman para no ser esclavos. O se esfuerzan, como yo, la zurrapa de su descendencia, en transformar el peso tenebroso y convertirlo en espíritu. ¿Qué quiere decir transformar a mis antepasados bárbaros en espíritu? Quiere decir, someterlos al martirio supremo y hacerlos desaparecer.

Hay además otras voces que me marcan secretamente el camino hasta mis ancestros: cuando veo una palmera mi corazón salta de gozo, como si regresara a la patria, a la aldea árida, cubierta de polvo, de los beduinos, cuya única y más preciada joya es la palmera. Y cuando un día me adentré en el desierto de Arabia montado en un camello, y vi ondular en lontananza la infinita extensión de arena, desesperante, sin una huella humana, amarilla, rosada, malva, al anochecer, una extraña embriaguez me invadió y mi corazón lanzó un grito, como el halcón, que después de años, miles de años, regresa a su nido.

Y aún más: En cierta ocasión vivía yo en una cabaña aislada, cerca de un pueblo griego, completamente solo, y, en palabras de un asceta bizantino, «apacentaba los vientos», quiero decir, escribía versos. Aquella cabaña estaba oculta entre olivos y pinos y por entre sus ramas se veía muy abajo, muy azul, infinito, el mar Egeo. Únicamente Floro, un pastor de barba rubia, bonachón, grasiento, pasaba cada mañana con sus ovejas y me traía una botella de leche, ocho huevos duros y pan, y se iba. Me veía inclinado sobre el papel, escribiendo y meneaba su cabezota: «¡Válgame Dios! ¿Para qué te sirve toda esa correspondencia, patrón? ¿No te cansas?». Y se reía. Un día pasó apresurado, furioso, ni siquiera tenía gana de darme los buenos días. «¡Eh, Floro!, ¿qué te pasa?» —le grité—. Agitó su

manaza: «¡Maldita sea, patrón, no he podido pegar ojo en toda la noche! ¿No has oído nada? ¿Es que no tienes oídos? ¿No has oído al pastor en la montaña de enfrente? ¡Mal rayo lo parta! No tenía bien acompasadas las esquilas de su rebaño. ¡Cómo me iba a dormir! Me voy». «¿Adónde vas, Floro?». «A armonizárselas, demonios, para estar tranquilo».

Un día me levanté a coger del aparador el salero para echar sal a los huevos y un poco de sal cayó al suelo. Se me encogió el corazón; me agaché inmediatamente y me puse a recogerla grano a grano... Entonces me di cuenta de pronto de lo que estaba haciendo y me asusté. ¿Por qué tanta pena por haber tirado un poco de sal? ¿Qué importancia tenía? Ninguna.

Más tarde, descubrí otras señales sobre la arena, que si las seguía, podía llegar hasta mis antepasados: el fuego y el agua.

Cuando veo un fuego encendido inútilmente, me levanto de un salto, inquieto, pues no quiero ver cómo se desperdicia. Y cuando veo un grifo abierto sin un cántaro que llenar ni un hombre que quiera beber o un huerto que regar, corro a cerrarlo.

Vivía todas estas cosas extrañas, pero no las asociaba claramente en mi mente para encontrar su secreta relación. Mi corazón no soportaba ver malgastar el agua, el fuego, la sal; me llenaba de gozo el ver una palmera, entraba en el desierto y no quería salir —pero mi mente no iba más allá—. Y así, durante muchos años. Sin embargo, al parecer, en el taller oscuro de mi interior, esta preocupación trabajaba imperceptiblemente, todas estas cosas sin explicación se iban mezclando y poco a poco, iban cobrando sentido unas junto a otras, y de pronto, un día en que paseaba sin rumbo, en una gran ciudad, cuando yo ni pensaba en ello, hallé la explicación. ¡Sal, agua, fuego: los tres más preciados bienes del desierto! Pues bien, seguramente algún ancestro mío beduino se sobresaltaba dentro de mí cuando veía que se desperdiciaba la sal, el fuego o el agua, y se lanzaba a recuperarlos.

Lo recuerdo, aquel día lloviznaba en la gran ciudad y una niña se había refugiado bajo el alero de una puerta y vendía ramitos de violetas mojadas. Me detuve y la miré, pero mi mente, aliviada

ahora, muy contenta, vagabundeaba lejos, muy lejos, por el desierto.

Puede que todo esto no sea más que imaginación mía y autosugestión, un anhelo romántico por lo exótico y lo lejano, y que todas las cosas extrañas a las que me he referido no sean extrañas en absoluto, o no tengan el sentido que yo les doy. Es muy posible. Sin embargo, la influencia del error sistemático —si se trata de un error— de que por mis venas fluye una doble corriente, la sangre griega, por parte de mi madre, y la árabe, procedente de mi padre, es positiva y fecunda; me da fuerza, alegría y riqueza. Y mi lucha por hacer la síntesis de esos dos impulsos antagónicos da sentido y unidad a mi vida. A partir del momento en que el vago presentimiento que había en mí se convirtió en certidumbre, el mundo visible que me rodeaba se reordenó y mi vida interior y mi vida externa, al encontrar su doble raíz ancestral, se reconciliaron. Y así, después de muchos años, la secreta hostilidad que yo sentía hacia mi padre ha podido convertirse después de su muerte en amor.

¹ Los griegos llamaron a la ciudad de Iraclio Jándaca, de χανδάκι [*jandaki*] «foso», término que coincide etimológicamente con el que le habían dado los árabes, *handaq*. Los venecianos transformaron este nombre en Candía. En el siglo XVII la ciudad estaba rodeada por una gran muralla con siete imponentes bastiones en forma de corazón. A esta poderosa fortificación se debe el nuevo nombre, *Megalo Castro*, «Gran Fortificación», dado por los griegos a la ciudad. El nombre de Iraclio, originario de la Antigüedad clásica, fue recuperado después de su liberación.

El padre

Mi padre rara vez hablaba, no se reía, no discutía. A veces únicamente rechinaba los dientes, apretaba los puños y si casualmente tenía en la mano una almendra dura, retorció los dedos y la hacía polvo. Un día que vio que un agá aparejaba a un cristiano con una albarda y lo cargaba como si fuera un burro, se encolerizó tanto que se abalanzó sobre el turco; quería insultarlo, pero sus labios se atascaron, no pudo pronunciar una palabra humana y se puso a relinchar como un caballo. Yo estaba allí, delante de él, era todavía un niño y lo miraba aterrado. Un día cuando regresaba a casa para almorzar, escuchó, en una callejuela por la que pasaba, chillar a dos mujeres y ruido de puertas que se cerraban: un turco gigantesco, borracho, había sacado su yatagán y perseguía cristianos. Al ver a mi padre, arremetió contra él. Hacía mucho calor, mi padre, cansado por el trabajo, no tenía gana de peleas. Por un momento pensó en torcer por un callejón para salir de allí; nadie lo veía. Pero tuvo vergüenza. Se quitó el delantal que llevaba, se envolvió con él el puño y en el momento en que el turco levantaba el yatagán sobre su cabeza, le asestó un puñetazo en el vientre que lo tiró al suelo. Se agachó, le quitó el yatagán, que aún empuñaba, y se dirigió a casa. Mi madre le llevó una camisa para cambiarse, la que tenía puesta estaba empapada en sudor. Yo tendría entonces unos tres años, estaba sentado en el canapé y lo miraba. Su torso era muy velludo y echaba humo. Cuando se mudó de camisa y se refrescó, arrojó el yatagán sobre el canapé, a mi lado, se volvió hacia su mujer:

—Cuando tu hijo sea mayor —le dijo— y vaya a la escuela, dáselo para que saque punta al lápiz.

No recuerdo que jamás me haya dicho una palabra tierna. Sólo en una ocasión, estábamos en Naxos, en tiempos de la revolución, y yo iba a la escuela de los francos ², en los padres católicos. Habíamos hecho exámenes y yo había recibido unos premios, grandes libros con letras doradas en la cubierta. No podía con ellos yo solo, mi padre cogió la mitad y regresamos a casa. Durante todo el camino no abrió la boca, intentaba ocultar su alegría de ver que su hijo no lo había avergonzado. Únicamente al entrar en casa me dijo con cierta ternura, sin mirarme:

—No has deshonrado a Creta.

Pero inmediatamente se enojó consigo mismo por haberse traicionado y haber mostrado que estaba emocionado, y toda la noche evitó mirarme y estuvo malhumorado.

Su presencia era incómoda, insoportable. Cuando teníamos visitas en casa, parientes o vecinos, y charlaban de cosas intrascendentes y reían, si de pronto se abría la puerta y entraba él, se interrumpían conversaciones y risas, y una sombra se extendía sobre la casa. Saludaba torciendo el labio, se sentaba en su sitio habitual, en el extremo del canapé, junto a la ventana del patio, entornaba los ojos, abría la petaca y liaba un cigarro, en silencio. Las visitas carraspeaban, se miraban de reojo, inquietas, y al cabo de un rato, discretamente se levantaban y se iban de puntillas.

Detestaba a los popes. Cuando se encontraba con uno de ellos en la calle, se santiguaba para conjurar el mal encuentro y cuando el pope lo saludaba, temeroso: «Buenos días, capitán Mijalis», él respondía: «¡Prefiero que me maldigas!». Nunca iba a misa para no tener que ver a los popes. Sólo después de la misa, los domingos, cuando todos se habían ido, entraba en la iglesia y encendía un cirio ante el milagroso icono de san Menas. Por encima de cristos y vírgenes, veneraba a san Menas ³, porque el santo era el capitán de Megalo Castro.

Su corazón estaba disgustado, apesadumbrado. ¿Por qué? Era poderoso, sus negocios iban bien, no tenía queja de su mujer y de sus hijos, la gente lo respetaba, incluso algunos inferiores se levantaban a su paso, se llevaban la mano al pecho

y le daban el tratamiento de capitán Mijalis. Por Pascua, después de la Resurrección, el obispo lo invitaba al obispado, con los notables, ofrecía café y roscos de Pascua con un huevo rojo. Y en la fiesta de san Menas, el 11 de noviembre, cuando la procesión pasaba por su casa, él la presenciaba puesto en pie, y hacía una plegaria.

Sin embargo su corazón no se aliviaba.

—¿Por qué nunca se dibuja una sonrisa en tus labios, capitán Mijalis? —se atrevió a preguntarle un día el capitán Elías, de Mesará.

—¿Por qué el cuervo es negro, capitán Elías? —le respondió mi padre, escupiendo la colilla que estaba mordiendo.

En otra ocasión le escuché decir al sacristán de San Menas:

—Tendrías que haber visto a mi padre, no a mí. Era un auténtico ogro. ¿Qué soy yo comparado con él? Una zurrapa. Ya muy viejo, ciego, una vez más tomó las armas en el levantamiento de 1878, y se fue a las montañas para luchar. Pero los turcos lo cercaron, lo capturaron a lazo y lo degollaron en la puerta del monasterio de Savacianá. Un día vi su cráneo en la pequeña hornacina del altar mayor, donde los monjes lo guardaban; brillante, untado con aceite bendito de la lamparilla, con profundas marcas de sablazos.

—¿Cómo era mi abuelo? —pregunté un día a mi madre.

—Como tu padre —me respondió—, más moreno.

—¿A qué se dedicaba?

—A luchar.

—¿Y cuando no había guerra?

—Se entregaba a contemplar las montañas, fumando una larga pipa.

Y yo, que de pequeño era piadoso, seguía preguntando:

—¿Iba a la iglesia?

—No. Pero cada primero de mes traía a un pope a casa para pedir a Dios que Creta volviese a las armas. Parecía que tu abuelo se sentía a disgusto sin trabajo. En una ocasión en que había vuelto a tomar el fusil, le pregunté: «¿No temes a la muerte, padre?». Pero no me respondió. Ni siquiera se volvió a mirarme.

Cuando me hice mayor seguía sintiendo aún deseos de preguntar a mi madre «¿le gustaban las mujeres?». Pero me daba vergüenza, y jamás lo supe. Aunque seguramente le gustarían, porque cuando se abrió su baúl, después que lo mataran, encontraron una almohada llena de trenzas negras y castañas.

[2](#) Así denominaban a los europeos occidentales en el oriente del Mediterráneo.

[3](#) Patrón de la ciudad de Iraclio, se suponía muy milagroso, sobre todo en la época de la turcocracia. Se dice de él que encuentra los objetos robados y perdidos, como san Fanurio, por eso lo invoca.

III

La madre

Mi madre era una santa mujer. ¿Cómo pudo sentir a su lado durante cincuenta años la respiración y el aliento del león sin que le reventara el corazón? Tenía la paciencia, la resistencia y la dulzura de la tierra. Todos mis antepasados por parte de mi madre eran campesinos. Inclclinados sobre la tierra, pegados a la tierra, sus pies, sus manos, sus mentes, llenos de tierra. La amaban y ponían en ella todas sus esperanzas; habían llegado a ser, generación tras generación, una sola cosa con ella. En tiempos de sequía, graznaban de sed con ella como los cuervos, y cuando llegaban las primeras lluvias, sus huesos crujían y se hinchaban como cañas. Y cuando araban y hundían profundamente la reja en el vientre de la tierra, revivían en su pecho y en sus muslos la primera noche en que se acostaron con su mujer.

Dos veces al año, por Pascua y por Navidad, mi abuelo materno salía de su lejano pueblo y venía a Megalo Castro a ver a sus nietos y a su hija. Calculaba siempre venir a llamar a la puerta en el momento en que sabía que su yerno, la bestia, no estaba en la casa. Era un viejo robusto, de cabellos blancos, sin cortar, ojos azules y risueños, y unas manazas rudas y encallecidas. Extendía la mano para acariciarme y me irritaba la piel. Vestía sus bragas ⁴ azul oscuro de los domingos, botas negras y en la cabeza, un pañuelo blanco con flecos azules. Y traía, envuelto en hojas de limonero, siempre el mismo regalo: un lechón asado al horno. Se reía, lo destapaba y su olor inundaba toda la casa. Desde entonces mi abuelo y el olor del cochinito asado y el de las hojas de limonero hasta tal punto se han fundido, se han identificado tanto, que ya no puedo oler la carne de cerdo asado o entrar en un limonar sin que él acuda a mi

mente, sonriente, inmortal, con el lechón asado en las manos. Y esto me produce gran alegría pues mientras yo viva, mi abuelo vivirá en mí, nadie más en el mundo le recordará y moriremos los dos juntos. Este abuelo fue el primero que me hizo desear no morir para que no mueran mis muertos. Desde entonces, muchos de mis seres queridos que han muerto se han hundido no en la tierra sino en mi memoria y ahora sé que mientras yo viva, ellos vivirán.

Me acuerdo de él y mi corazón se fortalece al sentir que puede vencer a la muerte. Jamás me he tropezado con un hombre cuyo rostro irradie un resplandor tan sereno, tan potente como la luz de una lámpara. La primera vez que lo vi entrar en la casa di un grito: con aquellas anchas bragas, aquella faja roja, aquella cara esplendorosa, risueña, me pareció como un tritón-abuelo, como un duende de la tierra, que acaba de salir de los huertos y huele a hierba mojada.

Sacaba del regazo una petaca de cuero, liaba un cigarro, cogía pedernal y yesca, lo encendía y fumaba contemplando a su hija, a sus nietos, la casa. De vez en cuando abría los labios, hablaba de la yegua, que había parido, de las lluvias y del granizo, de los conejos, que se multiplicaban y arrasaban su huerta. Y yo, subido a sus rodillas, le pasaba el brazo alrededor del cuello, lo escuchaba y un mundo desconocido se desplegaba ante mi mente, campos, lluvias, conejos; y yo mismo me volvía un conejo, salía furtivamente al patio de mi abuelo, y me comía sus repollos.

Mi madre le preguntaba por tal o cual persona del pueblo, cómo le iba, si vivía aún, y mi abuelo respondía unas veces, que aún vivía y gozaba de buena salud, que seguía haciendo hijos; y otras, que había muerto: uno más que se fue, Dios nos libre... Hablaba de la muerte como hablaba del nacimiento, tranquilamente, con la misma voz con la que hablaba de sus repollos y de los conejos. Decía: «ya le llegó su hora, hija mía, lo enterramos; le pusimos una naranja en la mano para que se la diera a la muerte; le dimos encargos para los nuestros en el otro mundo, todo se hizo según lo establecido, alabado sea Dios». Y fumaba, echaba el humo por la nariz y sonreía.

Su mujer había muerto hacía años y cada vez que el abuelo venía a casa la mencionaba y sus ojos se llenaban de lágrimas. La amaba más que a sus campos, más incluso que a su yegua, y la respetaba. Era pobre cuando se casó, pero lo llevaba con paciencia: «La pobreza y la miseria no tienen importancia —decía—, basta con tener una buena esposa». En aquella época existía aún en los pueblos de Creta la antigua costumbre de que cuando un hombre regresaba por la tarde de los campos, su mujer le tenía preparada agua tibia, se inclinaba y le lavaba los pies. Una tarde mi abuelo llegó agotado por el trabajo, se sentó en el patio y su mujer fue con una palangana de agua tibia, se arrodilló ante él y se dispuso a lavarle los pies, polvorientos. Mi abuelo la miró con compasión, vio sus manos, comidas por las tareas cotidianas de la casa, sus cabellos, que habían empezado a encanecer. «Ha envejecido, la pobre —pensó—, su pelo se ha vuelto blanco entre mis brazos». Sintió pena de ella; dio un puntapié a la palangana y volcó el agua. «A partir de hoy, mujer —le dijo—, no volverás a lavarme los pies». «Tú no eres mi criada, eres mi esposa y la señora de mi casa».

—Dios haya perdonado su alma —le oí decir un día—. Siempre satisfizo gustosa todos mis deseos. Solamente una vez...

Guardó silencio, suspiró, y al poco...

—Todas las tardes salía al umbral y esperaba a que yo regresara de los campos. Corría a mi encuentro, me quitaba del hombro los aperos para aliviarme y entrábamos juntos en la casa... Pero una tarde se olvidó y no salió a recibirme y se me partió el corazón...

Se santiguó:

—Dios es grande —murmuró—, en Él tengo puestas mis esperanzas; será misericordioso con ella.

Sus ojos recuperaron el brillo, miró a mi madre y sonrió.

—¿No te da pena, abuelo? —le dije yo otro día—. ¿No te da pena matar los cerditos para que nos los comamos?

—¡Me da pena, hijo mío, claro que me da pena, bien lo sabe Dios, pero están tan buenos, los condenados...! —me respondió riéndose a carcajadas.

Cada vez que recuerdo a este viejo de mejillas sonrosadas aumenta mi confianza en la tierra y en el esfuerzo del hombre sobre la tierra. Él era una de esas columnas que sostienen el mundo sobre sus hombros, y le impiden caer.

Sólo mi padre no lo quería. No le gustaba que viniera a su casa y hablara con su hijo. Se diría que tenía miedo de que mancillara mi sangre. Y en Navidad o por Pascua, cuando se ponía la mesa, él ni siquiera tocaba el lechón asado y su olor le daba náuseas. Se levantaba de la mesa a toda prisa y se fumaba un cigarro para disipar el mal olor. No hablaba; sólo una vez, cuando se fue mi abuelo, frunció el entrecejo:

—¡Pff, tiene los ojos azules! —murmuró con desprecio.

Más tarde lo supe; nada en el mundo aborrecía tanto mi padre como los ojos azules. «El diablo —decía— tiene los ojos azules y el pelo rojo».

Cuando mi padre no estaba en casa, ¡qué calma había, qué rápidas, qué felices pasaban las horas en el pequeño jardín de nuestro patio! La parra sobre el pozo, en el rincón del patio, una gran acacia que exhalaba su aroma, las macetas de albahaca, alrededor, las caléndulas y el jazmín de Arabia, mi madre se sentaba junto a la ventana, hacía calceta, limpiaba legumbres, peinaba a mi hermana pequeña o la enseñaba a andar... Y yo, acurrucado en un taburete, la miraba, escuchaba a la gente que pasaba delante de nuestra puerta cerrada, aspiraba el aroma del jazmín y de la tierra mojada y el mundo penetraba en mi cuerpo, los huesos de mi cabeza crujían, se abrían para hacerle sitio.

Las horas que pasaba con mi madre estaban llenas de misterio. Nos sentábamos una frente al otro, ella en la silla junto a la ventana, yo, en mi taburete, y sentía, en medio del silencio, que mi pecho se llenaba y se saciaba, como si el aire que había entre nosotros fuese leche y yo mamara.

Sobre nosotros estaba la acacia y cuando estaba en flor, perfumaba el patio. Me gustaba mucho el olor de sus flores amarillas. Mi madre las metía en las arcas y nuestra ropa interior, nuestras sábanas, toda mi infancia, olía a acacia.

Hablábamos, teníamos muchas conversaciones tranquilas; unas veces mi madre me contaba cosas de su padre, del pueblo

en que había nacido; otras, yo le refería las vidas de santos que había leído, completándolas con mi fantasía; sus martirios no me bastaban, les añadía detalles de mi propia cosecha, hasta que mi madre se ponía a llorar, yo me compadecía de ella, me sentaba en sus rodillas, le acariciaba los cabellos y la consolaba.

—Fueron al Paraíso, madre, no te apenes, se pasean bajo árboles en flor, hablan con los ángeles y han olvidado sus tormentos. Y los domingos se ponen trajes dorados, gorros rojos con borlas, y van a visitar a Dios.

Y mi madre enjugaba sus lágrimas, me miraba como diciéndome «¿es cierto?» y sonreía.

El canario en su jaula nos escuchaba, levantaba el cuello y cantaba, embriagado, contento, como si hubiese bajado del Paraíso, como si hubiese dejado por un momento a los santos y viniese a la tierra a complacer a los hombres.

Mi madre, la acacia, el canario, están mezclados inseparablemente, imperecederamente, en mi cerebro. No puedo oler una acacia, escuchar un canario sin que suba a mi memoria—desde mis entrañas— mi madre y se funda con ese perfume y con el canto del canario.

Nunca había visto reír a mi madre; sólo sonreía, y sus profundos ojos negros miraban a los hombres, llenos de paciencia y bondad. Iba y venía por la casa como un espíritu bueno y todo lo abarcaba sin esfuerzo y sin ruido, como si sus manos tuviesen un poder mágico bienhechor que gobernara benévolamente la necesidad cotidiana. «Quizá sea la nereida —pensaba yo, mirándola en silencio—, la nereida de la que hablan los cuentos. Y la fantasía se ponía a trabajar en mi cabeza de niño: una noche, mi padre, al pasar junto al río, la había visto bailar a la luz de la luna, se había arrojado sobre ella, le había quitado el pañuelo de la cabeza y desde esa noche, se la llevó a su casa y la hizo su mujer. Y ahora mi madre deambulaba por la casa todo el día, buscaba su pañuelo para ponérselo en el pelo y volver a ser una nereida y huir. La miraba ir y venir, abrir los armarios y las arcas, destapar las tinajas, agacharse a mirar debajo de la cama y temblaba de pensar que encontrase su pañuelo mágico y se volviera invisible. Este miedo ha durado

años y ha herido profundamente mi alma de niño. Todavía queda en mí algo de este temor, pero más impreciso: sigo con angustia a las personas amadas, las ideas amadas, porque sé que buscan su pañuelo para irse.

Recuerdo una sola vez a mi madre con un extraño brillo en los ojos, reír y disfrutar como debía hacerlo cuando estaba soltera o prometida. Un primero de mayo fuimos a un pueblo, Fódele, lleno de manantiales y huertas de naranjos, donde mi padre iba a ser padrino de un bautizo, cuando, de pronto, estalló un fuerte aguacero, el cielo se hizo agua y se vació sobre la tierra; ella cloqueaba, se abría y recibía en el fondo de su seno las aguas viriles. Los notables del pueblo se habían reunido con sus mujeres y sus hijos en el gran *odás* de la casa del compadre; la lluvia y los relámpagos entraban por las rendijas de la puerta y de las ventanas, el aire olía a naranjas y a tierra. Las rondas de vino, raquí y aperitivos iban y venían. Comenzó a oscurecer, encendieron los candiles, los hombres se animaron, las mujeres, siempre con los ojos bajos, los levantaron y se pusieron a ajear como perdices. Fuera seguía bramando Dios, los truenos se multiplicaban, las estrechas callejuelas del pueblo se habían convertido en arroyos que arrastraban risueñas piedras. Dios se había hecho aguacero y abrazaba, regaba y fecundaba la tierra.

Mi padre se volvió hacia mi madre; era la primera vez que lo veía mirarla con ternura y la primera vez que su voz se había dulcificado:

—¡Maryí! —le dijo—, ¡canta!

Le daba permiso para cantar delante de tantos hombres. Yo me levanté, alterado; sin saber por qué estaba furioso. Intenté correr hacia mi madre, como queriendo protegerla, pero mi padre me tocó con el dedo en el hombro y me sentó. Mi madre me pareció irreconocible, su rostro resplandecía, como si lo abrazaran todas las lluvias y todos los relámpagos, estiró el cuello y recuerdo que sus largos cabellos, negros como ala de cuervo, se soltaron, cubrieron su espalda y bajaron hasta las caderas. Y comenzó a cantar... ¡qué voz la suya!, profunda, dulce, un poco ronca, llena de pasión. Entornó los ojos, dirigidos hacia mi padre, y cantó una *madinada*. Nunca olvidaré esa

madinada . Entonces no comprendí por qué la cantaba, para quién la cantaba; más tarde, cuando fui mayor, lo comprendí. Cantaba con su voz dulce, llena de pasión contenida, y miraba a mi padre:

Me sorprende que a tu paso las calles no se cubran de
flores

Y que no te conviertas en un águila con las alas de oro.

Aparté la vista para no mirar a mi padre; para no mirar a mi madre; fui a la ventana y apoyé la frente contra el cristal. Miraba la lluvia caer y devorar la tierra.

El diluvio duró todo el día, la noche había extendido sus sombras, el mundo fuera se oscureció, cielo y tierra se fundieron y ambos se convirtieron en barro. Se encendieron más candiles, todos se apartaron hacia la pared, retiraron los bancos y las mesas para hacer sitio. Los muchachos y las mozas, y también los viejos, iban a bailar. El *li raris* se arrellanó en un taburete alto, en el centro de la habitación, empuñó el arco como si fuera una espada, susurró entre sus bigotes una *madinada* y comenzó a tocar. Los pies sintieron un hormigueo, los cuerpos cobraron alas, hombres y mujeres se miraron y dieron un brinco. Guiaba el baile una mujer pálida, delgada, cuarentona, con labios anaranjados porque se los había frotado con una hoja de nogal y sus cabellos, negríssimos, brillaban, untados con aceite de laurel. Me volví, la miré y me asusté porque sus ojos estaban rodeados por dos círculos azul oscuro, y hundidos en el centro de aquellos círculos, brillaban intensamente; no, no brillaban, aquellos dos ojos sombríos ardían. Por un instante me pareció que me miraba; me agarré al delantal de mi madre; creí que aquella mujer quería cogerme y llevarme con ella...

—¡Bien, Surmelina! —se oyó a un viejo vigoroso con barba de chivo. Dio un brinco delante de ella, se quitó de la cabeza el pañuelo negro, ofreció un extremo a la mujer, agarró él el otro y ambos, arrobados, comenzaron a bailar con la cabeza levantada y el cuerpo erguido.

La mujer llevaba zuecos de madera, golpeaba con ellos en las tablas del suelo, los chocaba uno contra el otro con fuerza y toda la casa se sacudía. Se desató la pañoleta blanca y quedaron a la vista las monedas de oro que adornaban su cuello, las aletas de su nariz palpitaban, olisqueaban el aire, husmeaban a su alrededor el olor de los hombres, se curvaba, giraba, hacía ademán de caer sobre el hombre que tenía delante, pero bruscamente, con un contoneo de caderas, desaparecía de su lado y el viejo bailarín relinchaba como un caballo, la atrapaba al vuelo, la apretaba contra él y ella se le escapaba de nuevo. Jugaban, se perseguían, truenos y lluvia desaparecieron, el mundo se hundió y sólo quedó sobre el caos aquella mujer, Surmelina, que bailaba. El *liraris* ya no podía seguir sentado en el taburete, de un brinco se puso en pie, el arco enloqueció, dejó de dirigir el ritmo y seguía los pies de Surmelina, gimiendo y mugiendo como un ser humano.

El rostro del viejo se había vuelto salvaje, estaba rojo, miraba a la mujer, sus labios temblaban y yo me decía ahora va a lanzarse sobre ella para hacerla pedazos. El *liraris* debió sospecharlo y el arco se detuvo bruscamente; el baile se paró de pronto, los dos bailarines quedaron con un pie en el aire, inmóviles. Un torrente de sudor los inundaba; los hombres corrieron hacia ellos, cogieron al viejo y lo frotaron con raquí; las mujeres rodearon a Surmelina para que los hombres no la vieran. Yo me colé entre ellas, todavía no era un hombre y me dejaron. Le desabrocharon el corpiño, le rociaron el cuello, las axilas y las sienes con agua de azahar; ella tenía los ojos cerrados y sonreía.

Desde aquel día, baile, Surmelina y temor se mezclaron dentro de mí y se hicieron una misma cosa: danza, mujer y muerte. Cuarenta años después, en Tiflis, en la elevada terraza del Hotel Oriente, una hindú salió a bailar. Las estrellas brillaban sobre ella, la terraza estaba a oscuras, alrededor de la mujer una decena de hombres, de los que sólo se veían las lucecitas rojas de sus cigarros. Cargada de brazaletes, de pendientes, de pedrería, de ajorcas de oro en los tobillos, la mujer danzaba lentamente, con un terror místico, se diría que danzaba al borde

de un abismo, o de Dios, y jugaba con él, se acercaba, se alejaba, lo provocaba y todo su cuerpo temblaba por miedo a caer. A veces permanecía inmóvil y únicamente sus brazos, como dos serpientes, se enroscaban y desenroscaban y se unían en el aire, rebosando erotismo. Las lucecitas rojas se apagaron y, en la inmensidad de la noche, sólo quedó aquella mujer que bailaba, y sobre ella, las estrellas. Ellas también danzaban a su ritmo, inmóviles. Todos conteníamos el aliento. De repente me dominó el pánico: no era aquella mujer quien bailaba al borde del abismo, era nuestra alma que flirteaba y jugaba con la muerte.

[4](#) Amplios calzones bombachos. Prenda que los romanos tomaron de los persas.

IV

El hijo

Lo que cayó en mi mente infantil lo recibí con tanta avidez y ha quedado impreso tan profundamente en mi interior, que, incluso ahora que soy viejo, no me hartó de evocarlo y revivirlo. Recuerdo con infalible exactitud mis primeros contactos con el mar, con el fuego, con la mujer y con los aromas del mundo.

El primer recuerdo de mi vida es este: me había arrastrado gateando hasta el umbral, todavía no sabía andar; lleno de anhelo, lleno de miedo, asomé mi tierna cabeza al aire libre del patio. Hasta ese momento yo miraba a través del cristal de la ventana pero no veía. En aquella ocasión no sólo miré, vi el mundo por primera vez: ¡un espectáculo maravilloso! El pequeño jardín del patio me pareció infinito; un zumbido de miles de abejas invisibles, un perfume embriagador, un sol cálido, denso como la miel, el aire brillaba como si estuviese todo armado de espadas y entre las espadas, venían a mí insectos de alas multicolores e inmóviles, erguidos, como ángeles. Sentí pánico, lancé un grito, mis ojos se llenaron de lágrimas y el mundo desapareció.

Recuerdo que otro día un hombre de barba hirsuta me cogió en brazos y me llevó al puerto. A medida que nos acercábamos, oía bramar y resoplar una bestia, como si amenazara o como si estuviese herida. Yo tenía miedo, me revolví en los brazos del hombre, quería escapar y chillaba como un pájaro. De pronto un olor acre a algarrobas, a alquitrán y a cidras podridas. Mis entrañas se abrían para recibirlo y chirriaban. Yo me sacudía, manoteando en los brazos velludos que me llevaban, y a la vuelta de una esquina —qué fiera era aquella, qué frescor, que jadeo infinito— todo el mar de un azul añil intenso, borboteante, lleno de voces y aromas, se precipitó sobre mí, espumeante. Mis

tiernas sienes se derrumbaron y mi cabeza se llenó de risas, de salitre y de miedo.

Y recuerdo, un tiempo después, una mujer, nuestra vecina Anica, joven madre, casada hacía poco, tierna y esponjada como la espuma, de largos cabellos rubios y grandes ojos. Tendría yo unos tres años; aquella tarde jugaba en el patio, el pequeño jardín olía a verano. La mujer se agachó, me cogió, me subió hasta su delantal y me abrazó. Yo cerré los ojos, me eché en su regazo, abierto, y olí su cuerpo. Aquel cuerpo de recién casada exhalaba un olor cálido, denso, a leche agria y a sudor, y yo lo respiraba, aturdido, suspendido de su terso regazo. De repente sentí una especie de mareo, me desvanecí. La vecina se asustó, me dejó en el suelo entre dos macetas de albahaca, turbada. Desde entonces no volvió a cogerme en brazos, me miraba con sus grandes ojos, llena de ternura y sonreía.

Una noche de verano estaba de nuevo sentado en el patio en mi taburete. Lo recuerdo: levanté los ojos y vi por primera vez las estrellas. Di un brinco y grité asustado: «¡centellas!», «¡centellas!». Me imaginé que el cielo era un gran incendio y mi pequeño cuerpo se quemaba.

Tal ha sido mi primer contacto con la tierra, con el mar, con la mujer y con el cielo estrellado. E incluso ahora, en los momentos más profundos de mi vida, vivo estos cuatro terribles elementos con idéntico anhelo, el mismo que cuando era pequeño. Y también hoy, sólo en esas ocasiones siento que vivo profundamente —lo más profundamente que pueden hacerlo mi alma y mi cuerpo— estos cuatro elementos, cuando logro revivir el mismo estupor, el mismo miedo o la misma alegría que me produjeron de niño. Y al ser estas las primeras fuerzas que tomaron posesión de mi alma de forma consciente, las cuatro se han fundido en mí indisolublemente y formamos una sola cosa; se diría que es el mismo rostro que cambia de máscara. Cuando miro el cielo estrellado, unas veces se me presenta como un huerto florido, otras, como un mar sombrío y peligroso, o bien como un rostro callado, inundado de lágrimas.

¡Y aún más!: cada una de mis emociones, cada una de mis ideas, incluso la más abstracta, está hecha de estos cuatro

elementos primigenios. Y el problema más metafísico adquiere en mí un cuerpo físico, cálido, que huele a mar y a tierra y a sudor humano. La Palabra, para que me llegue, tiene que convertirse en carne tibia. Sólo comprendo cuando puedo oler, ver y tocar.

Aparte de estos cuatro primeros contactos, ha influido profundamente en mi alma un hecho fortuito. ¿Fortuito? La mente asustadiza, temerosa de decir una tontería que pueda herir su dignidad denomina de esta forma tan imprecisa, cobarde y calculada, lo que es incapaz de explicar. Debía tener yo unos cuatro años y mi padre me había hecho un regalo de Año Nuevo, una «mano inocente», como decimos en Creta, un globo terráqueo giratorio y un canario. Cerraba la puerta y las ventanas de mi cuarto, abría la jaula y dejaba el canario libre, y él había adquirido la costumbre de posarse en lo alto del globo terráqueo y cantar. Y durante horas y horas yo contenía la respiración y escuchaba.

Me parece que este hecho tan simple ha influido en mi vida más que todos los libros y todos los hombres que he conocido después. Cuando recorría durante años la tierra, insaciable, saludándolo todo, despidiéndolo todo, sentía que mi cabeza era ese globo terráqueo y que en lo alto de mi mente había un canario posado y cantaba. Cuento con detalles mi infancia no porque mis primeros recuerdos sean fascinantes, sino porque a esa edad, como en los sueños, un hecho aparentemente insignificante revela sin aditamentos tanto como más tarde lo hará un análisis psicológico, la verdadera faz del alma. Y dado que los medios de expresión en la edad infantil o en los sueños son muy simples, la riqueza interior, incluso la más compleja, queda despojada de todo lo superfluo y únicamente permanece la sustancia.

La mente del niño es maleable, su carne es delicada, el sol, la luna, la lluvia, el aire, el silencio, todo esto cae sobre él, una masa blanda que estos elementos moldean. El niño absorbe el mundo con avidez, lo recibe en sus entrañas, lo asimila y lo hace niño.

Recuerdo que a menudo me sentaba en el umbral de nuestra casa; brillaba el sol, el aire quemaba; en una casa grande del barrio pisaban la uva, el mundo olía a mosto y yo cerraba los ojos, feliz, extendía las manos abiertas y esperaba. Venía Dios —mientras fui niño nunca me defraudó—, venía, niño también él como yo, y me ponía en las manos sus juguetes —el sol, la luna, el viento—. «Son un regalo para ti —me decía—. Son un regalo para ti, juega con ellos. Yo tengo otros». Yo abría los ojos, Dios desaparecía, pero en mis manos quedaban sus juguetes.

Tenía, sin saberlo, y no lo sabía porque lo vivía, la omnipotencia de Dios: modelaba el mundo como quería. Yo era una masa blanda, él también era una masa blanda. Recuerdo que cuando era niño la fruta que más me gustaba eran las cerezas. Las echaba en un cubo de agua, me inclinaba y las contemplaba —negras o rojas, jugosas—, admirado de que, nada más entrar en el agua, agrandaban, pero cuando las sacaba veía con gran decepción que se achicaban, así que cerraba los ojos para no verlas achicarse y me las metía en la boca, enormes, como me parecían.

Este hecho insignificante revela completamente mi forma de afrontar la realidad, incluso ahora, en la vejez; yo la remodelo más brillante, mejor, más adaptada a mi objetivo. La mente vocífera, se explica, demuestra, protesta, pero una voz en mí salta y le grita: «¡cállate, mente, escuchemos al corazón!». ¿Qué corazón?, la sustancia de la vida, la locura. Y el corazón se pone a cantar.

«No podemos cambiar la realidad —dice un místico bizantino muy apreciado por mí—, cambiemos, entonces, el ojo que ve la realidad». Esto hacía yo cuando era niño, y lo sigo haciendo ahora en los momentos más creadores de mi vida.

¡Qué milagro son, ciertamente, el ojo, el oído, la mente del niño! ¡Cómo absorben de forma insaciable el mundo y se llenan de él! ¡El mundo es un pájaro de alas rojas, verdes, amarillas y cómo el niño lo persigue para atraparlo!

En verdad, nada se parece más a la mirada de Dios que la mirada del niño que por primera vez ve y crea el mundo. Antes el mundo era un caos, todas las criaturas, animales, árboles,

hombres, piedras, fluían mezcladas ante los ojos del niño; no ante ellos, en ellos; todo, formas, colores, voces, olores, eran relámpagos y el niño no podía fijarlos, darles un orden. El mundo del niño no está hecho de barro que puede resistir, está hecho de nube, soplaban una brisa fresca de las sienes del niño y el mundo se condensaba, se diluía y desaparecía. Así es como, antes de la Creación, debió pasar el caos ante los ojos de Dios.

Cuando era niño me identificaba con lo que veía y con lo que tocaba: con el cielo, con el insecto, con el mar, con el aire; el viento entonces tenía pecho, tenía manos y me acariciaba; a veces se enfadaba, me presentaba resistencia y no me dejaba caminar. Una vez, lo recuerdo, me tiró al suelo. Arrancaba las hojas de la parra, alborotaba mi pelo, que mi madre había peinado con tanto esmero, se llevaba el pañuelo de la cabeza de nuestro vecino, el señor Dimitri, y levantaba la falda de su mujer, Pinelopi.

Yo todavía no me había separado del mundo, pero poco a poco me iba despegando de él; de un lado, el mundo, de otro, yo. Y comenzó la lucha.

Un buen día mientras el niño está sentado en el umbral y recibe el torrente del mundo, denso, compacto, de repente ve; los cinco sentidos se han consolidado, cada uno ha trazado su camino, se han repartido el reino del mundo. Recuerdo que antes que ningún otro sentido se afirmó en mí el olfato; él fue el primero que comenzó a poner orden en el caos.

Cada persona, cuando yo tenía dos o tres años, tenía su propio olor y antes de levantar los ojos para ver quién era, lo reconocía por el olor que despedía. Mi madre olía de un modo, mi padre de otro, y cada uno de mis tíos o mis vecinos olían diferente de los otros. Y siempre por su olor amaba a quien me cogía en brazos, o me ponía a patear y lo rechazaba. Con el tiempo esta facultad mía se ha deteriorado, los olores se han mezclado y todos los hombres se han sumido en el mismo mal olor a sudor, a tabaco, a gasolina.

Distinguía claramente, sobre todos los demás olores, el olor del cristiano del olor del turco. Enfrente de nuestra casa vivía una buena familia turca. Cuando la *hanum* venía de visita a mi casa,

el olor que exhalaba me producía náuseas y cogía una ramita de albahaca y la olía, o me metía en las fosas nasales una flor de acacia. Pero aquella *hanum*, Fatumé, tenía una hijita de cuatro años —yo tendría tres—, Eminé, y ella despedía un olor extraño, ni a turco ni a *ro meo*, que me gustaba mucho. Eminé era blanca, redondita, con el pelo peinado en trencitas muy finas y de cada una de ellas pendía, para ahuyentar el mal de ojo, una conchita o una piedrecita azul; la palma de sus manos y la planta de sus pies estaban pintadas con *henna*; olía a nuez moscada.

Yo sabía cuándo su madre no estaba en casa, salía entonces a la puerta de la casa, la veía sentada en el umbral, mascando almáciga. Le hacía señas de que iba, pero su puerta tenía tres escalones que me parecían altísimos —¿cómo iba a subirlos?—. Sudaba la gota gorda y después de una ardua lucha, trepaba al primero; luego, un nuevo combate para subir el segundo; me detenía un momento para tomar aliento, levantaba los ojos y la miraba; ella estaba sentada en el umbral, indiferente y no tendía la mano para ayudarme; me miraba inmóvil y esperaba. Era como si me dijera: «Si puedes vencer los obstáculos, bien; llegarás hasta mí y jugaremos. Si no puedes, vete». Pero por fin, después de intensa lucha, vencía, llegaba por mí mismo al umbral donde estaba sentada. Entonces se levantaba, me cogía de la mano y me metía en la casa. Su madre estaba ausente toda la mañana, trabajaba para otros. Inmediatamente nos quitábamos los calcetines, nos tumbábamos en el suelo boca arriba y juntábamos las plantas de nuestros pies desnudos. No decíamos palabra. Yo cerraba los ojos y sentía el calor de Eminé pasar de sus pies a los míos, subir poco a poco hasta mis rodillas, hasta mi vientre, hasta mi pecho, llenarme por completo; experimentaba tal placer, que, creo, me habría desmayado... Jamás en toda mi vida la mujer me ha causado un placer tan intenso. Jamás he sentido tan profundamente el misterio del calor del cuerpo femenino. Todavía ahora, sesenta años después, cierro los ojos y siento subir desde mis pies y extenderse por todo mi cuerpo, por toda mi alma, el calor de Eminé.

Poco a poco perdí el miedo a caminar y a trepar; entraba en las casas próximas, jugaba con los niños del vecindario; el mundo se ampliaba.

Cuando cumplí cinco años me llevaron a casa de una especie de maestra para que me enseñara a escribir en un pizarrín palotes y roscos, para que se me soltara la mano y pudiera trazar cuando fuera mayor las letras del abecedario. Era una buena mujer, un poco cheposa, se llamaba señora Aretí, baja, regordeta, con una verruga en el lado derecho del mentón. Me guiaba la mano, su aliento olía a café y me decía cómo tenía que coger la tiza y poner los dedos.

Al principio no la quería, su aliento no me gustaba, ni su joroba; pero poco a poco, no sé cómo, empezó a transformarse a mis ojos, a desaparecerle la verruga, a enderezársele la espalda. Su cuerpo fofo adelgazaba y se hacía más hermoso, hasta que al cabo de algunas semanas se convirtió en un ángel esbelto, con una túnica blanca y una enorme trompeta de bronce. Seguramente yo había visto este ángel en algún icono de la iglesia de San Menas y mi mirada de niño volvió a obrar su milagro: el ángel y la maestra se hicieron uno.

Pasaron los años, me fui al extranjero y volví a Creta. Pasé por delante de la casa de la maestra; en el umbral estaba sentada una viejecita, calentándose al sol; la reconocí por la verruga en el mentón, me acerqué y me di a conocer. Se echó a llorar de alegría. Le traía como regalo café, azúcar y una caja de *lucumia*. Vacilé un instante, me daba vergüenza preguntarle, pero tan afianzada estaba en mí la imagen del ángel con la trompeta que no pude contenerme.

—Señora Aretí —le dije—, ¿has llevado alguna vez una túnica blanca y una gran trompeta de bronce?

—¡Válgame Dios! —exclamó la pobre vieja santiguándose—. ¡Una túnica blanca, yo, hijo mío! ¡Una trompeta! ¡Válgame Dios! ¡Yo una *primadonna*!

Y de sus ojos fluían lágrimas.

En mi tierno cerebro infantil cada cosa se remodelaba de forma mágica, más allá de la lógica, muy cerca del delirio. Pero este delirio es el grano de sal que impide que la sensatez se

puera. Yo vivía, hablaba y caminaba dentro de un cuento que yo mismo creaba a cada momento y abría en él caminos para pasar. Nunca veía dos veces la misma cosa porque cada vez le daba un nuevo rostro y se volvía irreconocible. A cada instante se renovaba la virginidad del mundo.

Algunas frutas, sobre todo, ejercían en mí un hechizo inexplicable, especialmente los higos y las cerezas. No sólo los higos, el fruto, también las hojas de la higuera, su aroma. Cerraba los ojos, las olía y palidecía de pura felicidad física. No era felicidad, era más bien una turbación, un temor, un escalofrío, como si hubiera entrado en un bosque sombrío y peligroso.

Un día mi madre me llevó con ella a una playa apartada, en las afueras de Megalo Castro, donde se bañaban las mujeres. Mi mente se colmó de un mar infinito que hervía, y en medio de aquel azul añil abrasado, se destacaban cuerpos muy pálidos, débiles, extraños —así me parecían—, como enfermos. Lanzaban grititos y se arrojaban brazadas de agua unas a otras. A la mayoría de ellas se las veía hasta la cintura, de cintura para abajo estaban dentro del agua, debían ser peces de cintura para abajo —pensaba yo—, debían ser eso que llaman gorgonas. Recordé la leyenda que me contaba mi abuela sobre la Gorgona, la hermana de Alejandro Magno. Ella recorre los mares buscando a su hermano y pregunta a los barcos que pasan: «¿Vive el rey Alejandro?». Y el capitán del barco se inclina sobre la regala y le grita: «¡Vive, señora, vive y goza de buena salud!». Y pobre del que le diga que ha muerto: la Gorgona agita el mar con la cola, levanta una gran tempestad y destroza los barcos.

Una de estas gorgonas que nadaban delante de mí se levantó por encima de las olas y me hizo una señal. Me gritó algo, pero el ruido del mar era muy fuerte y no la entendí. Sin embargo yo estaba completamente metido en la leyenda, creí que me preguntaba por su hermano y grité aterrorizado: «¡Vive, vive y goza de buena salud!». Todas las gorgonas soltaron una carcajada y yo sentí vergüenza, me enfadé y me marché. «¡Malditas sean —murmuré—, eran mujeres, idiota, no eran gorgonas!». Y me senté en un peñasco, completamente avergonzado, de espaldas al mar.

Doy gracias a Dios de que esta visión infantil viva aún en mí llena de color, de sonidos, fresca. Esto mantiene mi mente libre del deterioro y no le permite marchitarse y secarse. Es la santa gota de agua de la inmortalidad que no me deja morir. Cuando, al escribir, quiero hablar del mar, de la mujer, de Dios, me inclino sobre mi propio pecho y escucho lo que dice el niño que hay en mí; él es quien me dicta, y si de algún modo me sucede que casi llego a describir con palabras estas poderosas fuerzas —el mar, la mujer, Dios— se lo debo al niño que todavía vive en mí. Vuelvo a convertirme en niño para poder ver el mundo con ojos vírgenes, siempre por primera vez.

* * *

Mis padres circulan los dos por mis venas; uno salvaje, duro, incapaz de reír; mi madre tierna, buena, santa; los llevo en mí durante toda mi vida, ninguno de los dos ha muerto; mientras viva, ellos vivirán en mí y lucharán, enfrentados entre sí, para gobernar mi pensamiento y mis actos. Y durante toda mi vida esta ha sido mi lucha: reconciliarlos, que el uno me dé su fuerza, la otra su ternura, y que la discordia que hay entre ellos que sin cesar estalla en mí se convierta en el corazón de su hijo en armonía.

Y he aquí lo increíble: la presencia de mis dos padres se hace plenamente manifiesta en mis dos manos: mi mano derecha es muy fuerte y absolutamente carente de sensibilidad, completamente viril, pero mi mano izquierda tiene una sensibilidad exagerada, enfermiza. Cuando recuerdo el pecho de una mujer que he amado siento en la mano izquierda un ligero hormigueo, un cierto dolor, hasta parece que se amorata un poco, que casi se forma una herida, a causa del dolor. Cuando estoy solo y observo un pájaro volar en el aire, siento en mi mano izquierda el calor de su vientre. En mis manos y sólo en mis manos están separados mis dos padres y han tomado posesión de mí por separado; mi padre, de mi mano derecha, mi madre, de la izquierda.

Llegado a este punto es necesario que añada un suceso que ha influido profundamente en mi vida; fue la primera herida del alma que recibí. He llegado a la vejez y no está cerrada.

Debía tener yo unos cuatro años y un tío mío me había cogido de la mano para llevarme al pequeño cementerio de San Mateo, que estaba en la ciudad, para ver, decía él, a una vecina.

Era primavera, el cementerio estaba cubierto de camomila, en un rincón había un rosal lleno de pequeñas rosas de pitiminí. Sería mediodía, el sol había calentado la tierra y la hierba olía. La puerta de la iglesia estaba abierta. El pope había llenado de incienso el incensario y, revestido con la estola, cruzó el umbral y se dirigió a las tumbas.

—¿Por qué incienso? —pregunté a mi tío, y aspiré profundamente el olor a incienso y a tierra.

Era un olor caliente, me pareció un poco nauseabundo, me recordó el olor del *hammam* al que me había llevado mi madre el sábado anterior.

—¿Por qué incienso? —volví a preguntar a mi tío, que caminaba en silencio entre las tumbas.

—Cállate, ahora lo verás, sígueme.

Torcimos por detrás de la iglesia, oímos conversaciones; cinco o seis mujeres enlutadas estaban de pie alrededor de una tumba; dos hombres levantaban la lápida y uno de ellos bajó a la sepultura y empezó a cavar. Nos acercamos y nos detuvimos sobre la tumba abierta.

—¿Qué hacen? —pregunté.

—Desentierran los huesos.

—¿Qué huesos?

—Ahora lo verás.

El pope estaba de pie sobre la fosa, balanceaba el incensario arriba y abajo y bisbiseaba oraciones entre sus bigotes y sus barbas. Me incliné sobre la tierra recién cavada; moho, olor a podrido, me tapé la nariz, tenía el estómago revuelto, pero no me movía de allí, esperaba. «¿Los huesos, qué huesos?», me preguntaba y esperaba.

De repente, el hombre que estaba inclinado y cavaba se levantó, la mitad de su cuerpo asomó sobre la fosa y tenía en las

manos un cráneo. Lo limpió de tierra, le sacó el barro de las órbitas de los ojos metiéndole los dedos, lo puso en el borde de la tumba, se inclinó de nuevo y siguió cavando.

—¿Qué es eso? —pregunté, horrorizado, a mi tío.

—¿No lo ves? Una cabeza de muerto, una calavera.

—¿De quién?

—¿No te acuerdas de ella? De nuestra vecina, Anica.

—¡De Anica!

Me eché a llorar y empecé a chillar.

—¡De Anica! ¡De Anica! —gritaba y me lancé al suelo, recogí todas las piedras que encontré y me puse a apedrear al enterrador.

Gemía, gritaba, ¡qué guapa era, qué bien olía! Venía a casa, me subía a sus rodillas, se quitaba la peineta que llevaba en el pelo y me peinaba; me hacía cosquillas en las axilas, y yo me reía, piaba como un pájaro. Mi tío me tomó en brazos y me llevó aparte, me habló enfadado.

—¿Por qué lloras? ¿Qué querías? Murió; todos hemos de morir.

Pero yo recordaba sus cabellos rubios, sus labios rojos, que me besaban, sus grandes ojos. Y ahora...

—¿Y su pelo? —gritaba—, ¿sus labios, sus ojos...?

—Ya no existen, ya no existen, los ha devorado la tierra.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡No quiero!

Mi tío se encogió de hombros.

—Cuando crezcas, sabrás por qué.

Nunca lo he sabido. He crecido, me he hecho viejo, no lo he sabido jamás.

La Escuela de Primaria

Con los ojos dotados de magia, con la mente que bordoneaba, llena de miel y abejas, con un gorro rojo de lana y mis pequeños *tsarujíes* en los pies, una mañana emprendí el camino, mitad contento, mitad aterrorizado; mi padre me llevaba de la mano, mi madre me había dado una ramita de albahaca para que la oliera y me infundiera valor, decía, y me había colgado del cuello la crucecita de mi bautismo.

—Ve con la bendición de Dios, y con la mía... —murmuró y me miró con orgullo.

Era como una pequeña víctima engalanada para el sacrificio y en mi interior sentía arrogancia y miedo, pero mi mano estaba incrustada en la de mi padre y eso me daba valor. Caminamos, caminamos, pasamos estrechas callejuelas, llegamos a la iglesia de San Menas, torcimos, entramos en un viejo edificio con un amplio patio, con cuatro habitaciones grandes en las esquinas y un plátano polvoriento en el centro. Me detuve, vacilante; estaba aterrado, mi mano se puso a temblar en la enorme mano caliente.

Mi padre se inclinó, me tocó el pelo, me acarició, sentí un escalofrío; no recordaba que jamás me hubiese acariciado; levanté los ojos y lo miré aterrado. Él vio que estaba muy asustado y retiró la mano.

—Aquí aprenderás a leer y a escribir —dijo— para que te hagas un hombre. Santíguate.

El maestro apareció en el umbral. Tenía en la mano una larga vara; me pareció feroz, con grandes dientes, y clavé los ojos en su cabeza para ver si tenía cuernos. Pero no vi nada porque llevaba sombrero.

—Este es mi hijo —dijo mi padre.

Soltó mi mano de la suya y me entregó al maestro.

—En tus manos lo pongo. No tengas piedad de él, pégale, hazlo un hombre.

—Pierde cuidado, capitán Mijalis. Aquí tengo la herramienta que hace a los hombres —dijo el maestro, mostrando la vara.

* * *

De la Escuela de Primaria conservo aún en la memoria un montón de cabezas infantiles, pegadas unas a otras, como cráneos; la mayor parte de ellas ya se habrán convertido en cráneos. Pero por encima de aquellas cabezas permanecen en mí, inmortales, los cuatro maestros. Paterópulos, el del primer curso, un vejestorio, de pequeña estatura y mirada feroz, con bigotes colgantes y la vara siempre en la mano. Iba tras nosotros, nos reunía y nos ponía en fila, como si fuéramos patos y nos llevara a vendernos en el mercado. «En tus manos lo pongo —decía cada padre al entregarle al chivo montuno que tenía por hijo—, pégale, pégale hasta que se haga un hombre». Y él nos pegaba sin piedad. Y todos, maestros y alumnos, esperábamos el momento en que a fuerza de palos nos convertiríamos en hombres. Cuando crecí y las teorías filantrópicas empezaron a extraviar mi mente, taché de bárbaro este método de mi primer maestro, pero luego, cuando he conocido mejor la naturaleza humana, bendigo la santa vara de Paterópulos; ella nos enseñó que el sufrimiento es el mejor guía en el camino ascendente que lleva del animal al hombre.

* * *

Títiros reinaba en el segundo curso. Reinaba, el pobre, pero no gobernaba. Pálido, con gafitas, con camisa de cuello almidonado, zapatos puntiagudos de charol y talones vencidos, nariz grande y peluda y dedos flacos y amarillentos por el tabaco. No se llamaba Títiros, se llamaba Papadakis, pero un día que su padre, que era pope, le había traído del pueblo como regalo un gran queso, «¡Qué queso [5](#) , padre!» —dijo el hijo—. Y lo oyó una vecina que casualmente estaba en su casa, lo contó en el

barrio, tomaron al pobre maestro por una vianda y le pusieron el mote. Pues bien, nuestro Títiros no pegaba, suplicaba. Nos leía *Robinson Crusoe*, nos explicaba cada palabra y luego nos miraba con ternura y angustia, como si nos suplicara que las entendiéramos. Pero nosotros hojeábamos *Robinson Crusoe* y contemplábamos extasiados, en sus grabados mal impresos, las selvas tropicales, los árboles de hojas gigantescas, a Robinson con su ancho sombrero de hojas secas, y el mar que se extendía alrededor, solitario. Y el pobre Títiros sacaba la petaca, liaba un cigarro para fumárselo en el recreo, nos miraba suplicante y esperaba.

Un día que teníamos clase de Historia Sagrada llegamos a Esaú, que vendió a Jacob su derecho de primogenitura por un plato de lentejas. Al mediodía, al llegar a casa pregunté a mi padre qué quería decir derecho de primogenitura. Él tosió y se rascó la cabeza:

—Ve a preguntarle a tu tío Nicolakis.

Este tío mío, hermano de mi madre, había terminado los estudios de Primaria y era el más instruido de la familia. Rechoncho como un garbanzo, calvo, con grandes ojos espantados y sus enormes manos llenas de vello. Se había casado con una mujer de mejor familia que él, de tez amarillenta y lengua viperina, que era celosa y lo despreciaba. Todas las noches lo amarraba del pie a la pata de la cama por miedo a que se levantara y bajara a la planta de abajo donde dormía la criada, rolliza y con enormes pechos; por la mañana lo desataba. Cinco años duró el martirio de mi pobre tío, pero quiso Dios —por algo lo llaman la Suma Bondad— que la lengua de víbora muriera y mi tío se casó entonces con una robusta campesina malhablada y de buen corazón, que no lo ataba. Venía feliz a casa a visitar a mi madre.

—¿Cómo te va ahora, Nicolakis, con tu nueva mujer? —le preguntaba ella.

—No me preguntes, Maryí, si estoy contento —respondía mi tío—. Ella no me ata.

A mi padre le tenía miedo, no levantaba los ojos para mirarlo de frente, se frotaba las manos velludas y miraba continuamente

a la puerta. Al saber que aquel día lo mandaba llamar, se levantó de la mesa con la boca llena y corrió a nuestra casa.

«¿Para qué me querrá el ogro? —pensaba, mientras tragaba, nervioso, el último bocado—. ¡Pobre hermana mía, cómo podrá soportarlo!». Recordó a su primera mujer y sonrió satisfecho. «Yo, gracias a Dios —murmuró—, me libré».

—¡Ven aquí! —le dijo mi padre al verlo—, ¡tú que has estudiado, explícanos esto!

Se inclinaron los dos sobre el libro, deliberaron.

—Derecho de primogenitura quiere decir traje de caza —dijo mi padre, después de haberlo pensado un buen rato.

Mi tío meneó la cabeza.

—Creo que quiere decir fusil —objetó, con voz temblorosa.

—¡Traje de caza! —rugió mi padre.

Frunció el entrecejo y mi tío se acoquinó.

Al día siguiente pregunta el maestro:

—¿Qué quiere decir derecho de primogenitura?

Yo espeté:

—¡Traje de caza!

—¿Qué disparate es ese? ¿Quién ha sido el ignorante que te lo ha dicho?

—¡Mi padre!

El maestro se amilanó; él también tenía miedo a mi padre, ¡cómo iba a contradecirlo!

—Sí —dijo titubeando—, seguramente, en otro tiempo, pero muy rara vez, habrá querido decir traje de caza, pero aquí...

La Historia Sagrada era la materia que más me gustaba de todas. Extraña leyenda, llena de vericuetos, oscura, con serpientes que hablaban, diluvios y arcoíris, robos, crímenes, un hermano mata a su hermano, un padre quiere degollar a su único hijo, y a cada instante Dios se metía por medio, él también mataba, los hombres cruzaban el mar sin mojarse los pies... No comprendíamos nada. Hacíamos preguntas al maestro y él levantaba la vara, tosía, se encolerizaba.

—¡Descarados! —gritaba—. ¿Cuántas veces tengo que decíroslo? ¡No quiero chácharas!

—¡Pero no comprendemos, señor maestro! —gimoteábamos nosotros.

—¡Esto son cosas de Dios! —respondía el maestro—, ¡no tenemos que comprender! ¡Es pecado!

¡Es pecado! Escuchábamos la terrible palabra y nos acongojábamos. No era una palabra, era la serpiente que había engañado a Eva y bajaba del sillón del maestro y abría sus fauces para devorarnos. Nos quedábamos petrificados en nuestros pupitres, casi sin aliento.

Otra palabra que me produjo pavor cuando la oí por primera vez fue la palabra Abraham. Aquellas tres «aes» resonaban en mí como si vinieran de muy lejos, de un pozo profundo, tenebroso, peligroso. Musitaba secretamente para mí solo «Abraham», «Abraham», y escuchaba ruido de pasos a mis espaldas y un jadeo; alguien con grandes pies descalzos me perseguía y cuando supe que un día se había dispuesto a degollar a su hijo, el pánico se adueñó de mí; con toda seguridad era él el que degollaba a los niños. Y me escondía detrás del pupitre para que no me viera y me llevara. Y cuando el maestro nos dijo que el que sigue los mandamientos de Dios irá al seno de Abraham, me juré a mí mismo violar todos los mandamientos para verme libre de su seno.

El mismo desasosiego sentí cuando oí por primera vez, en la misma lección, la palabra Habacuc. También esta me pareció siniestra, un «hombre del saco» que acechaba en el patio de nuestra casa al caer la noche —yo sabía que se escondía detrás del pozo— y una vez que me atreví a salir solo al patio, de noche, saltó de detrás del pozo, alargó la mano y me gritó «¡Habacuc!», que quiere decir: «¡Detente, voy a devorarte!».

El sonido de ciertas palabras despertaba en mí una gran turbación, no alegría, sino frecuentemente temor —y sobre todo, las palabras hebreas—, porque yo sabía por mi abuela que los judíos, el Viernes Santo, cogen a los niños cristianos, los echan en una artesa con clavos y beben su sangre; y muchas veces una palabra hebrea del Antiguo Testamento —por encima de todas las demás, la palabra «Jehová»— se me antojaba una artesa con clavos, a la que querían arrojarme.

* * *

En el tercer curso, Periandros Crasakis. ¿Qué padrino sin entrañas había puesto el nombre del terrible tirano de Corinto ⁶ a aquel pobre hombre enfermizo que llevaba cuello alto almidonado para que no se le vieran los forúnculos; a aquel hombre de piernas flacas como las patas de las cigarras, con un pañuelito blanco que siempre se llevaba a la boca, que escupía, escupía y se le cortaba la respiración? Tenía la manía de la limpieza. Todos los días nos revisaba las manos, las orejas, la nariz, los dientes, las uñas. Él no pegaba, tampoco suplicaba, pero meneaba su cabezota llena de forúnculos:

—¡Animales! —nos gritaba—. ¡Cerdos!, ¡si no os laváis todos los días con jabón nunca os haréis hombres! ¿Qué quiere decir hombre? ¡El que se lava con jabón! ¡La mente no basta, desdichados, hace falta también el jabón! ¿Cómo podríais presentaros ante Dios con semejantes manos? ¡Salid al patio a lavaros!

Durante horas nos machacaba los oídos repitiéndonos qué vocales son largas y cuáles breves, y qué acento teníamos que ponerles, agudo o circunflejo. Y nosotros escuchábamos los gritos de la calle, a los vendedores de verduras o de rosquillas, los rebuznos de los burros, las risas de las vecinas, y esperábamos a que sonara la campana para vernos libres. Mirábamos al maestro que sudaba en su sillón, hablaba y repetía machaconamente, intentando clavar la gramática en nuestra mente, pero nuestra mente estaba fuera, al sol, en la pelea a pedradas. Porque nos encantaban las peleas a pedradas y con frecuencia íbamos a la escuela descalabrados.

Un día, era primavera, un regalo de Dios, las ventanas estaban abiertas y por ellas entraba el perfume del mandarino en flor de la casa de enfrente. Nuestra mente se había convertido también en un mandarino en flor y no podíamos ya escuchar hablar de sílabas agudas o circunflejas. Y justamente un pájaro se había posado sobre el plátano del patio de la escuela y cantaba. Entonces un alumno, pálido, pelirrojo, que había llegado

ese año del pueblo, Nicolíós se llamaba, no pudo contenerse, levantó el dedo:

—¡Cállate, maestro! —gritó—, ¡cállate, para que oigamos al pájaro!

¡Pobre Periandros Crasakis!, un día asistimos a su entierro. Había apoyado tranquilamente la cabeza en su sillón, se agitó como un pez y expiró. Nos dominó el pánico al ver la muerte ante nosotros y corrimos al patio dando alaridos. Al día siguiente nos pusimos el traje de los domingos, nos lavamos con esmero las manos, para no privarlo de ese gusto, y lo llevamos al cementerio viejo, a orillas del mar. Era primavera, los cielos reían y la tierra olía a camomila. El féretro iba descubierto, el rostro del muerto presentaba un color verdoso, amarillento, lleno de forúnculos, que se le habían abierto. Y cuando los alumnos nos inclinamos uno a uno para darle el beso fúnebre, la primavera ya no olía a camomila sino a carne putrefacta.

* * *

En el cuarto curso reinaba y gobernaba el director de la escuela. Bajo y regordete, como una botija, con una barbita afilada, ojos grises siempre airados, patizambo. «¡Eh!, ¿no ves sus piernas? —nos decíamos unos a otros en voz baja para que no nos oyera—. ¿No ves cómo se le enredan? ¿Y cómo tose? No es cretense». Nos había llegado de Atenas, donde había estudiado, y había traído con él, según decía, la Nueva Pedagogía. Creíamos que sería una joven que se llamaba Pedagogía, pero cuando nos encontramos con él por primera vez estaba solo. Pedagogía no estaba; seguramente se había quedado en casa. Tenía una fusta retorcida; nos puso en fila y empezó a pronunciar un discurso. Era necesario, decía, que lo que aprendiésemos, lo viéramos y lo palpáramos o lo dibujáramos en un papel lleno de puntos. Y ¡mucho ojo! Nada de travesuras, ni risas ni gritos en el recreo; los brazos cruzados. Y en la calle, cuando viésemos a un pope, teníamos que besarle la mano. «¡Mucho ojo, desdichados, porque de lo contrario, mirad

esto! —dijo y nos mostró la fusta—. ¡Esto no son palabras, veréis hechos!».

Y vaya si los vimos. Cuando hacíamos alguna travesura, o cuando no estaba de buen humor, nos desabrochaba los pantalones, nos los bajaba y nos pegaba directamente en la carne con la fusta, y cuando desabrochar le parecía demasiado esfuerzo, nos daba zurriagazos en las orejas hasta hacernos sangre.

Un día me armé de valor, levanté el dedo:

—Señor maestro, ¿dónde está la Nueva Pedagogía? —pregunté—. ¿Por qué no viene a la escuela?

Saltó del sillón, descolgó la fusta de la pared:

—¡Ven aquí, descarado! —gritó—. ¡Desabróchate el pantalón!

Le daba pereza desabrochármelo él mismo.

—¡Toma, toma, toma! —empezó a pegar y a mugir.

Estaba empapado en sudor, se detuvo.

—¡Esta es la Nueva Pedagogía! —dijo—. ¡Y la próxima vez, chitón!

Pero además, era un buen tunante el esposo de la Nueva Pedagogía. Un día nos dice: «Mañana os hablaré de Cristóbal Colón, de cómo descubrió América. Pero para comprenderlo mejor, traed cada uno un huevo. Quien no tenga un huevo, que traiga mantequilla».

Tenía una hija casadera que se llamaba Terpsícore, bajita pero muy apetecible. Muchos la pretendían, pero él no quería casarla. «Esa clase de guarrerías —decía— no las quiero yo en mi casa». Y cuando en enero los gatos salían a los tejados y maullaban, cogía una escalera, subía hasta las tejas y los echaba. «¡Maldita sea la naturaleza! —mascullaba—. ¡Maldita sea! ¡No tiene moral!».

El Viernes Santo nos llevó a la iglesia a prosternarnos ante el Crucificado. Luego nos hizo volver a la escuela para explicarnos lo que habíamos visto, ante quién nos habíamos prosternado y qué quería decir Crucifixión. Nos repartimos en los pupitres, cansados, desfallecidos, porque no habíamos comido en todo el día más que un limón ácido y bebido más que vinagre, para experimentar en nuestras carnes el sufrimiento de Cristo. Pues

bien, el marido de la Nueva Pedagogía se puso a explicarnos con voz grave y solemne que Dios había bajado a la tierra, se había hecho Cristo, había sufrido escarnio y martirios y había sido crucificado para salvarnos del pecado. ¿Qué pecado? Bien, bien, no lo comprendimos, pero sí comprendimos perfectamente que tenía doce discípulos y que uno de ellos, Judas, lo había traicionado.

—¿Y cómo quién era Judas? ¿Cómo quién?

El maestro se levantó del sillón y se puso a caminar lentamente, amenazadoramente, de pupitre en pupitre, mirándonos uno a uno.

—Judas era como..., como...

Tenía el dedo índice tendido y lo movía de uno a otro de nosotros buscando a quién de los alumnos se parecía a Judas. Los muchachos nos arrugábamos en nuestro asiento, temiendo que el terrible dedo se detuviera ante uno de nosotros. De pronto el maestro lanzó un grito y su dedo se detuvo sobre un muchachito pálido, pobremente vestido y con un hermoso pelo rojizo. Era Nicolíós, el muchacho que el año anterior, en tercer curso, había gritado «¡cállate, maestro, para que escuchemos al pájaro!».

—¡Helo ahí, como Nicolíós! —gritó el maestro—. ¡Idéntico! ¡Lo mismo de pálido; vestido como él y con el pelo rojo, rojo, rojo, como las llamas del Infierno!

Al oírlo, el pobre Nicolíós estalló en sollozos y todos nosotros que nos habíamos librado del peligro nos pusimos a lanzarle feroces miradas de odio y acordamos secretamente, de pupitre en pupitre, molerlo a palos cuando saliéramos, porque había traicionado a Cristo.

El maestro, satisfecho de habernos mostrado de forma palpable, como mandaba la Nueva Pedagogía, cómo era Judas, nos dejó salir. Y nosotros rodeamos a Nicolíós y cuando salimos a la calle empezamos a escupirle y a pegarle, él echó a correr, llorando, pero lo perseguimos a pedradas, lo abucheamos, «¡Judas! ¡Judas!», hasta que llegó a su casa y se metió dentro.

Nicolíós no volvió a aparecer en clase, no puso más el pie en la escuela. Treinta años después, cuando yo había vuelto de

Europa a mi casa paterna, un día de sábado un hombre llamó a la puerta y apareció en el umbral, pálido, delgado, con el pelo y la barba rojos. Envueltos en un paño de color traía los zapatos nuevos que mi padre había encargado hacer para todos nosotros, por la Pascua. Se detuvo, intimidado, en el umbral, me miró, movió la cabeza.

—¿No me reconoces? —dijo—. ¿No te acuerdas de mí?

Y al decirlo lo reconocí.

—¡Nicolíós! —exclamé, y lo apreté entre mis brazos.

—Judas... —dijo él, y sonrió con amargura.

* * *

A menudo evoco a mis vecinos y vecinas y me aterro. La mayoría de ellos estaban medio chiflados, tenían manías y yo pasaba a toda prisa delante de su puerta porque me daba miedo. Su mente estaba trastornada, bien porque pasaban todo el año encerrados entre las cuatro paredes de su casa y se cocían en su propio jugo, bien por el miedo que tenían a los turcos o por las preocupaciones de la vida, el honor y subsistencia, que continuamente estaban en peligro. Además, oían a los viejos hablar de masacres y guerras, de martirio de los cristianos, y se les erizaban los vellos. Si alguien pasaba y se detenía delante de su puerta, se levantaban de un salto, dominados por el pánico. Y de noche, ¡qué iban a dormir! Con los ojos abiertos y el oído tenso, esperaban la hora fatal e inevitable.

Verdaderamente me aterro al recordar a mis vecinos y vecinas. La señora Victoria, un poco más abajo de nuestra casa, unas veces te saludaba amablemente, con su cariñoso parloteo incontenible, y otras, te daba con la puerta en las narices y se ponía a blasfemar detrás.

Frente a su casa, la señora Pinelopi; gorda, sebosa, metida en años, masticaba clavo sin cesar para que le oliera bien la boca, decía. Reía constantemente como si le hicieran cosquillas. Su marido, el señor Dimitrós, hipocondríaco y silencioso, de cuando en cuando agarraba su paraguas y se iba a las montañas; al cabo de dos o tres meses volvía harapiento, con los calzones

bailándole, muerto de hambre y con el paraguas abierto. La señora Pinelopi lo veía venir de lejos y se reía: «¡Ya viene a llenar otra vez los pantalones!» —gritaba a las vecinas, y estallaban en carcajadas.

Más abajo, el señor Manusos, comerciante, serio, pero lunático, cada vez que salía de casa por la mañana cogía una tiza y trazaba una cruz sobre su puerta, y a mediodía, cuando volvía a comer, metódico, siempre a la misma hora, pegaba a su hermana. Nosotros oíamos sus gritos, entendíamos que era mediodía y nos sentábamos a la mesa. El señor Manusos no abría la boca para darte los buenos días; te miraba hosco y asustado.

Un poco más arriba, al principio de la calle, vivía, en una casa grande, el señor Andreas Paspatulis ⁷, rico, picado de viruelas, con una gruesa nariz y anchas fosas nasales, como las de un ternero. Cada vez que cerraba la puerta permanecía una hora palpándola, no fuera a ser que se hubiera quedado abierta, y bisbiseaba conjuros para ahuyentar a los ladrones, el incendio y la enfermedad; finalmente, se santiguaba tres veces y se iba sin dejar de mirar hacia atrás. Los muchachos del barrio habían observado que caminaba pisando siempre sobre las mismas piedras, y para fastidiarlo amontonaban sobre ellas barro y boñigas; pero él los apartaba con su bastoncito y pisaba sobre las piedras.

Teníamos también un vecino, orgullo de nuestro barrio, su excelencia, el señor Periclís, médico, recién llegado de París, rubio, bien parecido, con gafas con montura de oro. Llevaba un sombrero *mirabeau*, seguramente, el primer *mirabeau* que desembarcó en Megalo Castro, e iba a visitar a los enfermos en pantuflas porque, decía, tenía los pies hinchados. Se las había bordado su hermana, una solterona que había gastado toda su dote para que él estudiara. Era el médico de nuestra casa. Yo me agachaba y miraba extasiado las rosas bordadas en seda sobre las pantuflas, y las hojitas verdes a su alrededor. Una vez que tenía fiebre y vino a visitarme le pedí, si quería que me curase, que me las regalara. Y él, con gran seriedad —jamás consentía reír—, me las probó para ver si me iban bien; pero eran muy

grandes. Para consolarme acerqué la nariz a las rosas bordadas para ver si olían. Pero no olían precisamente a rosas.

No puedo recordar a mis vecinos sin que me vengan a la vez la risa y las lágrimas. Entonces los hombres no eran vaciados todos en el mismo molde, adocenados, sino que cada uno era un mundo aparte; cada cual tenía sus propias rarezas, su forma peculiar de reír y de hablar; cada uno se encerraba en su casa, mantenía ocultos, por pudor o por miedo, sus deseos más íntimos y estos deseos se expandían con fuerza en él y lo asfixiaban, pero él no hablaba de ello y su vida adquiría una seriedad trágica. Y luego estaba la pobreza y, por si la pobreza fuera poco, el orgullo de que nadie supiera que eran pobres; comían pan, aceitunas y hierbas silvestres, con tal de no salir con la ropa remendada. «Pobre es el que teme la pobreza —oí decir a un vecino en cierta ocasión—. Yo no le tengo miedo».

[5](#) Hay un juego de palabras en griego: Τί τυρί [*Tí tyrí*] significa ¡qué queso!, de ahí Títiros. Pero es que además en griego τίτυρος [*tityros*] significa «sátiro», por extensión, «mono de rabo corto», «macaco».

[6](#) Periandro fue el segundo tirano de Corinto, en el siglo VII a.C., hijo y sucesor de Cípselo y uno de los Siete Sabios de Grecia. Aunque al principio gobernó con acierto en su ciudad, más tarde, por miedo a que otros nobles le usurparan el poder, se apoyó en la plebe contra los aristócratas, y emprendió represiones terribles, por lo que fue considerado, más adelante, un tirano malvado característico, como lo hace saber Aristóteles en sus escritos.

[7](#) Como es costumbre en Casandsakis, el nombre Paspatulis es parlante. Significa «El que palpa».

VI

La muerte del abuelo

Debía estar yo aún en la Escuela de Primaria, cuando un pastor vino del pueblo a todo correr para recogerme y llevarme junto a mi abuelo, que estaba agonizando y me requería para darme su bendición. Lo recuerdo bien, un calor sofocante, agosto, yo iba montado en un borrico, el pastor detrás, llevaba un palo ahorquillado que tenía un clavo en la punta y a cada momento agujijoneaba al animal y le hacía sangre, y al pobre burro le dolía, daba coces y corría. Yo me volví hacia el pastor y le pedí:

—¿No te da pena? ¡Ten un poco de consideración! Le duele.

—Sólo los hombres sienten dolor—me respondió—, los burros son burros.

Pero pronto olvidé el sufrimiento del animal, porque en ese momento pasábamos por viñedos y olivares y las cigarras me dejaban sordo. Algunas mujeres estaban vendimiando y extendían los racimos sobre cañizos para que se secaran. El mundo exhalaba un aroma embriagador. Una vendimiadora nos vio y se echó a reír.

—¿Por qué se ríe, Ciriaco? —pregunté al pastor, cuyo nombre acababa de saber.

—Se ríe porque le hacen cosquillas —respondió él y escupió.

—¿Quién le hace cosquillas, Ciriaco?

—Los demonios.

No entendí, pero me asusté, cerré los ojos y empecé a golpear con el puño al borrico para que pasáramos rápidamente y no ver a los demonios.

En un pueblo por donde pasamos unos hombretones medio desnudos, velludos, pisaban la uva en el lagar y bailaban, hacían bromas y reían a carcajadas. La tierra olía a mosto, las mujeres

sacaban pan del horno, los perros ladraban, un bordoneo de avispas y abejas, y el sol se inclinaba para ocultarse, muy rojo, como si también él estuviera pisando uvas, completamente borracho. También yo me eché a reír, y silbando, quité el cayado al pastor y empecé a agujonear al borrico y a hincarle el clavo en las ancas.

Me encontraba mareado a causa del cansancio, del sol y las cigarras, y cuando llegué a casa de mi abuelo y lo vi acostado en medio del patio, rodeado de sus hijos y sus nietos, me alegré, porque había anochecido ya, el ambiente se había refrescado y mi abuelo tenía los ojos cerrados y no se había percatado de mi presencia, de modo que me había librado de su manaza que cuando me tocaba me ponía la piel roja.

—Tengo sueño —dije a una mujer que me cogió en brazos y me bajó del borrico.

—Ten paciencia —me respondió—, tu abuelo está a punto de expirar. Tienes que estar a su lado para que te dé su bendición.

Un regalo maravilloso, un costoso juguete, eso me imaginaba yo que era aquella bendición que había ido a recibir desde tan lejos. Debía ser el pelo del ogro, del que hablan los cuentos, que lo llevas como talismán, y en caso de gran necesidad, lo quemas y viene el ogro y te salva. Así pues, esperaba que mi abuelo abriera los ojos y me diera el pelo.

En ese momento, mi abuelo emitió un prolongado sonido y se ovilló en la piel de oveja con la que lo habían cubierto.

—Ha visto a su ángel —dijo una vieja—. No tardará en entregar el alma.

Se santiguó, cogió un pedazo de cera y se puso a calentarlo con su aliento y a modelarlo en forma de cruz con los dedos, para sellar los labios del muerto.

Uno de los hijos, de barba hirsuta y negra como ala de cuervo, se levantó, entró en la casa y trajo una granada y se la puso en la mano para que la llevara al otro mundo.

Todos nos acercamos y lo miramos; una mujer empezó a salmodiar una lamentación, pero el hijo de barbas hirsutas le cerró la boca:

—¡Cállate!

El abuelo abrió los ojos, hizo una seña. Todos los presentes se acercaron más; en el primer círculo, los hijos, detrás, los nietos varones y detrás las hijas y las nueras. El viejo extendió las manos; una vieja le puso una almohada bajo la nuca. Se oyó la voz del viejo:

—Adiós hijos míos —dijo—. He comido mi pan, me voy. He llenado mi patio de hijos y de nietos; he llenado de aceite y de miel mis tinajas; he llenado de vino mis barricas. No tengo queja. ¡Adiós!

Agitó las manos, se estaba despidiendo. Giró la cabeza a su alrededor, nos miró a todos, uno a uno. Yo me había olvidado de su bendición, estaba escondido detrás de tres primos míos y no me vio. Todos guardaban silencio. El abuelo habló de nuevo:

—Prestad atención, hijos míos, escuchad mis últimas recomendaciones: ocupaos de los animales, de los bueyes, de las ovejas, de los burros; creedme, ellos también tienen alma, son también hombres, sólo que llevan pieles y no pueden hablar. Son antiguos hombres, dadles de comer. Ocupaos de los olivares y de las vides, abonadlas, regadlas, podadlas si queréis que os den fruto. Ellos también son antiguos hombres, pero muy antiguos y no tienen memoria. Pero el hombre tiene memoria y por eso es hombre. ¿Me escucháis? ¿O es que estoy hablando a sordos?

—Te escuchamos, viejo, te escuchamos... —respondieron algunas voces.

El viejo extendió la manaza, llamó a su hijo mayor.

—¡Eh, Constandí!

Constandí, un hombretón de barba gris, de cabellos crespos y ojos bovinos, cogió la mano de su padre.

—Aquí estoy, padre. ¿Qué mandas?

—En la tinaja pequeña tengo trigo del mejor; hace tiempo que lo tengo reservado para mi *cóliva*, pasados los nueve días, hiérvelo, ponle abundantes almendras, tenemos muchas, gracias a Dios, y no escatimes el azúcar, como acostumbras a hacer, ¿me oyes? Eres tacaño, no me fío de ti.

—Lo que mandes —respondió el primogénito, meneando la cabezota—, patrón, lo que mandes, pero los demás tienen que

compartir también los gastos. Ni más ni menos, todo el mundo a partes iguales; la *cóliva* ya es un desembolso importante, no es ninguna tontería; y luego están los cirios y el pope, al que hay que pagar, y el sepulturero, y luego, la comida después del entierro, la mesa con los entremeses, el vino y añade los cafés que tomarán las mujeres. Todo eso son gastos, ya te digo, no es ninguna broma; los repartiremos entre todos.

Se volvió hacia sus tres hermanos, a su derecha y a su izquierda.

—¿Lo estáis oyendo? Todos, cada uno su parte; son habas contadas.

Los hijos murmuraron entre dientes, uno de ellos levantó la voz:

—De acuerdo —dijo—, de acuerdo, Constandí, no vamos a discutir por eso.

Yo me había deslizado hasta la primera fila; la muerte, ya lo he dicho, ha sido siempre para mí un extraño misterio que me atraía, me acerqué para ver de cerca morir al padre de mi madre.

Entonces me vio.

—¡Eh, bienvenido! —dijo—, ¡bienvenido, pequeño candiota! Inclínate para que te dé mi bendición.

La vieja que tenía en la mano el pedazo de cera y lo modelaba me agarró la cabeza y me la bajó; sentí su pesada manaza en todo lo alto de la coronilla.

—Recibe mi bendición, nieto candiota —dijo—, y conviértete algún día en un hombre.

Movió los labios para decir algo más, pero estaba agotado, cerró los ojos.

—¿Hacia dónde se pone el sol? —preguntó con voz agonizante—. Volvedme hacia allí.

Dos hijos lo asieron, lo volvieron hacia poniente.

—¡Adiós! —murmuró—. ¡Me voy!

Exhaló un profundo suspiro, estiró las piernas y su cabeza se deslizó de la almohada y golpeó en las piedras del patio.

—¿Está muerto? —pregunté a uno de mis primos pequeños.

—¡Ea!, este ya se acabó —me respondió—. ¡Vamos a comer!

VII

Lucha de Creta y Turquía

Más que escuelas y maestros, más profundamente que las primeras alegrías y terrores que me produjo la visión del mundo, una emoción verdaderamente única ha ejercido una influencia incalculable en mi vida: la lucha entre Creta y Turquía.

Sin esta lucha mi vida habría tomado otro rumbo y Dios seguramente habría tenido otro rostro.

Desde mi nacimiento respiraba en el aire este terrible combate, visible e invisible. Veía a los cristianos y a los turcos lanzarse feroces y torvas miradas y retorcerse los bigotes, furiosos; veía a los *nisamíes* patrullar y volver a patrullar las calles armados con fusiles, y a los cristianos echar las trancas en sus puertas, blasfemando; oía a los viejos hablar de degüellos, de acciones heroicas y de guerras, de la libertad y de Grecia, y lo vivía profundamente, en silencio, y esperaba a crecer para comprender el sentido de todas estas cosas, para ponerme a trabajar también yo, y a combatir.

Con el tiempo comprendí claramente que eran Creta y Turquía quienes luchaban, que una combatía para liberarse y la otra le tenía puesto el pie en el pecho y no se lo permitía. Todas las cosas que me rodeaban cobraban un rostro, el rostro de Creta y Turquía, y se convertían en mi imaginación —y no sólo en mi imaginación, también en mi carne— en símbolos que me recordaban el terrible combate. Un verano, el 15 de agosto, estaba expuesto en la iglesia, sobre un caballete, el icono de la Dormición de la Virgen: la madre de Cristo, tendida, con los brazos cruzados; a su derecha, un ángel y a su izquierda, el demonio, se habían lanzado para llevarse su alma. El ángel había desenvainado su espada y había cortado por las muñecas las dos manos del demonio, que estaban suspendidas en el aire

y chorreaban sangre. Yo contemplaba el icono y mi corazón se henchía de gozo. «Esta es Creta —me decía—, este demonio negro es el turco y el ángel blanquísimo es el rey de Grecia... El rey de Grecia cortará un día las manos del turco. ¿Cuándo? Cuando yo sea mayor...» —pensaba y mi pecho de niño se henchía.

Mi tierno pecho de niño comenzó a llenarse de anhelos y de odio y yo también apretaba los puños para entrar en la lucha; sabía bien de qué lado de los dos combatientes estaba mi deber y tenía prisa en crecer para ocupar mi lugar en la fila detrás de mi abuelo, detrás de mi padre, y luchar.

Esta fue la simiente; de ella ha germinado, brotado, florecido y ha dado frutos el árbol de mi vida. No fue el miedo ni el sufrimiento, ni la alegría ni el juego los primeros que turbaron mi alma, sino el ansia de libertad. Liberarme ¿de qué?, ¿de quién? Poco a poco, andando el tiempo, subía la escarpada pendiente de la libertad; liberarse en primer lugar del turco; este era el primer peldaño; después, más tarde, comenzó este otro nuevo combate: liberarse del turco que uno lleva dentro —de la ignorancia, de la maldad, de la envidia, del miedo, de la pereza, de las ideas llamativas pero engañosas—; y finalmente, liberarse de los ídolos, de todos los ídolos, incluso de los más respetables y queridos.

Con el tiempo, cuando me hice mayor y mi mente se amplió, también se amplió la lucha, rebasó Creta y Grecia, se extendió a todos los tiempos y espacios, abarcó la historia del hombre. Ya no eran Creta y Turquía las que luchaban, eran el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas, Dios y el Demonio. Siempre la misma lucha, una lucha eterna, y siempre detrás del Bien, de la Luz y de Dios estaba Creta; y detrás del Mal, de las Tinieblas y del Demonio, Turquía. Y así, porque el azar me hizo nacer cretense en un momento crucial en que Creta luchaba por su liberación, sentí desde muy niño que en el mundo hay un bien máspreciado que la vida, mucho más dulce que la felicidad: la libertad.

Había un viejo capitán al que llamaban Polimandilás ⁸ porque llevaba puestos muchos pañuelos, uno en la cabeza, otro, debajo de la axila izquierda, dos colgando de su faja de seda, y otro en

la mano, para secarse la frente, que siempre tenía sudorosa. Era amigo de mi padre y a menudo iba a su tienda. Los más jóvenes se reunían a su alrededor, mi padre mandaba traerle café y un narguile, él abría su petaca, se llenaba las fosas nasales de tabaco, estornudaba y empezaba a hablar.

Yo permanecía de pie, un poco apartado y lo escuchaba: guerras, asaltos, degüellos. Megalo Castro desaparecía, las montañas de Creta se alzaban ante mí, el aire se llenaba de rugidos; rugían los cristianos, rugían los turcos, mis ojos brillaban por el reflejo de las pistolas de plata. Eran Creta y Turquía que peleaban. «¡Libertad!», gritaba una, «¡Muerte!», respondía la otra, y mi mente se llenaba de sangre.

Un día el viejo capitán se volvió hacia mí, entornó los ojos y me midió con la mirada.

—¡El cuervo no cría palomas! —me dice—. ¿Has entendido, mi pequeño *palicari*?

Me puse rojo.

—No, capitán —le respondí.

—*Palicari* es tu padre, *palicari* llegarás a ser tú, quieras o no quieras.

«¡Quieras o no quieras!». Estas palabras están clavadas en mi mente, Creta hablaba por boca del viejo capitán. Entonces no comprendí aquellas graves palabras, pero mucho más tarde sentí que había en mí una fuerza que no era mía, una fuerza superior a mí mismo, y que esta fuerza era la que me dirigía. Muchas veces estuve a punto de envilecerme, pero esta fuerza no me lo permitía: Creta.

Y realmente, por amor propio, por la idea de que era cretense y por miedo a mi padre, conseguí desde niño vencer el temor. De noche, al principio, no me atrevía a salir solo al patio, en la oscuridad; en cada rincón, detrás de cada maceta, en el brocal del pozo, acechaba, emboscado en silencio, un duendecillo peludo y sus ojos brillaban. Pero mi padre me daba un empujón, me hacía salir al patio y echaba la tranca a la puerta. Sólo un temor no había podido aún vencer: el pánico que me daba el terremoto.

A menudo Megalo Castro temblaba desde sus cimientos; se oía un mugido en el subsuelo, en los sótanos del mundo, la corteza de la tierra crujía y los pobres hombres perdían el control. Cuando el viento caía de repente y no se movía ni una hoja y un silencio estremecedor se cernía sobre el mundo, los candiotas saltaban fuera de sus casas y de sus tiendas, miraban ora al cielo, ora a la tierra y permanecían en silencio, no fuera a ser que el mal los oyera y se presentara, pero para sus adentros pensaban con horror: «Va a haber un terremoto», y se santiguaban.

Un día el maestro, el viejo Paterópulos, nos explicó, para tranquilizarnos:

—Un terremoto no es nada, niños, no tengáis miedo. Hay un toro debajo del suelo y muge; golpea con los cuernos la tierra y la tierra se rebulle. Los antiguos cretenses lo llamaban Minotauro. No es nada.

Pero nuestro miedo, después de este consuelo del maestro, aumentó. ¿De modo que el terremoto era una cosa viva, una bestia con cuernos que muge y se revuelve bajo nuestros pies y devora a los hombres?

—¿Y san Menas? —dijo entonces un chiquillo gordito, Stratís, el hijo del sacristán— ¿por qué no lo mata?

Pero el maestro se encolerizó.

—¡No digas disparates! —gritó, bajó del sillón y le retorció la oreja a Stratís para que se callara.

Sin embargo, un día en que pasaba por el barrio turco, a toda prisa, porque me daba asco el olor que despedían los turcos, la tierra volvió a temblar, las puertas y ventanas rechinaron, se oyó un fuerte estruendo, como si las casas se desplomasen. Me quedé en medio de un estrecho callejón, paralizado por el pánico; tenía los ojos clavados en la tierra y esperaba que se abriera y saliera el toro para devorarme. Y héteme aquí que de pronto se abrió una puerta arqueada, quedó a la vista un jardín y tres pequeñas *hanums* irrumpieron en la calle, con el rostro descubierto, descalzas, despeinadas, corrieron de acá para allá, aterrorizadas, lanzando grititos como golondrinas. Toda la callejuela se llenó de olor a almizcle. A partir de aquel momento,

para el resto de mi vida el terremoto ha tenido otro rostro; ya no era el rostro feroz de un toro; ya no mugía, piaba como un pájaro; terremoto y pequeñas *hanums* se habían hecho una misma cosa. Fue la primera vez que vi una fuerza tenebrosa mezclarse con la luz e iluminarse.

He aquí cómo, muchas veces en mi vida, voluntaria o involuntariamente, he puesto una cómoda máscara a mis terrores —el amor, la virtud y la enfermedad— y así he podido soportar la vida.

[8](#) Nombre parlante, «el de los múltiples pañuelos».

VIII

Vidas de santos

Mi primer ardiente deseo ha sido la libertad; el segundo, que aún permanece latente en mí y me atormenta, la sed de santidad. Héroe y a la vez santo, he aquí el modelo supremo del hombre. Desde niño había fijado, por encima de mí, en el cielo azul, este modelo. En aquellos años, cada alma en Megalo Castro tenía raíces profundas en la tierra, raíces profundas en el cielo. Por eso, cuando aprendí a leer, la primera cosa que hice que mi madre me comprara fue un texto piadoso, *La Santa Epístola* ⁹. «¡Visión de Dios, maravilla divina! Una piedra cayó del cielo... y esta piedra se partió y se vio escrito en su interior ¡Ay, ay del que toma aceite y bebe vino los miércoles y viernes!». Yo cogía *La Santa Epístola*, la enarbolaba como una bandera y todos los miércoles y viernes llamaba a las puertas de la vecindad: a la puerta de la señora Pinelopi, a la de la señora Victoria, de la vieja Caterina, la de Delivasilena, e irrumpía, hecho una furia, en las casas, iba derecho a la cocina, olía lo que se estaba cocinando y ¡pobres de ellas si me llegaba olor a carne o a pescado! Blandía, blandía, bien alto, con aire amenazador, *La Santa Epístola* y gritaba: «¡Ay de vosotras, ay de vosotras!», y las vecinas, aterradas, me acariciaban y me pedían que me callara. Y un día que pregunté a mi madre y supe que cuando era niño de pecho mamaba también en miércoles y viernes, es decir, tomaba leche estos días santos, prorrumpí en sollozos.

Vendí a mis amigos todos mis juguetes y compré cuadernillos populares de *Vidas de santos*. Por las tardes me sentaba en mi taburete, en el patio, entre las macetas de albahaca y caléndulas y leía en voz alta todos los martirios que habían padecido los santos para salvar su alma. Las vecinas se reunían con su costura y sus tareas —unas hacían calceta, otras limpiaban

verduras o molían café— y escuchaban. Y poco a poco se levantaba en el patio un llanto lastimero, provocado por los tormentos y los padecimientos de los santos. El canario, colgado debajo de la acacia, escuchaba la lectura y los lamentos y estiraba, embriagado, el cuello y cantaba. El pequeño jardín, con sus plantas aromáticas y cubierto por el emparrado, cerrado, cálido y perfumado como era, parecía, en medio de los llantos de las mujeres, un *Epitafio*. La gente que pasaba aminoraba el paso y decía: «Alguien ha muerto», e iban a llevar la mala noticia a mi padre. Pero él meneaba la cabeza: «No es nada —decía— es mi hijo, que quiere llevar por el buen camino a las vecinas».

En mi imaginación infantil se abrían mares lejanos, navíos partían furtivamente, monasterios refulgían entre las rocas, leones llevaban agua a los ascetas, mi mente rebosaba de palmeras y camellos, prostitutas se esforzaban por entrar en la iglesia, carros de fuego subían al cielo, los desiertos resonaban con ruido de zuecos y risas de mujeres; la Tentación, como un buen san Basilio [10](#), llegaba cargada de regalos para los eremitas: alimentos, oro, mujeres. Pero ellos permanecían con la vista fija en Dios y la Tentación desaparecía.

Sé duro, paciente, desprecia la felicidad, no temas la muerte, busca el bien supremo fuera de esta tierra: este era el grito que salía sin cesar de aquellos cuadernillos populares e instruía mi corazón de niño, y al mismo tiempo, una ardiente sed de huidas secretas, de viajes lejanos, de andanzas llenas de misterio.

Leía *Vidas de santos*, escuchaba historias, mi oído captaba conversaciones, y todas estas cosas se transformaban, se deformaban dentro de mí, se convertían en llamativas mentiras, reunía a los niños del barrio o a mis compañeros de clase y se las contaba como aventuras mías. Les decía que justo en ese momento llegaba del desierto, que traía un león, que lo cargaba con dos cántaros y nos íbamos juntos a la fuente a por agua, que dos días antes había visto un ángel en mi puerta que se había arrancado una pluma de un ala y me la había dado; y es más, tenía la pluma en mi mano y se la enseñaba —ese día habíamos matado un gallo blanco en mi casa y yo le había arrancado una

pluma blanca— y les decía que con la pluma del ángel iba a hacer una pluma para escribir...

—¿Para escribir? ¿Qué vas a escribir?

—Vidas de santos, la vida de mi abuelo.

—¿Tu abuelo era santo? ¿No decías que combatía contra los turcos?

—¡Eh! Es lo mismo —respondía yo, y afilaba la pluma con mi navajita para hacer una pluma de escribir.

Un día en la escuela leímos en nuestro libro de lectura que un niño había caído en un pozo y se había encontrado en una rica ciudad con iglesias doradas, jardines floridos, tiendas llenas de golosinas, bombones y pequeños fusiles... Mi espíritu se inflamó, corrí a casa, solté la cartera en el patio y me colgué del brocal del pozo para caer al agua y entrar en la rica ciudad. Mi madre estaba sentada junto a la ventana peinando a mi hermana pequeña; me vio, dio un grito, corrió, me agarró del babi en el momento en que con la cabeza hacia adelante daba golpes con los pies en el suelo para caer al pozo.

Los domingos cuando iba a la iglesia veía en un icono del iconostasio a Cristo que ascendía de la tumba, llevaba una bandera blanca y estaba suspendido en el aire. En la parte de abajo se veían los guardianes, caídos boca arriba y lo miraban con terror. Había oído hablar muchas veces de rebeliones y luchas de Creta; se me había dicho que el padre de mi padre fue un gran capitán, y poco a poco, mientras más observaba al Cristo resucitado más me convencía de que él era mi abuelo. Pues bien, reunía a mis amigos ante el icono: «Este es mi abuelo —les decía—, lleva la bandera, va a la guerra; y ahí abajo, tumbados boca arriba, tenéis a los turcos».

Lo que decía no era verdad ni mentira; estaba más allá de los límites de la lógica y de la moral, flotaba en un aire más ligero, más libre. Si alguien me hubiese dicho que mentía, me habría echado a llorar de vergüenza. La pluma que tenía en las manos había dejado de ser una pluma de gallo, me la había dado el ángel, yo no mentía, y Cristo con la bandera —lo creía firmemente— era mi abuelo y debajo, los guardianes aterrados, eran los turcos.

Mucho más tarde, cuando empecé a escribir poemas y novelas, comprendí que esta elaboración secreta se llama creación.

Un día que leí la *Vida de san Juan el Calivita*, me levanté de un salto, tomé una decisión: «¡Iré al Monte Atos para hacerme santo!». Y sin volverme a mirar a mi madre —así había hecho san Juan el Calivita— crucé el umbral y salí a la calle. Tomé las callejuelas más apartadas, llegué al puerto; corría, tenía miedo de que me viera alguno de mis tíos y me hiciera volver a casa. Me acerqué al primer caique que se disponía a zarpar; un marinero quemado por el sol se inclinaba sobre la bita de hierro e intentaba soltar la amarra. Yo temblaba de emoción; me acerqué a él.

—¿Quieres llevarme contigo en el caique, capitán?

—¿Adónde quieres ir?

—Al Monte Atos.

—¿Adónde? ¿Al Monte Atos? ¿Y qué vas a hacer allí?

—Santificarme.

El patrón del barco soltó una carcajada; batió palmas como si espantara un pollo.

—¡A casa! ¡A casa! —me gritó.

Me fui corriendo, llegué a mi casa, avergonzado. Me escondí debajo del canapé y no dije una palabra a nadie. Hoy es la primera vez que lo cuento. Mi primer intento de convertirme en santo fracasó.

Aquel sinsabor me ha durado años; puede que me dure todavía. Hay que saber que nací un viernes, el 18 de febrero, día de los difuntos, y la vieja matrona me agarró entre sus manos, me llevó a la luz y me examinó atentamente, como si viera en mí signos secretos, me levantó en alto y dijo: «Este niño, acordaos de lo que os digo, un día llegará a obispo».

Cuando supe, más tarde, esta profecía de la matrona, la encontré tan acorde con mis anhelos secretos que la creí. Desde entonces me sentía abrumado por una gran responsabilidad y no quería hacer nada que no haría un obispo. Mucho después, cuando he visto lo que hacen los obispos, he cambiado de

opinión. Para merecer la santidad que tanto deseaba no quería hacer nada de lo que hacen los obispos.

[9](#) Se trata de un documento apócrifo y popular, pero no antiguo, que circuló libremente en los monasterios ortodoxos. La Carta se encontró en la ciudad santa de Jerusalén, en el lugar llamado Getsemaní, en la tumba de la Virgen. Se suponía escrita por Jesucristo.

[10](#) San Basilio el Grande, el Padre de la Iglesia. Vivió en Capadocia, haciendo el bien a los hombres, por lo que se le considera padre de la filantropía. Murió el 1 de enero del año 379. Por su carácter de benefactor para con sus semejantes, la tradición atribuyó a esta fecha la virtud de traer bendiciones y buena suerte, de ahí que en el mundo ortodoxo griego, el pueblo haya identificado al santo Padre de la Iglesia con un bondadoso anciano que trae regalos a los niños y mayores que han sido buenos durante el año, y haya asimilado a san Basilio con san Nicolás de Myra, luego, Papá Noel.

IX

Deseo de huida

Monótonos, lentos, transcurrían los días en aquella época; la gente no leía periódicos, la radio, el teléfono y el cine aún no existían y la vida rodaba sin ruido, seria, sin muchas palabras. Cada hombre era un mundo cerrado, cada casa estaba atrancada con doble cerrojo; en su interior los dueños envejecían día a día, se distraían en silencio para no ser oídos, o se peleaban en secreto, enfermaban mudamente y morían. Entonces se abría la puerta para sacar el cadáver y por un momento las cuatro paredes dejaban ver su secreto; pero enseguida la puerta volvía a cerrarse y la vida reanudaba su afán, sin alboroto.

En las fiestas anuales, cuando Cristo nacía, moría o resucitaba, todos se ponían las ropas de domingo, se acicalaban, dejaban sus casas y de todas las callejuelas, la gente se vertía en la iglesia. Ella, con las puertas abiertas de par en par, los esperaba. Había encendido sus grandes candelabros y sus arañas, y el señor de la casa, san Menas, permanecía en el umbral, montado en su caballo, y recibía a sus queridos candiotas. Los corazones se henchían; fuera de la mente las desgracias; todos se convertían en uno, olvidaban su nombre, ya no eran siervos, no había enfrentamientos ni turcos ni muerte. Allí, en la iglesia, con el capitán Menas al frente, en su caballo, todos sentían que eran un ejército inmortal.

Sombría, inmóvil era la vida en aquellos años; pocas risas, muchos llantos y más numerosas aún, las penas inconfesables de aquel tiempo en Megalo Castro. Los amos, codiciosos y adustos; sus subordinados, dóciles; cuando un rico pasaba, se ponían en pie con respeto. Pero a todos los unía una pasión común que los hacía olvidar las preocupaciones y las

privaciones, y los hermanaba. Aunque no la confesaban, porque temían al turco.

Y he aquí que un día las aguas tranquilas se agitaron. Una mañana se vio entrar en el puerto un vapor adornado con banderas. Los candiotas que estaban allí se quedaron con la boca abierta. ¿Qué era aquella barca, multicolor de mil alas, adornada con banderas, que se deslizaba entre las dos torres venecianas y alcanzaba la bocana del puerto? ¡Válgame Dios! Uno decía que eran pájaros, otro, que eran hombres con disfraces de carnaval y otro, que era un jardín flotante, uno de aquellos que había visto en lejanos y cálidos mares Simbad el Marino. Entonces se oyó un vozarrón salvaje en el café del puerto: «¡Eh, bienvenidas las pelerinas!». De repente todos respiraron; habían comprendido. La barca estaba ya cerca, ahora se veía nítidamente que iba cargada de mujeres vestidas de forma abigarrada, con sombreros, con plumas, con pelerinas multicolores, y que sus mejillas estaban maquilladas en color encarnado, como amapolas. Los cretenses viejos al verlas se santiguaban. ¡Aléjate, Satanás! Y se escupían en el pecho. ¿Qué vienen a hacer aquí? Esta es la célebre Castro. ¡Esa clase de payasadas no se toleran aquí!

Una hora más tarde había pegados carteles rojos en todas las paredes, y entonces se supo: era una compañía de teatro, cómicos y cómicas, y habían venido a distraer, decían, a la gente de Megalo Castro.

Cómo se produjo el milagro, cómo mi padre me cogió de la mano y me dijo: «¡Ven, vamos al teatro, veamos qué demonios es eso!», todavía hoy, no consigo comprenderlo. La tarde había caído, me llevaba de la mano y bajamos hacia el puerto, a un barrio pobre, desconocido para mí, de casas dispersas y grandes solares cercados. Uno de esos solares estaba completamente iluminado y dentro tocaban clarines y tambores, en la entrada colgaba una vela de barco, la levantabas y pasabas al interior. Entramos. Bancos, taburetes, sillas; hombres y mujeres estaban sentados, miraban un telón que tenían delante y esperaban que se abriera. Soplaban del mar una brisa suave, el aire olía bien,

hombres y mujeres conversaban, reían, comían pistachos y pipas de calabaza.

—¿Cuál es el teatro? —preguntó mi padre, que era la primera vez que iba a una diversión de este tipo.

Le indicaron el telón. Entonces nos sentamos con los ojos clavados también en el telón. Sobre la tela estaba escrito con grandes letras mayúsculas: «*LOS BANDIDOS, DE SCHILLER. DRAMA MUY ENTRETENIDO*». Y debajo: «Veáis lo que veáis, no os angustiéis, es ficción».

—¿Qué quiere decir ficción? —pregunté a mi padre.

—Naderías —me contestó.

Las dudas de mi padre eran otras. Se volvió para preguntar a su vecino quiénes eran aquellos bandidos, pero no tuvo tiempo; oímos tres golpes y se abrió el telón. Yo abrí los ojos como platos; un paraíso se había abierto ante mí; ángeles machos y hembras iban y venían con vistosos trajes, con alas y adornos dorados, y sus mejillas estaban maquilladas de color blanco y naranja. Hablaban alto, pero yo no los entendía; se enfadaban, pero no sabía por qué, cuando de pronto salen dos hombretones, al parecer, hermanos, y empiezan a discutir y a injuriarse, y a perseguirse para matarse.

Mi padre aguzó el oído. Escuchaba, refunfuñaba, no estaba contento, estaba sobre ascuas, se rebullía en la silla, sacaba el pañuelo y se enjugaba el sudor que empezaba a correr de su frente. Pero cuando comprendió que aquellos dos gigantones desgarbados eran hermanos y se peleaban, dio un bote, furioso:

—¿Qué payasadas son estas? —dijo en voz alta—. ¡Vámonos!

Me agarró por el brazo, con las prisas, tiramos al suelo dos o tres sillas, salimos.

Me sacudió el hombro:

—De ahora en adelante, nunca más, desdichado, pongas el pie en un teatro ¿me oyes?, porque te abriré en canal.

Este fue mi primer contacto con el teatro.

* * *

Soplaba una brisa tibia, la hierba empezaba a brotar en mi espíritu, mis entrañas se llenaban de anémonas; llegaba la primavera, con su novio, san Jorge, montado en un caballo blanco. Se iba, venía el verano y la Virgen se recostaba sobre la tierra cargada de frutos para que su gracia descansara de haber traído al mundo a semejante hijo. En medio de las lluvias llegaba san Dimitris en un caballo rojo, y arrastraba tras de sí al otoño, coronado de hiedra y de hojas secas de vid; se echaba encima el invierno, en casa encendíamos el brasero, mi madre, mi hermana y yo nos sentábamos alrededor —cuando no estaba mi padre— y asábamos castañas o garbanzos en el rescoldo y esperábamos a que Cristo naciera para que viniera el abuelo de mejillas sonrosadas con su lechón asado envuelto en hojas de limonero. Así exactamente me imaginaba yo el invierno, idéntico a mi abuelo, con botas negras, bigotes blancos y un lechón asado en las manos.

Pasaba el tiempo y yo crecía; las macetas de albahaca y de caléndulas del patio menguaban y ahora subía de un tirón los peldaños de la escalera de Eminé, sin necesidad de que ella me tendiera la mano. Yo crecía, y los antiguos deseos crecían en mí, y brotaban otros nuevos; las vidas de santos me venían ya estrechas, me asfixiaba. No es que hubiera perdido la fe, tenía fe, pero ahora los santos me parecían demasiado sumisos, constantemente bajaban la cabeza ante Dios y le decían «sí». La sangre de Creta había despertado en mí, presentía sin tenerlo completamente claro en mi mente que un hombre auténtico es el que ofrece resistencia, el que lucha, y llegado el caso no teme decir «¡no!», incluso a Dios.

Toda esta turbación nueva no podía hacerla explícita con palabras, pero en aquella época, no necesitaba las palabras; comprendía claramente, sin la ayuda de la mente ni de la palabra. Me dominaba la aflicción cuando veía a los santos permanecer de brazos cruzados, sentados a la puerta del Paraíso, gritando, suplicando y esperando que se abriera. Me recordaba a los leprosos que veía cada vez que iba a nuestra viña, sentados a la puerta de la muralla de la ciudad, con la nariz roída, sin dedos, con los labios podridos, tendiendo sus muñones

a los transeúntes para pedir limosna. No sentía ninguna compasión por ellos, me daban asco, volvía la cabeza y pasaba deprisa. Tan bajo habían empezado a caer los santos en mi mente de niño. ¿No había otro modo de entrar en el Paraíso? De los ogros y las princesas de los cuentos había pasado al desierto de la Tebaida, con los santos mendigos, y ahora sentía que también tenía que prescindir de ellos.

En cada una de las festividades importantes, mi madre hacía dulces, unas veces *curabi és*, otras, *lucumades* y por Pascua, roscos pascuales; yo me ponía el traje de los domingos e iba a llevárselos como regalo a mis tíos y tías, para felicitarlos. Ellos me recibían cariñosamente y me daban una moneda de plata para que me comprara bombones y calcomanías. Pero al día siguiente, corría a la pequeña librería del señor Lucas y compraba cuadernillos de relatos sobre países lejanos y sobre grandes descubridores. La simiente de Robinson, al parecer, había caído en mí y comenzaba a dar fruto.

Pocas cosas entendía de estos nuevo sinaxarios, pero su esencia se depositaba en el fondo de mi alma: mi mente se abría y se llenaba de torres medievales, de paisajes exóticos y de islas misteriosas que olían a clavo y a canela. Salvajes adornados con plumas rojas penetraban en mí, encendían hogueras, asaban hombres, danzaban, y las islas de su alrededor sonreían como niños recién nacidos. Y estos nuevos santos no mendigaban; lo que querían lo tomaban a golpe de espada. ¡Ah, quien pudiera, como aquellos caballeros, entrar a caballo en el Paraíso! Héroe y santo: he aquí el hombre perfecto, pensaba.

La casa paterna había encogido. Megalo Castro se había achicado. La tierra me parecía ahora como una selva tropical, con pájaros multicolores y animales, con frutos almibarados, y yo quería atravesar de punta a punta esta selva tropical para defender a una mujer pálida que corría peligro. Un día al pasar por un café vi su rostro; se llamaba Genoveva ¹¹. Los santos en mi fantasía se identificaban con los intrépidos caballeros que habían ido a salvar el mundo o el Santo Sepulcro o a una mujer; se identificaban con los grandes descubridores, y las carabelas de Cristóbal Colón, que habían zarpado de un pequeño puerto

de España, eran las mismas —y el mismo viento hinchaba sus velas— que los navíos que hasta ese momento habían navegado dentro de mí, cargados de santos, rumbo al desierto.

Y cuando más tarde leí la historia del héroe de Cervantes, don Quijote se me antojó un gran santo mártir que, más allá de la humilde vida cotidiana, había partido, entre mofas y risas, a encontrar la sustancia que subyace tras las apariencias. ¿Qué sustancia? Entonces no lo sabía, lo he comprendido mucho después. La sustancia es sólo una, siempre la misma —y el hombre no ha encontrado aún otro medio de elevarse—: la derrota de la materia y la sumisión del individuo a un fin que está por encima de él, aunque pueda parecer una quimera. Cuando el corazón cree y ama no existe la quimera; sólo existe el valor, la confianza y la acción fecunda.

Han pasado los años, he intentado poner orden en este caos de mi imaginación, pero siempre esta sustancia, tal como se me apareció, difusa aún, cuando era niño, me parece que es el corazón de la verdad: tenemos un deber, más allá de nuestras preocupaciones personales, más allá de nuestros confortables hábitos, por encima de nosotros mismos, de marcarnos una meta y esforzarnos día y noche en llegar a esa meta, despreciando las risas, el hambre o la muerte. Mejor dicho, no alcanzarla; un alma arrogante, tan pronto como ha llegado a su meta, la traslada más allá. No llegar a la meta, sino no detenernos jamás en la subida. Sólo de este modo la vida adquiere nobleza y unidad.

En medio de tales llamas pasé mis años de infancia. Todas las vicisitudes de los santos y de los héroes me parecían el más simple, el más realista camino del hombre. Y estas llamas se fundían con otras más grandes, que en aquella época de servidumbre incendiaban Megalo Castro y Creta.

En aquellos antiguos tiempos heroicos Megalo Castro no era sólo un conjunto de casas, tiendas y callejuelas apiñadas en una costa de Creta delante de un mar siempre embravecido. Y las almas que lo habitaban no eran una chusma levantisca sin cabeza o con muchas cabezas de hombres, mujeres y niños, que malgastaban toda su energía en afanes cotidianos por el sustento, la esposa o los hijos. Un orden no escrito, estricto, los

governaba; nadie levantaba su insumisa cabeza contra la dura ley que estaba por encima de él. Alguien superior a él le daba órdenes. La ciudad entera era una fortaleza, cada alma era también un fortín eternamente sitiado, y tenía por capitán a un santo, san Menas, el protector de Megalo Castro. Durante el día, permanecía inmóvil, en su icono, en su pequeña iglesia, montado en un caballo gris, lanza en ristre, curtido por el sol, con la barba negra bien perfilada y la mirada fiera. Todo el día cargado de exvotos de plata: manos, ojos, pies, corazones, que los candiotas habían colgado a su gracia pidiéndole la curación de sus enfermedades. Permanecía así, inmóvil, durante todo el día, fingiendo ser una simple pintura —color y tabla—. Pero en cuanto caía la noche y los candiotas se recogían en sus casas y, una tras otra, se apagaban las luces, súbitamente cobraba vida, apartaba exvotos de plata y colores, espoleaba su caballo y recorría los barrios griegos. Salía a hacer su ronda. Cerraba cuantas puertas los cristianos habían olvidado cerrar, silbaba a los trasnochadores para que entraran en sus casas, se paraba delante de las puertas y prestaba atención, satisfecho, cuando oía una canción: será un matrimonio, murmuraba, reciban mi bendición, que tengan hijos, que se multiplique la cristiandad. Luego recorría las murallas que rodeaban Megalo Castro y antes de rayar el alba, al primer canto del gallo, saltaba del caballo, entraba en la iglesia y se volvía a subir al icono. Y se hacía de nuevo el indiferente; pero su caballo estaba sudado, con la boca y el pecho cubiertos de espuma, y cuando muy de mañana entraba el sacristán, el señor Jaralabis, para limpiar y lustrar los candelabros, veía al caballo de san Menas empapado en sudor pero no se sorprendía; él sabía, todo el mundo sabía, que el santo durante la noche hacía su ronda. Y cuando los turcos afilaban sus cuchillos y se preparaban para lanzarse contra los cristianos, san Menas saltaba otra vez de su icono para proteger a los candiotas. Los turcos no lo veían, pero oían relinchar a su caballo, reconocían su voz, veían las chispas que sus cascos hacían saltar en el empedrado y se metían en sus casas, aterrados.

Sin embargo, no muchos años antes lo habían visto con sus propios ojos. Se preparaban una vez más para llevar a cabo una masacre y san Menas, montado en su caballo, se había precipitado hacia el barrio turco; en el momento en que asomaba por la esquina de la calle lo vio el *hodsá* Mustafá, medio bobo, echó a correr y empezó a gritar: «¡Alá, Alá, san Menas viene!». Los turcos entreabrieron sus puertas, lo aguardaron tras ellas y lo vieron con su armadura dorada, con su barba gris rizada y su lanza roja. Les flaquearon las rodillas y volvieron a envainar sus cuchillos.

Para los candiotas san Menas no era sólo un santo, era también su capitán; capitán Menas lo llamaban, y le llevaban en secreto sus armas para que las bendijera. Mi padre le encendía un cirio, y sabe Dios qué le diría y qué reproches le haría, porque tardaba en liberar Creta.

Él era el capitán de los cristianos, y Hassan Bey, el sanguinario azote de cristianos, era su vecino, justo al lado de la iglesia estaba su *konak* y una noche había oído golpes en la pared, encima de su cama y había comprendido que era san Menas que lo amenazaba porque precisamente aquel día había molido a palos a un cristiano. Entonces el capitán Menas se había encolerizado y ahora le golpeaba la pared. Hassan Bey levantó el puño y se puso a golpear también él la pared: «¡Eh, vecino —le gritó—, tienes razón; sí, por mi fe, tienes razón; pero deja de golpearme la pared y yo cada año te traeré dos odres de aceite para tu lamparilla y veinte ocás de cera para apaciguarte. Somos vecinos, no debemos pelearnos». Y desde aquel día, ese perro de Hassan Bey, cada año, por la fiesta de san Menas, el 11 de noviembre, enviaba a su criado a descargar en el patio de la iglesia dos odres de aceite y veinte ocás de cera, y san Menas no volvió a golpear en su pared.

Existe en Creta una especie de llama, llamémosla una fuerza vital, más potente que la vida y que la muerte; hay orgullo, obstinación, valentía, y junto a todo esto, algo distinto, inexpresable, imponderable, que hace que te sientas contento y al mismo tiempo aterrado de ser hombre.

El aire cretense, cuando yo era niño, olía a bestia salvaje, a turco; y sobre cada cabeza pendía un yatagán. Muchos años más tarde, cuando vi el cuadro *Toledo en medio de la tormenta* comprendí cuál era el aire que respiraba de niño y qué ángeles, como estrellas fugaces, pendían sobre Creta.

* * *

Cuando era niño, agosto era para mí el mes más amado, e incluso lo es ahora. Él trae las uvas, los higos, los melones, las sandías. Lo llamaba san Agosto; «él es mi protector —decía—, a él le rezaré. Cuando quiera algo, se lo pediré a san Agosto, él se lo pedirá a Dios y Dios me lo concederá». Un día cogí acuarelas y lo pinté: se parecía mucho a mi abuelo el campesino, sus mismas mejillas rojas, su misma sonrisa amplia, pero estaba descalzo en un lagar y pisaba uvas y sus piernas hasta la rodilla, y más arriba aún, hasta los muslos, las había pintado rojas por el mosto; y había coronado su cabeza de pámpanos. Sin embargo, algo le faltaba. Pero ¿qué? Lo miré bien y le puse dos cuernos en la cabeza, entre los pámpanos, porque mi abuelo, en el pañuelo que llevaba, hacía dos grandes nudos, uno a cada lado, como cuernos.

A partir del momento en que lo pinté y fijé su rostro, se afirmó también en mí la confianza que tenía en él, y cada año esperaba que viniera a vendimiar las viñas, a pisar la uva y a hacer su milagro, sacar vino de su pulpa. Porque, lo recuerdo bien, este misterio me atormentaba sobremanera —cómo la uva puede convertirse en vino—. Sólo san Agosto podía hacer tal milagro, y yo decía: «Ah, si pudiera encontrármelo un día en la viña que tenemos a las afueras de Megalo Castro, y pedirle que me revele el secreto». Qué milagro era este, yo no lo comprendía. La uva verde se hace madura y la madura se convierte en vino, el vino lo beben los hombres y se emborrachan, ¿por qué se emborrachan? Todas estas cosas me parecían misterios terribles, y una vez que pregunté a mi padre, él frunció el entrecejo: «¡No te metas donde no te llaman!» —me respondió.

En agosto se extendían las uvas sobre cañizos para que el sol las secase y se hicieran pasas. Un año habíamos ido a la viña y nos alojamos en nuestra casita de campo; el aire olía bien, la tierra quemaba, las cigarras se achicharraban también, como si se posaran sobre ascuas.

Aquel día, fiesta de la Dormición de la Virgen, 15 de agosto, los obreros no trabajaban y mi padre estaba sentado al pie de un olivo y fumaba. Los vecinos hacían corro a su alrededor; ellos también habían puesto a secar sus uvas y fumaban junto a mi padre, en silencio. Parecían angustiados. Todos tenían los ojos clavados en una nubecita oscura que había aparecido en el cielo y avanzaba callada. Yo me había sentado al lado de mi padre y miraba la nube; me gustaba. Era de un color oscuro plumizo, aterciopelada, y crecía sin cesar, cambiaba de rostro y de cuerpo; unas veces se asemejaba a un odre lleno, otras a un ave rapaz de alas negras, o a un elefante que había visto pintado, que movía la trompa e intentaba tocar la tierra. Se levantó una brisa tibia, las hojas del olivo se estremecieron, un vecino se puso en pie de un salto. Tendió la mano hacia la nube, que avanzaba.

—¡Maldita sea! —murmuró—, ¡que Dios me deje por mentiroso si esta no trae el diluvio!

—Muérdete la lengua —le dijo un viejo, temeroso de Dios—. La Virgen no lo permitirá. Hoy es su fiesta.

Mi padre gruñó, pero no dijo palabra. Creía en la Virgen, pero no creía que la Virgen pudiera mandar en las nubes.

Mientras hablaban, el cielo se cubrió, empezaron a caer las primeras gotas, gruesas, calientes. Las nubes bajaron, relámpagos amarillos, mudos, rasgaron el cielo.

—¡Virgen santa! —exclamaron los vecinos—, ¡socórrenos!

Todos se levantaron bruscamente, se dispersaron, cada cual corría a su viña, donde habían puesto a secar la pasa del año, y mientras corrían, no cesaba de oscurecerse el ambiente, de las nubes empezaron a colgar hilachos negros, estalló la tormenta. Los regueros se llenaron, los caminos se hicieron torrentes, de todas las viñas llegaban gritos lastimeros. Unos blasfemaban, otros imploraban a la Virgen que se apiadara de ellos, y

finalmente, un llanto de duelo estalló detrás de los olivos, en todas las viñas.

Yo me escapé de nuestra casa y corrí en medio del aguacero; una alegría extraña se había apoderado de mí. Fue la primera vez que descubría algo espantoso: en las grandes desgracias me domina una alegría inexplicable, inhumana. La primera vez que vi un incendio —ardía la casa de mi tía Calíope— me puse a saltar de alegría y a bailar ante las llamas, hasta que alguien me agarró por el cogote y me echó fuera de allí. Y cuando murió mi maestro, Crasakis, a duras penas pude contener la risa; como si la casa de mi tía y mi maestro fuesen un peso que llevaba sobre los hombros y me sintiese aliviado. El fuego, el diluvio y la muerte me parecían espíritus amistosos, como si yo también fuese un espíritu de su familia, un conjunto de demonios, y luchásemos para aliviar a la tierra de las casas y de los hombres.

Había llegado al camino, no pude cruzarlo, era un arroyo; me detuve y me puse a mirarlo: con las aguas rodaban brazadas y brazadas de uvas a medio secar, el esfuerzo de todo un año, corrían hacia el mar y se perdían. Los lamentos se hacían más fuertes, algunas mujeres estaban metidas en el agua hasta la rodilla y se esforzaban en salvar algunas uvas ya secas. Otras de pie al borde del camino se habían quitado los pañuelos de la cabeza y se mesaban los cabellos.

Yo estaba calado hasta los huesos, eché a correr hacia la casa de campo e intentaba ocultar mi alegría. Estaba impaciente por ver qué haría mi padre: ¿lloraría?, ¿blasfemaría?, ¿gritaría? Al pasar por el cañizo vi que toda nuestra uva pasa se había perdido.

Vi a mi padre de pie en el umbral, inmóvil, mordiéndose los bigotes. Detrás de él, también de pie, mi madre lloraba.

—¡Padre! —grité—, ¡nuestra uva pasa se ha perdido!

—Nosotros no nos hemos perdido—me respondió—, ¡cállate!

Jamás he olvidado aquel instante; creo que ha sido una gran enseñanza para los momentos difíciles de mi vida. Me acordaba de mi padre, sereno, inmóvil, de pie en el umbral; no blasfemaba, no imploraba, no lloraba; miraba el desastre, imperturbable, y sólo él entre todos los vecinos salvaba la dignidad de hombre.

[11](#) Se está refiriendo a Genoveva de Brabante, heroína de leyendas medievales.

X

Degüello

«**B**ienvenida seas, desgracia, si vienes sola» —decimos en Creta, porque en verdad, una desgracia nunca viene sola—. Al día siguiente, el cielo estaba resplandeciente, la víspera se había despachado a gusto, había aniquilado a los hombres, y ahora reía. Los propietarios recorrían sus viñas; toda la uva puesta a secar se había perdido, puñados y puñados se encontraban aún enterrados en el barro... A mediodía mi padre había regresado a toda prisa de Megalo Castro —un amigo suyo había llegado muy temprano a la viña, le había cuchicheado algo al oído y él había ido a la ciudad—. Había sabido que los cristianos habían matado a un poderoso agá en un pueblo. Los turcos estaban furiosos, los cristianos se habían armado; tendríamos una nueva rebelión. Los turcos corrían a Megalo Castro a ponerse a salvo dentro de las murallas venecianas.

Mi hermana y yo correteábamos por la viña y recogíamos los últimos granos que aún quedaban en las cepas. De repente, se oyó alboroto en el camino, voces y rebuznos, un tropel de gente pasaba con borricos cargados de artesas, calderos y *hanums*. Los hombres corrían detrás, unos, descalzos, otros, con botas derrengadas en los talones, con turbante en la cabeza; no hablaban, mugían y se dirigían presurosos hacia Megalo Castro: chapoteaban en el barro, era el momento álgido de la canícula, el aire estaba en ebullición.

—¡Los turcos, esos perros! —murmuró mi madre; nos cogió por las axilas y nos metió en la casa.

Me abracé a sus rodillas.

—¿Por qué corren, madre? —le pregunté—. ¿Qué quieren?
¿Por qué tiembles?

Me acarició el pelo.

—¡Dios mío! ¡Qué no tendrán que ver tus ojos, hijo mío! Es duro haber nacido cretense.

Entreabrimos la ventana, nos pusimos a mirar; el tropel de gente se alejaba, desapareció tras los olivares y el camino recuperó el silencio.

—¡Vámonos aprisa, antes de que se ponga el sol! —dijo mi padre.

Mi madre nos cogió de la mano, mi padre sacó su pistola de debajo de la almohada, la examinó, estaba cargada, se la metió en el bolsillo y nos siguió.

El sol se ponía cuando atravesamos la puerta de la muralla; las callejuelas estaban como si ya se hubiese hecho de noche, las gentes corrían apresuradas, las puertas chirriaban, las madres se asomaban y llamaban a sus hijos para que se metieran en casa. Nuestra vecina Fatmé *hanum* nos vio y nos dio las buenas noches.

Mi padre se sentó en su sitio en el canapé, en el extremo, cerca de la ventana. Mi madre estaba de pie delante de él y aguardaba; sabía que iba a dar órdenes. Mi padre cogió la petaca, lio un cigarro, lentamente, sin prisas y sin levantar los ojos.

—Nadie saldrá ya de casa —dijo.

Se volvió hacia mí, frunció el entrecejo.

—¿Tienes miedo?

—No —respondí.

—¿Y si los turcos derriban la puerta, entran y te degüellan?

Sentí un escalofrío; sentí la hoja del cuchillo en mi garganta. Estuve a punto de gritar: «¡tengo miedo!, ¡tengo miedo!», pero mi padre tenía los ojos fijos en mí. Me dio vergüenza. De repente mi pecho se inflamó.

—¡Aunque me degüellen! —respondí—, ¡no tengo miedo!

Había sentido a mi corazón fortalecerse.

—Bien —dijo mi padre, y encendió el cigarro.

Durante el verano, cuando había ido al pueblo a ver a mi abuelo, que se moría, había dormido en una huerta con un tío mío; cuando estaba a punto de ser vencido por el sueño, de pronto, oí alrededor ¡crr!, ¡crr!, ¡crr!, algo extraño que crujía. Me

acerqué a mi tío, asustado: «¿qué es lo que cruje? —le pregunté — tengo miedo...». Él me volvió la espalda irritado porque le había cortado el sueño. «¡Duérmete, pequeño candiota —dijo—, duérmete! ¿Es la primera vez que oyes ese crujido? Son las sandías, que crecen». Lo mismo, aquel día al mirarme mi padre de aquel modo, sentí crecer y crujir mi corazón.

Las murallas de Megalo Castro tenían cuatro puertas; todos los días, al ponerse el sol los turcos las cerraban con llave y nadie podía entrar ni salir durante la noche. Los cristianos que estaban dentro, una minoría, caían así en una ratonera; al salir de nuevo el sol, las abrían. Pues bien, durante la noche, mientras las puertas de la muralla estaban cerradas con doble llave, los turcos podían hacer una degollina; porque en el interior de la ciudad los turcos eran mucho más numerosos, y además tenían un destacamento de soldados.

Fue por ese tiempo, pocos días después, cuando viví por primera vez un degüello. Fue entonces cuando mi mente de niño por primera vez vio detrás de la hermosa máscara —detrás de la tierra que verdeaba y la viña cargada de fruto, detrás del mar y del pan de trigo, detrás de la sonrisa de mi madre— el verdadero rostro de la vida: la muerte.

Fue entonces cuando por primera vez cayó secretamente en mis entrañas la semilla que mucho más tarde iba a florecer y a dar como fruto cristalino, abierto día y noche, sin miedo y sin esperanza, un tercer ojo dentro de mí.

Mi madre, mi hermana y yo estábamos encerrados en casa, acurrucados unos con otros. Desde detrás de la puerta oíamos pasar por la calle a los turcos, enloquecidos, blasfemando, profiriendo amenazas, echando abajo las puertas y degollando a los cristianos. Escuchábamos los gritos y los quejidos de los heridos, los ladridos de los perros y un estruendo en el aire, como si hubiese un terremoto. Mi padre aguardaba detrás de la puerta con el fusil cargado: recuerdo que tenía en la mano una piedra alargada, «afiladera» la llamaba, y estaba afilando un enorme cuchillo cachinegro. Permanecíamos a la espera. Mi padre nos había dicho: «Si los turcos derriban la puerta y entran,

os degollaré antes, para que no caigáis en sus manos». Y mi hermana, mi madre y yo estábamos de acuerdo, y esperábamos.

En aquellas horas creo que si las cosas invisibles se hubieran hecho visibles, habría visto madurar mi alma. Bruscamente sentí que, en unos instantes, de niño me convertía en hombre.

Así pasó la noche; amaneció, se acalló el tumulto, la muerte se alejaba. Abrimos la puerta con precaución, nos asomamos. Algunas vecinas habían entreabierto cautelosamente las ventanas y escudriñaban la calle. El turco que vendía roscos, un hombre barbilampiño, de vocecita atiplada, pasaba en ese momento con una gran tartera en la cabeza y pregonaba con una cantinela sus roscos de canela y sésamo. ¡Qué felicidad! Era como si todo hubiera vuelto a nacer, como si viéramos por primera vez cielo, nubes y una tartera cargada de roscos perfumados... Mi madre me compró uno y me entregué a masticarlo con inefable fruición.

—Madre —le pregunté—, ¿se ha ido el degüello?

Mi madre se aterrorizó.

—¡Calla! —me respondió—. ¡Calla, hijo mío!; ¡no pronuncies su nombre! ¡Puede oírte y volver!

He escrito la palabra «degüello» y se me han erizado los cabellos. Porque esa palabra, cuando yo era niño, no eran ocho letras pegadas una a la otra; era un terrible estruendo, pies que daban una patada a las puertas y caras espantosas con un cuchillo entre los dientes; y por todo el barrio, mujeres que chillaban y hombres que, de rodillas detrás de la puerta, cargaban su fusil. Hay otras palabras que, para nosotros, los niños que vivíamos en aquella época, chorrean sangre y lágrimas y sobre ellas está crucificado un pueblo entero; son las palabras libertad, san Menas, Cristo, revolución...

Duro e ingrato es el sino del hombre que escribe, porque se ve naturalmente obligado a utilizar palabras, es decir, convertir en algo inmóvil el ímpetu que lleva dentro. Cada palabra es una carcasa dura que encierra en sí una carga explosiva; para descubrir lo que quiere decir hay que dejarla estallar dentro de uno mismo, como un proyectil y liberar así el alma que encierra.

Cierto rabino, cuando iba a la sinagoga a orar, antes de nada hacía testamento y se despedía con lágrimas de su mujer y de sus hijos, pues no sabía si saldría vivo de la oración. Porque decía: «Cuando pronuncio una palabra, por ejemplo *Señ or...*, esta palabra hace pedazos mi corazón, el pánico se apodera de mí y no sé si podré saltar a la frase siguiente... *ten piedad de mí*».

¡Ah, si alguien pudiese leer así un poema o la palabra «degüello», o la carta de la mujer amada, o este *Informe* de un hombre que ha luchado tanto y ha logrado tan poco en la vida!

* * *

Al día siguiente muy temprano, mi padre me tomó de la mano.

—Vamos —dijo.

Mi madre se aterrorizó.

—¿Adónde llevas al niño? Ningún cristiano ha salido aún de casa.

—¡Vamos! —repitió mi padre. Abrió la puerta y salimos a la calle.

—¿Adónde vamos? —pregunté; me temblaba la mano, aprisionada en su enorme puño.

Miré a mi alrededor. La soledad era absoluta. En la esquina dos turcos estaban lavándose en la fuente y el agua se teñía de rojo.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—No importa. Te acostumbrarás.

Doblamos la esquina. Nos dirigimos a la entrada del puerto. Una casa seguía humeando, había puertas derribadas y sangre en los umbrales. Llegamos a la plaza donde estaba la fuente de los leones; al lado, el enorme y viejo plátano. Mi padre se detuvo, extendió la mano.

—¡Mira! —me dijo.

Levanté la vista hacia el plátano y lancé un grito: tres ahorcados se balanceaban uno al lado del otro, descalzos, vestidos sólo con una camisa. Tenían la lengua fuera,

completamente verde. Volví la cabeza, no podía soportarlo, y me abracé a la rodilla de mi padre. Pero él me agarró la cabeza y me la volvió hacia el plátano.

—¡Mira! —me ordenó de nuevo.

Los ojos se me llenaron de aquellos ahorcados.

—¡Mientras vivas! —me dijo mi padre—, ¿lo oyes?, ¡mientras vivas, que jamás se borren de tus ojos estos ahorcados!

—¿Quién los ha matado?

—¡La libertad! ¡Bendita sea!

No comprendí. No cesaba de mirar con ojos muy abiertos a aquellos tres cuerpos que se balanceaban suavemente entre la verde fronda del plátano.

Mi padre rastreó con la vista su alrededor; aguzó el oído. Las calles estaban desiertas.

Se volvió hacia mí.

—¿Eres capaz de tocarlos? —me dijo.

—¡No puedo! —respondí aterrorizado.

—¡Sí que puedes, sí que puedes! ¡Vamos!

Nos acercamos. Mi padre se santiguó muy aprisa.

—¡Toca sus pies! —me ordenó.

Me cogió la mano; sentí en la yema de los dedos la piel apergaminada de aquellos hombres, y la humedad del relente de la noche que los cubría.

—¡Arrodíllate! —ordenó entonces mi padre.

Y al verme recular, queriendo huir, me agarró por las axilas, me levantó, me alzó la cabeza y pegó con fuerza mi boca a los pies helados.

Me dejó en el suelo. Se me doblaban las rodillas. Mi padre se agachó y me miró:

—Para que te vayas acostumbrado —dijo.

Me tomó de la mano otra vez y regresamos a casa. Mi madre, intranquila, estaba esperando detrás de la puerta.

—¡Por Dios santo! ¿Adónde habéis ido? —dijo. Me cogió, angustiada, y me besó.

—Hemos ido a prosternarnos —respondió mi padre, dirigiéndome una mirada de complicidad.

* * *

Durante tres días las puertas de la ciudad permanecieron cerradas; al cuarto se abrieron; pero los turcos deambulaban por las calles, llenaban los cafés, se reunían en las mezquitas y su furia no se había apaciguado aún. Sus ojos aún estaban llenos de matanza, con una sola chispa que saltara ardería toda Creta. Los cristianos, los que tenían hijos, se embarcaban en vapores, en caiques y huían a la Grecia libre. Los que no tenían hijos abandonaban Megalo Castro y se refugiaban en las montañas.

Nosotros también bajamos al puerto para marcharnos; mi padre, en cabeza, en medio mi madre y mi hermana, y yo detrás.

—Nosotros, los hombres, tenemos que proteger a las mujeres —me dijo mi padre, y aún no tenía yo ocho años—. Yo iré delante y tú detrás de ellas.

Pasamos por barrios incendiados, los degollados seguían sin ser recogidos y los cadáveres empezaban a oler. Mi padre se agachó y cogió de un umbral una piedra salpicada de sangre.

—Guárdala —me dijo.

Había empezado a comprender esta conducta feroz de mi padre; él no aplicaba la Nueva Pedagogía, seguía la antigua, la implacable, la única que puede salvar a la Raza. Así educa el lobo al lobezno elegido, el único cachorro de la manada y lo enseña a cazar, a matar y a esquivar las trampas con astucia y valentía. A esta pedagogía salvaje de mi padre debo la resistencia y la obstinación que siempre me han asistido en los momentos difíciles. A esta ferocidad debo los pensamientos insumisos que ahora, al final de mi vida, me dominan y no aceptan consuelo ni de Dios ni del Diablo.

* * *

—Subamos a tu cuarto para tomar una decisión —me había dicho mi padre antes de salir de la casa.

Se detuvo en medio de la habitación, me mostró un gran mapa de Grecia que había colgado en la pared.

—No quiero que vayamos al Pireo ni a Atenas. Allí se dirigirán todos; empezarán a lloriquear porque no tienen qué comer y

mendigarán ayuda. Eso me da asco. Elige una isla.

—¿La que yo quiera?

—La que tú quieras.

Me subí a una silla, recorrí las islas del Egeo, verdes, sobre un mar azul, paseaba mi dedo de Santorini a Milos, a Sifnos, a Míconos, a Paros, me detuve en Naxos.

—¡A Naxos! —dije.

Me gustaba su forma y su nombre. ¡Cómo podía yo adivinar en ese instante la decisiva influencia que tendría en toda mi vida aquella elección fortuita y fatal!

—¡A Naxos! —repetí, y miré a mi padre.

—De acuerdo —respondió—. Vamos a Naxos.

XI

Naxos

Esta isla tenía una gran dulzura, mucho sosiego, bondad en los rostros de los hombres, montones de melones, de melocotones, de higos, y el mar sereno. Miraba a los hombres — aquellos hombres nunca habían experimentado terror por un terremoto o por el turco, y sus ojos no ardían—. Aquí la libertad había anulado el ansia de libertad y la vida se extendía como agua dormida, feliz; y si a veces se alteraba, nunca levantaba una tempestad ¹². Seguridad fue el primer regalo que sentí al recorrer Naxos; seguridad, y después de unos días, hastío. Habíamos conocido a un rico naxiota, el señor Lásaro, que tenía una hermosa huerta en Engarés, a una hora de la ciudad. Nos invitó y vivimos allí dos semanas. ¡Cuánta abundancia, cuántos árboles cargados de frutos, qué dicha! Creta se convirtió en una leyenda, una lejana nube borrascosa, nunca más temores ni sangre ni combates por la libertad, todo se diluía y desaparecía en aquella somnolienta felicidad de Naxos.

En un armario de la mansión encontré un montón de libros amarillentos; los cogía y solía sentarme debajo de un olivo y los hojeaba ávidamente; miraba las imágenes viejas, ajadas — mujeres, guerreros, animales salvajes y bosques de bananeros —; en otro libro, hielos, barcos cristalizados y oseznos como vellones de algodón que rodaban en la nieve; y en otro más, ciudades lejanas, altas chimeneas, obreros y grandes fuegos...

Mi mente se ampliaba y el mundo se ampliaba con ella. Mi imaginación se llenaba de árboles gigantescos, de extrañas fieras salvajes, de hombres negros y amarillos, y algunas palabras que leía excitaban mi corazón. En uno de aquellos libros amarillentos leí: «Dichoso el hombre que ve muchos mares y muchos continentes». Y en otro: «Mejor ser toro un día que

buey un año». Esto no lo comprendía bien, pero sí sabía una cosa: yo no hubiera querido ser buey. Cerraba el libro, clavaba los ojos en los albaricoques y en los melocotoneros, aspiraba el aire cálido y perfumado, yo era un insecto con alas inmaduras que patea la tierra con sus patitas y quiere volar, pero su corazón tiembla. ¿Podrá? ¿No podrá? Tengamos un poco de paciencia...

Yo echaba paciencia, preparaba secretamente en mí, sin sospecharlo, el día en que me saldrían alas y me iría.

Una sobrina del señor Lásaro, una chiquilla de doce años con aspecto de chico, Stella, había colgado un columpio en el olivo de al lado, se mecía y cantaba; con el impulso, su falda se levantaba y sus rodillas, redondas, blanquísimas, brillaban al sol. Yo no soportaba escuchar su canción ni ver sus rodillas, y un día me enfadé y tiré los libros al suelo. Ella masticaba almáciga y me miraba muerta de risa. A cada instante me lanzaba una canción burlona; las he olvidado todas, excepto una:

Esos ojos negros que me miran
Bájalos, corazón mío, que me matan.

—¡Stella —grité yo, furioso, y me levanté bruscamente—, o te vas tú o me voy yo!

Ella se bajó del columpio.

—Nos vamos juntos —me respondió, ahora sin reír.

Bajó la voz:

—Nos vamos juntos, infeliz, porque el lunes te van a meter en los padres católicos. He oído a tu padre hablar de eso con mi tío.

En Naxos, en el *castro* [13](#), donde vivían desde hacía siglos los conquistadores francos, se encontraba la famosa escuela francesa de frailes católicos. Mi padre y yo habíamos subido un día, se quedó mirándola y meneó la cabeza.

—Aquí se aprenden muchas cosas —dijo—, pero ¡malditos sean!, ¡los maestros son curas católicos! ¡Uno puede terminar católico!

No me había vuelto a hablar de la escuela, pero la idea le rondaba la cabeza y no sabía qué decisión tomar; y aquella misma tarde, el mismo día que Stella me lo había anunciado, mi

padre me llevó después de cenar a dar un paseo por la huerta. Había luna, tranquilidad, el mundo exhalaba sus aromas.

Estuvo un buen rato sin hablar y cuando ya nos disponíamos a regresar a casa, se detuvo.

—La revolución en Creta va a durar mucho. Voy a regresar a la isla, no puedo permitir que los cristianos luchen mientras yo me paseo en un jardín. Todas las noches veo en sueños a mi abuelo y me recrimina. Tengo que irme. No obstante, no quiero que tú desaproveches el tiempo; tienes que hacerte un hombre.

Se volvió a callar; dio dos pasos, se detuvo de nuevo.

—¿Has comprendido? —me dijo—. Hombre quiere decir ser útil a tu país. Es una gran pena que tú no estés hecho para las armas; estás hecho para las letras, ¡qué se le va a hacer! Ese es tu camino, ¡síguelo! ¿Has comprendido? Estudia para ayudar a Creta a liberarse. ¡Este es el objetivo! De lo contrario, ¡al diablo las letras; no quiero que seas ni maestro, ni cura ni sabio Salomón! Métetelo bien en la cabeza; yo he tomado ya mi decisión; toma tú la tuya. Y si no vales ni para las armas ni para las letras, lástima de pan que te comas.

—Tengo miedo a los padres católicos —dije.

—Yo también les tengo miedo; el verdadero hombre tiene miedo, pero vence el miedo. Confío en ti.

Reflexionó un instante, corrigió:

—Mejor dicho, no confío en ti, confío en la sangre que corre por tus venas; en la sangre de Creta. Venga, santíguate, aprieta los puños y el lunes, si Dios quiere, iremos a inscribirte en los padres católicos.

Llovía aquel día en que mi padre y yo enfilamos la cuesta del *castro* donde estaba la escuela de los francos. Caía una llovizna de otoño, las callejuelas estaban brumosas, a nuestras espaldas suspiraba el mar, soplaba una ligera brisa y las hojas de los árboles se desprendían, caían una a una, amarillas, ocres, y adornaban la cuesta mojada. Las nubes corrían encima de nosotros perseguidas por un fuerte viento que debía soplar en las alturas. Yo levantaba la cabeza y las miraba, no me cansaba de verlas correr, unirse, separarse, y algunas, alargar grandes hilachos grises, queriendo tocar la tierra. Desde muy pequeño

me gustaba tumbarme boca arriba en nuestro patio y contemplar las nubes. De vez en cuando pasaba un pájaro —un cuervo, una golondrina o una paloma— y me identificaba tanto con él, que sentía en la palma de mi mano abierta el calor de su vientre. «Creo que tu hijo se convertirá en un visionario, señora Maryí —dijo un día a mi madre la señora Pinelopi, nuestra vecina—. No hace otra cosa que mirar las nubes». «No te preocupes, señora Pinelopi —le respondió mi madre—, ya vendrá la vida y lo hará mirar más abajo».

Pero todavía no había venido, y aquel día subía al *castro*, contemplaba las nubes y a cada paso tropezaba y me resbalaba. Mi padre me cogió por el hombro, como si quisiera fijarme al suelo.

—Deja las nubes y mira las piedras, no sea que te caigas y te mates.

Una joven enclenque se asomó a la puerta arqueada de una casa señorial medio en ruinas y también miró al cielo. Era pálida, pálida y delgada; su rostro tenía gran nobleza, estaba arrebujaada en un chal deshilachado y tiritaba. Era una de las descendientes de la nobleza venida a menos —lo he sabido después—, de las famosas familias católicas, condesas y duquesas, que hacía siglos habían dominado en Naxos y habían construido en la cima de la ciudad aquel *castro* para vivir allí y observar desde arriba los alrededores del puerto y, a lo lejos, la tierra cultivada que la plebe ortodoxa trabajaba para ellos. Pero ahora estaban en decadencia, se habían empobrecido, sus palacios estaban en ruinas y sus nobles descendientes no tenían para comer, habían palidecido y no podían casarse porque los hombres de su rango escaseaban, no querían casarse o no podían mantener mujer e hijos. Emparentar con una familia humilde ortodoxa no lo consentían ellas. Conservaban siempre muy alto su orgullo, otro bien no les quedaba. La muchacha miró un momento al cielo, meneó la cabeza y entró en casa.

Lo recuerdo todo, todo, de aquel día en que subía la cuesta del *castro* para ir al colegio de los padres católicos. Todavía veo al gato que estaba sentado en el umbral de una puerta y se mojaba, blanco con manchas anaranjadas. Y una chiquilla

descalza que corría con un brasero lleno de carbones encendidos, en cuyo rostro se reflejaba un resplandor rojizo.

—Hemos llegado —dijo mi padre, levantó la mano y llamó a la gran puerta.

Este fue el primero y quizá el más decisivo salto de mi vida espiritual. En mi cabeza se abrió una puerta mágica que me introdujo en un mundo asombroso. Hasta entonces, Creta y Grecia eran un espacio estrecho en el que mi alma estaba arrinconada y luchaba; ahora el mundo se ampliaba, las posibilidades humanas se multiplicaban, mi pecho adolescente crujía para abarcarlos. Hasta ese momento yo adivinaba, pero no sabía de forma tan positiva que el mundo es muy grande y que el sufrimiento y el esfuerzo son compañeros y camaradas de combate no sólo del cretense, sino de todo hombre. Y lo que es más importante, fue entonces cuando empecé a presentir el gran secreto: que la poesía puede transformar en un sueño todo esfuerzo y toda lucha, e inmortalizar incluso lo más efímero, haciendo de ello un poema. Hasta entonces sólo me regían dos o tres pasiones primarias: el miedo, el esfuerzo por vencer el miedo y el ansia de libertad. Pero ahora se habían encendido en mí otras dos nuevas pasiones: la belleza y la sed de conocimiento. Leer, aprender, ver los países lejanos, sufrir también yo y ser feliz... El mundo era más grande que Grecia, el sufrimiento del mundo era más grande que nuestro sufrimiento, el anhelo de libertad no era privilegio exclusivo del cretense, era la lucha eterna del hombre. Creta no desapareció de mi mente, pero el mundo entero se extendió en mí, se convirtió en una inmensa Creta a la que oprimían turcos de todo tipo, pero que continuamente se levantaba y exigía libertad. Así, convirtiendo el mundo entero en una Creta, pude en los primeros años de mi vida de adolescente sentir el combate y el sufrimiento del hombre.

En aquella escuela de los francos, que acogía a niños venidos de toda Grecia, dado que yo era cretense y Creta luchaba entonces contra los turcos, creí que tenía el deber de no deshonorar a Creta y ser el primero entre mis compañeros; tenía una responsabilidad. Y esta convicción que no nacía, creo yo, de

un amor propio personal, sino de un compromiso nacional, multiplicaba mis fuerzas y enseguida superé a mis compañeros de clase —¡no yo; Creta!—. Así pasaban los meses en una embriaguez hasta entonces desconocida por mí: aprender, avanzar, capturar el pájaro azul que —más tarde lo he sabido— se llama Espíritu.

Y hasta tal punto se enardeció mi mente, que un día tomé una temeraria decisión: escribir junto a cada palabra francesa del diccionario la correspondiente palabra griega. Este esfuerzo duró meses, con ayuda de otros diccionarios, y cuando por fin terminé y el léxico completo estuvo traducido, fui a enseñárselo, muy ufano, al director de la escuela, el padre Laurent. Era un fraile católico sabio, de pocas palabras, de ojos grises, una gran barba rubia canosa y una sonrisa amarga. Cogió el diccionario, lo hojeó, me miró con admiración y puso su mano sobre mi cabeza, como si quisiera bendecirme.

—Lo que has hecho, pequeño cretense —me dijo—, indica que algún día llegarás a ser un hombre relevante. Dichoso tú, que tan joven has encontrado tu camino; este es tu camino, el estudio. Recibe mi bendición.

Corrí, orgulloso, al subdirector, el padre Lelievre; este era un hombre amante de la buena vida, bien alimentado, de ojos traviosos, reía, gastaba bromas, y jugaba con nosotros. Todos los fines de semana nos llevaba de excursión a una huerta de la escuela y allí, liberados del padre Laurent, luchábamos todos juntos, reíamos, comíamos frutas, rodábamos por la hierba, nos aliviábamos del peso de la semana.

Corrí, pues, a buscar al padre Lelievre para mostrarle mi obra maestra. Lo encontré en el patio regando una hilera de lirios. Cogió mi diccionario; pasaba las páginas lentamente, lo miraba y a medida que lo miraba, su rostro se encendía. De pronto, levantó el diccionario y me lo tiró a la cara:

—¿No te da vergüenza? —me gritó—. ¿Qué eres tú, un niño o un viejo? ¿Qué es este trabajo de viejo con el que pierdes el tiempo? ¡En vez de jugar, reír, mirar por la ventana a las muchachas que pasan, tú te sientas como un vejstorio y traduces diccionarios! ¡Vete! ¡No quiero verte! Si sigues por este

camino nunca, entérate bien, nunca, llegarás a ser nadie; serás un maestrucho, ¡un jorobado con gafitas! Si eres un verdadero cretense, quema este maldito diccionario y tráeme las cenizas. Entonces te daré mi bendición. Reflexiona y obra en consecuencia. ¡Vete!

Me fui, completamente aturdido. ¿Quién tenía razón? ¿Qué hacer? ¿Cuál de los dos caminos era el bueno? Durante años esto me ha atormentado y cuando descubrí cuál era el camino acertado mis cabellos estaban ya grises. Mi alma iba y venía del padre Laurent al padre Lelievre, como el asno de Buridán. Miraba el diccionario, las palabras griegas escritas en el margen con tinta roja, con letras pequeñitas; recordaba las palabras del padre Lelievre y se me partía el corazón. No, no tenía valor para quemarlo y llevarle las cenizas: más tarde, muchos años después, cuando empecé a comprender, lo arrojé al fuego. Pero no recogí sus cenizas; el padre Lelievre había muerto hacía tiempo.

Mi padre, en cuanto me metió en el colegio y me dejó organizado, zarpó en secreto en un caique rumbo a Creta para luchar. A veces me enviaba una carta con olor a pólvora:

«Lucho contra Turquía; cumplo con mi deber. Lucha como yo; resiste, que los francos no te hagan perder la cabeza, ellos son también unos perros como los turcos. No olvides que eres cretense y que tu espíritu no te pertenece, es de Creta, agúzalo cuanto puedas para ayudar tú también, un día, con la mente, a que Creta se libere. Ya que no puedes hacerlo con las armas, hazlo con el cerebro. ¡Él también es un fusil! ¿Entiendes lo que te ordeno? ¡Dime: Lo entiendo!».

«Esto vale para hoy, para mañana y para siempre. ¡No hagas que me sienta avergonzado!».

Sentía sobre mis hombros todo el peso de Creta. Si no me sabía bien la lección, si no comprendía un problema de matemáticas o no quedaba el primero en un certamen, Creta era deshonorada. No tenía la despreocupación, la frescura, y la inconsciencia de un niño; veía a mis compañeros jugar y reír y los envidiaba. Yo también quería jugar y reír pero Creta luchaba y estaba en peligro. Y lo más terrible: los maestros y los alumnos

ya no me llamaban por mi nombre, me llamaban el cretense y eso me recordaba a cada instante, aún más duramente, mi deber.

No tenía miedo de pasarme al catolicismo. No porque comprendiese qué religión está más en lo cierto, sino por otra razón que parece insignificante y que sin embargo influyó en mi alma de niño de forma mucho más profunda que todas las teologías. Todas las mañanas íbamos obligatoriamente a misa en la capilla católica que estaba en el centro de la escuela, pequeña, desnuda, muy caliente en verano, muy fría en invierno, con dos pequeñas imágenes en yeso polícromo: Cristo y la Virgen, y en el altar, en grandes floreros de cristal, ramos de lirios blancos. Tardaban muchos días en cambiarles el agua, se pudrían y cuando entraba en la iglesia por las mañanas, su olor casi me hacía vomitar y una vez, lo recuerdo, me desmayé. Así, poco a poco, se confundieron en mí indisolublemente la iglesia católica y los lirios podridos, y la idea de hacerme católico me daba náuseas.

Y sin embargo llegó el momento —todavía hoy me avergüenzo al recordarlo— en que faltó poco para que traicionase mi fe. ¿Por qué? ¿Qué demonio? ¡Qué paciencia, qué astucia debe tener en nosotros ese demonio para acechar detrás de las virtudes, tomando el rostro mismo de la virtud, seguro de que, tarde o temprano, indefectiblemente llegará su hora!

Y he aquí que un día llegó su hora: una mañana llegó de Roma el cardenal que inspeccionaba las escuelas católicas de Oriente. Llevaba una sotana negra de seda con forro de color violeta, un sombrero violeta de ala ancha, calcetines violetas transparentes y un gran anillo con una piedra violeta, en el dedo. Cuando apareció y se detuvo ante nosotros nos pareció como una gigantesca flor exótica que acababa de salir del Paraíso; a su alrededor el aire era perfumado y resplandecía. Levantó la mano, una mano regordeta y blanquísima, con su anillo de oro, y nos bendijo. Todos sentimos que de la coronilla a los talones nos bajaba una fuerza misteriosa, como si hubiésemos bebido vino viejo y nuestro cerebro hubiese adquirido un color violeta oscuro.

El padre Laurent había debido hablarle de mí porque en el momento de dejarnos, me hizo una seña para que lo siguiera.

Subimos a su cuarto, me hizo sentar a sus pies en un taburete.

—¿Quieres venir conmigo? —me preguntó, y su voz me pareció dulce como la miel.

—¿Adónde? —dije sorprendido—. Yo soy cretense.

El cardenal se echó a reír; abrió una cajita, cogió un bombón y se lo metió en la boca. Su boca era pequeña, redonda, bien afeitada y sus labios, carnosos y rojos. Cuando movía la mano el aire olía a lavanda.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Lo sé todo. Eres cretense, es decir, una cabra salvaje, pero ten paciencia; escúchame: iremos a Roma, a la Ciudad Santa, entrarás en una gran escuela para estudiar, para llegar a ser un personaje importante y poderoso, y quién sabe, algún día llevarás este sombrero de cardenal que llevo yo. Y no olvides que una vez, uno de tu isla, un cretense, llegó a ser Papa. ¡Jefe de la Cristiandad! Más grande que un emperador. Entonces, tú podrás actuar y liberar Creta. ¿Entiendes lo que te digo?

—Lo entiendo, lo entiendo... —murmuré, tenía la cabeza levantada y lo escuchaba con pasión.

—En este instante, hijo mío, se está jugando tu vida. Si dices sí, te salvas; si dices no, te pierdes... Si te quedas aquí ¿qué vas a llegar a ser? ¿Qué oficio tiene tu padre?

—Es comerciante.

—Entonces tú también serás comerciante; como mucho, abogado o médico, es decir ¡nada! Grecia es una provincia, sal de la provincia, me han hablado mucho de ti, hijo mío, y me daría mucha pena que te malograses...

Mi corazón latía con fuerza. De nuevo dos caminos se abrían ante mí. ¿Cuál elegir? ¿A quién pedir que me prestara ayuda? El padre Laurent me empujaría a un camino, el padre Lelievre, a otro. ¿Cuál era el acertado? ¿Y si le preguntara a mi padre?

Recordé a mi padre y me aterroricé. Precisamente por aquellos días había vuelto de Creta, oliendo aún a pólvora, con una grave herida en un brazo. El fusil había callado; después de

tantos siglos, después de tanta sangre, la libertad ponía en Creta sus pies ensangrentados. Pronto bajaría el príncipe Jorge de Grecia con el anillo de compromiso, antes de unirse para siempre Creta y Grecia.

Mi padre al volver de Creta vino a verme; al pronto no lo reconocí; estaba aún más moreno y por primera vez vi sonreír sus labios. «¿Cómo te va? ¿Te has hecho católico? —me dijo, y se echó a reír. Yo me sonrojé. Puso su manaza sobre mi cabeza —: Tengo confianza en ti —dijo—. Estoy bromeando».

Y al recordar a mi padre en ese momento, debí ponerme pálido, porque el cardenal puso tiernamente sobre mis cabellos su mano regordeta y me preguntó:

—¿En qué piensas?

—En qué va a decir mi padre.

—Tu padre no tiene que saberlo. Nadie tiene que saberlo. Nos iremos en secreto, de noche.

—¿Y mi madre? Ella se echará a llorar...

—El que no reniega de su padre y de su madre no puede seguirme, ha dicho Cristo.

Me callé. Desde mis años de infancia el rostro de Cristo ha ejercido sobre mí una atracción irresistible. Yo lo seguía en los iconos: su nacimiento; a la edad de doce años; más tarde, de pie en una barca, levantando la mano para calmar el mar en tempestad; luego, su pasión y su crucifixión y su grito en la cruz: «Padre, padre, ¿por qué me has abandonado?». Y luego, una buena mañana, saliendo de la tumba, subiendo al cielo, con una bandera blanca en la mano...

Lo veía y sufría escarnio con él, era crucificado con él y resucitaba con él. Y cuando leía el Evangelio las viejas leyendas cobraban vida y el alma del hombre me parecía una fiera salvaje que dormía y gruñía en su sueño, y de pronto los cielos se abrían, descendía Cristo, la besaba y ella suspiraba dulcemente, despertaba y se convertía otra vez en una hermosa princesa.

—Bueno —dije, y besé la mano al cardenal—, dejaré a mi padre y a mi madre...

—En este momento he visto al Espíritu Santo bajar sobre tu cabeza, hijo mío, te has salvado —dijo el cardenal, y me tendió la

mano para que besara la amatista que llevaba.

Tres días más tarde partiríamos; yo quise ver a mis padres, despedirme de ellos para mis adentros, sin confesarles el secreto, pero el cardenal no me dejó.

—Un verdadero hombre —me dijo— es el que deja a los que ama sin decirles adiós.

Y yo que quería ser un verdadero hombre hice de tripas corazón y me callé. ¡Cuántas veces había leído en las vidas de santos que así hacían los ascetas que se retiraban al desierto! No se volvían a mirar a su madre, no agitaban la mano para decirle adiós. Lo mismo haría yo.

Me dieron pesados libros con los cantos dorados, leía sobre Roma, la Ciudad Eterna, sobre el Santo Padre, el Papa; me embriagaba con las imágenes —San Pedro, El Vaticano, las pinturas, las estatuas...

Todo iba bien; en mi imaginación ya me había ido, había cruzado el mar, había llegado a la Ciudad Santa, había terminado mis estudios, llevaba un ancho sombrero violeta con flecos de seda; miraba mi mano derecha y veía en la oscuridad brillar la misteriosa amatista en el dedo corazón...

Entonces, de repente el Destino se movió, tendió la mano y me cerró el camino; alguien le había soplado en la oreja a mi padre: «¡Los curas católicos se llevan a tu hijo!» y el salvaje cretense saltó, era de noche, levantó a algunos amigos, barqueros y pescadores, encendieron antorchas, cogieron una lata de petróleo y emprendieron el camino que subía al *castro*. Llevaban también palancas de hierro y picos, se pusieron a aporrear la puerta de la escuela y a gritar que iban a prenderle fuego. Los frailes se aterrorizaron, el padre Laurent se asomó a la ventana con el gorro de dormir, gritaba, suplicaba medio en francés, medio en griego.

—¡Mi hijo! —gritaba mi padre, agitando la antorcha encendida—. ¡Mi hijo, o si no, fuego y hacha, perros católicos!

Me despertaron, me vestí a toda prisa, me bajaron por la ventana, caí en los brazos de mi padre. Él me cogió por el codo, me zarandeó tres veces arriba y abajo, se volvió a sus compañeros:

—¡Apagad las antorchas! ¡Nos vamos!

Mi padre estuvo tres días sin hablarme. Ordenó que me lavaran, que me frotaran con aceite de la lamparilla de la Virgen, que me pusieran ropa limpia, hicieron venir al pope para que me rociara con agua bendita y exorcizara la mancha católica adherida a mi cuerpo. Entonces se dirigió a mí:

—¡Judas! —gruñó entre dientes y escupió tres veces al aire.

Quiso Dios que tres semanas más tarde llegara la buena nueva: el príncipe Jorge de Grecia venía a Creta para tomar posesión de la isla. Mi padre se levantó de un salto, se agachó tres veces a tocar el suelo, se santiguó y fue derecho al barbero. Jamás se había acercado a las mejillas una navaja de afeitar; dejaba que la barba se desbordara por su pecho como un torrente porque estaba de luto; guardaba luto por Creta, que era esclava. Por eso no se reía, y se ponía furioso cuando veía reír a un cristiano; la risa había llegado a parecerle un acto antipatriótico. Pero ahora, gracias a Dios, Creta se había liberado, así pues, fue derecho al barbero, y cuando volvió a casa, su cara resplandecía, afeitada, rejuvenecida, y toda la casa olía a lavanda que el barbero le había puesto en el cabello.

Entonces se volvió a mi madre, sonrió:

—Creta está liberada, lo pasado, pasado está, perdonemos a Judas —dijo señalándome.

Unos días después embarcamos para Creta. ¡Qué viaje triunfal fue aquel! ¡Cuánto tardaba el vapor en cruzar el mar Egeo y cómo aquel día de otoño penetraba el sol en lo más profundo de nuestro corazón! Mi padre pasaba día y noche inclinado sobre la proa mirando al sur y si los ojos del hombre pudieran mover montañas, habríamos visto a Creta venir hacia nosotros como una fragata.

[12](#) Los turcos se apoderaron de la isla en 1566. Fue liberada en 1832, integrada en la Grecia independiente y, junto con Paros, Antíparos, etc., convertida en la provincia de las Cícladas.

[13](#) Zona alta de la ciudad, la acrópolis de los tiempos antiguos, convertida en ciudadela amurallada por los venecianos, que habían ocupado la isla en 1207. Marco Sanudo fundó el ducado del mar Egeo. El castillo, *castro*, en sentido estricto, flanqueado por doce torres, es de esta época.

XII

Libertad

Cuando evoco, después de tantos años, aquel día en que el príncipe Jorge de Grecia, es decir, la Libertad, pisó el suelo de Creta, mis ojos se empañan y todavía hoy lloro. ¡Qué misterio insondable es la lucha del hombre! ¡Qué cosa la corteza de la tierra, pobre, poco firme, agrietada, sobre la que se arrastran estos parásitos llenos de sangre, llenos de lodo, los hombres, y piden libertad! ¡Y qué emoción ver al griego escalar la cuesta interminable y abrir camino, yendo en cabeza, ora con la clámide y la lanza, ora con la *fustanela* y la carabina, ora con las bragas cretenses!

Lo recuerdo bien, era un capitán cretense, un pastor que olía a estiércol y a chivo y había vuelto de la guerra donde había peleado como un león. Estaba yo en su aprisco la mañana en que le llegó del Consejo Cretense de Atenas un diploma en papel pergamino con grandes letras rojas y negras: lo felicitaban por sus hazañas bélicas y lo proclamaban héroe.

—¿Qué es ese papel? —preguntó, nervioso, al enviado—. ¿Han vuelto a entrar mis ovejas en algún sembrado? ¿Tengo que pagar una multa?

El enviado, muy contento, desenrolló el papel y se lo leyó en voz alta.

—Explícame el sentido, para que lo entienda, ¿qué quiere decir?

—Que eres un héroe y la Patria te envía este papel para que lo pongas en un marco y tus hijos lo vean.

El capitán extendió su manaza.

—¡Dámelo!

Cogió el papel, lo hizo mil pedazos y lo arrojó a la lumbre donde hervía un caldero de leche.

—¡Vas y les dices que yo no he combatido para recibir un papel; he combatido para hacer historia!

¡Para hacer historia! Sentía bien el salvaje pastor lo que quería decir pero no sabía expresarlo. ¿O quizá lo había dicho del modo más sublime?

Se levantó, llenó de leche un tazón, cortó la mitad de un queso, trajo dos roscos de cebada y se volvió hacia el enviado, que estaba apenado de ver los pedazos de papel en el fuego.

—¡Vamos, vamos, compadre! —le dijo—, ¡no te disgustes! Come y bebe, ¡al diablo los papeles! No quiero, se lo dices, ¿me oyes?, no quiero ninguna recompensa; yo hago lo que me viene en gana; díles esto. ¡Come, te digo!

Dos han sido los días más grandes de mi vida: el día en que el príncipe Jorge puso el pie en Creta, y muchos años después, el día en que la Revolución festejó sus diez años en Moscú. Esos dos días sentí que los tabiques pueden ser derribados —los cuerpos, las mentes, las almas— y que los hombres pueden volver de nuevo, después de un terrible y sangriento peregrinaje, a la divina unidad primigenia. No existe yo ni tú ni él; todo es uno y este uno es una profunda embriaguez mística; la muerte pierde su guadaña; ya no hay muerte, morimos uno a uno por separado, pero todos juntos somos inmortales, abrimos los brazos y abrazamos, después de tanta hambre, tanta sed y tanta rebelión, a nuestros dos padres: el cielo y la tierra.

Los cretenses lanzaban al aire sus pañuelos de la cabeza, las lágrimas corrían y empapaban las barbas blancas de los capitanes, las madres levantaban en alto a sus hijos para que vieran al gigante rubio, al príncipe de cuento que había escuchado el lamento de Creta y, montado en su caballo blanco, como san Jorge, siglos ha, había partido para liberarla. Los ojos de los cretenses se habían vuelto de vidrio después de tantos siglos de mirar al mar; se ve venir, no se ve, se le verá... Ora los engañaba una nubecilla de primavera, ora una vela blanca o, en medio de la noche profunda, un sueño... Pero la nube se dispersaba, la vela desaparecía, el sueño se desvanecía y los cretenses volvían a clavar los ojos hacia el norte, hacia el griego,

hacia el moscovita, hacia el Dios sin entrañas que se hacía el rontero.

Y ese día he aquí que Creta se sacudió, las tumbas se abrieron, se oyó una voz en las cumbres del Psiloritis: «¡Ya viene! ¡Ha llegado! ¡Aquí está!» y los viejos capitanes bajaron corriendo de las montañas con sus heridas profundas, sus pistolas de plata; vinieron los jóvenes con sus cuchillos cachinegros y sus bulliciosas liras, repicaban las campanas, temblaban los campanarios, la ciudad se adornó con palmas y mirtos y en el muelle, alfombrado de ramas de laurel, se erguía el san Jorge rubio y todo el mar cretense brillaba a sus espaldas.

En las tabernas, los cretenses bebían, cantaban, bailaban, tocaban la lira, pero no se sentían aliviados; no cabían en su propio cuerpo, empuñaban los cuchillos, se daban tajos en los brazos y en los muslos para hacer correr la sangre y aliviarse. En la iglesia el viejo obispo alzó los brazos hacia la cúpula, miró al Pantocrátor e intentó decir unas palabras, pero su garganta estaba bloqueada y sólo podía mover los labios: «¡Cristo ha resucitado, hijos míos! —gritó no pudo pronunciar nada más—, ¡ciertamente ha resucitado!», retumbó de todos los pechos como un trueno y los candelabros de la iglesia se tambalearon como si hubiese un terremoto.

Yo era pequeño entonces y sin experiencia; aquella santa embriaguez ha durado mucho tiempo en mí; puede que dure aún: en mis alegrías más profundas, todavía ahora, cuando veo el cielo estrellado o el mar, o un almendro en flor, o cuando revivo mi primer amor, resplandece en mí, inmortal, el 9 de diciembre de 1898, en que el príncipe de Grecia, el prometido de Creta, pisó el suelo cretense. Y mi pecho entero se engalana, como estaba engalanada toda Creta con mirtos y laureles aquel día.

Era aún mediodía, Megalo Castro rugía de alegría, mi padre me llevó de la mano, cruzamos la calle Ancha pisando sobre mirtos y laureles, salimos por la puerta de la muralla y llegamos al campo. Era invierno, pero hacía un calor agradable y un almendro detrás de una tapia había echado su primera flor; los campos, engañados por la bonanza del tiempo, habían

comenzado a verdear y a lo lejos, a nuestra izquierda, las cumbres del Selena refulgían, cubiertas de nieve. Las viñas eran aún tocones secos, pero la atrevida flor temprana del almendro anunciaba ya la primavera y las cepas pronto se abrirían y liberarían los racimos blancos y negros que llevaban dentro. Un hombretón pasó cargado de ramas de laurel; vio a mi padre y se detuvo.

—¡Cristo ha resucitado, capitán Mijalis! —gritó.

—¡Creta ha resucitado! —respondió mi padre, llevándose la mano al pecho.

Continuamos caminando. Mi padre iba muy deprisa y yo corría detrás de él para alcanzarlo.

—¿Adónde vamos, padre? —le pregunté, sin aliento.

—A ver a tu abuelo, ¡sigue andando!

Llegamos al cementerio. Mi padre abrió de un empujón la cancela de hierro; sobre el dintel había pintada una calavera y debajo de ella dos huesos cruzados, la primera letra del nombre de Cristo, que había resucitado. Doblamos a la derecha, bajo los cipreses, saltamos tumbas humildes con cruces rotas, sin lamparilla. Yo tenía miedo de los muertos, me agarré a la chaqueta de mi padre y lo seguía, tropezando.

Mi padre se detuvo delante de una tumba pobre: un pequeño túmulo de tierra, una cruz de madera, y sobre ella, un nombre borrado por el tiempo. Mi padre se quitó el pañuelo de la cabeza, se tendió boca abajo sobre la tierra, cavó con las uñas, hizo un pequeño agujero, como un embudo, pegó a él la boca y gritó tres veces:

—¡Padre, ha venido! ¡Padre, ha venido! ¡Padre, ha venido!

Su voz era cada vez más fuerte, rugía. Sacó del bolsillo un frasquito de vino, lo vertió gota a gota en el agujero, esperando cada vez que bajara, que la tierra lo bebiera; luego se puso en pie de un salto, se santiguó, me miró. Los ojos le brillaban.

—¿Has oído? —me dijo, y su voz estaba ronca de la emoción—. ¿Has oído?

No le contesté; yo no había oído nada.

—¿No has oído? —dijo mi padre enfadado—. Sus huesos han crujido.

* * *

Cuando evoco ese día, bendigo a Dios que me ha hecho nacer y ser cretense y llegar a ver con mis propios ojos a la Libertad caminar sobre hojas de laurel y subir desde el puerto hasta la guarida del capitán san Menas. ¡Lástima que los ojos de arcilla del hombre no puedan ver las cosas invisibles! Aquel día habría visto a san Menas saltar de su icono, detenerse a caballo en la puerta de su iglesia para esperar al príncipe de Grecia y correr las lágrimas por sus mejillas curtidas y su barba plateada.

Cuando se calmó la alegría y sopló, algunos días después, lo recuerdo, un fuerte viento del sur que barrió las hojas de laurel de las calles, y se puso a llover y se lavaron las aceras de las manchas del vino vertido, la vida recuperó la sobriedad y el espíritu se replegó de nuevo a sus fronteras. Los rostros de los cristianos, recién afeitados, relucían pulidos; los barberos habían barrido las barbas, de vez en cuando se oían aún en las tabernas algunas voces roncadas, rezagadas, y yo recorría las calles empapado por la lluvia y cuando veía que la calle estaba desierta aullaba y rugía para aliviarme. Millares de generaciones dentro de mí aullaban y rugían para aliviarse.

Jamás he sentido tan profundamente como entonces que nuestros muertos no están muertos y en los momentos críticos lanzan un grito, se ponen en pie de un salto y toman posesión de nuestros ojos, de nuestras manos y de nuestra mente. Todos mis abuelos muertos a manos de los turcos, todas mis abuelas martirizadas, a las que los turcos les habían cortado los senos, rugían y aullaban de alegría aquellos días, cuando la calle estaba desierta y nadie las veía. Y yo sentía una profunda alegría porque sin poder discernirlo aún con claridad, presentía que viviría como ellos, y pensaría y vería incluso después de muerto, siempre que siguieran existiendo corazones que me recordaran.

* * *

Por esta puerta engalanada con ramas de laurel y huesos de antepasados entré en la adolescencia. Ya había dejado de ser un niño.

XIII

Desasosiegos de adolescencia

Pasé la adolescencia con los desasosiegos propios de la juventud. Dos grandes fieras se despertaron en mí: el leopardo, la carne, y el águila insaciable que devora las entrañas del hombre, y que a medida que las devora, más hambre tiene: el espíritu.

Siendo aún muy pequeño, con tres o cuatro años, se había apoderado de mí una insaciable curiosidad: desentrañar el misterio del nacimiento. Preguntaba a mi madre, a mis tías, «¿cómo nacen los niños? ¿Cómo llegan de repente a la casa? ¿De dónde vienen?». Debe existir algún lugar verde —pensaba yo—, quizá sea el Paraíso, allí deben crecer los niños como amapolas rojas. Y de vez en cuando un padre entra en el Paraíso, corta uno y se lo lleva a su casa. Le daba vueltas y más vueltas en mi mente, pero no me lo creía del todo. Mi madre y mis tías o no me respondían o me contaban cuentos. Pero yo comprendía más de lo que ellas pensaban, más de lo que pensaba yo mismo, y no los creía.

Y cuando un día, por la misma época, murió, joven aún, nuestra vecina, la señora Catina, y vi que la sacaban de la casa, yacente, boca arriba, y que mucha gente la seguía, volvían apresuradamente la estrecha callejuela y desaparecían, me aterroricé. «¿Por qué se la han llevado? —preguntaba—. ¿Adónde la llevan?». «Ha muerto, ha muerto» —me respondían—. «¿Ha muerto?». «¿Qué quiere decir ha muerto?». Pero nadie me lo explicaba. Me oculté en un rincón detrás del canapé, cogí una almohada, me tapé la cara y me puse a llorar. No lloraba de pena o de miedo, lloraba porque no comprendía. Sin embargo, pocos años después, cuando murió mi maestro, Crasakis, la

muerte había dejado de sorprenderme y como si hubiese comprendido qué era, no hice preguntas.

Estas dos cosas, el nacimiento y la muerte, fueron los primeros misterios que turbaron mi alma de niño. Golpeaba con mis débiles puños estas dos puertas cerradas para que se abrieran. Había visto que no podía esperar ayuda de nadie; todos callaban o se burlaban de mí. Lo que aprendiera lo aprendería solo.

Poco a poco, también despertaba la carne; mi reino, hecho de presentimientos y de nubes, empezó a consolidarse. Escuchaba las palabras de la calle, no comprendía claramente su sentido, pero algunas de ellas me parecían llenas de una misteriosa sustancia prohibida. Pues bien, elegía estas palabras, las guardaba en mi mente y me las repetía una y otra vez a mí mismo para no olvidarlas. Pero un día se me escapó una y la pronuncié en voz alta, la oyó mi madre y se alarmó.

—¿Quién te ha dicho esa palabrota? —me gritó—. ¡No vuelvas a decirla!

Fue a la cocina, cogió pimienta molida y me frotó a conciencia la boca con ella; grité, los labios me ardían, pero me juraba en secreto, tozudamente, decir y repetir aquellas palabras, aunque sólo para mí mismo. Porque el pronunciarlas me producía una gran alegría. Pero a partir de entonces, cada palabra prohibida me quemaba los labios y me olía a pimienta; incluso ahora, al cabo de tantos años y de tantas culpas.

* * *

En aquella época, en mi tierra, la pubertad despertaba muy lentamente, roja de vergüenza, y se esforzaba en ocultarse detrás de toda clase de máscaras. La primera máscara fue para mí la amistad, la pasión por uno de mis compañeros, un muchacho insignificante, el más insignificante de todos; bajito y rechoncho, patizambo, con un cuerpo pesado y recio, sin ninguna curiosidad intelectual. Nos intercambiábamos a diario cartas ardorosas y yo me quejaba, y a menudo hasta lloraba el día que no recibía la suya; rondaba su casa, lo seguía

furtivamente y cuando lo veía aparecer me quedaba sin aliento. La carne se había despertado y no sabía qué rostro darle a su deseo. Aún no distinguía con claridad lo que diferencia a un hombre de una mujer. Sin embargo, la relación con un muchacho debía parecerme mucho menos peligrosa, más cómoda que con una niña, encontrarme con una mujer me producía una extraña antipatía mezclada con miedo y cuando soplabla viento y le levantaba un poco la falda, volvía bruscamente la cara, rojo de vergüenza y de indignación.

Un día, sería mediodía y quemaba el sol, pasaba por una estrecha callejuela sombreada, camino de mi casa. De repente, en el otro extremo de la calle apareció una *hanum* y al pasar junto a mí se abrió la *almalafa* y me mostró su pecho desnudo. Se me aflojaron las rodillas, llegué a casa tambaleándome, me alcé sobre la pila y vomité.

Cuando, muchos años más tarde, encontré en un viejo cajón mi correspondencia con mi amigo, me aterroricé. ¡Qué fuego, Dios mío, y qué inocencia! Sin quererlo, sin saberlo, este compañero de clase, feo, bajito y rechoncho se había convertido en una máscara para ocultarme durante un buen número de años a la mujer. También yo, seguramente, había sido para él una máscara que le ocultaba a la mujer, que le retrasaba un poco el instante fatal en que caería en la terrible trampa. Cayó más tarde —lo supe—, y se perdió.

Con este amigo y con otro compañero de clase de complexión delicada, de pocas palabras y ojos azul verdosos, fundamos un verano, en las vacaciones, una nueva *Filikí Etería*. Celebrábamos nuestras reuniones en secreto, tomamos y prestamos juramento, firmamos unos estatutos y establecimos como fin de nuestra vida combatir sin concesiones la mentira, la servidumbre y la injusticia. El mundo nos parecía mentiroso, injusto, infame, y nosotros tres habíamos asumido la tarea de salvarlo. Nos aislábamos del resto de nuestros compañeros, íbamos siempre los tres juntos, trazábamos planes para conseguir nuestros fines. Nos habíamos repartido entre los tres los ámbitos en los que lucharía cada uno: yo escribiría obras de teatro; mi amigo se haría actor para representarlas, y el tercero,

maniático de las matemáticas, debía ser ingeniero para hacer un gran descubrimiento que enriqueciera las arcas de la *Filikí Etería*, y así poder ayudar a los pobres y a los oprimidos.

Mientras llegaba ese gran momento hacíamos todo lo posible por mantenernos fieles a nuestro juramento: no decíamos mentiras, pegábamos a los niños turcos que nos encontrábamos en las callejuelas aisladas y habíamos sustituido los cuellos y las corbatas por camisetas a rayas blancas y azules, los colores de la bandera griega.

Una tarde de invierno vimos en el puerto a un viejo estibador turco acurrucado en un rincón, tiritando. Había anochecido ya, nadie nos veía, uno de nosotros se quitó la camiseta, otro la camisa y el tercero el chaleco y se los dimos. Queríamos abrazarlo, pero no nos atrevimos; nos fuimos apenados, avergonzados, por no haber cumplido del todo nuestro deber.

—Volvamos a buscarlo —propuso mi amigo.

—Vamos.

Regresamos corriendo, buscamos al viejo estibador para abrazarlo, pero se había ido.

Otro día supimos que un abogado importante de Megalo Castro se había prometido con una joven rica y que la boda iba a celebrarse el domingo siguiente. Pero entretanto, había llegado de Atenas una muchacha pobre y muy bonita, que había sido amante del abogado cuando estudiaba allí, a la que había prometido matrimonio. Nada más enterarme de este escándalo convoqué a consejo a los miembros de la *Filikí Etería*. Nos reunimos los tres en mi cuarto, en mi casa paterna, indignados: según los estatutos de nuestra Asociación no podíamos consentir tal injusticia. Debatimos durante horas qué acciones emprender y finalmente tomamos una decisión: presentarnos los tres ante el obispo y denunciar este comportamiento inmoral. Al mismo tiempo, escribimos al abogado con la firma *Filikí Etería* y lo amenazamos con que si no se casaba con Dorotea —así se llamaba la muchacha de Atenas— tendría que rendir cuentas ante Dios y ante nosotros.

Así pues, nos pusimos nuestros trajes de domingo y nos presentamos ante el obispo. Era un viejo flaco, tísico, muy

astuto; hablaba con la respiración entrecortada, pero sus ojos brillaban como ascuas. Sobre la mesa de su despacho había un icono de Cristo, un Cristo de mejillas sonrosadas, de aspecto saludable, peinado con raya, y enfrente, una gran litografía de Santa Sofía. Nos miró sorprendido.

—¿Qué sucede, hijos míos? —dijo.

—Una gran injusticia, Eminencia —reaccionamos los tres a la vez, jadeantes, y gritando para darnos valor—. ¡Se está tramando una gran injusticia!

El obispo tosió, escupió en el pañuelo.

—¿Una gran injusticia? —dijo irónicamente—. ¿Y a vosotros en qué os atañe? ¿No sois estudiantes? Preocupaos de vuestras lecciones.

—Eminencia... —empezó mi amigo, que era el mejor orador, y le contó todo el escándalo social.

—No podremos dormir, Eminencia —concluyó mi amigo—, no podremos concentrarnos en nuestras lecciones hasta que no se enderece esta injusticia. El abogado tiene que casarse con Dorotea.

El obispo volvió a toser, se puso las gafas, nos miró largo rato; nos pareció que una extraña tristeza había inundado su rostro. Aguardamos los tres con angustia. Por fin, abrió la boca.

—Sois jóvenes —dijo—, niños todavía. No sé si Dios me dará vida para ver con qué ojos miráis la injusticia dentro de quince o veinte años.

Calló, y al cabo de un instante, como si hablara para sí:

—Así comenzamos todos —murmuró.

—Eminencia —dije yo, entonces, porque veía que el obispo desviaba la conversación—, ¿qué debemos hacer para impedir esta injusticia? Danos un orden. Mis amigos y yo, si nos ordenas que nos arrojemos al fuego, nos arrojaremos, con tal de que triunfe la justicia.

El obispo se puso en pie.

—Idos con mi bendición —nos dijo, y nos tendió la mano para que se la besáramos—. Habéis cumplido con vuestro deber. Es suficiente. Lo demás es asunto mío.

Nos fuimos satisfechos.

—¡Bravo por la *Filikí Etería!* —gritó mi amigo, y nos abrazó a los dos, que íbamos a su izquierda y a su derecha.

El domingo siguiente el abogado se casaba con la joven rica. Más tarde supimos que el obispo había contado a sus amigos la visita que le habíamos hecho, y nuestra indignación, y se partía de risa.

* * *

Leíamos todas las novelas que caían en nuestras manos, nuestro espíritu se enardecía, se desvanecían las fronteras entre la fantasía y la realidad, entre la poesía y la verdad, y nos parecía que el alma del hombre podía abordarlo todo y conseguirlo todo.

Pero cuanto más sentía abrirse mi espíritu y alejarse de las fronteras de la verdad, tanto más mi corazón se llenaba de tristeza y se desbordaba. La vida me parecía como un callejón estrecho, yo no cabía en él, y ansiaba arduosamente la muerte; sólo ella me parecía infinita y podía abarcarme. Un día —lo recuerdo bien, brillaba el sol y sentía mi cuerpo vigoroso y feliz— propuse a mi amigo matarnos. Ya había escrito una larga carta desesperada, una especie de testamento, en la que me despedía del mundo. Pero mi amigo se negó y yo no quise irme solo.

Me hallaba tan profundamente dominado por una tristeza indefinida, incomprensible, que llegó el día en que no podía soportar a mi amigo y salía yo solo al atardecer y me paseaba sobre las murallas venecianas, por encima del mar.

¡Qué regalo de Dios, la brisa fresca que soplaba del mar, las muchachas que paseaban con cintas de seda en sus cabellos sueltos y los niños turcos descalzos que pregonaban con vocecitas tiernas, aflautadas, el jazmín y las pipas que vendían! Y Babalaris alineaba las sillas y las mesitas del *cafenío* frente al mar para que vinieran los padres de familia con sus esposas y los novios con sus novias a tomar café, confituras y sorbetes y a contemplar, satisfechos, saludables, la puesta de sol.

Pero yo no veía nada; ni el mar infinito y en calma ni, a lo lejos, el gracioso cabo de Santa Pelaya ni el Strúmbula, la

montaña en forma de pirámide, con el minúsculo huevo blanco en su cima, la iglesita de Cristo crucificado, ni a los novios con sus novias. Mis ojos estaban empañados por lágrimas que no eran mías.

Porque dos terribles secretos que nuestro profesor de Física nos había desvelado aquel año habían perturbado mi alma. Nunca desde entonces, creo, las dos heridas que se me abrieron se me han cerrado por completo.

El primer secreto, espantoso, era este: la Tierra no es, como la creíamos, el centro del universo; el Sol y el cielo estrellado no giran sumisos alrededor de nuestra Tierra; nuestro planeta no es más que un pequeño astro insignificante, extraviado en la Galaxia y da vueltas servilmente alrededor del Sol. La corona real cayó de la cabeza de nuestra madre la Tierra.

La amargura y la indignación se apoderaron de mí; junto con nuestra Madre, también nosotros habíamos sido derribados de la primacía del cielo. Nuestra Tierra no estaba, pues, en medio del firmamento, como una Gran Señora inmóvil, y a su alrededor giraban respetuosamente los astros, sino que Ella era la que daba vueltas, humillada, eternamente perseguida, en medio de los grandes fuegos, en el caos. ¿Adónde iba? Donde la llevaban. Vinculada a su amo, el Sol, lo seguía. Y nosotros, vinculados también, esclavos también, lo seguíamos. Y el Sol, vinculado, a su vez, seguía, ¿a quién?

¿Qué eran entonces aquellos cuentos que hasta ahora nos contaban los maestros desvergonzadamente, de que Dios había creado el Sol y la Luna como adornos de la Tierra y que había colgado sobre nosotros, a modo de lámpara gigante para que nos alumbrara, un cielo estrellado?

Esta fue la primera herida; la segunda: que el hombre no es la criatura mimada, privilegiada de Dios; que Dios no le ha insuflado su aliento ni le ha dado un alma inmortal; él también es un eslabón de la infinita cadena de los animales, nieto, biznieto del mono. Y si se rasca un poco nuestra piel, si se rasca un poco nuestra alma, se encontrará debajo a nuestra abuela, la mona.

Mi amargura y mi indignación eran insoportables. Recorría completamente solo los caminos a orillas del mar o en el campo;

caminaba deprisa para cansarme y olvidar. ¿Pero cómo olvidar? Caminaba y caminaba, sin sombrero, sin rumbo, con la camisa abierta, porque me ahogaba, y me preguntaba: ¿por qué llevan tantos años engañándonos? Hablaba solo y caminaba. ¿Por qué nos erigen a nosotros, los hombres, y a nuestra madre la Tierra tronos de reyes y luego nos los derriban? ¿De modo que la Tierra es insignificante y nosotros, los hombres, somos insignificantes y llegará un día en que todos seamos despojos? ¡No, no —gritaba para mí— no, no lo acepto! ¡Es menester que aporreemos una y otra vez nuestro destino hasta abrir una puerta y liberarnos!

No soportaba más. Una tarde fui a ver a su casa al profesor de Física que nos había desvelado aquellos secretos terribles. Era un hombre de tez amarillenta, de pocas palabras, ácido; sus ojos eran fríos, sus labios delgados, llenos de ironía. Muy inteligente, muy perverso, de frente tan estrecha que el pelo casi se le juntaba con las cejas. Verdaderamente parecía un mono enfermo. Lo encontré reclinado en un sillón desvencijado, leyendo. Me miró, debió comprender mi turbación porque me sonrió con sarcasmo.

—¿Cómo tú por aquí? —dijo—. Debes tener algo importante que decirme.

—Disculpe que lo moleste —dije con voz entrecortada—, pero quiero saber la verdad.

—¡La verdad! —dijo el profesor burlescamente—. ¡Nada menos! Mucho pides, jovencito. ¿Qué verdad?

—Que cogió tierra, sopló...

—¿Quién?

—Dios.

Una risa perversa, seca, cortante, salió, como un cuchillo, de sus labios.

Yo estaba expectante, pero el profesor había abierto una cajita, había sacado un bombón y se disponía a masticarlo.

—¿No me responde, señor profesor? —me atreví a preguntar.

—Te responderé—dijo, paladeando el bombón.

Pasó un rato largo.

—¿Cuándo? —me atreví a insistir.

—Dentro de diez años, quizá veinte, cuando tu pequeño cerebro sea un cerebro de verdad. Ahora es demasiado pronto. Vete.

Tuve deseos de gritar: «¡Apiádate de mí, señor profesor, dime la verdad; toda la verdad!», pero mi garganta estaba bloqueada.

—Vete —repitió el profesor y me señaló la puerta.

Al salir me encontré en la esquina con el archimandrita que nos daba clase de religión. Simple, gordinflón, sordo, un santo varón. Amaba con pasión a su anciana madre que vivía en un pueblecito apartado y a menudo nos decía que la veía en sueños y sus ojos se anegaban en lágrimas. El exceso de virginidad le había reblandecido su escasa sesera. Cada vez que terminaba la clase y sonaba la campana se detenía un instante en el umbral, se volvía y nos recomendaba con voz dulce y suplicante: «¡Y sobre todo, hijos míos, perpetuad vuestra raza!». Y nosotros, muertos de risa, le gritábamos para que lo oyera: «¡No se preocupe, no se preocupe, señor profesor, no se preocupe!». Este maestro no me gustaba nada. Su cerebro era un borrego y balaba, y no podía calmar ninguna de nuestras inquietudes. Un día que nos explicaba el *Credo* levantó el dedo con aire triunfal: «¡Hay un solo Dios, uuuuno! Porque el *Credo* dice: “¡Creo en uuun Dios!”. Si hubiera dos, diría: ¡Creo en dooos Dioses!». A todos nos daba lástima y ninguno de nosotros tenía la crueldad de contradecirlo.

Sin embargo, otro día no pude contenerme. Nos estaba enseñando que Dios es todopoderoso, entonces yo levanté mi tintero.

—¿Puede, señor profesor? —le pregunté—, ¿puede Dios hacer que este tintero no haya existido jamás?

El pobre archimandrita se quedó pensativo un instante, su rostro se encendió, se esforzaba en encontrar una respuesta. Al fin, no pudiendo encontrarla, agarró una caja y me la lanzó a la cara. Me levanté...

—Esto no es una respuesta —le dije con arrogante seriedad.

Me expulsó de la escuela por tres días, y aquella misma tarde fue a ver a mi padre.

—Tu hijo es un indisciplinado y un descarado —le dijo—. Este niño acabará mal, debes atarlo corto.

—¿Qué ha hecho?

Esto y aquello. El archimandrita se lo contó todo. Mi padre se encogió de hombros.

—Lo único que me preocupa es que diga mentiras o se deje pegar. En todo lo demás, hombre es, que haga lo que quiera.

Pues bien, con este archimandrita me encontré en la calle. Al verlo, volví la cara para no saludarlo. En ese momento estaba furioso; ahora sabía que él y todos los de su calaña se habían estado burlando muchos años de nosotros en aquello que la angustia del hombre tiene de más sagrado.

¡Qué días aquellos en que estos dos relámpagos rasgaban mi mente! ¡Y qué noches! No podía dormir, saltaba de la cama a medianoche, bajaba sigilosamente la escalera para que no crujiera y me oyeran, abría la puerta como un ladrón y salía a la calle. Recorría las estrechas callejas de Megalo Castro; soledad; las puertas cerradas, las luces apagadas, escuchaba atentamente la respiración de la ciudad, que dormía. Sólo alguna vez, bajo una ventana cerrada, algunos enamorados con una guitarra y un laúd cantaban una serenata y su lamento amoroso —todo queja y súplica— subía hasta el tejado de la casa; lo oían los perros de la vecindad, se despertaban y comenzaban a ladrar. Pero yo despreciaba los amores y a las mujeres. «¿Cómo pueden los hombres cantar? —pensaba—. ¿Cómo no se les desgarran el corazón al saber de dónde venimos, adónde vamos y qué cosa sea Dios?». Pasaba apresuradamente, llegaba a las murallas y respiraba. Tenebroso, embravecido, rugía el mar, allá abajo, se precipitaba rabioso contra las murallas y las devoraba. Las olas saltaban por encima de los malecones, salpicaban mi frente, mis labios, mis manos y yo me refrescaba. Permanecía horas de pie junto al mar, sentía que él y no la tierra era mi madre, que sólo él podía comprender mi angustia porque él tenía la misma angustia que yo y no podía dormir: golpea, se golpea, se hiere el pecho y pide libertad; se empeña en derribar las murallas que se levantan ante él y abrirse paso. La tierra firme es tranquila, segura, simple, trabajadora; florece, da frutos, se

marchita, pero no siente miedo; está segura de que, lo quiera ella o no, la primavera resurgirá del suelo. Pero el mar, mi madre, no está seguro, no florece ni da frutos; suspira día y noche. Yo lo escuchaba, él me escuchaba, nos consolábamos uno al otro, nos dábamos ánimos uno al otro, estaba a punto de amanecer, los hombres se despertarían y nos verían, y volvía a toda prisa a mi casa. Me echaba en la cama, una felicidad amarga, salada, inundaba todo mi cuerpo y me alegraba de no estar hecho de tierra, sino de agua de mar.

Cerca de nuestra casa, una vecina tenía un mono, desvergonzado, obsceno, con el culo colorado, con ojos humanos. Se lo había regalado un bey de Alejandría de quien ella había sido amante, para que lo recordara. Todos los días, al pasar, lo veía en el umbral, ovillado sobre un taburete, quitándose las pulgas, rascándose, pelando y masticando pistachos. Antes me detenía, observaba lo que hacía y me reía; me parecía una caricatura del hombre, una criatura alegre, impúdica, sin misterio, a la que el hombre puede mirar sin preocupación y reírse. Pero ahora, el pánico se apoderaba de mí, cambiaba de calle, no podía verlo; envilecía al hombre «¿Este era mi abuelo?». Me daba vergüenza, me enfurecía, sentía que dentro de mí se derrumbaba un reino.

«¿Este era mi más remoto antepasado? ¿Estas eran mis raíces? ¿Entonces no era Dios quien me había engendrado, quien me había modelado con sus manos, quien ha insuflado en mí su aliento, sino que me ha engendrado el mono, depurando de mono en mono su simiente? ¿Así que yo no era hijo de Dios, sino del mono?».

Mi decepción y mi rabia duraron meses; quién sabe si no duran aún; de un lado, el mono, del otro, el archimandrita y entre ambos había tendida una cuerda sobre el caos, y yo caminaba sobre ella, haciendo equilibrio, con horror. Horas difíciles. Habían llegado las vacaciones, me había encerrado en casa con un montón de libros prestados sobre animales, plantas y astros y permanecía día y noche inclinado sobre ellos, como el sediento cae de bruces sobre un riachuelo y bebe. No salía; me afeitaba a propósito la mitad de la cabeza, mis amigos venían a buscarme

para dar un paseo, me asomaba a la ventana y les mostraba la cabeza afeitada a la mitad. «¿Veis? —les decía—. No puedo salir de tal guisa». Volvía a zambullirme en la lectura y escuchaba con alivio las risas de mis amigos, que se alejaban, burlándose de mí.

Y cuanto más me llenaba de saber, tanto más mi corazón rebosaba amargura. Levantaba la cabeza y oía chillar a mi vecino el mono. Un día se soltó de la cuerda y se metió en nuestra casa, se encaramó a la acacia y de pronto, al levantar los ojos, lo vi acecharme entre las ramas. Se me erizaron los vellos; nunca había visto un ojo tan humano, un ojo lleno de picardía y burlón que estaba clavado sobre mí, redondo, negro, inmóvil.

Me levanté, arrojé los libros: «Este no es el camino —grité—, voy contra la naturaleza del hombre, abandono la presa de carne por su sombra. La vida es la carne y tengo hambre». Me incliné sobre la ventana, tiré una nuez al mono y él la atrapó al vuelo, la partió con los dientes, le quitó la cáscara y se puso a mastigarla ávidamente, a mirarme socarrón y a chillar. Los hombres lo habían enseñado a beber vino, salté a la bodega, llené un tazón de vino y lo puse en la ventana. Las aletas nasales del mono palpitaron con avidez; dio un salto, se sentó en el alféizar de la ventana, hundió el hocico en el tazón y empezó a beber, a beber y a chascar la lengua con fruición; luego echó los brazos sobre mis hombros y me abrazó; no quería separarse. Sentía su calor en mi cuello, olía a vino y a cuerpo no lavado, los pelos de su bigote se me metían por la nariz, me hacían cosquillas, me reía, y él suspiraba encima de mí, como un ser humano. Nuestros dos calores se mezclaron, la respiración del mono iba tranquilamente acompasada con la mía, nos habíamos reconciliado. Y cuando por la noche regresó a su cuerda, aquel abrazo me pareció una negra Anunciación y que de mi ventana se marchaba el sombrío mensajero de un dios cuadrúpedo y peludo.

Al día siguiente, al atardecer, sin un propósito claro, bajé al puerto a una taberna de pescadores. Pedí vino y pescadito frito como aperitivo y me puse a beber. No sé si estaba apenado, furioso o contento, todo estaba confuso en mí, el mono, Dios, el

cielo estrellado, la dignidad del hombre, y era como si ahora hubiese puesto mi esperanza en el vino para que él me aclarase las ideas.

Algunos pescadores y estibadores, célebres borrachines, que empinaban el codo en un rincón me miraron y se echaron a reír.

—Aún tiene leche en los labios y se nos hace el juerguista — dijo uno.

—Imita a su padre —respondió otro— pero todavía necesita esforzarse más.

Al oírlo me crecí.

—¡Eh, paisanos! —grité—, ¡venid que os emborrache!

Se acercaron entre risotadas. Yo llenaba sin cesar los vasos hasta el borde, bebíamos de un trago, sin entremeses, del tirón. Ellos me miraban desafiantes. No hablábamos, no cantábamos, tragábamos los vasos llenos, nos mirábamos entre nosotros y teníamos prisa por ver quién tumbaría a quién. El amor propio cretense se había inflamado, aquellos bigotudos salvajes se avergonzaban de que un muchacho imberbe los tumbara bebiendo. Pero iban cayendo uno tras otro, mientras que yo permanecía sobrio. Al parecer, tan grande era mi dolor que vencía al vino.

A la tarde siguiente, lo mismo; y al otro día, y al otro; mi nombre salió a relucir en Megalo Castro: que era un borrachuzo, y que todas las noches me juntaba con los truhanes del puerto y con los estibadores.

Mis amigos se alegraban de ver mi degeneración; hacía tiempo que no me tragaban porque yo rechazaba su compañía y me quedaba encerrado en casa leyendo, o porque, últimamente, me paseaba solo, con un libro en el bolsillo. No me divertía, no chismorreaba con ellos, no hacía la corte a ninguna muchacha. «Su cabeza va a chocar contra las estrellas y se va a hacer pedazos»... —decían, burlándose de mí, y me miraban con odio—. Pero ahora que me habían visto beber con los desarrapados de Megalo Castro y envilecerme, estaban contentos. Se acercaban a mí y quizá hasta empezaban a quererme, y un sábado por la noche me metieron a traición en el mejor *café chantant* ¹⁴ de Megalo Castro, que tenía el descarado nombre de

Los combatientes de 1821 . Aquellos días habían llegado nuevos números —rumanas y francesas— que habían vuelto locos a los probos padres de familia. Todos los sábados por la noche se deslizaban furtivamente en el paraíso prohibido, se sentaban con conciencia vergonzante en las mesas más apartadas, lanzaban miradas alrededor para cerciorarse de que no los veía ningún conocido, daban palmaditas y acudían las cantantes maquilladas, oliendo a perfume, y se sentaban sobre sus rodillas. Y así, los infelices honorables padres de familia olvidaban durante unos instantes las quejas y las broncas de la virtud.

Mis amigos me hicieron sentar en medio, pidieron bebidas, vino una rumana gorda, de carnes flácidas, de mediana edad, que no le quedaba nada por saber, con senos sudorosos que se desparramaban fuera del corsé desabrochado. No cesaban de llenarme el vaso y yo no paraba de beber, aspiraba el olor acre de la mujer, sentía despertarse en mí el mono; me animé, agarré la chinela de la cantante, empecé a llenarla de champán y a beber en ella.

Al día siguiente, en todo Megalo Castro, un gran rumor: el santo, el sabio Salomón, el presuntuoso, había pasado la noche en el café *amán*, se había emborrachado y había bebido en la chinela de la cantante. ¡El fin del mundo! Uno de mis tíos, avergonzado por la degradación a la que había llegado su sobrino, corrió a informar a mi padre de primera mano. Pero él se encogió de hombros: «eso quiere decir que es hombre —respondió—, que empieza a ser hombre. Lo único que debe hacer ahora es comprarle a la cantante un par de zapatos nuevos».

Y yo me sentía contento en mi interior porque había violado las leyes, porque me había liberado por completo de los archimandritas y de los mandamientos «asusta niños», y seguía las huellas sólidas y seguras del antepasado peludo.

Había emprendido la cuesta abajo y me gustaba. Estaba en el último año de la Escuela Secundaria, veía con odio al archimandrita sonreír plácidamente, atrincherado en su virtud; estaba seguro de esta vida y de la otra; aquel borrego nos miraba con compasión a nosotros, los lobos. Yo no podía

soportar eso, tenía que perturbar su tranquilidad, removerle la sangre, hacer desaparecer aquella imbecil sonrisa que se desparramaba por su cara. Pues bien, una mañana cometí una perversidad. Le envié una notita: «Tu madre está gravemente enferma, se muere; corre a que te dé su bendición». La envié, me fui tranquilamente al colegio y esperé. Aquel día el archimandrita no vino a clase, ni al otro, ni al siguiente; regresó cinco días después, desconocido; tenía la cara hinchada, un eczema había desfigurado sus facciones, le bajaba al cuello y hasta las axilas; no dejaba de rascarse, estaba irritado, no podía hablar y se marchó antes de que sonara la campana. Estuvo en cama tres meses. Volvió una mañana deshinchado, agotado, con la cara llena aún de cicatrices. Nos miró con ternura, la sonrisa había vuelto a extenderse por toda su cara y sus primeras palabras fueron: «Alabado sea Dios, hijos míos; Él guio la mano que me escribió la nota que decía que mi madre estaba gravemente enferma; así se me ha concedido la ocasión de pagar también yo el tributo del hombre: el sufrimiento». Me estremecí, ¿de modo que tan difícil era vencer a la virtud? Por un instante estuve a punto de levantarme y gritar: «¡He sido yo el culpable!», pero inmediatamente se levantó en mí otra voz sarcástica, perversa: «Eres un perro, un perro archimandrita, te golpean y lames la mano que te golpea.

¡No, has hecho bien, no te arrepientas!».

* * *

Al día siguiente convoqué a los miembros de la *Filikí Etería*. «Ahora que nuestra mente se ha iluminado —les dije— tenemos el deber de iluminar la mente del mundo. Esta debe ser la gran misión de la *Filikí Etería*. Adondequiera que vayamos, dondequiera que nos detengamos, cada una de nuestras palabras, cada una de nuestras acciones debe tener un único objetivo: ¡iluminar!».

Y comenzó la iluminación. Habíamos terminado el Gimnasio [15](#), éramos libres. Mi padre que quería hacer de mí un político profesional me envió a un pueblo para ser padrino de un

bautismo. Llevé conmigo a mis dos amigos; estupenda ocasión de iluminar un pueblo. Inmediatamente después del bautizo, cuando nos sentamos a la mesa y empezó la fiesta, mi amigo íntimo se animó y se puso a predicar a los campesinos, a iluminarlos. Comenzó hablando del origen del hombre: «Nuestro primer antepasado es el mono —decía— y no debemos vanagloriarnos de ser criaturas privilegiadas de Dios». Durante todo el tiempo que mi amigo peroraba, el pope lo miraba con los ojos casi fuera de las órbitas y no decía nada, pero cuando terminó la iluminación, el pope meneó la cabeza con conmiseración.

—Perdona, hijo mío —dijo—, pero te he estado observando mientras hablabas; es posible que todos los hombres desciendan del mono, como dices, pero tú, me vas a perdonar, descienes directamente del burro.

Sufrí una sacudida. Miré a mi amigo como si lo viera por primera vez: con aquella gran mandíbula caída, aquellas grandes orejas separadas, sus ojos serenos, tiernos, verdaderamente — ¿cómo no me había fijado hasta ahora?— parecía un burro. Un hilo se cortó en mí; a partir de aquel día no volví a enviar más cartas a mi amigo y dejé de sentir celos de él.

En los días siguientes, recorriendo los pueblos y también en Megalo Castro, tuvimos que soportar muchos insultos por querer iluminar a la gente. Nos llamaban ateos, masones, corrompidos. Poco a poco empezaron a abuchearnos por donde pasábamos y a tirarnos cáscaras de limones. Pero nosotros avanzábamos en medio de los insultos y las cáscaras de limones, con la cabeza bien alta, felices de sufrir el martirio por la Verdad. ¿Acaso no ha sido siempre así?, nos decíamos unos a otros para consolarnos. ¡Y qué mayor felicidad que morir por una gran idea!

Otro día fuimos los tres de excursión a un pueblo muy rico, famoso por sus viñedos, a dos horas de camino de Megalo Castro. Se extendía al pie de la montaña sagrada, del Yujtas, donde se dice que está enterrado el padre de los dioses y los hombres, Zeus. Pero bajo las piedras donde yacía, el dios muerto había tenido aún fuerza para transformar la montaña que estaba encima de él, había movido las rocas y les había dado la

forma de una enorme cabeza tumbada hacia arriba. Se distinguían nítidamente su frente, su nariz y sus largas barbas, que llegaban hasta la llanura, hechas de acebos, algarrobos y olivos.

—También los dioses mueren —dijo el otro amigo, el que quería ser inventor y enriquecer la *Filikí Etería* .

—Los dioses mueren —respondí yo—, pero la divinidad es inmortal.

—No entendemos —dijeron mis amigos—. ¿Qué quieres decir?

—Tampoco yo lo entiendo muy bien —respondí, y me eché a reír.

Sentía que tenía razón pero no podía dilucidarlo con claridad y opté por reírme. Para mí la risa ha sido siempre la vía de escape en momentos de peligro.

Llegamos al pueblo; el aire olía a raquí y a mosto. Los campesinos habían vendimiado, habían puesto el mosto en los toneles y habían extraído el raquí de la masa pulposa que había quedado tras el prensado de las uvas, y ahora estaban sentados en el café, en los poyetes de piedra debajo de un álamo, bebían raquí, jugaban a las cartas, descansaban.

Algunos se levantaron, nos dieron la bienvenida, nos invitaron a sentarnos con ellos y pidieron tres siropes de guinda para nosotros. Entablamos conversación; nos habíamos puesto antes de acuerdo los tres y poco a poco llevamos la charla hacia los milagros que ha hecho la Ciencia.

—¿Podéis imaginar —decíamos— cómo se produce el papel y se imprimen los periódicos? ¡Un gran milagro! Talan un bosque, llevan la madera a las máquinas, la trituran, obtienen una papilla, la papilla se convierte en papel, entra en la imprenta y ¡por la otra puerta sale un periódico!

Los campesinos aguzaban el oído y escuchaban y de las mesas de al lado se levantaron y vinieron a sentarse en la nuestra.

—Vamos bien, se están iluminando —decíamos. En ese momento pasaba un patán con su borrico cargado de leña; se detuvo a escuchar la conversación.

—¡Eh, Dimitrós! —le gritó uno—. ¿Adónde llevas esa leña?

—¡Voy a hacer un periódico! —respondió él.

Y de pronto, todos los campesinos que hasta ese momento habían guardado la compostura por educación soltaron una gran carcajada que hizo temblar el pueblo.

—Vámonos —dije en voz baja a mis amigos—. Aquí también nos van a tirar cáscaras de limones.

—¿Adónde vais, muchachos? —nos gritaron los campesinos, desternillándose de risa—. Quedaos y contadnos más cosas para que nos riamos.

Nos seguían, gritaban:

—¿Quién nació primero, decidnos, niños sabiondos, la gallina o el huevo?

—Y Dios, muchachos, ¿por qué sujeta las tejas sueltas?

—¿Y el sabio Salomón era hombre o mujer? ¡Aquí os quiero yo ver!

—¿Y la cabra de colores por qué se ríe? Decidme.

Pero nosotros nos habíamos ido a todo correr.

Estábamos cansados de iluminar a los hombres con palabras y un día tomamos la decisión de imprimir un manifiesto para el pueblo en el que expondríamos claramente y sin apasionamiento cuál era nuestro fin y cuál era el deber del hombre. Reunimos nuestros ahorros y fuimos a ver al impresor Marculís, a quien llamaban Ftojoloyás ¹⁶ porque también él hacía manifiestos para sublevar a los pobres, unirlos, hacer de ellos una gran fuerza para que lo eligieran diputado. Fuimos, pues, a buscarlo. Era un hombre de mediana edad, de cabellos grises rizados, con ancho tronco en forma de tinaja, piernas cortas, y patizambo. Llevaba en el cuello un pañuelo rojo mugriento. Tomó nuestro manuscrito y se puso a leerlo en voz alta pomposamente y a medida que leía aumentaba nuestro entusiasmo ¡qué extraordinariamente bien escrito estaba, con qué lucidez, con qué fuerza! Los tres estirábamos el cuello triunfalmente, como gallitos dispuestos a cantar.

—¡Bravo, muchachos! —dijo Marculís, doblando el manuscrito—. Vosotros llegaréis un día, acordaos de lo que os digo, a ser

diputados y salvaréis a los *romeos* . ¡Venid, unámonos, yo también hago manifiestos, démonos la mano!

—Pero tú —objeté yo—, tú te preocupas sólo de los pobres. A nosotros nos interesa todo el mundo, nuestro fin es más grande.

—Pero vuestro cerebro es más pequeño —replicó el impresor, muy picado—, ¿queréis llevar por el buen camino a los ricos? Es como lavarle las orejas a un burro. El rico, escuchadme bien, no quiere que nada cambie, ni Dios, ni la patria, ni su bienestar. Está bien acomodado, así que es como llamar a la puerta de un sordo. Empezad, gallitos míos, por los pobres, por los que carecen de bienestar, por los que sufren. De lo contrario, id a buscar otro impresor. A mí me llaman Ftojoloyás.

Hicimos un aparte los tres en la puerta para ponernos de acuerdo. No tardamos en tomar una decisión unánime; mi amigo se dirigió al impresor.

—¡No; no aceptamos! No hacemos ninguna concesión. Nosotros no discriminamos entre pobres y ricos, ¡todos deben ser iluminados!

—¡Entonces, idos al diablo, aprendices de ricos! —gruñó Marculís, y nos arrojó a la cara el manuscrito.

[14](#) Con la liberación de Creta del poder otomano y su conversión en Protectorado, en la década de 1890, bajo el control de las potencias europeas, cuyos representantes se instalaron allí, entraron en la isla nuevas costumbres, nuevos modos de vida y diversiones, entre ellos, el tipo de establecimiento llamado *café chantant*, de Occidente, en el que se disfrutaba de los placeres del baile, la música y las mujeres de vida alegre. Existía también el *café aman*, de Oriente, donde se escuchaban *amanedes*, bebiendo infusiones o sorbetes.

[15](#) Estudios equivalentes a la Enseñanza Obligatoria, antes de comenzar el bachillerato.

[16](#) Nuevo nombre parlante. Significa algo así como El Miseria, El Proletariado.

XIV

La irlandesa

Sin embargo no estaba aún completamente satisfecho. El camino que había emprendido me gustaba, pero tenía que recorrerlo hasta el final. Aquel año había llegado a Megalo Castro una irlandesa y daba clases de inglés. La sed de saber me seguía abrasando, la tomé como profesora para aprender su lengua y poder escribir en inglés los manifiestos e iluminar a los hombres de fuera de Grecia. ¿Por qué dejarlos a ellos en la oscuridad? Me lancé de cabeza al estudio del inglés. Un mundo extraño, mágico, con aquella irlandesa había empezado a hacer incursiones en la poesía lírica inglesa, ¡qué inmenso gozo!, la lengua, las vocales, las consonantes se habían convertido en pájaros y cantaban. Me quedaba en su casa hasta bien entrada la noche, hablábamos de música, leíamos poemas, el aire entre nosotros se incendiaba y cuando inclinado sobre su hombro seguía los versos de Keats y Byron y respiraba el olor cálido, acre, de sus axilas, mi mente se ofuscaba, Keats y Byron desaparecían y en aquella pequeña habitación sólo quedaban dos animales inquietos, uno vestido con pantalones, el otro con faldas.

Ahora que había terminado el Gimnasio [17](#) y me preparaba para matricularme en la Universidad, en Atenas, quién sabe si volvería a ver a aquella muchacha de ojos azules, un poco encorvada, pero suave y tierna como la espuma, hija de un pastor irlandés. A medida que se acercaba la separación aumentaba mi desasosiego. Lo mismo que cuando tenemos hambre y sed y vemos un higo maduro y meloso, tendemos la mano ávidamente, lo despojamos de la piel y mientras lo estamos desnudando nuestra boca se llena de saliva, así miraba

yo, ansioso, a aquella irlandesa melosa y la desnudaba, como al higo, dentro de mí.

Un día de septiembre tomé la decisión.

—¿Quieres que subamos al Psiloritis? Desde allí se ve toda Creta; hay una pequeña iglesia en la cumbre. Pasaremos la noche arriba y me despediré de ti.

Sus orejas enrojecieron, aceptó. ¡Qué misterio profundo encerraba aquella excursión, que impaciencia, qué dulzura! Algo así debían ser los viajes de luna de miel. Salimos de noche y verdaderamente la luna encima de nuestras cabezas destilaba miel. Nunca más en mi vida he vuelto a ver una luna semejante; la que siempre me había parecido como un rostro afligido aquella noche reía, nos miraba mimosa y caminaba con nosotros de oriente a poniente, descendía por nuestras camisas abiertas hasta nuestra garganta, hasta nuestro pecho, hasta nuestro vientre.

No hablábamos, no queríamos estropear con palabras el perfecto entendimiento que, en silencio, realizaban nuestros cuerpos, uno junto al otro. De cuando en cuando, en un sendero estrecho se rozaban nuestras caderas, pero enseguida nos apartábamos bruscamente. Era como si no quisiéramos malgastar en gozos pequeños nuestro apremiante deseo; lo conservábamos íntegro para el gran momento y avanzábamos apresuradamente, con la respiración entrecortada, no como dos amigos, sino más bien como dos enemigos irreconciliables; y corríamos hacia el terreno de combate donde lucharíamos cuerpo a cuerpo.

No habíamos pronunciado hasta entonces una sola palabra de amor y ahora, en aquella excursión, no habíamos convenido nada expresamente; pero los dos sabíamos con toda certeza adónde íbamos y por qué íbamos, y teníamos prisa, ella más que yo, me pareció.

Nos amaneció en una aldea al pie del Psiloritis. Estábamos fatigados y fuimos a alojarnos en la casa del pope. Dije que mi compañera era también hija de un clérigo de una isla verde y lejana y que quería ver Creta entera desde la cumbre del Psiloritis. Llegó la mujer del pope, puso la mesa, comimos, nos

sentamos en el canapé y entablamos conversación. Hablamos primero de las Grandes Potencias, de Inglaterra, de Francia, de América, de Moscú; luego, de las viñas y los olivos; seguidamente el pope habló de Cristo, que es ortodoxo y no se hace católico por más que lo presionen. «Y si estuviera aquí el padre de esta joven, apuesto a que en una noche yo lo convertiría en ortodoxo».

Pero los ojos azules tenían sueño y el pope hizo una seña a su mujer.

—Prepara la cama, esposa mía, para que la joven duerma, es mujer; tiene sueño.

Se volvió a mí.

—Pero tú eres hombre, un buen mozo cretense, es una vergüenza que los hombres cretenses duerman de día; vamos, te enseñaré mi viña, todavía quedan algunos racimos sin vendimiar, los comeremos.

Yo estaba agotado y muerto de sueño, pero qué iba a hacer, era cretense y no podía avergonzarse a Creta. Fuimos a la viña, comimos los restos de la vendimia, dimos una vuelta por el pueblo, en los patios hervían los calderos, destilaban el *chípuro*, bebimos varios vasos de raquí, todavía caliente y regresamos a la casa, ya tarde, tambaleándonos, cogidos del brazo. La irlandesa se había despertado, la mujer del pope había matado una gallina, comimos otra vez.

—Esta noche nada de conversación —dijo el pope—, dormid y a medianoche os despertaré y llevaréis mi zagal como guía para que no os perdáis...

Salió al patio, inspeccionó el cielo y volvió a entrar, satisfecho.

—Estáis de suerte —dijo—, mañana hará un buen día, que Dios os bendiga. Buenas noches.

Cerca de la medianoche, el pope me zamarreó un pie y me despertó; despertó también a la muchacha golpeando una tartera de cobre encima de su cabeza. En el patio nos esperaba un joven pastor de pelo crespo, orejas puntiagudas y mirada salvaje. Olía a chivo y a jaras.

—¡En marcha! —dijo, y levantó el garrote—. Caminemos a buen paso para llegar a la cumbre en el momento en que sale el

sol.

La luna estaba en medio del cielo, aún alegre, toda miel. Hacía frío, nos arrebujamos en nuestros abrigos, la naricilla de la irlandesa se había puesto blanca, pero sus labios estaban muy rojos; volví la cabeza para no verla.

Montaña salvaje, dejamos tras nosotros las vides y los olivares, luego las encinas y los cipreses silvestres, llegamos a la roca desnuda. Nuestros zapatos no tenían clavos, resbalábamos; la irlandesa se cayó dos o tres veces, pero se levantó sola. Ya no teníamos frío, el sudor empapaba nuestros cuerpos, apretábamos los labios para no jadear y avanzábamos en silencio; delante, el zagal, la irlandesa en medio y yo detrás.

El cielo tomó un resplandor lechoso, las piedras brillaron débilmente, los primeros halcones planearon en el aire azul oscuro; y cuando llegamos a la cumbre el oriente empezaba a presentar un tinte rosado. Pero a lo lejos, todo alrededor, yo no distinguía nada; una bruma espesa cubría la tierra y el mar, el cuerpo de Creta estaba tapado por completo; hacía un frío terrible, tiritábamos, empujamos la portezuela de la pequeña iglesia, entramos. El zagal, entretanto, buscaba aquí y allá ramas para encender fuego.

La irlandesa y yo nos quedamos solos en la iglesita de piedra. Desde el humilde iconostasio nos miraban Cristo y la Virgen; pero nosotros no los mirábamos a ellos, demonios, enemigos de Cristo y de la Virgen, se habían levantado en nosotros; alargué la mano, agarré a la irlandesa por la nuca y ella se inclinó, sumisa; era lo que estaba esperando, y ambos rodamos por las losas.

Me perdí; una trampilla negra se abrió y me tragó. Cuando abrí los ojos vi con toda claridad que Cristo me miraba enfurecido desde el iconostasio, y la bola verde que sostenía en la mano derecha se movía como si estuviera a punto de arrojármela; me asusté, pero el brazo femenino me rodeó y volví a sumergirme en el caos.

Cuando abrimos de nuevo la portezuela para salir me fallaban las rodillas; me temblaba la mano al descorrer el cerrojo; un antiguo terror se había apoderado de mí; Dios iba a lanzar su rayo para fulminarnos a los dos, a la irlandesa y a mí, a Adán y a

Eva. No se mancilla impunemente la casa de Dios ante los ojos de la Virgen... Salí fuera apresuradamente. «Lo que tenga que suceder —me dije— que suceda rápido, ¡terminemos de una vez!». Pero cuando salté fuera y miré, ¡qué maravilla se extendía ante mí!, ¡qué enorme gozo! El sol había aparecido, la bruma se había disipado, Creta entera, de un extremo a otro, resplandecía desnuda, blanca, verde, rosada, circundada por cuatro mares. Creta era un barco de tres palos —sus tres elevadas cumbres, las Montañas Blancas, el Psiloritis y el Dictis— y navegaba en la espuma. Un monstruo marino, una gorgona de múltiples pechos que, tendida boca arriba sobre las olas, se calentaba al sol. A la luz de la mañana distinguía nítidamente su rostro, sus brazos, sus pies, su cola, sus senos turgentes... He tenido en mi vida muchas alegrías, no puedo quejarme, pero aquella de ver a Creta entera sobre las olas ha sido una de las más grandes. Me volví, miré a la irlandesa; apoyada en la pared de la iglesita masticaba un trozo de chocolate, e indiferente, tranquila, se relamía los labios mordisqueados.

El regreso a Megalo Castro fue triste. Al fin llegamos. Las célebres murallas venecianas aparecieron, con sus leones alados. La irlandesa, fatigada, se acercó para apoyarse en mi brazo; pero yo no podía soportar sus ojos empañados ni su olor. La manzana que me había dado a comer había llenado de ceniza mis dientes y mis labios. Hice un movimiento brusco, no la dejé acercarse a mí; ella no dijo nada, retrocedió un paso y la oí llorar. Iba a volverme, abrazarla, a decirle una palabra afectuosa; pero apresuré el paso y no abrí la boca hasta que llegamos. Tenía la cabeza baja y esperaba. ¿Entraría yo o no entraría? Un tropel de palabras de ternura, de amargura, una insoportable compasión me subía y me llegaba hasta la garganta; pero apreté con fuerza la boca y no dije nada. Le di la mano, nos separamos. Al día siguiente me iba a Atenas. Yo no tenía un mono que regalarle para que me recordara y le envié con uno de sus alumnos una perrita que quería mucho y que mordía, Carmen.

[17](#) *Sic*, en el original, aunque debe referirse al liceo.

XV

Atenas

Una fiera ciega, incoherente, que tiene hambre y no come, se avergüenza de comer; que no tiene más que hacer una seña a la felicidad que pasa por la calle, presta a detenerse, y no hace esa seña; que abre el grifo y deja que el tiempo corra inútilmente y se pierda, como si fuera agua; una fiera que no sabe que es una fiera: eso es la juventud.

Evoco mis años de estudiante en Atenas y se me desgarran el corazón; miraba y no veía, una espesa niebla hecha de fantasía, de moral y de frivolidad cubría el mundo y no me dejaba verlo. La juventud es ingrata, ingrata, arrogante, no comprende, y cuando uno empieza a comprender, la juventud se ha ido. ¿Quién es el sabio chino que había nacido viejo, con barba blanca, cabellos blancos y ojos llenos de lágrimas? Poco a poco, a medida que pasaban los años, su pelo se volvía negro, sus ojos alegres y su corazón menos apesadumbrado, y cuando ya se acercaba a la muerte sus mejillas se habían vuelto lampiñas y se habían cubierto de una pelusilla púber... ¡Así, si Dios se compadeciera de los mortales, debería transcurrir la vida humana!

En un momento dado, en Creta, me había sublevado y había plantado cara a mi destino, me había entregado al vino; en otro momento había tenido una relación amorosa con una irlandesa; pero este no era mi camino, me había arrepentido, me había sentido avergonzado, como si hubiera cometido un pecado y volvía a la soledad y a los libros.

Desde mi juventud hasta mi vejez he considerado pecado toda palabra o acción que me apartara de mi destino. ¿Cuál era este destino? ¿Adónde me conducía? Mi mente no podía aún discernirlo, dejaba decidir a mi corazón: «Haz esto, no hagas aquello, sigue adelante, no te detengas y no grites; sólo tienes un

deber: llegar hasta el final». «¿Qué final? —le preguntaba yo—. ¡No hagas preguntas, sigue adelante!».

En la soledad, prestaba oído atento a los vanidosos reclamos del corazón, mi deseo se inflamaba y nada de lo que veía u oía en aquella célebre Atenas podía saciarme. Las lecciones de la facultad de Derecho en absoluto daban respuesta a las necesidades de mi alma, ni siquiera a las curiosidades de mi mente; las diversiones de mis compañeros con las estudiantes y las modistillas no me producían ningún gozo; aún conservaba en los dientes los restos de la manzana que me había ofrecido la irlandesa. A veces iba al teatro o a conciertos y me sentía a gusto; pero era un placer a flor de piel, no cambiaba al hombre interior y no bien salía, lo olvidaba. Aprendía lenguas extranjeras, sentía que mi mente se expandía, eran grandes alegrías, pero enseguida empezaba a soplar la secreta y tibia brisa de la juventud y todas estas alegrías se marchitaban. Yo deseaba otra clase de bien, más allá de la mujer y del estudio, más allá de la belleza, pero ¿cuál?

A cada instante se abrían las dos heridas de mi adolescencia. Todo es inútil, nada merece la pena puesto que todo es efímero y corre hacia el abismo, movido por una mano invisible y despiadada. Apartaba a un lado el rostro fresco de las muchachas y veía a la vieja en la que se convertirían; la flor se marchitaba y detrás de la boca que reía feliz, veía las dos mandíbulas peladas de la calavera. El mundo adquiría ante mis ojos un ritmo rápido, frenético, y se derrumbaba. La juventud busca la inmortalidad, no la encuentra; no admite hacer concesiones, y por orgullo lo rechaza todo. No todas las juventudes, sólo la juventud herida por la verdad.

Los domingos me gustaba salir de excursión solo; la compañía de amigos, sus chácharas, sus bromas, sus risas, envilecían, en mi opinión, el sagrado silencio. Me adentraba en un olivar, mis ojos se refrescaban, la montaña olía a pino y a miel; cambiaba unas palabras con algún campesino que pasaba —un albanés de frente estrecha, con un gorro negro mugriento, que olía a ajo y a leche agria—. Sus palabras eran prosaicas, polvorientas, llenas de siniestra curiosidad; me escudriñaban todos con sus ojos

taimados, atormentaban su pequeño cerebro para averiguar quién era yo y por qué recorría las montañas, ¿un espía, un chalado, un vendedor ambulante?, miraban con rapacidad la mochila que llevaba a la espalda.

—¿Qué vendes, paisano? —me preguntaban—. ¿Evangelios? ¿O acaso eres masón?

Y un día que vi volar sobre mi cabeza un pájaro de color azul acerado que silbaba, pregunté con curiosidad a un campesino que pasaba:

—¿Qué pájaro es ese, compadre? ¿Cómo se llama?

Él se encogió de hombros.

—¡Y a ti qué más te da, infeliz! No es comestible.

Me despertaba al amanecer, el lucero del alba destilaba su luz sobre la tierra, una ligera bruma flotaba sobre el Himeto; una brisa gélida helaba mi rostro, las alondras levantaban el vuelo piando y desaparecían en la luz.

Un domingo de primavera —lo recuerdo bien— había dos o tres cerezos en flor en un campo arado de tierra rojiza —mi corazón se colmó de felicidad—. En ese preciso instante asomó el sol, brillante como el primer día que salió de las manos de Dios. El mar del golfo Sarónico se puso también a brillar y, en lontananza, la isla de Egina, a la luz de la mañana, se llenó de rosas, dos cuervos volaron a mi derecha, buen presagio, y sus alas vibraron como las cuerdas de un arco.

De un lado, las olas, como caballos homéricos, con blancas crines —los largos y refrescantes versos de Homero—, del otro lado, el olivo de Atenea, rebosante de aceite y luz, y el laurel de Apolo y las vides milagrosas de Dionisos, repletas de vino y de canto. Una tierra seca, austera, piedras rosadas por el sol; las montañas azules ondulaban en las alturas, humeaban en la luz. Completamente desnudas se calentaban al sol tranquilamente, reposando, como atletas.

Caminaba y mientras caminaba me parecía que toda la tierra y el cielo marchaban conmigo; todas las maravillas que me rodeaban penetraban en mí, yo también florecía, reía, vibraba como la cuerda del arco. Y ¡cómo mi alma se perdía aquel

domingo y desaparecía piando en la luz de la mañana, como la alondra!

Subí a una colina; oteé a lo lejos el mar, las finas líneas rosadas de la costa, las islas, apenas dibujadas. ¡Que dicha! — murmuré—, ¡cómo el cuerpo virginal de Grecia nada y se yergue sobre las olas, y el sol cae sobre ella, como un novio! ¡Cómo ha domeñado la piedra y el agua, cómo se ha liberado de la materia inerte y tosca, reteniendo sólo la sustancia!

Recorría el Ática para conocerla —eso pensaba yo—, pero realmente era mi alma lo que recorría para conocerla; en los árboles, en las montañas, en la soledad, trataba de encontrar mi alma y conocerla. En vano. Mi corazón no brincaba, señal inequívoca de que no encontraba lo que buscaba.

Un día únicamente, al mediodía, creí que lo había encontrado. Había ido solo al cabo Sunio. Un sol abrasador, había entrado ya el verano, los pinos heridos chorreaban su resina y el aire exhalaba su aroma; una cigarra vino a posarse sobre mi hombro y durante un buen rato caminamos juntos; todo yo olía a pino, me había convertido en pino. Y de pronto, al salir del pinar, vi las columnas blancas del templo de Poseidón, y entre ellas, brillante, azul oscuro, el mar santo. Se me doblaron las rodillas; me detuve: «Esto es la Belleza —pensé—, esta es la Victoria sin alas, la cumbre del gozo, más arriba no puede llegar el hombre. Esta es Grecia».

Mi dicha era tal que por un instante creí, al contemplar la belleza de Grecia que mis dos heridas habían sanado y que este mundo merecía la pena, por más efímero que fuera. Precisamente porque era efímero, yo no tenía razón en empeñarme en ver bajo el rostro de la joven a la vieja en la que se convertiría, sino que debía recrear y resucitar en el rostro de la vieja la lozanía y la juventud de la muchacha que ya no era.

Verdaderamente el paisaje del Ática tiene un atractivo inefable, penetrante. Aquí, en el Ática, se diría que todo está sometido a un ritmo simple, seguro, equilibrado. Todo tiene aquí una gracia y una calma majestuosas. La tierra seca y pobre, las gráciles curvas del Himeto y del Pentélico, los olivos de hojas plateadas y los esbeltos cipreses, ascéticos, los juguetones reflejos de la

piedra al sol, y sobre todo ello, la diáfana luz, leve, puro espíritu, que todo lo cubre y lo desnuda.

El paisaje ático sugiere cómo debe ser el modelo ideal del hombre: bien trabajado, parco en palabras, despojado de las riquezas superfluas, poderoso, y sin embargo, capaz de contener su fuerza y poner límites a la imaginación. El paisaje ático roza a veces las fronteras de la austeridad pero no las rebasa, se detiene en una seriedad alegre y bien pensante. Su encanto no degenera en romanticismos ni su fuerza en rudeza. Todo está bien calculado, bien medido, ni siquiera las virtudes mismas llegan a la exageración, no sobrepasan la medida humana, se detienen en el punto en que, si fueran más allá, serían inhumanas o divinas. El paisaje del Ática no se pavonea, no hace retórica, no se rebaja a desmayos melodramáticos, dice lo que tiene que decir con una fuerza serena y viril. Expresa la esencia con los medios más elementales.

Pero de vez en cuando, en medio de esta seriedad hay una sonrisa: dos o tres olivos de ramas plateadas en una ladera reseca, refrescantes pinos verdes, adelfas al borde de una cañada sin agua, una mata de violetas silvestres entre ardientes piedras de color azul oscuro. Allí todas las antítesis se funden y coexisten, se hermanan y crean el milagro supremo, la armonía.

¿Cómo se ha producido este milagro? ¿Dónde la gracia encuentra tanta seriedad y la seriedad tanta gracia? ¿Cómo la fuerza ha logrado no abusar de su poder? En esto debe consistir el milagro griego.

Había momentos en los que al recorrer el Ática presentía que esta tierra podía convertirse en la suprema lección de humanidad, de señorío y de fuerza.

Después de cada incursión por el Ática subía —al principio sin saber por qué— a la Acrópolis para ver y rever el Partenón. Este templo es para mí un misterio, nunca he podido verlo dos veces idéntico a sí mismo, cambiaba continuamente —eso me parecía— cobraba vida, ondeaba, permaneciendo inmóvil, jugaba con la luz y con el ojo humano. Pero al encontrarme con él por primera vez, después de haberlo anhelado durante tantos años, me pareció estático, como el esqueleto de una bestia antigua, y mi

corazón no se puso a brincar como un ternero. Durante toda mi vida esto ha sido para mí una señal infalible. Cuando me hallo ante a un amanecer, ante un cuadro, una mujer, una idea, y mi corazón brinca como un ternero, entonces comprendo que me encuentro delante de la felicidad. La primera vez que me encontré ante el Partenón, mi corazón no brincó. Me pareció como una proeza de la mente, del número, de la geometría. Un razonamiento impecable hecho de mármol. Un elevado logro del espíritu que tiene todas las virtudes, pero que le falta una, la más preciosa y amada: no llega al corazón del hombre.

El Partenón me pareció un número par, como el 2 y el 4, y el número par es contrario a mi corazón, no lo quiero; se mantiene sobre sus pies con demasiada firmeza, se encuentra bien asentado, no tiene el menor anhelo por cambiar, es conservador, satisfecho, sin desasosiego; ha resuelto todos los problemas, ha hecho realidad todos sus deseos, está tranquilo. El número impar es el ritmo de mi corazón. No está acomodado; no le gusta este mundo tal y como es, quiere cambiarlo, completarlo, empujarlo más lejos; se apoya sobre un pie y mantiene el otro suspendido en el aire, preparado para partir ¿para ir adónde?, al número par que le sigue, detenerse un instante, respirar y tomar impulso de nuevo.

Al corazón rebelde de la juventud, que quiere arrollar todo lo antiguo, renovar el mundo, no le gustó aquella serena Razón de mármol; era una anciana demasiado prudente y su consejo pretendía imponer fuertes riendas al ímpetu del corazón. Volví la espalda al Partenón y me sumergí en lontananza, en el mar, maravilloso espectáculo. Era mediodía, la hora puntera sin sombras ni juegos de luz, sobria, perpendicular, perfecta. Contemplaba la ciudad blanquísima, que ardía, el sagrado mar de Salamina que rielaba, y todo alrededor, las montañas peladas, felices, que se calentaban al sol. Y sumido en este espectáculo, olvidé el Partenón, que tenía detrás.

Sin embargo, poco a poco, después de cada uno de mis regresos de los olivares áticos y del mar del golfo Sarónico, la armonía secreta, despojándose de sus vestidos uno a uno, se desvelaba lentamente a mi mente; y cuando volvía a subir a la

Acrópolis me parecía que el Partenón se movía ligeramente, como una danza inmóvil y que respiraba.

Esta iniciación duró meses, quizá años. Recuerdo con toda precisión el día en que, completamente iniciado, me detuve ante el Partenón y mi corazón se puso a brincar como un ternero. ¡Qué trofeo se erguía delante de mí, qué trabajo en común de la mente y del corazón, qué fruto supremo del combate humano! El espacio había sido vencido, la noción de lo pequeño y lo grande había desaparecido; en el estrecho paralelogramo mágico que había trazado el hombre, el infinito entraba holgadamente y descansaba. El tiempo también había sido vencido; el instante lleno de nobleza se había convertido en eternidad.

Dejé que mi mirada se arrastrara por los cálidos mármoles inundados de sol, que se adhiriera a ellos y no quisiera irse. Mi mirada tocaba, palpaba, como una mano, descubría los secretos ocultos. Nunca la línea curva ha creado una recta tan impecable; nunca el número y la música se han fundido con tanto entendimiento y tanto amor; vi las columnas que parecían completamente rectas, inclinar unas hacia las otras sus extremos superiores para sostener todas juntas con ternura y con fuerza los sagrados frontones que les habían sido confiados.

* * *

Esta fue, creo yo, mi alegría más grande en mis cuatro años de estudiante en Atenas. Ningún aliento de mujer vino a enturbiar el aire que respiraba. Amé a algunos amigos, con ellos trepaba a las montañas y cuando llegaba el verano, nadábamos juntos en el mar; manteníamos charlas intrascendentes, a veces íbamos de fiesta y algunos llevaban con ellos a sus amigas; nos reíamos sin razón, por juventud; nos afligíamos sin razón, también por juventud; éramos como novillos no agotados aún, que suspiran porque su propia fuerza los oprime.

¡Cuántas posibilidades se abrían ante cada uno de nosotros! Los miraba a los ojos, uno a uno, y trataba de adivinar hacia qué camino los llevaría su fuerza. Uno de ellos, cuando abría la boca para hablar sobre alguna idea o locura que le gustaba, de pronto

se encendía y era una gran dicha oírlo desgranar sus pensamientos sin trabas y con una fuerza lacónica; lo escuchaba y sentía envidia de él porque yo, apenas abría la boca para hablar, ya me lamentaba de ello; las palabras me venían con dificultad y si argüía argumentos en los que apoyar mi opinión, súbitamente los contrarios me venían a la mente, incuestionables como los anteriores, me daba vergüenza decir mentiras y me callaba bruscamente. Otro amigo, taciturno, preciso al hablar, sólo despegaba los labios en las clases de la facultad de Derecho y todos nosotros lo escuchábamos con admiración, cómo embrollaba adrede los problemas de la Justicia y luego los resolvía como por arte de magia. Otro, un gran organizador, dirigía a las masas. Estaba metido en política, daba mítines, pronunciaba discursos, le encarcelaban, salía, y volvía otra vez a la lucha. Sin duda alguna —decíamos todos— este llegará un día a ser un gran político. Otro, pálido, de palabra suave, vegetariano, con ojos azules desteñidos, manos femeninas, había fundado con gran esfuerzo una asociación que tenía como logotipo un lirio blanco y como lema: «Los pies están más limpios que las manos». Amaba a la luna: «Es la única mujer que amo» —decía—. Otro era una azucena inmaculada, pálido, melancólico, con grandes ojos azules y manos de largos dedos. Escribía versos. Recuerdo sólo algunos y cuando los recito en mi soledad, se me llenan los ojos de lágrimas porque una noche encontraron a este joven colgado de un olivo en las inmediaciones del monasterio de Kesarianí.

Y otros muchos compañeros, cada uno con su alma peculiar llena de capullos cerrados. ¿Cuándo florecerán? —pensaba yo—. ¿Cuándo darán fruto? ¡Dios mío, que yo no muera antes de llegar a verlo! ¡Qué no muera antes de ver qué capullos abrirán en mí y qué frutos darán! Miraba a mis amigos, inquieto, con inefable tristeza, como si me despidiera de ellos, porque temía que el Tiempo fuera un viento que inflame la savia y luego sopla sin piedad y deshoja las almas.

* * *

Al marcharme de Atenas dejé tras de mí dos coronas, las únicas que he merecido en mi vida; una la gané en la esgrima; pesada, con cintas azules y blancas entrelazadas, hecha con hojas de laurel, cogidas, supuestamente, en el valle de Delfos; eso era mentira, yo lo sabía, todos los sabían, pero aquella mentira daba esplendor a aquellas hojas de laurel. La otra la gané en un concurso de arte dramático. No sé por qué un día se me inflamó la sangre y escribí un ardiente drama de amor, lleno de melancolía y de pasión. Lo había titulado *Amanece* ¹⁸. Creía que aportaba al mundo una moral más auténtica y una libertad mayor. Una nueva luz. El profesor de la Universidad que juzgaba aquel concurso, un hombre serio, muy bien afeitado, con cuello alto almidonado, consideró que esta obra era la mejor de las presentadas; pero le escandalizaron sus frases atrevidas y su desenfrenado erotismo. «Otorgamos al autor —dijo en las conclusiones— la corona de laurel, pero lo expulsamos de este venerable recinto sagrado». Yo estaba allí, en el paraninfo de la Universidad, todavía lampiño, un pobre estudiante inexperto, y escuchaba. Me puse rojo hasta las orejas, me levanté, dejé sobre la mesa la corona de laurel y me marché.

Por aquella época había proyectado con un amigo mío, agregado del Ministerio de Asuntos Exteriores, viajar por Europa.

—Llévate tu corona ganada en la esgrima —me dijo un día—, allá arriba, en los climas nórdicos no vamos a encontrar laurel y lo necesitaremos para el estofado.

Pasaron años, seguía conservando la corona colgada en la pared y cuando por fin se hizo realidad nuestro sueño, y mi amigo y yo partimos para Alemania, me llevé la corona conmigo. En dos años nos habíamos comido todas las hojas de laurel en estofado.

¹⁸ La escribió en 1906 y recibió multitud de críticas, favorables unas, desfavorables la mayoría, hizo mucho ruido. El premio consistía en mil dracmas y un diploma. Casandsakis recibió el diploma pero no las mil dracmas, porque su obra, aunque fue la mejor de las presentadas al concurso, fue considerada inmoral. Se representó por primera vez en 1907.

XVI

Regreso a Creta-Cnosós

Durante mi último verano de estudiante volví a Creta. Mi madre estaba sentada en su sitio habitual, junto a la ventana que daba al patio y hacía calceta. Era por la tarde y mi hermana regaba las macetas de albahaca y de mejorana; la parra encima del pozo estaba cargada de racimos de gruesos granos, todavía verdes.

Nada había cambiado en la casa, todo estaba en su sitio: el canapé, el espejo, las lámparas, y en las paredes, alineados uno tras otro los héroes de 1821, con sus grandes bigotes, las cuerdas de lazo colgadas al bies en el pecho y las pistolas en la cintura. Almas salvajes gobernadas por la pasión que podían hacer, y hacían, el bien y el mal, según hacia dónde les llevara su cólera. Caraiscakis escribía al capitán Sturnaras ¹⁹ : «*Mi valiente hermano, capitán Nicolás, he recibido tu carta, he visto lo que me escribes. Mi picha tiene tũmbeleks y también trompetas. ¡Toco lo que quiero!*». Los *tũ mbeleks* son instrumentos musicales turcos y las trompetas son *romeas* . No eran, pues, almas inocentes, eran grandes; y las almas grandes son siempre peligrosas.

A menudo pienso ¿qué misterio es este?, ¿cómo de semejante estiércol puede nacer y crecer la flor azul de la libertad? Odios, traiciones, discordias, arrojó, ardiente amor a la patria, la danza de Salongos ²⁰ .

Al día siguiente muy de mañana fui a ver a mis dos amigos, los miembros de la *Filikí Etería* . Hacía cuatro años que no los veía y estaban irreconocibles. La vida ya había pasado sobre ellos y los había apisonado. Hablaban de la *Filikí Etería* y se tronchaban de risa. Uno de ellos cantaba bien y lo invitaban a todas las fiestas, a bodas y bautizos, bebía, comía, cantaba, lo admiraban por su voz suave y él se admiraba a sí mismo; había

cogido la cuenta abajo; sus manos habían empezado ya a temblar a causa de la bebida. El otro había aprendido a tocar la guitarra, tocaba tonadas apasionadas, cancioncillas vivarachas y acompañaba a su amigo. Los encontré a los dos orondos, satisfechos, su nariz había empezado a enrojecer. Habían entrado como empleados en una almona, se ganaban el pan, disfrutaban de la vida y buscaban novia.

Los miraba, los escuchaba, se me cerraba la garganta y no hablaba. ¿Tan pronto puede convertirse la llama en ceniza? ¿Tan cercano es el parentesco del alma con la carne? Sabían qué taberna tenía el mejor vino, dónde se podían comer los *lucumades* más esponjosos y qué dote tenía cada muchacha.

Me fui; mi corazón estaba acongojado como si volviera de un entierro. Las virtudes pequeñas —pensaba— son más peligrosas que los vicios pequeños. Si estos dos no cantaran bien y no tocaran la guitarra, no los invitarían a las fiestas, no se emborracharían, no malgastarían su tiempo y quizá se salvaran. Ahora, por cantar bien, por tocar bien la guitarra han cogido la cuenta abajo.

Cuando al día siguiente los vi de lejos, cambié de calle. Sentí vergüenza de que se hubieran borrado tan rápidamente en mí tantas amistades y anhelos, tantos grandes proyectos para salvar el mundo. Había soplado viento y el árbol florido de la juventud se había deshojado. ¿Entonces esta juventud no iba a dar ningún fruto? ¿Así es cómo las escuadras parten a surcar el océano y se hunden en una artesa casera?

Recorría las calles completamente solo, bajaba al puerto para respirar de nuevo el amado olor de la cidra podrida y de las algarrobas, tenía siempre un libro en la mano; a veces Dante, a veces, Homero, leía los versos inmortales y sentía que el hombre puede llegar a ser inmortal y que la abigarrada superficie del mundo, casas, gente, alegrías, injurias, ese caos incoherente que llamamos vida, puede convertirse en armonía.

Un día pasé delante de la casa de la irlandesa. Se había ido. Volví a pasar, sentí una extraña amargura y remordimiento por lo que había hecho, por lo que no había hecho, como si hubiese cometido un crimen y diera vueltas y más vueltas alrededor de la

víctima. No podía dormir y, una noche, al pasar por el barrio turco, oí una voz de mujer que cantaba con una pasión abrumadora un *amanés* oriental. La voz sombría, ronca, profundísima, salía de las entrañas de la mujer y llenaba la noche de pesares y desesperación. No podía seguir caminando, me detuve; con la cabeza apoyada contra la pared escuchaba y me faltaba la respiración. Mi alma se consumía, no podía seguir encerrada en su jaula de arcilla, estaba suspendida de lo alto de mi frente, tomaba impulso para huir. No; no era amor lo que desgarraba el pecho de la mujer que cantaba, no era el abrazo lleno de misterio del hombre y de la mujer, no era la alegría, la esperanza, el hijo; era un grito, una orden de que rompiéramos los barrotes de nuestra prisión, la moral, el pudor, la esperanza, y nos lanzáramos, nos perdiéramos, nos fundiéramos con el terrible Amante que acecha en la oscuridad y nos hechiza, al que llamamos Dios. Aquella noche, al escuchar la desgarrada canción de la mujer, me pareció que Amor, Muerte, Dios eran una misma cosa; y a medida que pasaban los años sentía también más profundamente esta terrible Trinidad que acecha en el caos. En el caos y en nuestro corazón. No era una Trinidad, era eso que un místico bizantino llamaba una Mónada Militarizada.

La canción calló, me aparté de la pared, el mundo había subido otra vez del caos, las casas se afirmaron, las calles volvieron a extenderse ante mí y pude caminar. Pasé toda la noche dando vueltas, mi mente permanecía muda, ningún pensamiento conseguía alterar o apaciguar mi turbación; dejaba que mi cuerpo me llevara, deambulaba por las murallas venecianas, desde donde dominaba el mar, el cielo titilaba, gran resplandor, las constelaciones se movían, se deslizaban hacia el poniente y desaparecían, y mi alma desaparecía con ellas. Soplaban una brisa muy fresca de las montañas, se colaba en las casas por las rendijas de las ventanas y refrescaba a los hombres, que dormían bañados en sudor. En medio del profundo silencio escuchaba respirar a Megalo Castro.

Aquella noche volví a pasar por la casa de la irlandesa; sin quererlo, sin saberlo, había caminado durante horas haciendo

círculos, y aquellos círculos se hacían cada vez más estrechos, y yo me aproximaba al centro, a su casa. Se diría que había quedado en esta casa un grito imperioso, pura queja, que me llamaba y yo no podía resistirme a su llamada. Hacia el amanecer, cuando iba llegando a su puerta y a sus ventanas cerradas, un relámpago desgarró mi mente, la iluminó: aquello no era un grito, era la canción de la mujer, la canción sombría, ronca, que había oído aquella noche al pasar por el barrio turco. Y ahora aquella canción se había transformado dentro de mí y se había convertido en un aullido de fiera solitaria a la que habían abandonado.

Canción, aullido de fiera, grito desesperado de la irlandesa se transformaron en una soga alrededor de mi cuello, me ahogaba. Recordé las profundas palabras que un día me había dicho un viejo musulmán: «si una mujer te grita que te acuestes con ella y tú no vas, estás perdido, desdichado. Dios no perdona eso y tú irás al fondo del Infierno, con Judas». Me horroricé; me inundó un sudor frío y a toda prisa, dando bandazos, como una fiera herida, me dirigí a mi casa.

Subí la escalera de puntillas para que no crujiera y me oyera mi padre, y caí en la cama. Temblaba, tan pronto echaba fuego como tiritaba, debía tener fiebre y el sueño llegó como una araña venenosa y me envolvió. Al día siguiente cuando me desperté hacia mediodía, aún temblaba.

Esa angustia duró tres días. No era angustia, era un nudo terrible en el corazón y sentía la boca amarga como la hiel. Miraba por la ventana de mi cuarto la acacia en medio del patio, la parra, cargada de racimos, y a mi madre que iba y venía, silenciosa, uncida a la sagrada servidumbre de la casa, y a mi hermana, que bordaba; el nudo subía del corazón a la garganta y me ahogaba. Era como si me hubiesen expulsado del Paraíso; no expulsado, sino más bien como si yo hubiese saltado la verja del Paraíso, me hubiese ido y ahora lo lamentaba, y sin consuelo, merodeaba delante de la puerta cerrada.

Al cuarto día sin tener en mente un objetivo concreto, salté de la cama muy temprano y, sin saber lo que hacía, cogí la pluma y me puse a escribir.

Este fue un momento decisivo en mi vida; la angustia que tenía dentro aquella mañana había quizá encontrado la forma de abrir la puerta y desaparecer. Si esta angustia, quién sabe —debí pensar, aunque sin expresarlo claramente—, tomaba un cuerpo, si la palabra le daba un cuerpo, podría ver su rostro, y al verlo, ya no lo temería. Había cometido un gran pecado; si lo confesaba, me sentiría aliviado.

Así pues, me puse a movilizar palabras, a rumiar las vidas de santos, las canciones y las novelas que había leído, a piratear, involuntariamente, de aquí y de allá, y a escribir... A partir de las primeras palabras que alineé en el papel me quedé perplejo. Aquello no era lo que tenía en mente, me negaba a escribir una cosa así, ¿por qué lo había escrito? Como si no me hubiese liberado del todo de mi primer contacto amoroso —y sin embargo, estaba seguro de haberme liberado—, me puse a cristalizar en torno a la irlandesa una leyenda llena de pasión y de fantasía. Nunca había dicho palabras tan tiernas, nunca había experimentado tanta dicha al tocarla como la que proclamaba en el papel: mentiras, todo mentiras, y sin embargo, al desgranar ordenadamente en el papel aquellas mentiras comprendía, atónito, que había saboreado grandes alegrías con ella. ¿Entonces, todas aquellas mentiras eran verdad? ¿Y por qué cuando lo estaba viviendo no lo comprendía? ¿Y por qué ahora que lo escribía lo comprendía por primera vez?

Escribía y me sentía orgulloso, era un dios, hacía lo que quería, transformaba la realidad, la recreaba como deseaba que hubiera sido y como debía haber sido, mezclaba inextricablemente verdades y mentiras, ya no había verdades ni mentiras, todo era una masa blanda que yo modelaba y deshacía según me dictaba mi capricho, libremente, sin pedir permiso a nadie. Existe, parece, una incertidumbre más segura que la certeza, pero una de las dos se encuentra un escalón más alto que esa construcción humana a ras del suelo, que llamamos verdad.

En aquella obra mía, la irlandesa, poquita cosa, algo encorvada, se había vuelto irreconocible; y yo, el gallo

desplumado, me había dotado de grandes plumas multicolores que no eran mías.

Al cabo de algunos días lo había terminado. Cerré el manuscrito, escribí en la cubierta con letras bizantinas rojas: *Serpiente y lirio* ²¹ y me levanté, fui a la ventana y respiré el aire profundamente. La irlandesa ya no me atormentaba, había salido de mí, ahora se encontraba en el papel y no podía desprenderse de él; yo me había liberado.

El cielo estaba encapotado, el aire turbio, llovía; las anchas hojas de la parra refulgieron, brillaron los gruesos granos de uvas; yo aspiraba profundamente el olor de la tierra mojada; este olor me recuerda siempre una tumba recién cavada, pero aquel día el aliento de la muerte había sido exorcizado, mi espíritu aspiraba perfume. Un gorrión empapado por la lluvia vino a buscar refugio en el alero de la ventana y, sobre mi cabeza, en el tejado, las aguas, como una bandada de palomas, picoteaban y zureaban.

Tenía aún el manuscrito apretado en mi mano, como si fuera un animalito vivo que no quería que se me escapara, como si tuviese en la mano el gorrioncillo empapado... Me parecía haberme reconciliado con la irlandesa, que la ceniza había vuelto a ser una manzana y que yo tenía esta manzana entre mis manos.

Bajé al patio, iba y venía entre las macetas, me mojaba, experimentaba la alegría que siente el árbol polvoriento y sediento cuando el cielo se compadece de él y rompe a llover. La lluvia siempre me ha producido una alegría inexplicable y, si no me diera vergüenza, diría que incluso erótica. Me parecía que yo era la tierra y tenía sed, que se despertaba el elemento femenino que hay en mí, que una mujer oculta en mis entrañas recibía al cielo como a un hombre. Me mojaba, me sentía dichoso, mi corazón se había aliviado; ya no evocaba a la irlandesa de forma diferente a como la había recreado y fijado con palabras y como reposaba en el papel. No era verdad la verdad que durante tanto tiempo acumulaba angustia en mi corazón; la verdad era aquella criatura recién nacida de la fantasía. Por medio de la fantasía había hecho desaparecer la realidad y me había aliviado.

Esta lucha entre la realidad y la fantasía, entre Dios creador y hombre creador, embriagó mi corazón por un instante. Este es mi camino —grité en el patio, donde iba y venía mojándome—, este es mi deber; cada persona adquiere la talla del enemigo con el que lucha; a mí me gusta luchar contra Dios, aunque pierda. Él cogió barro y modeló el mundo; yo he cogido palabras. Él hizo a los hombres tal y como los vemos arrastrarse por la tierra; yo con fantasía y con aire, el material del que están hechos los sueños, modelaré otros hombres con más alma, que resistan el tiempo; los hombres de Dios morirán, pero los míos vivirán.

Al evocar tal soberbia propia de Lucifer siento vergüenza. Pero era joven entonces, y joven significa intentar destruir el mundo y tener la osadía de querer construir uno nuevo que sea mejor.

Mi pecho se henchía, los antiguos desasosiegos se habían apaciguado, surgían otros nuevos mucho más abruptos; el camino que ahora, de repente, relucía ante mí era muy escarpado, peligroso. ¿Cómo se me presentó así, de pronto, sin que yo jamás hubiera pensado en él? ¿Quién había abierto aquella puerta en mi interior y me había hecho creer que era la puerta de la libertad? ¿El sufrimiento? ¿El amor insatisfecho? ¿O acaso me habían abierto la puerta las vidas de santos que leía de niño? ¿O era Creta, que al ver que yo no podía acudir en su ayuda combatiendo, había puesto otras armas en mis manos?

* * *

Para cambiar el curso de mi mente, al día siguiente, domingo, a la hora en que tocaban las campanas y los cristianos iban a misa a San Menas, yo me encaminé a otra peregrinación, fui a saludar a la santa Creta, que por aquellos años había sido desenterrada de las antiguas tierras de Cnosós.

El misterio de Creta es profundo. El que pone el pie en esta isla siente una fuerza misteriosa, cálida, llena de bondad, que se ramifica por sus venas y hace crecer su alma. Pero este misterio se hizo aún más profundo y más rico a partir del día que se descubrió, oculta hasta entonces en la tierra, una civilización tan llena de color, tan sagaz, tan llena de señorío y de alegría juvenil.

Salí de la ciudad, tomé el agradable camino que lleva al cementerio nuevo. Empecé a oír gritos y llantos y aligeré el paso. Dos días antes había muerto un bien alimentado comerciante en nuestra vecindad, uno de los hombres más poderosos de Megalo Castro y lo habían enterrado en el cementerio recién construido. Era joven todavía y su mujer se había aferrado al ataúd en el momento en que sus amigos lo llevaban y no lo dejaba partir. Yo pasaba en ese preciso instante y volví la cara para no ver al muerto. Desde el día en que vi —recordadlo—, cuando tenía cuatro años, sacar de la tumba los huesos de nuestra vecina Anica, no puedo ver un muerto, el miedo me domina, mi vecina salta ante mí, sin pelo, sin ojos, sin labios, y se lanza a agarrarme y sentarme de nuevo en sus rodillas. Yo sé, por supuesto, que no es verdad, pero sé también que hay algo más verdadero que la verdad y por eso me domina el pánico y aligero el paso cada vez que veo un muerto.

A mi derecha y a mi izquierda, viñas y olivares, aún no habían vendimiado y los racimos colgaban, pesados, y se apoyaban en el suelo. El aire olía a hojas de higuera. Pasó una viejecita, se detuvo, levantó algunas hojas de higuera que cubrían el canasto que llevaba, eligió dos higos y me los regaló.

—¿Me conoces, abuela? —le pregunté.

Me miró sorprendida.

—No, hijo mío, ¿es que tengo que conocerte para regalarte algo? ¿No eres una persona? Yo también. Con eso basta, ¿no?

Se echó a reír, una risa fresca, de muchacha, y siguió su camino hacia Megalo Castro, renqueando.

Los dos higos destilaban miel; jamás, creo yo, he probado otros más ricos. Los comía, y las palabras de la vieja me refrescaban. ¡Tú eres una persona; yo también, con eso basta!

Una sombra cayó al lado de la mía, me volví, era un clérigo católico. Me miró, me sonrió.

—El abate Mugnier ²² —me dijo, y me tendió la mano—. ¿Quiere usted hacerme compañía? No sé griego; sólo griego antiguo. «*Canta, diosa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo...*».

—«... *cólera funesta, que a los griegos acarreó mil dolores...*» —continuó yo.

Nos reímos. Echamos a andar recitando los versos inmortales. Más tarde supe que aquel abate, que reía y recitaba versos mientras un mechón de pelo gris se agitaba sobre su frente, era famoso por su santidad y por su inteligencia. En París había llevado al camino de Dios a numerosos ateos recalcitrantes. Frecuentaba el mundo, hablaba y bromeaba con señoras de la alta sociedad, su mente era brillante, pero tras esa superficie movediza y juguetona se erigía como una roca inmóvil e inexpugnable Cristo crucificado. O mejor dicho, Cristo resucitado.

El guarda acudió a recibirnos y a darnos explicaciones. Era un cretense simplón, con bragas, con un garrote, afable. Se llamaba David. Guarda y guía en Cnosós durante numerosos años, había aprendido muchas cosas y hablaba del palacio como si fuera su casa. Nos recibió como dueño y señor.

Iba delante, extendía el garrote, nos mostraba.

—Este es el gran patio real, sesenta metros de ancho por veintinueve de largo. Estos son los almacenes, con sus enormes tinajas decoradas. Aquí guardaba el rey las cosechas para alimentar a su pueblo. En las tinajas hemos encontrado restos de aceite, de vino, de huesos de aceitunas, de habas, de garbanzos, de trigo, de cebada y de lentejas, todo ello carbonizado por los incendios.

Subimos al piso superior, por todas partes columnas achaparradas, coloreadas en negro y rojo; vimos en los pasillos, pintados en los muros, flores, escudos, toros. Llegamos a las altas terrazas, se desplegó a nuestro alrededor el paisaje sosegado, alegre, y en el fondo del cielo, tumbada boca arriba, la cabeza de Zeus, el Yujtas. El palacio medio derruido, medio levantado, refulgía después de miles de años y disfrutaba del nuevo sol viril de Creta. No se ve en este palacio el equilibrio, la arquitectura geométrica de Grecia; aquí domina la fantasía, la gracia, el libre juego de la fuerza creadora del hombre. Este palacio había crecido y se había ampliado con los años, como un organismo vivo, como un árbol. No se había hecho de una vez para siempre, con un plan premeditado, fijo; se había ido completando como en un juego y adaptándose a las necesidades cambiantes de los tiempos. Aquí no guiaba al hombre la lógica

inflexible, severa; la mente era útil, pero como servidor, no como amo; el amo era otro, ¿cómo llamarlo?

Me volví hacia el abate, le revelé mis reflexiones, le pregunté su opinión.

—¿Quién es el amo? —me respondió sonriendo—. ¿Qué esperas que te responda un clérigo sino esto: Dios? El Dios de los cretenses era el amo, él guiaba su mano y su mente mientras creaban; Él era el maestro albañil. Este Dios cretense era ágil y juguetón, como el mar que abraza la isla. He aquí por qué paisaje, palacio, pinturas y mar tienen una armonía y una unidad tan infalibles.

Bajamos las escaleras de piedra, contemplamos en silencio las pinturas en los muros, los toros, los lirios, los peces en medio del mar azul, los peces voladores que desplegaron sus alas y saltaban encima del agua, como si se asfixiaran dentro de su elemento materno, el agua, y trataran de respirar un aire más ligero. Nos detuvimos en el teatro; el guía se animó; su rostro resplandecía, lleno de orgullo.

—Aquí —dijo— se celebraban las tauromaquias [23](#) ; pero no eran como esas corridas bárbaras que se hacen, según me han dicho, en España, en las que se mata al toro y los caballos son destripados; aquí la lucha con el toro era un juego sin derramamiento de sangre. Jugaban; el torero agarraba al toro por los cuernos, la bestia se enfurecía, sacudía violentamente la cabeza hacia arriba y el torero tomaba impulso y saltaba ágilmente sobre el lomo del toro; volvía a dar otra voltereta y caía de pie detrás de la cola del toro y allí había una joven y lo recibía en sus brazos.

Yo explicaba al abate las palabras del guía y él tenía los ojos clavados en las gradas de piedra del teatro, esforzándose, quizá, en traer de nuevo a la luz el juego divino.

Me cogió del brazo, continuamos la marcha.

—Es muy difícil —murmuró— jugar con Dios y no ensangrentarse.

Nos detuvimos ante una columna cuadrangular de yeso brillante, en la que estaba grabado el signo sagrado, la doble

hacha. El abate juntó las manos, flexionó un instante la rodilla y sus labios se movieron, como si rezara.

Me quedé sorprendido.

—¿Está usted rezando? —le pregunté.

—En efecto, rezo, amigo mío —me respondió—. Cada raza y cada época da a Dios una máscara propia, pero detrás de todas las máscaras, en todas las épocas y en todas las razas se encuentra siempre el mismo Dios.

Calló, y al rato:

—Nosotros tenemos la cruz como emblema sagrado, tus antepasados más antiguos tenían la doble hacha; pero detrás de la cruz y detrás de la doble hacha yo veo y adoro, prescindiendo de los símbolos efímeros, al mismo Dios.

Yo era entonces muy joven y aquel día no comprendí. Años después, mi mente pudo aceptar y hacer fructificar aquellas palabras; detrás de todos los símbolos religiosos empecé a distinguir también yo el rostro inmutable, eterno, de Dios. E incluso más tarde, cuando mi espíritu creció y mi corazón se hizo más osado, empecé a distinguir detrás del rostro de Dios una terrible oscuridad inhabitable, el caos. Sin pretenderlo, aquel día en Cnosós el santo abate me había abierto un camino; yo lo seguí pero no me detuve donde él hubiera querido; una curiosidad satánica me dominó, avancé más allá y descubrí el abismo.

Nos sentamos entre dos columnas; el cielo ardía y brillaba como el acero. Alrededor del palacio, en el olivar, las cigarras ensordecían el aire. El guarda se apoyó contra la columna, sacó de la faja una petaca y se puso a liar un cigarro. Nadie hablaba; sentíamos que aquel instante era santo, que el lugar era santo y que sólo el silencio era adecuado para él. Dos palomas volaron sobre nuestras cabezas y fueron a posarse sobre una columna. Las aves sagradas de la Gran Diosa que aquí adoraban los cretenses. A veces las vemos posadas sobre una columna, otras veces, la diosa las tiene entre sus pechos, rebosantes de leche.

—Las palomas... —dije en voz baja, como si temiera que oyesen mi voz, se asustaran y dejaran la columna.

El abate se llevó un dedo a los labios.

—Calla —dijo.

Mi mente rebosaba de preguntas, pero no hablé. Pasaron nuevamente ante mi vista los excepcionales frescos —grandes ojos almendrados, onduladas guedejas negras, majestuosas damas de pechos descubiertos, labios carnosos y sensuales; pájaros, faisanes, perdices, monos azules, príncipes tocados con plumas de pavo real, toros salvajes sagrados, jóvenes sacerdotisas con serpientes sagradas enroscadas en los brazos, muchachos azules en jardines floridos— alegría, fuerza, gran riqueza, un mundo lleno de misterio, una Atlántida emergida del fondo de la tierra cretense nos mira con sus enormes ojos negros, pero sus labios están aún sellados.

¿Qué mundo es este? —pensaba—. ¿Cuándo abrirá los labios para hablar? ¿Qué hazañas habrán realizado estos antepasados sobre este suelo que ahora pisamos?

Creta ha sido el primer puente entre Europa, Asia y África. Creta ha sido la primera iluminada en toda la Europa tenebrosa de entonces. Aquí el alma de Grecia cumplió la misión que le había encomendado el destino: llevó al dios a la escala del hombre. Las enormes estatuas hieráticas de los egipcios y de los asirios aquí, en Creta, se hicieron pequeñas, graciosas, el cuerpo cobró movimiento, la boca sonrió, el rostro y la talla del dios adoptó el rostro y la talla del hombre. Una humanidad nueva empezó a vivir y a jugar en las tierras de Creta, originaria, diferente de los griegos posteriores, llena de agilidad, de gracia y de refinamiento oriental...

Contemplaba a mi alrededor los otros cultivados, los olivos de ralo follaje, un ciprés delgado que se inclinaba suavemente entre las rocas, escuchaba el tintineo liviano y armonioso de un invisible rebaño de cabras, respiraba el aire perfumado que llegaba del mar remontando la colina —y creo que el antiguo secreto del cretense penetraba cada vez más profundamente en mí y se hacía más luminoso—. Él no se preocupa de los problemas de más allá de la tierra, sino de los problemas cotidianos, que se renuevan sin cesar, llenos de detalles candentes de la vida humana en la tierra.

—¿En qué piensas? —me preguntó el abad.

—En Creta... —respondí.

—Yo también en Creta —dijo mi compañero—, en Creta y en mi alma... Si me fuera dado volver a nacer, querría ver la luz aquí, en esta tierra. Hay aquí un hechizo imbatible... Vámonos.

Nos levantamos; lanzamos una última y prolongada mirada al maravilloso espectáculo. Yo lo volvería a ver, pero el abate suspiró.

—Nunca más... —murmuró.

Agitó la mano hacia las columnas, hacia los patios, hacia los frescos.

—Adiós —dijo—. Un clérigo católico ha venido del otro extremo del mundo a prosternarse ante vosotros y se ha prosternado. ¡Adiós!

Emprendimos el camino de vuelta; un calor asfixiante, mucho polvo, el abate estaba fatigado, nos detuvimos en un pequeño monasterio donde vivían y danzaban todos los viernes unos derviches. La puerta arqueada era verde, en el dintel había una mano de bronce abierta —el emblema sagrado de Mahoma—. Entramos en el patio; estaba pavimentado con gruesos guijarros blancos, impolutos. Todo alrededor había macetas y enredaderas y en medio un enorme laurel cargado de frutos. Nos detuvimos a su sombra para tomar aliento; un derviche nos vio desde su celda, se acercó; se llevó la mano al pecho, a los labios, a la frente, nos saludó. Vestía una larga sotana azul y un *kabuk* de lana, barbas negras terminadas en punta y de su oreja derecha colgaba un pendiente de plata. Dio unas palmadas, acudió un muchachito regordete, descalzo; trajo unos taburetes y nos sentamos. El derviche hablaba de las flores que teníamos a nuestro alrededor y del mar que veíamos rielar por entre las hojas afiladas del laurel. Luego comenzó a hablar de la danza.

—Quien no puede danzar —dijo— no puede orar. Los ángeles tienen boca, pero no tienen voz; hablan a Dios danzando.

—¿Qué nombre da usted a Dios? —preguntó el abate.

—No tiene nombre —respondió el derviche—. Dios no cabe en nombre alguno. El nombre es una prisión, Dios es libre.

—Pero cuando quiere invocarlo —insistió el abate— en caso de necesidad, ¿con qué nombre lo llama?

El derviche inclinó la cabeza, reflexionó. Finalmente, despegó los labios.

—«¡Aj!» —respondió—. No Alá, «¡Aj!», así lo llamaré.

El abate se estremeció.

—Tiene razón... —murmuró.

Volvió a aparecer el pequeño derviche regordete con una bandeja: café, agua fresca y dos grandes racimos de uvas. Encima de nosotros, en el tejado, dos palomas —¿serían las mismas de Cnosós?— jugaban al juego del amor y se arrullaban; guardamos silencio un instante y el aire monacal se llenó de suspiros amorosos. Me volví hacia el abate; miraba las palomas y sobre ellas, el cielo y sus ojos estaban húmedos de lágrimas.

Se dio cuenta de que yo lo estaba mirando, sonrió.

—El mundo es hermoso —dijo—, hermoso, en los países del sol. Donde hay un cielo azul, palomas y racimos de uvas. Y un laurel sobre nosotros.

Comía el racimo uva a uva, lo sentía, no deseaba que este momento acabara nunca.

—Aunque tuviera la certeza de ir al Paraíso —dijo—, pediría a Dios que me permitiera ir por el camino más largo...

Nos sentíamos tan felices en aquel patio del monasterio musulmán, que no nos apetecía irnos. En la puerta de las celdas de alrededor aparecieron otros derviches; los más jóvenes estaban pálidos y sus ojos ardían como si persiguieran desesperadamente a Dios; los viejos, que ya debían haberlo encontrado, estaban sonrosados, y tenían los ojos llenos de luz. Se acuclillaron a nuestro alrededor; unos descolgaron del cinturón de cuero su *comboloi* y pasaban las cuentas calmadamente, mirando con curiosidad al monje cristiano; otros sacaron su largo chibuquí, entornaron los ojos y se pusieron a fumar en silencio.

—¡Qué felicidad! —musitó el abate—. ¡Cómo resplandece aquí, detrás de todos estos rostros, el rostro de Dios!

Me tocó el hombro con un gesto de ruego.

—Por favor, pregúntales —los derviches son una orden religiosa— cuál es su regla.

El más viejo apoyó el chibuquí en sus rodillas y respondió:

—Pobreza, pobreza, no tener nada, que nada sea un obstáculo, caminar hacia Dios por un sendero florido: la risa, la danza, la alegría son los tres arcángeles que nos llevan de la mano mientras caminamos.

—Pregúntales —me pidió de nuevo el abate—, cómo se preparan para presentarse ante Dios. ¿Ayunando?

—¡No, no! —respondió un joven derviche, riendo—. Comemos y bebemos y alabamos a Dios por haber dado al hombre el alimento y la bebida.

—¿Cómo entonces? —insistió el abate.

—Danzando —respondió el derviche más viejo, que tenía una larga barba blanca.

—¿Danzando? —dijo el abate—. ¿Por qué?

—Porque la danza —respondió el anciano derviche— mata al yo. Y cuando el yo ha sido destruido ya no hay ningún obstáculo para unirse a Dios.

La mirada del abate se iluminó.

—¡La regla de san Francisco! —gritó, y apretó con fuerza la mano del derviche viejo—. Así es, danzando, como san Francisco pasa por la tierra y sube al cielo. ¿Qué somos nosotros —decía— sino *carayiosis* de Dios que hemos nacido para alegrar los corazones de los hombres? Ya lo ves, amigo mío, otra vez, siempre, siempre el mismo Dios.

—Pero entonces —me atreví a objetar—, ¿por qué van los misioneros a los cuatro extremos del mundo y quieren obligar a los nativos a abandonar la máscara que ellos han dado a Dios y a ponerle la nuestra, que les es extraña?

El abate se levantó.

—Es difícil responderte a eso —dijo—; si Dios te concede completar tus estudios en París, ven a verme.

Sonrió astutamente.

—Para entonces —dijo— puede que haya encontrado la respuesta.

Nos despedimos de los derviches, nos acompañaron con reverencias y sonrisas hasta la puerta exterior. En el umbral el abate me dijo:

—Diles, por favor, que todos adoramos al mismo Dios y que yo, díselo, soy un derviche con sotana negra.

[19](#) Yorgos Caraiscakis (1782-1827). Héroe de la Revolución de 1821. Su verdadero apellido era Icos, pero fue llamado Caraiscakis, del turco, *Kara*, «grande, terrible». Fue *cleftís* (guerrillero), sufrió prisión y allí aprendió a leer, lo que le sirvió para entrar al servicio de Ali Pachá de Yánina. Desertó de la corte de Ali Pachá y se entregó plenamente a la revolución. Participó en multitud de batallas en el Peloponeso y en Grecia central.

Nicolaos Sturnaras (o Sturnaris) (?-1826) fue jefe militar en la Revolución de 1821. Su actividad se desarrolló en Grecia occidental, donde participó en numerosas batallas y destacó por su patriotismo y arrojo. Fue miembro de la *Filikí Etería*. Colaboró con Yorgos Caraiscakis. Murió en Misolongui en 1826.

[20](#) Con motivo de la caída de Sulios a manos de Ali Pachá, el 12 de diciembre de 1803, el 18 del mismo mes, cincuenta y siete mujeres con sus hijos prefirieron despeñarse desde el barranco de Salongos antes de perder su libertad. La danza de Salongos en las vísperas de Navidad de 1803 constituye el símbolo eterno de la mujer que prefirió la muerte a la deshonra y la desgracia, dando un nuevo impulso a los combates de los griegos por liberarse de los turcos.

[21](#) Como es sabido, la escribió en 1905 y recibió muchísimas críticas negativas en los medios literarios. Prevelakis dice que está llena de un erotismo exacerbado, apoteosis de la muerte, culto sentimental y adoración romántica del yo, con una clara influencia de D'Annunzio, tanto en las florituras del estilo como en las concepciones del héroe.

[22](#) Una de las figuras más atractivas del mundillo de las letras parisinas del principio del siglo XX. Desde 1879 hasta poco antes de su muerte, en 1944, aquel al que en los cenáculos parisinos llamaban «el confesor de las duquesas» frecuentó con tenacidad el mundo literario y artístico de París. Se le atribuía la conversión al catolicismo de cantidad de escritores ateos, protestantes y judíos.

[23](#) Lo que el guía describe como tauromaquias eran *taurocataptasias*, saltos en los que un acróbata se agarraba a los cuernos del toro para saltar sobre él.

XVII

Peregrinación a Grecia

Mi padre me había prometido un año de viaje a donde yo quisiera si obtenía mi título con la máxima calificación. El premio era importante, me entregué de lleno al estudio; un amigo mío cretense, endiabladamente inteligente, tenía que examinarse conmigo. Llegó el día crucial, nos dirigimos a la Universidad, los dos íbamos nerviosos; yo lo sabía todo y en ese momento no me acordaba de nada; mi memoria se había quedado en blanco, me aterroricé.

—¿Te acuerdas de algo? —me preguntó mi amigo.

—De nada.

—Ni yo. Vamos a la cervecería, bebamos para ponernos de buen humor, nuestra lengua se desatará. Mi padre iba así a la guerra, piripi.

—Vamos.

Bebimos sin parar, nos pusimos contentos.

—¿Cómo ves el mundo? —me preguntó mi amigo.

—Doble.

—Yo también. ¿Puedes caminar?

Me levanté, di unos pasos.

—Sí, puedo —respondí.

—Entonces, vamos. ¡Tiembla, Derecho romano!

Nos pusimos en marcha, al principio, con el brazo echado sobre el hombro del otro, luego nos sentimos seguros y cada uno caminó solo.

—¡Salud, gallardo Baco! —grité—. Échale la zancadilla a Justiniano, tumbalo al suelo junto con sus *Pandectas*.

—¿Por qué invocas a Baco? —me dice mi amigo—. No hemos bebido vino, hemos bebido cerveza.

—¿Estás seguro?

—¿No me crees? Volvamos a preguntar.
Volvimos.

—Cerveza, cerveza —nos respondió el tabernero, y se echó a reír—. ¿Dónde vais, muchachos?

—A examinarnos de Derecho.

—Voy con vosotros, me divertiré un poco.

Se quitó el delantal y nos siguió. Los profesores nos parecieron mosquitos, así como estaban, sentados en sus altos sillones, alineados, esperándonos; nuestra mente chisporroteaba. Con muy buen humor, con un desenfado un tanto descarado, mezclando a cada paso máximas latinas, respondimos, hablamos por los codos, los dos sacamos sobresaliente.

Nuestra alegría era inmensa; mi amigo hacía proyectos de abrir un bufete de abogado en Creta y dedicarse a la política, y yo estaba contento porque se me abría una puerta para marcharme. Uno de los mayores deseos de mi vida ha sido siempre viajar; ver, tocar tierras desconocidas, zambullirme y nadar en mares ignotos, recorrer el mundo, mirar, mirar, y no saciarme de ver tierras, mares, hombres e ideas nuevas, y verlo todo por primera vez, verlo todo por última vez, con una larga mirada y luego cerrar los ojos y sentir que las riquezas se depositan en mí calmada o tempestuosamente, como quieran, hasta que el tiempo las pase por su fino cedazo y de todas las alegrías y todas las penas sólo quede la flor —esta transmutación del corazón es, creo yo, un gran gozo, un gozo digno del hombre—.

Hacía años que el canario, el pájaro mágico que mi padre me había regalado cuando era niño por Año Nuevo, había estirado la pata; o mejor dicho, me avergüenzo de que se me haya escapado esa expresión, «estirar la pata», quería decir «había muerto». O mejor aún, había entregado su canto al Señor. Lo habíamos enterrado en el pequeño jardín de nuestro patio, mi hermana lloraba, pero yo estaba tranquilo porque sabía que mientras viviera no lo dejaría morir. «No te dejaré morir —mascullaba mientras lo cubría con tierra—. Viviremos y viajaremos juntos».

Y cuando me hice mayor y me marché de Creta y empecé a vagabundear por la corteza de la Tierra, siempre sentía el canario enganchado en mi coronilla, cantando y repitiendo sin cesar el mismo estribillo de la canción: «Levántate, vámonos, ¿qué hacemos aquí? No somos ostras, somos pájaros, levántate, vámonos». Mi cabeza se había convertido en un globo terráqueo y el canario estaba posado encima, levantaba el tibio cuello al cielo y cantaba.

He oído decir que antiguamente las mujeres turcas se alineaban todas las tardes en los jardines del harén, recién lavadas, perfumadas, con el pecho descubierto, y que el sultán bajaba a elegir. Llevaba en la mano un pañuelito, lo metía en la axila de cada una de ellas y luego lo olía y elegía a la mujer cuyo perfume le gustaba más aquella tarde.

Así se alinearon ante mí las diferentes zonas de la tierra.

Rastreo el mapa con mirada ávida y codiciosa. ¿Dónde ir? ¿Qué tierra, qué mar ver primero? Todas las regiones extienden sus brazos y me invitan. Gracias a Dios, el mundo es grande, digan lo que digan los pusilánimes, la vida es larga, tenemos tiempo de ver todas las regiones y disfrutar de ellas.

¡Empecemos por Grecia!

* * *

Mi peregrinación por Grecia duró tres meses. Montañas, islas, pueblos, monasterios, costas. Incluso ahora, después de tantos años, al evocarlos, mi corazón se agita, feliz e inquieto; es una gran dicha recorrer y ver Grecia; una dicha y un martirio.

Recorría Grecia y palmo a palmo veía con mis propios ojos, tocaba con mis manos lo que el pensamiento abstracto no puede ver ni tocar: cómo la fuerza se combina con la gracia. Creo que jamás, en ninguna parte de la tierra, se han fundido de forma tan orgánica estos dos componentes de la perfección, Ares y Afrodita, como en la austera y risueña Grecia. Unos paisajes de Grecia son adustos y orgullosos, otros femeninos y llenos de ternura, otros serios y al mismo tiempo, risueños y afables. Pero por todos ellos ha pasado el espíritu, y con un templo, un mito,

un héroe, les ha dado el alma que mejor les va a cada uno. Por eso, el que viaja por Grecia y tiene ojos para ver e inteligencia para reflexionar viaja de una victoria espiritual a otra victoria espiritual, en una mágica unidad inquebrantable. El espíritu — aquí en Grecia se tiene la certeza— es la prolongación y el esplendor de la materia, y el mito, la expresión simple y sintetizada de la realidad más positiva. El espíritu ha caminado durante años sobre las piedras griegas y dondequiera que uno va percibe sus huellas divinas.

Algunos paisajes de Grecia participan de una doble sustancia y también tiene una doble sustancia la emoción que provocan. La rudeza y la ternura coexisten una junto a la otra, se complementan entre sí y se unen como el hombre y la mujer. Un ejemplo de esa doble fuente de ternura y rudeza es Esparta. Ante ti, el Taigeto, legislador arrogante y severo, lleno de barrancos, y abajo, feraz, seductora, la llanura echada a sus pies, como una mujer enamorada. De un lado, el Taigeto, el monte Sinaí de Grecia, donde el dios implacable de la Raza dicta sus duros mandamientos: la vida es un combate, la tierra es un campamento militar, vencer es tu único deber. No duermas, no te acicales, no rías, no hables, uno solo es tu objetivo: la guerra, ¡lucha! Y del otro lado, a los pies del Taigeto, Helena. En los momentos de crispación, en los que desprecias la dulzura de la tierra, de repente, el aliento de Helena te aturde la mente, como la fragancia de un limonero en flor.

¿Es realmente tan suave y sensual esta llanura de Esparta? ¿Es tan embriagador el olor de sus adelfas? ¿O acaso todo este embrujo brota del cuerpo de Helena, tantas veces amado, errante tantas otras? Indudablemente, el Eurotas no tendría hoy esa gracia seductora si no se uniera, como un afluente, al mito inmortal de Helena. Porque lo sabemos bien: tierras, mares, ríos están indisolublemente unidos con los grandes nombres amados y, ya inseparables, se vierten con ellos en nuestro corazón. Al pasear por las humildes orillas del Eurotas uno siente que sus manos, sus cabellos, sus pensamientos se impregnan del aroma de una mujer que es producto de la fantasía pero mucho más real, mucho más tangible que la mujer que amas y tocas. Hoy el

mundo se anega en sangre, las pasiones estallan en el infierno de la anarquía contemporánea y Helena se yergue, inmortal, intacta, en el aire de los exquisitos versos, inmóvil, y el tiempo fluye ante ella.

La tierra exhalaba su aroma y de los azahares pendían gotas de rocío que jugueteaban al sol. De pronto comenzó a soplar una suave brisa y una flor cayó en mi frente y me mojé de rocío; me estremecí como si me hubiera tocado una mano invisible y toda la tierra se me mostró bajo la apariencia de Helena, llorosa y risueña a la vez, recién bañada. Levantaba sus peplos bordados de azahar y con la mano en los labios, virgen permanentemente renovada, seguía a un hombre, el más poderoso, y cuando alzaba su tobillo de nieve, resplandecía su pie ensangrentado.

¿Qué habría sido aquella Helena si la inspiración de Homero no hubiese pasado por ella? Una mujer hermosa, como tantas otras que han pasado por la tierra y han desaparecido. La habrían raptado, como todavía raptan, a menudo, a las muchachas hermosas en nuestros pueblos de las montañas. Y aunque este rapto hubiese provocado una guerra, guerra, mujer y muerte, todo ello, se habría perdido si el Poeta no hubiese tendido la mano para salvarlo. Al poeta debe Helena su salvación; a Homero debe este pequeño regato, el Eurotas, su inmortalidad. La sonrisa de Helena está esparcida por todo el aire de Esparta. Más aún, Helena ha entrado en nuestra sangre, todos los hombres la han recibido en comunión; todas las mujeres siguen brillando con su brillo. Helena se ha convertido en un grito erótico que atraviesa los siglos y despierta en cada hombre el deseo del beso y de la perpetuación y transforma en Helena a la mujercilla más insignificante que tenemos en los brazos.

Gracias a esta reina de Esparta el deseo adquiere altos títulos de nobleza y la misteriosa nostalgia de un abrazo desaparecido dulcifica la bestia que hay en nosotros. Lloramos, reímos, y Helena vierte una pócima mágica en el vaso en que bebemos, y olvidamos el dolor; tiene en la mano una flor, y su perfume aleja las serpientes; toca a los niños feos y los hace bellos; cabalga sobre el macho cabrío del altar de Dionisos, balancea el pie con

la sandalia desatada y el mundo entero se transforma en una viña. El viejo poeta Estesícoro pronunció un día feas palabras sobre ella en una oda y al punto perdió la vista; entonces, tembloroso, arrepentido, cogió la lira, se presentó ante los griegos en una gran fiesta y cantó la célebre palinodia:

Lo que dije de ti no es verdad, Helena;

Tú no te embarcaste en las rápidas naves.

No fuiste tú la que llegó a la ciudad amurallada de Troya.

Y rompió a llorar, levantando las manos; y de repente, inundada por sus lágrimas, la luz descendió a las cuencas de sus ojos.

Nuestros antepasados celebraban competiciones de belleza, las *Heleneas* .

En verdad, la tierra es una palestra y Helena es el premio inalcanzable, más allá de la vida, inexistente quizá, un espectro, tal vez una hazaña. Una tradición apócrifa revelaba a los iniciados que los aqueos no habían combatido en Troya por la verdadera Helena; en Troya sólo había estado su imagen. La verdadera Helena se había refugiado en Egipto, en un templo divino, apartada del aliento de los hombres. Quién sabe, quizá también nosotros luchamos, lloramos y nos matamos aquí en la tierra, por la simple imagen de Helena. Las sombras del Hades revivían cuando bebían la sangre de los vivos, esta sombra de Helena que lleva miles de años bebiendo tanta sangre, ¿no podrá revivir alguna vez? ¿No se reunirá jamás la imagen con su carne para que de este modo podamos estrechar un día un cuerpo verdadero, cálido, una verdadera Helena?

El Taigeto, Helena. El fiero guerrero y su esposa. Me había quedado completamente ensimismado entre las adelfas del Eurotas, aspirando el perfume de Helena, me sentí avergonzado. Y una mañana me encaminé al Taigeto para respirar un aire más viril.

La alegría de la montaña, el olor a pino, las piedras ardientes, los halcones que planeaban sobre mi cabeza y la imbatible soledad reconfortaban mi corazón. Trepé durante horas y me

sentía feliz. A eso del mediodía se amontonaron negros nubarrones, se oyeron truenos sordos. Inicié el descenso, saltaba de peña en peña, sentía que la tormenta venía detrás de mí, intentaba correr más que ella para que no me alcanzara. Pero de repente, los pinos se sacudieron, el mundo se oscureció, me rodearon los relámpagos; el viento huracanado me había alcanzado. Me eché de bruces al suelo para no ser derribado, cerré los ojos y esperé. La montaña entera temblaba; dos pinos a mi lado fueron partidos y cayeron con gran estruendo; el aire olía a azufre y de pronto, se desencadenó un fuerte aguacero; el viento cayó y enormes brazadas de agua se desprendieron del cielo; el tomillo, la ajedrea, la salvia, azotados por la lluvia, expandieron su perfume y toda la montaña se llenó de aromas.

Me levanté y empecé a descender; estaba feliz por sentir el agua golpear mis manos, mi rostro, mis cabellos. El dios Invasor caía con toda su fuerza sobre su esposa, la Tierra. Ella se angustiaba, cacareaba y se abría en mil grietas para recibir las aguas viriles. Al poco rato el cielo aclaró, la luz se hizo intensa, todo había terminado y el cuclillo comenzó a proclamarlo. Se ponía el sol en ese instante y abajo, a lo lejos, divisé en la cima de la colina que domina Mistrás las ruinas del *castro* franco de Villarduino [24](#) . Todo el cielo se había vuelto verde y oro.

Al día siguiente, a través de cipreses y huertos fui en peregrinación a la Pompeya de Grecia, Mistrás. Esta colina sagrada donde nació la Grecia moderna tiene todos los encantos palmarios y secretos que pueden seducir el alma más difícil; limoneros, naranjos, tortuosas callejuelas, niños medio desnudos jugando, mujeres que van por agua, muchachas que bordan sentadas bajo los árboles en flor. La vida ha vuelto a prender en esta tierra y se empeña en ocupar de nuevo toda esta colina atávica. Es el primer cinturón verde habitado de Mistrás. Se avanza un poco y empieza ya la cuesta polvorienta, sin árboles, se pasan casas en ruinas y se llega a las graciosas iglesias bizantinas abrasadas por el sol, la Peribleptos, la Metropolitana, los santos Teodoro, el Afendicó, la Pandanasa. Es la segunda zona de Mistrás, decorada esta vez con iglesias.

Tenía sed, entré en el monasterio de mujeres de la Pandanasa para que las monjas me dieran un vaso de agua. El patio reluce, las celdas enjalbegadas, impolutas, los canapés están recubiertos de mantas de lana bordadas. Las monjas salen a recibirme; unas entorpecidas por el reuma, otras, las jóvenes, pálidas, porque trabajan mucho para vivir, hacen vigili­as y rezan y no pueden comer hasta saciarse. Cuando tienen tiempo libre se inclinan sobre sus bastidores y bordan motivos tradicionales —pequeños cipreses, cruces, macetas con claveles, monasterios y también rositas de seda roja—. Te invade la tristeza cuando exhiben ante ti orgullosas estos bordados como si te mostraran su ajuar, sonr­ien; no hablan, pero tú sabes bien que no hay novio.

A la luz verde y dorada del atardecer, la Pandanasa refulgía como un cofre de nácar bizantino trabajado con esmero y amor para guardar el aliento fragante de la Virgen. ¡Qué unidad, qué concentración de formas y qué gracia desde la base misma hasta la erótica curvatura de la cúpula! Este gracioso templo vivía, todo él, y respiraba sereno, como un cálido organismo vivo. Todas las piedras, los relieves, las pinturas e incluso las monjas vivían como si fueran elementos orgánicos del monasterio de mujeres, como si todo hubiese nacido a la vez, de una misma pulsión creadora, un mediodía.

Nunca hubiera esperado encontrar en las pinturas bizantinas tanta dulzura, tan cálida comprensión humana. Hasta ese momento sólo había visto salvajes figuras de ascetas que sostenían un pergamino con letras rojas y nos gritaban que despreciáramos la naturaleza y nos fuéramos al desierto a morir para salvarnos. Pero ahora estos colores, las figuras dulcísimas, Cristo que entra en Jerusalén a lomos del humilde jumento, sonriente, lleno de bondad, y detrás los discípulos con palmas y el pueblo que los mira extasiado, como una nube que pasa y se disipa. ¡Y el ángel de bronce verde que vi en el Afendicó, gallardo, con cabellos rizados, atados con una ancha cinta, con paso impetuoso y rodilla redondeada y firme! Se diría que es un novio que va... ¿adónde va con tantos bríos y tanta alegría?

En ese momento, la campana empezó a tañer lentamente, lentamente, dulcemente, para la vigilia del Viernes Santo. Entré en la acogedora nave de la iglesia; en el centro, el Epitafio cubierto de flores de azahar y, tendido sobre las flores, el cuerpo del que muere y resucita sin cesar. En otro tiempo lo llamaban Adonis, ahora, Cristo. Arrodilladas a su alrededor, mujeres pálidas, vestidas de negro, inclinadas sobre él, lo lloraban. Toda la iglesia olía a cera, como una colmena; recordé las otras sacerdotisas, las Abejas [25](#) , en el templo de Artemis en Éfeso; recordé el templo de Apolo en Delfos, construido con cera y plumas [26](#) ...

Súbitamente estalló el lamento de las mujeres y el incontenible *miroloi* . Yo sabía que el dolor de los hombres resucitaría a Dios, sin embargo, allí, en el reino de Helena, mi corazón no estaba dispuesto a lamentarse; me levanté, el día conservaba aún un poco de luz, empecé a subir la cuesta jalonada de casas señoriales en ruinas, de torres caídas por el suelo, con una corona de piedra en la cima, el célebre *castro* de Villarduino. La puerta de la fortaleza estaba abierta, los patios, desiertos; subí las escaleras a punto de desplomarse, llegué a las aspilleras; bandadas de cuervos sorprendidos levantaban el vuelo. Contemplé abajo la fértil llanura y el humo que ascendía de las casitas bajas. Se oyó el chirrido de una carreta, una canción llena de pasión, el aire suspiró todo él, y se llenó de espectros. Resucitaron las rubias princesas hijas de los francos, los caballeros enfundados en hierro que habían venido aquí, al Peloponeso, para conquistarlo, se habían casado con jóvenes *romeas*, habían sido injertados de sangre griega y olvidaron su patria. Los conquistadores, gracias a nuestras mujeres, las de piel morena, cabellos negros y grandes ojos, habían sido conquistados.

Unos días después disfruté de otro paisaje. Se atraviesa el lecho seco de un torrente, sombreado de plátanos, florecido de mimbre, se sube una abrupta montaña perfumada de ajedrea y tomillo, sin un pueblo, sin hombres, sin cabras ni ovejas, un desierto. Y de repente, en un recodo de la montaña, se yergue ante tus ojos inesperadamente el célebre templo de Apolo en

Basae, en el corazón del Peloponeso. Nada más encontrarte frente a él, hecho como está de las mismas piedras grises de la montaña, sientes la profunda correspondencia que existe entre el paisaje y el templo. Como un trozo de la propia montaña, piedra de su piedra, aparece el templo, perfectamente incrustado entre las rocas, una roca, también él, pero una roca sobre la que ha pasado el espíritu. Tal como han sido talladas y colocadas las columnas del templo, expresan la esencia de toda esta austeridad y toda esta soledad propia de la montaña. Se diría que el recinto sagrado, cerrado en todo su perímetro, es la cabeza del paisaje, donde, bien protegido, vela su espíritu. Aquí, el arte antiguo, prolongando y expresando perfectamente el paisaje, no te causa sorpresa; hábilmente, con calma, por un sendero humano, te hace subir, sin jadear, hasta la cima. Parece que la montaña entera, en sus moles tenebrosas desde hace siglos, anhelara expresarse y nada más conseguir este templo de Apolo se hubiera aliviado. Al decir se hubiera aliviado quiero decir que hubiera cobrado sentido, un sentido propio, y se hubiera llenado de dicha.

Al recorrer la tierra griega comprendía cada día mejor que la civilización helénica no era algo flotando en el cielo, una flor sobrenatural; era un árbol que había arraigado profundamente en la tierra y se nutría de barro y lo convertía en flores. Y cuanto más barro absorbía, más se perfeccionaba y más rica era su floración. La famosa simplicidad antigua, la armonía y la serenidad no eran las virtudes naturales, adquiridas sin esfuerzo, de una raza simple y equilibrada; eran logros difíciles, el botín ganado en duros y peligrosos combates. La serenidad griega es compleja y trágica; es el equilibrio de fuerzas salvajes antagónicas que han logrado reconciliarse tras una lucha larga y penosa para llegar allí donde dice un místico bizantino, a la ausencia de esfuerzo; es decir, a la cumbre del esfuerzo.

Lo que aligera e inmaterializa las montañas, los pueblos y la tierra de Grecia es la luz. En Italia la luz es suave, femenina; la luz de Jonia es dulcísima, llena de pasiones orientales, en Egipto es densa y voluptuosa; la luz de Grecia es puramente espiritual. Gracias a esta luz el hombre alcanzó la visión clara, impuso

orden al caos y lo convirtió en cosmos. Y cosmos quiere decir armonía.

Una viejecita salió de la cabaña del guarda; tenía en la mano dos higos y un racimo de uvas; eran las primeras que habían madurado en aquella alta meseta y quería regalármelas. Era una ancianita dulce, enjuta, risueña, que seguramente había sido hermosa en su juventud.

—¿Cómo te llamas, abuela? —le pregunté.

—María.

Pero al ver que yo cogía un lápiz para anotar su nombre, extendió la mano arrugada para detenerme.

—Mayiritsa... —dijo, con la coquetería de una jovencita—, Mayiritsa...

Parecía que quería, ya que su nombre iba a ser perpetuado por la escritura, salvar su otro nombre, el nombre cariñoso, que debía despertar en su memoria dulces momentos de su vida.

—Mayiritsa... —repitió, como si temiera que yo no lo hubiera oído.

Me alegré de ver la condición femenina bien arraigada incluso en el cuerpo más deteriorado.

—¿Y qué hay por aquí? —le pregunté.

—¿No lo ves? Piedras.

—¿Y por qué vienen a verlas desde el otro extremo del mundo?

La vieja dudó un instante; bajó la voz.

—¿Eres extranjero? —me preguntó.

—No; griego.

La viejecita se animó, se encogió de hombros:

—¡Los francos son idiotas! —dijo, y se echó a reír.

No era la primera vez que veía a viejas que guardan templos antiguos o iglesias famosas con iconos milagrosos reírse incrédulas de los santos o de los demonios de mármol antiguos que guardaban. Se diría que a fuerza de frecuentarlos cada día ya no les imponían.

La vieja Mayiritsa me miraba satisfecha pellizcar el racimo de uvas un poco agrias que me había dado.

—¿Y qué piensas de la política? —le pregunté para picarla un poco.

—¡Ay!, hijo mío —me respondió, con una suficiencia inesperada—, hijo mío, nosotros aquí estamos muy alto, lejos del mundo y no oímos su barullo.

«Nosotros», es decir, «el templo y yo», y decía «lejos del mundo» con el tono de orgullo con que hubiera dicho «por encima del mundo». Me sentí feliz. Esta frase de la vieja había colmado mi corazón más que el templo.

Me paseaba entre las columnas; había llovido hacía dos días y todavía quedaban charcos de agua impoluta en las cavidades de los mármoles rotos. Me inclinaba y veía pasar sobre el agua, como espectros, nubes blancas algodonosas. Había leído que en el Extremo Oriente a veces se adora así a la divinidad, en una cárcava llena de agua por encima de la cual pasan las nubes.

Al bajar a la llanura vi a un viejo arrodillado en las piedras, inclinado sobre un reguero de agua viéndola correr, su rostro estaba sumido en un éxtasis indecible. Parecía que nariz, boca y mejillas habían desaparecido y que no le quedaban más que dos ojos que contemplaban el agua deslizarse entre las piedras. Me acerqué a él.

—¿Qué ves, anciano? —le pregunté.

Y él, sin levantar la cabeza, sin apartar la mirada del agua:

—Mi vida, hijo mío —me respondió—, mi vida que se va...

* * *

Todas las cosas en Grecia, montañas, ríos, mares, llanuras, «se humanizan» y hablan al hombre un lenguaje casi humano. No lo aplastan, no lo atormentan, se hacen amigos suyos, colaboradores. El grito confuso, turbio, de Oriente al pasar por la luz de Grecia se clarifica, se humaniza, se convierte en Palabra. Grecia es el filtro que con gran esfuerzo decanta la bestia y la transforma en hombre, como transforma en libertad la esclavitud oriental y en pensamiento lúcido la embriaguez bárbara. Dar un rostro a lo que no tenía rostro, una medida a lo que carecía de ella, equilibrando las fuerzas ciegas en conflicto, esta ha sido la

misión de esta tierra y este mar atormentados que se llaman Grecia.

Es un auténtico placer, una gran riqueza, recorrer Grecia. La tierra griega está tan regada con lágrimas, sudor y sangre y las montañas griegas han sido testigos de tanto esfuerzo humano que se nos erizan los vellos al pensar que en estas montañas y en estas costas se ha jugado el destino de la raza blanca; se ha jugado el destino del hombre. Seguramente en una de estas costas llenas de gracia y de juegos de luz tuvo lugar el milagro de la transustanciación del animal en hombre. A una de estas riberas griegas debió arribar un día la oriental Astarté, con tantas mamas como la cerda, y los griegos recogieron la estatuilla bárbara de madera toscamente tallada, la purificaron del elemento animal, le dejaron sólo dos senos y le dieron un cuerpo humano lleno de nobleza. Los griegos tomaron de Oriente el instinto primigenio, la embriaguez orgiástica, el grito bestial, Astarté, y transformaron el instinto en amor, el mordisco, en beso, la orgía, en culto religioso y el grito, en palabra erótica.

Astarté se convirtió en Afrodita.

La posición, no sólo geográfica sino también espiritual de Grecia le confieren una misión y una responsabilidad misteriosas. Dos corrientes imposibles de contener chocan en sus tierras y en sus mares; esta es la razón por la que Grecia ha sido siempre un punto geográfico y espiritual agitado por turbulencias incesantes. Esta situación geográfica fatal ha tenido una influencia fundamental en el destino de Grecia y del mundo.

Miraba, olía, tocaba Grecia recorriéndola a pie, completamente solo, con una vara de olivo en la mano y una mochila al hombro. Y a medida que Grecia penetraba en mí, sentía más profundamente que la misteriosa sustancia de la tierra y del mar griegos es música. A cada instante el paisaje griego, a la par que permanece el mismo, cambia ligeramente: hace ondular su belleza, se renueva; hay una unidad profunda y a la vez una variedad permanentemente renovada. ¿Acaso el mismo ritmo no gobierna el arte antiguo que nació al contemplar, al amar, al sentir, y al expresar el mundo visible de su alrededor? Observad una obra griega de la gran época clásica; no está inmóvil, un

imperceptible hálito de vida la recorre, oscila, como las alas del halcón cuando se detiene en lo alto del cielo y nos parece inmóvil. Así es como la estatua antigua tiene vida, se mueve imperceptiblemente; continuando la tradición, preparando el camino futuro del arte, mantiene en equilibrio, en un instante inmortal, el curso de triple esencia del tiempo.

* * *

Los griegos han santificado cada palmo de esta tierra con su esfuerzo, lo han subordinado a un alto sentido y este sentido forma ya parte de su esencia; por medio de la belleza y la pasión contenida, transformaron su física en metafísica; apartaron la vegetación, la tierra y las piedras y descubrieron escondida en lo más hondo, fresca, su alma. Y a esta alma le dieron un cuerpo: unas veces un gracioso templo, otras veces una leyenda y otras, un alegre dios local.

Contemplé durante horas el sagrado paisaje de Olimpia. Nobleza, reflexión serena, un valle risueño, acogedor, entre pequeñas montañas amansadas, protegido del áspero viento del norte, del abrasador viento del sur, abierto hacia el mar sólo por poniente, por donde llega remontando la corriente del Alfeo la fresca brisa marina. No existe en Grecia un paisaje que tan pertinaz y dulcemente, con tanta insistencia, incite a la paz y a la conciliación. Con ojos certeros, los antiguos lo habían elegido para que aquí se reunieran cada cuatro años todas las tribus griegas hermanadas. Y al elegirlo, lo llenaron de sentido y multiplicaron su paz y su influjo conciliador.

Celos, odios, guerras civiles desgarraban Grecia; regímenes democráticos, aristocráticos, tiranías se aniquilaban unos a otros; los valles cerrados, las islas lejanas, las costas solitarias, los pequeños estados independientes constituían un organismo unitario y policéfalo cuyos miembros se odiaban mutuamente y en cuyos pechos borbotaban las pasiones. Y de repente, cada cuatro años, en el verano, unos heraldos coronados, los *spondoforoi*, partían de este sagrado valle y llegaban hasta los confines del helenismo y proclamaban la *hierominía* de las

competiciones, la tregua, invitando a amigos y a enemigos a participar en los Juegos de Olimpia. Y atletas de todo el Peloponeso y de la Grecia continental, de Macedonia, de Tesalia, del Epiro y de Tracia, de las costas del Mar Negro, de Asia Menor, de Egipto, de Cirene, de la Magna Grecia y de Sicilia acudían a la sagrada cuna panhelénica de los Juegos. Los esclavos no eran admitidos y tampoco los criminales ni los bárbaros ni las mujeres. Únicamente los griegos libres.

Ningún pueblo había comprendido de forma tan perfecta el valor oculto y manifiesto de la competición atlética. Una vez que la vida logra vencer en la lucha cotidiana a los enemigos que la rodean —fuerzas de la naturaleza y animales salvajes, el hambre, la sed, la enfermedad— a veces ocurre que le sobra fuerza. Esta fuerza sobrante intenta consumirla compitiendo. La civilización comienza en el instante en que comienza la competición atlética. Mientras la vida lucha por conservarse, por protegerse de los enemigos, por mantenerse sobre la corteza de la tierra, no surge la civilización. Nace en el momento en que la vida tiene satisfechas sus primeras necesidades y comienza a disfrutar de un poco de descanso.

¿Cómo emplear este descanso? ¿Cómo repartirlo entre las diferentes clases sociales? ¿Cómo multiplicarlo y ennoblecerlo al máximo? Por la solución que cada pueblo da a estos problemas se juzga la valía y la esencia de su civilización.

Deambulo entre las ruinas del *altis*, miro y remiro, gozoso, las piedras calizas con las que se construyeron los templos. Los cristianos las destrozaron, los terremotos las derrumbaron, las lluvias y las inundaciones del Alfeo deterioraron su extraordinaria policromía. Quemaron las estatuas y las hicieron cal, son pocas las que han llegado hasta nosotros, pero suficientes para consolar aún nuestra mente. Recojo dos o tres ramitas de menta que ha nacido en el hueco donde se dice que se erguía la estatua crisoelefantina de Fidias y mis dedos se impregnan de su aroma secular.

Aquí, en este mítico lugar, antes que los hombres habían luchado los dioses. Zeus combatió con su padre, Cronos, para arrebatarse el reino. El dios de la luz, Apolo, venció a Hermes en

la carrera y a Ares en el pugilato. La inteligencia venció al tiempo, la luz venció a las fuerzas tenebrosas del engaño y de la violencia. Más tarde, después de los dioses, compitieron aquí los héroes. Pélope, de Asia, venció al sanguinario bárbaro Enomao y le arrebató a su hija, la que doma los caballos, Hipodamia. La cultura de Jonia, avanzada, serena, llena de gracia, venció a los rudos habitantes de este lugar, sometió a los caballos, afirmó el poder del hombre. Y otro héroe, Heracles, después que hubo limpiado los establos de Augias, vino aquí y ofreció grandes sacrificios al nuevo dios, Zeus. Y con la ceniza que quedó de las incineraciones de las víctimas erigió un altar y proclamó la primera competición olímpica. Sucesivas cenizas de nuevos sacrificios elevaban sin cesar el divino altar, y Olimpia se iba convirtiendo en el gran taller donde las tribus griegas cincelaban sus bronceos cuerpos.

Pero no sólo se esforzaban por hacer bellos estos cuerpos. Los griegos nunca trabajaron el arte por el arte, la belleza siempre tuvo como fin servir a la vida. Los antiguos querían cuerpos bellos para que pudieran contener una mente equilibrada y vigorosa. Más aún, cuerpos que pudieran servir a la ciudad, el más alto fin.

El ejercicio físico era para los griegos una preparación indispensable para la vida social del ciudadano. El ciudadano perfecto era aquel que había podido trabajar su cuerpo en gimnasios y palestras, hacerlo fuerte y armonioso, es decir, bello, y preparado para servir a la Raza. Al mirar una estatua de la época clásica sabemos de inmediato si el hombre que representa es libre o esclavo; su cuerpo lo evidencia. Cuerpo bello y atlético, porte sereno, dominio de la pasión, son las características del hombre libre. El esclavo siempre se representa grueso o enfermizo, con ademanes rudos y no controlados. Dionisos, el dios de la embriaguez, se mantiene sereno, y a su alrededor, sus ayudantes, sus servidores, los Silenos y los Sátiros, completamente ebrios, presentan una actitud obscena e indecente.

Armonía del cuerpo y de la mente, he aquí el supremo ideal del griego. La hipertrofia del uno a costa de la otra se

consideraba propia de los bárbaros. Cuando los griegos iniciaron su declive también comenzó a hipertrofiarse el cuerpo del atleta y a aniquilar su espíritu. Uno de los primeros en denunciar y proclamar el peligro que corría el espíritu a causa del deporte fue Eurípides. Más tarde Galeno sentencia: «comer, beber, dormir, vaciar los intestinos, revolcarse en el polvo y en el barro. Esta es la vida que llevan los atletas». El gran mártir, Heracles, que en los tiempos gloriosos iba de hazaña en hazaña, manteniendo en perfecto equilibrio cuerpo y mente, poco a poco llegó a tener un cuerpo descomunal, una frente estrecha, se volvió bebedor y tragaldabas. Los artistas que en las épocas de esplendor habían creado el modelo ideal de efebo presentan ahora con crudo realismo, pesados y bárbaros, los cuerpos atléticos que ven a su alrededor.

En Grecia, como en todas partes, cuando empieza a imponerse el realismo, la civilización entra en decadencia. Llegamos así a la descreída, realista, carente de ideal sobrehumano y grandilocuente época helenística. Del caos al Partenón, y ahora, del Partenón, de vuelta otra vez al caos. El gran estilo implacable. Se desatan los sentimientos y las pasiones, el hombre libre pierde su autocontrol, se le van de las manos las riendas que mantienen los instintos en un equilibrio firme. Pasiones, desmesura en la expresión del sentimiento, realismo. Los rostros emanan un misterioso y melancólico deseo; las terribles visiones mitológicas se convierten en decoración, Afrodita es despojada de sus ropas, como una simple mujer, Zeus adquiere apostura y elegancia y Heracles vuelve a la condición de bestia. Grecia, después de la guerra del Peloponeso, empieza a desintegrarse, se ha perdido la fe en la patria, triunfa el individualismo. Ahora los protagonistas ya no son el dios o el efebo idealizado, sino el ciudadano rico, con sus placeres y sus pasiones, materialista, escéptico y amante de la diversión. El talento había sustituido a la genialidad y ahora el buen gusto reemplaza al talento. Y el arte se llena de niños y de mujeres coquetas, de escenas realistas y de seres humanos, brutos o cultivados...

Subo el pequeño repecho del Museo; estoy impaciente por ver los dos excepcionales frontones que se han conservado, los *Trabajos de Heracles* y el *Hermes* de Praxíteles. Me apresuro, como si temiera que la tierra fuera a tragarse también estos restos. Se diría que el sublime esfuerzo del hombre transgrede las inhumanas leyes seculares. Nuestra vida y nuestro esfuerzo adquieren así una intensidad trágica y heroica. Sólo disponemos de un instante, convirtamos este instante en una eternidad. Otra inmortalidad no existe.

Cuando me encontré frente a la gran sala del Museo mi corazón recuperó las fuerzas. Gozan de vida aún, iluminados por la serena luz de la mañana, los centauros, los lapitas, Apolo, Heracles, la Victoria. Sentí una enorme alegría. Este mundo se rige por leyes que están al margen de las leyes humanas, sentimos que de un momento a otro, en este tiempo fatal en el que nos ha tocado en suerte vivir, puede caer una bomba y reducir a ceniza los más valiosos trofeos del hombre. La dicha que experimentamos al gozar de una obra de arte se encuentra ya indefectiblemente unida al peligro que se cierne sobre ella de que desaparezca para siempre.

Aquí, al contemplar estos grandes frontones siento cuánta razón tenía cierto sabio del Extremo Oriente cuando definió el objeto del arte del siguiente modo: «Arte es, no la representación del cuerpo, sino la representación de las fuerzas que han creado el cuerpo». Aquí, en el frontón occidental, sobre todo, estas fuerzas creadoras se agitan de forma claramente perceptible bajo la diáfana epidermis. El banquete ya ha terminado, los centauros, ebrios, se han lanzado a raptar a las mujeres de los lapitas. Un centauro adelanta una pata y abraza con ella a una mujer, al tiempo que le aprieta bruscamente un seno. Parece que la mujer se ha desmayado a causa del dolor, pero también por el oculto e inconfesable placer que siente al mismo tiempo. En otro lugar, los combatientes se muerden, se apuñalan, la bestia ha dado rienda suelta a su brutalidad, estalla una furia salvaje, ante nosotros resucitan escenas ancestrales entre un hombre y un pitecántropo. Y sin embargo una misteriosa paz recubre toda esta inquietante pasión primigenia: porque entre estos hombres

enloquecidos, invisible para ambos bandos contendientes, sereno, extendiendo sin más el brazo derecho horizontalmente, se yergue Apolo.

El artista que creó esta sublime escena, pocos años antes del Partenón, había superado ya la ingenua torpeza del artista arcaico, sin haber llegado todavía a la perfección de la época clásica. Se encontraba aún en la tentativa, no había alcanzado la cima, lo abrasaban la pasión y la impaciencia por llegar a la victoria. Había superado un nivel, pero no había llegado todavía al siguiente, corría hacia la meta sin aliento, lleno de empuje. Si este frontón nos conmueve tan profundamente es precisamente porque aún no ha culminado la cima del hombre. La perfección. Se ve que el héroe sufre y lucha todavía.

Y hay otra alegría más: en este frontón puede distinguirse toda la escala jerárquica: el dios, el hombre libre, la mujer, el esclavo, la bestia. El dios está en el centro, en pie, sereno, dueño de su poder, impasible ante el horror que tiene ante los ojos; controla la ira y la pasión, sin embargo, no permanece indiferente porque extiende serenamente el brazo y otorga la victoria a aquel que le gusta. Los lapitas, por su parte, hombres, muestran en la expresión de sus rostros, inalterable, en la medida que pueden, el sello de su condición humana: no aúllan, no están dominados por el pánico. Sin embargo, son hombres, no dioses, por lo que un leve rictus en los labios, una arruga en la frente dejan patente su sufrimiento. El sufrimiento de las mujeres está expresado de forma más evidente, pero en su dolor se percibe un incomprendible y oscuro placer, como si se alegraran, sin quererlo, de ser raptadas por terroríficos elementos masculinos y de que por ellas se derrame sangre. Los esclavos, a su vez, observan la escena cómodamente recostados, carentes de toda rígida contención. En la época en que se esculpía este frontón las figuras recostadas en los extremos no podían representar dioses; los dioses nunca se hubieran reclinado así, olvidando su hierática dignidad. Finalmente, los centauros, las bestias, disolutos, ebrios, se lanzan sobre las mujeres y los niños, aúllan, muerden, carecen de inteligencia para imponer orden a la fuerza bruta y nobleza a la pasión desenfadada.

Es extraordinario este momento en el que todos los niveles de la vida conservan intacta su faz. En este instante hecho de mármol coexisten todos los elementos: la imperturbabilidad del dios, la disciplina del hombre libre, el desenfreno de la bestia, la realista representación del esclavo.

Pocas generaciones después, se impondrán los dos elementos siguientes: se extenderá la pasión realista y deformará a los hombres libres y a los dioses; se aflojarán las riendas, y el arte, al perder la contención, entrará en decadencia. Del dinámico sentido trágico que tiene este frontón de Olimpia y de la serena divinidad del Partenón pasaremos a la desenfrenada y vana retórica de Pérgamo.

Se siente gran gozo al contemplar en este frontón la coexistencia en un destello sintético, en germen, de las tres etapas, la de pre-esplendor, la de esplendor y la de declive. La perfección radica en el difícil y peligroso equilibrio instantáneo sobre el caos: un poco de peso añadido a derecha o a izquierda bastaría para que se derrumbe.

Este frontón nos concede además otra alegría; al contemplarlo nos hacemos la siguiente reflexión: estos relieves fueron esculpidos inmediatamente después de la victoria de los griegos sobre los persas, hecho que provocó en toda Grecia una feliz oleada de alivio, de orgullo y de fuerza. Los griegos tomaron consciencia de su poder, el mundo de dentro y de fuera de Grecia se renovó, dioses y hombres brillaron con luz nueva —era preciso volver a crearlo todo: templos, estatuas, pinturas, tragedias—; era preciso erigir un trofeo que perdurara siglos en honor de las victorias de los griegos contra los bárbaros. ¿Cómo plasmar en la piedra este trofeo?

El artista si es grande ve símbolos inmutables bajo el discurrir de la realidad cotidiana. Detrás de las convulsas y, a menudo, incoherentes acciones de los hombres vivientes percibe con toda nitidez los grandes torrentes que fascinan sus almas. Desplaza a una atmósfera inmortal los hechos efímeros. Para el artista que es grande la representación realista no es más que una deformación y una caricatura de lo eterno.

He ahí por qué los grandes artistas de la época clásica —y no sólo los escultores— al querer immortalizar los triunfos de su época situaron la Historia en un nivel superior, en la atmósfera simbólica de la Mitología. En vez de presentar a los griegos coetáneos suyos luchando contra los persas, presentaron a lapitas y centauros. Y tras los lapitas y centauros reconocemos los dos grandes y eternos adversarios: la inteligencia y la bestia, la civilización y la barbarie. De este modo, un hecho histórico que aconteció en un determinado tiempo se liberó del tiempo y quedó ligado a la raza en su totalidad y a sus ideales primigenios; finalmente, se liberó también de la raza y se convirtió en un trofeo inmortal. Y así, mediante este enaltecimiento simbólico, las victorias griegas fueron elevadas a victorias de todo el género humano.

Igual sucede con las doce metopas que decoraban el templo de Zeus y representaban los doce *Trabajos de Heracles*. Fragmentadas, destrozadas, como han llegado hasta nosotros y como se encuentran expuestas aquí, en las paredes del Museo, ¡qué emoción nos producen y cómo elevan el espíritu a las más altas cotas de orgullo! La inteligencia humana, Atenea, casi niña aún, pero pletórica de vigor, ¡cómo asiste y ayuda al atleta! Así debió saltar desde la Acrópolis, muy poquito antes, a Maratón y a Salamina para apoyar a los griegos. Un poco más allá, sentada en una roca, algo fatigada por el combate, pero orgullosa, ¡cómo mira al atleta que regresa vencedor para ofrecerle su botín, las aves de la laguna Estinfalia! Y en la siguiente metopa, de pie detrás de él, ¡con qué ternura levanta el brazo y le ayuda a sostener el peso de la Tierra!

El himno triunfal que, sin duda, el artista quiso dedicar a sus coetáneos lo desplaza respetuosamente hacia Heracles, el gran antepasado, jefe de la raza, como si dijera: «No somos nosotros, la actual generación, quienes hemos vencido. No; ha vencido el genio de la raza. Ha vencido el atleta antepasado nuestro, obstinado, resuelto. Y este canto de alabanza expresado de forma tan simbólica va aún más allá, se extiende a todo el género humano libre: no hemos vencido nosotros, no ha vencido sólo nuestra raza; ha vencido el hombre que se esfuerza en

domeñar a las bestias, a los bárbaros y a la muerte, avanzando de hazaña en hazaña».

Salí a la puerta del Museo, caminé unos pasos hasta la exedra, bajo un pino. De pronto, una súbita amargura se apoderó de mí: ¿alcanzaremos nosotros, algún día, nuestro propio nivel y el sereno ideal heroico de la antigua Grecia? Cualquier viajero que visita Olimpia, una vez que sale del Museo y se encuentra a la luz de su tiempo, seguramente se hará a sí mismo, sobrecogido, esta pregunta elemental. Sin embargo, para nosotros, los griegos, la amargura es doble, porque nos consideramos descendientes de aquellos antiguos griegos, y sin querer, nos imponemos a nosotros mismos el deber de llegar adonde llegaron nuestros antepasados. Y lo que es más: el deber que tiene cada hijo de sobrepasar a su padre.

* * *

¡Qué felicidad sería para un griego poder recorrer Grecia sin oír gritos coléricos, duros, que suben de la tierra! Sin embargo, para un griego el viaje por Grecia se convierte en un martirio seductor y penoso; cada palmo de tierra griega en el que uno se detiene te sobrecoge: una tumba profunda, llena de capas superpuestas de muertos; voces desacordes que ascienden de la tierra y te gritan, pues de los muertos sólo permanece inmortal la voz, ¿cuál elegir de todas ellas? Cada voz es además un alma, cada alma ansía un cuerpo propio, y tu corazón escucha, se perturba, vacila en decidirse, porque a menudo las almas más amadas no son las más dignas.

Recuerdo aquella mañana en que me detuve al pie de una adelfa en flor de la orilla del Eurotas, entre Esparta y Mistrás. Sentí la terrible lucha secular entre el corazón y la mente. Mi corazón se lanzó, irrefrenable, a resucitar el cuerpo cerúleo, de funesto destino, de nuestro emperador, Constantino Paleólogo [27](#), para hacer retroceder la rueda del tiempo hasta aquel 6 de enero de 1449, cuando aquí, en la cima de Mistrás, Constantino recibió la efímera corona ensangrentada de la Polis [28](#). Innúmeros suspiros atávicos, innúmeros lamentos de la Raza te

impulsan a comprometerte en la acción, pero la mente, implacable, se resiste, vuelve el rostro hacia Esparta, se crispa de rabia, quiere despeñar al pálido emperador por la Ceada [29](#) del tiempo y unirse a los despiadados efebos de Esparta. Porque lo que quiere la mente es aquello que exige el instante terrible en que el azar nos ha hecho nacer, y si quieres que tu vida sea fecunda, debes tomar una decisión que esté acorde con el terrible instante de tu tiempo.

Cuando un griego recorre Grecia su viaje se transforma fatalmente en una dolorosa búsqueda de su deber. ¿Cómo llegar a ser dignos de nuestros antepasados? ¿Cómo continuar la tradición de nuestra raza sin deshonrarla? Una dura responsabilidad cuya voz es imposible acallar pesa sobre tus hombros, sobre los hombros de todos los griegos que están vivos. Incluso el propio nombre encierra una fuerza misteriosa e imbatible. Quien ha nacido en Grecia tiene el deber de continuar la secular leyenda griega.

Un paisaje griego no nos produce a nosotros, los griegos, una simple emoción a causa de su belleza; el paisaje tiene un nombre —se llama Maratón, Salamina, Olimpia, Termópilas, Mistrás—, está ligado a un recuerdo: aquí fuimos deshonrados, allí nos cubrimos de gloria y, de repente, el paisaje se transmuta en una historia llena de lágrimas y tribulaciones. Y el alma entera del peregrino griego se conmociona. Cada paisaje griego está tan regado por glorias y desdichas de repercusión universal, tan lleno de esfuerzo humano, que se eleva en una severa enseñanza a la que no puedes sustraerte; se convierte en un grito, y tienes el deber de escucharlo.

La posición de Grecia es verdaderamente trágica; abrumadora es la responsabilidad del griego de hoy; lleva sobre nuestros hombros un deber peligroso, difícil de cumplir. Nuevas fuerzas ascienden de Oriente, nuevas fuerzas también de Occidente, y Grecia, entre dos impulsos siempre en conflicto, se convierte una vez más en un torbellino. Occidente, siguiendo la tradición de la lógica y de la investigación se lanza a la conquista del mundo. Oriente, impelido por aterradoras fuerzas subconscientes, se precipita también a conquistar el mundo. Y Grecia, en medio de

ambos, encrucijada geográfica y espiritual del mundo, una vez más tiene el deber de reconciliar estos dos inmensos impulsos, encontrando su síntesis. ¿Podrá hacerlo?

Destino sagrado, terriblemente amargo. El final de mi viaje por Grecia estuvo lleno de preguntas trágicas sin respuesta. Partiendo de la belleza hemos llegado a las angustias contemporáneas y al deber de Grecia en nuestro tiempo. Hoy día un hombre que vive, piensa, ama y lucha no puede pasearse y gozar de la belleza despreocupadamente. Hoy la angustia se propaga como un incendio y no hay compañía de seguros que pueda asegurarte contra ella. Combates y te abrasas con la humanidad entera. Y más que todos los demás, combate y se abrasa Grecia. Este es su destino.

* * *

Se cerró el círculo. Mis ojos se habían llenado de Grecia. Mi mente maduró, creo yo, durante estos tres meses. ¿Cuáles fueron mis trofeos más preciados ganados en esta expedición espiritual? Estos, pienso: había visto con más claridad la misión histórica de Grecia entre Oriente y Occidente; había visto que su proeza más sublime no era la belleza sino el combate por la libertad. Había sentido más profundamente el destino trágico de Grecia y lo duro que era el deber del griego.

Creo que inmediatamente después de mi peregrinación a Grecia estaba maduro para entrar en la edad viril, y no era la Belleza quien iba delante de mí y me introducía en las habitaciones de los hombres; era la Responsabilidad.

Este fruto amargo traía en la mano cuando, después de tres meses de viaje, volví a la casa de mi padre.

[24](#) Godofredo Villarduino (o Villehardouin). Caballero y mariscal de campo, escribió la historia de la toma de Constantinopla por los franceses en el año 1205.

[25](#) Las *Melissai* o Abejas eran sacerdotisas de Artemisa y eran dirigidas por el «rey de las abejas» (los griegos no sabían que las abejas tenían reina y no

rey). Las Abejas se asociaron a Éfeso por muchas razones; se decía que las musas en forma de abejas eran las que dirigían a los atenienses que fueron a colonizar esas tierras. La figura de Artemisa mostraba en su cinturón y su falda figuras de abejas, también se encontraron figuras de abejas de oro en excavaciones. Las monedas de Éfeso tenían siempre en alguna de sus caras una abeja.

[26](#) El templo de la Madre Tierra, en Delfos, fue fundado por los cretenses, quienes legaron su música sagrada, su ritual, sus danzas y su calendario a los helenos. El cetro cretense de la Madre Tierra, el *labrys*, o hacha doble, dio el nombre a la corporación sacerdotal de Delfos, los Labriadas, la cual existía todavía en la época clásica. El templo hecho con cera de abejas y plumas se refiere a la diosa como Abeja y como Paloma.

[27](#) Último emperador bizantino (1449-1453), muerto en la defensa de Constantinopla contra los turcos otomanos. Su cuerpo no fue encontrado, por lo que la leyenda dice que no murió y que su vuelta significará la recuperación de Constantinopla por los griegos. Déspota de Morea, fue aclamado emperador en Mistrás, en 1449.

[28](#) Así llamaban los griegos a Constantinopla.

[29](#) Sima por la que los antiguos espartanos despeñaban a los condenados y a los considerados inútiles o con defectos físicos.

XVIII

Italia

Regresé a la casa paterna; allí, en medio del silencio y el cariño de mi madre, bajo la mirada severa de mi padre, iba a revivir mi viaje y a poner orden en mis alegrías y mis penas; la responsabilidad gritaba ahora dentro de mí, ya no podía sustraerme a ella. Las tierras habían hablado, los muertos se habían levantado y Grecia se me había revelado como una Creta a gran escala que luchaba desde siempre —era su destino— por la libertad. ¿Cuál era mi deber? ¿Colaborar con ella, entregar mi vida y mi alma luchando a su lado?

¿De qué, de quién tenía yo que liberarme? Preguntas difíciles que no sabía responder. Sólo sentía que mi combate no estaba en las montañas, con el fusil, para luchar contra los turcos; mis armas eran otras y todavía no podía distinguir cuáles eran mis enemigos. Sólo veía claro esto: tomara la decisión que tomara cumpliría mi deber lo más honestamente posible; de esto estaba seguro, de mi obstinación y de mi honestidad. De nada más.

Recuérdese el día que mi profesor fue a quejarse a mi padre de que yo no obedecía a lo que me decían mis maestros. Mi padre le había respondido —yo estaba presente y lo había escuchado—: «Que no diga mentiras y que no se deje pegar; con esto basta, en todo lo demás, que haga lo que quiera». Estas palabras se habían grabado profundamente en mi mente y creo que mi vida no hubiera sido la misma si no las hubiera oído. Se diría que un instinto misterioso e infalible indicaba a mi padre cómo educar a su hijo; el instinto del lobo que educa al único cachorro de la camada.

No salía de casa; ya no tenía amigos, la *Filikí Etería* era una cometa juvenil y sus alas se habían dispersado en el aire. Dejé a un lado las nuevas preocupaciones que me atormentaban desde

mi peregrinación a Grecia, distraje mi mente estudiando el Renacimiento italiano y las grandes almas que había engendrado; porque había decidido recorrer Italia para agotar el periodo de viaje que mi padre me había regalado.

Y una mañana me separé otra vez de la casa paterna. Mi madre lloraba «¿Hasta cuándo —me decía—, hasta cuándo vas a estar marchándote?». Pero la juventud es implacable; estuve a punto de responderle: «mientras viva, madre, mientras viva, seguiré yéndome». Pero me contuve, besé su mano y el mar me llevó.

Ser joven, tener veinticinco años, disfrutar de salud, no amar a ninguna persona determinada, hombre o mujer, que ponga coto a tu corazón y te impida amar con igual desinterés e intensidad todas las cosas, viajar a pie, completamente solo con una mochila a la espalda, de un extremo a otro de Italia, y que sea primavera y que llegue el verano y luego el otoño y el invierno cargados de frutos y de lluvias, pienso que sería un osado el hombre que pidiera una felicidad mayor.

Creo que nada me faltaba; cuerpo, alma y mente, esas tres fieras, estaban contentas por igual, igualmente satisfechas y felices. Todo el tiempo que duró el viaje de boda con mi alma sentí, como nunca lo había sentido en mi vida, que cuerpo, alma y mente están hechos de la misma tierra. Sólo cuando se envejece, o cuando sobreviene una enfermedad o una desgracia, se separan y entran en conflicto uno con otro; unas veces quiere imponerse el cuerpo, otras, el alma enarbola su bandera y quiere partir, y la mente, desamparada, contempla y constata la falta de unión entre los tres. Pero cuando se es joven y fuerte, ¡cómo se ama a estos trillizos que se alimentan de la misma leche!

Cierro los ojos, regresa la juventud, la armonía vuelve a articularse en mi interior, desfilan ante mí las costas, las montañas, los pueblos, con sus ligeros y esbeltos campanarios y sus pequeñas plazuelas sombreadas, el plátano, el agua que corre, los bancos de piedra alrededor, en los que por la tarde se sientan los viejos, apoyados en su bastón y conversan tranquilamente sobre las mismas cosas, desde hace tantos años, tantos siglos, y el aire en torno a ellos y sobre sus cabezas es

eterno. Y cuando por primera vez vi las pinturas, ¡cómo temblaba mi corazón insaciable! Permanecía largo rato de pie en el umbral, las rodillas trémulas, hasta que se apaciguaban los latidos de mi corazón y podía resistir tanta belleza. Porque lo adivinaba bien, la belleza es despiadada, no eres tú quien la miras, es ella la que te mira a ti y la que no perdona.

Corría de ciudad en ciudad, pinturas, estatuas, iglesias, palacios. ¡Qué avidez, qué ansias! Tenía sed, tenía hambre y no me veía saciado. Un viento erótico soplaba en mis sienes; jamás una mujer ni una idea ni un contacto con Dios, en mi vida posterior, ha producido un gozo tan grande a mi cuerpo. Las preocupaciones abstractas aún no habían hecho presa en mí, disfrutaba viendo, oyendo, tocando; el mundo interior o exterior eran una misma cosa, lo palpaba, era cálido y olía como mi cuerpo. Y si en aquella época hubiera tenido que crear mi Dios, le habría dado un cuerpo de efebo, como un *kouros* arcaico, con una pelusilla espesa en las mejillas, las rodillas robustas, el talle delgado, y sosteniendo en sus hombros un ternero, el mundo.

La manzana de la vida era aquí sólida, sana. Esto no era Grecia. Mi peregrinaje por la tierra griega había sido a menudo doloroso porque esa tierra me era demasiado cercana, demasiado mía; conocía bien su sufrimiento, lo percibía claramente detrás de su hermoso rostro y sufría con ella. Pero aquella era una tierra extranjera, ella también tenía sus sufrimientos, pero yo no los conocía y si los conocía, no me dolían tanto. El rostro de la belleza allí no tenía para mí —eso me parecía— ninguna herida.

Yo era un provinciano sencillo con las mejillas cubiertas aún de una pelusilla, que por primera vez me movía solo y libre en el extranjero y mi dicha era tan grande que a veces —lo recuerdo bien—, el miedo se adueñaba de mí. Porque sabía muy bien que los dioses son celosos y que era *hybris* ser feliz y saberlo. Para conjurar el maleficio recurría a ridículas artimañas con el fin de aminorar mi felicidad. Recuerdo que en Florencia me sentía tan dichoso que me di cuenta de que eso superaba los derechos de los humanos y tuve que buscarme un medio de sufrir. Así pues, me compré un par de zapatos demasiado estrechos; me los

ponía por la mañana y me hacían tanto daño que no podía caminar y andaba a saltitos, como un cuervo chico. Toda la mañana, hasta mediodía, era desgraciado, pero después de comer, cuando me cambiaba de zapatos y salía a pasear ¡qué felicidad! Caminaba ligero, volaba; el mundo volvía a ser un paraíso, recorría las orillas del Arno, cruzaba los puentes, subía a San Miniato, donde por la tarde soplaba una brisa fresca y las gentes paseaban en medio de los últimos rayos de sol que les revestían de oro. Pero a la mañana siguiente, cuando me ponía otra vez los zapatos estrechos, volvía a ser desgraciado y los dioses ya no tenían motivos para intervenir. Yo también pagaba el tributo del hombre.

No tenía preocupación alguna, ningún problema me atormentaba; la manzana de la vida no encerraba ningún gusano. Me bastaban las apariencias, no pretendía buscar si había algo detrás de ellas. En una ocasión, un pintor de la Antigüedad pintó una cortina e invitó a un pintor rival a que viera y juzgara su obra. «Corre la cortina para que vea el cuadro». «La cortina —le respondió el pintor— es el cuadro». Pues bien, la cortina que yo veía ante mí, las montañas, los árboles, los mares, los hombres, eso era el cuadro y yo lo disfrutaba con una alegría franca y glotona.

Mi primera agitación, la de mi adolescencia, había perdido fuerza; había digerido las ideas humillantes de que la Tierra no es el centro del universo y que el hombre desciende de los animales, y él mismo es un animal, más inteligente y más inmoral que sus antepasados. Y la mujer que en un momento dado había venido a perturbar de forma tan violenta mi sangre, desde el instante en que la hube depositado en el papel, no había vuelto a alterar mi armonía. Por más que la razón argumenta y demuestra que la mujer es igual al hombre, que tiene la misma alma, en mi interior, mi corazón ancestral, africano, que desprecia y reniega del espíritu europeizado, rechaza a la mujer, no se fía de ella y no le permite penetrar dentro de mí y posesionarse de mi persona.

Recuerdo a Constandí, un salvaje guarda rural de Creta que vivía como un misántropo y no permitía que ninguna mujer se le

acercara. De repente se oyó decir que Constandí se casaba. «¡Eh, Constandí! —le digo—, ¿qué es eso que he oído? Dicen que te casas». «¡Qué le vamos a hacer, patrón! —me respondió—. Pienso: si me acatarro ¿quién me va a poner las ventosas?».

Otro que se casó a los cincuenta años me había dicho, para justificarse: «¿qué se le va a hacer, muchacho? Yo también quería tener una trenza sobre mi almohada».

Lo dicho, o un adorno o una necesidad.

Libre, sin problemas metafísicos, sin preocupaciones amorosas, mis alegrías permanecieron intactas durante todo aquel viaje de bodas por Italia.

Sin embargo, cuando después de tantos años quiero evocar mis alegrías de entonces, me sorprende: las más espirituales se han sedimentado en el fondo de mí mismo, se han fundido conmigo, no se distinguen ya como recuerdos; de mi memoria han pasado a mi sangre, viven y actúan como impulsos naturales de mi alma. A menudo cuando tomo una decisión, posteriormente me doy cuenta de que no he sido yo quien la ha tomado, sino la influencia que en mí ejerció tal pintura, tal torre salvaje del Renacimiento o aquel verso de Dante, grabado en una callejuela de la antigua Florencia.

Otras alegrías, no espirituales sino más corporales, más cercanas al calor humano, permanecen indelebles en mi recuerdo y me miran con gran ternura y gran aflicción. Y de toda esta gran aventura de mi juventud acaba por no quedar más que un exiguo y humilde botín: una rosa que vi marchitarse en una tapia de Palermo; una chiquilla descalza que lloraba en un sucio callejón de Nápoles, un gato recostado en una ventana gótica de Verona, negro, con grandes manchas blancas... Es un misterio insondable qué recuerdo, de entre todos los que se le ofrecen, va a decidir preservar la memoria del hombre. No sé quién fue el conquistador que en el momento de su muerte suspiró y dijo: «Hay tres cosas que he deseado en la vida y de las que no he podido disfrutar: una casita a la orilla del mar, una jaula con un canario y una maceta de albahaca». Dos recuerdos, entre todos los que conservo de Italia, se han depositado en mí y me

perseguirán hasta la muerte como un gran peso, sin ser yo culpable de nada.

* * *

He aquí el primero:

Estaba a punto de anochecer, había llovido todo el día, un diluvio. Yo llegaba calado hasta los huesos a un pueblecito de Calabria. Tenía que encontrar una lumbre para secarme y una yacija para dormir. Las calles estaban desiertas, las puertas cerradas, tan sólo los perros husmearon un olor no familiar y se pusieron a ladrar en los patios. Los campesinos de allí son salvajes, huraños, recelan de los forasteros. Yo me detenía ante cada puerta, tendía la mano para llamar, pero no me atrevía.

¡Ah, mi difunto abuelo, en Creta, que todas las noches cogía el farol y recorría las callejas del pueblo para ver si había venido algún forastero y llevarlo a casa, darle de comer y ofrecerle una cama donde dormir! Y por la mañana acudía con un cuenco de vino y una rebanada de pan para despedirlo... En las aldeas de Calabria no existían abuelos así...

De repente, a las afueras del pueblo vi una puerta abierta, me agaché, miré: un pasillo medio en penumbra y al fondo, una lumbre encendida y una vieja inclinada ante el fuego que parecía estar cocinando. Silencio, sólo se oía el crepitar de la leña que ardía y olía bien; debía ser pino. Crucé el umbral y entré; tropecé con una mesa larga que estaba en medio, llegué hasta la lumbre. Había un taburete delante, me senté. La vieja estaba acurrucada en otro taburete y removía lentamente el puchero con una cuchara de madera. Me pareció que por un momento, sin volverse, me echó una mirada rápida, pero no habló. Me quité la chaqueta, la puse a secar. Sentía que la felicidad me subía como un calor de los pies a las pantorrillas, a los muslos, al pecho. Tenía hambre y aspiraba ansioso el aroma de los vapores que subían del guiso; debían ser alubias, olían de maravilla. Sentía de nuevo hasta qué punto la felicidad en la tierra está hecha a la medida del hombre, no es un ave rara que perseguimos ora en el

cielo ora en nuestra mente; la felicidad es un ave doméstica de nuestro corral.

La vieja se levantó, bajó dos platos hondos de una repisa que tenía al lado, los llenó y el mundo se inundó del olor de las alubias, encendió un candil y lo puso sobre la mesa larga, trajo dos cucharas de madera, una hogaza de pan negro y nos sentamos uno frente al otro. Se santiguó, me echó una mirada breve, comprendí y me santigué yo también. Comenzamos a comer, los dos teníamos hambre. No dijimos palabra; yo había decidido no hablar, mantenerme a la expectativa. Quizá sea muda —pensaba—, puede que esté loca, una de esas locuras pacíficas e inofensivas que tanto se parecen a la santidad.

Cuando terminamos de comer me hizo la cama sobre un banco, a la derecha de la mesa, me acosté y ella se acostó frente a mí, en otro banco. Afuera llovía a cántaros. Durante un buen rato escuché la lluvia cloquear en el tejado y la respiración de la vieja, serena, tranquila, que se había dormido nada más caer en la cama, debía estar cansada. Poco a poco con el ruido de la lluvia, con la respiración regular de la vieja yo también me fui deslizando en el sueño. Cuando me desperté el sol entraba por las rendijas de la puerta.

La vieja se había levantado ya, había puesto el cazo en la lumbre y preparaba la leche del desayuno. Ahora la miraba a la escasa luz del día; un vejestorio, arrugada como una pasa, encorvada, las piernas hinchadas, a cada paso se detenía y resollaba. Sólo sus ojos brillaban negríssimos, grandes, jóvenes todavía ¡qué bella debió haber sido en su juventud!, pensaba y maldecía el deterioro y el destino del hombre...

Nos sentamos de nuevo uno frente al otro, en silencio, bebimos la leche, me levanté. Me colgué la mochila en la espalda, saqué la cartera... Pero la vieja se sonrojó, tendió la mano.

—¡No! ¡No! —murmuró—. ¡No!

Y como la miraba sorprendido, todo su rostro arrugado resplandeció:

—Adiós —dijo—, que Dios te pague el bien que me has hecho. Desde que murió mi marido es la primera vez que duermo

tan a gusto.

* * *

Y este es el otro recuerdo:

En la primavera llegué a la ciudad más santa de Italia, Asís [30](#). El aire, los tejados de las casas, los huertecitos, los patios estaban llenos de la presencia invisible del Pobrecillo de Asís. Era domingo, las campanas de su iglesia tañían con voz grave, y enfrente, desde una plazoleta, respondían las campanas agudas, de sonido de plata, del monasterio de santa Clara; san Francisco y santa Clara, los dos siempre inseparables, se fundían en el aire, con las voces inmortales que les habían conferido la santidad y la muerte. «¿Cuándo vendrás, padre Francisco, a vernos a nosotras, pobres mujeres, en nuestro monasterio?». «Cuando florezcan las espinas y den flores blancas...». Y hete aquí que desde hace siglos florecen las espinas y desde hace siglos baten sus alas sobre Asís, inseparables ya, el palomo y la paloma de Dios.

Recorría las empinadas y estrechas callejuelas; las puertas se abrían, salían las mujeres —recién lavadas, bien peinadas y oliendo a lavanda—; iban a la iglesia, alegres, apresuradas, a ver y ser vistas. En los países del sol, en primavera, la iglesia es el salón de Dios, sus amigos y amigas acuden, se sientan en sillas puestas en fila y traban conversación, ora con Dios, ora con el vecino o vecina de al lado. El servidor de Dios va y viene, vestido con encajes blancos y una sotana negra y roja, agita la campanilla, salmodia con dulce voz las alabanzas al dueño de la casa, san Francisco. Luego, los invitados se levantan, se despiden y se dirigen a la salida. Era una visita al Santo y había terminado; el cielo ríe feliz, y abajo, en la tierra, abren las tabernas.

Tenía una carta de recomendación para residir en la mansión señorial de la condesa Enriqueta. Me la habían descrito como una anciana aristócrata: «Vive completamente sola, con una fiel criada, Hermelinda, se alegrará mucho de disfrutar de tu compañía». Había sido la señora más hermosa de Asís, había

enviudado a los veintiséis años y desde entonces no había vuelto a conocer varón; poseía grandes propiedades, olivares y viñedos y todas las mañanas montaba su yegua e iba a visitar sus tierras. Pero ahora había envejecido, tenía frío, se quedaba sentada ante el fuego de la chimenea, hablaba poco, siempre estaba triste, como si se hubiese arrepentido de haberse mantenido casta... «Dale conversación, mírala como si aún tuviera veintiséis años, dale un poco de alegría, aunque ya sea demasiado tarde».

Era un tibio día de primavera, las golondrinas habían vuelto, los campos se habían llenado de diminutas margaritas blancas, el aire era cálido y perfumado. Pero la chimenea de la casa señorial estaba encendida y la anciana condesa estaba sentada ante el fuego en una butaca baja, con un pañuelo de seda azul cubriendo sus cabellos blancos. Dejó la carta sobre sus rodillas, se volvió y me miró. Yo estaba acalorado por la cuesta que había subido, llevaba el pecho descubierto, tenía calor; vestía un pantalón corto y mis rodillas brillaban a la luz de la lumbre. Tenía veinticinco años.

—¿Y bien? —dijo la condesa y me sonrió—. Toda Grecia ha entrado en mi casa; bienvenido.

Hermelinda, la criada, llegó con una bandeja, dispuso una mesita baja, colocó sobre ella la leche, la mantequilla, las tostadas, las frutas...

—Me alegro —dijo de nuevo la condesa—. Así no estoy sola.

—Ni yo —le respondí—. En este instante sé lo que significan las palabras nobleza, belleza, bondad.

Las mejillas pálidas de la condesa se sonrojaron, pero no dijo nada. Fugaz como un relámpago, noté una llama en sus ojos; quizá había pensado un instante, con rabia, con pesar: ¡al diablo la nobleza, la belleza y la bondad, sólo juventud, juventud, nada más!

Me instaló en una habitación inmensa, con una cama interminable con dosel de terciopelo; dos grandes ventanas daban a la calle desde las que se veía enfrente el patio del convento de santa Clara, por donde iban y venían, silenciosas, las monjas, con las alas blancas en la cabeza. El campanario, el

tejado, el patio estaban llenos de palomas; todo aquel convento femenino suspiraba de amor como una paloma. «¿Para qué quieren las monjas las palomas? ¿No les da vergüenza? —me dijo un día la condesa—. ¿No las ven? ¿No las oyen? ¿No se escandalizan? ¡Deberían echarlas! ¡O mejor aún, matarlas y comérselas, para librarse de ellas! ¡Y así libramos también nosotros!».

Permanecí tres meses en Asís. San Francisco y la condesa Enriqueta me retenían, no me dejaban irme. ¿Adónde ir? Si el objeto de la vida es la felicidad, ¿para qué irme? ¿Dónde podría encontrar un compañero más seguro, más querido que san Francisco, a quien iba a ver todos los días a su casa? ¿Y una compañera más exquisita que aquella santa Clara viviente, la condesa? Paseaba todo el día por la sonriente Umbría, en medio de viñedos y olivares, seguía las huellas del santo; toda la primavera me parecía una procesión franciscana de *fioretti* rojas, amarillas, blanquísimas. San Francisco con su cortejo de flores ascendía de nuevo de la tierra de Asís y saludaba al hermano Sol, al hermano Viento, a nuestro hermano el Fuego y a nuestra alegre hermanita, el Agua... Y a la condesa, y al joven feliz cretense que estaba a su lado.

Por la noche, agotado, satisfecho, volvía a casa. La chimenea estaba encendida y la condesa me esperaba sentada en su butaca baja, acicalada, ligeramente empolvada, con las manos cruzadas. Siempre triste, de pocas palabras, sus ojos apagados. Pero cuando oía la puerta y sentía mis pasos, su mirada se encendía; me señalaba una butaca junto a ella, tendía la mano, la ponía sobre mi rodilla.

—Habla —me decía—, habla; abre la boca, no te detengas; es mi única alegría.

Y yo abría la boca y le hablaba de Creta, de mis padres, de las vecinas, de las luchas de los cretenses por la libertad, del príncipe Jorge cuando pisó suelo cretense... Toda Creta estaba engalanada con mirtos y laureles y los viejos combatientes, con sus largas barbas, blanquísimas, sus cuerpos llenos de cicatrices, se inclinaban y besaban la mano del príncipe griego... y tropezaban unos contra otros; no veían porque sus ojos

estaban empañados por las lágrimas. Otras veces le hablaba de la irlandesa, de nuestra subida al Psiloritis, de lo que habíamos hecho cuando nos quedamos solos en la iglesia y después, de nuestra separación...

—Pero ¿por qué?, ¿por qué? —preguntaba, sorprendida, la condesa—. ¿No te dio felicidad, la desdichada?

—Sí mucha, por supuesto.

—¿Entonces?

—Precisamente por eso, condesa.

—No comprendo.

—Más felicidad de la que necesita un hombre. Yo estaba en peligro.

—¿En peligro de qué?

—Una de dos: o bien aquella alegría se convertiría en algo habitual para mí, que con el tiempo se apagaría y perdería su valor. O bien no me acostumbraría a ella y seguiría sintiéndola siempre con la misma intensidad, y entonces estaría perdido. Un día vi una abeja ahogada en la miel y comprendí.

La condesa se sumió un buen rato en sus reflexiones.

—Eres un hombre —dijo al fin—, no tienes sólo eso en mente, tienes otras cosas; pero nosotras las mujeres...

Aquella noche no dijimos nada más; permanecimos mirando el fuego, los dos en silencio, hasta medianoche.

A veces me enviaba a Hermelinda a preguntarme:

«¿La condesa puede venir esta tarde a hacerte una visita?».

Entonces yo bajaba inmediatamente, compraba golosinas y flores y la esperaba. A la hora acordada llamaba a mi puerta tímidamente, vacilante, y yo corría a abrirle, entraba, ruborosa, cohibida, como si tuviera quince años y se dirigiera a su primera cita. Durante un buen rato vacilaba, no podía hablar, fijaba los ojos en el suelo y respondía monosílabos, con la voz quebrada. Mi corazón se ahogaba. ¡Cómo vuelven la timidez y la virginidad! ¡Cómo permanecen inmortales en la verdadera mujer y qué brillo desesperado, tremendamente amargo, le confieren en la extrema vejez!

El día de mi partida se colgó de mi cuello y me hizo prometer que volvería a Asís para verla.

—¡Pero pronto! —dijo, e intentó reír, aunque no pudo, sino que sus ojos se inundaron de lágrimas—. Pronto, porque puede que me haya ido...

Nunca decía «morir», decía «irse».

Cumplí mi palabra, unos años después recibí un mensaje de su confesor, don Dionigi: «Venga, la condesa se va».

Estaba en España, envié un telegrama y partí inmediatamente. Llevaba un ramo de rosas blancas. Temblaba al llamar a la puerta de su mansión. ¿Vivía? ¿Había muerto? Abrió Hermelinda; no me atreví a preguntar; le entregué las rosas.

—La condesa lo espera —dijo—, está en la cama; no puede caminar.

Estaba recostada en la cama; la habían peinado, arreglado; le habían puesto un poco de colorete en sus pálidas mejillas y una cinta rosa en el cuello para ocultar las arrugas, y era la primera vez que la veía con las uñas pintadas. Me abrió los brazos, caí en su regazo. Me senté al lado de la cama y la miraba ¡qué hermosa era todavía, con ochenta años, qué dulzura y qué angustia en sus ojos!

—Me voy —dijo quedamente—, me voy...

Yo iba a protestar, para consolarla, pero ella tomó mi mano como para despedirse de mí.

—Me voy... —volvió a murmurar.

Había caído la noche, Hermelinda entró para encender la luz, no la dejó.

—No enciendas, Hermelinda —dijo.

En la penumbra distinguía vagamente un velado resplandor en su rostro y sus ojos se habían convertido en dos grandes oquedades llenas de noche. A medida que la oscuridad se espesaba, yo sentía que la condesa, silenciosa, desesperanzada, se iba...

Unas horas después, hacia medianoche, se había ido.

[30](#) En la memoria del escritor se reduce a un solo viaje a Italia lo que fueron dos. La primera vez viajó a Florencia y Roma, en 1909, a su vuelta de París. El segundo viaje fue en 1924, a Asís, y aquí es donde se confunde de fecha.

En este segundo viaje permaneció diez semanas en casa de la condesa Enriqueta y conoció a Johannes Joergensen, aunque habla de él mucho después. Volverá a Asís en 1932, cuando la condesa se está muriendo. Esta confusión es natural, Casandsakis no está haciendo un relato cronológico de su vida.

XIX

Mi amigo el poeta. El Monte Atos

Es difícil, muy difícil para el alma desprenderse de su cuerpo, el mundo —montañas, mares, ciudades, hombres—; el alma es un pulpo, y todas estas cosas son sus tentáculos.

Italia tomó posesión de mi alma, mi alma tomó posesión de Italia, no nos separamos ya; nos hicimos una misma cosa. No hay en el mundo un poder más imperialista que el alma del hombre. Conquista, se deja conquistar y su imperio siempre le parece estrecho, se asfixia y quiere dominar el mundo entero para poder respirar.

Tal fue mi primer viaje virginal a Europa. Entonces no lo comprendí inmediatamente, pero las fronteras de la provincia habían comenzado a romperse en mí, había visto que el mundo es más rico y más vasto que Grecia y que la belleza, el sufrimiento y la fuerza podían tomar otros rostros además de los que Creta y Grecia les habían dado. ¡Cuántas veces al contemplar los bellos cuerpos que resplandecen como si fueran inmortales en las pinturas del Renacimiento me invadían una tristeza y una indignación insoportables porque todos los cuerpos divinos que habían sido el objeto de aquellas pinturas se habían podrido, se habían convertido en tierra! La belleza y la gloria del hombre no duran más que un destello de luz solar. Habían empezado a abrirse en mí de nuevo las dos grandes heridas... Después de aquel mi primer viaje, la belleza ha dejado siempre en mis labios un sabor de muerte. Así es como se ha enriquecido mi alma encontrando una nueva fuente de rebelión. Porque el alma inocente del joven no acepta fácilmente que la belleza se deteriore y que Dios no extienda sobre ella su mano y la haga inmortal. «Si yo fuera Dios —piensa el joven— repartiría la inmortalidad a manos llenas; jamás permitiría que muriera un

hermoso cuerpo o un alma noble. ¿Pero qué Dios es este que arroja al mismo estercolero a los bellos y a los feos, a los valientes y a los cobardes, y pone su pie sobre ellos, sin distinción, y los convierte a todos en barro? ¡O no es justo o no es todopoderoso o no comprende!». Y el joven, con frecuencia, sin saberlo, crea dentro de sí secretamente un Dios que no avergüence su corazón.

«¿Cree usted en la inmortalidad del alma?» —preguntaron un día a Renán—. Y el astuto prestidigitador: «No veo la razón por la que mi tendero tenga que ser inmortal» —respondió—. «Ni yo. Pero veo la razón por la que las grandes almas no deben morir al separarse de la carne».

Así, herido, regresé a Grecia. Caóticos, imprecisos motines intelectuales y desasosiegos espirituales bullían en mí, no sabía lo que iba a hacer; primero quería encontrar una respuesta, mi respuesta, a las preguntas primigenias, y luego, decidiría en lo que convertirme. «¿Si antes no encuentro —decía— cuál es la finalidad de la vida en la tierra cómo podré encontrar el objetivo de mi propia vida, breve y efímera? ¿Y si no doy a mi vida un objetivo? ¿Cómo voy a entrar en acción?». Y no me preocupaba por encontrar cuál es objetivamente la finalidad de la vida — adivinaba que esto era imposible o inútil— sino cuál era la finalidad que yo por mí mismo le daba en consonancia con mis necesidades intelectuales y espirituales. Y que este fuera o no el objetivo verdadero, eso no tenía entonces gran importancia para mí. Lo importante era encontrar, crear un fin que estuviera de acuerdo conmigo, y así, siguiéndolo, desarrollar al máximo mis propios anhelos y mis capacidades. Porque colaboraría armónicamente con el todo.

Y si este tipo de preocupaciones metafísicas es en un joven una enfermedad, en aquella época yo estaba gravemente enfermo.

En Atenas, un desierto. A mis amigos les habían secado la mente y el corazón las preocupaciones cotidianas de la vida.

—No tenemos tiempo de pensar... —me decía uno.

—No tenemos tiempo de amar... —me decía otro.

—¿Te preocupa el sentido de la vida? —me decía un tercero, riendo—. ¡Aviado estás, desdichado!

Lo que me decían me hizo recordar la respuesta que me había dado un día un campesino al que le había preguntado con gran curiosidad cómo llamaban al pájaro azul que pasaba sobre nosotros. Me había mirado, socarrón, y me había dicho:

—¿Qué más te da, infeliz? No se come.

Y un guasón que iba con él espetó con ojos llenos de malicia socarrona:

Te canto una *madinada*, y que sea en este orden
Cagar, comer, beber, peer. ¡Eso es la vida del hombre!

En cuanto a los intelectuales, todo eran mezquinas envidias, ridículas disputas, chismes y arrogancia. Había empezado a escribir para entretenerme, para soslayar el grito de mi interior. Subía a Dexamení, donde se encontraba el enorme y peligroso nido de avispas literario, me sentaba en un rincón, escuchaba; no chismorreaba, no frecuentaba las tabernas, no jugaba a las cartas, era insoportable. Los tres primeros Cantos a los que daba cuerpo en mí me hacían sufrir; los versos futuros eran aún música y pugnaban por sobrepasar el ruido y convertirse en palabra.

Tres grandes figuras se empeñaban en tomar rostro dentro de mí: Odiseo, Nicéforo Focas y Cristo. Luchaban por desprenderse de mis entrañas, por liberarse y que así yo fuera liberado. Toda mi vida me he hallado subyugado por las grandes almas heroicas. Quizá porque cuando era pequeño leía con gran pasión las vidas de santos y deseaba ser santo como ellos; y más tarde, ¡con qué pasión me zambullía en la lectura de vidas de héroes! —conquistadores, exploradores, don quijotes—. Y cuando sucedía que una figura aunaba heroísmo y santidad, entonces se convertía para mí en el ideal del hombre. Y al no poder ser yo ni una cosa ni la otra, intentaba mediante la escritura consolarme de mi ineptitud.

«Tú eres una cabra —le decía a menudo a mi alma, intentando reírme para no ponerme a llorar—. Eres una cabra,

pobre alma mía. Tienes hambre, y en lugar de comer carne y pan y beber vino, coges una hoja de papel en blanco y escribes: carne, pan, vino. Y luego te comes el papel».

Pero un día se hizo la luz. Me había refugiado en Kifisiá, en medio de los pinos, en una casita muy pequeña, completamente solo. Nunca he sido un misántropo, siempre he amado a los hombres, pero de lejos, y cuando alguien venía a verme, se despertaba el cretense que llevo dentro y celebraba recibir a un hombre en mi casa. Durante un buen rato me sentía contento, lo escuchaba, sentía empatía con él, y si podía ayudarlo, lo ayudaba gustoso. Pero si el contacto y la charla duraban demasiado tiempo, me retraía y no veía el momento de quedarme solo. Los hombres sentían que no los necesitaba, que podía vivir sin su conversación, y es algo que no me han perdonado jamás. Hay muy pocas personas con las que hubiera podido vivir mucho tiempo sin sentir malestar.

Pero un día se hizo la luz. Aquel día en Kifisiá me encontré con un joven de mi edad al que nunca he dejado de amar y de estimar y que ha sido una de las pocas personas cuya presencia me era más grata que su ausencia. Era muy guapo y lo sabía, era un gran poeta lírico y lo sabía; había escrito un gran poema, admirable por su atmósfera poética, su verso, su lengua, su armonía mágica; yo no me cansaba de leerlo y de disfrutar con su lectura. Este poeta era de la raza de las águilas; con un solo aleteo llegaba a las alturas. Más tarde, cuando quiso escribir en prosa, vi que verdaderamente era un águila: cuando no volaba e intentaba caminar por el suelo era como el águila cuando camina, pesado y patoso; su elemento era el aire. Tenía alas, no tenía un pesado cerebro, veía lejos y borroso, pensaba con imágenes y las comparaciones poéticas eran para él argumentos lógicos sólidos; cuando se embrollaba en razonamientos que no era capaz de concluir, destellaba en él, como un relámpago, una brillante imagen o bien estallaba en una fuerte carcajada y se salvaba.

Pero tenía gran nobleza, un encanto y una nobleza poco comunes; lo veías hablar, y sus ojos azules brillaban, arrobados, o lo oías recitar sus poemas, haciendo temblar los cristales de la

casa y comprendías cómo debieron ser los rapsodas de la Antigüedad que, coronados de pámpanos o de violetas, iban de palacio en palacio y amansaban con su canto a los hombres, que entonces eran aún fieras. En verdad desde el primer momento en que lo vi sentí que este hombre hacía honor al género humano.

Nos hicimos amigos enseguida. Éramos tan diferentes que adivinamos inmediatamente que nos necesitábamos mutuamente y que los dos juntos formaríamos un hombre completo. Yo hosco, taciturno, con una dura corteza de hombre de pueblo; lleno de preguntas, de angustias metafísicas, no me engañaba una brillante apariencia externa, adivinaba la calavera detrás de un bello rostro; sin ninguna ingenuidad, sin ninguna seguridad, no había nacido príncipe y me empeñaba en llegar a serlo. Él, afable, locuaz, seguro de sí mismo; con un cuerpo aristocrático, con el simplista y fortificante convencimiento de que era inmortal; estaba seguro de que había nacido príncipe y no tenía ninguna necesidad de sufrir ni de esforzarse para llegar a serlo, ni siquiera estaba seguro de ansiar la cumbre, puesto que se encontraba en la cumbre, estaba seguro de ello. Estaba convencido de ser único e insustituible; no aceptaba ser comparado con ningún gran creador, vivo o muerto, y esta ingenuidad le confería una confianza y una fuerza enormes.

En una ocasión le decía yo que la abeja reina el día de su unión con el macho se eleva en el aire y un enjambre de zánganos la sigue e intenta alcanzarla, pero sólo uno la alcanza, el novio, y todos los demás caen al suelo y mueren:

—Todos los pretendientes —le decía yo— mueren felices, porque todos han sentido como si fueran uno el gozo nupcial del novio.

Mi amigo lanzó una tonante carcajada:

—No comprendo en absoluto lo que me dices; yo quiero ser el único novio; yo y ningún otro.

Me eché a reír.

—Yo —le respondí, recordando las palabras de un místico muy querido por mí— *yo soy el único coronado, siendo otros los vencedores*. El espíritu no se llama *Yo*, se llama *todos nosotros*.

Más tarde, cuando lo conocí mejor le dije un día:

—La gran diferencia que hay entre nosotros, Ángelos, es esta: tú crees haber encontrado la liberación y por eso estás liberado; yo en cambio creo que no hay liberación y por eso me he liberado.

Sin embargo en lo más hondo de su ser había emboscada una debilidad muy simpática y muy tierna: tenía absoluta necesidad de ser amado y admirado. Y si se hubiera podido traspasar su rostro triunfante y su tonante seguridad se habría visto a un señor inquieto tendiendo la mano a los transeúntes. Uno de sus antiguos amigos, muy cínico, me dijo un día: «Se las da de sultán, pero es una sultana».

Muchos, por antipatía, por envidia de la pomposa vida que llevaba de cara al exterior, lo consideraban un comediante, decían que no creía en nada y que todo lo que decía y hacía era mentira y exhibicionismo. Era un pavo real y tenía abiertas permanentemente sus llamativas plumas, pero que si se lo desplumaba se encontraría una vulgar e insignificante gallina. No, no era un comediante; su vida de puertas afuera, sus palabras grandilocuentes, su afectación y su arrogancia, su convicción de ser único en el mundo y de que, si quería, podía hacer milagros, correspondían a una absoluta sinceridad, a una profunda seguridad interior. No aparentaba ser único, estaba absolutamente convencido de serlo. Podía poner la mano en el fuego completamente seguro de que no se quemaría; podía lanzarse tranquilamente al combate en la absoluta seguridad de que ninguna bala iba a tocarlo. Comía mucho y se jactaba de ello porque estaba seguro de que transformaba en espíritu todo lo que comía: «Mientras que otros...» —decía, y se partía de risa.

Un día, mientras paseábamos por las calles de la Atenas antigua me dijo:

—Me siento tan Dios en mi interior que si en este momento tocas mi mano, saltarán chispas.

No le dije nada.

—¿Qué, no lo crees? —me dijo, al ver que callaba—. ¡Prueba, toca! —y me tendió la mano.

No quería dejarlo en ridículo.

—Está bien—le dije—. Te creo. ¿Qué necesidad hay de probar?

Yo estaba seguro de que no saltarían chispas. ¿Seguro? Quién sabe... Ahora me arrepiento de no haber hecho la prueba.

¿Comediante él? Habría sido comediante si hubiera fingido ser simple y modesto. Pero era el hombre más sincero del mundo. Lo comprobé un día que presencié un suceso que sobrepasaba los límites de lo cómico y entraba en la zona candente y peligrosa del delirio.

Vivíamos los dos en una casa de campo, en un pinar, a la orilla del mar. Leíamos a Dante, el Antiguo Testamento y a Homero, me recitaba sus versos con aquella voz atronadora, dábamos largos paseos; eran los primeros días de habernos conocido, como los inicios de un noviazgo. Yo estaba muy contento de haber encontrado a un hombre que sólo podía respirar en el más alto grado del deseo. Destruíamos el mundo y volvíamos a crearlo, los dos estábamos convencidos de que el alma es omnipotente; sólo que él pensaba esto de su propia alma y yo del alma del ser humano.

Una tarde en que nos disponíamos a dar nuestro paseo vespertino y estábamos todavía en la puerta mirando el mar, hete aquí que llega corriendo el cartero del pueblo. Sacó una carta de su saca y se la entregó a mi amigo, luego se inclinó para decirle al oído, muy alterado:

—Tiene, además, un gran paquete... —dijo con voz asustada.

Mi amigo no lo oyó; leía la carta y su cara se iba poniendo roja.

Alargó la mano, me la dio:

—Lee —me dijo.

Cogí la carta, la leí: «Mi pequeño Buda, nuestro pobre vecino, el sastre, ha muerto; te lo envío y te ruego que lo resucites», le escribía su mujer.

Mi amigo me miró angustiado:

—¿Piensas que es posible? —dijo.

Me encogí de hombros.

—No sé —le respondí—. En cualquier caso, es muy difícil.

Pero el cartero tenía prisa.

—¿Qué debo hacer con el paquete? —preguntó, y ya levantaba el pie para irse.

—¡Tráelo! —dijo bruscamente mi amigo y se volvió de nuevo hacia mí y me miró como esperando que yo le infundiera valor.

Pero yo me sentía incómodo y callaba.

Nos quedamos inmóviles, esperábamos. El sol se inclinaba ya para ocultarse, el mar se había vuelto de un rosado oscuro, mi amigo se mordía los labios y esperaba.

Al poco rato aparecieron dos campesinos que transportaban un ataúd barato; dentro estaba el sastre.

—¡Subidlo al piso de arriba! —ordenó mi amigo, y su rostro radiante se había ensombrecido.

Se volvió de nuevo a mí y me miró.

—¿Qué dices tú? —me preguntó otra vez, y clavó la mirada, inquieta, en mis ojos—. ¿Qué dices? ¿Podré?

—Prueba —le respondí—. Yo me voy a pasear.

Caminé por la orilla del mar, aspiraba profundamente el olor a pino, a mar. «Ahora se verá —pensaba yo— si es un comediante o un alma peligrosamente osada, dispuesta a desear y a emprender lo imposible. ¿Intentará resucitar al muerto o el muy astuto temerá el ridículo y se irá a la cama a dormir callada y tranquilamente? Esta noche se verá». Yo temblaba porque el alma de mi amigo iba a ser puesta a prueba ante mí de este modo, y caminaba muy aprisa, alterado.

El sol se había hundido ya en el mar, el primer ulular de la lechuza resonó entre los pinos, triste, tierno. En el crepúsculo, las cumbres de las montañas empezaron a desvanecerse a lo lejos.

Prolongué deliberadamente mi paseo porque sentía un gran malestar por volver a casa; en primer lugar, me molestaba la presencia del muerto; nunca he podido estar ante un muerto sin estremecerme de repugnancia y de miedo; luego, porque quería retrasar lo más posible el ver cómo se habría conducido mi amigo en aquel momento crítico.

Cuando llegué a casa, el cuarto de mi amigo, situado encima del mío, estaba completamente iluminado. No tenía gana de cenar y me acosté. Pero ¡cómo iba a pegar ojo! Durante toda la

noche estuve escuchando por encima de mí sordos bramidos y el chirriar de la cama; inmediatamente después, pasos fuertes de un lado para otro, durante largo rato, y otra vez bramidos y el chirriar de la cama. Así toda la noche. De vez en cuando escuchaba a mi amigo suspirar profundamente y abrir la ventana, como si se ahogara y necesitara aire. Finalmente, me cansé, y al amanecer me quedé dormido; tardé en despertarme y bajar. Mi amigo estaba sentado ante la mesa con la leche del desayuno delante, intacta. Me asusté al verlo. Dos grandes cercos azules rodeaban sus ojos y estaba pálido, muy pálido, y sus labios eran tremendamente blancos. No le hablé; me senté a su lado, angustiado, y esperé.

—He hecho lo que he podido —dijo, al fin, como justificándose—. ¿Recuerdas cómo el profeta Eliseo resucitó al muerto?, se tendió sobre él todo lo largo que era, pegó su boca a la del muerto y empezó a insuflarle su aliento y a bramar. Yo he hecho lo mismo.

Se calló y al cabo de un rato:

—Toda la noche... toda la noche... ¡Qué horror!

Yo estaba abrumado; miraba a mi amigo y lo admiraba; había caído en el ridículo, pero lo había superado; había llegado al límite trágico de la locura y ahora había regresado y estaba sentado frente a mí, agotado.

Se levantó, avanzó hasta el umbral, miró el mar, frente a él, se enjugó la frente, que tenía perlada de gruesas gotas de sudor.

—¿Y ahora —se volvió hacia mí y me preguntó—, qué puedo hacer?

—Llama al pope para que venga a enterrarlo —le respondí—. Y nosotros vámonos a dar un paseo por la orilla del mar.

Lo cogí del brazo, temblaba. Nos quitamos los zapatos, los calcetines, chapoteamos en el agua y nos refrescamos. Él no hablaba, pero yo percibía que el frescor del mar y su sereno murmullo lo calmaban.

—¡Estoy avergonzado...! —murmuró, por fin—. ¿De modo que el alma no es todopoderosa?

—No lo es todavía —respondí—, llegará a serlo. Es una gran muestra de valor querer sobrepasar los límites del hombre, pero

también lo es reconocer sin temor esos límites y no desesperarse. Nos golpearemos, nos golpearemos la cabeza contra los barrotes una y otra vez, muchas cabezas se harán pedazos, pero un día los barrotes se romperán.

—Yo quisiera que fuera mi cabeza la que rompa los barrotes —dijo, y lanzó un guijarro al mar, con tozudo ademán—. ¡Yo, yo —gritó—, y ningún otro!

Sonreí. «¡Yo!», «¡yo!». Esta era la terrible prisión, sin puertas, sin ventanas, de mi amigo.

—¿Cuál es la cima más alta que puede alcanzar el hombre? —dije, intentando consolarlo—. Es vencer el yo. Sólo cuando lleguemos a esa cima, Ángelos, estaremos liberados.

No respondió, pero golpeaba las olas con el talón, furioso.

El aire entre nosotros estaba cargado.

—Regresemos —dijo—, estoy cansado.

No estaba cansado, estaba furioso.

Durante el camino de vuelta no cruzamos palabra; caminábamos deprisa, se había levantado brisa, el mar suspiraba; el aire se había impregnado de salitre.

Cuando llegamos a casa para conjurar la desgracia alargué la mano hacia la gran biblioteca de mi amigo.

—Mira —dije—, cogeré un libro con los ojos cerrados; él decidirá.

—¿Qué decidirá? —dijo mi amigo, nervioso.

—Lo que haremos mañana —le respondí.

Cerré los ojos, cogí un libro a tientas; mi amigo me lo arrancó de las manos, lo abrió. Era un gran álbum de fotografías: monasterios, monjes, campanarios, cipreses... celdas al borde del precipicio, y abajo un mar salvaje...

—¡El Monte Atos! —grité.

El rostro de mi amigo se iluminó.

—¡Esto es lo que quería! Lo quería hace años y años. ¡Vamos! Abrió los brazos, me apretó contra sí.

—¿Estás dispuesto? —dijo—. Calcémonos nuestras botas de las siete leguas. ¿No somos ogros? ¡Calcémonos las botas de las siete leguas! Pongamos pie en el Monte Atos.

* * *

Llovía. La cumbre del Atos, envuelta en una densa neblina, había desaparecido. El mar estaba tranquilo, denso, barroso; un monasterio, entre los castaños ennegrecidos por la lluvia, resplandecía completamente blanco. Caía una llovizna menuda, como salida de una regadera y el cielo había descendido hasta la copa de los árboles; cinco o seis monjes, de pie en el embarcadero, se mojaban como cipreses.

A nuestro lado, en la barca que nos había traído a Dafní, el pequeño puerto del Monte Atos, dos monjes conversaban. Uno de ellos, el más joven, con una barba negra y rala y un zurrón colgado al hombro, decía:

—Cuando se le oye salmodiar, uno se olvida del mundo; su voz es más dulce que la de un padre o la de una madre.

El otro respondía:

—¡Qué me cuentas! Nosotros tenemos en el monasterio un mirlo que salmodia el *Señor a ti clamé* y el *Cristo ha resucitado* que pierdes el sentido. Lo llamamos padre Mirlo; viene con nosotros a la iglesia y ayuna durante la Cuaresma.

—No será un mirlo, padre Lorenzo —dijo el joven, pensativo—, no será un mirlo...

Pusimos el pie en las tierras sagradas. Los monjes que estaban en el embarcadero miraban con ojo avezado, uno por uno, a los que desembarcaban por si se ocultaba entre los pasajeros alguna mujer vestida de hombre. Desde hace miles de años en que el Monte Atos fue consagrado a la Virgen ninguna mujer ha puesto su pie en él, ningún aliento femenino ha mancillado su aire y tampoco un animal hembra —oveja, cabra, gallina, gata—. Sólo lo mancillan los alientos machos.

Los dos monjes que habían viajado con nosotros venían detrás, cargados como mulos. Apresuraron el paso para alcanzarnos.

—¿Peregrinos? —dijo el monje jovencito y nos sonrió—. ¡Que su Gracia os ayude!

Los eremitas siempre se mueren por conversar. Se animaron, se pusieron a hablar de milagros, de reliquias santas, de los

ascetas que elevan las manos al cielo al borde de los acantilados y rezan.

—Mientras tengan las manos levantadas —dijo el joven— no tenéis que temer; el mundo no se hundirá; ellos sostienen el mundo para que no caiga.

—¿Y nunca una mujer ha pisado el Monte Atos? —pregunté.

—Nunca, nunca —respondió el viejo y escupió al aire—. ¡Aléjate de mí, Satanás! —masculló.

—Alguna vez —dijo el joven— una mujer se atreve, se viste de hombre y desembarca, pero los monjes guardianes enseguida la descubren y la echan.

—¿Cómo la detectan? —preguntó mi amigo, riéndose.

—Por el olor —respondió el joven—, mira, pregúntale al viejo, que en otro tiempo fue guardián en el embarcadero.

Mi amigo se dirigió al monje viejo.

—¿Las mujeres tienen un olor diferente, reverendo padre? —le preguntó—. ¿Cómo huelen?

—Como apestosos hurones —respondió el viejo, y aceleró el paso.

La lluvia empezó a amainar, debía soplar el viento en las capas altas de la atmósfera y las nubes se abrieron; asomó un débil sol; de repente la tierra empezó a sonreír, bañada aún en lágrimas, y, con el sol, quedó suspendido en el aire un arco iris muy pálido, reconciliando el cielo con la tierra mojada.

—¡El cinturón de la Virgen! [31](#) —exclamaron los dos monjes y se santiguaron.

Con la mochila a la espalda, apoyándonos en nuestros recios bastones de encina, subíamos el empinado sendero que, en medio de un bosque de castaños semidespojados de su corteza, de lentiscos y laureles de anchas hojas, lleva al monasterio de Cariés. El aire —eso nos pareció— olía a incienso, como si hubiésemos entrado en una inmensa iglesia con mar, con bosques de castaños, con montañas, y como techo, en lugar de una cúpula, un cielo despejado. Me volví hacia mi amigo.

—¿Por qué no hablamos? —dije, queriendo romper un silencio que empezaba a pesarme.

—Estamos hablando —respondió mi amigo, tocándome ligeramente el hombro—, estamos hablando, pero en el idioma de los ángeles, el silencio.

Y de repente, como si se hubiese enfadado:

—¿Qué quieres que digamos? ¿Que es hermoso? ¿Que nuestro corazón tiene alas y quiere volar? ¿Que nos hemos adentrado en un sendero que lleva al Paraíso? ¡Palabras, palabras!... ¡Calla!

Dos mirlos levantaron el vuelo desde un nogal, las ramas mojadas se agitaron y las gotas de lluvia salpicaron nuestro rostro.

—Los pájaros también tienen sus monjes —dijo el monje mayor—, los mirlos. El Monte Atos está lleno de ellos.

—Y las estrellas —preguntó el joven—, ¿también tienen sus monjes, padre Lorenzo?

—Todas las estrellas, hermano —respondió él—, fueron alguna vez monjes que testimoniaron sobre la tierra la fe de Cristo y han subido al Seno de Abraham. El Seno de Abraham, has de saberlo, es el cielo.

Los escuchaba y admiraba el alma humana que, omnipotente, podía transformarlo todo y someterlo todo a su sueño. Los hombres de fe hacen girar el cielo y la tierra en torno a una figura inmutable, a una estrella polar inmortal, Cristo, y los obligan a entrar a su servicio. Cristo es la Gran Respuesta a todas las preguntas. Todo se explica, se ilumina, se ordena, y el alma se serena. Sólo el que no tiene fe se hace preguntas, se angustia, pierde el camino, se desespera.

Pocos días después de nuestra llegada al Monte Atos, un asceta medio loco, encaramado en una cueva que estaba suspendida sobre el mar, me dijo algo que me cerró la boca.

—Tú has perdido la cabeza, desdichado —le dije para picarlo.

Él se echó a reír.

—He dado la cabeza —dijo— y he conseguido a Dios. Es decir, he dado un centavo falso y he comprado el Paraíso. ¿Qué me dices, hijo mío? ¿He hecho un mal negocio?

Se calló un instante, y luego:

—Te diré algo más para que lo sepas —dijo—. Había una vez un gran rey, apuesto, glotón, juerguista, que tenía trescientas sesenta y cinco mujeres en su harén. Un día fue a un monasterio y vio a un asceta. «¡Qué enorme sacrificio haces!» —le dijo, mirándolo con lástima—. «El sacrificio que haces tú, rey, es mucho más grande» —respondió el asceta—. «¿Cómo es eso?». «Porque yo renuncio al mundo efímero, pero tú renuncias al mundo eterno».

Cerca de nosotros, entre los castaños, se oyó el toque de vísperas; en un recodo del sendero apareció la aldea de los monjes. Apresuramos el paso.

Tenderos, verduleros, cocineros, merceros, barrenderos, todos monjes. Triste e insoportable pueblo de varones, sin una mujer, sin un niño, sin una risa. Sólo barbas negras, rubias, castañas, grises, blancas; unas puntiagudas, otras, anchas, como escobas, otras espesas, crespas, apretadas, como las buenas coliflores.

Fuimos al *Protaton*, el edificio donde residen los *Epítropi* de los veinte monasterios. Arrellanados en sus sitiales, nos miraban con ojillos vivarachos y maliciosos, llenos de suspicacia. Les dijimos quiénes éramos, dos buenos cristianos que poseídos por el celo de Dios habíamos ido allí en peregrinación. «Somos jóvenes aún —dijimos— y antes de entrar en las tribulaciones del mundo, antes de casarnos, hemos venido aquí, al Jardín de la Virgen, para que su Gracia nos ilumine y nos muestre el camino. Le hemos hecho una promesa».

Mi amigo, con su voz tonante, su ardor poético, se iba inflamando más según hablaba, y los monjes escuchaban, unos, boquiabiertos, otros, agarrándose las barbas. A medida que mi amigo hablaba todo cobraba sentido para mí y empezaba a comprender la verdadera razón por la que habíamos ido al Monte Atos. Mi amigo quizá no la sabía, pero la había descubierto hablando.

Los monjes se inclinaron los unos hacia los otros, se cuchichearon algo, se levantaron todos a la vez y nos dieron el permiso escrito para visitar todos los monasterios y eremitorios, rendir culto en ellos y permanecer allí hasta que la gracia de la

Virgen nos hiciera una señal de que nuestra promesa estaba cumplida.

Comenzó la peregrinación. Como los antiguos peregrinos, hablando en voz baja de Dios, del destino del hombre y de nuestro propio deber —tres temas recurrentes en todo nuestro recorrido—, íbamos de monasterio en monasterio, de maravilla en maravilla, en éxtasis, felices. Yo llevaba un diario y por la noche escribía en él la cosecha del día. Se ha puesto amarillento, después de cuarenta años, lo hojeo y vuelvo a vivir todos aquellos días divinos, increíbles; cada palabra, incluso la más insignificante, resucita en mí alegrías, anhelos, inquietudes de juventud, vehementes proyectos que hacíamos mi amigo y yo para salvar nuestra alma. Toda la frescura, la ingenuidad y la nobleza de la juventud.

* * *

Monasterio de Ivron. 19 de noviembre. Por la mañana, paseo por la orilla del mar. Agua bendita, una pequeña iglesia, en ella, un icono de la Virgen; la sangre corre por sus mejillas. Dos monjes pescadores jalan sus redes en las que bailan los peces. Regresamos al monasterio. ¡Qué maravilla la *Portaitisa!*, grandes ojos tristes, labios redondeados, fruncidos, mentón firme, ternura, amargura, toda la alegría y toda la pena del hombre.

Y por la tarde, qué momento divino cuando vimos suspirar el mar completamente blanco, y sobre él, la luna, inmensa.

—Esta noche la luna —dijo mi amigo— cumple realmente su cometido: iluminar la eternidad.

En voz baja, inclinados el uno hacia el otro, hablábamos.

«Es necesario —decíamos— que por fin tomemos una decisión radical; es necesario que en cada instante vivamos la eternidad».

Dondequiera que íbamos, nos seguía un monje silencioso, pálido, enfermizo, que tosía sin parar, escupía, se rascaba, pero su rostro resplandecía, feliz.

—Debe estar loco —dijo mi amigo.

—Debe ser un santo —dije yo—. ¿No ves cómo resplandece su cara? Como si un sol cayera de plano sobre él.

Nos detuvimos, se acercó.

—Soy el padre Lorenzo —nos dijo—, habréis oído hablar de mí, el loco.

—Eres feliz —le dijo mi amigo—, has entrado vivo en el Paraíso; tu cara resplandece.

—Alabado sea Dios —respondió el monje y se santiguó—. Lo que los demás llaman locura, lo llamo yo Paraíso. Pero me ha costado un gran esfuerzo abrir la puerta.

—¿Qué puerta?

—La del Paraíso, hermano. Al principio, cuando entré en el monasterio, lloraba, temblaba, tenía miedo. Pensaba en el Paraíso y lloraba, pensaba en el Infierno y lloraba también. Pero una mañana me levanté y me dije: «¿Por qué lloro? ¿No es Dios nuestro padre? ¿No somos nosotros sus hijos? ¿Por qué tengo miedo, entonces?». Y desde aquel día me llaman loco.

Se sacó del regazo un trozo de pan seco y nos lo dio.

—Es el pan de los ángeles —dijo—, ¡comedlo; comedlo, para que también os salgan alas a vosotros, desdichados!

* * *

Monasterio de Stavronikita. 21 de noviembre. Una altura asombrosa sobre el mar. El viejo portero, un antiguo despojo venido de Creta. Me agarró por el brazo.

—¡Eh!, ¿quién eres?

—Un cretense.

—¡Entra!

En una celda, unos monjes casi niños aprenden la música bizantina y desgranán las primeras notas en voz alta. Mantienen viva la tradición como un cirio encendido entre sus sucias manos de niño.

Por encima de la torre del monasterio, el mar ¡qué inmenso arco tensado!

Y unas líneas más abajo, a propósito del mismo monasterio: ¡Cuán llena de sabiduría y de precoz seriedad divina, la cabeza

del Cristo de doce años! Frente abrupta, como una torre, pecho henchido, mirada profunda y pensativa. San Nicolás *Estridita* ³², llevaba incrustada en la frente una gran concha y sus manos parecían chorrear agua salada.

Hablo con el portero cretense:

—¿Por qué te hiciste monje?

—Mi tía me leyó un día el Evangelio y me dije: «El mundo no merece la pena en absoluto».

No puedo olvidarme del padre Filomeno, que nos servía la mesa. Un cuerpo ligero, como una espada de Damasco, como un ángel, todo llamas. Se sentía feliz de servir y obedecer, estaba ansioso por que le dieran órdenes y su alegría era tan grande, que no podía contener la risa; reía constantemente.

—¿Cuándo veré a Dios también yo? —le pregunté.

—Es fácil, muy fácil —respondió—. Abre los ojos y lo verás.

* * *

Monasterio del Pantocrátor. Antes de amanecer, en el patio del monasterio se oyó un sonido muy dulce, una melodía seductora. Salté a la ventana y vi a la media luz del alba a un monje cubierto con un largo velo negro que tenía en la mano un *simandro* de mano alargado, de madera, que golpeaba acompasadamente con un martillito. Caminaba lentamente, iba de celda en celda alrededor del patio y llamaba a los hermanos a maitines. Mi amigo se despertó también; se apoyó en la ventana a mi lado y los dos permanecimos escuchando, felices. Calló el *simandro*, nos vestimos, bajamos a la iglesia. Penumbra, sólo dos lamparillas encendidas ante los iconos de Cristo y de su Madre, en el iconostasio; el aire olía a cera y a incienso de rosas.

Pausadamente, suavemente, como un murmullo de árboles, como un suspiro del mar, comenzaron los salmos de maitines. El *higúmeno*, alumbrándose con un cirio, iba de sitial en sitial para ver si habían bajado todos los hermanos, y luego metía el hisopo en el agua bendita, helada, y rociaba con fuerza la frente de cada monje. «¡Qué ritmo divino —decíamos después, paseándonos por el patio—, qué concha maravillosamente esculpida

generaciones tras generaciones! Pero, en su interior, la ostra que la modeló y la adornó ahora está muerta». «Es preciso —nos decíamos y jurábamos cumplirlo—, es preciso que renovemos la ascética cristiana, que le infundamos un nuevo soplo creador. Es preciso; para eso hemos venido al Monte Atos».

* * *

Monasterio de Vatopedi. Una mañana paradisiaca, tierna, llena de la misericordia de Dios, aquella en la que nos acercamos al famoso Vatopedi. Parecía que era el quinto día de la Creación y que Dios no había creado aún al hombre para que estropeará su obra. Lentamente se abría el Oriente como una rosa, y pequeñas nubecillas de rosadas mejillas, como angelotes, asomaban en lo alto del cielo, iban creciendo poco a poco y parecían bajar a la tierra. Un mirlo con las alas aún cubiertas de rocío se posó en medio del camino, nos miró; pero no se asustó, no se apartó; se diría que no era un mirlo sino un espíritu bienhechor que nos reconocía. Una lechuza pequeñita, sobre una roca, estaba ya aturdida por la luz y permanecía tranquila, inmóvil y esperaba la noche.

No hablábamos; los dos sentíamos que en aquel lugar la voz del hombre, por dulce y suave que fuera, resonaría estridente y discordante y rasgaría todo el mágico velo que nos envolvía. Caminábamos apartando las ramas bajas de los pinos y mojándonos la cara y las manos con las gotas del rocío de la mañana.

La felicidad me ahogaba; me volví hacia mi amigo, ya abría la boca para decirle: «¡qué felicidad!», pero no me atreví; sabía que si hablaba se desvanecería el hechizo. Recuerdo que un día en el Taigeto, sobre Esparta, al atardecer había visto un zorro que andaba suavemente, con el cuello tenso, con su voluminosa cola erecta, y proyectaba una sombra alargada sobre las piedras. Contuve el aliento para que no me oliera y huyera, pero no conseguí contener mi gozo y sin querer, se me escapó un gritito; el zorro lo oyó, y antes de que yo tuviera tiempo de ver por dónde se había ido, había desaparecido.

Así es como yo me he representado siempre la felicidad del hombre en la vida.

De pronto escuchamos conversaciones y risas; habíamos llegado al monasterio y dos monjes orondos estaban sentados en un banco de piedra ante la puerta de entrada y bromeaban con el portero.

Nos detuvimos bruscamente, como si hubiéramos visto una serpiente; mi amigo me miró, meneó la cabeza.

—Era un sueño —dijo—. Por un instante llegamos a pensar que no había hombres.

—Es una lástima —respondí—, esto era el auténtico Paraíso, muy superior al otro; en este no se paseaban un hombre y una mujer bajo los árboles de Dios, sino dos amigos. Pero héteme aquí que llegó, no el ángel con la espada, sino el hombre con su voz, y nos expulsó.

Los dos monjes hablaban muy alto, bromeaban con el portero y se partían de risa. Pero al vernos, se callaron, metieron el vientre y se levantaron.

—Sed bienvenidos, con la bendición de Dios —dijeron, y tendieron la mano para que se la besáramos.

—No lo pasáis mal, venerables padres —dijo mi amigo, mirando sus vientres y sus mejillas. No podía perdonarles que nos hubieran expulsado del Paraíso.

—Hemos renunciado al mundo falaz y a sus pompas —dijo uno de ellos, de barba rubia.

No le respondimos. Pero el otro, el de barba negra, nos espetó:

—¿Por qué nos miráis con tanto asombro? La oración alimenta más que la carne.

Se había acercado a nosotros y su aliento despedía un insoportable olor a ajo.

—Entraremos a rezar —dijimos.

Llegó el *arjondaris*, un hombre de ojos azules, piel sonrosada, aspecto lustroso, pulcro, con una barba larga y sedosa. Nos dio la bienvenida, nos llevó adentro, lo seguimos. Monasterio rico, una ciudad en toda regla, con hospederías, puertas y ventanas recién pintadas, luz eléctrica, huertas dominando el mar. Los

monjes acababan de salir del refectorio, estaban sentados en la puerta de sus celdas, haciendo la digestión al sol. Entramos en la iglesia, nos prosternamos ante los célebres iconos de la Virgen, la *Paramicia*, la *Ctitórisa*, la *Vimatá risa*, la *Antifonitria*, la *Esfagmeni* y la *Eleovrótida*. Nos abrieron la habitación donde se guardan los relicarios y besamos el Cinturón Sagrado de la Virgen. Recordé a los dos monjes que lo habían llevado a Creta, siendo yo niño y la gente acudía a la iglesia de San Menas a venerarlo. Los monjes tenían un saquito que se llenaba de *medsidies* y de liras, de pendientes y anillos de oro. Yo no tenía nada que dar a su Gracia, hurgué en mi bolsillo, encontré un lápiz y lo eché al saquito.

Salimos al patio, subimos a la hospedería, nos habían preparado una mesa con todas las misericordias de Dios.

—Nos damos buena vida —dijo mi amigo, que era amante del buen yantar—, ¡más que buena, buenísima, como monjes de Vatopedi!

—Bebamos a la salud del *Ptojopró dromos* ³³, el hambriento —dijo—. ¡Con qué envidia contaba lo que comían los *higúmenos* en los monasterios, y cómo a él se le hacía la boca agua y se quejaba al emperador! ¿Recuerdas sus versos?

—¡Por supuesto!

¡Soberano!, cuando me pongo a pensar en los
higúmenos

Me salgo de mis casillas, las mientes se me derriten,

Porque ellos se ceban con los mejores pescados

¡Y a mí me dan atún en mal estado!

¡Ellos se echan al colete vino de Quíos hasta hartarse

Y mi estómago está enfermo a fuerza de tanto vinagre!

Se echó a reír, pero enseguida una sombra cubrió su rostro.

—¡Es una vergüenza reírse! —dijo—. Este monasterio me oprime el corazón. ¿Has visto a los monjes? Todos tan lustrosos. Si Cristo bajara a la tierra y pasara por Vatopedi, ¡cómo haría volar el látigo sobre sus cabezas! ¡Vámonos!

—¿Adónde vamos a ir? No es sólo este monasterio el que nos oprime el corazón, es el mundo entero. ¿No te das cuenta? En todas partes hay quien tiene hambre mientras otros se relamen, ahítos; en todas partes hay lobos y corderos, o comes o te comen. Sólo una ley permanece inviolable en este mundo, la ley de la jungla.

—¿Entonces no hay salvación? ¿No existe un solo animal bueno a la par que poderoso que no devore a los otros ni se deje devorar por ellos?

—No existe, pero es posible; un animal echó a andar hace miles de años para llegar a ello, pero aún no ha llegado.

—¿Qué animal?

—El mono. Estamos todavía a mitad del camino, en el pitecántropo. Ten paciencia.

—Dios puede tener paciencia. ¿Qué le cuesta a Él el tiempo? Es inmortal. ¡Pero el hombre!

—El hombre también es inmortal —respondí—, pero no al completo, y la parte que hay en él inmortal puede tener paciencia.

Nos levantamos de la mesa, bajamos a la orilla del mar, el sol se inclinaba hacia el ocaso, no se movía ni una hoja. Dos gaviotas con las alas plegadas presionaban el mar con sus pechugas blancas, felices.

—Deben ser hombre y mujer —dijo mi amigo, observándolas con admiración.

—O dos amigos —dije yo. Cogí un guijarro de la playa y se lo arrojé para separarlas.

* * *

Vuelvo a leer, ya viejo, este antiguo diario y veo nuestras quijoteskas expediciones de entonces, el casco de lanza, el escudo abollado, el morrión de hojalata, la cabeza llena de nobleza y de aire y no consigo sonreírme. Dichoso el joven que se cree que tiene el deber de volver a crear el mundo, de hacerlo más acorde con la virtud y la justicia, más acorde con su corazón. Desdichado aquel que comienza su vida sin desvaríos.

Recorríamos el Monte Atos y a medida que respirábamos su atmósfera, nuestro corazón se incendiaba y se hinchía. ¡Dios mío, cuántas decisiones tomamos, cuántos juramentos hicimos, cómo íbamos de monasterio en monasterio, saltando ligeros de peña en peña y sentíamos, no con la fantasía, sino con todo el cuerpo, que éramos sostenidos por alas de ángeles! Sin duda tal es la atmósfera que engendra ya el desvarío ya la santidad o el heroísmo. Nunca más, en los años que vinieron después, nunca más mi amigo y yo nos hemos vuelto a referir a aquellos santos momentos quijotescos; como si nos diera vergüenza, no porque la llama se hubiese extinguido —la llama, ¡ay! no se extinguía— sino porque nuestra fuerza se había revelado débil, inferior a nuestro deseo; todavía queríamos —hemos querido siempre— crear un mundo nuevo mejor, pero habíamos visto que no éramos capaces de ello. Y yo lo admitía, pero mi amigo lo ha estado ocultando durante toda su vida. Por eso en secreto él se sentía mucho más desgarrado que yo.

Únicamente una tarde, muchos años después, cuando nos marchábamos del monasterio de mujeres de Spetses, y la luna había ascendido del mar, redonda, afligida, me volví hacia mi amigo y le dije: «Ángelos, te acuerdas...». Pero él palideció, comprendió que me había acordado de la luna del Monte Atos, me puso la mano en la boca: «¡Calla!» —me dijo, y apresuró el paso.

Me inclino, hojeo otra vez mi viejo diario de ruta:

* * *

Monasterio de Caracala. Las nubes cubrían la cima del Monte Atos y su pie: en el medio una ancha franja despejada, brillaban las nieves... Empiezan a caer gruesas gotas de lluvia. El mulero se adelanta corriendo y dispara el fusil. En medio de los abetos se oye, festiva, la campana del monasterio y el *higúmeno*, acompañado de los *Epítropi*, con su alto báculo pastoral sale a la puerta a recibirnos.

Entramos en el refectorio, largo y estrecho, con columnas pintadas de azul y negro. El *higúmeno*, severo, de pocas

palabras, con barba negra, ocupa la cabecera de la mesa; sobre él, fiero, con el ceño fruncido, pintado en verde y negro, Cristo. En lugar elevado, en un pequeño ambón, el lector, un joven monje pálido, lee con soniquete monocorde vidas de santos. Todos están inclinados sobre su plato, nadie habla. El *higúmeno* prueba el pan y la comida casi a la fuerza, y de repente hace sonar tres veces una campanita a su derecha; todos, sin haber terminado de comer, masticando todavía, se levantan de un salto. El responsable de servir la comida acude presuroso, hace una genuflexión ante el *higúmeno* y recibe su bendición; a continuación hace una genuflexión el lector y pide perdón si ha leído mal; llega en una pequeña bandeja el *Pan de la Participación* ³⁴, cada uno coge un pedazo y lo come, como pan eucarístico.

Por la noche el sueño tarda en aparecer, hablamos. El instante está maduro —decimos— el mundo está maduro para un nuevo amor de Cristo. Cuando esta mañana preguntamos a un monje que encontramos en la entrada del cementerio del monasterio por qué se pinta siempre en la puerta del camposanto a Cristo crucificado y no, como debería ser, a Cristo que resucita, el monje se encolerizó: «Nuestro Cristo es Cristo crucificado —respondió—. ¿Has visto a Cristo reír alguna vez en el Evangelio? Suspira siempre, es flagelado y llora. Siempre está crucificado». Y nosotros, que no podíamos dormir aquella noche, decíamos:

—Es preciso, ha llegado la hora de que hagamos reír a Cristo; que no sea azotado nunca más, que no llore, que no sea crucificado. Que los poderosos dioses de Grecia se fundan y se asimilen con él. Ha llegado la hora de que el Cristo judío se convierta en griego.

—¡Nosotros lo haremos! —dijo mi amigo, y levantó la mano, como si prestara juramento.

—Nosotros —respondí yo, y en ese instante me pareció que nada podía ofrecer resistencia al alma del hombre.

—¡No nos separaremos jamás! —gritó mi amigo—; nos unciremos al mismo yugo como dos bueyes, para arar la tierra!

Han pasado los años, hemos visto; nos hemos uncido al mismo yugo como bueyes y hemos arado el viento.

* * *

Monasterio de Filoceo. Maravilloso paseo en medio de la bruma; alegres álamos, esbeltos, ahogados por la hiedra; un monje espantoso, huesudo, pelirrojo, charlatán, Yanikios, no paraba de hablarnos de su hermana Calirroe, la posesa; también él, según decía, tenía dos demonios dentro. «Uno se llamaba Jotsás y el otro Ismael. Estos malditos van contra Dios, contra Yanikios; durante la Cuaresma quieren comer carne y por la noche lo incitan a bajar furtivamente la escalera y a entrar en la cocina para devorar la comida que ha sobrado del refectorio. Y todas las mañanas, al alba, cuando Ismael y Jotsás, malditos sean, oyen el *simandro*, se ponen a gritar: «¡No voy!», «¡no voy!», «¡no voy!».

Entramos en el patio del monasterio cubierto de yerbajos, con la iglesia en el centro y, alrededor, los muros y las celdas ennegrecidas por la humedad y el moho. Entramos en la iglesia para rezar ante el icono de la *Glicofilusa*. La Virgen apoya con inefable ternura su mejilla en la de Jesús y sus ojos miran lejos, muy lejos, irremediablemente tristes.

—Mirad en los ojos de la Virgen. ¿Qué veis en ellos? —nos dijo el monje, que nos acompañaba.

Nos acercamos, miramos.

—Nada —respondimos los dos.

—El hombre de fe ve en ellos a Cristo crucificado —dijo el monje, mirándonos con severidad.

Abrió un relicario de plata que guardaba un hueso largo.

—¡Adoradlo! Es el brazo derecho de san Juan Crisóstomo. ¡Santiguaos!

* * *

Monasterio de la Santa Lavra. Nos fuimos muy temprano. Ardíamos en deseos de ver la famosa Gran Lavra, el monasterio fundado por el trágico emperador Nicéforo Focas, deseoso de apartar de su cabeza la corona y retirarse a este lugar para hacer penitencia. Pero se lo impedía su otro ardiente anhelo, el deseo de la mujer, y lo posponía una y otra vez, lo posponía y

esperaba... Pero vino la espada de su más fiel amigo y lo degolló

[35](#)

Llegamos. En el patio había dos cipreses talados; uno de ellos había sido plantado por el confesor de Nicéforo Focas, san Atanasio; el otro, por su discípulo Eutimio. El Atos, completamente cubierto de nieve, se cierne encima del monasterio, como el Pantocrátor.

Nos llevaron a la sacristía, nos mostraron, orgullosos, los tesoros del monasterio —el cráneo de san Basilio Magno, la mandíbula de Teodoro Stratilata, el brazo izquierdo de san Juan Crisóstomo, y muchos otros huesos—. Nos abrieron el famoso relicario, completamente cubierto de piedras preciosas y perlas, que contenía un gran trozo de la Vera Cruz. La voz del monje temblaba de emoción y yo recordaba las palabras de un auténtico cristiano: «Todos los trozos de madera son santos, pues de todos ellos puede hacerse una cruz». Luego nos mostraron la túnica tejida con hilos de oro de Nicéforo Focas, bordada de rosas y lirios de seda, y su corona de oro, engastada de piedras rojas y verdes, y el Evangelio escrito de su propia mano... Finalmente, gran cantidad de viejos cuadernos de registros roídos por los gusanos...

Mi amigo y yo lanzábamos gritos de admiración, pero nada de aquello conmovía nuestro corazón. Lo que recuerdo más profundamente, con mayor gratitud, es esto: el aroma de dos nísperos en flor a la entrada de la biblioteca; todo mi cuerpo se estremecía de fruición al aspirar el olor del níspero, que tanto me gusta —dulce, picante, más embriagador que el vino, que la mujer y que todas las pompas del mundo—.

Al día siguiente, antes de amanecer, salimos para la cumbre del Atos. El *simandro* aún no había tocado en el patio, los pájaros no se habían despertado, el cielo estaba impoluto, lechoso, y a lo lejos, hacia el oriente, brillaba el lucero del alba, como un serafín de seis alas.

El padre Lucas, retaco, con las piernas arqueadas, antiguo contrabandista, iba delante y nos señalaba el camino.

De vez en cuando se detenía y se ponía a hablarnos de mares, de fiestas, de pependencias con los turcos. Toda su vida

mundana permanecía en su interior como una leyenda, como si hubiera sucedido en otro mundo más salvaje y peligroso, lleno de gritos, de blasfemias y de mujeres. Contaba su leyenda una y otra vez, la revivía y se regocijaba con ello. Había renunciado a todo lo de su vida pasada, pero todo lo llevaba consigo, envuelto en su sotana.

Se detuvo debajo de un gran abeto. Quería conversación.

—Detengámonos, hijos míos, descansen un poco; conversemos un rato, no resisto más.

Sacó del cinturón una petaca, lio un cigarro y se puso a hablar.

—Yo, aquí donde me veis, con esta sotana, me llamaba Leónidas, capitán Leónidas de Calimno, el terror de Turquía. Mi vida y milagros: contrabandista. ¿Que cómo me dio por hacerme monje? Otro día os lo contaré. Pero el contrabandista no está muerto en mí. ¡Qué va a estar muerto!; lo alimento y lo cuido como a un bajá, por más que esté encadenado a mí como el perro de un barco. Lucas come pan y aceitunas en el refectorio con los monjes, pero cuando vuelve a su celda y echa el cerrojo de su puerta prepara la mesa a Leónidas y come carne. Nosotros no somos uno, somos dos, ¿comprendéis? Esto era lo que quería deciros. Pecado confesado, pecado perdonado; lo he dicho y me siento aliviado. Ahora, ¡en marcha!

—¡Bravo, capitán Lucas! —dijo mi amigo, riéndose a carcajadas—, tú sabes reconciliar bien lo irreconciliable. ¿Pero nunca te ha dado por sospechar que todo esto pueda ser cosa de la Tentación?

—¡Por supuesto! —dijo el monje, con ojillos maliciosos—, todas las mañanas lo sospecho, pero cuando llega mediodía, lo olvido.

—Hazte un nudo en el pañuelo para acordarte —le dije yo.

Aspiró profundamente su cigarro, el humo salió por sus fosas nasales.

—No tengo pañuelo —dijo.

Continuamos la ascensión: pinos, abetos, terribles precipicios, y abajo, en la apacible luz de la mañana, se extendía la inmensidad del mar, calmado aquel día. A medida que la luz se hacía más intensa, distinguíamos a lo lejos las islas divinas,

Imbros, Lemnos, Samotracia, que parecían bogar en el aire, sin tocar el mar.

Llegamos a las nieves. El padre Lucas marchaba lentamente, con cuidado, nosotros nos resbalábamos y caíamos, avanzábamos con dificultad sobre la peligrosa nieve helada. Inhumana, abrupta montaña, mi amigo, que iba delante de mí, se detuvo de pronto, se inclinó, miró hacia abajo: un precipicio profundo, insondable, sintió vértigo. Se volvió hacia mí, lívido.

—Volvamos... —balbució.

—Es una vergüenza—dije yo, y lo miré apesadumbrado. Ardía en deseos de subir hasta la cima.

—Lo es... lo es... —balbució, avergonzado—. ¡Vamos!

Y comenzó de nuevo a ascender.

El sol estaba alto cuando llegamos a la cima; estábamos los dos sin aliento por el cansancio pero nuestros rostros resplandecían porque habíamos llegado a la meta.

Entramos en la pequeña iglesia, dedicada a la Transfiguración de Cristo, para orar. Entretanto, el padre Lucas había encendido fuego con las ramitas que había recogido en el camino y había hecho café, nos refugiamos al abrigo de una roca porque se había levantado viento y teníamos frío. Contemplábamos ante nosotros el mar infinito, mudo; las islas, que surcaban las aguas, blanquísimas, y en lontananza, muy lejos, montañas desconocidas que conferían al aire un tono plomizo.

—Dicen que desde esta montaña sagrada se puede ver la *Polis* —dijo Lucas, y abrió desorbitadamente los ojos hacia oriente, para distinguir la capital del Imperio.

—¿La has visto alguna vez, padre Lucas?

El monje suspiró.

—No; no he sido merecedor de verla. Parece que no bastan los ojos del cuerpo; hacen falta otros, los del alma, y mi alma, ¡ay!, es corta de vista.

—Sin embargo, a Dios lo ves —dije yo.

—¡Eh! —respondió el monje—, para eso no hacen falta los ojos. Dios está más cerca de nosotros que nuestro hígado y nuestros pulmones.

Mi amigo estaba afligido y no hablaba; quizá no aceptaba perdonar a su cuerpo el que le hubiera fallado por un instante. De pronto, no pudo contenerse más, tendió la mano y apretó la mía con fuerza.

—Por favor —dijo—, olvídale; juro que no lo haré más.

* * *

Josafás. 6 de diciembre. Hoy hemos pasado mi cumpleaños en el famoso taller de pintura de los Josafás. Son diez monjes pintores. Cada semana uno de ellos limpia la casa, barre, lava, cocina, y los demás pintan. De este taller salen, y van a los confines del mundo ortodoxo, los Cristos bien peinados, bien alimentados, las hermosas Vírgenes, ricamente ataviadas, los santos felices de mejillas sonrosadas, carentes de toda santidad. Calcomanías. Son monjes bonachones, bienintencionados, hospitalarios, desprendidos, que aman la buena comida, el buen vino, los gatos castrados. Después de la cena, sentados en torno a una chimenea encendida, hablábamos durante horas; nosotros, de las cosas de este mundo, ellos, de las del mundo superior. El padre Acakios, gordo, bajito, de piernas hinchadas, había pasado el día pintando a san Antonio, y ahora, mientras acariciaba un gato negro, sobre sus rodillas, nos hablaba con fervor del santo eremita. Un día una muchacha fue a verlo y le dijo: «He observado todos los mandamientos de Dios; tengo todas mis esperanzas puestas en Dios. Él me abrirá el Paraíso». Entonces san Antonio le preguntó: «¿Se ha convertido a tus ojos la pobreza en riqueza?». «No, abad». «¿Ni el deshonor en honor?». «No, abad». «¿Ni los enemigos en amigos?». «No, abad». «Bien, entonces, vete, trabaja, desdichada, porque no tienes nada».

Yo miraba al buen Acakios, a quien la copiosa cena, el fuerte calor de la chimenea y el recuerdo del terrible asceta lo hacían sudar, y pensaba en qué san Antonio de mejillas sonrosadas habría pintado durante todo el día. Y me dominó un deseo diabólico de decirle: «Vete, trabaja, desdichado, porque no tienes nada. Una gruesa capa de grasa, de rutinas y de cobardía

envuelve tu alma; ella anhela unas cosas en el fondo de su prisión, y otras muy distintas ejecutan la grasa, las rutinas y la cobardía». Pero no dije nada. No hablé por falta de valor.

Por la noche, cuando nos fuimos a dormir, se lo confesé a mi amigo.

—Lo habrás hecho por cortesía —me dijo para consolarme—, no por cobardía; por compasión, para no afligir a una persona tan buena; o quizá por el convencimiento de que hablarías en balde.

—No, no —protesté—, y aunque fuera esto que tú crees, hemos de vencer las pequeñas virtudes de las que hablas, la cortesía, la compasión, la buena intención; temo más a las pequeñas virtudes que a los grandes vicios, porque ellas tienen un rostro hermoso y engañan fácilmente. Pero yo quiero dar la peor interpretación a mi modo de proceder y digo: «lo he hecho por cobardía», para avergonzar a mi alma y que no vuelva a hacerlo.

A la mañana siguiente, en la galería acristalada del eremitorio, entre las pinturas de santos de mejillas sonrosadas y Vírgenes regordetas, bebimos leche con los diez pintores con sotana y comimos el buen pan seco, de trigo, y las abundantes viandas. Por los grandes ventanales penetraba un sol invernal muy confortable y el aroma melado del pino. Hablábamos, reíamos, este lugar no era el Monte Atos, Cristo había resucitado aquí y reía con nosotros. Los monjes nos contaban los milagros de los santos, y su mirada era juguetona, como si creyeran, como si no creyeran, y sus rostros se iluminaban con un resplandor lejano.

El pintor más joven, el padre Agapios, de barbita negra y brillante y labios rojos, extendió la mano y nos mostró una pintura suya, colgada en la pared frente a nosotros.

—Es el gran asceta Arsenio —dijo, mirando con orgullo su obra— y la mujer que veis arrodillada a sus pies es una bella patricia romana que cruzó montañas y mares y vino a postrarse ante él. Pero el asceta, mirad, le muestra el mar con el dedo, tiene el ceño fruncido —quiero representar que se ha enfadado y la está echando—: «¡Vete! —le está diciendo—, y no digas a nadie que me has visto; porque el mar se convertirá en una vereda y las mujeres se presentarán en mi soledad, sin haber

sido invitadas». «¡Ruega por mí, padre!» —suplica la mujer—. «Pediré a Dios, mujer, que me sea posible olvidarte» —respondió el asceta.

El pintor se volvió hacia nosotros y nos miró, malicioso.

—¿Qué quiere decir con eso de «que me sea posible olvidarte»? —preguntó...

—Quiere decir que el asceta había sido punzado por la belleza de la mujer y por eso pedía a Dios que le ayudara a olvidarla.

—¿Y la olvidó? —preguntó mi amigo, guiñando el ojo al monje.

—¿Se olvidan esas cosas? —respondió él. Pero al ver al viejo Habacuc, que lo miraba severamente, se arrepintió de haber dejado escapar esas palabras y se mordió sus gruesos labios rojos.

* * *

Monasterio de San Pablo. Extraordinario viaje en bote hasta el monasterio de San Pablo. Mil tonalidades en el mar, azul suave, verde, y como nacarado. Rocas a pico, completamente rojas, como sangre, cuevas negras, palomas salvajes, y de repente, playas lisas, blanquísimas.

Mi amigo estaba hoy de muy buen humor y el bote entero se sacudía con su risa tonante. Yo le decía que se enfureciera en chino, e inmediatamente, con sorprendente agilidad, se ponía a soltar, enojado, un torrente de palabras chinas imaginarias y yo me sentía tan alegre que no cabía en el bote. «Ahora, enamórate en árabe» —le decía—, y se ponía a declarar su amor con pasión irrefrenable a una árabe invisible. Y así, en un santiamén, llegamos al embarcadero de San Pablo, y emprendimos la abrupta cuesta que lleva al monasterio.

El portero era de Cefalonia, un viejo taimado y bromista. Estaba todo el día sentado detrás de la puerta, tenía en la mano una navaja y tallaba cristos, santos y demonios pequeñitos en madera, y así mataba el tiempo. Nos miró detenidamente y se echó a reír.

—¿Qué venís a hacer aquí, necios viajeros? —preguntó.

—Venimos en peregrinación, anciano.

—¿Qué peregrinación? ¿Estáis en vuestros cabales?

—¡Al monasterio!

—¿Qué monasterio? ¡Ya no hay monasterio, se acabó! El monasterio es el mundo. ¡Regresad al mundo! Os lo digo por vuestro bien.

Lo miramos boquiabiertos. Y como si se apiadara de nosotros:

—Estoy de broma —dijo—, entrad. Sed bienvenidos.

Entramos, miramos alrededor del patio, las celdas. El monje extendió la mano.

—Ahí tenéis la colmena de Dios —dijo con sarcasmo—. Ahí tenéis las celdas. Antes aquí había abejas y hacían miel; ahora viven avispas y tienen aguijón. ¡Dios nos proteja! —dijo, y se echó a reír.

Nosotros no decíamos ni palabra, pero teníamos el corazón en un puño. ¡De modo que hasta tal punto el monasterio se había vaciado de su santo contenido, hasta tal punto los monjes eran ahora capullos vacíos, de cuyo interior había huido la santa mariposa!

Subimos con pie cansino la escalera de piedra que llevaba al *arjontariki*; mi amigo me cogió compasivamente del brazo.

—Ten paciencia —dijo—, no te apenes, nuestra alma ha de mantenerse firme, no venirse abajo, porque si ciertas almas desfallecen en el mundo, el mundo se hundirá; ellas son las columnas que lo sostienen. Son pocas, pero suficientes.

Me zarandeó con fuerza.

—¡Resiste, pobre Misolongui! —dijo, y soltó una risotada.

Entramos en la sala; cinco o seis monjes de votos mayores [36](#), los *Epítropi*, estaban sentados en círculo, con las manos cruzadas sobre el vientre; en el centro, con buen porte, con barba negra y rizada, rostro feminoide, manos blancas, con un gorro de seda negra, estaba sentado el *hig úmeno*. Nos tendió la mano con gran afectación para que se la besáramos. Nos preguntó qué pasaba en el mundo y si traíamos periódicos.

—¿Y qué pasa con Inglaterra? —preguntó uno de los *Epítropi*—. ¿Qué hace Alemania? ¿Creéis que tendremos guerra?

—¡Ojalá sea así! —dijo otro, guiñando el ojo a su vecino—
¡Que le partan la cara a Alemania!

Al oír esto, un comisionado gordo, de cuarenta codos, empujó bruscamente su silla y se levantó de un brinco.

—El germano se zampará a todos, al inglés, al francés, al ruso, de un bocado. ¡A ver quién se atreve conmigo! ¡El germano es el Mesías de hoy! ¡Él salvará el mundo!

—¡Siéntate, Germano! —dijo el *higúmeno*, y se llevó la blanca mano a los labios para contener la risa.

Se volvió hacia nosotros.

—No le hagáis caso —nos dijo—. Se llama Germano y por eso se ha hecho germanófilo y los hermanos se meten con él.

Pero en el momento en que empezaba a animarse la conversación, se abrió la puerta de un puntapié y se precipitó en la sala, desenfrenado, un monje desgarrado y huesudo, con la cabeza rota; la sangre le corría por la barba y por la sotana hecha jirones.

—¡Santo *higúmeno*! —gritó—. ¡Mira!, los anticristos me han matado porque anteayer voté por ti en las elecciones...

El *higúmeno* se levantó lívido.

—¡Sal de aquí! —le gritó—. ¿No ves que tenemos huéspedes?

Pero el monje no quería irse; se quitó el gorro destrozado y chorreaba sangre.

—¡Voy a colgarlo en el icono de san Pablo para que vea en qué ha venido a parar su monasterio!

Los *Epítropi* se levantaron muy alterados, intentaron llevárselo por las buenas, él se resistía, pero muy suavemente lo sacaron fuera. Entretanto, nosotros aprovechamos la ocasión para colarnos entre los monjes y salimos de la sala de recepción.

Bajamos al patio y dimos vueltas de un lado a otro, sin hablar. El portero nos vio, comprendió, abandonó sus santitos y sus demonios en miniatura y vino a nuestro encuentro, muy contento.

—No os preocupéis, hijos míos —dijo—, ¿habéis visto al padre Inocencio? Le rompí la cabeza, pero perded cuidado, se le pegará de nuevo. No es la primera vez.

—¿Pero suceden a menudo estas cosas en el monasterio? — preguntó mi amigo—. ¿Entra también aquí la Tentación?

—¿En qué otra parte quieres tú que entre, sino aquí, muchacho? Se haga lo que se haga, ella encontrará el modo de entrar.

«Había una vez un monasterio, dicen, que tenía trescientos sesenta y cinco monjes y cada monje tenía tres carros y tres caballos, uno blanco, uno rojo y uno negro. Daban la vuelta al monasterio tres veces para impedir que entrara la Tentación. Por la mañana, con los caballos blancos, al mediodía, con los rojos, por la noche con los negros.

—¿Y bien? —preguntó mi amigo—. ¿Entró la Tentación?

El taimado monje se echó a reír.

—¿Bromeas? —respondió—. Mientras ellos daban vueltas con los caballos, la Tentación estaba dentro, sentada en el trono del *higúmeno*. Era el *higúmeno*.

—Y tú, santo portero, ¿has visto alguna vez a la Tentación? — preguntó mi amigo.

—¿Cómo no iba a verla? Por supuesto que la he visto.

—¿Cómo es?

—Es un adolescente imberbe, mofletudo, suave, de doce años.

Se calló, nos miró, nos guiñó el ojo.

—¿Vosotros habéis visto a nuestro santo *higúmeno*? ¿Qué os ha parecido? ¡Que él os bendiga!

Soltó una carcajada y fue a atrincherarse de nuevo detrás de la puerta.

Cinco o seis monjes nos rodearon e intentaron hacernos olvidar la cabeza rota de Inocencio. Nos llevaron a rendir culto a las santas reliquias: los huesos y los regalos de los Reyes Magos, oro, incienso y mirra, guardados piadosamente en un relicario de plata. Nos hicieron inclinarnos para olerlos, después de tantos siglos —nos decían— todavía podía sentirse su olor, ¡gran milagro!

Cuando salimos al patio y nos quedamos solos, el portero nos hizo una seña, nos acercamos.

—¿Huelen bien, eh? —nos dijo, desternillado de risa—, ¡gran milagro! Si se les echa colonia, olerán a colonia, si se les echa pachulí, olerán a pachulí, y si se les echa gasolina, olerán a gasolina. ¡Gran milagro, te digo! ¿A qué olían hoy?

—A rosas —dijo mi amigo.

—¡Ah, les han debido echar agua de rosas, entonces!

Se inclinó sobre el trozo de madera que estaba trabajando y se partía de risa.

—Ahora marchaos, que no me vean hablar con vosotros y me busque un disgusto. Me tienen por loco y yo los tengo a ellos por charlatanes, ¡el diablo nos llevará a todos!

* * *

Monasterio de San Dionisio. Muy de mañana subimos a una barca y partimos rumbo al monasterio de San Dionisio.

—El monasterio más austero del Monte Atos —nos decía el padre Benito, nuestro barquero—. Por muy contento que se esté, no se puede reír, aunque en este monasterio puedes beber vino, no puedes emborracharte; en el patio tienen plantado un laurel, y en cada hoja, si te fijas bien, verás a Cristo crucificado.

Nos acompañaba un obispo que se dirigía al puerto de Dafní para marcharse del Monte Atos.

—Todo el universo, padre Benito —dijo—, es una cruz, y sobre ella está crucificado Cristo. No sólo las hojas de laurel, también tú, y yo, incluso las piedras.

No aguanté más

—Yo, perdóneme, obispo —dije—, veo en todas partes a Cristo resucitado.

El obispo meneó la cabeza.

—No tan deprisa, no tan deprisa, hijo mío —me respondió—. Veremos a Cristo resucitado, pero sólo después de la muerte; ahora, mientras vivimos, pasamos la crucifixión.

Un delfín muy cerca de nosotros saltó del fondo del calmado mar y su lomo brilló al sol, firme, grácil, lleno de fuerza. Se zambulló de nuevo, volvió a salir, brincaba feliz, todo el mar era suyo. Y de pronto otro delfín apareció a los lejos; corrieron uno

sobre el otro, se unieron, jugaron y bruscamente, con la cola levantada, se fueron juntos, bailando.

Me sentí feliz, extendí la mano, señalé los dos delfines.

—¿Está crucificado o resucitado? ¿Qué nos dicen los delfines?

Pero ya llegábamos al monasterio de San Dionisio y el obispo no tuvo tiempo de responderme.

Al entrar en el compás nos detuvimos aterrorizados, como si fuéramos condenados, a los que han encerrado en una lóbrega y oscura prisión. Todo alrededor, columnas bajas negras y entre ellas, los arcos pintados de un fuerte color naranja y toda la pared cubierta con terroríficas pinturas del Apocalipsis — demonios, llamas del Infierno, prostitutas de cuyos pechos manaban sendos ríos de sangre, espantosos dragones con cuernos... Todo el sádico anhelo de la Iglesia de asustar al hombre y llevarlo al Paraíso, no por medio del amor, sino por medio del terror.

Vino el *arjontaris*, el monje encargado de recibir a los visitantes, nos vio contemplar las pinturas con horror. Abrió los labios, amarillentos y delgados; nos vio bien vestidos, robustos, en la flor de la juventud y lo dominó el odio; abrió los labios con un rictus de maldad y nos dijo:

—Abrid bien los ojos; no hagáis aspavientos. ¡Mirad! ¡Mirad! El cuerpo del hombre está lleno de llamas, de demonios y de prostitutas; estas inmundicias que veis no son el Infierno, son las entrañas del hombre.

—El hombre está hecho a imagen de Dios —replicó mi amigo—, no es sólo esas inmundicias, es algo más.

—¡Lo era! —chilló el monje—, lo era, pero ¡ya no lo es! El alma en el mundo en que vivís se ha hecho carne también ella, el Pecado la aprieta contra sus senos y la amamanta.

—Entonces, ¿qué hemos de hacer, padre? —dije yo—. ¿No hay una puerta de salvación?

—La hay, la hay, pero es angosta, sombría y peligrosa, no se entra con facilidad.

—¿Cuál es?

—Ahí está —extendió la mano y nos señaló la puerta del monasterio.

—No estamos aún preparados —dijo mi amigo, a quien las palabras del monje lo habían exasperado—; más tarde, cuando seamos viejos, deteriorados; la carne también procede de Dios.

Una sonrisa venenosa hendió los labios del monje.

—¡La carne procede del diablo! —chilló—. ¡El alma es de Dios, sabedlo, enviados del mundo!

Se arrebujaó bien en su sotana como si le diera miedo tocarnos y desapareció bajo unos arcos de color naranja.

Nos quedamos solos en medio del patio.

—Vámonos —dijo mi amigo—. Cristo no habita aquí, ya lo estás viendo.

Se abrieron dos o tres celdas, asomaron unos monjes esqueléticos, nos miraron, murmuraron algo y cerraron las puertas de nuevo.

—Aquí no hay amor —repitió mi amigo—. Vámonos.

—¿No sientes lástima por ellos? —dije yo—. ¿Qué te parece si nos quedamos unos días y predicamos al verdadero Cristo?

—¿A estos? ¡Imposible! Sería un esfuerzo en balde.

—Nada es en balde. Si ellos no se salvan nos salvaremos nosotros al emprender lo imposible.

—¿Pero hablas en serio? —dijo mi amigo, mirándome con cara de asombro.

—¡Ah, ojalá lo supiera! —respondí, y de repente me dominó una gran tristeza—. ¡Ah, ojalá pudiera! Mi corazón me dice: si eres un hombre de verdad, quédate aquí, ¡provoca la guerra! Pero ¡ay! la mente, Satán, me impide hacerlo.

Dos monjes se animaron, se acercaron a nosotros, nos hicieron entrar y recorrer el monasterio. Vimos un fresco del gigante san Cristóbal con cabeza de jabalí y nos señalaron su enorme colmillo; nos hicieron adorar la mano derecha de san Juan Bautista. En el refectorio, dos serafines con alas rojas, como llamas, con piernas muy blancas, sobre la tierra verde, y una lanza enhiesta en cada mano. A la izquierda, en la pared, una Virgen sentada entre dos ángeles; a uno y otro lado, árboles muy verdes y pájaros posados en sus ramas; detrás de cada

ángel, un esbelto ciprés. En lo alto, en la cúpula, el Pantocrátor; de su boca salía una cinta, y en la cinta, grandes letras rojas. Los monjes alzaron las manos y nos señalaron al Pantocrátor.

—¿Distinguíis lo que dicen las letras? «Amaos los unos a los otros». Di estas palabras a una rama seca y florecerá; se las dices al hombre, y no florece. Todos iremos al Infierno.

El cementerio era sencillo, bonito, como un balcón sobre el mar, cinco o seis cruces de madera roídas por el viento y el salitre.

De repente, una bandada de palomas blancas pasó volando sobre nosotros y se dirigió al mar. Un monje levantó ávidamente la mano, como si quisiera atraparlas; sus ojos estaban llenos de muerte y de hambre.

—¡Ah, si tuviera una escopeta! —murmuró, y sus dientes chirriaron de gula.

* * *

Nuestra peregrinación tocaba a su fin. En los días que precedieron a nuestra partida trepé yo solo por la pendiente para llegar a las ermitas salvajes, entre las rocas, muy alto sobre el mar, en Carulia. Allí, metidos en cuevas, viven y rezan por los pecados del mundo, alejados unos de otros, para no tener tampoco el consuelo de ver seres humanos, los más salvajes, los más santos ascetas del Monte Atos. Tienen colgado un canasto sobre el mar y las barcas que a veces pasan por allí ponen dentro un poco de pan, aceitunas, lo que tengan, para no dejar que los ascetas mueran de hambre. Muchos de estos severos ascetas se vuelven locos; creen que les han salido alas, vuelan sobre el precipicio y caen. Abajo, la playa está llena de osamentas.

Entre estos eremitas vivía por aquellos años Macario el Spileota, famoso por su santidad. A él fui yo a ver. Desde el momento en que había puesto el pie en la montaña sagrada había tomado la decisión de ir a verlo, de inclinarme a besarle la mano y confesarme con él. No de mis pecados —no creía haber cometido muchos hasta entonces—, sino de la arrogancia propia

de Lucifer que a menudo me impulsaba a hablar con impudicia de los siete sacramentos y de los diez mandamientos, y a desear grabar mis propias tablas de la ley.

Llegué a la ermita a eso del mediodía; negros agujeros sobre la pared del precipicio, cruces de hierro clavadas en las rocas; un esqueleto asomó en la puerta de una cueva, me asusté; era como si hubiese llegado ya el Juicio Final y aquel esqueleto hubiera salido de la tierra y no le hubiera dado tiempo de recubrirse con todas sus carnes. Sentí miedo y repulsión, pero al mismo tiempo, una secreta admiración inconfesable; no me atreví a acercarme, le pregunté de lejos. Extendió su brazo seco, sin decir una palabra y me indicó una cueva negra en todo lo alto, al borde del precipicio.

Empecé a trepar por las rocas, sus aristas me desgarraban las manos, llegué a la cueva. Me incliné para mirar el interior: olor a tierra húmeda y a incienso, oscuridad profunda; poco a poco empecé a distinguir un cántaro, a la derecha, en una hendidura de la roca; nada más. Iba a dar una voz, pero el silencio de aquella oscuridad me pareció tan sagrado, tan inquietante, que no me atreví; la voz del hombre se me antojaba allí como un pecado, un sacrilegio.

Mis ojos estaban ya acostumbrados a la oscuridad y al abrirlos más y mirar atentamente, una débil fosforescencia, una cara pálida, dos manos esqueléticas, se movieron en el fondo de la cueva y se oyó una dulce voz, moribunda.

—¡Bienvenido!

Me armé de valor, entré en la cueva, avancé hacia la voz. Acurrucado en el suelo, el asceta tenía levantada la cabeza y, en la penumbra, distinguí su rostro sin un vello, roído por las vigiliass y el hambre, con las cuencas de los ojos huecas, resplandeciente, sumido en indecible beatitud. Se le había caído el cabello, su cráneo brillaba como una calavera.

—Bendíceme, padre —le dije, y me incliné para besar su esquelética mano.

Durante un rato permaneció en silencio. Yo miraba insaciablemente a esta alma que había aniquilado su cuerpo porque le hacía pesadas las alas y no le permitía subir al cielo. El

alma que tiene fe es una fiera despiadada que devora al hombre; carne, ojos, cabello, todo lo había engullido.

Yo no sabía qué decir ni por dónde empezar. El cuerpo que tenía ante mí me parecía un campo de batalla después de una terrible matanza; veía sobre él los arañazos y los mordiscos de la Tentación.

Finalmente, me atreví:

—¿Todavía luchas con el demonio, padre Macario? —le pregunté.

—Ya no, hijo mío; ahora he envejecido y él ha envejecido conmigo; ha perdido las fuerzas. Ahora lucho con Dios.

—¡Con Dios! —dije sorprendido—. ¿Y esperas vencer?

—Espero ser vencido, hijo mío, todavía me quedan los huesos; son ellos los que le hacen frente.

—Tu vida es dura, venerable anciano. Yo también quiero salvarme. ¿No hay otro camino?

—¿Un camino más cómodo? —dijo el asceta, sonriendo compasivamente.

—Más humano, anciano.

—Uno sólo es el camino.

—¿Cómo se llama?

—Subida. Subir una escala peldaño a peldaño; del hartazgo al hambre, de la saciedad, a la sed, de la alegría al sufrimiento, en la cumbre del hambre, de la sed, del sufrimiento, está Dios; en la cumbre del bienestar está el demonio. Elige.

—Todavía soy joven; la tierra es hermosa, tengo tiempo de elegir.

El asceta tendió los cinco huesos de su mano, me tocó la rodilla, me la zarandéó:

—¡Despiértate, despiértate, hijo mío, antes de que la muerte te despierte!

Sentí un escalofrío.

—Soy joven —repetí, para darme valor.

—La muerte ama a los jóvenes; el Infierno ama a los jóvenes; la vida es un pequeño cirio encendido, se apaga fácilmente, está atento, ¡despierta!

Se calló un instante; luego, al cabo de un rato:

—¿Estás preparado? —me dice.

La indignación y la terquedad se adueñaron de mí.

—¡No! —grité.

—¡Arrogancia de la juventud! Lo dices y te jactas de ello; no grites. ¿No tienes miedo?

—¿Quién no tiene miedo? Claro que tengo miedo. Y tú, santo padre, ¿no tienes miedo? Has padecido hambre y sed, has sufrido, estás a punto de llegar a la cima de la escala, ya se ve la puerta del Paraíso. Pero ¿se abrirá esa puerta para que tú entres? ¿Se abrirá? ¿Estás seguro?

Dos lágrimas rodaron de las cuencas de sus ojos, suspiró y al rato dijo:

—Estoy seguro de la bondad de Dios; ella vence y perdona los pecados del hombre.

—Yo también estoy seguro de la bondad de Dios; ella puede perdonar incluso la arrogancia de la juventud.

—¡Pobres de nosotros si sólo dependiéramos de la bondad de Dios!; entonces la maldad y la bondad entrarían cogidas del brazo en el Paraíso.

—¿Acaso no crees, venerable anciano, que la bondad de Dios sea suficientemente grande? —Y al decirlo, destelló en mi mente el siguiente pensamiento, puede que impío, quién sabe, o quizá tres veces santo: llegará el tiempo de la completa liberación, de la reconciliación perfecta; se apagarán las llamas del Infierno y el Hijo Pródigo, Satanás, subirá al cielo, besará la mano del Padre y de sus ojos rodarán lágrimas: «¡He pecado!», gritará. Y el Padre le abrirá los brazos: «¡Bienvenido, hijo mío! ¡Bienvenido, le dirá, perdóname por haberte atormentado tanto!».

Pero no me atreví a expresar este pensamiento y di un rodeo para decírselo:

—He oído decir, anciano, que un santo, no recuerdo ahora cuál, no podía hallar reposo en el Paraíso. Dios oyó sus lamentos y lo llamó: «¿Por qué suspiras?» —le preguntó—. «¿Es que no eres feliz?». «¡Cómo voy a ser feliz, Señor!» —le respondió el santo—. «Justo en medio del Paraíso hay una fuente que llora». «¿Qué fuente?». «Las lágrimas de los condenados».

El asceta se santiguó, sus manos temblaban.

—¿Quién eres? —me preguntó con voz agonizante—. ¡Aléjate de mí, Satanás! —se santiguó y escupió tres veces en el aire—. ¡Aléjate de mí, Satanás! —repitió. Y su voz ahora se había hecho fuerte.

Toqué su rodilla desnuda que brillaba en la penumbra; mi mano se quedó helada.

—Venerable padre —le digo—, no he venido aquí para tentarte; no soy la Tentación, soy un joven que quiere creer ingenuamente, sin hacerme preguntas, como creía mi abuelo el campesino. Quiero, pero no puedo.

—¡Pobre de ti! ¡Pobre de ti, desdichado, la mente te devorará; el «yo» te devorará! El arcángel Lucifer, a quien defiendes y quieres salvar, ¿sabes cuándo se precipitó al Infierno? Cuando se dirigió a Dios y le dijo: «¡Yo!». Sí, sí, escucha, joven, y métete bien esto en la cabeza: una sola cosa está condenada a ir al Infierno, el «Yo»: el «Yo», ¡maldito sea!

Obstinado, meneé la cabeza:

—Pero padre Macario, por este «yo» el hombre se ha separado del animal. No le culpes.

—Por este «yo» se ha separado de Dios. En el principio todo era una sola cosa con Dios, todo era feliz en su seno; no había ni «yo» ni «tú» ni «él»; no había lo mío y lo tuyo; no había dos, sólo había uno. La Unidad, el Uno; este es el Paraíso del que has oído hablar, no otro. De ahí hemos partido, es este el que recuerda el alma y al que ansía volver. ¡Bendita sea la muerte! ¿Qué crees tú que es la muerte? Es una mula; subimos a ella y partimos.

Hablaba, y a medida que hablaba su semblante se iluminaba; una sonrisa dulce, feliz, se desbordaba de sus labios y ocupaba toda su cara. Sentías que él se sumía en el Paraíso.

—¿Por qué sonrías, venerable anciano?

—¿Puedo dejar de sonreír? —me respondió—. Soy feliz, hijo mío; cada día, cada hora, oigo los cascos de la mula; oigo a la muerte, que se acerca.

Había escalado las rocas para confesarme con aquel salvaje que había renegado de la vida, pero me di cuenta de que aún era

demasiado pronto; la vida en mí no se había apagado; amaba mucho el mundo visible; Lucifer brillaba en mi espíritu, no había desaparecido aún en el cegador resplandor de Dios. «Más tarde —pensé—, cuando sea viejo, cuando me haya apagado, cuando Lucifer se haya apagado en mí».

Me levanté. El viejo alzó la cabeza.

—¿Te vas? —dijo—. Buen viaje, que Dios te acompañe.

Y al rato, burlonamente:

—Saludos al mundo.

—Saludos al cielo —le repliqué—. Y dile a Dios que no es culpa nuestra, sino suya, que ha hecho el mundo tan hermoso.

* * *

Pero no todos los monjes eran tan felices ni estaban tan seguros. Recuerdo sobre todo a uno de ellos, el padre Ignacio. Por la noche, cuando los monjes se habían ido a dormir y nos quedábamos solos en la hospedería del monasterio, mi amigo y yo conversábamos. Hablábamos de nuestras grandes inquietudes espirituales, de los caminos que podía seguir el hombre para llegar a Dios y nos esforzábamos en dar un contenido más puro a esta palabra manoseada por los popes. Una vez, mientras estábamos hablando, sería ya medianoche, una voz ahogada por la emoción surgió de un rincón oscuro.

—Que Dios me conceda permanecer escuchándoos eternamente. ¡No deseo otro Paraíso!

Era el padre Ignacio, que escondido en la penumbra nos estaba escuchando. Seguramente no comprendía bien lo que decíamos, pero lo habían emocionado las palabras «Dios», «amor», «deber», que salían sin cesar en nuestra conversación; y sobre todo, lo emocionaba la vehemencia, el calor de nuestra voz, y quizá también la palidez de nuestro rostro a la luz del candil.

Nos hicimos amigos; desde aquella noche no se separaba de nosotros; no hablaba, escuchaba, sentías que estaba sediento de oír una conversación más elevada que las que tienen los

monjes. La víspera de nuestra partida me llamó por la noche a su celda; mi amigo estaba cansado y dormía.

—Quiero confesarme contigo —me dice—, siéntate.

Me ofreció un taburete, me senté. Lo miraba a la luz de la luna: su barbita blanquísima, rala, brillaba; su sotana negra tenía un viso verdoso por el uso, el deterioro y la mugre; las mejillas hundidas, y el rostro con hondos surcos, como un campo arado; las cejas, pobladas e hirsutas, le cubrían los profundos y negríssimos ojos. Olía a aceite rancio y a incienso; de su tosco zapato agujereado asomaba el pulgar de su pie derecho.

Permaneció un rato en silencio, como si en ese momento se arrepintiera de la decisión que había tomado antes.

—Por el amor de Cristo, ten paciencia —dijo al fin—, escúchame. Y no grites, no te levantes ni te vayas antes de que haya terminado mi confesión, ten piedad de mí.

Su voz temblaba.

—¿Quieres un café? —dijo, como si quisiera demorar el momento difícil.

Pero sin esperar respuesta se sentó en su humilde jergón y se acarició la barba, pensativo e indeciso. Me dio pena de él.

—Padre Ignacio —dije—, no vaciles. Soy un buen hombre y comprendo el sufrimiento humano; habla libremente para aliviarte.

—No es sufrimiento —dijo, y de repente su voz senil se tornó más enérgica—; no es sufrimiento, es alegría. ¿Una alegría maldita?, ¿bendita? Hace años que me esfuerzo en esclarecerlo, pero no puedo; por eso te he llamado, busco ayuda, ¿comprendes?

Y al pronunciar esta palabra su corazón se abrió, ya no vacilaba, se santiguó y sin mirarme, con la vista fija en la lamparilla que ardía frente a él, junto al icono de Cristo crucificado, dijo:

—Yo, hijo mío, durante años intenté ver a Dios sin conseguirlo; durante años hice penitencia. Mira mis manos, tienen callos. Durante años grité: «Que no vea a Dios, puesto que soy indigno; que no vea a Dios, pero, al menos, que pueda sentir su presencia invisible para reconfortarme también yo, aunque sea

sólo por un instante; para comprender que soy cristiano y que no han sido en balde tantos años pasados en el monasterio». Gritaba, lloraba, ayunaba... ¡En vano, en vano!; mi corazón no podía abrirse para que Dios entrara en mí. Satanás le había puesto un candado y tenía las llaves.

Se volvió hacia mí, me miró, levantó las cejas para verme mejor.

—¿Por qué te digo todo esto? —dijo, como si me riñera—. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué vienes a hacer al Monte Atos? ¿Por qué me confío a ti y quiero decirte lo que vas a oír, y que nunca he confiado ni siquiera a mi confesor; esto que me pesa y me hunde en el Infierno? ¿Por qué?, ¿por qué?

Me dirigió una mirada interrogante; esperaba una respuesta.

—Tal vez sea esta la voluntad de Dios —le respondí—; puede que me haya enviado al Monte Atos para escucharte. ¿Cómo quieres, padre Ignacio, que la mente del hombre sepa qué caminos toma Dios para aligerarte del peso del que me hablas?

El monje bajó la cabeza, se sumergió un instante en sus pensamientos.

—Puede ser... puede ser... —dijo, finalmente.

Se armó de valor, prosiguió, ya sin vacilar.

«Pues bien, durante años me atormentaba y sentía que mi vida iba a la deriva. De nada me servían la oración, los ayunos, el retiro. No era este el camino; empezaba a sospechar con pavor que no era este el camino que me llevaría a Dios; el camino era otro, otro, pero ¿cuál?, cuando un día el *higúmeno* me ordenó que fuera a supervisar un predio que el monasterio poseía cerca de Salónica. Era verano, época de cosecha y debía estar allí para que los arrendatarios no nos robaran.

»Hacía veintiún años que no salía del monasterio, que no veía hombres con hijos, que no oía una risa, que no veía una mujer. Hacía mucho calor en el campo, y yo tenía más o menos cuarenta años. Prisionero durante veintiún años, ahora se habían abierto las puertas de la cárcel y respiraba aire puro. Había olvidado que los niños ruedan por el suelo y juegan, que las mujeres van a la fuente con el cántaro al hombro y que los mozos, con una ramita de albahaca en la oreja, beben en las

tabernas. Una mujer en la puerta de la casa del predio tenía a su hijo en el regazo y lo amamantaba. Por un instante, Dios me perdona, creí que era la Virgen, y estuve a punto de inclinarme y venerarla. Te lo repito, hacía veintiún años que no había visto una mujer; sentí vértigo.

»Ella al verme se abrochó la blusa, ocultó su seno y se inclinó para besarme la mano.

«Bienvenido, padre Ignacio —dijo—, danos tu bendición.

»Pero yo, no sé por qué, me enfurecí y retiré la mano.

»¡No amamantes delante de los hombres! —grité—. ¡Métete dentro!

»Ella se sonrojó, tiró del pañuelo que le cubría la cabeza y se tapó la boca, y sin decir palabra se metió en la casa, aterrorizada».

El monje cerró los ojos, seguramente para ver en su memoria el umbral de la puerta, la mujer, la blusa desabrochada.

—¿Y entonces? —dije al monje, al ver que permanecía en silencio después de un buen rato.

—Aquí es donde comienza la subida —respondió el monje—; mejor dicho, el descenso. Me escucharás, ¿de acuerdo?; no gritarás ni te levantarás para irte. No es culpa mía; es culpa de Satanás, ni siquiera de él; todo viene de Dios. Hasta una hoja que caiga de un árbol, dicen las Escrituras, Él la hace caer, ¡cuánto más un alma!... Digo esto para consolar mi conciencia, pero no se consuela. De día, calla, pero de noche se levanta y me grita: ¡Tú eres el culpable!

«Te he hablado de la mujer que vi sentada en el umbral dando el pecho a su hijo. Desde el momento en que vi su seno no pude tener sosiego. Un gran asceta, san Antonio, dice: “Si estás tranquilo y escuchas piar a un gorrión, tu corazón pierde el sosiego”. Pues bien si el canto de un pájaro altera nuestro corazón, ¿qué no hará el seno de una mujer? Y no lo olvides, yo había entrado muy joven en el monasterio y no había conocido mujer. ¡Qué digo conocido! ¡No había tocado nunca a una mujer! ¿Qué hacer? ¿Cómo exorcizar a Satanás? Me entregué al ayuno y a la oración, cogí el látigo con que se azota a los bueyes que aran y me flagelaba con rabia; todo mi cuerpo se convirtió en una

llaga. ¡En vano, en vano! Si bajaba un poco la luz del candil, veía brillar en la penumbra un seno blanco de mujer. Una noche tuve un sueño espantoso, todavía se me eriza el cabello al recordarlo».

Se le trababa la lengua, tenía la boca reseca. Pero yo le pregunté sin piedad:

—¿Qué sueño?

Se enjugó el sudor de la frente, tomó aliento.

—Soñé con un seno blanco, no un cuerpo, no una mujer; una profunda oscuridad, y en la oscuridad un seno blanco y yo, pegado a él, con mi sotana, con mi gorro negro, con mi barba, mamaba...

Resopló como un becerro y calló.

—¿Entonces, entonces? —insistí sin compasión.

Mi ardiente deseo de seguir escuchando había podido más que mi bondad. No era curiosidad, era una profunda compasión por el desdichado ser humano que quiere, quiere y no puede.

—¿Por qué insistes? ¿No tienes piedad de mí? —dijo el monje, mirándome suplicante.

—No —le respondí, pero inmediatamente sentí vergüenza y dije:

—Sí, te compadezco, y por eso insisto. Ya verás cómo en cuanto lo digas te sentirás aliviado.

—Tienes razón... Sí, sí, en cuanto lo diga, me sentiré aliviado. Escucha, pues.

«Aquella mujer que vi el primer día en el umbral, me traía cada noche un plato de comida y un vaso de vino para que cenara; pero los últimos días, yo ni los probaba, ella volvía por la mañana y se los llevaba otra vez. Se detenía un instante junto a mí, como queriendo preguntarme por qué no comía, pero no se atrevía. Pero una noche, era domingo, no estaba cansada de segar en el campo, había descansado, se había lavado el pelo y llevaba la ropa de los domingos —una camisa, recuerdo, con bordados rojos—. Hacía calor, se había desabrochado un botón de la blusa y se le veía un poco el cuello. Debía haberse untado aceite de laurel en el pelo, como hacen las mujeres del campo, y olía bien. No sé por qué, me recordó la iglesia el día de Pascua, cuando la

adornamos con ramas de mirto y esparcimos por el suelo hojas de laurel; todo el aire olía a laurel y a resurrección.

»Dejó el plato y el vino sobre la mesa y se armó de valor, quién sabe por qué. ¿Porque estaba recién lavada? ¿Porque había descansado? El baño, el perfume y un botón desabrochado pueden ayudar a la Tentación a provocar a un hombre. Pues bien, la mujer se armó de valor y esa noche no se fue, se quedó.

»—¿Por qué no comes estos días, padre Ignacio? —dijo, y su voz era inquieta, llena de compasión.

»Realmente, como si su hijo no se amamantara desde hacía días y ella estuviera preocupada porque estuviera enfermo.

»No le respondí; ella no se iba; no se iba, ¿sabes por qué? Eres joven aún y no sabes. Porque el diablo en el vientre de la mujer nunca duerme; siempre trabaja.

»—Vas a debilitarte, padre Ignacio —dijo de nuevo—, y el cuerpo también viene de Dios, tenemos que alimentarlo.

»—¡Aléjate de mí, Satanás! —dije en mi interior, y no levanté la vista para mirar a la mujer.

»De pronto, lancé un grito, como si me ahogara.

»—¡Vete!

»La mujer se asustó, corrió hacia la puerta. Pero cuando la vi acercarse a la puerta fue como si tuviera miedo de que se fuera, me lancé sobre ella y la agarré por los cabellos. Soplé el candil para que no nos viera el Crucificado, se apagó. La oscuridad es la guarida de Satanás. Yo la mantenía aún sujeta por los cabellos y la eché sobre el jergón. Mugía como un becerro, ella callaba; le quité el pañuelo de la cabeza y de un manotazo le desabroché bruscamente la blusa...

»¿Cuántos años han pasado desde entonces? ¿Treinta? ¿Cuarenta? El tiempo no ha pasado, se ha detenido. ¿Has visto alguna vez detenerse el tiempo? Yo lo he visto; llevo treinta años desabrochando aún su blusa pero no se termina de desabrochar.

»La retuve hasta el alba; no la dejaba irse. ¡Qué gozo, Dios mío, qué alivio, qué resurrección! Toda mi vida había estado crucificado, aquella noche resucité. Y aún hay más, algo terrible: por primera vez sentí a Dios cerca de mí, con los brazos abiertos

¡Qué gratitud la mía, qué oraciones durante toda la noche, hasta el alba! ¡Cómo se abrió mi corazón y penetró Dios en él! Por primera vez comprendí, las Escrituras me lo decían, pero eran sólo palabras, por primera vez en mi vida carente de risas, inhumana, comprendí que Dios es todo bondad y ama a los hombres, y cuánto debe compadecer a los hombres para haber creado a la mujer y haberle otorgado tanta gracia para que ella nos lleve por el camino más seguro, más corto, al Paraíso. La mujer puede más que la oración, que el ayuno, y ¡perdóname, Dios mío!, que la virtud».

Se detuvo. Estaba asustado por las palabras que acababa de decir; lanzó una mirada temerosa a Cristo crucificado y dos lágrimas rodaron de sus ojillos hundidos tras las cejas.

—¡He pecado, Cristo! —gimió, y cerró los ojos para no ver el icono.

Se repuso un poco, abrió los ojos, me miró. Yo iba a hablarle, no sabía qué decirle, pero no podía soportar el silencio, y las lágrimas que rodaban de aquellos ojos seniles me aterraban. Pero no me dio tiempo a decir nada, alargó la mano, como si quisiera taparme la boca.

—No he terminado —dijo—. Espera...

«Cuando se hizo de día, la mujer se levantó precipitadamente, se vistió, abrió con cuidado la puerta y se fue. Yo, echado de espaldas en el jergón, cerré los ojos y me puse a llorar. Pero estas lágrimas no se parecían a las que vertía en la celda, que eran amargas como la hiel; estas tenían una dulzura inefable. Porque sentía que Dios había entrado en mi cuerpo y estaba reclinado sobre mi almohada; estaba seguro de que si extendía la mano podría tocarlo; pero yo no era el incrédulo Tomás, no tenía necesidad de tender el dedo para tocarlo. La mujer, la mujer, y no la oración, repito, y no el ayuno, fue la que me dio esta certidumbre y me trajo a Dios a mi cuarto. ¡Bendita sea!

«Desde aquella noche, van ya treinta o cuarenta años, me sigo diciendo a mí mismo: ¿el pecado está también al servicio de Dios? Ya sé, ya sé lo que vas a decirme, lo dice todo el mundo: “Sí, sin lugar a dudas, basta con que nos arrepintamos”. Pero yo no me he arrepentido; lo digo con franqueza, y aunque el rayo de

Dios caiga sobre mí y me fulmine, ¡no me arrepentiré! ¡Y si se me presentara otra vez la ocasión volvería a hacerlo!».

Se quitó el gorro, se rascó la cabeza, sus cabellos blancos se desparramaron y le cubrieron el rostro. Se quedó pensativo un instante y yo me di cuenta de que vacilaba en seguir hablando, pero finalmente se decidió.

—¿Acaso lo que hice no era pecado? Y si no era pecado, ¿qué quiere decir entonces pecado original, serpiente y manzana del árbol prohibido? No comprendo. Por eso te he hecho venir. No quiero morir; me aferro a mis pocos huesos, no quiero morir antes de haber comprendido. ¿Por qué no dices nada? Creo que tú también te has quedado perplejo, hijo mío.

¿Qué decirle? ¿Que el pecado está al servicio de Dios? Era la primera vez que esta pregunta venía a atormentarme. ¿Existe paralelo al camino de la virtud otro camino más ancho, más llano, el del pecado, que puede llevarnos a Dios?

—Padre Ignacio —le respondí—, soy aún muy joven, no he tenido tiempo de pecar mucho ni de sufrir mucho, no puedo darte una respuesta. No quiero tener como juez a mi mente, no tengo confianza en ella; ni a mi corazón, tampoco me fío de él. Una lo condena todo, el otro lo perdona todo. ¿Dónde encontrar los límites? La mente dice: padre Ignacio, el camino del pecado que dices que te lleva a Dios es demasiado amable, demasiado cómodo, no lo acepto. El corazón dice: no es posible que Dios sea tan cruel e injusto como para querer el martirio, el hambre, la miseria y la humillación del hombre. ¿Es que sólo van a poder entrar en su casa locos y piltrafas? No lo acepto. Así que, puesto que creo que ambos tienen razón, ¿qué conclusión sacar, padre Ignacio?

Mientras hablaba, pensaba para mí, sin decirlo: ¡un nuevo decálogo! ¡Un nuevo decálogo! Pero no sabía cómo este nuevo decálogo iba a catalogar las virtudes y los pecados; sólo una cosa me repetía a mí mismo: es absolutamente necesario. ¿Quién nos lo dará?

El ventanuco de la celda había empezado a iluminarse débilmente. En el patio del monasterio se oyó el golpeteo

melódico del *simandro*, que iba de celda en celda llamando a los monjes a maitines.

El padre Ignacio miró el ventanuco y se asombró.

—Ha amanecido —murmuró—, ha amanecido...

Se arrastró hasta un rincón, se agachó, quejumbroso, porque le dolían los riñones, cogió una pequeña alcuza, se acercó al candil que pendía delante del icono del Crucificado y vertió en él un poco de aceite. La débil llamita se avivó e iluminó el rostro cerúleo y doliente del Cristo, por cuya frente y mejillas goteaba sangre de la corona de espinas.

El monje mantuvo largo rato los ojos fijos sobre el rostro de Cristo y suspiró. Se volvió hacia mí.

—¿Así que no tienes nada que responderme? ¿Nada?

Su voz era burlona, así me pareció. Yo me había levantado del taburete y estaba en pie junto al monje, mirando, como él, al Crucificado. Estaba cansado, tenía sueño.

—Nada —respondí.

—No importa —dijo el monje, y cogió de un rincón su bastón para ir a maitines.

Se detuvo de nuevo ante el icono para venerarlo. A la luz del candil brilló su rostro marchito, agotado. Levantó el dedo, me señaló al Crucificado.

—Él ha respondido —dijo.

En ese momento llamaron a la puerta de la celda.

—Padre Ignacio... —se oyó una voz.

—Ya voy, santo *higúmeno* —respondió el monje, y descorrió el cerrojo de la puerta.

* * *

Hojeo el Cuaderno de viaje amarillento. Nada estaba muerto, todo dormía en mí y ahora, ¡cómo despierta todo y sube de las páginas oscurecidas, medio borradas, y se convierte en monasterios, monjes y mar...! ¡También mi amigo asciende de la tierra, joven, hermoso, como era entonces, en la flor de la juventud, con su risa homérica, con su mirada azul de águila, con el pecho henchido de poemas! Dio a los hombres más de lo que

podían recibir; les pidió más de lo que podían dar y murió solo, atribulado. Ya no le quedaba más que la amarga sonrisa de su alma orgullosa y herida. Como un meteorito venció un instante la oscuridad y desapareció. Así desapareceremos todos; así desaparecerá la Tierra, pero esto no es un consuelo ni siquiera para aquel que nos engendra y nos mata, ninguna justificación.

Durante cuarenta días recorrimos el Monte Atos y cuando al terminar nuestro recorrido, la víspera de Navidad, regresamos a Dafní para irnos, nos esperaba el milagro más inesperado, el más decisivo: ¡en pleno invierno, en un pobre huertecillo, un almendro en flor!

Tomé a mi amigo del brazo, le mostré el árbol florecido.

—Durante esta peregrinación, Ángelos, han atormentado nuestro corazón muchas preguntas intrincadas —dije— y ahora, ¡he aquí la respuesta!

Mi amigo clavó su mirada azul sobre el almendro en flor, se santiguó como si estuviera adorando un santo icono milagroso y permaneció largo rato en silencio.

Luego, en voz baja:

—Un poema —dijo—, sube a mis labios; un poema muy breve, un *haiku*.

Contempló nuevamente el almendro:

Dije al almendro: «Hermano, háblame de Dios»,
Y el almendro floreció.

[31](#) Según la tradición, la Madre de Dios tejió el cinturón con pelo de camello y lo utilizó hasta el fin de sus días terrenales, tras lo cual lo entregó al apóstol santo Tomás. Un trozo del cinturón de la Virgen se custodia en el Monte Atos, en el monasterio de Vatopedi (hay otro en Chipre y un tercero en Italia). Los monjes de este monasterio suelen entregar a las devotas pequeñas reproducciones del cinturón de la Virgen, las cuales acompañan con unas oraciones y las recomendaciones de ayunos, para remediar la infertilidad. Es la única forma que tienen las mujeres de venerar esta reliquia, ya que tienen prohibido el acceso al Monte Atos.

[32](#) El de la Concha.

[33](#) Teodoro Pródromos, o Ptojoпрódromos (siglo XII). Poeta bizantino que compuso en la lengua del pueblo versos decapentasilabos, satíricos, que se denominan, genéricamente, *Ptojoпрodromiká*. Se consideran obras especialmente importantes y precursoras de la literatura neohelénica, por estar escritos en lengua popular. Según la más reciente crítica, estos poemas son posteriores y fueron compuestos por uno o más humoristas que imitan el estilo de Pródromos, pero no su vocabulario y su lengua, que es más arcaica. Los poemas refieren con sarcasmo y causticidad el hambre y las privaciones que sufrió su protagonista. El primero cuenta las penalidades que pasó en sus doce años de matrimonio con una mujer beligerante y díscola, que siempre le echaba en cara que no la tenía mantenida como ella quería, por lo que lo castigaba sin comer, hasta que, desesperado, tuvo que disfrazarse de monje ruso para poder sentarse a la mesa con sus propios hijos, como extranjero. En el segundo, cuenta las dificultades que tenía para alimentar a los muchos hijos y parientes que dependían de él, por lo que siempre estaba pidiendo limosna al rey. En el tercero y el cuarto, habla como monje y relata los abusos de los *higúmenos* de los monasterios, quienes, si enfermaban ellos, llamaban a los mejores médicos, pero si el enfermo era un simple monje, le imponían como terapéutica ayunos de tres días y como medicina un poco de cebolla. Dedicó sus versos a Manuel Comneno, a quien recomienda que lleve como médico de palacio a un determinado *higúmeno*, si quiere mantenerse sano.

[34](#) En griego *Ýpsoma*. Es el Pan de la Participación que una vez elevado y bendecido por el sacerdote en la misa se reparte entre los fieles.

[35](#) Emperador bizantino entre los años 963 y 969. Tras la muerte del emperador Romano II, con la ayuda de la regente, la emperatriz Teófano, y del patriarca, obtuvo el mando supremo de las fuerzas de Oriente, y fue proclamado emperador por estas, en su marcha sobre Constantinopla donde, entretanto, sus partidarios habían destronado a su enemigo Bringas. Coronado emperador junto a los hijos menores de Romano, y a pesar de la oposición del patriarca, se casó con la madre de estos. Finalmente, fue abandonado por su esposa y asesinado en su propia estancia en una conspiración urdida por esta, de acuerdo con su sobrino Juan Tzimiscés.

[36](#) En griego *megalósjimos* en singular, *megalósjimi* en plural. El monje que ha recibido el Hábito Angélico o Mayor como dignidad concedida por haber observado durante más de treinta años una estricta vida monástica.

Jerusalén

Cuando me quedé solo y cerré los ojos, ¿qué había quedado del Monte Atos? ¿Qué había quedado de tantas emociones y alegrías, de tantas preguntas que nos atormentaban a mi amigo y a mí? ¿Qué había ido a buscar al Monte Atos y qué había encontrado?

Las antiguas heridas de mi adolescencia, cuando se me revelaron los dos terribles secretos, que la Tierra no era el centro del universo y que el hombre no era una criatura privilegiada, salida directamente de las manos de Dios, aquellas antiguas heridas que habían estado cerradas durante muchos años se volvieron a abrir en el Monte Atos en forma de dos angustias metafísicas: ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos? Cristo había dado una respuesta, había traído un bálsamo, había sanado muchas heridas, ¿podría sanar las mías? Por un instante, el *simandro*, los maitines, las salmodias, las pinturas, el ritmo divino de la vida ascética habían apaciguado mi angustia; había vivido muy de cerca el combate de Cristo y mi propio combate había cobrado valor, se había suavizado, esperaba; pero muy pronto se había desvanecido el encanto y mi alma volvía a encontrarse sola: ¿por qué?, ¿qué le faltaba?, ¿quién le faltaba?, ¿qué había ido a buscar al Monte Atos que no había encontrado?

Pasó el tiempo, poco a poco empecé a sospecharlo: había ido al Monte Atos a buscar lo que llevaba buscando toda mi vida, un gran amigo, un gran enemigo; no de mi talla, sino más grande, para batirme con él en combate. No una mujer. No una idea. Algo diferente, Alguien diferente. Esto era lo que le faltaba a mi alma, Este era el que le faltaba, por eso se consumía.

Y ese Alguien —mientras estuve en el Monte Atos no lo comprendí, lo comprendí más tarde—, ese Alguien no lo había

encontrado en el Monte Atos.

¿Este era el fruto de todo mi peregrinaje atonita? Al recorrer el Monte Atos había encontrado sólo un antiguo luchador —así me pareció al principio— que tendía sus manos heridas a los monjes que pasaban, y cuyos pies descalzos estaban ensangrentados. Sus mejillas estaban hundidas por el hambre y entre sus harapos aparecía su cuerpo esquelético. Tenía frío y sus ojos estaban inundados de lágrimas. Llamaba a las puertas, nadie le abría, lo echaban de monasterio en monasterio y los perros corrían detrás de sus andrajos y le ladraban. Una tarde lo vi sentado en una piedra contemplando el sereno mar. Me escondí detrás de un abeto y lo aceché: permaneció largo rato mudo y de repente, no pudo contenerse más y gritó: «¡los zorros tienen donde dormir y yo no tengo donde reclinar la cabeza!». Un relámpago rasgó mi mente, lo reconocí, corrí a besarle la mano; desde muy niño lo amaba, lo había amado siempre, lo había buscado por todas partes, se había hecho invisible. Me senté en la piedra en la que él se había sentado y comencé a lamentarme. ¡Ah, si yo pudiera abrirle mi corazón para que entrara, para que no estuviera rodando sin techo, para que nunca más tuviera frío! Me vino a la mente el filósofo Proclo, en los años en que los hombres habían dejado de creer en los dioses del Olimpo y los perseguían. Proclo dormía en una casita humilde al pie de la Acrópolis y de pronto, una noche oyó que llamaban a su puerta; saltó de la cama y corrió a abrir: vio a Atenea armada, de pie, en el umbral. «Proclo —dijo— me echan de todas partes y he venido a refugiarme en tu frente».

—¡Ah, si fuera posible que Cristo se refugiara así en mi corazón!

Por primera vez desde mi regreso del Monte Atos sentí que Cristo deambula hambriento y sin techo, que corre peligro y que ahora le toca al hombre salvarlo.

Se apoderó de mí una gran amargura, una gran compasión. No quería volver a la vida apacible y al bienestar, tomé el camino que tenía ante mí, caminé durante días por las montañas de Macedonia, encontré un villorrio miserable, sombrío, chozas enlucidas con boñigas, una piara de cerdos y niños que

chapoteaban en el barro. Los hombres me miraban con cara de pocos amigos, los saludaba y no me respondían, y las mujeres al verme cerraban las puertas.

«Aquí estoy bien —pensé—, este pueblo es horrible, las gentes son horribles; aquí demostrarás, alma mía, si eres capaz de resistir».

Quería mortificar mi cuerpo, no podía apartar de mi mente al luchador herido, decidí pasar el invierno en aquel pueblo.

Después de muchos esfuerzos logré hacer comprender a un viejo pastor que yo no era un malhechor, ni un masón ni un loco, y accedió a alquilarme un rincón de su cabaña y a darme todos los días un poco de leche y de pan. Había leña en abundancia; me sentaba ante el fuego sin otra compañía que el Evangelio y Homero, unas veces leía las palabras de amor y humildad de Cristo, otras, los versos inmortales del Patriarca de los griegos. «Sé manso, pacífico, indulgente; cuando te abofeteen en una mejilla, ofrece la otra; esta vida terrena no vale nada, la verdadera vida está en el cielo» —me decía uno—. «Sé fuerte, ama el vino, la mujer y la guerra; mata y déjate matar para mantener muy en alto la dignidad y el orgullo del hombre; ama la vida en esta tierra; mejor esclavo y vivo que rey en el Hades» —dictaminaba el otro, el abuelo de Grecia—. Los aqueos subían a lo más alto de mi mente, con su nariz grande, sus grebas, sus anchos pies forrados de piel, sus velludos muslos, sus puntiagudas barbas, sus largos cabellos desgredados y pringosos, y oliendo a vino y ajo. Y Helena se paseaba por las murallas, intangible, inmortal; resplandecía, inmaculada, en la luz y sólo sus arqueados pies estaban hundidos en sangre. Y arriba, encima de las nubes, los dioses estaban apaciblemente sentados en sus tronos y pasaban el tiempo mirando cómo se mataban los hombres entre sí.

Yo afinaba el oído, allí, en mi soledad, y escuchaba estas dos Sirenas; las escuchaba y las dos tomaron posesión de mis entrañas, una y otra me cautivaban totalmente y yo no sabía a la sombra de qué Sirena dejar mis huesos.

Afuera nevaba, por el ventanuco veía caer los copos y cubrir la fealdad del pueblo. Todas las mañanas pasaban rebaños de

ovejas y sus esquilas me despertaban. Daba un brinco de la cama, subía con ellas por los senderos nevados, cambiaba algunas palabras con el pastor sobre la pobreza, el frío, las ovejas que mueren. Nunca oía salir de su boca una palabra alegre, sólo hablaba de la pobreza, del frío, de las ovejas que mueren.

Un día el mundo exterior se había cubierto de una espesa capa de nieve; los campesinos se habían encerrado en sus casas, de vez en cuando se oía el cascabel de un mulo en la quietud del aire. La campana del pueblo empezó a doblar, alguien debía haber muerto; desde el ventanuco veía pasar cuervos, no dejaban de pasar, hambrientos; había encendido la chimenea, el calor estrechaba compasivamente mi cuerpo, como una madre, me sentía feliz. Y de pronto el llanto estalló en mi interior, como si la alegría fuese una traición y un gran pecado. Un llanto tranquilo, desesperanzado, tierno, como el de una madre que arrullara a su hijito muerto.

No era la primera vez que escuchaba en mí este llanto; cuando estaba triste se amortiguaba un poco, lo oía como el bordoneo lejano de una abeja; pero cuando estaba alegre, estallaba, incontenible. «¿Quién llora dentro de mí? —gritaba aterrado—. ¿Por qué llora? ¿De qué soy culpable?».

Era ya noche cerrada; miraba el fuego y mi corazón se resistía, se negaba a comenzar otra vez aquel lamento. ¿Por qué otra vez empezar a llorar? Ninguna tristeza pesaba sobre mi alma; quietud, calor, el aire campesino de la casa olía a salvia y a membrillo, estaba sentado ante la lumbre, leía a Homero y era feliz. «¡Soy feliz! —gritaba—. ¿Qué me falta? Nada. Entonces, ¿quién llora dentro de mí? ¿Qué llora en mí? ¿Qué quiere? ¿Qué pide de mí?».

Por un momento me pareció que habían llamado a la puerta; me levanté. Nadie. El cielo estaba completamente raso y las estrellas ardían como ascuas; me incliné, busqué en la calle nevada, iluminada por las estrellas, por si veía pisadas humanas. Nada. Agucé el oído; en las afueras del pueblo ladraba lastimeramente un perro; quizá había visto a la muerte deambular sobre la nieve. Un viejo pastor, robusto, del que se

diría que era inmortal, se había despeñado hacía dos días por un barranco, había estado todo el día agonizando y el pueblo entero mugía con su estertor; ahora había callado, y era sólo su perro el que ladraba y aullaba un canto fúnebre.

«Seguramente ha muerto» —pensé, con los vellos erizados.

La muerte me hace enfurecer; los consuelos sobre Juicios Finales y vidas futuras aún no habían podido embaucarme, y tampoco era capaz de afrontar la muerte sin sentir terror.

Volví a sumergirme en Homero, como si buscara refugio en las rodillas del viejo Abuelo. Los versos inmortales volvieron a rodar como olas y a romper contra mis sienes; escuchaba a través de los siglos el ruido de los dioses y los hombres, que entrechocaban sus lanzas; veía a Helena caminar pausadamente por las murallas de Troya, en medio de los ancianos, y al verla, me esforzaba en olvidar. Pero mi mente estaba en la muerte. «¡Ah —pensaba— si el corazón del hombre pudiera tener tanto poder y luchar con la muerte! ¡Si pudiera, como María Magdalena, María Magdalena, la ramera, resucitar al muerto amado!».

Mi corazón se acongojó. ¡Ah! ¿Cómo podría yo resucitarlo para sentirme aliviado? Siento que es él quien yace aún muerto en mis entrañas, que es él quien llora. Intenta resucitar, pero no puede sin la ayuda del hombre y se queja a mí amargamente. ¿Cómo salvarlo para salvarme yo?

Mi abuelo habría embarcado en su velero corsario para controlar los estrechos y asaltar los barcos turcos, sin hacer distinciones entre judíos crucificadores y turcos; esa habría sido su forma de desquitarse y sentirse aliviado. Mi padre habría montado en su yegua y se habría lanzado también contra los infieles; por la noche habría vuelto del combate y habría depositado en el iconostasio de la casa, bajo el icono del crucificado, los turbantes ensangrentados de los enemigos de los cristianos; de este modo se habría apaciguado, también él y habría sentido, a su manera, resucitar a Cristo en su corazón. Mi padre era un combatiente, la guerra era su camino para liberar y liberarse.

¿Qué haría yo, la zurrapa de mi estirpe?

En Creta, en las abruptas montañas, es raro, pero sucede, que de una familia de ogros nazca un enclenque. El viejo abuelo lo pesa, lo vuelve a pesar con la mirada y no alcanza a comprender ¿Cómo diablos ha salido de sus entrañas semejante desecho? Llama a consejo a las demás fieras que ha engendrado, sus hijos, para ver qué van a hacer con él. «¡Deshonra nuestra estirpe! —brama el viejo—. ¿Qué haremos con él, muchachos? Pastor no puede ser, ¡cómo va él a asaltar y a entrar en rebaños ajenos para robarlos! Combatiente, no puede ser; le da pena matar, deshonra nuestro linaje. ¡Hagámoslo maestro de escuela!».

Yo, pobre de mí, era el maestro de escuela de mi familia ¿por qué resistirme? Tomaría mi propia decisión. Y por mucho que mis antepasados me despreciaran, yo también tenía mis propias armas, lucharía.

Nevaba; Dios compasivamente cubría con sus nieves las fealdades del mundo; los harapos que colgaban de la cerca de la mísera cabaña macedonia en la que vivía se habían convertido en valiosos abrigo de piel blanca y todos los cardos secos habían florecido. De vez en cuando se oía el llanto de un recién nacido, el ladrido de un perro, una voz humana, pero enseguida todo volvía a enmudecer y sólo se escuchaba la voz de Dios, el silencio.

Eché al fuego un tronco y una brazada de hojas de laurel para que el aire se perfumara, me incliné de nuevo sobre Homero, pero mi mente había abandonado a los aqueos, a los troyanos y a los dioses del Olimpo, la visión bañada de sol aleteó ante mis ojos como una mariposa y desapareció; se oyó otra vez llorar a mis entrañas.

«Yacía dentro del sepulcro, aguardaba a que acudieran los discípulos, levantaran la piedra sepulcral, se asomaran a la oscuridad y lo llamaran; entonces él volvería a subir a la tierra. Pero no venía nadie, comenzó a lamentarse y a llorar».

Yo contemplaba extinguirse las llamas del fuego, veía a los apóstoles reunirse asustados en una buhardilla —«¡Ha muerto, el Rabí ha muerto!»—, esperando a que se hiciera de noche para huir de Jerusalén y dispersarse. Sólo una mujer se levantó de un

salto; ella había negado la muerte, y Cristo había sido resucitado en su corazón. Descalza, despeinada, medio desnuda, corrió muy de mañana hacia la tumba. Estaba segura de que vería a Cristo y lo vio, estaba segura de que Cristo había resucitado y lo resucitó. «Rabí!» —gritó— y el Rabí escuchó su voz en el sepulcro, se levantó y apareció en la luz de la mañana caminando sobre la hierba de primavera.

* * *

Mis entrañas se llenaron de esta visión de resurrección; una ligera fiebre, muy dulce, hacía pesados mis párpados y la sangre empezó a golpear con fuerza mis sienes. Y así como cuando sopla un viento fuerte, las nubes se disipan, se unen de nuevo, cambian de forma, se transforman en hombres, en animales y en barcos, así, inclinado como estaba hacia el fuego, mi mente soplaba sobre mí mismo y la visión en mi interior se desmembraba, se transformaba y se convertía en rostros de hombres revestidos de anhelos y de viento. Pero muy pronto estos rostros se difuminarían, se desvanecerían en mi mente, como humo, a no ser que vinieran, indecisas e inciertas, al principio, y poco a poco, cada vez más impetuosas y seguras, las palabras que consolidaran aquella visión inestable. Comprendí. El viento fecundante que había soplado en mis entrañas había prendido, un embrión se había formado y daba patadas por salir.

Cogí la pluma y me puse a escribir y a sentirme aliviado; a parir.

No empecé por el principio. Primero saltó impaciente, con el cabello suelto, bañada en lágrimas, la Magdalena. Se había levantado antes del amanecer; había visto al Rabino en sueños, y como el pajarero que imita la voz de los pájaros se había puesto a llamarlo:

¡Ah, qué es este bienestar, que no puedo

Levantarme, tan grande es la dulzura del aire!

¡Levántate, corazón, y golpea la tierra para que se abra!

Mis hombros de barro saltan de alegría, como alas,
Pero ¡ay!, ¡mi cuerpo es pesado y tarda en levantarse!
No tengas prisa, alma mía, aguarda a que me vista y
salga.

Mira, me visto como una novia, me engalano y tiño de
alheña

Las palmas de mis manos y mis pies, y mis ojos
Con un poco de kohl y uno mis cejas con una pizca de
tintura de oliva

Como un amor terrenal, el gran cielo golpea
suavemente mi pecho,

Y yo recibo al Verbo recostada,

Con lamentos, con gozo, como a un hombre.

Y cuando por la senda florida llegue

A tu tumba amada, como la mujer

A la que abandonó su amante, abrazaré

Tus rodillas pálidas, Cristo, para que no te me vayas...

Y hablaré y sujetaré tus rodillas...

Y aunque todos te nieguen, Cristo, tú no morirás

Porque yo guardo en mi regazo el agua inmortal

Y te la ofrezco, y tú vuelves a subir a la tierra

Y caminas conmigo por los campos.

Y yo gorjearé, como el pájaro que, enamorado,

Se posa en la rama de un almendro, en medio de la
nieve

Y arrobado, canta con el pico

Elevado hacia el cielo ¡hasta que florezca la rama!

Ya no podía dormir, tenía prisa, estaba impaciente, ahora que los rostros se habían consolidado un instante, por llegar a tiempo para consolidarlos con palabras seguras —los apóstoles, la Magdalena, Cristo, la bruma que se convierte en cuerpo, la

mentira que se convierte en verdad, el alma que se posa en la rama más alta de la esperanza y canta...

En pocos días y pocas noches el manuscrito de la tragedia [37](#) entera estaba sobre mis rodillas, y yo lo apretaba con fuerza, como la madre a su recién nacido después del parto.

* * *

Había entrado la Cuaresma, la Pascua se acercaba; paseaba por el campo, el mundo se había convertido en un paraíso, la tierra estaba toda verde, las nieves del Olimpo refulgían al sol; las golondrinas habían vuelto, y como lanzaderas de un telar, tejían la primavera en el aire, florecillas silvestres amarillas y blancas levantaban la tierra con su cabecita y salían también ellas al sol para ver el mundo de arriba. Alguien debía haber retirado la lápida de la tierra que pesaba sobre ellas y resucitaban. Alguien, ¿quién? Seguramente Dios, y sus rostros eran innumerables, a veces una flor, a veces un pájaro, o un vástago de vid, o una espiga de trigo...

Paseaba por el campo florecido y un dulce aturdimiento desplazaba a mi alrededor el tiempo y el espacio. «Esto no es Grecia —pensaba— estoy paseando por Palestina, veo las huellas, aún frescas, que han dejado los pies de Cristo sobre la esponjosa tierra de primavera, y a mi alrededor se yerguen imponentes las montañas sagradas, el Carmelo, el Gelboé, el Tabor. Y tampoco es trigo esto que ha brotado del suelo y ha alcanzado la altura de un hombre, ni esto otro son anémonas rojas, es Cristo, que ha salido de la tumba, y es su sangre...».

Un día le preguntaron al rabino Nahmán: «¿Qué quieres decir cuando nos exhortas a ir a Palestina? Palestina seguramente es una idea, un ideal lejano, que un día deben alcanzar las almas judías». Nahmán se enojó y clavó su bastón en el suelo: «¡No, no! —gritó—. Cuando digo Palestina quiero decir las piedras, la hierba, la tierra de Palestina. Palestina no es una idea, son piedras, y hierba y tierra. ¡Allí es donde debemos ir!».

¡Allí es donde debo ir! Ver y tocar el cuerpo cálido de Palestina y no gozar de él sólo con la imaginación, recorriendo las

montañas y los campos de Grecia. Respirar el aire, pisar el suelo, tocar las piedras que respiraba, pisaba y tocaba Cristo; seguir el reguero de sangre que ha señalado su paso entre los hombres. ¡Tengo que ir!, tal vez allí encuentre lo que he buscado en vano en el Monte Atos.

El viento de la partida volvió a soplar en mi mente. ¿Hasta cuándo soplará en mi mente este viento? ¡Hasta que muera, quiera Dios! ¡La alegría de dejar la tierra firme y partir! ¡De cortar la amarra que te ata a lo seguro e irte! ¡De mirar atrás y ver alejarse las montañas y los hombres que amas!

Se acercaba la Semana de Pasión; en toda la Cristiandad Cristo iba a ser crucificado, las cinco llagas inmortales se abrían de nuevo y la Magdalena volvería a luchar contra la muerte. ¡Qué felicidad descubrir que tu corazón es aún como el del niño y sufrir durante esos días, y no poder comer ni dormir, ir a las vigias y sentir que tus lágrimas corren al ver el cuerpo de tu Dios retorcerse de dolor sobre la cruz, cubierto de flores de azahar! Y que están abiertas las ventanas de la iglesia para que entre la primavera. Y amar a una muchacha, tu primer amor, y haberos prometido encontraros el Viernes Santo al mediodía a los pies del Crucificado para prosternaros juntos. Y temblar porque eres demasiado joven y crees que es un pecado unir tus labios con los labios de la mujer por encima del cuerpo de Dios.

Cerré a Homero, besé la mano del Abuelo inmortal, pero no me atreví a levantar la cabeza para mirarlo a los ojos; sentía vergüenza y miedo ante él porque sabía que en aquel momento lo estaba traicionando; lo abandonaba y me pasaba a su gran enemigo, la Biblia.

El cielo no se había despertado aún ni la tierra tampoco; únicamente, sobre un tejado, un gallo tensaba el cuello hacia el oriente y gritaba que saliera ya el sol, que la noche había durado demasiado.

Abrí la puerta furtivamente, como un ladrón, como si tuviera miedo de que el viejo Abuelo me oyera, y tomé la calle del puerto para irme. Grupos de mujeres y hombres habían bajado de los pueblos para embarcar ellos también rumbo a Palestina, para ir en peregrinación al Santo Sepulcro. Jamás olvidaré aquella tarde

de la partida. ¡Qué ternura, qué dulzura, qué compasión! Lloviznaba suavemente, afectuosamente, y si alguien hubiera levantado la cabeza para mirar el cielo, habría visto el rostro de Dios lleno de lágrimas.

Y en el barco, en el puente, extendidas mantas de lana y colchas multicolores y mugrientas, un montón de viejas abrían sus canastitos y masticaban; el aire olía a huevas de pescado en salazón y a cebolla. En medio, un anciano de mejillas sonrosadas y cabellos grises leía en voz alta, salmodiando, balanceando el torso, la historia de Cristo —su vida, su pasión: cómo el Novio había subido a Jerusalén, luego, cómo habían comido el pan ácimo de la Última Cena y cómo el discípulo traidor se había ido a toda prisa; después Jesús había subido al monte de los Olivos y el sudor corría de su frente «como coágulos de sangre...».

Todas las viejecitas con la cabeza cubierta por sus toquillas escuchaban con recogimiento, meneaban la cabeza, suspiraban y no dejaban de masticar tranquilamente, sin ruido, como ovejas. Dios volvía a hacerse hombre, volvía a ser crucificado en aquellos corazones ingenuos y salvaba de nuevo a los hombres. Un pastorcillo, de espaldas a las mujeres, escuchaba atentamente, inclinado, y tallaba con una navaja una cabeza de pájaro en el extremo de su cayado.

De repente, cuando, quebrantado por una sed insoportable, Cristo exclamó: «¡Tengo sed!» y una mujer muy joven, regordeta, se sobresaltó encendida, y lanzó un grito: «¡Hijo mío!», me conmoví al oír aquel grito desgarrador, de madre, que llamaba hijo a Dios.

Habíamos dejado atrás el Egeo, entrábamos en Oriente. A nuestra derecha, invisible, África; a la izquierda, entre el cielo y el mar, Chipre. El mar brillaba, abrasador; dos mariposas volaron encima de las jarcias, un pajarito hambriento que nos seguía se lanzó sobre ellas y se comió una de las mariposas. Una muchacha pálida, frágil, se puso a gritar, alguien dijo: «¡Dejadlo!; así ha de ser. ¿Quién creéis que es Dios, una delicada mujer?».

Nos acercábamos al país quemado por el sol, donde una vez, en un tiempo, en una humilde casita de Nazaret, brotó la llama

que abrasó y renovó el corazón del hombre. También hoy, como hace dos mil años, la vida se halla de nuevo en descomposición; pero los problemas que ahora rompen el equilibrio entre la mente y el corazón son más complejos, y su solución, más difícil y más sangrienta. Entonces se halló una palabra simple, muy dulce, y la salvación subió a la tierra, como la primavera; no hay una palabra más simple, más dulce. ¿Quién sabe? Quizá también ahora esa palabra pudiera salvarnos. Por eso íbamos a Jerusalén a escuchar de nuevo al hijo de María.

Había caído la noche, me acosté para dormir, pero abajo en la bodega se había desencadenado una conversación acalorada, agucé el oído. Un hombre, que por la fuerza de su voz parecía joven, denunciaba con vehemencia la desvergüenza y la injusticia de la vida económica y social de nuestro tiempo: «El pueblo tiene hambre, los poderosos se enriquecen, las mujeres se venden, los popes no tienen fe; aquí, en esta tierra están la brea y el Paraíso, aquí es donde hemos de encontrar justicia y felicidad, no hay otra vida». Se oyeron voces: «¡Sí, sí; tienes razón!». «¡Fuego y hacha!». Sólo un hombre, al que reconocí por su voz de tono monocorde, el diácono que viajaba con nosotros, intentó replicar, pero sus palabras fueron ahogadas en medio de gritos y risas.

Levanté la cabeza de la almohada, escuché ávidamente; la bodega del vapor me pareció una nueva catacumba en la que los esclavos contemporáneos se encontraban reunidos y se conjuraban para hacer estallar de nuevo la tierra. Me asusté. Íbamos a adorar el rostro dulce y conocido de Dios, lleno de mansedumbre, de martirio y de esperanzas para después de la muerte; las mujeres le llevaban pan bendito, cirios, exvotos de plata, lágrimas y oraciones; los infieles, arriba, en primera clase, se mostraban despreocupados, hablaban de política o dormían, y abajo, en la bodega, transportábamos un terrible regalo, la simiente de una nueva cosmogonía aún no organizada, peligrosa.

Un mundo sagrado, amado, está en peligro; otro, duro, lleno de fango y fuego, lleno de vida, sube de la tierra y del corazón

del hombre; embarca en todos los navíos y viaja escondido en el fondo de las bodegas.

Por la mañana empezó a distinguirse a los lejos, en el fondo de la bruma lechosa, la Tierra Prometida. Al principio una línea entre el cielo y el mar; después, las montañas bajas de Judea, grises, primero, luego de un azul claro y finalmente, se desvanecieron, anegadas en la potente luz del día. Las viejecitas se levantaron, recogieron sus bártulos, se anudaron las toquillas negras en la cabeza y empezaron a santiguarse y a llorar.

Playas, cálidos huertos, mujeres mugrientas, renegridas, chumberas, palmeras... Los coches resuellan subiendo a la Ciudad Santa. Y de repente, los corazones laten con fuerza: murallas, aspilleras, puertas fortificadas, *yilabs* blancos, olor a especias, a estiércol y a frutas podridas, voces guturales, salvajes, como espectros, suben de la tierra todos los profetas asesinados, las piedras cobran vida y gritan, llenas de sangre. Jerusalén.

* * *

No quiero, no me atrevo a evocar esta Semana de Pasión. La esperanza, el amor, la traición, el sacrificio, el grito «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?», toda la trágica peripecia del hombre se hizo patente durante estos siete días. No era Cristo, era el hombre, cada hombre justo, cada hombre puro, el que era traicionado, flagelado, crucificado, sin que Dios extendiera la mano para prestarle ayuda. Y de no haber existido el corazón cálido de la mujer, lo habría dejado yacer en la tumba eternamente. La salvación del hombre pende de un hilo, de un grito de amor.

Noche tras noche llegué al santo amanecer de Pascua. El templo de la Resurrección bordoneaba como una enorme colmena, olía a cera de abeja y a sudor humano de axilas blancas, morenas y negras. Hombres y mujeres habían pasado toda la noche bajo las bóvedas del templo esperando el momento cosmogónico en el que de la Tumba de Cristo surgiría la santa luz. Los *brikis* de café hervían bajo los santos iconos, las

madres descubrían sus senos y daban de mamar a sus criaturas. Un hedor espeso, acre, a cera y aceite, las mujeres árabes habían untado sus cabellos con grasa, la grasa se derretía y ellas olían como ovejas; los árabes despedían insoportable olor a macho cabrío.

Los peregrinos llegaban a oleadas. El templo estaba lleno a rebosar. Unos se habían encaramado a las columnas, otros estaban subidos a las sillas del coro o colgados de la baranda del pasillo superior, destinado a las mujeres. Todos los ojos, sobreexcitados, delirantes, estaban clavados en el centro de la iglesia, en el pequeño baldaquín donde muy pronto iba a brillar la luz santa. Árabes con fez, con *yilabs* multicolores y ojos pitañosos, encendidos; beduinos, abisinios, todas las razas humanas gritaban, reían, suspiraban; un joven se desmayó, lo levantaron rígido como un palo y lo tendieron en el patio; un sacerdote maronita, viejo, flaco, con sotana blanquísima y fajín rojo cayó sobre las losas del suelo, echando espumarajos por la boca.

De pronto la multitud calló; el aire se llenó de ojos ardientes. El Patriarca, todo revestido de oro, apareció y en silencio se inclinó y entró él solo en el sagrado baldaquín situado en el centro de la iglesia. Las madres auparon a sus hijos sobre sus hombros para que vieran, los *fellahs* se quedaron boquiabiertos. Los segundos caían gota a gota, densos, sobre las cabezas; el ambiente se llenó de tensión, crujió como piel de tambor, y he aquí que un resplandor brotó del sagrado baldaquín y apareció el Patriarca sosteniendo en las manos un grueso manojo de cirios blancos encendidos. En un destello el templo se inundó en llamas, de la base a la cima; todos los cirios blancos se habían precipitado al Patriarca para prender la luz: las gentes ponían las manos en la llama y se frotaban el rostro y el pecho; los hombres se pusieron a danzar, las mujeres aullaban: todos se lanzaron hacia la puerta, gritando, para salir.

El templo quedó vacío; como un extraño sueño me parecieron toda aquella espantosa algarabía, la multitud enloquecida y los harapos multicolores; pero al inclinarme sobre las baldosas de la iglesia me cercioré de que aquella visión oriental era real porque

en el pavimento vi los auténticos restos del éxtasis: cáscaras de naranjas, de huesos de aceitunas y de botellas rotas.

Salí al patio para respirar aire puro; quería irme, estaba ansioso por adentrarme en las montañas desiertas, peladas, que tenía enfrente, caminar, caminar y no ver otra cosa que el sol, la luna y las piedras. Porque mientras más se desmandaba a mi alrededor la embriaguez colectiva, y los fieles, alucinados, se precipitaban y ordenaban a voces a Cristo que saliera de la tumba, más me contenía yo y no permitía a mi corazón embriagarse. El alma, como el cuerpo, tiene su pudor y no consiente desnudarse delante de la multitud. Pero nada más quedarme solo, «tengo que irme, tengo que irme —grité—, tengo que penetrar en el desierto, allí sopla Dios como un viento ardiente, allí me desnudaré para que me abrase».

«—Señora Alma —dijo Dios—, no te vayas, quédate». «¿Qué quieres de mí, Señor?». «Señora Alma, quiero que te desnudes». «¿Señor, cómo me pides una cosa así? Tengo pudor». «Señora Alma, nada debe haber entre nosotros que nos separe, ni el más ligero velo. Así pues, desnúdate, señora Alma». «Aquí me tienes Señor, estoy desnuda. Tómame».

Recitaba en mi interior estas palabras eternas de un alma enamorada de Dios y tomé el camino del mar Muerto. Ardía en deseos de ver el socavón que habían abierto las dos ciudades pecadoras al hundirse. Rocas grises, amarillas, rosadas; sobre ellas caía un sol despiadado, denso, y humeaban; de vez en cuando soplaban una bocana de aire ardiente y me llenaba de arena la boca y el alma; piedras incandescentes, ni una flor, ni una gota de agua, ni un pájaro canoro que lanzara un gorjeo de bienvenida o de despedida al caminante. Sobre mí, sólo pendía Dios, como una espada.

«Este no es Cristo —pensaba, estremecido—, no es el hijo de María, el de dulce palabra; este es el terrible Jehová, devorador de hombres. No es a él a quien buscaba. ¿Cómo escapar ahora a las vueltas tenebrosas e impenetrables de su silencio?».

Mi cabeza se encendía a medida que penetraba en el desierto, gritaba a Dios que hiciera acto de presencia, que me hablara. ¿No era Él quien me había hecho hombre? ¿Y no le llama

Hombre al animal que hace preguntas? ¡Pues bien, yo hacía preguntas, Él tenía que responder! «Señor —le confesaba en voz baja, en el aire abrasador—, Señor, estoy atravesando un momento difícil. ¿Qué debo hacer? Pon en mis labios un carbón encendido, una palabra sencilla que me traiga la liberación; para esto he bajado a este pozo cegado por el exceso de luz, para encontrarte. ¡Muéstrate!».

Esperé, esperé; nadie respondió.

Desde muy niño, desde la época en que leía en el patio de la casa de mis padres vidas de santos, me abrasaba el deseo de pisar estas tierras que ahora pisaba y las piedras que había pisado Cristo, y oír su voz. Siempre había tenido algo que decirle, y ahora también lo tenía. ¿No iba a apiadarse de mí? ¡Respondería! El mundo da vueltas y cambia de preguntas, de angustias, de demonios; quizá Cristo tuviera algo nuevo que decir para curar las nuevas heridas, para dar un nuevo rostro, más viril, al amor.

Hablaba solo y caminaba; respiraba el aire del desierto, hecho de llamas y arena, el aire que habían respirado y recibido en sus entrañas los profetas. Y súbitamente, al llegar al fondo del embudo, brilló ceniciento, inmóvil, como plomo fundido, lleno de agua densa, viscosa como la pez, el mar Muerto. Y de su interior partía hacia Palestina, entre cañas y tamariscos, azul verdoso, el Jordán. Grupos de hombres con largas camisolas se santiguaban; un sacerdote, de pie en la orilla, salmodiaba, y ellos se sumergían en las aguas santas y se convertían en *hadsíes*.

En la orilla del río habían construido una taberna de cañas; un viejo fonógrafo ronco maullaba *amanedes* árabes y el tabernero, gordo, con un *yilab* mugriento, freía higadillos y mugía, acompañando al gramófono.

Apresuré el paso, tomé la orilla venenosa del mar Muerto, me adentré en el desierto. Mi mirada, crispada, asustada, se fijaba en las aguas muertas, como si intentara distinguir en su fondo las dos ciudades sumergidas. Y mientras miraba, un relámpago amarillo rasgó mi mente y vi: un pie todopoderoso, enojado, había pasado por allí, había aplastado las dos ciudades, Sodoma y Gomorra y las había hundido. Mi corazón se oprimió: un pie

todopoderoso aplastará un día nuestras Sodoma y Gomorra y este mundo que ríe, se divierte y olvida a Dios se convertirá también en un mar Muerto. Así, cada tanto, el pie de Dios pasa y aplasta ciudades demasiado satisfechas, demasiado desenfrenadas.

Me asusté. El mundo de hoy día me parece a veces Sodoma y Gomorra un instante antes de que Dios pase sobre él; creo oír ya su paso terrible que se acerca.

Me detuve sobre una duna baja y permanecí largo rato contemplando las aguas malditas; me esforzaba en sacar de sus entrañas viscosas las ciudades pecadoras, encantadoras. Quería que resplandecieran un instante al sol, poder verlas sólo lo que dura un parpadeo, y que luego desaparecieran de nuevo.

Como dos rameras, Sodoma y Gomorra estaban tumbadas a la orilla del río y se besaban; hombres copulaban con hombres, mujeres con mujeres, hombres con yeguas, mujeres con toros. Comían, comían hasta saciarse del Árbol de la Vida; comían, comían hasta saciarse, del Árbol del Conocimiento; habían roto sus imágenes sagradas y habían visto: eran madera y piedras; habían roto las ideas y habían visto: estaban llenas de aire. Se habían acercado demasiado a Dios y habían dicho: «este Dios es hijo del Temor, no padre del Temor». Y habían dejado de tenerle miedo. Habían escrito con grandes letras amarillas en las cuatro puertas fortificadas de la ciudad: AQUÍ NO HAY DIOS . ¿Qué quiere decir «No hay Dios»? No hay riendas para nuestros instintos; no hay premio para el bien ni castigo para el mal; no hay virtud ni vergüenza ni justicia; somos lobos y lobas en celo.

Dios se enojó, llamó a Abraham.

—¡Abraham!

—Manda, Señor.

—¡Abraham, coge tus ovejas, tus camellos, tus perros, tus esclavos y esclavas, tu mujer, y tu hijo y vete! ¡Vete! He tomado una decisión.

—«He tomado una decisión», en tu boca, Señor, quiere decir «¡Voy a matar!».

—Sus corazones tienen demasiado solaz, su mente se ha desmandado, sus vientres están demasiado repletos. ¡Ya no los

soporto! Levantan casas de piedra y de hierro como si fueran inmortales, construyen hornos, encienden fuegos y funden metales. Yo había extendido una enfermedad sobre la faz de la tierra, el desierto. ¡Así lo quise!, y los hombres de ahí abajo, en Sodoma y Gomorra, riegan, abonan, transforman el desierto y lo hacen un vergel... Agua, hierro, piedra, fuego, los elementos inmortales, se han convertido en sus siervos. Ya no los soporto. Han comido del Árbol del Conocimiento, han cogido sus manzanas, ¡morirán!

—¿Todos, Señor?

—¡Todos! ¿Acaso no soy todopoderoso?

—No; no eres todopoderoso, Señor, porque eres justo. No puedes cometer injusticias, ni ignominias ni cosas irracionales.

—¿Qué podéis saber vosotros sobre lo justo y lo injusto, sobre lo razonable y lo irracional, vosotros, lombrices de tierra, que os alimentáis de tierra y en tierra os convertiréis de nuevo! Mi voluntad es un abismo, si pudierais tenerla frente a frente os dominaría el pánico.

—Tú eres el amo de la tierra y del cielo, tienes en la misma mano la vida y la muerte y eliges. Yo soy un gusano, tierra y agua, pero tú soplaste sobre mí y la tierra y el agua hicieron brotar un alma. ¡Hablaré! Hay miles de almas que comen, beben, ríen, se divierten y se maquillan en Sodoma y Gomorra; hay allí abajo miles de mentes que se han hinchado como serpientes y lanzan veneno contra el cielo y silban. Pero si se encuentran entre ellos cuarenta justos, Señor, ¿los abrasarás?

—¡Quiero nombres! ¿Quiénes son esos cuarenta?

—¿Y si hay veinte, veinte justos, Señor?

—¡Quiero nombres; abro los dedos y cuento!

—¿Y si hay diez, diez justos, Señor? ¿Y si hay cinco?

—¡Abraham, cierra esa boca insolente!

—¡Señor, piedad! No eres sólo justo, también eres bueno. ¡Ay del mundo si sólo fueras todopoderoso! ¡Ay de él si sólo fueras justo! Estaría perdido. Pero eres además bueno, y por eso el mundo puede sostenerse aún en el aire.

—¡No te arrodilles! ¡No extiendas la mano para abrazarme las rodillas! ¡No tengo rodillas! ¡No empieces a lamentarte para

ablandar mi corazón! ¡No tengo corazón! Soy un bloque de granito negro, no hay mano que pueda rayarme. He tomado una decisión: ¡Voy a incendiar Sodoma y Gomorra!

—No tengas prisa, Señor. ¿Por qué te apresuras cuando se trata de matar? ¡Ya lo he encontrado!

—¿Qué has encontrado, lombriz, escarbando la tierra?

—¡Un justo!

—¿Quién es?

—El hijo de mi hermano Harán, Lot.

Inmóvil sobre la duna, sentía crujir mis sienes. Oía en mi interior la voz de Dios y la voz del hombre que luchaban. Por un instante me pareció que el aire se hacía más denso y que ante mí se erguía Lot, salvaje, sus barbas, un torrente, descalzo, con una llama en la frente. Pero no el Lot del Antiguo Testamento, el siervo, sino un Lot mío, rebelde, que no obedeciera a Dios, que no se marchara para salvarse, sino que se apiadara de la encantadora ciudad pecadora y se arrojara voluntariamente al fuego para arder y perderse con ella.

—¡Dile —gritaría él a Abraham— que no me voy! ¡Dile que yo soy Sodoma y Gomorra y que no me voy! ¿No dice él que soy libre? ¿No dice, y se jacta de ello, que me ha hecho libre? ¡Pues bien, hago lo que quiero y no me voy!

—Yo me lavo y me vuelvo a lavar las manos, rebelde. Yo me voy.

—¡Adiós, viejo virtuoso, que te vaya bien, cordero de Dios! Y dile a tu amo: «¡Saludos del viejo Lot!». Y dile también que no es justo ni es bueno; que es todopoderoso; ¡únicamente todopoderoso, nada más!

El sol había descendido ya, la luz se hacía más suave, mis sienes se aplacaron. Como si hubiera salido de una lucha desesperada, respiré hondo, miré a mis espaldas y me asusté: ¿Cómo un rebelde así había subido de mis entrañas? ¿Dónde estaba escondida en mí, detrás de Dios, esta alma salvaje e insumisa? Yo estaba con el obediente y piadoso patriarca Abraham y ¿cómo ahora lo había abandonado y había pisoteado la Sagrada Escritura, había creado semejante Lot y me había identificado con él?

El insolente demonio estaba agazapado dentro de mí y esperaba que bajara un instante la guardia, que mi espíritu abandonara las llaves, para abrir la trampilla, saltar a la luz y empezar inmediatamente a enfrentarse a su eterno adversario, Dios.

Era preciso que yo purificara mis entrañas, que expulsara de mí los demonios —lobos, cerdos, monos, mujeres, pequeñas virtudes, pequeñas alegrías, éxitos— para que sólo quedara en mí una llama enhiesta hacia el cielo. Lo que había deseado cuando era niño, en el patio de la casa de mi padre, he aquí que iba a hacerlo realidad ahora que era un hombre. Sólo se nace una vez. ¡Jamás encontraría otra ocasión!

* * *

Era ya de noche cuando regresé a Jerusalén; las estrellas me parecían bolas de fuego suspendidas sobre los hombres, pero nadie en las santas callejuelas de la ciudad levantaba la vista para verlas y aterrarse. Los afanes cotidianos, las pequeñas preocupaciones, el dinero, el sustento, la mujer vencían el gran temor y así los hombres podían olvidar y continuar su camino.

«Ha llegado la hora de tomar una decisión —pensaba, dando vueltas en mi duro colchón—. Ha llegado la hora de realizar lo que presentía cuando era niño, con la leche de Dios aún en los labios».

En el Monte Atos un monje me había cogido la mano y había examinado las líneas de la palma para decirme mi destino; y verdaderamente, su aspecto era el de un gitano, una cara negra, ruda, con gruesos labios de macho cabrío y ojos chispeantes.

—No creo en tus adivinanzas —le dije riéndome.

—No importa —me respondió—, creo yo, con eso basta.

Observó las líneas de mi mano, sus cruces, sus estrellas, sus arrugas.

—No te metas en camisas de once varas —dijo, después de un largo estudio—. No te metas en camisas de once varas; tú no estás hecho para la acción, aléjate de ella; tú no puedes luchar con los hombres; mientras estás luchando piensas que tu

enemigo puede tener razón y cualquier cosa que te haga se la perdonas, ¿has comprendido?

—¡Continúa! —le dije, y estaba un poco alterado, porque había constatado que aquel hombre, que me veía por primera vez, tenía razón.

Miró de nuevo mi mano atentamente.

—Muchas preocupaciones te corroen, exiges mucho, preguntas mucho, te recomes el corazón, pero por tu bien te lo digo, que no te pueda el ansia por encontrar la respuesta; no vayas tú a buscarla, ella vendrá a encontrarte a ti; escucha lo que te digo, espera tranquilo, ella vendrá a encontrarte. Y escucha también lo que voy a decirte, y que un día me dijo a mí mi padre: un monje pasó toda su vida buscando a Dios y sólo cuando agonizaba comprendió que era Dios quien lo buscaba a él.

Se inclinó de nuevo sobre mi mano, abrió desmesuradamente los ojos y me miró fijamente:

—Tú en la vejez te harás monje —dijo—. No te rías; te harás monje.

A veces una profecía falaz puede resultar cierta, basta con que se crea en ella. Me acordé de la profecía de la matrona cuando nací y me miró a la luz: «¡Este niño llegará a obispo un día!». Me asusté.

—No quiero —grité, y retiré la mano, como si presintiera el peligro.

Había pasado mucho tiempo, había olvidado —así lo creía— las palabras del monje, y aquella tarde, volvieron de pronto a mi mente. Intenté reír, no pude. Se diría que habían operado secretamente en mí durante todo ese tiempo y que me habían empujado allí donde yo no quería ir; y ya no podía reír.

Cerré los ojos para que me venciera el sueño y liberarme de esto. Soñé.

«Era un rebelde, me perseguían por las calles de la ciudad, me atraparon, fui juzgado y condenado a muerte. Me agarró el verdugo, me daba empujones para que caminara, él iba detrás de mí, con el hacha al hombro; yo corría. “¿Por qué corres?” — me preguntó el verdugo, que había empezado a jadear—. “Tengo

prisa” —le respondí—, “tengo prisa”. Y al decirlo, sopló una brisa tibia y el verdugo desapareció. No era un verdugo, era una nube negra y se dispersó. Intenté avanzar, pero no pude: una montaña se había levantado delante de mí, era toda ella de pedernal y me obstruía el camino; y en su cima había clavada una gran bandera roja. Me dije: “Tengo que subirla para seguir avanzando ¡En nombre de Dios!”. Me santigué y comencé el ascenso. Pero mis botas tenían tachuelas y cuando frotaban con el pedernal saltaban chispas. Subía, subía, resbalaba, caía, volvía a tomar impulso, subía. Y según me iba acercando a la cumbre, veía que no era una bandera, era una llama. Subía y tenía los ojos clavados en la cumbre. No, no era una llama, ahora lo veía nítidamente, era Dios, pero no el Padre, el otro, el terrible Jehová, que me esperaba.

«Se me heló la sangre; por un instante pensé retroceder pero sentí vergüenza. “Ahora, ya está hecho... —murmuré—, ¡sigue adelante!”. “¿No tienes miedo?” —resonó en mí una voz de mujer— “¡Tengo miedo!” —grité, tan fuerte y con tanta angustia, que me desperté».

Me senté en la cama, el sueño brillaba aún en mis pestañas, lo analizaba, lo volvía a analizar y no conseguía encontrarle sentido. ¿Por qué un rebelde? ¿Por qué el verdugo? ¿Por qué la bandera, la llama, Dios? Sacudí la cabeza: la respuesta —me dije y me sentí calmado—, la respuesta viene cuando dejas de hacerte preguntas, cuando la pregunta baja de la mente charlatana y se apodera del corazón y de los riñones.

«¡Oh, dulce fuente para el sediento, estás cerrada para el que habla, abierta para el que calla, el que calla llega, fuente, te encuentra y bebe!». Palabras eternas, antiguas, que mis labios musitaban aquel día, llenos de reconocimiento.

Bajo mi ventana pasaba una procesión; el aire se llenó de olor a incienso y de música: de repente sentí que era feliz; una secreta decisión maduraba en mí en las sombras, aún no podía ver su rostro, pero tenía confianza.

Me levanté, me vestí, abrí la ventana; el cielo ardía; abajo, la calle estaba llena de hombres de todas clases, que andaban apresurados; el aire olía a fruta podrida, a incienso, a un tufo

humano denso y repugnante. Una negra gorda sostenía en equilibrio sobre la cabeza una canasta de mazorcas de maíz asadas, las pregonaba con voz aflautada y sus dientes, blanquísimos, relucían al sol. Los judíos, con sus largas guedejas pringosas, se deslizaban pegaditos, pegaditos al muro y su nariz ganchuda destilaba ponzoña. Clérigos católicos, ortodoxos, armenios se cruzaban sin saludarse. Cristo se había convertido en sus manos en una bandera descolorida.

Bajé a la calle, di una vuelta, miraba todo por última vez, me despedía. En un escaparate vi un grabado antiguo del monte Sinaí: en el centro, santa Catalina, con la corona real en la cabeza; a derecha e izquierda, pegadas a sus hombros, las dos montañas, el Sinaí y la Santa Sabiduría, como dos inmensas alas; con una mano sostenía una pluma, con la otra tocaba, como acariciándola, la rueda donde había sufrido martirio. Y abajo, en una lengua arcaica: «¿Qué os habéis creído, vosotras, las demás montañas? ¿Por qué presumís de estar cubiertas de vegetación y de frondosos árboles, cargados de leche? Sólo una montaña es tupida, espesa, piadosa, densa, santa, honorable, virtuosa, pura, celestial, espiritual, angélica y divina: ¡el monte Sinaí hollado por Dios!».

Durante largo rato no pude despegar la vista de él, y mientras más lo miraba, más seguro estaba: si el sueño hubiera durado mucho más, si yo no hubiera gritado «¡tengo miedo!» y no hubiera despertado, la montaña que subía se habría convertido en alas. Porque esta montaña llena de chispas de pedernal, a la que subía, era el camino ascendente de mi lucha y si hubiera llegado hasta la cima, mi lucha se habría convertido en alas y yo me habría fusionado con aquello que refulgía en la cumbre, ya fuese una bandera roja, una llama o Dios.

Deseos de mi infancia, profecías absurdas, sueños se fundían ahora con este grabado real del Sinaí que tenía delante de mí. Y de repente, la decisión secreta que maduraba en mi interior adquirió rostro. «Este es el camino —me dije en voz alta—. Esto haré, lo he encontrado. Iré al Sinaí. ¡Allí veremos!».

[37](#) Alude a la gestación de la tragedia en verso *Cristo* (1928).

XXI

Desierto. Sinaí

Desde hacía muchos años el Sinaí, la montaña hollada por Dios, brillaba en mi mente como una cumbre inaccesible. El mar Rojo, la Arabia pétrea, el pequeño puerto de Raízu [38](#) , la larga travesía del desierto a lomos de camello, el deambular por las montañas terribles e inhumanas, donde los hebreos pasaron años gimiendo, y, por fin, el famoso monasterio construido sobre la *zarza ardiente e incombustible...*

Galilea, con su gracia idílica, sus armoniosas montañas, su mar azul y su pequeño y encantador lago, se extiende tras las espaldas de Jesús, sonrío y se le parece, como una madre se parece a su hijo. Galilea es un escolio simple y esclarecedor al pie del texto del Nuevo Testamento; en Galilea Dios se desvela pacífico, meditado, afable, como un hombre bueno.

Pero el Antiguo Testamento siempre me producía un gran desasosiego y respondía a mi alma de forma muy profunda. Cada vez que leía este libro cruel, lleno de venganzas y rayos que, como la montaña a la que bajó Dios, la tocas y echa humo, ardía en deseos de ver con mis ojos y tocar las montañas inhumanas donde había nacido.

Nunca olvidaré la breve y vehemente conversación que un día tuve con una muchacha en un jardín. Yo decía:

—Detesto los poemas, el arte, los libros. Todo eso me parece insustancial, falso.

Es como si tienes hambre y en vez de darte pan, vino, carne, te dan la carta de comidas y te pones a comértela como una cabra.

No sé qué me pasaba, pero estaba furioso, quizá porque la muchacha que tenía al lado me gustaba y no me atrevía a tocarla.

La muchacha era pálida, con pómulos prominentes y boca grande, como una campesina rusa; la miraba y mi enojo crecía; tenía en la mano una rosa y la deshojé.

—Así es como sacian el hambre nuestras almas desfallecidas, como las cabras.

La muchacha guiñó los ojos con coquetería y me respondió:

—Usted me habla enfurecido, pero yo estoy de acuerdo con lo que dice. Sólo existe un libro que es todo él carne y hueso, porque no está hecho de papel, sino que chorrea sangre: el Antiguo Testamento. El Evangelio me parece una infusión de camomila para los simples y los resfriados. Jesús era en verdad un cordero que degollaron en un prado verde por Pascua sin que ofreciera resistencia, balando resignadamente. Pero Jehová es mi Dios; duro, cubierto con las pieles de las fieras que ha matado, como un bárbaro que viene del desierto con un hacha al cinto. Con esta hacha abre Jehová mi corazón y penetra en él.

Se calló, sus mejillas estaban encendidas, pero la llama no se había mitigado. Continuó:

—¿Recuerda cómo habla a los hombres? ¿Ha visto cómo hombres y montañas se desmoronan entre sus manos? ¿Ha visto cómo se hundan los reinos bajo sus pies? El hombre grita, llora, suplica, se agazapa entre las piedras, desciende a las fosas, lucha por huir, pero Jehová está clavado en su corazón, como un puñal.

La muchacha calló de nuevo. Tampoco yo dije nada, pero sentí el puñal en el fondo de mi corazón.

Desde aquel día se avivó en mí el fuerte deseo de ver y tocar el cauce que Dios había abierto a su paso por el desierto; deseé penetrar en él como se entra en la cueva de un león: y he aquí que, gracias sean dadas a Dios, había llegado para mí la hora de saciar mi hambre.

Como un sueño abrasador, atractivo y fugaz me pareció el viaje de Jerusalén a Suez y de Suez, al puerto de Arabia pétrea, Raízu, de donde partiría hacia el Sinaí, hollado por Dios. Un puerto abierto, el mar verde, algunas cabañas en la costa, y al fondo del puerto, algunos caiques, pintados de rojo, amarillo y negro. Gran calma, las montañas, azul claro; dos camellos

aparecieron en el muelle, volvieron un instante la cabeza en dirección al mar, vacilaron un poco y a grandes y rítmicas zancadas desaparecieron entre las casas.

Una barca de vela blanca, en la que viajaba un monje regordete, vino a buscarme. Los monjes sinaítas que viven en el Cairo le habían anunciado mi llegada.

Pisé la arena gruesa y mi corazón brincó de alegría. ¿Era un sueño todo aquello? La playa estaba llena de grandes conchas, las casas construidas con madera fosilizada, sacada del mar, con corales y esqueletos de esponjas, con estrellas de mar y enormes caracolas. En el embarcadero, algunos *fellahs* brillaban curtidos por el sol, con grandes *yilabs*, y una chiquilla de color chocolate jugaba en la arena vestida con una falda de color chillón.

Más lejos, algunas casas europeas de madera, con terrazas y grandes sombrillas de color, con coquetos jardines, y a su alrededor, latas de conserva vacías, arrojadas allí. En un balcón verde, dos inglesas, que en aquel ardiente desierto parecían muy pálidas, como un poco desvaídas.

El joven monje que había venido a buscarme me explicó que aquí en Raízu pasan la cuarentena los musulmanes que vuelven de la Meca. Entonces el litoral se llena de miles de *hadsíes* que forman gran algarabía, con tamboriles y flautas, y de *hodsas* que se sientan con las piernas cruzadas en la arena y leen el Corán con potente y rítmico soniquete.

Llegamos al predio del monasterio del Sinaí. Allí cogeríamos los camellos y continuaríamos el viaje hacia la montaña hollada por Dios. Un gran patio, algunas celdas alrededor, las dependencias destinadas a los huéspedes, dos escuelas de niños y niñas, los almacenes, las cocinas, los establos, y en medio del patio, la iglesia. Y la maravilla más grande de todas en este desierto árabe: el *higúmeno* del predio, el archimandrita Teodosio; el cálido corazón del hombre, lleno de amor. Rara vez vienen griegos a este desierto; el archimandrita Teodosio, alto, de porte señorial, griego ardiente de Tsesmé, en Asia Menor, nos recibió como si recibiera a Grecia.

Todo el ritual divino, tan conocido para mí, de la sagrada hospitalidad: la cucharada de dulce, el agua fresca, el café, la mesa puesta con el mantel blanco perfumado, la alegría que se refleja en los rostros de los que sirven al huésped...

Por la ventana veía resplandecer el mar Rojo, a lo lejos se perfilaban, ahogadas en luz, las montañas de la Tebaida. Yo hablaba con el *higúmeno* «de los setenta troncos de palmeras» que cuenta la Escritura que los hebreos encontraron en esta aldea cuando cruzaron el mar Rojo; le pregunté sobre las «doce fuentes de agua», como si preguntara por parientes queridos emigrados. Y cuando me dijo que existe aún el palmeral y corren las fuentes, me regocijé.

Muy a menudo había disfrutado en mi vida de alegrías semejantes —un vaso de agua fresca después de una fatigosa caminata, un techo amable, un corazón humano que vive ignorado en algún rincón de la tierra, cálido y no consumido, y espera al extranjero; y cuando el extranjero aparece al final de la calle, ¡cómo brinca y se alegra ese corazón porque ha encontrado a un hombre!—. Porque no hay duda de que, como en el amor, también en la hospitalidad el que da es más feliz que el que recibe.

En la mesa cordial y hospitalaria comíamos juntos el archimandrita Teodosio y yo y hablábamos como dos viejos amigos, felices por haberse encontrado de nuevo. Aquí, en el desierto, a mi amigo le habían surgido multitud de preguntas y estaba sediento de que yo le diera una respuesta. Yo le hablaba de las grandes ciudades, de la falta de fe de nuestro tiempo y de las angustias del hombre, de la desvergüenza del rico, de la desgracia del pobre, de la impotencia de los hombres honrados, y luego, de la gran convulsión que tenía lugar en Rusia.

—¿Y aquellos moscovitas creen en Dios? —me preguntó con inquietud el *higúmeno*.

—No; creen en el hombre.

—¿En esa lombriz? —dijo el *higúmeno* con desprecio.

—En esa lombriz, padre Teodosio —le respondí, insistente, y de pronto sentí la necesidad de defender a la lombriz.

En mi interior se desencadenaba un deseo inspirado por Lucifer, la serpiente trepaba al Árbol del Conocimiento y silbaba. El monje escuchaba ávidamente.

Así, provocando la tentación en el corazón del tranquilo eremita, transformando su sosiego en inquietud, le devolvía de la forma más elevada su hospitalidad.

Llegaron Taema, Mansur y Aua, los tres camelleros que iban a acompañarme durante tres días y tres noches hasta el monasterio y a protegerme ante un eventual peligro. Llevaban *yilabs* de colorines, turbantes de pelo de camello en la cabeza y un largo yatagán al cinto. Beduinos ágiles, de tobillos delgados y mirada de águila. «Ellos ven —dice una antigua crónica— dos veces más lejos de lo que alcanza nuestro ojo; huelen el humo a tres millas y saben qué tipo de madera es la que arde; distinguen en la arena las huellas de los hombres de las de las mujeres, y si la mujer está casada, es soltera o está embarazada...». Saludaron sin hablar, llevándose la mano al pecho, a la boca y a la frente.

Detrás de ellos aparecieron en el patio los tres camellos cargados de provisiones, de una tienda y de cobertores para el viaje. Entretanto, yo había aprendido algunas palabras en árabe, las más precisas para convivir tres días con los beduinos: cómo se dice pan, agua, fuego y Dios.

Los camellos se arrodillaron, sus ojos brillaban, muy hermosos, sin bondad; sus monturas estaban decoradas con borlas de crin, naranjas y negras.

—Dad algunos dátiles a los camellos para endulzarles la boca —ordenó el *higúmeno*, y el monje joven corrió con las manos llenas de dátiles.

El archimandrita y yo nos abrazamos, nuestros ojos estuvieron a punto de llenarse de lágrimas.

Partimos. Un poco más allá del predio del monasterio empieza el desierto, gris, silencioso, yermo. El ritmo del camello, ondulante y seguro, arrastra tu cuerpo, la sangre coge el compás de ese balanceo, y a la vez que la sangre, tu alma. El tiempo se libera de la división geométrica a la que lo ha constreñido y sometido la sensata mente occidental. Aquí, con el balanceo del

«barco del desierto» el tiempo se despoja de las fronteras matemáticas firmes, se convierte en una sustancia fluida e indivisible, un ligero vértigo embriagador que transforma el pensamiento en fantasía y en música.

Abandonado durante horas a este ritmo, comprendí por qué los orientales leen el Corán balanceándose hacia adelante y hacia atrás, como si fueran sobre un camello. Así trasladan a su alma el movimiento monótono, embriagador, que en el desierto misterioso los lleva al éxtasis.

Ante nosotros se abría en lontananza una extensión rosácea agitada; parecía el mar. Los beduinos se reunieron, hablaron en voz baja y se separaron de nuevo. Continuamos la marcha; no era un mar; todo aquello color rosa era el desierto al que agitaba un terrible tifón y teñía de rosa las nubes ardientes de arena. Poco después entramos en la tormenta de arena y se nos cortó la respiración. Taema dejó de cantar, los beduinos se envolvieron en sus albornoces y se cubrieron la boca y las fosas nasales.

La arena se levantaba, nos golpeaba la cara y las manos y nos hacía daño; los camellos ya no podían mantener el equilibrio y daban vueltas sobre sí mismos. Esta marcha terrible duró tres horas, pero yo me regocijaba en secreto de que me hubiese sido dado vivir incluso el terrible torbellino del desierto.

El sol empezó a descender, habíamos salido de la tormenta y nos acercábamos ya a las montañas; el desierto se tornó poco a poco de color violeta y se llenó de sombras. Taema, que iba en cabeza, se detuvo, dio la señal de acampar. «¡Krrr! ¡krrr !», sonaron las gargantas beduinas y los camellos resollaron, se arrodillaron sobre las patas delanteras, luego cayeron sobre las traseras y emitieron un fuerte berrido, como casas que se desploman.

Los descargamos y entre todos montamos la tienda. Aua amontonó las ramitas que había recogido con gran cuidado en el camino y encendió fuego. Mansur sacó de una espuerta la cacerola, la manteca y el arroz y se puso a cocinar. Taema mezclaba con agua una harina de maíz muy fina, extendía la masa en la sartén con sus largos dedos y hacía tortitas. Entretanto, el arroz expandía su aroma. Todos juntos alrededor

del fuego, comimos, hicimos té, sacamos las pipas y fumamos; unos miraban el fuego que se apagaba, otros las estrellas, grandes, suspendidas, inquietantes, sobre nuestras cabezas.

Una extraña felicidad invadía mi cuerpo y mi alma, pero yo trataba de controlar todo aquel romanticismo —desierto, Arabia, beduinos— y me burlaba de mi corazón, que latía violentamente, turbado.

Me acosté en la tienda, cerré los ojos y todo el murmullo suave, ininterrumpido, del desierto, se vertió en mis entrañas. Afuera, los camellos rumiaban, oía sus mandíbulas triturar; el desierto todo entero rumiaba como un camello.

Al día siguiente, al alba, comenzó la marcha por las montañas solitarias, áridas, que odian al hombre y lo rechazan. A veces, en las oquedades negras de las rocas, una perdiz color ceniza batía las alas con un ruido metálico. A veces un cuervo volaba encima de nuestras cabezas trazando círculos, como si quisiera husmear si habíamos empezado a oler a cadáver, para caer sobre nosotros.

Durante todo el día, el ritmo del camello, la monótona y adormecedora canción de Taema; el sol, que caía sobre nosotros como fuego, y el aire, que reverberaba sobre las piedras y sobre nuestras cabezas.

Seguíamos el camino que tres mil años antes habían recorrido los hebreos huyendo del fértil Egipto. Este desierto que atravesábamos había sido el terrible crisol donde la raza de Israel había sufrido hambre y sed, había gemido y se había forjado. Con ojo insaciable, miraba una por una las rocas, entraba en el desfiladero sinuoso, grababa en mi mente las cadenas de montañas ardientes. Recuerdo una vez que en una costa griega recorrí durante horas una cueva con pesadas estalactitas, gigantescos falos de piedra que brillaban rojos a la luz de las antorchas. Era la gruta de un gran río que había dejado vacía al cambiar su curso con el paso de los siglos. De mismo modo brillaba en mi mente aquel desfiladero por el que estaba caminando a pleno sol. Jehová, el Dios implacable, había cortado las montañas para pasar.

Antes de atravesar aquel desierto, Jehová no había consolidado aún su rostro porque tampoco su pueblo se había consolidado todavía. Los *Elohim*, esparcidos en el aire, no eran uno, eran innumerables espíritus anónimos e invisibles. Insuflaban en el mundo un soplo de vida, engendraban, inspiraban a las mujeres, mataban, relampagueaban, tronaban, caían a la tierra como el rayo; no tenían patria, no pertenecían a nadie ni a ninguna tribu.

Pero poco a poco se fueron encarnando, se hicieron visibles, preferían ciertos lugares elevados, grandes rocas. Los hombres untaban con grasa estas piedras, les ofrecían sacrificios, les vertían encima sangre. ¿Qué era lo más amado para el hombre? Eso debía sacrificarle a la divinidad para que le fuera propicia — su primogénito, su única hija—.

Lentamente, en el curso de los siglos, con la mejora de la vida, la raza se ablandó, se civilizó; Dios también se ablandó, se civilizó; ya no le sacrificaban hombres, sino animales; empezaron a dar a Dios apariencias accesibles —becerro de oro, esfinge alada, serpiente, halcón—. Así fue como en el rico y satisfecho Egipto, el Dios de los hebreos empezó a perder su vigor. De repente, llegaron los faraones hostiles, levantaron a los hebreos de sus fértiles campos y los arrojaron al desierto de Arabia; comenzaron el hambre y la sed, los lamentos y las rebeliones. Por algún lugar de estos debieron haberse detenido una mañana en que tenían hambre y sed, y debieron haber gritado: «¡Hubiera sido mejor que Dios nos hubiera matado en Egipto, cuando nos sentábamos junto a los pucheros llenos de carne y comíamos pan y se saciaba nuestro vientre!». Y Moisés, desesperado, furioso, levantaba los brazos al cielo y gritaba a Dios: «¿Qué voy a hacer con este pueblo desagradecido? ¡Ahora cogerán piedras y me lapidarán!».

Dios estaba inclinado sobre su pueblo y escuchaba; unas veces les enviaba codornices y maná para que comieran, otras, una espada, y segaba sus vidas. Cada día a medida que avanzaban en el desierto, su rostro se volvía más feroz, cada día se acercaba más salvaje a su pueblo; de noche se transformaba en fuego y marchaba delante de ellos, en cabeza; de día en una

columna de humo. Ellos se arremolinaban junto al Arca de la Alianza y los levitas la levantaban con temor, y la mano que la tocaba se convertía en ceniza.

Su rostro no cesaba de concretarse, se endurecía, tomaba la apariencia salvaje de Israel. Ya no eran los espíritus anónimos, apátridas, invisibles, dispersos en el aire; ya no era el Dios de toda la Tierra. Era Jehová, el Dios de una sola raza, la raza de los hebreos, duro, vengativo y sanguinario, porque hacía la guerra a los amalecitas, a los madianitas y al desierto. Sufriendo, maquinando, matando, tenía que vencer y salvarse.

Este desfiladero sin árboles, sin agua, inhumano, que yo atravesaba, era la vaina terrible de Jehová; por aquí había pasado rugiendo.

¿Cómo puede comprenderse la raza de los hebreos sin atravesar, sin vivir este terrible desierto? Durante tres interminables días lo cruzamos a lomos de camello; la sed reseca la garganta, las sienes palpitan con fuerza, la mente reptante, al seguir, como una serpiente, el tortuoso y refulgente desfiladero. ¿Cómo puede morir una raza que se ha forjado durante cuarenta años en este crisol? Me sentía contento al contemplar las piedras terribles donde se habían forjado sus virtudes: la voluntad, la obstinación, la tozudez, la resistencia, y sobre todo, un Dios carne de su carne, llama de su llama, al que gritaban: «¡Danos de comer! ¡Mata a nuestros enemigos! ¡Llévanos a la Tierra Prometida!».

A este desierto le deben los judíos el seguir viviendo y dominando al mundo entero por sus virtudes y sus vicios. Hoy, en el momento de cólera, de venganza y de violencia por el que atravesamos, los judíos son otra vez, por fuerza, el pueblo elegido del terrible Dios del Éxodo de la tierra de la esclavitud.

Al mediodía llegaríamos por fin al monasterio del Sinaí. Habíamos subido a la meseta de Madián, a más de mil quinientos metros de altura; la noche anterior habíamos acampado en un cementerio musulmán y habíamos instalado la tienda ante la tumba del *sheik*. Nos despertamos al amanecer; hacía mucho frío, la nieve había cubierto nuestra tienda, la meseta se extendía ante nosotros completamente blanca.

Arrancamos el techo de una cabaña en ruinas del cementerio y encendimos lumbre; las llamas subieron como lenguas de fuego, nos sentamos los cuatro alrededor para calentarnos; los camellos se acercaron también y tendieron el cuello por encima de nosotros. Bebimos aguardiente de dátiles, hicimos té, los beduinos tendieron sobre la nieve una pequeña esterilla, se arrodillaron y se pusieron a rezar, con su fino rostro quemado por el sol vuelto hacia la Meca.

Su cara resplandecía, entraron en éxtasis. Yo miraba con respeto cómo se solazaban y se saciaban aquellos tres cuerpos sufridos, hambrientos. Mansur, Taema y Aua habían ascendido. El Paraíso se había abierto y ellos habían entrado en él; su propio Paraíso, el musulmán, el beduino: sol, un prado verde, camellos blancos y ovejas que pacen, tiendas multicolores, mujeres con pulseras de plata en las muñecas y ajorcas en los tobillos, maquilladas con kohl y alheña, con dos lunares falsos en la mejilla, están sentadas con las piernas cruzadas a la puerta de la tienda, con el cuello inclinado, y ríen. Las viandas humean, arroz, leche, dátiles y pan blanco; y un cántaro de agua fresca. Hay tres tiendas más grandes que las otras, treinta y tres camellos que son los más rápidos y trescientas treinta y tres mujeres que son las más hermosas —las tiendas, los camellos y las mujeres de Taema, de Mansur y de Aua...

Terminó la oración, el Paraíso se cerró, los beduinos regresaron a la meseta de Madián, se acercaron al fuego y, silenciosos y complacidos, reanudaron su humilde tarea terrestre. ¿Cuánto tiempo duraría esta vida? Luego vendría el Paraíso, había que tener paciencia.

Tendí la mano a Taema, que estaba sentado a mi derecha y le dije en árabe la expresión sagrada de los musulmanes: «Hay un solo Dios y Mahoma es su profeta». Se estremeció, sorprendido, como si hubiera desvelado su secreto; me miró radiante de alegría y me estrechó la mano.

Nos pusimos en marcha. Yo iba a pie, no podía soportar el ritmo lento y cansino del camello; a nuestra derecha y a nuestra izquierda, montañas de granito rojo y verde. A veces pasaba un pájaro pequeño, negro con un gorrito blanco, como un jockey;

una fila de camellos apareció al final del camino; los beduinos lanzaron un grito de alegría, nos detuvimos. *Selam Alekum* («la paz sea con vosotros»), nos saludaron los camelleros que llegaban, tomaron las manos de los nuestros, se inclinaron los unos hacia los otros, mejilla con mejilla, y se saludaron durante largo rato, con voz tenue, adormecedora: comenzó el sencillo diálogo eterno: «¿Cómo te va? ¿Cómo están tus mujeres? ¿Y tus camellos? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?». Las palabras *selam* (paz) y Alá acuden una y otra vez a sus labios y este encuentro en el desierto adquiere el sentido sagrado y elevado que siempre debería tener el encuentro entre los hombres.

Contemplaba admirado, con emoción, a los hijos del desierto, me maravillaba ver cómo vivían con unos cuantos dátiles, con un puñado de maíz y una taza de café. Su cuerpo es flexible, sus pantorrillas finas, como las de la cabra, su mirada de halcón; son los hombres más pobres y más hospitalarios del mundo; tienen hambre y no comen hasta saciarse para tener siempre un poco de café, un poco de azúcar, un puñado de dátiles, con lo que obsequiar al forastero. En Raízu el *higúmeno* me había contado que una pequeña beduina estaba parada mirando a un viajero inglés que había abierto sus conservas y comía. El inglés le ofreció un bocado, pero ella por orgullo no aceptó y al punto se desmayó de hambre y cayó al suelo.

El gran amor del beduino es su camello. Observaba a Taema, Mansur y Aua, cómo se movía inquieto el fino caracol de sus orejas cuando escuchaban el menor gemido del camello. Se detenían, enderezaban la montura, inspeccionaban su vientre y sus patas, cortaban las hierbas secas que encontraban y se las daban a comer. Y por la noche, lo desensillaban, lo cubrían con una manta de lana, extendían una tela en el suelo y limpiaban cuidadosamente su morral.

Una antigua canción árabe encomia a este amado compañero del beduino:

El camello camina, avanza en el desierto. Es recio como las tablas de un ataúd. Sus ancas son duras y se asemejan a una elevada puerta fortificada. Las señales

que deja la cuerda en sus ijares parecen lagos secos, llenos de guijarros, los tocas y crees tocar una lima. Se parece al acueducto que el ingeniero griego ha construido y cubierto de tejas.

Subíamos de prisa la montaña, ansiábamos que apareciera el monasterio. Un poco de agua en una cárcava, algunos dátiles, una cabaña de piedra; más allá, una cruz de hierro clavada en una roca. Nos acercamos y de pronto, Taema levantó la mano.

—¡Der! —gritó—. ¡El monasterio!

Abajo, en una terraza entre dos altas montañas, apareció, ceñido por altas murallas, el famoso monasterio del Sinaí. Había deseado con todas mis fuerzas este instante y ahora que tenía a mano el fruto de mi gran esfuerzo, sentía una alegría serena, sin gritos, y no me apresuraba. Por un instante, tuve el impulso de volverme sobre mis pasos; sentí en mí, como un relámpago, la severa alegría de no recoger, de no disfrutar el fruto de mi deseo. Pero al punto sopló una tibia brisa cargada de aroma de árboles en flor; el hombre pudo más en mí, seguí adelante.

Ahora distinguía nítidamente el monasterio, las murallas, las torres, la iglesia, un ciprés. Llegamos al huerto fuera de las murallas, me subí a la cerca, miré —en mitad del desierto resplandecían al sol olivos, naranjos, nogales, higueras y enormes almendros divinos—. Un dulce calor, un perfume, un bordoneo de insectos, ¡el Paraíso!

Durante largo rato disfruté de este rostro de Dios, el risueño, el que ama a los hombres, el hecho de tierra, de agua y de sudor humano. Hacía tres días que tenía enfrente el otro, su rostro terrible, sin flores, todo de granito. Decía: «Este es el verdadero Dios, el fuego que abrasa, el granito que no es rayado por los deseos humanos». Y ahora, al inclinarme por encima de la cerca hacia este huerto florido, recordaba con emoción las palabras del asceta: «Dios es una sacudida y un dulce llanto». «Hay dos clases de milagros —dice Buda—, los del cuerpo y los del alma. En los primeros no creo, creo en los segundos». El monasterio del Sinaí es un milagro del alma; en medio del desierto, inhumano, rodeado de tribus codiciosas que tienen otra religión,

otra lengua, alrededor de un pozo de agua, hace catorce siglos que se alza este monasterio como una fortaleza y resiste a las fuerzas naturales y humanas que lo asedian. Aquí —pensaba con orgullo— existe una conciencia humana superior, aquí la virtud del hombre vence al desierto.

A duras penas conseguía dominar mi alegría; estaba en medio de las montañas bíblicas, en la elevada meseta del Antiguo Testamento. Al este, el Monte de la Sabiduría donde Moisés había clavado la serpiente de bronce; detrás el país de los amalecitas y los montes amorreos. Al norte se extendía el desierto de Cedar, Idumea y los montes Thaiman, hasta el desierto de Moab. Al sur, el cabo de Farán y el mar Rojo. Finalmente, al oeste, la cadena montañosa del Sinaí, la Cumbre Santa, donde Dios habló a Moisés y más lejos, Santa Catalina. El jardín del monasterio refulgía en medio de la nieve; los olivos crujían apaciblemente, las naranjas brillaban entre sus oscuros follajes, los cipreses se erguían ascéticos, negros. Pausadamente, rítmicamente, como la respiración de Dios llegaba el perfume de los almendros y alegraba las fosas nasales y la mente.

En verdad, ¿cómo esta fortaleza monacal ha podido resistir estos envolventes efluvios primaverales y cómo se ha mantenido tantos siglos, sin desplomarse una primavera?

* * *

Entré al monasterio por la alta puerta de la muralla. Un gran patio, en el centro, la iglesia y a su lado una pequeña mezquita con su esbelto minarete; aquí se encontraban al fin unidas la cruz y la media luna. Alrededor del patio, cubierto por la nieve, resplandecían las celdas, la hospedería, los almacenes. Tres monjes estaban sentados al sol y se calentaban; en medio del inmenso silencio, sus palabras resonaban claras, en el aire. Permanecí de pie largo rato, escuchando atentamente. Cada uno se apresuraba a hablar, uno revelaba las maravillas que había visto en América —vapores, rascacielos, alumbrados nocturnos, mujeres—, otro, cómo cocinaban al espetón los corderos en su

país, y el tercero, los milagros de santa Catalina, cómo los ángeles se la habían llevado de Alejandría y la habían traído a la cumbre de esta montaña, y cómo aún se ve la huella dejada por su cuerpo en la roca.

Subí a la torre para otear todo alrededor; un joven monje pálido me vio y corrió a darme la bienvenida. Era, según decía, de Creta y tenía dieciocho años. La pelusilla rizada y espesa de sus mejillas adquiría un ligero reflejo castaño cuando le daba el sol. Mientras hablábamos de la patria lejana apareció, resollando, un viejo como de unos ochenta años, dulce, tranquilo, apagado; ya no tenía fuerzas para desear ni el bien ni el mal; sus entrañas estaban —como quiere Buda— vacías.

Nos sentamos los tres al sol en un largo banco. El joven sacó de su regazo un puñado de dátiles y me los dio, calientes por el calor de su cuerpo. El viejo me puso la mano sobre la rodilla y empezó a contarme cómo había sido construido el monasterio y cómo se había mantenido durante tantos siglos. Así como estaba, sentado al sol, en medio de las montañas legendarias, la historia del monasterio me pareció simple y verídica como un cuento.

—Alrededor del pozo donde las hijas de Jetró iban a dar de beber a sus rebaños, y justo allí donde estaba *la zarza ardiente e incombustible*, el emperador Justiniano mandó edificar el monasterio y envió doscientas familias del Ponto y de Egipto a establecerse cerca del recinto conventual para que fueran sus esclavos, lo sirvieran y lo protegieran. Transcurrió un siglo, vino Mahoma, pasó por el monte Sinaí. Aún permanece en un trozo de granito rojo la huella de la pezuña de su camello. Los monjes lo recibieron con grandes honores; Mahoma se sintió contento — ¡que sus huesos ardan en el Infierno!— y otorgó al monasterio grandes privilegios, los cuales puso por escrito con letras cúficas en una piel de corzo, firmando con la palma de la mano; él no sabía escribir. Y los privilegios dicen: «Si un monje del Sinaí se refugia en una montaña, en una llanura, en una cueva o en el desierto, allí estaré yo con él y lo protegeré de todo mal. Yo protegeré a los sinaítas dondequiera que se encuentren, en tierra o en mar, al este, al oeste, al norte o al sur. No están obligados a

pagar tributos o diezmos sobre las siembras, ni a alistarse en el ejército, y están también exentos del tributo personal. El ala de la misericordia brilla sobre sus cabezas...».

El viejo hablaba, y su voz, venida de más allá del mundo, hacía que las murallas bizantinas volvieran a cobrar vida y las altas montañas que nos circundaban y el aire se llenaban de santos y de mártires. El adolescente cretense a mi lado escuchaba el admirable relato, embelesado, con la boca abierta. Abajo, en el patio, unos monjes habían salido de sus celdas y pesaban el maíz que habían traído los beduinos; por la puerta abierta de la cocina vi una mesa larga cargada de langostas rojas. Un monje pálido, envuelto en una manta de lana marrón, pintaba una gran concha marina.

—Es el padre Pacomio —dijo el viejo riendo—, es medio bobo, el bendito de Dios, pinta.

—El apóstol Lucas era también pintor —le dije, queriendo defender a los pintores.

—Es una gran tentación, hijo mío, Dios te libre de ella; hay que ser apóstol para resistir.

Tenía razón, no dije nada. Me levanté, bajé al patio, los monjes hacían un montón de nieve, jugaban como niños, estaban contentos porque había nevado y en el desierto brotaría la hierba; comerían las ovejas y las cabras y los hombres podrían saciarse de pan.

Habían venido algunos siervos y se habían sentado al pie del monasterio, fumaban, hablaban en voz alta, gesticulaban. Entre ellos, algunas mujeres desaliñadas, descalzas, envueltas en *almalafas* negras; sus caras, cubiertas de la nariz para abajo con cadenitas que tenían en el extremo monedas de plata y conchitas de mar, los cabellos, recogidos en un moño puntiagudo sobre la frente, como el pomo de una albarda. Todas se abrían la *almalafa* y sacaban de ella un niño de pecho y lo colocaban sobre las piedras. Toda esta gente esperaba que los monjes se asomaran y les arrojaran desde la muralla su sustento cotidiano: tres panecillos redondos para cada hombre y dos para cada mujer y niño. La ley es que vengan ellos mismos a buscarlos; caminan durante horas desde sus tiendas para llegar; pero estos

panecillos no sacian su hambre; recogen saltamontes, los ponen a secar al sol, los trituran, los amasan y hacen pan con ellos.

Miraba emocionado a estos hermanos lejanos: llevaban siglos merodeando por estas murallas bizantinas, les arrojaban, como si fueran piedras, aquellos pequeños panecillos rellenos de salvado, vivían y morían atemorizando al monasterio. Hoy día, como en los tiempos de Jetró, son las muchachas las que llevan a pastar los rebaños y nadie las molesta. Cuando dos jóvenes se aman, huyen en secreto a la montaña y pasan allí la noche; el joven toca el caramillo, la joven canta, en ningún momento se tocan. El joven baja para pedir a su suegro comprar a la muchacha, se sienta ante su tienda; llega ella, le echa él encima su albornoz y la cubre; luego viene el padre del joven y el *sheik*. Los dos suegros cogen una hoja de palmera, tiran de ella y se la reparten. El padre de la muchacha le dice:

—Quiero por mi hija mil liras.

—¡Mil liras! —dice el *sheik*—. Pero tu hija vale dos mil liras y el esposo está dispuesto a pagarlas; sin embargo, por complacerme a mí, rebájale quinientas.

—Por complacer al *sheik* —responde el suegro—, rebajo quinientas.

Entonces se levantan los otros parientes que poco a poco han ido llegando y están sentados con las piernas cruzadas en la tienda.

—Por complacerme a mí, rebaja otras cien —dice uno.

—Y otras cien más —dice otro.

—Y otras cincuenta...

—Y otras veinticinco...

Hasta que la cantidad se queda en una lira.

En ese instante, las mujeres que muelen maíz en un rincón se ponen a cloquear.

—¡Lu, lu, lu, lu...!

El suegro se levanta.

—Por complacer a las mujeres que muelen —dice—, doy mi hija por una lira.

Comen, beben, bailan, derrochan lo que tienen, durante la noche de boda.

Así, inmutables desde hace mil años, permanecen vivas las costumbres del desierto.

* * *

Llegó el joven cretense.

—Los santos padres te esperan en el *arjontikó* —dijo—. Date prisa.

Una veintena de monjes sentados en la gran sala donde reciben a los forasteros clavaron sobre mí sus ojos, llenos de curiosidad. Pensé besarle la mano a cada uno, pero eran muchos y me dio pereza; besé sólo la del *higúmeno*, que estaba sentado en el centro, severo, huesudo, silencioso. De nuevo, el café, la cucharada de confitura, un vasito de vino de dátiles, las palabras afectuosas, eternas: «¿De dónde vienes? ¿Quién eres? Sé bienvenido».

El *higúmeno*, viejo roble al que habían herido y carbonizado los rayos de Dios, me miraba, pero yo estaba seguro de que no me veía; sus ojos habían comenzado a apagarse y a no distinguir nítidamente las cosas visibles; veían solamente las invisibles. Me miraba y veía detrás de mí grandes ciudades, el mundo que se revuelca en el pecado, en la vanidad; la impudicia, la muerte.

Dije que estaba atravesando una crisis y solicitaba permiso para vivir unos días en el monasterio para que mi alma pudiera concentrarse y tomar una decisión.

—¿Buscas a Dios? —dijo el *higúmeno*, y me di cuenta de que por primera vez me veía; antes sólo me había mirado.

—Pido escuchar su voz —le respondí—, que me diga qué camino debo tomar, y sólo aquí, en el desierto, puede el alma escuchar.

—Aquí, en el desierto —dijo el *higúmeno*—, se escuchan todas las voces, sobre todo, dos, la de Dios y la de la Tentación, y es difícil distinguirlas. Ten cuidado, hijo mío.

Dos monjes entraron en el *arjontikó* para ver y saludar al nuevo peregrino; uno de ellos, regordete, con barba rizada y risueños ojos azules, era el *arjontaris*, el que se ocupaba de los

huéspedes; el otro, alto, con una sonrisa irónica y cansada y barbas, bigotes y cejas blancos como la nieve, con manos blanquísimas de largos dedos, no me habló, se limitó a mirarme y sus ojos brillaban y reían. ¿Reían o se burlaban? En aquel momento no pude saberlo, lo supe días después.

El *higúmeno* se levantó, me tendió la mano.

—Que Dios te conceda encontrar en el desierto lo que buscabas en vano en el mundo —dijo.

Un monje corrió a abrirle la puerta y con paso lento, pesado, desapareció.

El padre hospedero se me acercó.

—Ya es mediodía —dijo—. Venga usted al refectorio.

Los monjes estaban sentados ante una mesa alargada, el *higúmeno*, en la cabecera. El monje encargado del refectorio trajo la comida —langostas hervidas con verdura, pan, una copa de vino para cada uno—. Los padres se pusieron a comer; nadie hablaba. El lector subió a un pequeño ambón y comenzó a leer, salmodiando, el comentario del evangelio del día, la vuelta del Hijo Pródigo.

He vivido muchas veces este ritmo litúrgico del refectorio en muchos monasterios; la comida adquiere así su gran significado místico; cierto rabino ha dicho: «El hombre virtuoso que come libera a Dios, que se encuentra en el pan».

El lector salmodiaba sobre el Hijo Pródigo: cómo había sido maltratado y humillado lejos de la casa paterna, cómo se alimentaba de algarrobas, igual que los cerdos y cómo un día ya no pudo soportar más y regresó junto a su padre...

Y yo en medio de este fervor cristiano me hacía la siguiente reflexión: en otro monasterio, más acorde con la inquietud y la rebelión actuales del alma, leerían el brillante suplemento que un inquieto contemporáneo ha añadido a la parábola del Hijo Pródigo: «El Hijo Pródigo regresó cansado, vencido, a la apacible casa paterna. Por la noche, cuando se acostó a dormir en el lecho mullido, se abrió la puerta sigilosamente y entró su hermano menor: “Quiero irme; la casa de nuestro padre se me ha quedado pequeña” —dijo—. Y el hermano que esa noche había vuelto cansado se alegró al oírlo, lo abrazó y empezó a

darle consejos sobre lo que debía hacer, adónde ir, y lo incitó a ser más valiente que él, más orgulloso, y a no aceptar regresar al establo paterno —así llamaba a la casa de su padre—; lo acompañó hasta la puerta, le estrechó la mano. “Tal vez este resulte ser más fuerte que yo y no vuelva”, pensó».

* * *

¿Cómo podré olvidar jamás la primera noche que pasé en la fortaleza del Dios del desierto? El silencio se había convertido en un espectro y se había erguido como una torre a mi alrededor, como si hubiese caído en el fondo de un foso seco y sombrío. Y de pronto, el silencio se hizo voz y mi alma se puso a temblar:

—«¿Qué vienes a buscar tú aquí, a mi casa? No eres puro, no eres honorable, tus ojos miran inquietos a izquierda y a derecha, no me fío de ti; a cada instante estás dispuesto a ser un traidor, tu fe es un mosaico impío compuesto de toda clase de incredulidades y no sabes que al final de todos los caminos está sentado Dios y te aguarda; pero tú siempre tendrás prisa, desfallecerás a mitad de camino y volverás atrás para tomar otra dirección. El pueblo bajo no ve Sirenas, no oye canciones en el aire; ciego, sordo, rema agachado en la sentina de la tierra. En cambio los elegidos, los capitanes, escuchan en su interior una Sirena, su alma, y siguen valientemente su voz. ¿Qué otro valor crees tú que tiene la vida? Pero los capitanes mediocres escuchan la sirena y no la creen, están atrincherados tras la cordura y la cobardía, se pasan la vida calibrando en una balanza los pros y los contras. Y Dios, al no saber dónde arrojarlos, para que no adornen el Infierno y no mancillen el Paraíso, ordena que los cuelguen cabeza abajo, en el aire, en un punto intermedio entre la ignominia y la decencia».

La voz calló; yo seguía esperando, estaba rojo de vergüenza y de rabia. Y entonces, ¿quién me dio la fuerza para levantar la cabeza y replicarle? ¿Acaso el propio desierto?

—¡He llegado hasta el final y al final de cada camino he encontrado el abismo!

—¡Has encontrado tu incapacidad para ir más lejos! Llamamos abismo a aquello sobre lo que no podemos tender puentes; no existe el abismo; no existe el punto final; no hay más que el alma humana y ella da nombre a todas las cosas, según su cobardía o su valor. Cristo, Buda, Moisés encontraron un abismo pero tendieron un puente y pasaron. Y detrás de ellos pasan desde hace siglos los rebaños humanos.

—Uno llega a ser un héroe por obra de Dios y otro por su propia lucha. Yo lucho.

Una risa espantosa estalló a mi derecha, a mi izquierda y dentro de mí.

—¿Un héroe? Pero héroe significa obediencia a un ritmo superior al del individuo y tú todavía estás lleno de inquietud y de rebeldía. Tú no puedes dominar el caos que tienes dentro y crear el Verbo puro, y te justificas lloriqueando: «Yo no quepo en los moldes antiguos...». Pero si fueras más allá en el pensamiento o en la acción, podrías llegar a los límites del heroísmo, donde se hallan cómodas y trabajan diez almas como la tuya. Podrías, tomando impulso a partir de los símbolos de una religión cualquiera, sumergirte en tus propias experiencias divinas y encontrar eso que buscas y no sabes qué es: dar forma actual a las pasiones eternas de Dios y del hombre.

—¡Eres injusta; tu corazón no conoce la piedad! Ya te he oído, voz implacable, en cada encrucijada en la que me detenía para elegir un camino.

—Me oirás siempre, en cada una de tus huidas.

—Jamás he huido; yo siempre voy adelante dejando atrás lo que he amado, aunque se desgarre mi corazón.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que llegue a mi propia cumbre. Allí descansaré.

—No hay cumbre; sólo hay altura, No hay descanso; sólo hay combate. ¿Por qué abres los ojos, espantado? ¿Todavía no me has reconocido? ¿Crees que soy la voz de Dios? No; soy tu propia voz; viajo siempre contigo, no te abandono. ¡Ay de mí si te dejara solo! Una vez que irrumpí, enojada, desde el fondo de tus entrañas me diste un nombre y lo conservo, me gusta: soy la Tigresa, la Compañera de viaje.

Se calló, la reconocí y mi corazón se sintió más firme. ¿Por qué tenerle miedo? Los dos viajamos siempre juntos; lo hemos visto todo juntos y juntos lo hemos disfrutado. Los dos hemos comido y bebido en la mesa del destierro, hemos sufrido juntos, hemos gozado de ciudades, mujeres e ideas. Y cuando cargados con el botín, cubiertos de heridas, hemos vuelto a nuestra celda apacible, esta tigresa se aferra en silencio a lo alto de mi cabeza, allí tiene su guarida. Se extiende, sibilina, alrededor de mi cráneo, clava sus garras en mi cerebro y los dos juntos, sin hablarnos, evocamos todo lo que hemos visto, y anhelamos todo lo que nos queda por ver.

Nos alegramos de que todo el mundo, visible e invisible, sea un misterio profundo, impenetrable; profundo, incomprendible, más allá de la inteligencia, del deseo y de la certidumbre. La Tigresa, mi Compañera de viaje, y yo conversamos y nos reímos de ser tan crueles, tan tiernos, tan insaciables; nos reímos de nuestra insaciabilidad, pese a que sabemos que una noche, con toda seguridad, cenaremos un puñado de tierra y nos saciaremos.

¡Qué alegría, Alma del hombre, Tigresa, Compañera de viaje, vivir, amar la tierra y mirar la muerte y no temerla!

Al amanecer me levanté, estaba ansioso por caminar por el desierto. El lucero del alba aún permanecía en vela, una luz tenue había ocupado ya las cimas de los montes, las perdices habían despertado y toda la montaña de la Santa Cumbre a la que había bajado Jehová cacareaba. El cielo se había limpiado, las nieves bajas se habían derretido, las había engullido la arena, pero en la cima de las montañas adquirían un tono rosado con los primeros rayos de sol. Ni un pájaro, ni una voz, ni hierba verde ni agua por ninguna parte. Una soledad inhumana, hecha de arena y de Dios.

Sin duda, sólo hay dos clases de hombres que soportan vivir en un desierto así, los locos y los profetas. Aquí el cerebro se enajena, no por miedo sino por terror sagrado y entonces o se derrumba por debajo del equilibrio humano o da un salto y entra en el cielo, ve a Dios cara a cara, toca el borde de su túnica de fuego sin quemarse, escucha lo que dice, recoge sus palabras y

las lanza a los hombres. Sólo en el desierto nacen las almas salvajes e indómitas que se rebelan contra Dios, se plantan ante él sin miedo y su mente resplandece, consustancial con el borde de la túnica de Dios. Y Dios los ve y los admira porque en ellos no se ha perdido su hálito, Dios no se ha rebajado en ellos hasta convertirse en hombre.

Dos profetas caminaban por el desierto y discutían. Uno decía que Dios es fuego, el otro que es un panal de miel; gritaban, se desgañitaban, pero ninguno de los dos podía convencer al otro.

Finalmente, el primero, indignado, tendió el brazo hacia la montaña que tenía enfrente:

—Si lo que digo es verdad, esta montaña empezará a temblar. Y no bien lo hubo dicho, la montaña empezó a temblar.

—¡Eso no es una prueba! —replicó el segundo profeta, con desprecio—. Si lo que digo yo es verdad, un ángel bajará del cielo y me lavará los pies.

Y no bien lo hubo dicho, un ángel bajó del cielo, se agachó y se puso a lavarle los pies.

Pero el otro se encogió de hombros.

—Eso no es una prueba —dijo.

—Si lo que digo yo es verdad, Dios gritará: «¡Es verdad!».

Y nada más decirlo, se oyó una voz venida del cielo: «¡Es verdad!».

Pero el segundo profeta también se encogió de hombros.

—Eso no es una prueba —dijo.

Y en ese preciso instante, pasaba Elías por el cielo y al ver que Dios se reía, se le acercó:

—¿Por qué ríes, Señor? —le preguntó.

—Estoy contento, Elías —respondió Dios—; veo ahí abajo, en la tierra, que dos verdaderos hijos míos están hablando.

Yo caminaba, pensaba con admiración en los dos profetas salvajes y me parecía ver aún las huellas de sus pisadas en la arena. Dichoso el padre —me decía— al que le ha sido concedido engendrar hijos así; dichoso el desierto que ha visto caminar por él semejantes leones de la selva de Dios.

El padre Agapio, el padre Pacomio, el pintor, y yo subimos un día a la Santa Cumbre, la fortaleza inexpugnable donde Moisés había visto a Dios *cara a cara* y había hablado con él. Desde lejos, la abrupta cresta de la montaña destacaba como las crines de un jabalí. «¿Qué os habéis creído vosotras, las demás montañas, cubiertas de hierbas, de rebaños y de quesos? Sólo hay una montaña de verdad, el monte Sinaí, al que Dios descendió y en el que habita».

Jehová, el terrible *sheik* de Israel, tiene su sede en este Olimpo de los hebreos; está sentado en su cima como una hoguera, y la montaña humea. ¡Que nadie ose tocarlo ni verlo cara a cara, el que lo ve muere! Jehová se identifica con el fuego; lo que los hebreos arrojaban al fuego, Jehová lo devoraba y lo que más le gustaba de todo era devorar a sus hijos.

Subimos los tres mil cien escalones que llevan del pie de la montaña a su cumbre; cruzamos una puerta baja abovedada, abierta en la roca. Allí, cuando los hombres temblaban por alcanzar la Cumbre, se sentaba un confesor y los confesaba; el que subía a la montaña del Señor debía tener las manos limpias y el corazón puro, de lo contrario, la Cumbre lo mataría. Hoy día la puerta está desierta; las manos manchadas y los corazones pecadores pueden pasar sin miedo, la Cumbre ya no mata. Nosotros pasamos.

Más arriba, la cueva donde el profeta Elías tuvo su gran visión; entró en la cueva y bramó la voz de Dios: «Mañana sal y preséntate ante el Señor; un fuerte viento soplará sobre ti, hará trizas la montaña y partirá las piedras, pero el Señor no estará en él. Surgirá un gran fuego, pero el Señor no estará en él; después del fuego, soplará una brisa dulce y fresca; allí estará el Señor».

Así llega el espíritu; después del viento, después del terremoto, después del fuego, la dulce y fresca brisa; así viene todavía hoy día; estamos pasando la etapa del terremoto, llega el fuego y más tarde, ¿cuándo?, ¿después de cuántas generaciones?, soplará la brisa dulce y fresca.

Más arriba, Pacomio se detuvo y nos mostró una roca:

—Aquí estaba Moisés el día en que los hebreos luchaban contra los amalecitas; mientras mantenía los brazos levantados,

vencían los hebreos; cuando se cansaba y los bajaba, los hebreos eran derrotados; y entonces, dos sacerdotes, Aarón y Hur, le sostenían los brazos levantados en alto hasta que todos los enemigos habían sido pasados por el filo de la espada.

En el alma simple de Pacomio todas estas leyendas tenían un sentido cierto, abría los ojos, admirado, como si estuviese hablando de monstruos sagrados, dinosaurios o megaterios, que circulaban aún por las montañas y que únicamente podía ver el que tiene un corazón puro.

El padre Agapio, delgado, enjuto, con la agilidad de un joven, iba delante y no hablaba; las chácharas de Pacomio no parecían agradarle y tenía prisa por llegar a la cima.

Cuando pusimos el pie sobre la Santa Cumbre mi corazón sufrió una sacudida; jamás mis ojos habían disfrutado de un espectáculo más trágico y más extraordinario: abajo, la Arabia pétrea, con sus montañas de color violáceo oscuro, más allá, las cadenas montañosas azules de la Arabia feliz, y el mar, que brillaba muy verde, como una turquesa; al oeste, el desierto humeaba al sol, y detrás, en lontananza, las montañas de África. Aquí es donde el alma del hombre —pensé— desesperanzado u orgulloso encuentra el culmen de la felicidad.

Entramos en la pequeña iglesia de la cima. Pacomio arañaba con las uñas las paredes para descubrir restos de antiguos frescos, mostraba, triunfal, las columnitas bizantinas del ventanuco. Me llamó lleno de admiración para que viera dos palomas bizantinas con los picos unidos que simbolizaban el Espíritu Santo; se empeñaba en descubrir, en reconstruir la vida antigua, se negaba a admitir que el pasado fuese pasado.

En esta cumbre, a la que Dios había bajado como una llama insaciable, aquel espíritu de arqueología me molestaba.

Me volví hacia el monje.

—Padre Pacomio —le dije—, ¿cómo te imaginas a Dios?

Me miró aturdido, reflexionó un instante.

—Como un padre que ama a sus hijos —dijo.

—¿No te da vergüenza? —le grité—. ¿En este monte Sinaí te atreves a hablar así de Dios? ¿Es que no has leído la Escritura? ¡Dios es *fuego que consume!*

—¿Por qué me dices eso?

—Para que dejes que Dios abraza todas esas cosas, el pasado. Pacomio, sigue, pues, al fuego de Dios y no recojas las cenizas.

—No hurgues para saber qué es Dios, por tu bien te lo digo —dijo, al fin, el padre Agapio—. No toques el fuego, te quemarás. No quieras ver a Dios, te quedarás ciego.

Abrió el zurrón que llevaba a la espalda, sacó dos palomas asadas, dos langostas, nueces, dátiles, una cantimplora de aguardiente de dátiles y un gran pan de trigo.

—¡A comer!

Recordamos que teníamos hambre; nos hizo de mesa un banco de piedra en el que se veía aún, dicen, la huella del pie de Moisés, una cárcava del tamaño de un ataúd de niño. Pacomio olvidó las palomas de piedra que se besaban y se lanzó con glotonería sobre las palomas asadas; pocas veces he visto a un hombre poner en acción ojos, manos y dientes con tanta avidez; amontonó ante sí los huesecillos que quedaban y los chupaba.

—Las palomas han vuelto a la vida, padre Pacomio —dije, riendo—, entra en la iglesia y verás que ya no están.

—¿Por qué te ríes? —dijo Pacomio—. No hay nada imposible.

—¡Ah, si el Espíritu Santo fuera una paloma, te lo comerías! —dijo Agapio, a quien le molestaba enormemente la glotonería del monje.

El padre Agapio se santiguó, miró el desierto, suspiró.

—¿Por qué suspiras, padre Agapio? —pregunté, lleno de curiosidad por saber quién era este monje severo que a pesar de ser viejo escalaba la montaña con tanta agilidad.

—¿Cómo quieres que no suspire, hijo mío? —respondió—, si mis manos y mis pies están llenos de barro y también mi corazón, y se acerca la hora de presentarme ante Dios ¡con estas manos, con estos pies, con esta cara! Mis manos están cubiertas de sangre y mis pies, de barro, ¿quién me los va a limpiar?

—Cristo, padre Agapio —dijo Pacomio para consolarlo—. Cristo. Si no, ¿para qué bajó a la tierra? Dile: «Cristo, aquí están mis manos y mis pies ¡lávalos!».

Yo me eché a reír. ¿De modo que este es el trabajo de Dios, lavarnos los pies?

—¿Por qué te ríes? —me preguntó Pacomio, picado.

—Permíteme, padre Pacomio —dije—, que te responda con una parábola. Había una vez en Arabia un rey muy malvado; todas las mañanas antes de amanecer reunía a sus esclavos y no les permitía ponerse a trabajar antes de que él ordenara al sol salir. Un día, un viejo sabio se acercó y le dijo: «¿No sabes que el sol no espera tu orden?». «Lo sé, sabio anciano, lo sé. Pero ¿qué clase de Dios sería el Sol si no pudiera convertirse en mi instrumento?». ¿Has comprendido ahora, Pacomio?

Pero mientras yo hablaba, Pacomio había encontrado un huesecillo con un poco de carne, lo roía y no me respondió.

Me volví hacia Agapio para cambiar de conversación.

—¿Por qué te hiciste monje, padre Agapio?

—¿Por qué me hice monje? Yo no quería, lo quiso Dios. Cuando cumplí veinte años me dominó el deseo de hacerme monje, pero el Diablo me ponía obstáculos. ¿Qué obstáculos?, me dirás. Estos: mis negocios marchaban bien, ganaba dinero ¿y qué quiere decir ganar dinero? Quiere decir olvidar a Dios. Yo era contratista de obras, construía puentes, casas, caminos, ganaba dinero a espuestas. «En cuanto pierda mi dinero—decía— me haré monje». Y Dios se apiadó de mí, jugué a la Bolsa, perdí hasta lo que no tenía. «Alabado sea Dios —me dije—, corté la cuerda y me fui». Lo mismo que se corta la cuerda del globo dirigible y este sube al cielo, así me fui yo del mundo.

Su pálido rostro enrojeció. Recordó que se había liberado del mundo y se sintió dichoso.

—Y vine aquí. No sabía adónde ir, Dios me tomó de la mano y me trajo aquí. ¡Su gracia es grande! Vine, pero aún me resistía; no me mires ahora, he envejecido, me he deteriorado, me he arrugado como una pasa. Pero entonces, aún me hervía la sangre, no podía permanecer con los brazos cruzados; la oración no me sosegaba, me puse a trabajar; construía caminos. Todos los caminos que hemos recorrido los he hecho yo; construir caminos es mi contribución, para esto he nacido. Si voy al Paraíso, iré por los caminos que he hecho.

Se echó a reír, queriendo burlarse de su esperanza.

—¡Pff, el Paraíso! ¿Así se entra en el Paraíso?

Pacomio, que se había envuelto en una manta y dormitaba, bajo los efectos de la copiosa comida, oyó las últimas palabras de Agapio y abrió los ojos.

—Entrarás, Agapio, —dijo con voz dulce—; entrarás... No te preocupes.

Agapio se echó a reír

—Tú, por supuesto, lo tienes fácil, no tienes miedo; tienes una brocha y pinturas, pintas el Paraíso y entras en él. Pero en mi caso es diferente. ¡Lo mío va para largo!, tengo que construir un camino hasta la puerta del Paraíso, de lo contrario, no entraré. Cada uno con sus obras.

Se volvió hacia mí.

—¿Y tú? —me preguntó.

—Yo ya he entrado en el Paraíso —le respondí—; yo me imagino el Paraíso como una alta montaña con una capilla en la cumbre, delante de la capilla un banco de piedra, y sobre el banco, palomas asadas, nueces y dátiles y una cantimplora de aguardiente de dátiles y dos hombres buenos haciéndome compañía, con los que hablo del Paraíso.

Pacomio tiritaba, se arrebujó en la manta, se levantó; tenía los labios morados, se agachó, cogió la cantimplora, quedaba aún un poco de aguardiente, se lo bebió.

—¡Si creéis en Cristo, vámonos de aquí!, nos vamos a congelar —dijo, y se puso a descender.

* * *

Por la noche, solo en mi celda, con la visión del desierto en lo más hondo de mis entrañas, hojeaba el Antiguo Testamento. Con toda seguridad el desierto no está habitado por nadie, sólo por Uno, y ese Uno no perdona, no sonrío, no tiene piedad. El amo del desierto no es el pánico, no es la sed ni el hambre ni el agotamiento, tampoco un león hambriento, ni la muerte. Es Dios.

Hojeaba el Antiguo Testamento, esa zarza que arde y no se consume, y me parecía que entraba de nuevo en el desfiladero

que Jehová había abierto en la montaña para pasar. La Biblia se me presentó como una cordillera de múltiples cumbres donde aúllan los profetas atados con cuerdas, envueltos en harapos y descienden.

Y mientras estaba inclinado y saltaba de cumbre en cumbre hojeando la Biblia, recordé a la muchacha que una vez me había hablado tan apasionadamente del adolescente *pelirrojo de ojos bellos* que Dios había elegido contra la voluntad de los hombres, para convertirlo en su rey. El viejo profeta Samuel, que se resistía y se retorció en las manos de Dios, llenó mi corazón de angustia. Para calmarme, cogí un papel y me puse a escribir. Valiéndome de este medio cobarde había conseguido dominar mis angustias.

—¡Samuel!

El viejo profeta con su cinturón de cuero y sus abigarrados harapos contemplaba la ciudad, abajo, y no oía el grito del Señor. El sol se encontraba a una pica de altura del cielo y abajo bullía Gálgala, la pecadora, incrustada entre las piedras rojas del monte Carmelo, con sus esbeltas palmeras y sus chumberas espinosas, en sazón.

—¡Samuel! —gritó de nuevo la voz del Señor— Samuel, mi fiel servidor, has envejecido. ¡No me oyes!

Samuel se estremeció; sus espesas cejas se fruncieron de ira, su larga barba ahorquillada se agitó y sus orejas resonaron como conchas marinas. La maldición, como una yegua sin bridas, relinchó en sus entrañas.

—¡Malditos! —rugió, extendiendo su esquelético brazo sobre la ciudad que reía, cantaba y zumbaba como un panal de avispas—. ¡Malditos sean los hombres que ríen, los sacrificios contrarios a la ley, que enturbian la faz del cielo, maldita sea la mujer, que golpea sus chinelas en las piedras!

«Señor, Señor, ¿se han extinguido los rayos en tu mano de bronce? Has insuflado en el santo cuerpo de nuestro rey la enfermedad sagrada y él cae al suelo y soltaba baba como un caracol y resopla como una tortuga. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué te ha hecho? Te estoy preguntando. ¡Responde! ¡Si eres justo,

lanza la mortandad sobre todos los hombres, arranca la simiente de sus entrañas y estréllala contra las piedras!».

—¡Samuel! —rugió por tercera vez el Señor— ¡Samuel, cállate, escucha mi voz!

El cuerpo del profeta se puso a temblar; y al apoyarse en la roca ensangrentada sobre la que se degollaban las víctimas de Dios, escuchó a la vez los tres gritos del Señor. Levantó los brazos al cielo.

—¡Se ñor —gritó—, aquí estoy!

—Samuel, llena tu cántaro de aceite profético y ve a Belén.

—¡Está muy lejos!, mis pies están gastados después de cien años hollando la tierra a tu servicio. Señor, que vaya otro, yo ya no puedo.

—¡No hablo a la carne! La detesto, no la toco. ¡Hablo a Samuel!

—Habla, Señor. ¡Aquí estoy!

—Samuel, llena tu cántaro de aceite profético y ve a Belén. Mantén cerrada la boca, no lles a nadie como compañía y llama a la puerta de Isaí.

—Yo no he ido nunca a Belén, ¿cómo reconoceré la puerta de Isaí?

—Mi dedo la ha señalado con una marca de sangre. Llama a la puerta de Isaí, elige a uno de sus siete hijos.

—¿Cuál, Señor? Mis ojos están turbios; no veo bien.

—Cuando lo tengas ante ti tu corazón mugirá como un becerro. Aparta sus cabellos, deja al descubierto la parte superior de su cabeza y úngelo como rey de los judíos. ¡He dicho!

—Pero lo sabrá Saúl, a mi regreso me tenderá una emboscada y me matará.

—¿Y qué me importa a mí? Nunca he tenido en cuenta la vida de mis siervos. ¡Ve!

—¡No iré!

—Seca el sudor de tu frente, sujeta tus mandíbulas para que no tiemblen y habla al Señor. Tartamudeas, Samuel, ¡habla claramente!

—No tartamudeo. ¡He dicho que no voy!

—Habla más despacio; estás gritando como si tuvieras miedo. ¿Por qué no vas? ¡Vamos, Samuel, responde! ¿Tienes miedo?

—No tengo miedo; es el amor el que no me lo permite. Yo he ungido como rey de los judíos a Saúl, lo he amado más que a mis propios hijos, le he insuflado mi alma entre sus pálidos labios, el espíritu de profecía, mi espíritu; lo he consagrado. Él es mi carne y mi alma. ¡No lo traicionaré!

—¿Por qué has callado? ¿Es que está ya vacío el corazón de Samuel?

— Tú eres todopoderoso, Señor. ¡No juegues conmigo, mátame! No puedes hacer otra cosa. ¡Mátame!

Los ojos de Samuel se inyectaron de sangre, se aferró a la roca, esperaba.

—¡Mátame! —rugía su corazón dentro de él— ¡Mátame!

—¡Samuel! —se oyó la voz del Señor, dulce ahora, como si le suplicara.

Pero el viejo profeta se enfurecía cada vez más.

—¡Mátame! No puedes hacer otra cosa. ¡Mátame!

Nadie respondió. Pasó el mediodía, el sol levantó, un muchacho de tez morena descalzo se vio subir el sendero y acercarse al profeta con terror, como si se acercara al borde de un precipicio; puso al pie de la roca el almuerzo del profeta, dátiles, miel, pan y un cántaro de agua y se fue corriendo, conteniendo la respiración, bajó a la ciudad y se metió en la choza paterna. Su madre se inclinó y lo abrazó.

—¿Todavía? —le preguntó y su voz temblaba—. ¿Todavía?

—Todavía —respondió el muchacho—. Todavía lucha con el Señor.

El sol se hundió detrás de la montaña, la estrella vespertina se balanceó sobre la ciudad pecadora, como una semilla de fuego. Una mujer pálida, tras la celosía, la vio y lanzó un grito.

—¡Ahora caerá y abrasará el mundo!

Las estrellas se precipitaron sobre los largos cabellos del profeta, jugaban, titilaban y giraban, obedeciendo a una rueda invisible; el profeta estaba en medio de ellas y temblaba. Las estrellas se metían entre sus cabellos, golpeaban sus sienes como grueso granizo.

—¡Señor!... ¡Señor!... —murmuró al amanecer, y otra cosa no podía salir de su boca.

Descolgó el cántaro, lo llenó de aceite profético, cogió el nudoso cayado y bajó; sus pies tenían ahora alas y en su blanca barba brillaban las gotas de rocío, como estrellas. Dos niños que jugaban en el umbral de la primera casa, al ver los extraños harapos y el turbante verde del profeta, salieron corriendo y empezaron a gritar:

—¡Ya viene! ¡Ya viene!

Los perros se acurrucaron en los rincones con la cola entre las patas y una ternera mugió arrastrando el cuello por la tierra. Un viento violento cruzó la ciudad de punta a punta; las puertas se cerraban, las madres llamaban a sus hijos y los recogían de las calles. Samuel golpeaba las piedras con su bastón y caminaba a grandes zancadas. «¡Como si yo fuera la Guerra sobre los hombres —murmuró—, como si fuera la Peste! ¡Como si fuera el Señor!».

Dos pastores con grandes cayados aparecieron en el sendero y al ver al profeta se echaron de bruces al suelo.

—Señor, ordéname romperles la cabeza. Señor, habla a mi corazón; estoy dispuesto.

Pero ninguna voz perturbó su mente y los adelantó, maldiciendo con saña la simiente de los hombres.

El sol lo abrasaba, una gran polvareda subía de sus pies y lo envolvía como una nube. Sintió sed.

—¡Señor —gritó—, dame de beber!

—¡Bebe! —respondió a su lado una voz suave, como un murmullo de agua.

Se volvió y vio que goteaba agua de la hendidura de una roca y que se recogía en una cárcava. Se agachó, apartó sus barbas, arrimó la boca al agua. El frescor le bajó hasta los talones y sus viejos huesos crujieron.

Reanudó la marcha. El sol se puso; el profeta se echó al pie de una palmera, apoyó la mejilla sobre el brazo derecho y se durmió. Los chacales se reunieron a su alrededor, sintieron su olor y huyeron aterrados. Las estrellas pendían sobre él como espadas. Se despertó al alba y reanudó su camino. Al tercer día

la montaña se abrió, apareció la llanura y en el centro, como una serpiente que, ahíta, avanzaba lentamente, brillante, con escamas verdes, el Jordán. Pasaron tres días más, y, de pronto, detrás de las palmeras, resplandecieron blanquísimas las casas de Belén.

Una bandada de palomas pasó sobre la cabeza del profeta, vaciló un instante y súbitamente se precipitó, espantada, hacia Belén.

En la gran puerta norte de la muralla, en medio de un fuerte olor a rebaños, entre los ciegos y los leprosos que mendigaban pan, esperaban al profeta los ancianos, en pie; temblaban y hablaban entre ellos en voz baja.

—¡La lepra se extenderá sobre el pueblo! ¡El Señor sólo baja a la tierra para destrozar a sus criaturas!

El más viejo se armó de valor y dio un paso al frente.

—¡Yo le hablaré! —dijo.

El profeta llegó en medio de una nube de polvo y sus harapos ondeaban como una bandera hecha jirones en el combate.

—¿Paz o muerte? ¿Qué nos traes?

—Paz —respondió el profeta extendiendo los brazos—. ¡Marchaos a vuestras casas, dejad la calle vacía, quiero entrar solo!

Las calles se vaciaron, se echaron los cerrojos a las puertas.

Samuel recorrió el pueblo, mirando de cerca, tanteando las puertas. En las afueras, en la última casa, distinguió en la puerta la marca sangrienta del dedo. Llamó. Toda la casa se removió, el viejo Isaí se levantó a abrir, asustado.

—¡Viejo Isaí, paz en tu casa, salud para tus siete hijos, que tus nueras den a luz varones! ¡El Señor sea contigo!

—¡Que se cumpla su voluntad! —respondió Isaí, y su mandíbula temblaba.

Apareció un varón y llenó toda la puerta. Samuel se volvió, lo vio y sus ojos se alegraron. Era un gigantón de cabellos negros y rizados, con ancho pecho velludo y piernas sólidas como columnas de bronce.

Isaí dijo con orgullo:

—Mi hijo mayor, Eliab.

Samuel guardaba silencio, esperaba a que su corazón mugiera.

—Debe ser él —decía su mente—, ¡seguramente es é !! ¿Por qué no hablas, Señor?

Esperó largo rato pero súbitamente la terrible voz estalló en su interior.

—¿Qué es lo que murmuras? ¿Tu alma lo ha deseado? ¡Yo no lo quiero! Examino el corazón, hurgo en los riñones, peso la médula en sus huesos. ¡No lo quiero!

—¡Trae a tu segundo hijo! —ordenó Samuel, y sus labios estaban lívidos.

Vino el segundo hijo, pero el corazón del profeta estaba mudo, sus entrañas, inmóviles

—¡No es él! ¡No es él! ¡No es él! —bramaba, apartando uno tras otro a los seis hijos, al tiempo que clavaba los ojos en sus frentes, en sus cejas, en sus labios, y examinaba sus espaldas, sus rodillas, su talle, sus dientes, como si fuesen carneros.

Se derrumbó, agotado, en el umbral

—¡Señor —gritó, furioso—, te has burlado de mí! ¡Siempre eres trapacero, implacable y no tienes piedad del hombre! Muéstrate, soy yo, Samuel, quien te llama... ¿Por qué no hablas? Isaí se acercó, turbado.

—Aún queda el más pequeño —dijo—, David. Está guardando las ovejas.

—¡Mándalo llamar!

—Eliab —dijo el padre—, ve a buscar a tu hermano.

Eliab frunció el entrecejo, el viejo se asustó y dijo a su segundo hijo:

—Aminadab, ve a buscar a tu hermano.

Pero este también se negó. Todos se negaron.

Samuel se levantó del umbral.

—¡Abrid la puerta; iré yo mismo!

—¿Quieres que te describa sus rasgos físicos para que lo reconozcas? —dijo el viejo.

—¡No! ¡ Antes que su padre y que su madre ya lo conocía yo!

Se dirigió a la montaña, jurando, tropezando en las piedras, gritando «¡no quiero!, ¡no quiero!» y seguía caminando.

Cuando vio de pie, en medio de sus ovejas, a un adolescente, cuya cabeza pelirroja resplandecía como el sol naciente, Samuel se detuvo; su corazón se puso a mugir como un becerro.

—¡David —gritó imperiosamente—, acércate!

—¡Acércate tú! —respondió David—. Yo no abandono mis ovejas.

—¡Es él! ¡Es él! —rugió Samuel, echando a andar, indignado. Se acercó, lo asió del hombro, le palpó las espaldas, examinó sus pantorrillas, volvió otra vez a la cabeza.

—¿Quién eres? ¿Por qué me examinas? —El adolescente se enojó y apartó la cabeza.

—Soy Samuel, el siervo de Dios; Él me dice « ve», y yo voy; me dice «grita» y yo grito. Yo soy sus pies, su boca, sus manos, su sombra en la tierra. ¡Inclínate!

Descubrió la parte superior de su cabeza y vertió sobre ella aceite sagrado.

—¡Te detesto! ¡No te quiero a ti, quiero a otro, pero el viento del Señor pasa sobre mí y he aquí que, sin quererlo, levanto la mano y vierto sobre tu coronilla el aceite profético! «¡David es ungido rey de los judíos! ¡David es ungido rey de los judíos! ¡David es ungido rey de los judíos!».

Arrojó el cántaro contra las piedras y este se rompió.

—¡Así has roto tú mi corazón, Señor! ¡No quiero seguir viviendo!

Siete cuervos llegaron volando desde las profundidades del cielo, descendieron alrededor de él y aguardaban. El profeta se desenrolló el turbante verde y lo extendió en el suelo, a modo de mortaja; los cuervos, animados, se acercaron. Samuel se cubrió el rostro con sus extraños harapos y ya no se movió.

** * **

Con esta visión del hombre que resiste en vano a Dios se apoderó de mí el sueño y me entregué sin resistencia a sus brazos invisibles. Así, sin sueños y feliz, pasó la noche que tanto había temido.

Al amanecer, descansado, bajé al patio. Los monjes se hacían señas en la media luz y desaparecían uno tras otro en la iglesia. Entré con ellos para oír el rezo de maitines, me acurruqué en una silla del coro, sólo dos lámparas estaban encendidas delante del iconostasio y en la semipenumbra distinguía la figura severa de Cristo y a su lado, el rostro afligido de la Virgen. Olía a cera e incienso y en el suelo, sobre las baldosas, estaban aún esparcidas las ramas de laurel de la Pascua.

¡Qué felicidad! ¡Qué soledad! —pensaba—. ¡Qué lejos rueda y brama el mundo! ¿Por qué abandonar esta ala de Cristo? ¿Adónde ir? ¿Por qué perderme en las pequeñas preocupaciones y en las pequeñas alegrías? Aquí está la ostra que lleva dentro la Gran Perla. Domeñaré el cuerpo, domeñaré el alma, cortaré todas las ramitas que minan la fuerza de la copa, me quedaré tan solo en copa y subiré... Tengo un gran Luchador ante mí, a él lo seguiré; sube una cuesta terrible, la subiré con él.

Miraba la dulce luz del candilito, la imagen ascética y viril de Cristo, distinguía sus manos delgadas que sostenían con fuerza el mundo y le impedían precipitarse en el caos, y yo sabía que sobre la tierra, mientras vivimos, él no es el puerto al que se llega sino el puerto de donde se parte. Nos adentramos en un mar bravío y proceloso y durante toda nuestra vida nos esforzamos en echar el ancla en Dios. Cristo no es el fin, es el comienzo; no es la bienvenida, es el «¡buen viaje!». No está sentado sobre mullidas nubes, reposando, lucha contra las olas junto con nosotros, con los ojos fijos en el cielo, en la estrella polar, y sostiene el timón. Por eso me gusta, por eso iré con él.

Lo que por encima de todo me hechizaba y me infundía coraje era cómo el hombre que había en Cristo había emprendido el camino, con qué valentía y con qué lucha, con qué loca esperanza, para llegar a Él y fundirse con Él; hacerse uno con Él indisolublemente. No hay otro camino para llegar a Dios, sólo este: luchar, siguiendo las huellas ensangrentadas de Cristo, transformar el hombre que hay en nosotros mismos y hacerlo espíritu, hacer que se una a Dios.

Esta doble sustancia de Cristo ha sido siempre para mí un misterio profundo e inescrutable: el anhelo del hombre, tan

humano, tan sobrehumano, de llegar a Dios —o más exactamente, de retornar a Dios e identificarse con él—. Esta nostalgia, tan misteriosa y a la vez tan real, abría en mí heridas y grandes fuentes.

Desde mi juventud, mi primera angustia, origen de todas mis alegrías y de todos mis desasosiegos, ha sido esto: la lucha despiadada y sin tregua entre el espíritu y la carne.

Dentro de mí había fuerzas tenebrosas del Maligno, ancestrales, humanas y anteriores al hombre; dentro de mí había fuerzas luminosas de Dios, ancestrales, humanas y anteriores al hombre; mi alma era la palestra donde estas dos fuerzas en lucha se enfrentaban y se unían.

Una terrible angustia; amaba mi cuerpo y no quería que se perdiera; amaba mi alma y no quería que se degradara; luchaba por reconciliar estas dos fuerzas cósmicas antagónicas, por hacerlas comprender que no son enemigas sino colaboradoras, por hacerlas gozar y gozar yo también con ellas, de la armonía.

Todo hombre es un hombre-Dios, carne y espíritu. He aquí por qué el misterio de Cristo no es sólo el misterio de una religión determinada, es de toda la humanidad; en cada ser humano se desata la lucha de Dios y del hombre y al mismo tiempo, el anhelo de reconciliación. Con mucha frecuencia esta lucha es inconsciente, dura poco, un alma débil no sabe resistir a la carne por mucho tiempo; se vuelve pesada, se convierte ella misma en carne y la lucha termina. Pero en los hombres responsables, que mantienen día y noche los ojos fijos en el más alto Deber, la lucha entre la carne y el espíritu estalla sin piedad y puede durar hasta la muerte.

Cuanto más potentes son el alma y la carne, tanto más fecunda es la lucha y más rica la armonía final. Dios no ama las almas débiles y las carnes blandengues; el espíritu quiere luchar con una carne potente, todo resistencia; es un ave rapaz que siempre tiene hambre, devora la carne y al asimilarla, la hace desaparecer.

Lucha entre la carne y el espíritu, rebelión y resistencia, reconciliación y sumisión, y finalmente, el más alto objetivo de la lucha, la unión con Dios: he aquí el camino ascendente que tomó

Cristo y que nos invita a tomar a nosotros, siguiendo sus ensangrentadas huellas.

¿Cómo ponernos en camino para llegar también nosotros a esta cumbre suprema a la que llegó Cristo, el Hijo unigénito de la salvación? He aquí el supremo deber del hombre que lucha.

Es necesario, pues, para poder seguirlo, que conozcamos profundamente su lucha, que vivamos su angustia, cómo venció las trampas de la tierra, llenas de flores, cómo sacrificó las grandes y pequeñas alegrías del hombre y cómo ascendió, de sacrificio en sacrificio, de proeza en proeza, hasta la cumbre de sus pruebas, hasta la Cruz.

Jamás había seguido con tanta intensidad su camino ensangrentado hasta el Gólgota; jamás había vivido con tanta comprensión y amor la Vida y la Pasión de Cristo, como durante los días y las noches que pasé en Jerusalén, en el mar Muerto y en Galilea. Jamás había sentido con tanta dulzura, con tanto dolor, caer gota a gota la sangre de Cristo en mi corazón.

Porque Cristo, para ascender a la cima del sacrificio, a la Cruz, a la cima de la inmaterialidad, a Dios, pasó por todas las etapas del hombre que lucha. Por todas, y por eso su sufrimiento nos es tan familiar y nos duele, y su victoria final nos parece nuestra victoria futura. Lo que Cristo tenía de profundamente humano nos ayuda a comprenderlo, a amarlo y a seguir su Pasión como si fuera nuestra. Si no tuviera en sí el cálido elemento humano no podría conmover nuestro corazón con tanta seguridad y tanta ternura. No podría ser un modelo para nuestra vida. Nosotros luchamos, lo vemos luchar a él y esto nos infunde coraje; vemos que no estamos solos en el mundo, que él lucha a nuestro lado.

Cada instante de Cristo es lucha y victoria. Venció el imbatible atractivo del placer humano sencillo, venció todas las tentaciones; transformaba sin cesar la carne en espíritu y seguía un camino ascendente. Cada obstáculo en su camino se convertía en una ocasión y en un hito de victoria; tenemos ya ante nosotros un modelo que nos abre el camino y nos infunde valor.

En el cielo y en la tierra, en nuestro corazón y en el corazón de cada ser vivo, sopla un inmenso hálito al que llamamos Dios. Un

gran Grito. El vegetal quería dormir, inmóvil, a orillas de las aguas estancadas, pero dentro de él irrumpía el Grito y sacudía sus raíces: «¡Vete, suelta la tierra, camina!». Si el árbol hubiera podido pensar y juzgar habría gritado: «¡No quiero! ¿Adónde me empujas? ¡Pides lo imposible!». Pero el Grito sacudía sus raíces, implacable, clamaba: «¡Vete, suelta la tierra, camina!».

Durante miles de años ha estado clamando, y he aquí que a fuerza de empeño y de lucha, la vida escapó del árbol inmóvil, se liberó.

Apareció el animal, se encontró a gusto en el barro, un gusano: «Aquí estoy bien, tranquilo, seguro, no me moveré».

Pero el terrible Grito se clavó, implacable, en sus entrañas: «¡Sal del lodo, yérguete sobre tus pies, engendra algo superior a ti!». «¡No quiero, no puedo!». «¡Tú no puedes, pero yo puedo! ¡Levántate!».

Esto, durante millares de siglos, y he aquí que, tembloroso sobre sus piernas aún inmaduras, apareció el hombre.

El mundo es un centauro; sus patas de caballo están firmemente asentadas en la tierra, pero su cuerpo, del pecho a la cabeza, está dominado y forzado a trabajar por el Grito implacable; durante miles de siglos más, se ha esforzado por hacerlo salir, como una espada, de la vaina del animal. Y ahora se esfuerza —este es su nuevo combate— por hacerlo salir de la vaina del hombre. «¿Adónde voy? —grita el hombre, desesperado—. He llegado a la cima; más allá está el caos».

—«¡Más allá estoy yo! ¡Levántate!». Cada cosa es un centauro, y si no lo fuera, el mundo se pudriría inerte y estéril.

Caminaba durante horas por los alrededores del monasterio, en el desierto, y poco a poco, Dios empezaba a liberarse de los popes. Dios para mí era ya este Grito.

A medida que pasaba los días en esta soledad de Dios mi corazón se iba sosegando como si se llenara de respuestas; ya no hacía preguntas, estaba seguro. De dónde venimos, adónde vamos, cuál es nuestro fin en la tierra, todo esto aquí en la soledad, hollada por Dios, me parecía muy simple, muy seguro. Poco a poco mi sangre iba cogiendo el ritmo de Dios; los maitines, la misa, las vísperas, las salmodias, el sol que salía por

la mañana, el sol que se ponía por la tarde, las constelaciones, candelabros que colgaban cada noche sobre el monasterio, todo esto repetía su curso una y otra vez, obedeciendo a leyes eternas, y arrastraba a su propio ritmo apacible la sangre del hombre. El mundo se me antojaba un árbol, un enorme álamo, y yo era una hoja verde que estaba sujeto a una rama por mi fino tallo, soplabla el viento de Dios y yo me estremecía y danzaba con todo el árbol.

Hablaba a mi alma y le preguntaba con angustia: «¿Tienes fe? ¿Puedes entregarte por completo? ¿Estás dispuesta?».

¿Qué era lo que pedía? Obedecer a un ritmo severo, alistarme en un ejército que marchara en pos de la más alta esperanza. Embarcarme también yo en la Argos cristiana con los héroes ayunadores, harapientos, vírgenes —y se izaría la vela roja y brotaría del mástil el pámpano místico de la comunión y nosotros surcaríamos los mares, como corsarios, para ir a arrebatarse de las espaldas de Dios el Vello de Oro de la inmortalidad—.

Vencer también yo la timidez, el placer y la muerte.

Cada día vagaba por el desierto durante horas y sentía madurar lentamente en mí una secreta decisión que no se atrevía aún a desvelarme su nombre; al atardecer regresaba al monasterio; los monjes habían salido de sus celdas, el calor sofocante del día se había mitigado y respiraban el fresco de la noche que caía.

La soledad es letal para todas aquellas almas que no son abrasadas por una gran pasión. Si el monje en la soledad no ama a Dios apasionadamente, está perdido. La mente de algunos monjes desvariaba; entornaban los ojos, no tenían nada en qué pensar, nada que querer. Se sentaban en fila en el patio y esperaban la hora de entrar en la iglesia, en el refectorio, en su celda; sin más. Su memoria estaba turbia, se les habían caído los dientes, les dolían los riñones; no eran hombres ni animales, ni tampoco ángeles aún; no eran varones ni mujeres, ni vivos ni muertos; narcotizados, esperaban de brazos cruzados la muerte, como los troncos podados esperan la primavera.

Uno de ellos recordaba a su mujer y escupía sin cesar; otro guardaba en el seno un cuaderno y una cajita de lápices de

colores y de vez en cuando los sacaba y hacía siempre el mismo dibujo: Cristo amamantando a su madre; otro, al despertarse cada mañana bajaba a la fuente del patio y se lavaba, se frotaba frenéticamente hasta desollarse para descontaminarse de los sueños que había tenido durante la noche. Y siempre en el mismo lugar del patio, con un libro cerrado en sus rodillas, estaba sentado el extraño monje que vino el primer día al *arjontariki* con el padre hospedero. Nunca hablaba con nadie y cuando yo entraba en el patio, él levantaba los ojos, me seguía con la mirada y sus labios sonreían, a veces, con bondad —eso me parecía—, a veces, con una mueca burlona. Un día, al pasar ante él se puso en pie e iba a hablarme, pero volvió a sentarse y la sonrisa desapareció de sus labios.

Durante siete días disfruté de la divina soledad; al séptimo el padre hospedero, siempre jovial, vino a mi celda.

—Me envía el santo *higúmeno* —me dijo— para preguntarte en qué estado se halla tu alma y qué decisión has tomado.

—Beso su mano —respondí—. Antes de contestar querría confesarme.

El padre hospedero se calló un instante.

—¿Querrías quedarte con nosotros? —dijo al fin.

—Querría quedarme con Dios, y aquí, en el desierto, lo siento más cerca de mí; sin embargo, temo que no hayan sido arrancadas aún todas las raíces que me atan al mundo; me confesaré al *higúmeno*; él decidirá.

—El santo *higúmeno* exige mucho del hombre. Ten cuidado.

—Yo también exijo mucho de mí mismo, venerable anciano, por eso vacilo.

Cuando ya abría la puerta para irse, se detuvo.

—El padre Joaquín me ha pedido que te diga que quiere verte.

—¿El padre Joaquín?

—El anciano que vino conmigo al *arjontariki* a darte la bienvenida.

Me alegré; por fin sabría quién era aquel extraño monje silencioso.

—¿Cuándo?

—Esta noche, dice, en su celda.

—Dile que de acuerdo, venerable padre. Iré.

—Era, en otro tiempo, un rico señor, no se trata con nadie, sólo con Dios; ha sabido tu nombre y quiere verte. Háblale con respeto —dijo. Y sin esperar mi respuesta traspasó el umbral.

Esperé a que fuera noche cerrada y los monjes durmieran; las luces de las celdas se apagaron una a una, recorrí de puntillas el largo pasillo y llegué a la celda del padre Joaquín. Me detuve para tomar aliento; jadeaba como si hubiera corrido. La luz estaba encendida; pegué la oreja a la puerta, escuché atentamente. Silencio absoluto. Y en el momento en que me disponía a llamar, la puerta de la celda se abrió y apareció el padre Joaquín, sin gorro, con los blancos cabellos esparcidos sobre los hombros, ceñido con una cuerda gruesa de nudos, descalzo.

—Bienvenido —dijo—. Espero que nadie te haya visto. Entra.

Las paredes, desnudas; en el rincón, un estrecho jergón de paja sobre dos trípodes de hierro, una mesita, dos taburetes; en una hornacina de la pared, un cántaro; sobre la mesa, un grueso libro encuadernado; debía ser el Evangelio, y en la pared frente a mí, una ancha cruz de madera y sobre ella pintada, no la Crucifixión de Cristo, sino la Resurrección. De las vigas colgaban ristas de manzanas y toda la celda olía a manzana podrida.

Extendió los brazos; la celda era estrecha, las paredes casi se tocaban.

—Este es mi capullo —dijo sonriendo—; aquí me encerré oruga y espero el día en que salga mariposa.

Meneó la cabeza. Así, de pie junto a la luz, como estaba, vi que se mordía los labios, delgados, hundidos, y su voz era ahora irónica y amarga.

—¡Con qué otra cosa quieres que sueñe la pobre oruga! ¡Con alas!

Guardó silencio, se volvió y me miró, la mueca de burla había desaparecido y su mirada parecía implorar ayuda.

—¿Y tú qué piensas? ¿Se sueña con tener alas por ingenuidad? ¿Por falta de pudor? ¿O realmente se siente un hormigueo en la espalda, preludio de que las alas están a punto de salir?

Hizo un movimiento rápido con el brazo, como si tuviera una esponja y borrara.

—¡Ya basta! ¡No sigamos más allá! —dijo—. Nos hemos adentrado en la mar demasiado de prisa. ¡Basta! Toma un taburete y siéntate. Es de otra cosa de lo que quería hablarte, por eso te he llamado... Siéntate, pues; no me mires a mí, yo no puedo sentarme.

Se echó a reír.

—Sabes —dijo—, existe una herejía que se llama «¡Siempre de pie!». Yo pertenezco a esta secta desde hace muchos años, desde que era pequeño.

—Yo, venerable anciano —respondí—, pertenezco a otra secta «¡Siempre inquieto!». Desde que era pequeño luché.

—¿Contra quién luchas?

Vacilé. De repente el miedo se apoderó de mí.

—¿Contra quién? —volvió a preguntar el monje.

Bajó la voz, se inclinó

—¿Contra Dios?

—Sí.

El monje clavó en mí la mirada, no dijo nada.

—¿Puede ser esto una enfermedad, venerable padre? ¿Cómo curarme?

—¡Ojalá no te cures nunca!

Alzó la mano como si me bendijera, como si me maldijera.

—¡Pobre de ti si tuvieras que luchar con uno igual a ti o inferior a ti! ¡Pobre de ti si te curas de esa enfermedad!

Calló, y al poco rato dijo:

—Aquí, en el desierto, con frecuencia nos vienen tentaciones. Una noche una extraña tentación vino a mí en el sueño: «Soñé que era un gran sabio en Jerusalén, curaba muchas enfermedades, pero sobre todo, hacía salir los demonios del cuerpo de los poseídos. Venían de todas partes de Palestina y me traían enfermos. Cuando un día llegó de Nazaret María, la esposa de José, y traía con ella a su hijo Jesús, de doce años. Cayó a mis pies:

«—Perdóname, insigne sabio —gritaba entre llantos—, cura a mi hijo; tiene dentro muchos demonios.

»Hice salir a los padres, me quedé solo con Jesús.

»—¿Qué tienes, hijo mío? —le pregunté, acariciándole la mano—. ¿Dónde te duele?

»—Aquí... aquí... —respondió, y me señaló el corazón.

»—¿Qué te pasa?

»—No puedo dormir, no puedo comer ni trabajar, deambulo por las calles y lucho.

»—¿Contra quién luchas?

»—¿Contra quién quieres que luche? ¡Contra Dios!

»Lo retuve un mes conmigo; le hablaba tranquilamente, serenamente, le daba plantas medicinales para dormir, lo puse a trabajar en una carpintería para que aprendiera el oficio; salíamos juntos de paseo y le hablaba de Dios como si fuese un amigo nuestro, un vecino que al caer la tarde venía a sentarse con nosotros a la puerta y conversábamos. No conversaciones trascendentes y difíciles; hablábamos del tiempo, de las sementeras, de las vides, de las muchachas que van por agua a la fuente...

»Al cabo de un mes Jesús estaba completamente curado; ya no luchaba con Dios, se había transformado en un hombre como los demás; se fue a Galilea y más tarde supe que se había hecho carpintero, el mejor carpintero de Nazaret».

El monje me miraba.

—¿Has comprendido? —me dijo— ¡Jesús se había curado, no había salvado al mundo, se había convertido en el mejor carpintero de Nazaret! Entonces, ¿qué quiere decir enfermedad? ¿Qué quiere decir salud? ¡Déjalo! Hablemos de otra cosa. Me pareces cansado, siéntate.

Me senté en un taburete debajo del icono; miraba los pies desnudos del monje sobre las baldosas, huesos finos, tobillos ágiles, dedos largos aristocráticos; a la luz brillaban como los mármoles antiguos a los que el sol ha dotado de un tono rosáceo.

Dio dos pasos, volvió, se detuvo ante mí, cruzó los brazos.

—Alza la vista —dijo con voz acariciadora, como si hablara a un niño pequeño—. Mírame bien ¿No te acuerdas de mí?

—No te he visto en mi vida, anciano —dijo, sorprendido.

—De la mente de un niño pequeño nada se borra; sin lugar a dudas, mi cara está en el fondo de tu memoria; no esta cara envejecida, arrugada como una pasa, sino otra, hermosa, tersa, viril. Escucha: pasé un verano en Creta, tú debías tener más o menos cinco años. Por entonces era comerciante mayorista, vendía cidras, algarrobas, pasas; uno de los intermediarios que tenía era tu padre. ¿Vive todavía?

—Vive, pero ha envejecido; está encorvado, sin dientes, se pasa todo el día sentado en el canapé, leyendo la *Psinosis*.

—¡Qué gran injusticia! ¡Qué gran injusticia! —gritó el anciano, levantando los brazos al cielo—. ¡Cuerpos así no deberían deteriorarse nunca, tendrían que caer muertos de repente mientras caminan, haciendo crujir la tierra! ¿Qué es la muerte? Una obra de Dios; el punto donde Dios toca al hombre se llama muerte. Pero el deterioro es una obra indigna, insidiosa, de Satanás. ¿Así que ha envejecido, se ha deteriorado, como yo, el capitán Mijalis?

Se calló un momento, y su mirada se había vuelto feroz, pero enseguida tomó aliento, prosiguió:

—Tu padre compraba para mí pasas, cidras, algarrobas; yo fletaba barcos, los enviaba a Trieste. Ganaba mucho, liras a espuestas; derrochaba mucho también, era una bestia que no se cansaba de comer, de beber, de tener mujeres en los brazos. Había vendido mi alma a Satanás, me burlaba de Dios y lo llamaba *Babulas*, un espantapájaros que sólo podía asustar a los gorriones sin cerebro para que no entraran a picotear en los huertos... Y cuando terminaba mis negocios por la tarde, me entregaba a la juerga desvergonzadamente, hasta el amanecer.

«Pues bien una mañana, intenta recordarlo, tú estabas delante de la tienda de tu padre y de pronto oíste canciones y risas, y un coche de cuatro caballos que corría desenfrenado; te volviste y viste: en el coche había cinco o seis mujeres, *primadonnas* completamente ebrias, que gritaban, se reían a carcajadas y lanzaban nueces e higos a los transeúntes. El cochero, todo un señor, con un sombrero alto, reluciente, agitaba el látigo, enloquecido, y los caballos, fustigados, relinchaban e iban al galope. Entonces te asustaste, creíste que los caballos te iban a

atropellar, lanzaste un grito y corríste a esconderte en el delantal de tu padre. ¿Haces memoria? ¿Te acuerdas? El cochero borracho era yo, llevaba, como te digo, un sombrero alto, una chimenea, y para molestarte, dirigí hacia ti el látigo y lo hice restallar en el aire... ¿Lo recuerdas ahora?».

Se inclinó, me sacudió el hombro.

—¿Te acuerdas?

Yo había cerrado los ojos, escuchaba, me esforzaba en separar las capas de recuerdos que se habían amontonado encima de mis años de infancia. La sombra se iba haciendo poco a poco menos densa y de repente, del fondo de mi memoria, surgieron vivos los cuatro caballos, las mujeres ebrias, el horrible sombrero y el chasquido del látigo encima de mi cabeza.

—¡Sí, sí —grité—, me acuerdo! Y ¿eras tú, eras tú, anciano?

Pero él, sin escucharme, se había apoyado en la pared y había cerrado los ojos. Y así, con los párpados bajos, hablaba:

«Un buen día me harté. El recorrido de la carne es pequeño, termina enseguida; has comido, has bebido, has hecho el amor, has vuelto a comer, a beber, a hacer el amor de nuevo, no puedes ir mucho más allá. Finalmente, te digo, me harté. Me acordé de mi alma, subí a un coche, me dirigí a un monasterio del Monte Atos. Permanecí allí tres meses: oración, ayuno, maitines, misa, faenas, pan de cebada, aceitunas rancias, judías; me aburrí, mandé recado al cochero, vino y me recogió. Pero ¿qué iba a hacer ya en el mundo? El mundo ya no podía ofrecerme ninguna alegría, ningún pecado que no hubiera probado; regresé al monasterio pero ordené al cochero que no se alejara, que esperara en el pueblo más cercano por si acaso lo necesitaba. Y en verdad, muy pronto lo necesité; mandé a paseo otra vez el monasterio.

»Mi vida se había hecho insoportable; daba vueltas, suspendido entre el cielo y la tierra, expulsado del cielo y de la tierra. Fui a ver a un viejo asceta que vivía lejos de los monasterios, en una gruta a pico sobre el mar.

»Me confesé con él.

»—¿Qué debo hacer, padre? Dame un consejo.

»El viejo asceta puso su mano sobre mi cabeza:

»—Ten paciencia, hijo mío —me dijo—, no tengas prisa; la prisa es una trampa del Maligno. Espera tranquilo, con confianza.

»—¿Hasta cuándo?

»—Hasta que la salvación haya madurado en ti. Da tiempo a la uva agraz a que se haga dulce como la miel.

»—¿Y cómo sabré, anciano, que la uva agraz está en sazón?

»—Una mañana te levantarás y verás que el mundo ha cambiado; pero no es el mundo el que habrá cambiado, hijo mío, serás tú; la salvación habrá madurado. Entonces entrégate a Dios y no lo traicionarás.

»Y he aquí que una mañana abrí la ventana, estaba amaneciendo; el lucero del alba aún brillaba en el cielo, el mar estaba en calma y suspiraba suavemente, tiernamente, sobre la playa; un árbol delante de mi ventana, un níspero, en pleno invierno había florecido, su olor era dulce como la miel, picante; había llovido durante la noche, las hojas aún goteaban y toda la tierra brillaba, feliz. «Dios mío —murmuré—. ¿Qué milagro es este?», y me puse a llorar. Y entonces comprendí; había llegado la salvación. Y vine aquí, al desierto, a esta celda, con este pobre jergón, con el cántaro de agua y los dos taburetes, me refugié aquí y espero. ¿Qué espero? Que Dios me perdone, muy bien no lo sé. Pero no me preocupo; venga lo que venga, bienvenido sea; creo que sea lo que sea, saldré ganando: si hay otra vida, he llegado a tiempo de arrepentirme en el último momento. ¿No ha dado Cristo su palabra de que si nos arrepentimos aunque sea un segundo antes de morir, nos salvaremos? Y si, por el contrario, no hay otra vida, al menos he gozado de esta, la he exprimido y la he tirado detrás de mí, como una cáscara de limón... ¿Has comprendido? ¿Qué piensas tú?

—Yo me pregunto —le respondí— por qué me has hecho venir esta noche a tu celda, anciano. Sin duda querías decirme otra cosa.

Inclinó el cántaro, llenó un vaso de agua, bebió. Debía tener la lengua reseca, desacostumbrado, como estaba, a hablar después de tantos años.

—Por supuesto, quería decirte otra cosa, pero antes debías saber quién era yo, para que comprendas lo que quiero decirte y

para que sepas que tengo el derecho de decírtelo.

Calló, y al poco rato, sopesando sus palabras:

—¡Y el deber! —añadió. Y su voz estaba llena de emoción.

Alcé los ojos y lo miré. Ahora estaba de pie, firme en medio de la celda, como una columna. Lo miraba y admiraba cuántas alegrías, cuántas vergüenzas había experimentado aquel hombre, con qué osadía se había rebelado contra Dios y cómo ahora, que había entrado en el desierto, no consentía olvidar y dejaba valientemente que la caravana de sus pecados lo siguiera y marchara con él con confianza hacia Dios.

Callaba; se diría que intentaba poner en claro lo que iba a decirme y cómo decírmelo para no hacerme daño; porque me veía rebullirme en el taburete, nervioso.

—Has de saber —dijo al fin— que una de las alegrías de la tierra —y cuenta con muchas, ¡maldita sea!— que yo respeto por encima de las demás es la juventud. Cuando veo un joven en peligro me parece que la vida entera está en peligro, que la vanguardia de Dios está en peligro, y corro a ayudar a la juventud en lo que puedo para que no se pierda, quiero decir, para que no se extravíe, para que no se deshojen sus flores, para que no envejezca antes de tiempo. Por eso te he hecho venir a mi celda.

Sentí un escalofrío.

—¿Cómo? ¿Estoy en peligro? —dije. Y no sabía si enfurecerme o echarme a reír.

El viejo movió lentamente la mano para calmarme.

—Enójate, ríete, desahógate, pero aguza el oído; yo, que lo he experimentado, soy quien te habla, tu deber es escuchar. Hace siete días que te veo revolotear alrededor de la llama de Dios como una mariposa nocturna. No quiero dejarte que te quemes. No a ti, no a ti, lo repito, sino a la juventud. Siento pena por tus mejillas, aún cubiertas de una pelusilla, por tus labios, que no se han saciado de besos y de blasfemias, por tu alma, ingenua, que se lanza allí donde ve un resplandor, a quemarse. Pero no te lo permitiré; estás al borde del abismo; no te dejaré caer.

—¿De qué abismo?

—De Dios.

Al pronunciar esta palabra terrible la celda crujió, alguien invisible había entrado. Jamás esta palabra que yo pronunciaba y repetía tan a menudo y de forma tan impía me había provocado tanto pavor; hizo revivir en mí el terror de mi infancia, cuando oía salir como de una cueva tenebrosa y resonante la palabra «Jehová». El mismo terror que desde pequeño me produce la palabra «Degüello».

Me levanté del taburete, me acurruqué en un rincón.

—Anciano —murmuré—, no te detengas, te escucho.

—Una preocupación te corroe por dentro; la veo en tus ojos, que arden; en tu ceño, permanentemente fruncido, en tus manos, que palpan el aire como si fueras ciego o como si el aire fuera un cuerpo y lo tocaras. Ten cuidado; esa preocupación puede llevarte a la locura o a la perfección.

Sentí que su mirada penetraba en mí y excavaba en mis entrañas.

—¿Qué preocupación? No sé de qué preocupación me hablas, anciano.

—La preocupación de la santidad. No te asustes; tú no lo sabes porque lo vives. Te lo digo para que sepas qué camino has tomado, hacia dónde te diriges, para que no te extravíes. Has seguido el camino de la ascensión más difícil, pero quieres llegar a la cima muy deprisa, antes de haber pasado por el pie de monte y por la ladera, como si fueras un águila con alas. Pero tú eres un hombre, no lo olvides, un hombre, nada menos y nada más, y tienes piernas, no alas. Sí, ya lo sé, el deseo más sublime del hombre es llegar a ser santo; sí, pero antes hay que pasar por todos los deseos inferiores: el de la carne y saciarse de él; el de la sed de poder, de riquezas, de rebelión. Quiero decir, apurar hasta las heces la juventud y todas las pasiones viriles, destripar todos estos ídolos y ver que están llenos de paja y de aire; vaciarse, purificarse; no tener ya la tentación de mirar atrás, y entonces, sólo entonces, presentarse ante Dios. Esto significa ser un luchador.

—No puedo dejar de luchar con Dios —le respondí—, y hasta el momento final en que me presente ante Él, lucharé con Él; creo que es mi destino. No llegar —nunca llegaré—, sino luchar.

Se acercó a mí, me dio unas palmadas en el hombro.

—Nunca dejes de luchar con Dios; no hay mejor ejercicio. Pero no creas que para luchar con más seguridad con Él haya que arrancar las raíces tenebrosas que hay en ti, los instintos. Ves una mujer y te sientes dominado por el pánico. Dices, es la Tentación, ¡atrás Satanás! Sí, es la Tentación, pero sólo hay un medio de vencerla: abrazarla, probarla, saciarte de ella para que no te tienta más. De lo contrario, si no has gozado de la mujer, aunque vivas cien años, la mujer vendrá a ti en sueños y manchará tu sueño y tu alma. Te lo digo y te lo repito: el que arranca su instinto arranca su fuerza, porque a la larga, con el hartazgo, con el ejercicio, esta materia tenebrosa puede convertirse en espíritu.

Miró a su alrededor, se asomó a la ventana, como si temiera que alguien lo oyera, se acercó a mí, bajó la voz.

—Te diré aún otra cosa; estamos solos, nadie nos oye.

—Nos oye Dios —dije.

—Yo no tengo miedo a Dios, Él comprende y perdona; tengo miedo a los hombres, ellos no comprenden y no perdonan. Y de ningún modo quiero perder la paz que he encontrado aquí, en el desierto. Escucha pues, y guarda bien en tu mente lo que voy a decirte; estoy seguro de que te hará bien.

Se detuvo un instante, entornó los ojos, me miró a través de las pestañas, como si me midiera.

—¿Puedes soportarlo? —murmuró.

—Puedo, puedo —respondí, impaciente—, habla con libertad, anciano.

Bajó aún más la voz.

—El ángel no es otra cosa, ¿me oyes?, no es otra cosa que un demonio elaborado. Y llegará el día, ¡ah!, ojalá viviera para verlo, en que los hombres lo comprenderán, y entonces...

Se inclinó hacia mi oído, por primera vez su voz temblaba.

—Entonces la religión de Cristo avanzará un paso más en la tierra, abarcará al hombre entero, entero, no a la mitad, como ahora, que sólo abarca el alma. La misericordia de Cristo se extenderá, acogerá en sus brazos y santificará el alma y el cuerpo; verá y proclamará que no son enemigos sino aliados.

Mientras que ahora, ¿qué sucede? Nos vendemos al Diablo y él nos impele a renegar del alma; nos vendemos a Dios y él nos impele a renegar del cuerpo. ¿Cuándo se va a extender más el corazón de Cristo, se va a apiadar no sólo del alma sino también del cuerpo y va a reconciliar estas dos fieras?

Yo estaba profundamente conmovido.

—Te estoy agradecido, anciano —dije—, por el precioso regalo que me haces.

—He buscado hasta ahora un joven al que confiárselo antes de morir, ahora, doy gracias a Dios, has venido tú. Tómalo, es el fruto de todo mi entrenamiento en la carne y en el espíritu.

—Me entregas la llama de toda tu vida. ¿Podré llevarla más lejos? ¿Podré transformarla en luz?

—No debes preguntarte si podrás o no; eso no es lo más importante, lo único importante es luchar para llevarla más lejos. Sólo esto tiene en cuenta Dios, el hecho de intentarlo; el que vencamos o no es tarea suya, no nuestra.

Durante largo rato permanecemos ambos en silencio. Fuera, ante el ventanuco de la celda, pasaba la noche del desierto con sus innúmeras voces inquietantes; a lo lejos se oía aullar a los chacales, fustigados también ellos por el amor y por el hambre.

—Es el desierto —murmuró el anciano, y se santiguó—; son las aves nocturnas y los chacales, y más allá los leones; y en el monasterio, los monjes que duermen y sueñan; y allá arriba, en el cielo, las estrellas. Y en todas partes, Dios.

Me tendió la mano.

—No tengo nada más que decirte, hijo mío —musitó.

Volví a mi celda; caminaba como ingrávido, mi mente estaba purificada, mi corazón latía tranquilo. Las palabras del padre Joaquín eran un vaso de agua fresca, y yo tenía sed; su frescor se ramificaba hasta la médula de mis huesos.

Recogí mis cosas, hice con ellas un hatillo, me lo eché a la espalda, abrí la puerta. Debía estar empezando a amanecer, porque el cielo estaba lechoso y las estrellas más pequeñas comenzaban a apagarse; abajo, en el desfiladero, una perdiz se puso a ajear.

Respiré profundamente el alba sagrada, me santigué:

—¡En el nombre de Dios! —musité.

Recorrí de nuevo el pasillo, la luz estaba aún encendida en su celda, llamé a la puerta. Oí los pasos descalzos que se arrastraban por las losas, abrió. Me miró, vio el hatillo en mi espalda, sonrió.

—Me voy, anciano —dije, y me incliné para besarle la mano—, dame tu bendición.

Me puso la mano en los cabellos.

—Te doy mi bendición —dijo—. Vete y que Dios te acompañe.

[38](#) Actualmente El Tor, al sur de la península del Sinaí.

XXII

Creta

Estaba cansado. Era joven y la insaciabilidad de la juventud es una gran rémora; no se aviene a aceptar los límites del hombre, exige mucho, puede poco; yo había luchado por llegar, pero me había cansado de luchar. Regresé a la tierra de mis padres para encontrarme con nuestras montañas, ver de nuevo a nuestros viejos jefes de guerra, con sus feses inclinados, su sonrisa amplia, oír otra vez hablar de libertad y de combates y recobrar fuerzas al pisar tierra patria.

—¿De dónde vienes? —me preguntó mi padre.

—De muy lejos —respondí, pero no dije una palabra sobre mi aventura en el monte Sinaí, para hacerme monje.

Era la segunda vez que fracasaba en mi intento de santificarme; la primera vez, recuérdese, fue en mi niñez, cuando bajé al puerto, me dirigí a un patrón de barco que se disponía a zarpar y le supliqué que me llevara al Monte Atos para hacerme monje. El patrón del barco soltó una carcajada: «¡A casa, a casa!», me gritó, haciendo palmas, como si fuera un polluelo y me estuviera espantando. Y ahora, otra vez... «¡Vuelve al mundo!», me había gritado el padre Joaquín, «él es hoy el verdadero monasterio; en él te santificarás».

Volví a la tierra de mis padres para tomar impulso. Recorrí los pueblos, comí, bebí con pastores y labradores, me avergoncé al ver hasta qué punto esta Creta que lucha sin tregua, ora contra las inundaciones o la sequía, ora contra la pobreza, la enfermedad y los turcos, está en las antípodas de la vida indolente y desleal del monasterio. ¡Y yo que quería oponerme a su voluntad, traicionarla y hacerme monje! El padre Joaquín tenía razón; el mundo es nuestro monasterio y el verdadero monje es el que vive con los hombres y colabora con Dios,

pisando el suelo. Dios no está sentado en un trono sobre las nubes; lucha en la tierra junto a nosotros. La soledad ya no es el camino del hombre que lucha y la verdadera oración, la que va derecha a la casa de Dios, es la acción audaz; así es como reza hoy el auténtico luchador.

Un cretense me decía: «Cuando te presentes ante la puerta del Paraíso, si no se abre, no cojas la aldaba para llamar, coge el fusil que llevas al hombro y dispara un tiro». «¿Crees que Dios se asustará y abrirá?». «¡No hombre, no se asustará, pero abrirá porque comprenderá que vienes de la guerra!».

Nunca había oído a un hombre instruido decir palabras tan profundas como las de los campesinos y los viejos que han dejado ya de luchar, cuyas pasiones se han asentado en su interior y que ahora están de pie ante el umbral de la muerte y echan una última mirada hacia atrás, tranquilos, con ternura.

Un día en una montaña, encontré a un viejo seco, flaco, con los cabellos blancos, las bragas remendadas, las botas agujereadas; llevaba el cayado atravesado por detrás de los hombros, como acostumbran los pastores cretenses; subía la cuesta lentamente, de piedra en piedra, a cada instante se detenía y miraba largo rato las montañas a su alrededor, y abajo, al fondo, la llanura, cultivada y a lo lejos, en medio de un barranco entre los montes, una franja de mar.

—¡Buenas, abuelo! —le grité de lejos— ¿Qué haces aquí solo?

—Me estoy despidiendo, hijo mío, me estoy despidiendo...

—¿De quién te despides en este desierto? No veo a nadie.

El viejo se enfadó, sacudió la cabeza

—¿Qué desierto? ¿No ves las montañas? ¿No ves el mar? ¿Para qué nos ha dado Dios ojos? ¿No oyes los pájaros encima de ti? ¿Para qué nos ha dado Dios los oídos? ¿Llamas a esto desierto? Estos son mis amigos; les hablo y ellos me hablan; doy un grito y ellos me responden; he pasado en su compañía dos generaciones, de pastor, y ha llegado la hora de separarnos... Ha llegado la noche...

Creí que sus ojos estaban turbios por la vejez:

—Pero es aún mediodía, abuelo. No es de noche.

Meneó la cabeza:

—Yo sé lo que digo; ha llegado la noche, te repito, ha llegado la noche... ¡Adiós!

—¡Tú podrás más que la muerte, abuelo! —le dije para darle valor.

Se echó a reír.

—Muchacho, ya le he podido, no te preocupes —respondió—, le he podido a esa mezquina, porque no la temo. ¡Adiós! Qué tú la venzas también, muchacho, que mi deseo se te cumpla.

No quería dejarlo ir.

—Dime tu nombre, abuelo, para que me acuerde de ti.

—Mira, agáchate, coge una piedra, pregúntale y te dirá: «Es el viejo Manusos, de Cavrojori»; eso te dirá. Es suficiente, excúsame, tengo prisa. ¿Comprendes? Vete y que Dios te bendiga —dijo y volvió a tomar la cuesta arriba tropezando, porque no veía bien.

En verdad a la muerte no podemos vencerla, sin embargo, podemos vencer el miedo a la muerte. Aquel viejo montañés afrontaba la muerte con serenidad; las montañas habían hecho más grande su alma, no aceptaba arrodillarse ante la muerte, sólo le pedía un aplazamiento, unos días, para tener tiempo de despedirse de sus viejos compañeros: el aire puro, el tomillo, las piedras.

Pero abajo, en la llanura fértil de Mesará, cerca de Festós, vi, un día que pasaba por allí, a otro viejo, un centenario, sentado a la puerta de su choza, tomando el sol. Sus ojos eran como dos llagas rojas; su nariz goteaba, se le caía la saliva de la boca y olía a tabaco y a orina.

Cuando había estado en el pueblo, uno de sus nietos me había hablado de su abuelo y se reía. «Está chocheando —me decía—; ve a verlo. Se sienta todas las tardes junto a la fuente del pueblo y espera a que lleguen las mocitas a llenar sus cántaros. Oye sus zuecos, estira el cuello, está medio ciego, no puede verlas bien, tiende los brazos “¿Quién eres, eh? —grita—. Ven hija mía, te daré mi bendición, acércate que te vea”.

»La muchacha ríe y se acerca, el viejo alarga la mano al rostro de la moza, lo acaricia ávidamente, como si quisiera comérselo,

palpa, insaciable, la nariz, la boca, el mentón, quiere bajar al cuello, pero la muchacha lanza un grito, no se lo permite, y se va, muerta de risa. El viejo se queda con la mano abierta y suspira.

»Tienes que oírlo —me decía el nieto—, tienes que oírlo suspirar como un búfalo. Un día le pregunté ¿Por qué suspiras, abuelo? ¿Qué tienes? “¡Qué quieres que tenga! —me dice, y le corrían las lágrimas—. ¿Es que no tienes ojos para ver? Bajo a la tierra y dejo tras de mí mozas tan hermosas... ¡Ay! ¡Si fuera rey, las degollaría a todas para llevármelas conmigo!”. Lo domina la pena y empieza a tatarrear en voz baja una *madinada*, siempre la misma»:

¡Ay, el tiempo que pasa. Ay el tiempo pasado!

¡Ay, si pudiera volver, siquiera la sombra de un día!

Oía hablar al nieto y estaba impaciente por ir a admirar a aquel roble centenario. Me indicaron dónde estaba su choza, lo vi sentado al sol, calentándose, me acerqué a él:

—¡Eh, abuelo —le digo—, sé que tienes cien años! Dime ¿qué te ha parecido la vida en estos cien años?

Levantó sus ojos rojizos, sin pestañas:

—Como un vaso de agua fresca, hijo mío.

—¿Y todavía tienes sed, abuelo?

Levantó la mano, como para maldecir.

—¡Maldito sea el que deja de tener sed! —dijo.

* * *

Me quedé unos días en un monasterio enclavado en un monte sobre el mar Líbico. Siempre me ha gustado la vida al margen del tiempo del monasterio, el ritmo antiguo que lo rige, los monjes, con sus ojos vivarachos o somnolientos, con sus vientres abultados o vacíos, sus gruesas manazas, que empuñan ya sea la podadera, ya el santo cáliz y la patena. Me gustaba el olor del incienso, los cánticos en la iglesia, al alba, y, después, dirigirnos todos al gran pesebre, el refectorio, que olía a agrio y aceite rancio. Y por la tarde, las charlas quedas en la terraza del monasterio, y los silencios pesados, llenos del lejano bullicio del

mundo. De Cristo, rara vez hablábamos; era como un amo severo ausente; había subido al cielo y había dejado solos a sus sirvientes en su castillo y ellos abrían, atrevidos, las despensas, bajaban a las cavas, se echaban sobre los mullidos lechos; el gato no estaba y los ratones bailaban. ¡Ah! si apareciera de pronto en la puerta, ¡cómo derribaría las mesas y qué grito lanzarían los pretendientes con sotana, y cómo crujiría el arco del Señor!

Un día que estaba sentado en la terraza del monasterio con un monje llevé la conversación al santo que tanto amo, san Francisco de Asís. Era la primera vez que el monje escuchaba su nombre; era un santo franco, herético, el monje frunció los labios pero la curiosidad *romea* pudo más.

—En fin, cuenta, escucharemos —y cruzó las manos sobre el vientre, dispuesto a condenar todo lo que yo dijera.

—Pues bien, este santo —empecé— decía en su plegaria a Dios: «¿Cómo podría, Señor, gozar del Paraíso, cuando sé que existe el Infierno? Dios mío, o apiádate de los condenados y llévalos también al Paraíso, o déjame bajar al Infierno para consolarlos. Yo crearé una orden que tenga como fin aliviar sus penas, nos quedaremos en el Infierno para sufrir con ellos».

El monje se echó a reír.

—Yo también te voy a contar una historia —dijo—. Una vez un bajá invitó a un pobre a comer a su mesa; le puso delante un plato de aceitunas y otro de caviar negro. El pobre ni miró las aceitunas, no hacía más que comer caviar negro. «Come aceitunas, compadre», le dice el bajá. «El caviar tampoco está mal, bajá *efendi*», le contestó el pobre. ¿Has comprendido? El Paraíso es el caviar negro; un franco imbécil es lo que me parece tu amigo Francisco, como lo llamas. Y perdona.

El día de mi partida había ido, antes del alba, a maitines. Ardía en deseos de escuchar la monótona y melódica salmodia que los monjes dirigían a Dios y las palabras apasionadas, llenas de contrición, que los fieles antiguos habían descubierto para dar los buenos días a Dios, muy de mañana, antes del amanecer: «*Dios mío, Dios mío, a ti vengo al amanecer. Mi alma tiene sed de ti, cuantas veces mi carne, en la tierra desierta, impracticable y*

árida...». Me senté en una silla del coro, junto a la ventana por donde veía, abajo, a los lejos, el mar de Libia, blanco aún en la bruma matinal, infinito, desierto, que llega hasta las cálidas arenas de África... Los pájaros habían despertado con los monjes y se habían puesto a cantar también ellos y a saludar la luz; la punta del ciprés en medio del patio se había iluminado ya pero las hojas del naranjo que había a su lado estaban sumidas en una oscuridad verdosa. El responsable de tocar el *simandro* había terminado su ronda por las celdas, había despertado a los monjes, y ahora, al entrar en la iglesia en semipenumbra, se quitaba la capucha y colgaba el *simandro* de madera en la puerta; así iluminado como estaba, de pie en el umbral, brillaban su barba negra como ala de cuervo y sus cabellos sueltos sobre los hombros. Alto, atezado, desbordaba juventud; lástima que semejante cuerpo no estuviera destinado a abrazar a una mujer y hacerle hijos; sus hijos e hijas hubieran embellecido el mundo.

Y mientras pensaba en lo que el mundo perdía sin que ganara Dios, una mujer apareció tímidamente en la puerta, con un pañuelo negro en la cabeza y un niño de pecho en los brazos. La víspera, el *higúmeno* me había dicho con aire malicioso que no me escandalizara de que al día siguiente viniera de un pueblo cercano una recién casada joven para pedir que rezara una oración por su hijo recién nacido, para que no le hicieran mal de ojo, pues era, al parecer, muy hermoso, y las personas con las cejas juntas lo aojaban.

Se detuvo junto a la puerta con la cabeza baja, esperando a que terminara el oficio de maitines y el *higúmeno* se acercara con el hisopo. Me pareció que el aire se transformaba; el olor fuerte de los monjes se mezcló con el aliento de la mujer, parecía que la iglesia olía a leche y a aceite de laurel de los cabellos recién lavados de la joven casada. La somnolienta voz del *higúmeno* recuperó viveza; y precisamente en ese momento cantaban el alegre versículo: «*Este es el Señor Dios, y se ha revelado a nosotros; bendito el que viene en nombre del Señor...*». Los monjes cambiaron de posición en sus asientos, se volvieron, miraron con el rabillo del ojo hacia la puerta, dos o tres empezaron a toser. El responsable del *simandro* se acercó a la

mujer, le dijo algo al oído y ella, sin levantar la cabeza, dio dos pasos y se sentó en la última silla, cerca de la puerta. Se sentía que las almas habían perdido su sosiego, y todos los monjes, y yo con ellos, teníamos prisa por que acabaran los maitines.

El sol había salido ya, el patio se llenó de luz, los rayos oblicuos entraron en la iglesia e hicieron brillar los santos iconos, los rostros y las manos de los monjes; todos bajaron de sus sitios alabando a Dios, suspiraron, el rezo de maitines había terminado.

El *higúmeno* se puso la estola en el cuello, cogió el hisopo; detrás de él el responsable del *simandro* sostenía el recipiente del agua bendita. La mujer se situó en la puerta, quedó iluminada toda entera; ahora se había quitado el pañuelo negro y se vio su rostro completo. Levantó la vista, miró al *higúmeno*, que había comenzado a recitar la oración, con la mano sobre la cabeza del recién nacido, luego fijó la vista en el responsable del *simandro*. Sus grandes ojos negros, tristes, tenían una dulzura indecible; me recordaron los ojos de la Virgen *Portaitisa*, en el monasterio de Ivron: la misma dulzura, la misma angustia de la madre por su hijo.

De repente, el recién nacido se puso a patalear y a llorar y la madre para calmarlo se desabrochó el corpiño, sacó su pecho, el recién nacido se agarró al pezón y se calló. Jamás se borrará este instante de mi mente; el seno de la mujer resplandecía, blanco como la nieve, redondo, y el aire olía ahora aún más a leche y ligeramente a sudor. Tras la espalda de la mujer se extendía, ya de un azul intenso, el mar de Libia. Por un momento el *higúmeno* se puso a tartamudear, pero enseguida venció Dios en él, y terminó la oración sin deshonorarse.

En el patio me acerqué al responsable del *simandro*. La Tentación me incitó a hablarle, pero no sabía qué decirle...

—Padre Nicodemo... —empecé.

Pero él apresuró el paso y se metió en su celda.

Una hora después, a pie, como a mí me gustaba, me puse de nuevo en camino.

¿Cuántos años han pasado?, ¿cuarenta?, ¿cincuenta? El monasterio se ha borrado de mi mente, y en su lugar

resplandece únicamente, blanco, redondo, inmortal, por encima del mar de Libia, el seno de la madre.

Al día siguiente me cogió la noche cerca de una aldea. Tenía hambre, estaba cansado de caminar todo el día entre riscos de cabras; no conocía a nadie en el pueblo, ni sabía el nombre del mismo. Pero estaba tranquilo; sabía que a cualquier puerta que se llame en un pueblo cretense te abrirán; pondrán la mesa para ti y dormirás en las mejores sábanas de la casa. El forastero es aún en Creta el dios desconocido y ante él se abren todas las puertas y todos los corazones.

Entré en el pueblo, era ya de noche, todas las puertas estaban cerradas, en los patios los perros husmearon al extraño y empezaron a ladrar. ¿Dónde ir? ¿A qué puerta llamar? Allí donde se refugian todos los forasteros, en la casa del pope. En nuestros pueblos los popes no son cultos, su instrucción es deficiente, no pueden sostener una conversación teórica sobre los dogmas del cristianismo, pero Cristo habita en sus corazones y a veces lo ven con sus propios ojos, ya sea en la cabecera de la cama de un herido de guerra, ya, en primavera, sentado bajo un almendro en flor.

Se abrió una puerta, asomó una viejecita con un candil en la mano a ver quién era el forastero que llegaba al pueblo a esas horas. Me detuve.

—Que vivas muchos años, señora —le dije, dulcificando la voz para que no se asustara—, soy forastero, no tengo dónde dormir. ¿Podrías indicarme la casa del pope?

—Con mucho gusto, hijo mío, llevaré el candil para que no tropieces. Dios, bendito sea, echó la tierra en una parte y las piedras en otra; a nosotros nos tocaron las piedras; mira por dónde pisas y sígueme.

Fue delante de mí con el candil, doblamos una esquina, llegamos a una puerta abovedada en la que había colgado un farol.

—Esta es la casa del pope —dijo la viejecita.

Levantó en alto el candil, iluminó mi rostro, suspiró; iba a decir algo, pero se arrepintió.

—Gracias, buena señora —le dije— y perdona. Buenas noches.

Me miraba, no se iba.

—Si quieres —dijo—, puedes venir a alojarte en mi pobre casa.

Pero yo estaba llamando ya a la puerta del pope. Oí pasos pesados en el patio, la puerta se abrió y ante mí apareció un anciano con largos cabellos desparramados por los hombros y una barba completamente blanca; sin preguntarme quién era y qué quería, me tendió la mano.

—Bienvenido —me dijo—, ¿eres forastero? Pasa.

Entré; escuché voces, abrir y cerrar de puertas, algunas mujeres se metieron apresuradamente en la habitación de al lado y desaparecieron. El pope me hizo sentar en el canapé.

—Disculpa a mi mujer —dijo—; está algo indispuesta, yo cocinaré y te pondré el *sofrá* para que cenes y te haré la cama para que duermas.

Su voz era grave y triste; lo miré, estaba muy pálido y tenía los ojos hinchados y enrojecidos, como si hubiera llorado. No pensé en ninguna desgracia, comí, me dormí y a la mañana siguiente vino el pope y me trajo una bandeja con pan, queso y leche. Le tendí la mano, le di las gracias y me despedí de él.

—Vete y que Dios te bendiga —me dijo—. Que Cristo te acompañe.

Me fui. A las afueras del pueblo apareció un viejo; se llevó la mano al pecho, me saludó.

—¿Dónde has pasado la noche, muchacho? —me preguntó.

—En casa del pope, abuelo —le respondí.

El viejo suspiró

—¡Ah!, pobrecillo —dijo—. ¿Y no te diste cuenta de nada?

—¿De qué tenía que darme cuenta?

—Su hijo, su único hijo, murió ayer por la mañana. ¿No oíste a las mujeres que lo lloraban?

—No oí nada, abuelo; nada.

—Lo tenían en la habitación del fondo y debían llorarlo en voz baja para que no lo oyeras y te apenaras. ¡Ve con Dios!

Mis ojos se habían humedecido.

—¿Por qué lloras? —me dijo el viejo, sorprendido—; eres joven, aún no estás acostumbrado a la muerte. ¡Ve con Dios!

* * *

Creta es buena, pero sólo para tomar impulso. Al cabo de unos meses ya me venía pequeña; las calles se habían estrechado, la casa paterna había menguado, las albahacas y las caléndulas del patio habían perdido su olor; miraba a mis antiguos amigos, cómo se habían acomodado y me aterraba. Jamás me encerraré entre cuatro paredes, en un despacho —me juraba a mí mismo—; nunca me avendré al bienestar; nunca admitiré que estoy de acuerdo con lo ineludible. Bajaba al puerto, contemplaba el mar, me parecía una puerta de libertad, ¡la abriría para partir!

Mi padre me veía ir y venir taciturno, serio, y fruncía las cejas; un día le oí decirle a mi madre: «¿Qué clase de hijo tienes? ¿Qué gusano lo carcome? ¡No mira lo que tiene al alcance de la mano; mira lejos, lejos, lo inaccesible! Para él no vale pájaro en mano, prefiere ciento volando. Ojalá quede por embustero, pero nuestro hijo se parece a esos locos de remate de que hablan los cuentos, que se van al fin del mundo a buscar el agua de la inmortalidad».

No se le pasaba el disgusto; él esperaba que yo abriera un bufete, que empezara los padrinazgos en los pueblos para captar amigos que me eligieran diputado, que escribiera artículos en el periódico local, que sacara algún libelo diciendo que el país iba a la ruina, que hacían falta hombres nuevos que empuñaran el timón.

Un día ya no pudo contenerse:

—¿Por qué andas de acá para allá sin hacer nada? ¿Cuándo vas a abrir un bufete y te vas a poner a trabajar?

—Todavía no estoy preparado

—¿Y qué te falta?

No me faltaba nada y me faltaba todo; la osadía y la insaciabilidad de la juventud me atormentaban. En mí trabajaban, y puede que aún trabajen, los ascetas de la Tebaida, con sus

ansias de lo absoluto, y los grandes viajeros que gracias a sus expediciones habían agrandado la tierra. Me armé de valor.

—Todavía no estoy preparado —le repetí—; la Universidad de Atenas no es suficiente. Tengo que hacer estudios superiores.

—¿Eso quiere decir?

Vacilé. Mi padre estaba sentado en el extremo del canapé, como de costumbre, junto a la ventana del patio, liaba y desliaba un cigarro y no me miraba. Era un domingo por la tarde, el sol entraba por la ventana e iluminaba el rostro adusto, tostado por el sol, y los grandes bigotes de mi padre, y una herida que tenía en la frente, debía ser la cuchillada de un turco.

—¿Eso quiere decir? —volvió a preguntarme y levantó la cabeza, me miró—. ¿Quieres ir más lejos?

—Sí.

—¿Adónde?

Me pareció que la voz me temblaba.

—A París —respondí.

Mi padre permaneció un momento en silencio.

—De acuerdo —dijo, al fin—, vete.

Mi padre era salvaje, inculto, pero cuando se trataba de mi desarrollo intelectual no me negaba nada. Un día que estaba a gusto le oí que decía a un amigo suyo: «¡Al cuerno las dichasas viñas; quiero que las malditas pasas, el vino, el aceite, toda mi cosecha se conviertan en papel y tinta para mi hijo; tengo confianza en él!». No escatimaba sacrificios, como si pusiera en mí todas sus esperanzas de salvarse él, de que conmigo se salvara todo nuestro linaje.

En una ocasión, siendo aún niño, le había dicho que quería aprender hebreo para leer el Antiguo Testamento en la lengua original. En esa época teníamos una comunidad judía en Megalo Castro, mi padre llamó al rabino, concertaron que yo iría tres horas a la semana para que me impartiera clases de hebreo. Pero cuando se enteraron los parientes y amigos se le erizaron los vellos, corrieron a mi padre: «¡Cómo! —le vociferaban—. ¿No tienes piedad de tu hijo? ¿No sabes que el Viernes Santo los que crucificaron a Cristo meten a los niños cristianos en una artesa con clavos de punta y se beben su sangre?». Mi padre estaba

harto de sus gritos y de los lloriqueos de mi madre. «Tenemos un conflicto —me dijo un día— deja por ahora el hebreo, ya lo aprenderás cuando seas mayor».

Cuando le decía que quería aprender una lengua extranjera me decía: «Puedes aprenderla, pero con una condición: te pondrás una camiseta nueva». Parece que yo debía ser debilucho y tenía miedo por mí. Así fue como aprendí, estando aún en Creta, tres lenguas extranjeras y me vi obligado a llevar tres camisetas. Cuando fui a estudiar a Atenas me las quité.

—De acuerdo, vete —repitió.

No pude contener mi alegría; me incliné a besar su mano, pero se anticipó y la retiró.

—No soy un pope —dijo.

Al día siguiente, besé la mano de mi madre; ella se inclinó hacia mí, me dio su bendición y me recomendó en nombre de Dios que no me occidentalizara. Me colgó al cuello un amuleto que contenía un fragmento de la Vera Cruz: por lo visto, mi abuelo lo llevaba en la guerra y las balas no lo tocaban.

Mi padre me acompañó hasta el puerto y de vez en cuando me miraba de soslayo con inquietud y curiosidad; no podía comprender lo que yo era, lo que quería, por qué andaba siempre de acá para allá y no me asentaba definitivamente en Creta.

—Creo que te pareces a tu abuelo —me dijo, de sopetón, cuando íbamos llegando al puerto—. No al padre de tu madre, a mi padre, el corsario.

Se calló y al rato.

—Sin embargo, él abordaba barcos, mataba, saqueaba, reunía un botín. Pero tú, ¿qué abordaje haces?

Llegamos al puerto, me estrechó la mano.

—Vete. ¡Buena suerte y mucho cuidado! —me dijo y meneó la cabeza, nada satisfecho de su hijo único.

Era verdad, ¿qué abordaje hacía yo?

XXIII

París. Nietzsche, el Gran Mártir

Lloviznaba, estaba amaneciendo. Con la cara pegada contra el cristal de la ventanilla del coche tras la malla trasparente de la lluvia veía pasar París, que sonreía entre lágrimas y me daba la bienvenida. Veía pasar los puentes, las casas de muchos pisos ennegrecidas, los parques, las iglesias, los castaños sin hojas, la gente, que caminaba presurosa por las amplias calles relucientes... Todo el rostro encantador y travieso de París lo veía brillar veladamente y reír por entre la urdimbre de la lluvia, como vemos, a través de los hilos del telar, a la hilandera.

«¿Qué puede esperarme en esta ciudad, deseada durante tanto tiempo? —pensaba, y la emprendía contra el alma humana, que no es capaz de adivinar el futuro ni siquiera con una hora de antelación, y se limita, triste e impotente, como la carne, a esperar que nazca lo que aún no ha nacido, para verlo—. ¿Encontraré en esta gran ciudad lo que busco? ¿Pero qué es lo que busco? ¿Qué quiero encontrar? ¿No me basta el Guía coronado de espinas que se yergue como una señal en la cima de un monte lleno de piedras y sangre y me muestra el camino? ¿O acaso tiene razón el padre Joaquín al impulsarme a pasar por todo el Infierno y todo el Purgatorio de la tierra si quiero llegar al Paraíso? ¿Tengo que gozar, sufrir, pecar y después pasar el gozo, el sufrimiento y el pecado si quiero salvarme?».

Ahora había más luz, aunque un tanto desvaída, un sol calvo estaba suspendido en aquel cielo extraño, hecho de melancolía y de niebla, y de una ternura inefable. ¡Cómo había perdido el pelo aquí, en el extranjero, el auriga ³⁹ de larga cabellera de Grecia! Allá en su patria él lo desnudaba todo y todo lo revestía de su luz; el alma brillaba sin ningún secreto, visible, como el cuerpo; los demonios salían de los oscuros subterráneos, la luz los había

penetrado hasta su negra médula y ellos también se habían hecho simples y de dulce voz, como los hombres. Pero aquí el sol había cambiado, lo que quiere decir que había cambiado el rostro de la tierra y del alma; teníamos que aprender a amar la frente sumida en la penumbra, la sonrisa discreta y el sentido oculto de la nueva belleza.

«Este es el nuevo rostro de Dios —pensaba mientras miraba ávidamente los árboles, las casas, las mujeres maquilladas, las iglesias sombrías—. ¡Me inclino y venero su encanto!».

Mi primer contacto con este nuevo rostro de la tierra fue una embriaguez que duró días y semanas. Las calles, los parques, las bibliotecas, los museos, las iglesias góticas, los hombres y las mujeres en los teatros y en las calles, y la nieve menuda que había empezado a caer, todo aquello revoloteaba, ebrio también, delante de mi alma extasiada. Cuando la embriaguez se asentó, el mundo se afirmó nuevamente y se quedó inmóvil.

Un día que leía en la Biblioteca de Santa Genoveva, una muchacha se me acercó y se inclinó sobre mí. Llevaba en la mano un libro abierto y había tapado el pie de la fotografía de un hombre que aparecía en él para ocultar su nombre, y me miraba con sorpresa.

—¿Quién es este? —me preguntó, mostrándome la imagen.

Me encogí de hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —dije.

—¡Pero es usted mismo! —dijo la muchacha—. ¡Usted mismo, idéntico! Mire la frente, las cejas tupidas, los ojos hundidos; sólo que él tenía grandes bigotes caídos.

Miré sorprendido.

—¿Pero quién es? —dije, tratando de apartar la mano de la muchacha para ver el nombre.

—¿No lo conoce? ¿Es la primera vez que lo ve? ¡Es Nietzsche!

¡Nietzsche! Había oído su nombre, pero no había leído aún nada de él.

—¿No ha leído *El origen de la tragedia*? ¿Su *Zaratustra*? ¿Sobre el *Eterno Retorno*? ¿Sobre el *Superhombre*?

—Nada, nada —respondí, avergonzado—, nada.

—¡Espere! —dijo la muchacha, y se fue de un salto. Al rato me trajo el *Zaratustra*.

—Aquí está —dijo riéndose—, ¡he aquí un alimento de león para su mente, si tiene mente; y si su mente tiene hambre!

* * *

Este ha sido uno de los momentos más decisivos de mi vida; allí, en la Biblioteca de Santa Genoveva, valiéndose de una estudiante desconocida, mi destino me había tendido una emboscada; allí me esperaba, ardiente, ensangrentado, un gran combatiente, el Anticristo.

Al principio me asustó; nada le faltaba: osadía y arrogancia, espíritu indómito, furia destructiva, sarcasmo, cinismo, risa impía, todas las garras, los dientes y las alas de Lucifer. Pero su ímpetu y su orgullo se habían adueñado de mí, el peligro me había embriagado y empecé a zambullirme en su obra con ansia y con pavor, como si penetrara en una selva ruidosa, llena de fieras hambrientas y de orquídeas narcotizantes.

Estaba impaciente por que terminaran las clases de la Sorbona, que se hiciera de noche, volver a casa y que la patrona viniera a encender la chimenea, para abrir sus libros —todos estaban amontonados en mi mesa— y empezar la lucha con él. Poco a poco me había acostumbrado a su voz, a su respiración entrecortada, a sus gritos de dolor; no lo sabía, me enteraba ahora, que el Anticristo lucha y sufre como Cristo, y que a veces, en sus momentos de sufrimiento, sus rostros se parecen.

Sus proclamas me parecían blasfemias impías y su Superhombre, un asesino de Dios. Y, sin embargo, aquel rebelde tenía un misterioso atractivo, sus palabras eran un sortilegio hechicero que aturdía mi corazón, lo embriagaba y lo hacía danzar. Y verdaderamente su pensamiento es una danza dionisiaca, un peán que se eleva triunfal en el instante más desesperado de la tragedia humana y sobrehumana. Admiraba, sin quererlo, su tristeza, su valentía y su pureza y las gotas de sangre que perlaban su frente, como si también él, el Anticristo, llevara una corona de espinas.

Poco a poco, sin tener la más mínima conciencia de ello, las dos figuras, Cristo y el Anticristo se confundieron en mi mente. ¿Así pues ellos dos no eran enemigos eternos, Lucifer no era el adversario de Dios, podía el Mal ponerse a veces al servicio del Bien y colaborar con él? Con el tiempo, a medida que estudiaba la obra del profeta enemigo de Dios, ascendía peldaño a peldaño a una temeraria unidad mística: «¡El Bien y el Mal —decía yo— son enemigos!» —este era el primer peldaño de la iniciación—. «¡El Bien y el Mal son colaboradores!» —este era el segundo peldaño, más elevado, de la iniciación—. «¡El Bien y el Mal son uno!» —este era el peldaño más alto al que por el momento podía llegar. En este escalón me detenía, presa de un escalofrío y una terrible sospecha desgarraba mi espíritu: ¿Aquel Santo Blasfemador no me estaría impulsando a mí a blasfemar?

Todo el invierno transcurrió en esta lucha. A medida que el tiempo pasaba el combate se hacía más duro y más obstinado y yo respiraba más de cerca el aliento agitado, profundamente inquieto del adversario, el odio cambiaba y se transformaba y sin darme cuenta, la lucha se convertía en un abrazo. Nunca había sentido de un modo tan palpable y con tanto estupor que el odio, pasando sucesivamente por la comprensión, la piedad y la simpatía, puede convertirse en amor. «Puede que suceda lo mismo —pensaba— cuando luchan el Bien y el Mal; como si hubieran estado unidos en otro tiempo, los hubieran separado después, y ahora lucharán para volver a unirse». Pero aún no ha llegado, parece, la hora de la completa reconciliación. No obstante, a juzgar por mi propia experiencia, sin duda llegará el día de la completa reconciliación, es decir, del reconocimiento del adversario y de su libre participación en esta gran síntesis que se llama cosmos, es decir, armonía.

Lo que por encima de todo me conmovía, Gran Mártir, era tu santa y trágica vida. Tu más grande enemiga y tu más grande amiga —la única que te fue fiel hasta la muerte— fue la enfermedad. Ella nunca te permitía estar tranquilo, reposar, poder decir: «Aquí estoy bien, no voy a ir más lejos». Tú eras una llama, ardías, te consumías, dejabas tras de ti tus cenizas y te ibas.

Sí, ya sé de dónde vengo.
Insaciable, como la llama,
Ardo y me consumo.
Lo que toco se hace luz
Lo que dejo se convierte en carbón.
Sin duda soy una llama.

Y cuando llegó la primavera y el tiempo se hizo un poco más cálido fui como un peregrino a buscar y seguir las gotas aún tibias de tu sangre en todas las cuevas de tu lucha heroica y doliente.

En el pueblo donde habías nacido, una mañana lluviosa, recorrí, en medio de la niebla, las estrechas callejuelas llenas de barro y te busqué. Luego, cerca de allí, en la pequeña ciudad, con su extraordinaria iglesia gótica, encontré la casa de tu madre, donde a menudo te refugiabas durante tus grandes fiebres para serenarte, convertido otra vez en su niño. Después, las calles divinas en la costa de Génova, donde tanto disfrutaste del mar, de la dulzura del cielo, de las gentes humildes... Eras en vida tan dulce, tan pobre, tan sonriente, que las mujeres sencillas del barrio te llamaban santo. Y tenías el propósito, ¿lo recuerdas?, de iniciar una vida sencilla y tranquila: «ser independiente, sin que mi independencia moleste a nadie. Tener un oculto orgullo seductor. Dormir poco, no beber alcohol, preparar yo mismo una comida frugal, no tener amigos poderosos, no ver mujeres, no leer periódicos ni aceptar honores, tratar exclusivamente con los hombres más selectos; y si no encuentro hombres selectos, entonces, tratar con la gente sencilla».

En Engadina, en el sol primaveral, con qué emoción busqué entre Sils-María y Silvaplana, la roca en forma de pirámide donde por primera vez te hirió la visión del Eterno Retorno. Y gritaste, estallando en sollozos: «¡Por muy amarga e insoportable que sea mi vida, bendita sea, y que venga y retorne infinitas veces!». Porque tú experimentabas la alegría rigurosa del héroe, que a las

almas mezquinas les parece un martirio: ¡ver ante ti el abismo, avanzar hacia él y no permitirte temblar!

Las montañas circundantes humeaban, azules, al sol; de lejos me llegó un estruendo y vi despeñarse un alud de nieve, y recordé lo que te había escrito tu amigo: «En tus libros creo escuchar el ruido lejano de aguas que caen en cascada».

Y al entrar en Sils-María, en el momento en que cruzaba el pequeño puente, junto al humilde cementerio, me volví a mi derecha, estremecido —porque lo mismo que tú súbitamente habías sentido a tu lado a Zaratustra, yo también, al mirar al suelo, vi mi sombra, uno que se había hecho dos, te vi a ti caminando a mi lado—.

Todo tu esfuerzo, Gran Mártir, viene a mi mente. Joven, ardiente, interrogando a todos los héroes para elegir a uno que domeñara tu corazón, un día encontraste a Schopenhauer, el brahmán del Norte. Sentándote a sus pies, descubriste la visión heroica y carente de esperanza de la vida: el mundo es una creación de mi mente; todas las cosas visibles e invisibles son un sueño engañoso; sólo existe una voluntad, ciega, sin principio ni fin, sin objetivo, indiferente, ni lógica ni absurda, fuera de la lógica, inmensa. Constreñida en el espacio y en el tiempo, se fragmenta en innumerables formas, las hace desaparecer, crea otras nuevas, vuelve a destruirlas, y así, eternamente. No hay progreso, ninguna razón gobierna el destino, las religiones, las morales, las grandes ideas son consuelos sin valor, buenos únicamente para los cobardes y los imbéciles. El hombre fuerte que sabe esto afronta con serenidad la fantasmagoría sin sentido del mundo y se alegra al rasgar el velo efímero y abigarrado de Maya.

Lo que habías presentido, futuro profeta del Superhombre, se articulaba ahora en una teoría rigurosa y coherente, surgía en una visión heroica: el poeta, el filósofo y el guerrero que habían luchado en tu corazón se hermanaban. El joven asceta, en la soledad, en la música, en los largos paseos disfrutaba por un tiempo de la felicidad.

Un día en que te sorprendió la tormenta en la montaña escribiste: «¿Qué me importan a mí los preceptos morales? Haz

esto, no hagas aquello. ¡Qué diferentes de ellos son el relámpago, la tormenta y el granizo! Fuerzas libres, sin moral. ¡Qué felices y vigorosas son estas fuerzas, a las que no perturba el pensamiento!».

Tu alma desbordaba una amargura heroica cuando un día, en la flor de tu juventud, encontraste al hombre decisivo, tu segundo guía, después de Schopenhauer, que te regaló la alegría más áspera de tu vida: Wagner.

Fue un gran instante. Tú tenías veinticinco años, eras fogoso, callado, con dulces y suaves modales, ojos hundidos y ardientes. Wagner tenía cincuenta y nueve años, estaba en la cumbre de su vigor, lleno de sueños y de acción, una fuerza de la naturaleza que se desencadenaba sobre las cabezas de los jóvenes: «¡Vamos —les gritaba— quiero un teatro donde pueda crear libremente! ¡Dádmelo! ¡Quiero un pueblo que me comprenda; engendradlo vosotros, mi pueblo! ¡Ayudadme, es vuestro deber, y yo os colmaré de gloria!».

El arte es la única liberación. «El arte —escribía Wagner al rey Luis—, al presentar la vida como un juego, transforma en imágenes bellas los aspectos más espantosos de la existencia, y de este modo nos eleva y nos consuela».

Tú prestas oídos, haces carne de tu carne y sangre de tu sangre las palabras del maestro, luchas a su lado. Pones la mirada en los filósofos presocráticos y de repente surge ante ti una gran época heroica, llena de resplandores extraordinarios, de leyendas horribles, de pensamientos trágicos, de almas trágicas que cubrían el abismo con mitos sonrientes y lo vencían. Esta no era ya la Grecia idílica como nos la pintaban los maestros: equilibrada, tranquila, que afrontaba la vida y la muerte con una serenidad ingenua y risueña. Esta serenidad llegó a su fin; fue el fruto de un árbol ardiente, cuando ese árbol empezó a marchitarse. Antes de esta serenidad, en los pechos de Grecia rugía el caos. Un dios desenfrenado, Dionisos, guiaba las danzas frenéticas de los hombres y de las mujeres en las montañas y en las grutas, y Grecia entera danzaba como una ménade.

Con la fiebre de la sabiduría trágica te esfuerzas ahora en dar coherencia a tu visión: Apolo y Dionisos son la pareja sagrada

que engendra la tragedia. Apolo sueña y contempla bajo formas apacibles la armonía y la belleza del mundo; en medio del proceloso mar de las apariencias, atrincherado en su individualidad, se yergue sereno y seguro, inmóvil, y goza de la tempestad del sueño. Su mirada es toda luz; ni siquiera cuando está dominado por la indignación y la tristeza se altera su divino equilibrio.

Dionisos hace pedazos la individualidad, se precipita sobre el mar de las apariencias y sigue sus terribles y volubles movimientos ondulantes. Hombres y fieras confraternizan; la muerte es también uno de los rostros de la vida, la malla abigarrada de la ilusión se rasga y tocamos pecho con pecho la verdad, ¿qué verdad?: todos nosotros somos uno; todos juntos creamos a Dios, Dios no es progenitor del hombre, es su descendiente.

Los griegos, enrocados en la fortaleza de Apolo, al principio se esforzaban en levantar un muro contra estas fuerzas dionisiacas incontenibles que venían de todas partes por tierra y por mar y se lanzaban sobre Grecia. Pero no pudieron domeñar por completo a Dionisos. Los dos dioses lucharon, ninguno de los dos venció al otro, se reconciliaron y crearon la tragedia.

Las orgías dionisiacas se despojaron de la bestialidad y resplandecieron bajo la dulzura contenida del sueño. Sin embargo, sólo uno quedó para siempre como héroe de la tragedia: Dionisos; todos los héroes y heroínas de la tragedia no son más que máscaras del dios —sonrisas y lágrimas que centellean, sosegadas, en la gracia de Apolo—.

Pero la tragedia griega desapareció bruscamente, la mató el análisis racional. Sócrates con su dialéctica aniquiló la sobriedad apolínea y la embriaguez dionisiaca; la tragedia se torna ya en Eurípides pasión humana, discurso sofístico que hace propaganda de ideas nuevas; pierde su esencia trágica, muere.

Pero la embriaguez dionisiaca sobrevive y se perpetúa en los misterios y en los grandes momentos de éxtasis del hombre. ¿Podrá revestirse de nuevo con la carne divina del arte? ¿El espíritu socrático, es decir, la Ciencia, mantendrá siempre encadenado a Dionisos, o ahora que la razón humana reconoce

sus límites, surgirá una nueva civilización cuyo símbolo sea Sócrates, que aprende, por fin, música?

Hasta ahora el ideal de nuestra civilización había sido el sabio alejandrino, pero la corona empieza a tambalearse en la cabeza de la Ciencia; el espíritu dionisiaco se despierta cada vez más; la música alemana, de Bach a Wagner proclama su venida: una nueva «civilización trágica» alborea, renace la Tragedia. ¡Cómo se metamorfosea el mundo engañoso, el desierto sombrío de Schopenhauer! ¡Cómo todo lo muerto e inmóvil se arremolina en los vórtices de la crítica alemana! «Sí, amigos míos —grita el joven profeta— creed, como creo yo, en la vida dionisiaca y en el renacimiento de la tragedia dionisiaca. ¡La época de Sócrates ha pasado! ¡Empuñad el tirso, coronaos de yedra, atreveos a llegar a ser hombres trágicos, preparaos para grandes combates y tened fe en vuestro dios, Dionisos!».

En la obra de Wagner encuentras, Nietzsche, fundamento para tales esperanzas cosmogónicas. La joven civilización trágica surgirá de Alemania; el nuevo Esquilo está ante nosotros, vive, lucha, crea, nos pide ayuda.

Sin embargo tus profecías no encuentran eco, los sabios las desprecian, a los jóvenes no les emocionan. Tú te amargas, surgen dudas en ti, empiezas a plantearte interrogantes. ¿Es posible ennoblecer al hombre de hoy? Caes enfermo y en la Universidad, tus alumnos te abandonan.

¡Angustia abrumadora! El poeta que hay en ti tapa el abismo con las flores del arte; pero el filósofo que llevas dentro pide saber, sin importarle los mayores sacrificios, despreciando todo consuelo, incluso el mismo arte. El primero crea y se siente aliviado, el segundo analiza, desmonta, se desespera. El espíritu crítico derriba los ídolos. «¿Qué valor tiene el arte de Wagner? —te preguntas— Es un arte sin forma, sin fe, ahogado, pura retórica, carente de embriaguez sagrada y de nobleza. Idéntico al arte de Eurípides. Es bueno para las mujeres histéricas, para los comediantes y para los enfermos». Tu semidiós se ha convertido en un comediante, te ha engañado, no ha cumplido su palabra. Ahora compone temas cristianos, escribe *Parsifal*. El héroe ha sido vencido, se ha desplomado a los pies de la cruz. ¡El que nos

había prometido crear nuevos mitos y uncir a su carro dionisíaco el leopardo de la razón!

«El arte —exclamas ahora— recubre con hermosas imágenes la espantosa verdad; es, pues, un consuelo para los cobardes. ¡Descubramos nosotros la verdad, aunque se pierda el mundo!».

Este es tu nuevo grito, contrario al primero. El crítico que hay en ti ha vencido al poeta; la verdad ha vencido a la belleza. Pero tampoco Schopenhauer satisface ya las necesidades acuciantes de tu espíritu. «La vida no es sólo voluntad de vivir, es algo más intenso: es voluntad de dominar; la vida no se conforma sólo con mantenerse, quiere extenderse y conquistar».

«El arte no es ya el objetivo de la vida, sino un breve descanso en la lucha. Por encima de la poesía está el conocimiento. Sócrates es más grande que Esquilo, la verdad, aunque sea letal, es superior a la mentira, más brillante y más fecunda que ella».

Sufres, vas de un sitio a otro, enfermo, el calor te paralizaba, el viento te ponía nervioso, la nieve te hería los ojos. No podías dormir, tomabas somníferos; vivías pobre, sin comodidades, en cuartos sin calefacción. Pero el enfermo —decías con orgullo— no tiene derecho a maldecir la vida; en medio de tus sufrimientos se elevaba límpido, implacable, el himno a la alegría y a la salud.

Ahora sientes madurar en ti una gran semilla que te corroe las entrañas. Un día que paseabas por Engadina te detuviste, de pronto, aterrado. El tiempo —pensaste— es ilimitado, la materia es limitada. Así pues, llegará necesariamente un momento en que todas estas combinaciones de la materia renacerán iguales, idénticas. Dentro de millares de siglos un hombre como yo, yo mismo, estaré otra vez de pie sobre esta roca y descubriré de nuevo la misma idea. Y no sólo una vez, un número infinito de veces; por tanto, no hay ninguna esperanza de que el futuro sea mejor, no hay salvación; siempre iguales a nosotros mismos, idénticos, giraremos en la rueda del tiempo. Las cosas más efímeras terminan así siendo eternas y nuestra acción más insignificante adquiere una importancia insospechada.

Te sumiste en un angustioso éxtasis. Tu sufrimiento no iba a encontrar, pues, fin y el sufrimiento del mundo era incurable. Sin

embargo, por orgullo de asceta, aceptabas el martirio con alegría.

«Es necesario que una nueva obra sea creada, es mi deber crearla —pensabas—, pregonar a la humanidad el nuevo Evangelio». Pero ¿bajo qué forma? ¿Como sistema filosófico? No. El pensamiento ha de verterse en forma lírica. ¿Una epopeya? ¿Profecías?». Y de repente, la figura de Zaratustra se encendió en tu mente.

En tal alegría y en tal angustia te encontró Lou Salomé [40](#) .

La esclava ardiente de mente aguda, llena de entusiasmo y curiosidad, que se inclinaba, insaciable, Gran Mártir, y te escuchaba. Tú le entregabas sin reservas tu alma y ella no se saciaba de exprimirla y sonreía. ¡Cuántos años hacía que no habías abierto tu corazón con tanta confianza, que no habías disfrutado de la emoción, la turbación y la fecundidad que nos provocan las mujeres y no habías sentido bajo tu pesada panoplia guerrera, derretirse tu tierno corazón! Entraste aquella tarde en tu celda de asceta y por primera vez respiraste en el aire de tu vida el aroma de una mujer.

Y el más dulce estremecimiento te acompañó a las montañas en las que te refugiaste y en las que esperabas anhelante, Asceta, la carta de la mujer. Un día te envió ocho versos y tu corazón palpitó agitado, como si tuvieras veinte años, y los declamabas en voz alta bajo los abetos solitarios:

¡Ah! ¿Quién puede cuando tú lo apresas, salvarse

Nunca más, y olvidar tus ojos profundos?

Sí, tú me has apresado y ya no quiero escapar.

¡Qué hay que no puedas tú, sólo tú, derribar!

Yo lo sé, tú vives en todas las criaturas del mundo

Y nada en esta tierra se te escapa.

¡Sin ti, qué hermosa sería la vida!

¡Y sin embargo, que bueno es vivirte también!

E inmediatamente después, los días mortales de la separación. La mujer tuvo miedo de ti, como si fueras un bosque en la noche y no viera en tus sombras al pequeño Dios que le sonríe con el dedo en los labios. Y tu martirio volvió a comenzar, en la enfermedad, el abandono y el silencio. Sentías que eras un árbol cuyas ramas se doblaban bajo el peso de sus frutos y deseabas ardientemente que unas manos vinieran a recoger tu cosecha. Te detenías al borde del camino, oteabas allá abajo las ciudades de los hombres pero nadie venía. «¿No hay nadie que me ame? —gritabas en tu soledad—. ¿No hay nadie que me insulte, que se burle de mí? ¿Dónde está la Iglesia para excomulgarme? ¿Dónde está el Poder para cortarme la cabeza? ¡Estoy gritando, estoy gritando! ¿No me oís?

«¡Ah, la soledad —pensabas—, la separación de la persona amada! No; jamás, jamás quiero volver a vivir estos momentos. ¡Tengo que abrir una puerta de salvación en el círculo cerrado del Eterno Retorno!».

Una nueva esperanza nació de tus entrañas, la nueva semilla, el Superhombre. Este es el objetivo de la tierra, él lleva en sus manos la salvación. Él es ahora la gran respuesta a tu vieja pregunta: «¿Es posible que el hombre de hoy sea ennoblecido? Sí, es posible. Y no por Cristo, como predica ahora en su nuevo trabajo el apóstata Wagner, sino por el propio hombre, por las virtudes y los empeños de una nueva aristocracia. El hombre puede engendrar al Superhombre». El Eterno Retorno te ahogaba; el Superhombre era la nueva quimera que iba a conjurar el horror de la vida. Ya no era cosa del arte, sino de la acción. Como un don Quijote, tú habías tomado a Dios por un molino de viento y lo habías derribado.

«Dios ha muerto» —proclamas y nos llevas al borde del abismo—. No hay más que una única esperanza: que el hombre supere su propia naturaleza y cree al Superhombre. Entonces caerá sobre él el gobierno absoluto del mundo y tendrá ya la fuerza de asumir esa responsabilidad. Dios ha muerto, su trono se ha quedado vacío, nosotros vendremos a ocuparlo. ¿Nos hemos quedado solos en el mundo? ¿Ha muerto el amo? Tanto

mejor. Ahora trabajaremos no porque él lo ordene, no por temor o por esperanza, sino porque nosotros mismos lo queremos.

El Eterno Retorno carece ya de esperanza, el Superhombre es una gran esperanza. ¿Cómo armonizar estas dos visiones del mundo antagónicas? Es una terrible angustia. Desde entonces tu alma aletea sobre el precipicio de la locura. Zaratustra queda sólo en un Grito. Abandonas este poema trágico sin terminarlo y te entregas a demostrar, científicamente ahora, que la sustancia de la vida es la voluntad de poder.

«Europa se pierde y es preciso que se someta a la férrea disciplina de los jefes. La moral reinante hoy día es una obra de esclavos; es una conjura urdida por los débiles y por el rebaño contra los fuertes y contra el pastor. Los esclavos han subvertido los valores con una astucia interesada: “el fuerte es malo, el enfermo y el débil son buenos”; se resisten ante el sufrimiento, son filántropos, cristianos y socialistas. Sólo el Superhombre, duro consigo mismo por encima de todo, puede grabar nuevos mandamientos y ofrecer a las masas nuevos objetivos más elevados».

«¿Cuáles son estos objetivos? ¿Cuál es la organización de los elegidos y de la masa? ¿Qué papel desempeña la guerra en este nuevo periodo trágico de Europa?». He aquí los problemas que turban tus últimos años de lucidez. No puedes responder, tu mente vacila. Vuelves a tus antiguos poemas dionisíacos y con la más amarga premonición, cantas tu canto del cisne:

El sol se está poniendo.

No tardarás en calmar tu sed,

Ardiente corazón mío.

El aire empieza a ser más fresco

Siento el aliento de bocas desconocidas

¡El supremo frío desciende!

El aire es sereno y puro

¿Esta noche, no me ha lanzado una mirada torva y hechicera?

¡Resiste firme, generoso corazón!
No preguntes el porqué, crepúsculo de mi vida.
¡El sol se está poniendo!

Habías visto lo que al hombre no le está permitido ver y habías quedado cegado. Habías danzado al borde del abismo más de lo que el hombre puede resistir y te habías desplomado.

Pronto se extendió la oscuridad en tu mente y duró once años, hasta tu muerte. A veces cogías un libro y preguntabas: «¿No he escrito también yo libros hermosos?». Y cuando te mostraron el retrato de Wagner dijiste: «¡A él lo he amado mucho!».

Jamás, ni cuando era niño y leía vidas de santos, he vivido la vida de un santo con tanta intensidad. Jamás ha salido de un pecho humano un grito tan desgarrador.

Y cuando mi peregrinación al nuevo Gólgota terminó y volví a París, creo que mi corazón, mi corazón más que mi mente, había cambiado. Había vivido tan intensamente la angustia de este Gran Mártir ateo, mis antiguas heridas se habían abierto tanto siguiendo sus huellas ensangrentadas, que sentí vergüenza de mi vida regalada y cobarde, que no se atrevía a derribar todos los puentes tras de sí y a entrar completamente sola en la extrema valentía y la absoluta falta de esperanza. ¿Cómo procedía en su vida este profeta? ¿Cuál es su supremo mandamiento? Has de rechazar todos los consuelos —dioses, patrias, morales, verdades—, has de quedarte solo y empezar a crear tú mismo, sólo con tus fuerzas, un mundo que no avergüence a tu propio corazón. «¿Cuál es el peligro más grande? Eso es lo que quiero. ¿Dónde está el precipicio? Hacia allí me encamino ¿Cuál es la alegría más viril? Asumir la plena responsabilidad».

A veces, mientras paseaba bajo los castaños de París o por las orillas de su famoso río, sentía de repente su sombra junto a la mía y caminábamos uno al lado del otro, en silencio, hasta que se ponía el sol. Su respiración era entrecortada, jadeante y olía a azufre. «Debe haber vuelto del Infierno» —pensaba— y mi respiración se hacía agitada y jadeante también. Pero ya no luchábamos, nos habíamos reconciliado: me miraba y yo veía mi

cara reflejada en el brillo de sus ojos. Sin embargo, la angustia es contagiosa; él me había contagiado todas sus angustias; con él había empezado también yo a intentar reconciliar lo irreconciliable; reconciliar la total esperanza con la absoluta falta de esperanza y abrir una puerta más allá de la razón y la certeza.

Una tarde, en el momento en que se ponía el sol y nos disponíamos a separarnos, se volvió, y él, que nunca hablaba, me habló: «¡Yo soy Dionisos el crucificado —me dijo —, yo, no él!». Y su voz estaba llena de celos, de odio y de amor.

Cuando, al día siguiente, iba a escuchar la voz mágica de Bergson mi corazón se sosegaba de nuevo; sus palabras eran un sortilegio hechicero, se abría una pequeña puerta en las entrañas de la fatalidad y penetraba la luz. Pero a él le faltaba la herida, la sangre, el gran suspiro que seduce a la juventud; y yo volvía bajo los castaños, a encontrarme con el otro, con el que hería.

Entonces mi herida no era muy profunda; yo también estaba herido, pero sólo a flor de piel. Donde el profeta salvaje tenía una herida sangrante, yo, como san Francisco, estaba marcado con los estigmas, mi carne sólo estaba amoratada; más tarde, cuando los ángeles del Apocalipsis que él había soñado cayeron sobre los hombres, entonces mis heridas también empezaron a abrirse. Recuerdo muchos años después, en Londres, era otoño y yo estaba sentado en un banco de un parque. La atmósfera estaba llena de malos presagios; en cierto lugar había nacido el Superhombre; en cierto lugar un tigre sediento de sangre había creído ser un superhombre; no cabía ya en su locura, la furia de dominación se había apoderado de él. Gengis Khan llevaba un anillo al dedo en el que estaban grabadas las siguientes palabras: *Rasti-Rousti* —«Fuerza-Derecho»—. Nuestra época llevaba también este anillo de hierro. El demonio de nuestra época es como el rey africano del cuento: gordísimo, de cuarenta codos de altura, peludo, subió a la torre más alta de su castillo con doce mujeres, doce cantores y veinticuatro odres de vino. Toda la ciudad fue sacudida por la danza y los cantos; las chozas más viejas se derrumbaron. Al principio, el rey danzó, luego se cansó, se sentó en una piedra y empezó a reír, y después se

cansó de reír y se puso a bostezar y para distraerse arrojó desde la torre primero a las mujeres, a continuación a los cantores y por último, los odres vacíos. Pero su corazón no se sintió aliviado y se puso a llorar por el sufrimiento sin consuelo de los reyes.

Pasó un vendedor de periódicos voceando noticias de guerra; la gente se paraba de pronto en la calle como si se les hubiera cortado la respiración; otros corrían a sus casas como si quisieran comprobar que sus hijos seguían con vida.

Una sombra vino a sentarse a mi lado en el banco; me giré y me estremecí: era él. ¿Quién era el que había proclamado que la sustancia de la vida es el deseo de extenderse y dominar y que sólo la fuerza merece tener derechos? ¿Quién era el que había profetizado al Superhombre y al profetizarlo lo había traído? El Superhombre había llegado y su profeta, amedrentado, trataba de ocultarse bajo un árbol del otoño.

Era la primera vez que sentía por él tan trágica compasión, porque por primera vez veía con absoluta claridad que somos la flauta de un Pastor invisible y que tocamos la melodía que él nos inspira y no la que nosotros queremos tocar.

Miré sus ojos hundidos, su frente ruda, sus bigotes colgantes.

—Ha llegado el Superhombre —le susurré al oído—, ¿era esto lo que querías?

Se amedrentó aún más, como una fiera herida que se siente acosada y se esconde y su voz llegó de la otra orilla, orgullosa y triste:

—¡Esto era!

Lo sentí, su corazón se desgarraba.

—Sembraste y ahora, mira la cosecha. ¿Te gusta?

Y de nuevo llegó de la otra orilla un grito desesperado, desgarrado

—¡Sí, me gusta!

Cuando me levanté del banco del parque, solo ya, para irme, un bombardero sobrevolaba la ciudad totalmente en tinieblas, rugiendo. El avión que Leonardo había imaginado como un pájaro artificial bueno para transportar nieve de las altas cumbres en verano y regar las ciudades para refrescarlas pasaba ahora cargado de bombas.

«Así es como vuelan —pensé, sin poder apartar de mi mente al pacífico profeta de la guerra—, así es como vuelan de la mente humana los pensamientos, como alondras al alba; pero apenas cae sobre ellos la mirada codiciosa del hombre, se transforman en aves de rapiña, ansiosas de carne y hambrientas. El desdichado padre grita y protesta: «¡No es esto lo que yo quería! ¡No es esto lo que yo quería! Pero las aves de rapiña pasan sobre su cabeza graznando y lo asustan».

Nietzsche me había dado un alimento de león en el momento más crítico, más hambriento, de la juventud. Yo me había nutrido, el hombre actual, tal como había llegado a ser, se me había quedado estrecho, y también Cristo, en lo que lo habían convertido «¡Ah —gritaba, indignado—, religión taimada que traslada los premios y los castigos a una vida futura para consolar a los esclavos, a los cobardes, a los oprimidos, para que puedan soportar sin rechistar esta vida terrena, la única cierta, y agachen pacientemente la cerviz ante los amos! ¡Qué buena Santa Mesa de cambio es esta religión en la que das un centavo en la vida terrena y cobras millones eternos en la otra! ¡Qué simpleza, qué astucia, qué usura! ¡No puede ser libre quien espera el Paraíso o teme el Infierno! ¡A partir de ahora será una vergüenza embriagarse en las tabernas de la esperanza. O en lo más profundo de los subterráneos del miedo! ¡Tantos años sin comprenderlo y ahora tenía que venir este profeta salvaje a abrirme los ojos!».

Hasta ahora el gobierno del mundo lo habíamos confiado exclusivamente a Dios, ¿había llegado ya a los hombres su turno para asumir la responsabilidad y crear un mundo nuestro, con el sudor de nuestra frente? Un viento de presunción propio de Lucifer había soplado en mis sienes. Ha llegado la hora —decía yo, altanero— ha llegado la hora de que el hombre acepte en su corazón todos los combates y todas las esperanzas, y de que él, sin esperar nada de Dios, ponga orden al caos; es decir, ¡que lo transforme en cosmos! Conserva indoblegable tu independencia personal para mantenerte en pie cuando llegue el momento, en medio del desvarío universal de nuestro tiempo, de transformar

los gritos inconexos en una palabra simple cierta; en una Buena Nueva.

Esta Buena Nueva la oigo en mí como un trino lejano, como los más tempranos efluvios de la primavera; mi corazón se parece al almendro que, mientras a su alrededor todavía es invierno y sobre él se cierne un cielo sombrío, él ya ha recibido los mensajes secretos de la primavera y de repente, en pleno enero, lo vemos temblar por el viento gélido, completamente cubierto de flores. Así tiembla mi corazón, completamente florecido. Puede que sople un fuerte viento que le haga perder las hojas. No importa; él ha cumplido su deber, ha proferido un grito y ha gritado que ha visto ya la primavera.

Una noche tuve un sueño; en mi vida los sueños han sido siempre guías seguros; lo que en estado de vigilia atormentaba mi mente, que se embrollaba, se enredaba, y no conseguía encontrar una solución simple y acertada, en mi sueño se clarificaba, se despojaba de lo superfluo y aparecía liberada la pura sustancia. Durante todo aquel tiempo estaba herido, como San Sebastián, herido por las flechas que me había disparado el trágico profeta del Eterno Retorno y me esforzaba en vano con mi mente por encontrar en medio de las tinieblas que la acorralaban y la asfixiaban cuál era el deber del hombre. Y entonces una noche tuve un sueño: estaba en la playa y miraba: el mar era todo negro, espantoso, y borbotaba; sobre él, el cielo, completamente negro también, pesado, terrible, descendía cada vez más hasta casi tocar el mar. No soplabla la más mínima brisa, silencio sepulcral, horripilante, yo me asfixiaba, no podía respirar. Y de repente en la estrecha ranura que quedaba libre entre el cielo y el mar, brilló una vela blanca llena de luz, era una diminuta barquita con luz propia, y en medio de la calma enervante hinchaba su vela al completo y avanzaba veloz, presurosa, entre las dos tinieblas. Tendí los brazos hacia ella: «¡Mi corazón!» —grité y me desperté.

Este sueño me ha sido de gran ayuda en mi vida. ¡Lástima no poder correr a buscar al desesperado padre de la esperanza y desvelarle el secreto que me traía el sueño! ¿Acaso no era la solución a todas sus angustias? En medio de la extrema

desesperación, ¿no había él invocado a esta osada barquita que bogaba, impulsada por su propio viento, iluminada por su propia luz, que no tenía necesidad de nadie?

En momentos difíciles, cuando todo se oscurecía a mi alrededor y mis más fieles amigos, mis esperanzas más seguras, me abandonaban, cuántas veces he cerrado los ojos y he visto por entre las pestañas esta barquita y mi corazón ha cobrado valor, se ha levantado de golpe y me ha gritado: «¡Despliega velas, y no tengas miedo!», y ha rasgado las tinieblas.

Heridas profundas y benditas las que Nietzsche abrió en mí y que los misteriosos ungüentos de Bergson no podían curar; las aliviaban un instante, pero inmediatamente volvían a abrirse y a sangrar. Porque en lo más profundo de mi ser lo que yo deseaba mientras fui joven no era la curación, era la herida.

A partir de entonces comenzó ya, de forma consciente e implacable, mi lucha con lo Invisible.

Recuerdo que en aquellos años de juventud la indignación había hecho presa en mí, no podía soportar los fuegos artificiales de la vida, que se encienden un instante, estallan en el aire en mil colores y brillos, y desaparecen bruscamente. ¿Quién los enciende? ¿Quién les da tanto encanto y belleza y de repente los apaga sin piedad? «¡No lo acepto! —gritaba—, no lo suscribo; encontraré un medio de impedir que se apaguen». Sentía pena del alma del hombre, admiraba sus hazañas —«¿cómo este humilde gusano de seda ha podido sacar de sus entrañas una seda tan divina?»—.

El gusano más ambicioso es el gusano de seda; se arrastra, no es más que vientre y boca, come, ensucia, vuelve a comer, es un tubo sucio con dos orificios, y de repente, lo que come se transforma en seda. Igual es el hombre. El cielo y la tierra resplandecen, las ideas resplandecen gracias a los caros trajes de seda que él les ha puesto. Y de pronto, pasa un pie tosco y aplasta al gusano milagroso.

La felicidad ingenua y la credulidad del niño habían pasado para siempre; ahora sabía que el cielo era un caos negro lleno de silencio y de indiferencia; habían visto en qué se convierten la

belleza y la juventud cuando bajan a la tierra y mi alma ya no aceptaba consolarse con esperanzas cómodas y cobardes.

Poco a poco, con paso incierto, me acercaba al abismo; pero mi ojo no estaba todavía ejercitado, no me atrevía a mirarlo de frente. Mi alma aún hervía, insegura, y unas veces desafiaba el destino del hombre con la fiereza de león de la juventud, y otras se amilanaba, y era aplastada por melancolías románticas. Mucho después, muchísimo después, pude mantenerme en pie al borde del precipicio, sin que me flaquearan las rodillas, y contemplar el abismo sin miedo y sin temeridad.

* * *

¡Divinos, imperturbables trabajos durante la noche en mi pequeña habitación del destierro! Ora gritos y risas, abajo, en la calle, y canciones de amor a media noche, ora la nieve, serena, blanca sobre los tejados... La luz permanecía encendida, la chimenea con fuego y yo, inclinado sobre los libros, revivía las hazañas intelectuales del hombre.

En medio de tales preocupaciones, absolutamente juveniles, absolutamente seniles, transcurrieron mis años de París; mi patrona empezó a sospechar de mí y a inquietarse. Me miraba de través, me sonreía con media sonrisa y un día ya no pudo contenerse.

—Pero bueno, señor mío —me gritó—, ¿hasta cuándo va a durar esta situación?

—¿Qué situación?

—¿Cómo que qué situación? El llegar temprano todas las noches, no recibir nunca visitas, ni de hombres ni de mujeres, tener la luz encendida hasta pasada medianoche. ¿Lo consideras normal?

—Pero todo el día estoy en clase, en la Universidad, de noche estudio y escribo. ¿No está permitido?

—¡No, no está permitido! Los otros inquilinos me han advertido. Algo ocultas. Tanto orden, tanta soledad y tranquilidad, sin una mujer, sin un amigo; tú debes estar enfermo; debes estar

enfermo o, discúlpame, estás tramando algo. Y, lo siento mucho, pero esto no puede continuar.

En un primer momento estuve a punto de enfadarme, pero enseguida comprendí que mi patrona tenía razón; en una sociedad caótica, inmoral, bulliciosa, que un hombre sea ordenado, tranquilo, que no reciba en su cuarto ni a hombres ni a mujeres, supone una violación de las reglas y no es, no puede ser, tolerado. Lo había observado durante toda mi existencia: porque mi vida ha sido siempre muy simple, se ha considerado peligrosamente complicada; a todo lo que decía o hacía le daban un sentido diferente, intentaban adivinar qué cosa inconfesable se ocultaba detrás.

Ni siquiera el que todavía era mi mejor amigo podía creer después tanta simplicidad y cuando la creyó, no pudo soportarla. Una noche estaba sentado en el patio y miraba las estrellas. El cielo estrellado siempre ha sido para mí el espectáculo más abrumador y más inquietante; no me producía ningún gozo, únicamente terror; no podía mirarlo sin que el pánico se apoderara de mi corazón. Mi amigo se presentó en el patio: «¿Qué haces aquí? —me preguntó, sorprendido—, ¿no respondes?, ¿por qué no respondes?». Se acercó, se inclinó sobre mí, de mis ojos rodaban gruesas lágrimas. Se echó a reír: «¡Mentiroso! —me dice—. ¡Hipócrita!, ahora me dirás que lloras porque estás mirando las estrellas y te has emocionado. A mí no me engañas, ¡jesuita! ¡Estarás pensando en alguna pajarita de las que andan a tu alrededor!».

Y otra vez, más tarde, cuando conocí a Panait-Istrati en Rusia y volvimos juntos a Grecia, Panait me miraba y me examinaba durante todo el viaje y no sabía qué juicio hacerse sobre mí. En Atenas preguntó a un periodista: «Qué quiere que le diga —le respondió el otro— él no es una persona normal». «¿Qué hace? —preguntó inquieto el pobre Panait—, esa es la cuestión, nada, ni siquiera fuma».

Tal fue mi vida en París durante los tres años que permanecí allí; sin ninguna aventura exterior, tranquila y ardiente; sin amores estudiantiles, sin borracheras estudiantiles, sin confabulaciones políticas ni intelectuales. Al final mi patrona se

había acostumbrado a mí, creyó que había penetrado en mi secreto y me perdonaba ya la pureza y el orden de mi vida, incomprensibles para ella hasta ahora.

—Debe pertenecer a alguna orden religiosa de su patria —oí que le decía a mis espaldas a una de sus vecinas, que también me seguía de la mañana a la noche, con ojos inquietos—. Él quiere, el pobre quiere, pero no le está permitido.

—¿Entonces por qué no se aparta de semejante orden? —preguntó la vecina, nerviosa.

—Eh, eh, eso es cosa suya... —respondió mi patrona con indulgencia.

Y cuando estaba haciendo las maletas para irme, entró en mi cuarto con su hija Susana.

—Besa a mi hija, ahora que te vas —dijo la madre, ansiando hacerme sucumbir a la tentación.

—¡Pero no en la frente! —protestó la muchacha, viendo que me acercaba—. ¡No en la frente!

—¿Dónde entonces?

—¿Dónde quieres que sea, infeliz? ¡En la boca, tonto! —exclamó la madre, muerta de risa.

Y yo me incliné y la besé en la mejilla.

* * *

Antes de marcharme de París, una tarde fui a despedirme de Nôtre-Dame. Siempre le estaré reconocido por la emoción que me causó cuando la vi por primera vez. La cúpula en nuestras iglesias se diría que es una graciosa reconciliación de lo finito con lo infinito, del hombre con Dios. El templo se lanza hacia arriba como si ambicionara llegar al cielo, y de repente, con una renuncia temerosa de Dios, somete su impulso a la santa medida, se inclina, se abomba ante la infinitud inalcanzable, se convierte en cúpula y hace bajar hasta su cima al Pantocrátor.

La ambición temeraria de la catedral gótica me parecía mucho más orgullosa; irrumpe desde el suelo, poniendo en pie de guerra, se diría, todas las piedras de la tierra para someterlas a su disciplina y obligarlas a terminar por resolverse en una flecha

que se lanza hacia el cielo, puntiaguda, audaz, como un pararrayos. En esta sagrada arquitectura todo alcanza la máxima altura y se convierte en flecha; no es ya la lógica rectilínea, cuadrada, del estilo griego que impone el orden humano al caos, estableciendo un perfecto equilibrio entre la belleza y la necesidad e inaugurando un entendimiento racional del hombre con Dios; es una especie de arrebató irracional, un furor de posesión divina que de pronto fascina a los hombres y los impulsa a lanzarse al ataque de la peligrosa soledad celestial para hacer bajar a la tierra el gran Rayo, Dios.

Quién sabe, así debe actuar la oración; y así también el alma del hombre: movilizándolo las esperanzas y los terrores humanos y lanzándolos como una flecha hacia la altura inaccesible y sobrehumana. Un impulso y una osadía, un grito en medio del silencio insoportable e inhumano, una lanza que se mantiene enhiesta, inflexible, y no permite al cielo caer sobre nuestras cabezas...

A medida que miraba cómo esta flecha ascendía al cielo, sin miedo, sentía afirmarse mi alma, tensarse y convertirse en flecha.

De pronto lancé un grito de alegría: ¿No era igual el Grito de Nietzsche? ¿No era también una lanza que dispara hacia el cielo? ¿Un pararrayos para atrapar a Dios y hacerlo bajar de su trono?

Me sentía feliz caminando bajo las altas bóvedas góticas en el momento en que se ponía el sol, en medio de esta alma de Zaratustra, hecha de piedra y de hierro y de vidrieras multicolores llenas de luz, y de ecos profundos de un órgano invisible poseído por la divinidad.

Así, lentamente, con el corazón lleno de preguntas, de vehementes desesperaciones y de esperanzas, me despedí de París.

Me iba de París y mi corazón había perdido su seguridad y su sosiego. ¿Quién era el asceta que decía: «Estás en reposo y tu corazón está sereno, pero si oyes el canto de un gorrión, tu corazón pierde su calma anterior»? ¡Yo había oído el graznido estridente de un halcón salvaje!

Me iba de París y las llagas de la Crucifixión en los pies, en las manos, en el costado, se habían cerrado, pero mi alma se sacudía dentro de mí, ensangrentada, rebelde, y me producía gran dolor.

Cada vez que llegaba a una certidumbre, el reposo y la seguridad duraban poco e, inmediatamente, de esta certeza surgían nuevas dudas y desasosiegos y me veía obligado a iniciar un nuevo combate para librarme de la antigua certidumbre y encontrar una nueva; hasta que maduraba también ella y se convertía en incertidumbre... ¿Qué significa incertidumbre? Madre de una nueva certidumbre.

Nietzsche me enseñó a desconfiar de toda teoría optimista; sabía que el corazón femenino del hombre tiene siempre necesidad de consuelo; y que la mente, esa sagacísima sofista, está permanentemente dispuesta a servirlo. Toda religión que promete al hombre lo que él desea empezó a parecerme un refugio para los miedosos, indigno de un hombre de verdad. «¿Es el camino de Cristo —me decía— el que lleva a la liberación del hombre? O, por el contrario, ¿es un cuento bien construido que promete el Paraíso y la inmortalidad con mucha astucia, con mucha maña, de tal manera que el creyente no pueda saber nunca si este Paraíso no es más que el reflejo de nuestra sed, porque sólo después de la muerte se puede juzgar y nadie ha regresado del otro mundo para decírnoslo?».

Elijamos, pues, la visión del mundo más desesperanzadora, y si resulta que nos equivocamos y existe una esperanza, tanto mejor; por lo menos, de este modo nuestra alma no quedará en ridículo y nunca podrán burlarse de ella ni Dios ni el demonio, diciendo que se embriagó como una fumadora de hachís y creó, por ingenuidad o por cobardía, paraísos imaginarios para cubrir el abismo. La fe más desesperanzada me pareció no la más verídica, pero sí la más valiente; y la esperanza metafísica, un señuelo que un hombre de verdad no consiente morder. ¿Qué es lo más difícil, quiero decir, lo más digno del hombre que no lloriquea, que no suplica, que no mendiga? Eso es lo que quiero. Bendito sea Nietzsche, el asesino de Dios; él me ha infundido coraje para decir «¡eso es lo que quiero!».

De repente la iglesia de Cristo, tal y como han hecho de ella los que llevan sotana, me pareció un aprisco en el que balan día y noche, echados los unos sobre los otros, millares de borregos dominados por el pánico, y que tienden el cuello y lamen la mano y el cuchillo que los degüella. Unos tiemblan porque tienen miedo de ser asados eternamente en las llamas, y otros tienen prisa por ser degollados para pastar por los siglos de los siglos en un jardín eterno de primavera.

Pero el hombre de verdad no es un borrego ni un perro guardián del rebaño ni un lobo ni un pastor; es un rey y lleva consigo su reino y camina y sabe adónde va, llega al borde del abismo, se quita de la cabeza la corona de papel y la tira, se despoja de su reino y como un buceador, completamente desnudo, junta las manos y los pies, se lanza de cabeza al caos y desaparece. ¿Podré yo algún día afrontar el abismo con esta mirada serena que no tiembla?

¿Se ha oído alguna vez sobre la tierra un grito tan orgulloso, que pueda despreciar la esperanza? Incluso el propio Nietzsche se asustó por un instante, el Eterno Retorno le pareció un martirio sin fin y su terror lo llevó a crear una gran esperanza, un salvador futuro, el Superhombre. Este era también otro Paraíso, otro espejismo con el que engañar al desdichado hombre para que pudiera soportar la vida y la muerte.

[39](#) Referencia mitológica a Faetón, el auriga del carro del Sol.

[40](#) Lou Andreas-Salomé, o Luiza Gustavovna Salomé (1861-1937), escritora rusa afincada en Alemania, una de las más importantes pensadoras de su tiempo y, según Nietzsche, una de las mujeres más inteligentes que había conocido. En 1882 tuvo mucho contacto con el filósofo. Fruto de su conocimiento y personalidad y de sus conversaciones, en el verano de 1882, fue su obra *Federico Nietzsche en sus obras* (1894). Escribió además novelas de problemática religiosa y filosófica y ensayos en el marco de la filosofía de la religión: *Creación de Dios* (1892), *Jesús el judío* (1895), *El problema del Islamismo* (1894), *Religión y Cultura* (1898).

XXIV

Viena. La enfermedad

Mi cuerpo estaba tan cansado, mi alma se encontraba en tal estado de excitación, que en el vagón tenía los ojos cerrados y ni siquiera levanté los párpados para ver los lugares por los que pasaba. Tan tenso estaba el arco, que escuchaba crujir dentro de mí una cuerda, de sien a sien, como si fuera a romperse.

Me zumbaban las sienes, las venas me golpeaban violentamente en el cuello, sentía que mi fuerza se derramaba de mi cerebro, de mis riñones, de mis tobillos, y se perdía. «Así es la muerte —pensaba—, apacible, muy dulce, como sumergirte en un baño tibio y abrirte las venas...». Una mujer con un niño en brazos abrió la puerta para entrar en el compartimento en el que yo estaba solo, recostado; me vio, cerró bruscamente la puerta y se marchó asustada. «Mi cabeza debe haberse convertido ya en calavera —me dije— y la mujer se ha aterrorizado. Menos mal que la muerte no ha golpeado mi mente como te golpeó a ti, maestro...».

Cuando llegamos a Viena hice acopio de todas mis fuerzas para bajar del tren e ir hasta el quiosco que tenía frente a mí a comprar un periódico, pero me resbalé, me golpeé con un hierro y caí al suelo, desmayado.

A partir de ese momento no recuerdo nada más; cuando abrí los ojos me encontré en una gran sala con hileras de camas, era de noche y encima de mí había encendida una pequeña luz azul; tenía la cabeza envuelta en algodones y gasas; una sombra blanca con dos grandes alas blancas a ambos lados de las sienes, gesticulaba sigilosamente entre las camas. Se acercó a mí, puso su mano fresca, suave, en mi pulso, sonrió.

—Duerme —susurró.

Cerré los ojos y me dominó de nuevo el sueño; un sueño extraño, denso, como si me hundiera en plomo derretido tibio y me pesaran los pies y las manos y no pudiera moverlos, como si las alas de mi alma estuvieran pegadas.

Un sueño denso me pareció todo el tiempo que pasé en el lecho de la enfermedad. Durante muchos días me negué a abrir la boca y comer; estaba agotado; me resultaba imposible levantarme, moverme, sentía que cada día me hundía más, primero, hasta la cintura, luego hasta el pecho, hasta el cuello, en un lodo tibio, blando, que olía a hojarascas podridas. Debía ser la muerte.

De cuando en cuando sacaba la cabeza de las profundidades, mi mente volvía a iluminarse, llamaba a la enfermera; ella sabía el motivo y venía con sus alas blancas en las sienes y con papel y lápiz para escribir. Mi mente trabajaba, se resistía a hundirse también ella en el lodo, y yo había acostumbrado a la enfermera a venir y a decirle algunas palabras, lo que subía del caos, un *haiku*, y a que lo escribiera. Muchos de aquellos *haikus* se han perdido, otros los inserté en mis escritos más tarde, cuando salí del lodo de la muerte.

La monja me cogía la mano, sonreía:

—Estoy lista —decía.

Apoyaba el papel sobre sus rodillas —recuerdo sus finas y blanquísimas manos—. Yo cerraba los ojos y le dictaba: «¡Hola, hombre, gallito desplumado de dos patas! Es cierto, aunque tú no lo creas, si no cantas por la mañana, no sale el sol».

La enfermera sonreía.

—¡Qué cosas se te ocurren con la fiebre! —decía.

—¡Escribe!: «En el corazón de Dios duerme una lombriz y sueña que no hay Dios».

—Escribe: «Si abres mi corazón encontrarás una montaña escarpada y un hombre que la sube solo». Y también esto: «Si ahora en pleno invierno floreces, loco almendro, vendrá la nieve a quemarte —¡que me quemé!—, responde el almendro cada primavera».

—Basta, basta por hoy —me decía la hermana viéndome palidecer.

—¡No, no, uno más!: «*Me gusta ver la mente llamar a la puerta del cielo, mendigar, y que Dios no le abre para darle un trozo de pan*».

—¡Basta! ¡Basta! —insistía la enfermera.

—¡No, no, otro más! Para que se enteren allá en Grecia, si me muero: «*Dondequiera que voy, dondequiera que me detengo, llevo entre los dientes, como una hoja de laurel, a Grecia*».

Cerraba los ojos, mis sienes se quedaban vacías.

—Estoy cansado, hermana... —murmuraba, y volvía a caer en el lodo.

Como nubes encima de mi mente pasaban las alegrías y los hechos de mi vida, los rostros que había amado, los países que había visto, se detenían un momento y de pronto se desvanecían y se perdían, y entonces subían otras nubes, ora de mi sien derecha, ora de la izquierda, según el viento que soplaba...

Un día, en pleno estado febril me acordé de la Virgen *Jrisoscalitisa*, un monasterio cretense colgado en la montaña sobre el mar de Libia. ¡Qué día aquel! ¡Qué tierno sol de primavera! ¡Cómo espejeaba el mar que llegaba hasta Berbería! El *higúmeno* recio, rechoncho, con blancas barbas en horquilla y bigotes retorcidos como los de un combatiente, estaba de buen humor y su mente centelleaba; nos llevaba por todo el monasterio y nos mostraba en el cementerio las tumbas de los monjes. Estaban excavadas en la roca, dominando el mar; cuando había tempestad, el mar salpicaba las cruces negras y todos los nombres que había grabados sobre ellas estaban roídos. No me gustaba andar entre las tumbas, intenté salir de allí, pero el *higúmeno* me retuvo por el brazo, me apretó hasta hacerme daño. «¡Vamos, *palicari* —me dijo riendo— no tengas miedo! Suele decirse que hombre es el animal que piensa en la muerte. Yo te digo que no: hombre es el animal que piensa en la inmortalidad. ¡Ven a ver!». Se detuvo ante una tumba abierta vacía. «Mira, esta es la mía; no tengáis miedo, muchachos, acercaos. Todavía está vacía, pero se llenará». Se partía de risa; la había excavado él mismo en la roca con el pico y había preparado también la lápida. «Mirad lo que he grabado encima —nos gritó—. Pero inclinaos, no tengáis miedo; leedlo». Se

arrodilló, limpió de tierra las letras grabadas, leyó: «¡Eh! ¡Eh, muerte, no te tengo miedo!». Nos miró; reía de oreja a oreja. «¿Por qué he de temer a esa vieja máscara? —dijo—; es una mula, la montaré para que me lleve hasta Dios».

Creo que los estados febriles son unos de los momentos más ricos del hombre, unos de los más libres; están fuera del espacio, del tiempo y de la razón.

* * *

Cuando pude salir de la clínica a la luz del día, era el mes de mayo... Los lilos habían florecido en los parques, las mujeres llevaban faldas de flores, transparentes; muchachos y muchachas conversaban en voz baja como si tuvieran grandes secretos que contarse, bajo los árboles llenos de nuevos brotes. La tarde que salí soplabla una brisa ligera que traía el perfume de los cabellos de las mujeres y de sus rostros empolvados. «Esta es la tierra — me decía—, este es el mundo de arriba, es una delicia vivir y que tus cinco sentidos, las cinco puertas por donde penetra el mundo, te funcionen bien, y decir: ¡La tierra es estupenda, me gusta!».

Sentía emoción y ternura por el mundo bañado de sol, como si acabara de nacer, como si hubiera bajado un instante al mundo de los muertos, hubiera visto su espanto y hubiera dado un brinco hacia arriba, hubiera abierto los ojos y me encontrara de nuevo en la luz familiar bendita, paseaba bajo los árboles y oía las risas y las conversaciones de los hombres.

Caminaba despacio, todavía me temblaban las rodillas, un dulce atontamiento, como una bruma matinal multicolor, tierna, envolvía mi mente y detrás de esta bruma veía el mundo, mitad consistente, mitad onírico. Recordé un icono que había visto una vez no sé en qué iglesia. La escena estaba dividida en dos bandas, en la banda de abajo, san Jorge, rubio, poderoso, montado en un encabritado corcel blanco, clavaba su lanza en la espantosa fiera que se retorció, echaba espuma por la boca y abrió sus fauces para devorarlo; en la banda de arriba se desarrollaba idéntica lucha, sin embargo san Jorge, caballo y

fiera estaban hechos de una nube ligera a punto de dispersarse y perderse en el aire. Esta banda superior de la pintura del mundo era la que yo veía detrás de la bruma mientras caminaba con rodillas fatigadas por los parques y las calles de Viena y temblaba de miedo de que soplara viento y la dispersara.

¡Cómo iba a saber yo que pocos días después soplaría este viento y la dispersaría!

Viena es una ciudad sugerente y fascinante, se la recuerda siempre como a una mujer amada. Hermosa, casquivana, coqueta; sabe vestirse, desnudarse, entregarse, ser infiel, sin odio, sin amor, por puro juego. No camina, baila; no grita, canta; está tumbada boca arriba a orillas del Danubio, se moja con la lluvia, se cubre de nieve, se calienta al sol, la ves, ella te permite verla toda entera, y dices: «Talía, Erato, Eufrosine, Viena, las cuatro Gracias».

Los primeros días después de mi vuelta a la vida disfruté de esta ciudad risueña, y con ella disfruté de la luz, del olor de la tierra y de las conversaciones de los hombres, y más aún del agua fresca, del sabroso pan, de la fruta... Cerraba los ojos en el balcón de mi cuarto y escuchaba el bullicio del mundo; el mundo me parecía una colmena llena de obreras, de zánganos y de miel; y el viento de primavera, una mano tierna, fresca, en mi rostro.

Pero poco a poco, a medida que mi cuerpo recobraba las fuerzas y el alma volvía a tomar las riendas, toda esta alegría me pareció muy frívola, contraria a mis profundas necesidades; como si en esa ciudad hicieran cosquillas a todos los hombres y mujeres y los hicieran reír. Pero en esa época yo consideraba al hombre un animal metafísico y la risa, el desenfado, la *canzonetta* me parecían una traición y una desvergüenza. Recordaba de nuevo a mi padre, para quien, sin saber bien por qué, la risa era una impudicia; pero yo sabía por qué: este era el único paso que el hijo había dado más allá que su padre.

En mi interior empezó a escucharse cada vez más nítida la voz austera, implacable, del profeta trágico que amaba: «¿No te da vergüenza? —bramaba en mí la voz—. ¿Este es el cerebro de león que yo he alimentado en ti? ¿No te he ordenado que no

acceptes consuelos? Sólo los esclavos y los timoratos tienen esperanza. ¡Decídete, el mundo es una trampa del Maligno, una trampa de Dios, no aceptes morder el señuelo, muérete de hambre!». Y en voz más baja, confidencialmente: «¡Yo no pude, flaqueé, puede tú!».

Otras veces esta voz se alzaba silbante, llena de ironía: «Cacareas y proclamas: ¿qué es lo más difícil?, ¡eso es lo que quiero! ¿Qué fe es la que no admite consuelos? ¡Esa adopto yo!». Y luego, cobarde, vas a hurtadillas y te emborrachas en las tabernas de la esperanza, en las iglesias, te prosternas y adoras al Nazareno y alargas la mano y mendigas «¡Señor, sálvame! Ponte en camino solo, avanza, llega hasta el final, al final encontrarás el abismo, ¡míralo! Es lo único que te pido: que mires el abismo sin dejarte dominar por el pánico. No te pido nada más. Es lo que hice yo, pero mi espíritu vaciló; mantén tú el tuyo inquebrantable. ¡Sobrepásame!».

El corazón del hombre es un misterio oscuro e irreductible; un cántaro agujereado con la boca siempre abierta, y aunque todos los ríos de la Tierra vertieran en él, seguiría siempre vacío y sediento. La más grande esperanza no lo ha llenado, ¿lo llenaría ahora la más grande desesperación?

Hacia allí me empujaba la voz implacable; presentía de quién eran las huellas que quería que siguiera; aquellas huellas caminaban firmes, sin vacilaciones, sin pausa pero sin prisa, hacia el abismo. «Este es —me decía la voz—, este es el último Libertador; libera al hombre de la esperanza, del miedo, de los dioses. ¡Síguelo! Yo no pude; no tuve tiempo, llegó el Superhombre, me dominó una gran esperanza y me desvié del camino, no me quedó tiempo para rechazarlo; rechaza tú a tu superhombre, el Nazareno, llega adonde yo no tuve tiempo de llegar, ¡a la absoluta libertad!».

Así, sin piedad, obstinadamente, me empujaba esta voz ronca; poco a poco, sin alharacas, el profeta de la liberación total se alzaba dentro de mí, mis entrañas se convertían en un loto y sobre el loto estaba sentado él con las piernas cruzadas, con dos ruedas místicas grabadas en las plantas de sus pies, con los dedos de las manos hábilmente entrelazados, con una espiral

negra, como un tercer ojo, entre las cejas; y su sonrisa, zalamera, inquietante, se extendía por sus labios delgados hasta sus enormes orejas, hasta la frente, y desde este alto precipicio se deslizaba como miel, invadía todo su cuerpo, llegaba hasta las plantas de sus pies; y las dos ruedas bajo las plantas se movían como si quisieran escaparse.

¡Buda! ¡Buda! Hacía años que había leído sobre su vida y sobre su doctrina altiva y desesperanzada, pero lo había olvidado, al parecer, no estaba aún maduro y no le había prestado atención; se me había presentado como una voz mágica y hechicera que venía del fondo de Asia, de una selva tenebrosa llena de orquídeas narcotizantes y de serpientes, pero yo no me había dejado atontar; dentro de mí me llamaba otra voz dulcísima y familiar y yo, lleno de confianza, iba a encontrarme con ella... Pero ahora, ¡cómo resonaba de nuevo, en medio de las risas de esta ciudad, la flauta mágica y hechicera! ¡Y cómo yo cerraba los ojos para recibirla, más familiar ahora, como si jamás se hubiese acallado en mí, sino que hubiese quedado completamente tapada por la trompeta cristiana del Juicio Final!

Con toda certeza, el alimento de león del profeta seguidor de Lucifer me había hecho más fuerte y había empezado a avergonzarme de intentar cubrir el abismo con una llamativa malla. No me atrevía a mirarlo de frente, así desnudo y horripilante como era. Cristo se había interpuesto entre el abismo y yo, había extendido los brazos, compasivo, y no me dejaba verlo para que no me asustara.

Yo retaba, atormentaba a mi alma; ella quería mezclarse con la carne, hacerse manos para tocar el mundo, labios para besarlo y no ver el cuerpo que la envolvía como un enemigo, sino reconciliarse con él, caminar con él, los dos juntos cogidos de la mano y sólo separarse en la tumba; eso era lo que el alma quería, lo quería, pero yo no se lo permitía. ¿Qué yo?; un demonio dentro de mí, un nuevo demonio: ¡Buda! «El deseo — gritaba— es una llama; el amor es una llama; la virtud, la esperanza, el “yo”, el “tú”, el Paraíso, el Infierno, son llamas; sólo una cosa es luz: la renuncia a la llama. ¡Convierte en luz las llamas que te queman, luego sopla y apaga la luz!».

«Cuando termina la jornada de trabajo y las sombras caen sobre las callejuelas de la aldea hindú, sobre los techos de las casas y sobre el pecho de los hombres, un viejo exorcista sale de su cabaña, recorre el poblado, va de puerta en puerta y toca dulcemente, arrulladoramente, como el ensalmo que cura las almas, la flauta mágica que tiene entre los labios; es “la melodía del tigre”, así la llaman, y sana, según dicen, las heridas del día. Para escuchar más nítidamente esta melodía me encerré en mi habitación e inclinado día y noche sobre grandes volúmenes, me puse a estudiar las palabras y la doctrina de Buda.

«En la flor de la edad, con los cabellos negros y rizados, en pleno goce de mi feliz juventud, en el primer grito de la fuerza de mi virilidad, rapé mis cabellos, me vestí con la túnica azafranada, abrí la puerta de mi casa y me adentré en el desierto...».

Y comenzó la lucha del asceta: «Mis brazos se convirtieron en cañas secas, me alimentaba de un grano de arroz al día. Y no penséis que el arroz era entonces más grande de lo que es ahora, era idéntico al de hoy. Mis glúteos se pusieron como patas de camello, mi columna vertebral, como un hilo de cuentas; mis huesos sobresalían como el entramado de una casa en ruinas. Como refulge el agua en el fondo de un pozo, así brillaban mis ojos. Como la calabaza que cruje secándose al sol, así crujía mi cabeza».

Sin embargo, por esta dura senda de la ascesis no llegaba la liberación. Buda bajó al pueblo, comió, bebió, se sentó bajo un árbol, sereno, ni contento ni triste, y dijo: «No me moveré de este árbol, no me moveré de este árbol, no me moveré de este árbol si no encuentro la liberación».

Con ojos límpidos, con espíritu puro, vio a los seres subir de la tierra y desaparecer, vio la vanidad, vio a los dioses dispersarse en el cielo, como nubes, vio todo el ciclo completo, se apoyó en el árbol, y al apoyarse en el árbol, empezaron a caer las flores sobre sus cabellos y sus rodillas, y sobre su mente, la Gran Nueva.

Se volvió a derecha y a izquierda, se volvió adelante y atrás. Era él quien mugía en los animales, en los hombres y en los dioses; el amor se apoderó de él, el amor y la compasión por sí

mismo, que se esparcía y luchaba en el mundo; todo el sufrimiento de la tierra, todo el sufrimiento del cielo eran su sufrimiento. «¿Cómo puede nadie ser feliz en este cuerpo miserable, un amasijo de sangre, huesos, cerebro, carne, mucosidades, semen, sudor, lágrimas y excrementos? ¿Cómo puede nadie ser feliz en este cuerpo gobernado por la envidia, el odio, el miedo, la angustia, el hambre, la sed, la enfermedad, la vejez y la muerte? Todo está abocado al deterioro, los vegetales, los insectos, los animales, los hombres; mira detrás de ti a los que ya no existen; mira delante de ti a los que no existen todavía. Los hombres maduran como las espigas, caen como las espigas, brotan de nuevo. Los océanos infinitos se secan, las montañas se desmoronan, la estrella polar vacila y los dioses desaparecen».

Piedad, piedad, he aquí el seguro guía del camino budista. Por la piedad nos liberamos de nuestro cuerpo, derribamos el muro medianero, nos fundimos con la Nada. Todos somos uno y este uno sufre y hemos de liberarlo. Con una sola gota de agua temblorosa que sufra, yo sufro también.

Alborean en mi mente las «cuatro grandes y santas Verdades»: este mundo es una red en la que estamos apresados y la muerte no nos libera de ella, volveremos a nacer. ¡Venzamos la sed, arranquemos de raíz el deseo, vaciemos nuestras entrañas! No digáis: «Quiero morir» «No quiero morir». Decid: «No quiero nada». Elevad vuestra mente por encima del deseo y de la esperanza y entonces, incluso estando aún vivos, podréis penetrar en la beatitud de la inexistencia. Y con vuestro brazo detendréis la rueda de los nacimientos».

Nunca la figura de Buda se había alzado ante mí en medio de tanta luz. Mucho antes, cuando yo identificaba el nirvana con la inmortalidad veía a Buda, jefe de la esperanza él mismo, conducir su ejército contra el ímpetu del mundo. Sólo entonces sentí: «Buda impulsa al hombre a aceptar de buen grado la muerte, a amar la fatalidad, a armonizar su corazón con la corriente universal, a ver la materia y el espíritu perseguirse, fundirse, engendrar, desaparecer y decir: “Esto es lo que quiero”».

De entre todos los hombres que ha engendrado la tierra, Buda resplandece, espíritu purísimo, en lo más alto. Sin miedo ni pena, lleno de piedad y de conocimiento, ha extendido la mano con una amplia sonrisa y ha abierto el camino de la salvación. Y tras él se precipitan todos los seres, libres, sometidos a la fatalidad, saltando como cabritos que se disponen a mamar. No sólo los hombres, todos los seres, hombres, bestias, árboles... Buda no elige sólo a los hombres, como Cristo, Buda se apiada de todos los seres y a todos los salva.

Solo, sin ayuda de fuerzas invisibles, sintió en su corazón crearse y desaparecer el mundo. En su cráneo tostado por el sol se condensó el éter, se convirtió en nebulosa; la nebulosa en estrella; la estrella, como la semilla, formó una corteza, produjo árboles, animales, hombres, dioses, y luego el fuego penetró en su cráneo y todo se convirtió en humo y desapareció.

Durante muchos días, muchas semanas, viví inmerso en esta nueva aventura. ¡Qué abismo el corazón del hombre! ¡Cómo estalla el latido y juega y toma caminos imprevisibles! ¿Así pues, el ansia y el ímpetu de inmortalidad me llevaban a la muerte completa? ¿O acaso muerte e inmortalidad eran una misma cosa?

Cuando Buda se levantó de bajo el árbol, donde durante siete años había luchado por encontrar la liberación, fue, liberado ya, a sentarse con las piernas cruzadas en la plaza de una gran ciudad y se puso a hablar y a predicar la liberación; y los incrédulos señores, comerciantes, guerreros que lo rodeaban y se burlaban de él, sentían poco a poco que lo más profundo de su ser se vaciaba, se purificaba de sus deseos, y que sus costosos trajes, blancos, rojos o azules se volvían paulatinamente de color azafrán, como la túnica de Buda. Del mismo modo sentía yo vaciarse lo más hondo de mi ser y revestirse mi mente con una sotana azafranada.

Una noche que salí a dar una vuelta por el gran parque de Viena, el Práter, una muchacha, una mujer de la calle, se acercó a mí bajo los árboles; me asusté y aligeré el paso, pero ella me alcanzó y me tomó por el brazo. Olía a un fuerte perfume de

violetas y a la luz, distinguí sus ojos azules, sus labios pintados y su seno medio descubierto.

—Ven conmigo...—me susurró, guiñándome un ojo.

—¡No, no! —exclamé, como si estuviera en peligro.

—¿Por qué? —preguntó ella, y soltó mi brazo.

—No tengo tiempo, hermana —le respondí—. Discúlpame.

—¿Estás loco? —dijo la muchacha, y me miró con lástima—. ¿Eres monje? Nadie nos ve.

«Nos ve Buda», iba a responderle, pero me contuve. La muchacha, entretanto, le había echado el ojo a otro paseante solitario y corrió a abordarlo. Respiré como si hubiera escapado de un gran peligro y regresé a toda prisa a mi habitación.

Me había sumergido en Buda. Mi mente se había transformado en un girasol amarillo y Buda era el sol y yo seguía su salida, su cenit y su ocaso. «Las aguas duermen, pero las almas no duermen» —me había dicho en cierta ocasión un viejo rumeliota—; sin embargo, me pareció durante aquellos días que mi alma había empezado a dormir beatíficamente en una imperturbabilidad búdica. Como cuando sueñas y sabes que estás soñando y lo que ves en sueños, bueno o malo, no te produce alegría o tristeza ni miedo porque sabes que cuando despiertes todo se desvanecerá, así veía yo pasar ante mis ojos la fantasmagoría del mundo, sin alegría, sin temor, imperturbable.

Para que la visión no se desvaneciera inmediatamente, para consolidar con palabras la perfecta liberación, para que mi alma la sintiera palpablemente, me puse a escribir un diálogo entre Buda y su amado discípulo Ananda:

Los bárbaros habían bajado de las montañas y habían sitiado la ciudad; Buda estaba sentado con las piernas cruzadas bajo un árbol en flor y sonreía; Ananda tenía apoyada la cabeza sobre las rodillas de Buda y los ojos cerrados, para que la fantasmagoría del mundo no extraviara su pensamiento; a su alrededor, una multitud de oyentes que ansiaban llegar a ser discípulos, estaban sentados escuchando su discurso de salvación. Pero al oír que los bárbaros venían en son de guerra se alarmaron.

—Maestro —le gritaron—, levántate, ponte al frente, repelamos a los bárbaros, ya nos hablarás luego del secreto de la salvación.

Buda meneó la cabeza.

—No —dijo—, no voy.

—¿Estás fatigado? —gritaron ellos furiosos—. ¿Tienes miedo?

—He concluido —respondió Buda, y su voz estaba más allá del cansancio y del temor, más allá de la patria.

—¡Entonces, iremos nosotros a defender las tierras de nuestros padres! —gritaron todos, y se encaminaron a la ciudad.

—¡Id con mi bendición! —dijo Buda, levantó la mano y los bendijo—. Yo he ido adonde vosotros vais, he ido y he vuelto; me quedaré sentado aquí, bajo este árbol en flor y aguardaré a que volváis. Sólo entonces, cuando todos estemos sentados bajo el mismo árbol florecido, cada palabra que diga, cada palabra que vosotros digáis, tendrá el mismo sentido para todos; ahora es demasiado pronto aún; yo digo unas cosas y vosotros entendéis otras, hablamos lenguas diferentes. ¡Buen viaje y feliz regreso!

—No comprendo, Maestro —dijo Sariput—; otra vez vuelves a hablarnos con parábolas.

—Comprenderás a tu regreso, Sariput. Ahora, ya os lo he dicho, es demasiado pronto. Hace años que vivo la vida y el sufrimiento del hombre, hace años que maduro; nunca había llegado, compañeros, a tal grado de libertad. ¿Por qué? Porque he tomado una gran decisión.

—¿Una gran decisión, Maestro? —dijo Ananda y levantó la cabeza, se agachó, besó el santo pie de Buda—. ¿Qué decisión?

—No quiero vender mi alma a Dios, a eso que vosotros llamáis Dios; no quiero vender mi alma a la Tentación, a eso que vosotros llamáis la Tentación; no quiero venderla a nadie. ¡Soy libre! Dichoso aquel que escapa de las garras de Dios y de las de la Tentación; él, sólo él, está liberado.

—¿Está liberado de qué? —dijo Sariput, y el sudor corría por su frente—. ¿Está liberado de qué? En tus labios, Maestro, ha quedado una palabra y te abrasa.

—No me abrasa, Sariput, me refresca; no sé, perdonadme, si podréis resistirla, si podréis oírla sin que os domine el pánico.

—Maestro —dijo Sariput—, vamos a la guerra, puede que no regresemos, quizá no volvamos a verte; desvélanos esta última palabra tuya, la última, ¿de qué está liberado?

Lentamente, pesadamente, como un cuerpo en el abismo, cayó de los finos labios de Buda la palabra.

—De la liberación.

—¿De la liberación? ¿Está liberado de la liberación? —gritó Sariput—. ¡Maestro, no lo comprendo!

—Mejor, Sariput, mejor; si lo comprendieras te aterrarías. Sin embargo, sabed, compañeros, que esta es mi libertad: ¡me he liberado de la liberación! —Guardó silencio, pero ahora ya no podía contenerse

—Cualquier otra libertad, sabedlo, es esclavitud; y si se diera el caso de que volviera a nacer, lucharía por esta gran libertad: por la liberación de la liberación... Pero basta; aún es pronto para hablar, hablaremos cuando regreséis de la guerra, si regresáis. ¡Adiós!

Respiró profundamente; veía a sus discípulos vacilar; son rió.

—¿Por qué seguís aquí? —dijo—; vuestro deber aún es la guerra, idos a luchar. ¡Adiós!

—Feliz encuentro, Maestro —dijo Sariput—, ¡vamos!, ¡y que Dios nos asista!

Ananda no se movió. Buda lo miró fijamente, contento.

—Yo me quedaré contigo, Maestro —dijo, y enrojeció.

—Ananda amado —dijo Buda—. ¿Es por miedo?

—Es por amor, Maestro.

—El amor ya no basta, fiel compañero. No basta.

—Lo sé, Maestro; mientras hablabas he visto que un fuego lamía tu boca.

—No era fuego, Ananda, no era fuego, era la palabra. ¿Comprendes tú, mi joven, mi fiel amigo, esta palabra sobrehumana?

—La comprendo, creo. Por eso me he quedado contigo.

—¿Qué has comprendido?

—Que el que dice que existe liberación es esclavo; porque a cada instante calibra cada una de sus palabras, cada uno de sus actos, y tiembla de miedo. ¿Me salvaré? ¿No me salvaré? ¿Iré al Cielo? ¿Iré al Infierno? ¿Cómo puede ser libre un alma que espera? El que espera teme esta vida, teme la otra vida, permanece suspendido en el aire y espera el azar o la misericordia de Dios.

Buda puso la mano sobre los negros cabellos de Ananda.

—Quédate —dijo.

Permanecieron un buen rato en silencio bajo el árbol en flor. Buda acarició lentamente, compasivamente, los cabellos del discípulo amado.

—Salvación querrá decir liberarse de todos los salvadores; esta es la suprema libertad, la más alta, donde el hombre respira con dificultad. ¿Resistirás?

Ananda había inclinado la cabeza y guardaba silencio.

—¿Comprendes ahora quién es el Liberador perfecto?...

Calló, y al poco rato, jugueteando entre sus dedos con una flor que había caído del árbol:

—El Liberador que liberará a los hombres de la liberación.

* * *

Había pavimentado con las veinticuatro letras del alfabeto — otras piedras y otra cal no tenía— el nuevo camino que llevaba a la liberación. Ahora sabía, sabía y miraba el mundo sin miedo, con serenidad, porque ya no podía engañarme. Me asomé a la ventana, miré a los hombres, a las mujeres, los coches, las tiendas repletas de comida, de bebidas, de fruta, de libros, y sonreí; todo esto eran nubes abigarradas, soplaría una ligera brisa y las disiparía. El poder de la Tentación las había engendrado, la sed y el hambre del hombre las conservaban una hora, dos, lo que podían, hasta que soplara la brisa y las dispersara.

Salí, en la calle me mezclé con una oleada de hombres que corrían presurosos, yo también corría con ellos, ya no tenía nada que temer. Son *drosulites* —pensaba—, bruma formada de rocío,

¿por qué temerlos? Iré con ellos para ver qué hacen. Llegamos a un cine con luces rojas, azules, verdes, entramos. Nos sentamos en butacas de terciopelo, al fondo una sábana luminosa sobre la que pasaban sombras inquietas, apresuradas. ¿Qué hacían?, mataban, se mataban, se reconciliaban. A mi lado había sentada una muchacha, sentía subir y bajar su pecho al respirar, su aliento olía a canela, a veces su rodilla rozaba la mía; yo me estremecía pero no me apartaba. En un momento dado se volvió hacia mí, me miró y en la penumbra de la sala me pareció que me había sonreído.

Me cansé de ver sombras, me levanté para irme; la muchacha se levantó también. En la puerta se volvió de nuevo hacia mí y me sonrió; nos pusimos a charlar a la luz de la luna, nos encaminamos hacia el parque. Nos sentamos en un banco; verano, la noche, dulce como la miel; las lilas exhalaban su aroma, pasaban parejas, otras, echadas sobre el césped, se abrazaban. Un ruiseñor sobre nuestras cabezas, oculto entre las lilas, se puso a cantar y mi corazón se detuvo; no era un pájaro, debía ser un espíritu maligno. Una vez que subí al Psiloritis, en Creta, creo haber oído ese trino y sabía lo que decía... Extendí la mano, la puse sobre los cabellos de la muchacha.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Frida —respondió riendo—. ¡Qué pregunta! Me llamo mujer.

Entonces se me escapó una palabra terrible; no era mía, debía ser de alguno de mis antepasados; no de mi padre, él detestaba a las mujeres, sino de algún otro. Al pronunciarla me asusté, pero ya era demasiado tarde.

—Frida, ¿quieres pasar la noche conmigo?

Y la muchacha tranquilamente:

—Esta noche, no; no puedo; mañana por la noche.

Me sentí aliviado; me levanté a toda prisa, nos separamos. Me dirigí rápidamente a casa.

Entonces sucedió algo increíble; incluso ahora no puedo evocarlos sin sentir un escalofrío; verdaderamente el alma del hombre es de una gran nobleza, inquebrantable y tiene en sus brazos un cuerpo que se pudre cada día. Mientras caminaba de regreso a casa oía que la sangre se me subía a la cabeza, mi

alma estaba crispada, sentía que mi cuerpo estaba dispuesto a caer en el pecado y se sacudía llena de desprecio y de rabia, se negaba a permitirselo... Mi sangre fluía a prisa y se me agolpaba en el rostro y poco a poco me daba cuenta de que se me estaban hinchando los labios, las mejillas y la frente; los ojos se me habían quedado tan pequeños que se habían convertido en dos ranuras y me costaba trabajo ver.

Apresuré el paso, corría tropezando, tenía prisa por llegar a casa y mirarme al espejo para saber qué me había sucedido...

Cuando por fin llegué, encendí la luz y me miré al espejo, lancé un grito de terror: tenía la cara completamente hinchada, desfigurada, los ojos apenas se me veían entre la carne roja desbordada, y mi boca se había convertido en un orificio pequeñísimo y no la podía abrir. De pronto me vino a la mente la muchacha, Frida, ¿cómo iba a verla al día siguiente en tal estado?; decidí escribirle un telegrama: «Mañana no puedo. Iré pasado mañana», y me tumbé en la cama, desesperado. «¿Qué enfermedad será esta? —pensaba— ¿la lepra?». De niño, veía a menudo en Creta leprosos con el rostro tumefacto, rojo, a los que se les caía la piel, y recordé el espanto que me producían y que un día había dicho: «Si yo fuera rey, a todos los leprosos les ataría una piedra al cuello y los arrojaría al mar». ¿Acaso ahora el Invisible, un Invisible había recordado mis palabras inhumanas y me había enviado la terrible enfermedad para castigarme?

No pude pegar ojo en toda la noche; estaba impaciente por que amaneciera, me decía que posiblemente a la mañana siguiente el mal habría pasado; y no dejaba de examinarme el rostro para ver si volvía a estar normal...

Al amanecer me levanté de un salto y corrí al espejo. Una horrible mascarilla de carne se había adherido a mi cara, la piel había empezado a agrietarse y a rezumar un humor amarillento, yo no era un ser humano, era un demonio.

Llamé a la criada para darle el telegrama; cuando abrió la puerta y me vio lanzó un grito y se tapó la cara con las manos; no se atrevía a acercarse a mí, cogió el telegrama y se fue. Pasó un día, dos, tres, una semana, dos, y todos los días enviaba el mismo telegrama por miedo a que ella viniera a mi casa y me

viera: «Hoy no puedo. Iré mañana». No sentía dolor, pero no podía abrir la boca para comer, sólo podía beber leche y limonadas con una pajita. Finalmente no pude soportarlo más; había leído algunas obras de psicoanálisis del famoso discípulo de Freud, Wilhelm Stekel y fui a verlo; presentía, sin saber por qué, que aquella enfermedad me la había producido el alma; ella era la culpable.

El sabio profesor empezó a confesarme, le conté mi vida, que desde la adolescencia había buscado un camino de salvación, que durante años había seguido a Cristo pero que últimamente su religión me había parecido demasiado ingenua, demasiado optimista, y que lo había abandonado para seguir el camino de Buda.

El profesor sonrió.

—Pretender encontrar el principio y el fin del mundo es una enfermedad —me dijo—. El hombre normal vive, goza, sufre, lucha, se casa, tiene hijos sin perder el tiempo en preguntarse de dónde, adónde, por qué... Pero usted no ha terminado de hablar; aún me oculta algo, confiéselo todo.

Le conté que había conocido a Frida y que habíamos concertado una cita.

El profesor soltó una risita burlona; lo miré nervioso; había empezado a odiar a aquel hombre porque se empeñaba en violar todas las puertas cerradas a cal y canto dentro de mí y examinaba mis secretos con una impertinente lupa.

—¡Es suficiente, es suficiente! —me dijo, riéndose con sarcasmo—; mientras permanezca en Viena, esa máscara seguirá pegada a su rostro. Su enfermedad es el mal de los ascetas, así la denominamos, una dolencia muy rara en nuestra época. Porque ¿qué cuerpo obedece hoy a su alma? ¿Ha leído usted alguna vez *Vidas de santos*? El asceta abandonaba el desierto de la Tebaida y corría a la ciudad más cercana, porque de repente el demonio de la fornicación lo había dominado y tenía que acostarse con una mujer. Corría, corría, pero a las puertas de la ciudad, en el momento en que se disponía a cruzar el umbral, veía con pavor que la lepra cubría su cuerpo. No era lepra, era esta enfermedad, la que usted padece. ¿Cómo

presentarse ante una mujer con una cara tan espantosa? ¿Qué mujer se habría atrevido a tocarlo? Así que corría de vuelta a su eremitorio, al desierto, y daba gracias a Dios, que lo había librado del pecado. Y Dios —dicen los sinaxarios— lo perdonaba y raspaba la lepra de su cuerpo. ¿Comprende ahora? Su alma, eso que usted llama alma, sumida en la cosmovisión budista, cree que acostarse con una mujer es un pecado mortal; no permite al cuerpo pecar. En nuestra época almas así, que se impongan de ese modo a la carne, son escasas; en mi vida profesional sólo he encontrado un caso semejante: una vienesa muy honrada, muy piadosa, quería mucho a su marido; pero él estaba en el frente y sucedió que aquella señora conoció a un joven y se enamoró de él. Una noche estaba dispuesta a entregarse a él pero de pronto su alma se rebeló, se resistió, y la cara de la mujer se hinchó, se volvió repugnante, como la de usted ahora. Desesperada, vino a verme; yo la tranquilicé: «Cuando su marido vuelva de la guerra —le dije— usted se curará». Y en efecto, en cuanto el marido regresó de la guerra, es decir, tan pronto como hubo pasado el peligro del pecado, el rostro de la mujer recobró su antigua belleza. Lo mismo le sucede a usted: se curará cuando se marche de Viena y deje a Frida.

No le creí; me fui: «Cuentos de científicos —decía obstinado—, me quedaré en Viena, me quedaré y me curaré». Me quedé un mes; la máscara no desaparecía, todos los días seguía enviando el mismo telegrama: «Hoy no puedo. Iré mañana». Pero ese día no llegaba y me cansé. Una mañana me levanté decidido: «¡Me iré!». Cogí mi maleta, bajé la escalera, salí a la calle, me dirigí a la estación. Era temprano, soplaba una brisa fresca, los obreros y las obreras corrían en tropel a sus trabajos, riendo, masticando aún un trozo de pan. El sol no había bajado todavía a las calles, algunas ventanas se abrían, la ciudad despertaba. Yo caminaba ligero, estaba de buen humor, despertaba como la ciudad y a medida que caminaba sentía que mi cara se aliviaba, mis ojos se liberaban y se abrían, mis labios se deshinchaban y como un muchachito me puse a silbar. La brisa fresca rozaba mi rostro, como una mano compasiva, como

una caricia. Y cuando llegué a la estación y saqué del bolsillo un espejito y me miré, ¡qué alegría!, ¡qué felicidad! Mi cara estaba completamente deshinchada, habían vuelto mis antiguos rasgos, la nariz, la boca, las mejillas; el demonio se había ido, yo había vuelto a ser un hombre.

A partir de aquel día comprendí que el alma humana es un resorte terrible y peligroso; llevamos con nosotros, envuelta en nuestras carnes y en nuestra grasa, una gran fuerza explosiva y no lo sabemos. Y lo que es peor, no queremos saberlo; porque entonces la vileza, la rebeldía, la mentira son inexcusables; ya no podemos ocultarnos tras la supuesta mezquindad y la impotencia humanas. Si somos ruines, cobardes, mentirosos, es culpa nuestra; pues tenemos en nosotros una fuerza todopoderosa y no nos atrevemos a utilizarla por temor a que nos abraze; nos es más cómodo dejar que se consuma poco a poco y se convierta también ella en carne y grasa. ¡Qué terrible es que no lo sepamos! Si lo supiéramos nos sentiríamos orgullosos del alma del hombre, en la tierra y en el cielo no hay nada que se parezca tanto a Dios como el alma del hombre.

Berlín. Una judía

De Viena había saltado a Berlín. Buda había apagado muchos anhelos en mí, pero no había podido apagar la sed de ver la mayor cantidad posible de tierras y mares; me había dado eso que él mismo llama «el ojo del elefante» —ver todas las cosas como si las viera por primera vez y darles la bienvenida; ver todas las cosas como si las viera por última vez y decirles adiós —.

El mundo es un espectro —me decía a mí mismo—, los hombres son *drosulites*, criaturas efímeras del rocío; ha salido el sol negro, Buda, y ellos se desvanecen; la piedad había hecho presa en mi alma, la piedad y el amor. ¡Ah, si pudiera retener un instante aún estos espectros en el rabillo del ojo y que no se evaporaran! Sentía que mi corazón no estaba envuelto del todo en la túnica amarilla; quedaba todavía un palpito, muy rojo, que latía con obstinación y no permitía a Buda poseerme por completo. Dentro de mí había un cretense que se rebelaba y se negaba a entregar al pacífico conquistador el pan y la sal.

En Berlín lo comprendí. Cierro los ojos para recordar los pecados mortales que contra el budismo cometí en aquella ciudad ingrata y mi memoria rebosa veladas muy cálidas, palabras abrasadoras y risas, castaños y cerezos en flor, ojos judíos ávidos, olor acre a axilas de mujer, y no puedo poner orden en mis recuerdos.

Hojeo cuadernos amarillentos para recordar qué vino primero y qué después, y qué juramentos nos hicimos y cómo se produjo la separación... ¡En verdad, qué fuerza tienen las letras, esos veinticuatro soldaditos que permanecen firmes al borde del precipicio y defienden el corazón del hombre durante tanto

tiempo y no lo dejan caer y ahogarse en el ojo negro sin fondo de Buda!

* * *

2 de octubre . Llevo tres días en Berlín, recorro las calles interminables, monótonas, los castaños han perdido las hojas, sopla un viento glacial, mi corazón se ha congelado. Sobre el dintel de una puerta hoy vi escrito con grandes letras: «Congreso de Reformadores de la Educación»; nevaba, tenía frío, entré. Mucha gente, maestros y maestras, busqué con la mirada un asiento vacío, de repente una blusa de color naranja destacó en medio de las chaquetas grises y negras; como el insecto que se siente atraído por el color de la flor, me dirigí hacia la joven de la blusa naranja, a su lado había un asiento libre, me senté. Un profesor exaltado gesticulaba, se acaloraba, se desgañitaba, bebía agua, se calmaba un poco y tomaba impulso de nuevo — cómo cambiar los programas escolares, cómo forjar una nueva generación de alemanes que menosprecie la vida y la muerte—; un salvador más que se empeñaba en salvar el mundo conquistándolo.

Me volví hacia mi vecina; sus cabellos eran de un negro azulado, sus ojos enormes, oscuros, almendrados, la nariz un poco aguileña, tenía algunas pecas en la cara y su carne era morena, como ámbar viejo. Me incliné y le pregunté:

—¿De dónde cree usted que soy?

—Del país del sol —me respondió, y se puso colorada.

—Sí, del país del sol. Aquí me ahogo. ¿Salimos a pasear un poco?

—Vamos.

En la calle ella saltaba, reía, gritaba, como un niño al que le han regalado un nuevo juguete.

—Me llamo Sarita, soy judía y escribo poemas.

Entramos en un parque, las hojas amarillas caídas en el suelo crujían bajo nuestros pies, puse mi mano sobre sus cabellos y eran cálidos y suaves como la seda. La muchacha se detuvo silenciosa y tensó el cuello como si escuchara con atención.

—De su mano brota una fuerza —dijo—; me siento como un cántaro, he ido a la fuente y me estoy llenando.

Era cerca del mediodía.

—Vamos a comer —dije— una sopa caliente, espesa, para entrar en calor.

—Los judíos ayunamos hoy, es un pecado —respondió—; yo también tengo hambre y frío, pero es un pecado.

—Pequemos, pues, para poder arrepentirnos luego, y que el terrible Jehová, su dios, nos perdone.

Parecía que le había molestado que yo hablara así, burlándome de su dios.

—¿Y cuál es tu dios?

Me turbé; por un momento sentí que también yo pecaba contra mi dios; durante todas aquellas horas había olvidado que aquellos ojos, aquellos cabellos y aquella piel de ámbar eran un espectro, y yo no soplabo, no quería soplar para que no se disiparan.

—¿Es Dionisos? —dijo la muchacha riéndose—. ¿El borrachín?

—No, no, es otro, otro, más terrible que vuestro Jehová... ¡No me lo preguntes!

En ese momento debí haberme levantado y haberme ido, pero me compadecí de mi cuerpo, me quedé.

—Recítame uno de tus poemas —dije, para distraer mi mente. Su rostro se iluminó; su voz era acariciadora, amarga:

Exiliados que aún no han comprendido
Que el exilio es también una patria;
Y cuando caminamos en ciudades nuevas, a nuestro
lado,
A nuestra derecha, camina la patria como una
hermana.
Exiliados que aún no han comprendido
Que cuando alguien nos regala una sonrisa,
En nuestro corazón exiliado

Se inicia el *Cantar de los Cantares*.

Sus ojos se habían inundado de lágrimas.

—¿Estás llorando? —me incliné sobre ella y le pregunté.

—En cualquier parte en la que se toca a un judío —respondió — hay una herida.

* * *

3 de octubre. ¡Ah, si realmente el hombre pudiera mantener la embriaguez, si Dionisos fuera un dios todopoderoso! Pero la borrachera pasa pronto, la mente se despeja y la carne cálida, firme, se convierte en espectro. Al día siguiente mi mente se alzó, me miró con desprecio y severidad: «Infidel, incoherente, traidor —me gritó— me avergüenzo de vivir y ser tu compañera de camino; Buda puede perdonarte, pero yo no; no caigas en la trampa de color naranja».

Pero a pesar de ello, a la mañana siguiente muy temprano, me encaminé de nuevo al Congreso; busqué con la mirada, no vi por ningún sitio la blusa de color naranja, intenté alegrarme pero no podía. Me puse a escuchar los graves discursos, muchos de los presentes tenían hambre y comían manzanas, otros estaban bien atentos, no perdían palabra y escribían. De pronto intuí a mi espalda, como un aliento cálido, un rostro que me buscaba, unos ojos que se clavaban en mí. Me volví y la vi al fondo de la sala; llevaba un modesto chal de color verde oliva con un cuello de piel gastada levantado, porque hacía mucho frío; me sonrió, y su cara resplandeció como una cabeza de mármol con el sol.

No me volví para mirarla, iba a marcharme pero ella me adelantó en el pasillo; me dio un librito de poemas suyos, reía, bailaba, su embriaguez de la víspera no se había disipado. Pero yo tenía prisa por alejarme de ella y salir de allí; en el momento en que me inclinaba para darle la mano vi que sus ojos me miraban interrogantes, desconcertados, con un ligero temor; su cuerpo se había reducido, se había encogido y encorvado; se me desgarró el corazón de pena. La así por la espalda y masajé sus delgados hombros, lanzó un gritito de complacencia y de dolor, trató de huir.

—¿Por qué me haces daño?

—Porque estás hecha de otra arcilla, porque tienes otro dios y porque me he pasado la noche pensando en ti; quisiera hacerte una pregunta, pero has de decirme la verdad.

—¿Por qué no iba a decirte la verdad? No tengo miedo a la verdad; soy judía.

—¿Qué te ordena tu dios? ¿Qué deber te impone? Antes de ir más allá tengo que saber esto.

—El odio, el odio, el odio. Este es el primer deber. ¿Estás satisfecho?

Su rostro se había transformado de repente; sus labios carnosos habían callado pero aún estaban trémulos. Tras el hermoso rostro cetrino aparecieron unas fauces de tigre y unos ojos amarillos.

—¿Estás satisfecho? —siseó de nuevo, provocadoramente.

Recordé las palabras de Buda: «Si respondemos al odio con odio nunca el odio desaparecerá del mundo».

—El odio —le respondí— es el esclavo que va delante del amo y le limpia el camino.

—¿Quién es el amo?

—El deseo amoroso, el amor.

La judía lanzó una risa sarcástica.

—Eso es lo que bala vuestro Cristo; a nosotros Jehová nos ordena: «¡Si te arrancan un diente, arranca tú una mandíbula!». Tú eres un cordero, yo soy una loba herida, no podemos unirnos. Es bueno que lo hayamos comprendido antes de que se unieran nuestros labios.

—¿Qué te ha hecho el mundo? ¿Por qué quieres destruirlo?

—Tú nunca has pasado hambre, creo, nunca has dormido debajo de un puente, no han matado a tu madre en un pogromo, no tienes ningún derecho a preguntar. Este mundo, el tuyo, es injusto, infame, pero nuestro corazón no lo es; y yo quiero ayudar a mis compañeros a destruirlo y a crear uno nuevo del que no se avergüence nuestro corazón.

Caminábamos bajo los árboles desnudos, soplaba un viento glacial que arrancaba algunas hojas, que aún quedaban en las copas, y estas caían sobre nuestras cabezas y nuestros

hombros. Su blusa era de algodón, sus guantes estaban agujereados, la judía tiritaba de frío; sus zapatos estaban gastados a punto de romperse. Por un instante la miré a los ojos y sentí pavor al ver cómo ardían de odio y se clavaban en mí.

«¡Cuánto ha debido sufrir esta muchacha —me dije— para hablar con tanto odio! ¡Quién sabe por qué, durante un instante ha sentido horror de enamorarse de un hombre del bando enemigo!».

Tenía los labios amoratados de frío, los dientes le castañeaban. Sentí vergüenza. Me quité el abrigo de piel y me apresuré a echárselo por los hombros, antes de que tuviera tiempo de rechazarlo, se sacudió con rabia para quitárselo, pero yo lo mantuve apretado sobre ella y le pedí por favor que no lo hiciera.

Se detuvo como si le faltara el aliento; ya no resistía más; su cara recobraba poco a poco la belleza, sentía que el calor de mi cuerpo que despedía el abrigo penetraba lentamente, profundamente en su cuerpo, y sus labios iban recuperando el color. Apoyó el brazo en mí, sus rodillas debían estar paralizadas.

—El calor es bueno —murmuró—, es bueno; la vida cambia.

«Un poco de calor —pensé, y mis ojos estaban a punto de humedecerse—, un poco de pan, un techo, una palabra de cariño y el odio desaparece...».

Habíamos llegado ya a su casa.

—¿Cuándo nos vemos otra vez? —le pregunté.

—Toma tu abrigo —dijo—, ahora comprendo por qué todos los que tienen un abrigo hablan como tú; cógelo porque mi corazón está a punto de desfallecer.

—Tu corazón no, Sarita, tu odio.

—Son una sola cosa; benditos sean el frío y el hambre; sin ellos me encontraría a gusto, es decir, muerta. ¡Adiós!

No me dio la mano, sacó del bolsito la llave para abrir la puerta.

—¿Cuándo nos vemos otra vez? —volví a preguntarle.

Pero su rostro se había convertido de nuevo en una máscara amarilla y no me respondió. Abrió la puerta, penetró en la

penumbra y desapareció.

No volví a verla.

Me encerré en mi cuarto, mi corazón estaba hecho un saquito de orugas. De repente este mundo había vuelto a ser de carne y hueso, de nuevo parecía verdadero, en mi cuerpo se habían despertado, sedientos, los cinco sentidos, y llamaba a Buda para que viniera a exorcizar a la Tentación. Cierta gran santa había llevado vida de asceta durante cuarenta años y en cuarenta años no había podido llegar a Dios; algo se interponía entre ellos y lo impedía; al cabo de cuarenta años comprendió: se trataba de una botija a la que él tenía un gran apego porque la llenaba de agua, bebía de ella y se refrescaba: la rompió y de pronto se unió a Dios.

Lo sabía; mi pequeña botija era el frágil e indómito cuerpo de la judía; si también yo quería unirme a mi Dios, tenía que hacer desaparecer aquel cuerpo que se interponía entre nosotros. Cuando una avispa entra en una colmena para robar la miel, las abejas obreras se lanzan sobre ella, la envuelven por completo en una capa de cera y la asfixian; mi cera eran las palabras, el verso, el ritmo; con ese sagrado sudario envolvería a Sarita para que no me robara la miel.

La sangre empezó a latir en mis sienes, recogí mi mente, dispersa por todas partes, intentaba concentrar mi fuerza en un solo cuerpo, en una sola voz, en dos ojos negros, para conjurarlos; eran ellos los que me separaban de Buda.

* * *

Movilicé mi ejército de palabras, me puse al frente e inicié la guerra; escribía pero a medida que escribía, el objetivo se desplazaba, mi anhelo se dilataba, Sarita quedaba cada vez más atrás, menguaba, menguaba hasta apagarse y ante mí aparecía resplandeciente una cuesta pedregosa, una línea roja y un hombre que la subía: un jeroglífico sencillo, de líneas nítidas, que yo reconocí: era mi vida; lo descifraba y veía de qué forma había iniciado el camino, con qué ingenuidad, con cuántas esperanzas, en qué diferentes estaciones me había detenido para respirar y

tomar impulso —en el yo, en la raza, en el hombre, en Dios— y cómo de repente había visto ante mí la más alta cumbre: el Silencio, Buda. Y el deseo se desencadenó en mí: ¡ah, si yo pudiera despojarme para siempre de todas las falacias de la tierra y del cielo y llegar a esa cumbre solitaria, desierta! Recogí del suelo todas las hojas que había escrito, las leí; me aterrericé; quería escribir un conjuro para hacer desaparecer a Sarita y había escrito uno para hacer desaparecer el mundo. Buda estaba sentado en la cima, inmóvil, me veía luchar al pie de la cuesta y sonreía lleno de compasión y bondad, seguro.

Había puesto en orden las viejas preguntas, había encontrado palabras y había consolidado la respuesta, me había sosegado. Me levanté, salí a la calle para desentumecer el cuerpo, tantos días encerrado; había anochecido, la gente debía haber cenado ya, no llovía, no nevaba y se habían echado a la calle. En una gran puerta vi luces y anuncios multicolores: «Danzas javanesas». Oí una música profunda, llena de pasión, hombres y mujeres entraban, entré.

La danza y el cielo estrellado han sido siempre los espectáculos que han hecho gozar a mi alma de forma más sublime; jamás el vino ni una mujer ni una idea han sacudido mi ser todo entero, carne, mente, alma, como la danza y el cielo estrellado. Me alegré de que, después de tantos días de ayuno ascético, aquella noche pudieran desentumecerse y alegrarse de ese modo no sólo mi cuerpo, sino también mi mente y mi alma, los tres compañeros de viaje.

Cuando entré en la sala la danza había empezado; las luces estaban apagadas y sólo el escenario estaba iluminado con una misteriosa luz azul verde; parecía que era el fondo de un mar lejano de Oriente. Un adolescente de piel morena, de pequeña estatura, con exóticos adornos llamativos y ropajes verdes y dorados, como un insecto macho en plena orgía amorosa, en las horas estivales, bailaba ante una mujer pequeña, de piel trigueña y finos huesos, que permanecía inmóvil. Bailaba, bailaba, mostraba a la hembra su gran agilidad, su enorme fuerza y su gracia, y cómo merecía que ella lo escogiera a él y no a otro para acoplarse y tener descendencia. Aquellas grandes cualidades,

agilidad, fuerza, gracia, no se perderían y pasarían al hijo. La hembra seguía de pie, inmóvil, lo miraba, lo valoraba, para tomar una decisión. Y de pronto se decidió, se lanzó también ella a bailar; el hombre se asustó, se apartó, ahora era él el que estaba inmóvil, fascinado, y la miraba. La mujer bailaba, bailaba, ante el hombre aterrorizado, abría los brazos, apartaba los velos, su cuerpo azul verdoso ora se apagaba, ora resplandecía, se acercaba al hombre, fingía que iba a caer en sus brazos, él lanzaba un grito de triunfo, los abría para asirla en su regazo, y la mujer se escapaba susurrando y se iba a bailar más lejos...

Los animales, los pájaros, los hombres en cada pirueta de la danza arrojan sus máscaras efímeras y detrás de toda máscara se descubre, siempre idéntico, el eterno rostro del amor... Otra danza —pensaba yo, mientras miraba a la pareja de javaneses—, otra danza distinta más allá de la del amor, la danza llamémosla de Dios, podría en sus piruetas hacer caer también esta máscara del amor. ¿Y entonces qué rostro terrible aparecería? Intentaba captar ese rostro, el último detrás de todas las máscaras, pero no podía. ¿Sería el rostro de Buda, el aire? Entretanto, los dos bailarines, el hombre y la mujer, se habían unido, ahora bailaban abrazados, arrobados, saltaban en el aire, caían, daban otro brinco más alto, se esforzaban con un jadeo erótico en sobrepasar los límites del hombre.

Me fui, deambulé por las calles hasta pasada medianoche; habían empezado a caer algunos copos de nieve y los recibía con alivio para refrescarme los labios, que me ardían. Nuevas preguntas surgían dentro de mí, la danza de la noche anterior había abierto en lo más profundo de mi ser los antiguos veneros, que yo creía ya agotados, y sentía que las entrañas de un cretense no se vacían fácilmente. Terribles antepasados en mí, que no habían comido toda la carne ni bebido todo el vino que ansiaban, ni habían besado a todas las mujeres que deseaban, surgían ahora enfurecidos y no permitían que yo muriera para no morir ellos.

¿En verdad, qué busca, qué puede esperar Buda en Creta?

Contemplaba arremolinarse los copos de nieve en torno a la luz de las farolas y pensaba en el hombre y en la mujer

javaneses de la noche anterior, en los innumerables hombres y mujeres que se persiguen, luchan entre sí y se desean bailando, y como última figura de la danza, se unen para engendrar un hijo y así no morir. La sed de la inmortalidad es más invencible que la sed de la muerte.

Completamente agotado, me acosté a dormir; y me sucedió lo que a menudo me sucede cuando en la vigilia mi mente está atormentada por preguntas para las que no encuentra respuesta, viene el sueño, lo simplifica todo y lo transforma en un cuento; así es la cima de la verdad seca cuando florece.

Soñé que subía a una montaña y llevaba mi bastón atravesado por detrás de los hombros, como los pastores de Creta, y cantaba. Recuerdo que era la canción popular que tanto me gustaba:

Un grano de pimienta sembré en los labios de Margaró,
Y aquel grano con fuerza prendió, en un gran árbol se
convirtió.

Los *romeos* recolectan su fruto, los turcos se lo llevan
Y montada en un caballo, los trilla Margaró.

De pronto, de una cueva salió un viejo con los brazos arremangados y las manos llenas de barro. Me puso el dedo en los labios para que guardara silencio, y con voz severa me ordenó: «¡No cantes! Quiero tranquilidad. ¿No ves? —y me enseñó sus manos—. Estoy trabajando». «¿Qué estás haciendo?» —le pregunté—. «¿Es que no lo ves? En el interior de esta cueva estoy construyendo al Liberado». «¿El Liberado? ¿Quién es el Liberado?» —grité, y se abrieron en mí las viejas heridas—. «¡El que crea con su mente, ama y vive el Todo!» —respondió el viejo y se metió apresurado en la cueva.

«El que crea con su mente, ama y vive el Todo»... durante todo el día siguiente repetí aquellas palabras de mi sueño, sin cesar. ¿Sería aquella la voz de Dios, que sólo puede oírse de noche, cuando la mente charlatana cierra la boca? Siempre he creído en los consejos que nos da la noche; ciertamente ella es

más profunda y más sagrada que el atolondrado día y se compadece del hombre.

Pasaron bastantes días. Como tan a menudo en mi vida, los dos demonios que no duermen, el Sí y el No, luchaban y se debatían dentro de mí; siempre que encuentro una respuesta a las preguntas que me atormentan la acepto con inquietud, porque sé que de esta respuesta surgirán irremediamente nuevas preguntas, y que así el rastreo que llevan a cabo estos demonios que hay en mí no tiene fin. Se diría que cada respuesta oculta, envueltas en su certeza provisional, las futuras preguntas; por eso siempre la veo llegar no precisamente con alivio, sino con una secreta inquietud.

Cristo ocultaba dentro de mí, metida muy al fondo, la semilla de Buda. ¿Qué ocultaba ahora Buda, envuelto en su túnica amarilla?

* * *

Un domingo lluvioso, en un museo, recorría sin prisas las salas y contemplaba las máscaras salvajes africanas, de madera, de piel, de cráneo humano, y me esforzaba en esclarecer el misterio de la máscara. «Esto es —pensaba— nuestro verdadero rostro; nosotros somos esos monstruos con las bocas chorreando sangre, los labios caídos, los ojos espantosos. Detrás del hermoso rostro de la mujer que amamos aúlla una máscara horripilante; detrás del mundo visible, el caos; detrás del dulce rostro de Cristo, Buda». A veces, en los terribles momentos del amor, del odio o de la muerte, el encanto engañoso desaparece y vemos el rostro terrorífico de la verdad. Recordaba con un escalofrío a la irlandesa en la iglesita de la montaña cretense; cuando sus labios rozaron los míos me pareció que su rostro se descomponía, se deshacía, y surgía una terrible mona atormentada, sin sentido, y me sentí dominado por el asco y el miedo. Desde aquel día me contengo para no levantar la máscara del rostro de las personas, porque entonces el amor, el entendimiento, la nobleza desaparecerían; finjo creer

en sus rostros, y de este modo puedo vivir con los seres humanos.

Aquellos hombres primitivos cuyas máscaras estaban expuestas en el museo, todas las mañanas antes de amanecer subían corriendo a las colinas, gritaban y pedían al sol que apareciera; temblaban sólo de pensar que no volviera a salir. Las lluvias estaban llenas de espíritus machos que penetraban en la tierra y la fecundaban; los relámpagos eran las miradas furibundas del Jefe invisible. Las hojas de los árboles hablaban como labios humanos y algunas viejas entendían lo que decían; cuando pasaban un río, este tiraba de ellos para ahogarlos, por eso tomaban impulso y lo cruzaban a toda prisa, y al llegar a la otra orilla se reían a carcajadas, porque se habían escapado. Todas las cosas hablaban, tenían hambre, escuchaban, tenían sexo, se apareaban; el aire era denso, cargado de espíritus de muertos, y cuando los vivos caminaban, abrían y agitaban los brazos como si nadaran, para apartar a los espíritus. Por eso detrás de las apariencias veían con tanta claridad la sustancia y tras los rostros efímeros, descubrían las máscaras eternas.

Llegó una muchacha, se detuvo a mi lado; ella también contemplaba las máscaras; por un instante estuve a punto de irme; cuando estoy solo y miro algo con emoción, siento siempre cierto malestar si llega otro a mirarlo conmigo. Era bajita, regordeta, de pecho firme, mentón poderoso, nariz aguileña y ojos con enormes pestañas.

Se volvió, me lanzó una mirada sostenida, insistente, inquisidora, como si yo también fuera una máscara.

—¿Africano? —me preguntó.

Me eché a reír.

—No del todo —respondí—, sólo el corazón.

—Y la cara —dijo ella—; y las manos. Yo soy judía.

—Una raza terrible —dije para picarla—, peligrosa; al parecer, quiere salvar el mundo. ¿Todavía esperáis al Mesías?

—No, no lo esperamos; ya ha venido.

—¿El Mesías?

—Sí.

Volví a reír.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo se llama?

—Lenin.

Su voz se había vuelto de repente profunda, sus ojos se habían ensombrecido.

¡Lenin!; por un momento me pareció que todas las máscaras que tenía ante mí se habían movido, que habían abierto y cerrado sus recias mandíbulas; la muchacha miraba desde la ventana, a lo lejos, el cielo ennegrecido y callaba.

Otro nuevo salvador —pensé—, lo han creado los hambrientos, los oprimidos, los esclavos, para poder soportar el hambre, la injusticia y la esclavitud. He aquí una nueva máscara de la desesperación y de la esperanza del hombre.

—Yo conozco a otro Mesías que libera a los hombres del hambre y del hartazgo, de la justicia y de la injusticia, y lo que es más importante, de todos los Mesías.

—¿Y se llama?

—¡Buda!

Sonrió con desprecio; su voz silbó con cólera.

—He oído hablar de él. Una sombra. El mío es de carne.

Se había encendido; de su blusa abierta subía un olor acre de cuerpo sudoroso; por un instante mis ojos se empañaron. La así por el brazo:

—No se enfade —dije—. Usted es una mujer, yo soy un hombre, es posible entendernos.

Entornó los ojos, me miró; frunció el ceño:

—Esto es un cementerio —dijo mirando las máscaras a su alrededor, los dioses de madera, las exóticas armaduras—; un cementerio, ¡me asfixio! ¡Fuera está lloviendo, vayamos a mojarnos!

Nos mojamos durante horas, caminando bajo los árboles del gran parque; por aquellos días había llegado de Rusia, del Paraíso; toda ella despedía efluvios de amor y de odio feroz. Se llamaba Itka.

La escuchaba y al principio la contradecía, pero pronto sentí que la fe ostenta el mando en un nivel superior, por encima de la cabeza del hombre, y que la razón no puede tocarla. Así pues, la dejé hablar, destruir y volver a construir el mundo.

Estaba anocheciendo ya; los transeúntes se hacían más escasos, se encendieron las luces, las casas, los árboles, los hombres parecieron ahogarse de repente, en medio de la lluvia iluminada.

—Vamos a mi habitación —dijo la muchacha, y se apoyó en mi brazo—, estoy cansada.

Salimos del parque, tomamos por callejuelas estrechas, llegamos a un barrio popular.

—Vas a conocer a tres amigas mías; esta tarde tomaremos el té todos juntos. Una de ellas es pintora, lucha con los óleos, crea, rompe, busca, ¿qué busca? No lo sabe. «Cuando lo encuentre —dice— sabré lo que busco». Se llama Dina y es judía. La otra es actriz; ella también busca; se mete en cada personaje que representa, pero cuando sale, se desgarrá; se llama Lía; judía también. La tercera es muy guapa, zalamera, mimosa; su padre es rico, le da dinero y se compra trajes lujosos, perfumes, elige a los hombres y se acuesta con ellos; esta no es judía; se llama Rosa, es vienesa. La quiero, no sé por qué...

Se calló, y al rato:

—Quién sabe... —murmuró—, quizá porque quisiera parecerme a ella.

Fingí no haber oído; me alegraba secretamente de que por encima de las ideas, de las tempestades del mundo y de las cosmogonías la voz de una mujer se alzara inmortal...

Las amigas habían llegado ya; Rosa había traído dulces y fruta, habían preparado una mesa pequeña y esperaban. Rosa, tumbada en el sofá, se pintaba los labios y las otras dos tenían abierto un periódico y leían con avidez; las almas estaban de nuevo alborotadas, el mundo tenía fiebre otra vez.

«Bendito sea mi destino —pensaba, mirando a aquellas cuatro almas salvajes que me rodeaban—, bendito sea mi destino que siempre me arroja en medio de almas judías; creo que ellas me van mucho más que las cristianas».

Cuando entramos las tres muchachas lanzaron un grito; no esperaban a un hombre.

—No sé cómo se llama —dijo Itka, riendo—; es una máscara, lo he encontrado en el museo etnológico.

Respiraciones cálidas, jóvenes impacientes, Rosa se movió y el aire se perfumó; en medio de tantos pechos femeninos, de tantos ojos insaciables y labios pintados, me sentí turbado; me invadió, no sé por qué, la timidez y el miedo y habría deseado irme; pero llegó el té, nos sentamos en el suelo, sobre cojines, nuestras rodillas se tocaban... Después de tantos años, de toda esta velada que tanto ha pesado en mi vida, solamente recuerdo a Itka, que hablaba arduamente de Moscú, la capital roja del mundo, y a Rosa, que reía y se pintaba los labios después de haberse tomado el té, y a las otras dos, que callaban, con los ojos muy abiertos.

Se hizo de noche, las tres muchachas se levantaron para irse y yo me levanté con ellas, pero Itka me apretó el brazo y me hizo una seña: «Quédate». Me quedé. Aquella noche Buda empezó a palidecer en mí; aquella noche sentí que el mundo no es un espectro, que el cuerpo de la mujer es cálido, prieto, lleno de agua inmortal, y que la muerte no existe.

Me quedé con ella varias noches; no pronunciamos una sola palabra de amor, nuestro corazón no se atrevió a desviar con jadeos y juramento nuestros sagrados combates desnudos; luchábamos con todo nuestro cuerpo, como animales, y caíamos rodando en el sueño, agotados y felices. «Buda —pensaba—, Buda...» —y me reía—.

¡Qué alivio cuando la carne no queda atrapada en preocupaciones intelectuales sino que permanece sobre la tierra, pura, impoluta, como un animal! El cristianismo, al estigmatizar como pecado la unión de un hombre y una mujer, la ha mancillado, y mientras antes era un acto sagrado, un placentero acatamiento de la voluntad de Dios, se ha convertido en un pecado en el alma aterrorizada del cristiano. El amor era antes de Cristo una manzana roja; llegó Cristo y en esa manzana entró un gusano que la roe.

Al entrar en contacto con el cuerpo de Itka penetraba por el camino más corto e infalible en la raza judía, zarza incombustible. Esta raza no se preocupa por la belleza y su máximo anhelo no es la libertad, es la justicia.

Miraba con admiración a aquella ardiente judía; durante la noche, una fiera insaciable, devoradora de hombres; su alma entera se hacía carne, pero de día se transformaba en una llama purísima. Me recordaba a otra mujer, también excepcional, también toda ella cuerpo, toda ella alma: santa Teresa. Un día sus hermanas del convento la vieron devorar con fruición una perdiz asada; aquellas monjas simplonas se escandalizaron, y santa Teresa se echó a reír: «¡Cuando toca perdiz, perdiz! —dijo—, ¡cuando toca oración, oración!». Se entregaba en cuerpo y alma a cada acción; los alimentaba a uno y a otra con la misma gula.

La judía pasaba toda la noche jugueteando conmigo, pero de día fruncía el ceño y me miraba con odio:

—¿No te da vergüenza tener tanto confort? —me recriminaba—, ¿no tener hambre ni tiritar en invierno, no llevar los zapatos agujereados? ¿No te da vergüenza pasearte por las calles y decir «¡el mundo es bello; me gusta!?».

—¡Yo no digo «el mundo es bello; me gusta!». Digo: «el mundo es una fantasmagoría, el hambre, el frío, los zapatos, agujereados o no, son fantasmagorías, soplará una brisa y todo se dispersará». ¡Esto es lo que digo!

Se lanzaba sobre mí, furiosa, y me tapaba la boca con la mano:

—¡Cállate, cállate! ¡No quiero oírte! ¿Vosotros, los acomodados, no tenéis corazón para sentir pena por los otros? ¿No tenéis ojos para ver? ¡Ven conmigo y verás!

Me cogía de la mano, me llevaba a los barrios proletarios, se metía en las casuchas, todos la conocían, me mostraba a los niños famélicos, a las madres que lloraban, a los hombres, ociosos por no tener trabajo, que se mordían los labios y callaban. Yo les hacía preguntas, me miraban de pies a cabeza y apartaban la cara.

—¿Por qué no hablan? ¿Por qué? —preguntaba a Itka.

—¡Hablan, braman, pero tú ni los escuchas! Pero descuida, algún día los oirás.

Clavaba sus ojos en mí, esperando ver cómo me había penetrado el sufrimiento humano; pero yo me burlaba de ella.

—Lamento —le decía— no chupetear también yo un caramelo para endulzarme la boca —patria, Dios o, como en tu caso, Carlos Marx—, uno de esos deliciosos productos de la confitería humana. En cierta ocasión conocí al hombre más feliz del mundo; este chupeteaba dos caramelos, Cristo y Carlos Marx; era un cristiano fanático y un comunista fanático; había resuelto así todos los problemas, los de la tierra y los del cielo.

Había empezado riendo, pero a medida que hablaba, la compasión y la amargura me oprimían el corazón. Sin embargo, por falso amor propio, no quería confesarlo; seguía resistiéndome y alardeando de que yo no hallaba consuelo chupeteando caramelos.

No quiero esa clase de consuelo. Toda fe que promete recompensas y felicidad me parece un consuelo cobarde, bueno para los viejos, para los débiles y los vegetarianos.

—Yo no soy una vieja, ni una débil ni tampoco vegetariana —me contradijo mi compañera, muy enfadada—. Y no fanfarronees, tu Buda también es un caramelo. ¡Y entérate bien: no quiero escucharte ni verte más!

Sacudió la cabeza, furiosa, soltó mi brazo, dobló por la primera calle que encontramos y me dejó.

Pero por la noche, sus carnosos labios de judía sonreían:

—Lo que hemos dicho hoy, pelillos a la mar; ahora ha llegado la noche.

Por la mañana nos separábamos; ella iba a la fábrica donde trabajaba, yo había cogido la costumbre de recorrer solo los barrios pobres. No quería que me acompañara Itka, con ella me resistía por amor propio y mantenía el corazón cerrado; cuando me quedaba solo, el sufrimiento del hombre ya no era una fantasmagoría, no era una sombra, era un cuerpo de verdad que tenía hambre, que gritaba de dolor y sangraba.

«Dios mío, no envíes al hombre todo lo que es capaz de soportar». No sabía que existiera tanto sufrimiento en el mundo, tanta hambre y tanta injusticia; hasta ahora no había tenido frente a frente el rostro terrible de la Necesidad. Aquí rigen otras leyes y el odio es el primer deber; aquí el decálogo tiene que cambiar y ha cambiado ya; amor, odio, guerra, moral tienen un

nuevo sentido. Dos días antes había visto a una mujer escuálida tendida en la acera; su falda andrajosa estaba levantada y quedaba a la vista su desnudez. Me dio pena de ella, me detuve para decirle que se bajara la ropa: «Se ve tu desnudez» —le dije —; ella se encogió de hombros; una risa sarcástica se dibujó en sus labios: «Yo tengo hambre —dijo— y tú me hablas de desnudeces... El pudor es para los ricos».

No podía soportar tanto horror: mandíbulas subsumidas por el hambre, niños pequeños que hurgaban en la basura para encontrar un desperdicio que comer. Sus vientres estaban verdosos e hinchados, sus canillas eran huesos envueltos en una piel amarillenta; unos se apoyaban en muletas porque sus piernas no podían sostenerlos; a otros les había salido barba en sus mejillas infantiles.

No podía más; apartaba la vista para no ver, porque sentía vergüenza.

* * *

Lo recuerdo bien, antes de haber sentido compasión por el ser humano, he sentido en mí mismo la vergüenza. Me avergonzaba de ver el sufrimiento humano, y me empeñaba en transformar todo este horror en un espectáculo efímero y vano. Me decía: «¡No es verdad, no te dejes llevar a creerlo, como los hombres simplistas; el hambre y el hartazgo, la alegría y el sufrimiento, la vida y la muerte, todo ello, son espectros!». Lo decía y lo repetía, pero a medida que veía niños que tenían hambre y lloraban, mujeres con las mejillas hundidas y los ojos llenos de odio y sufrimiento, mi corazón se desfondaba poco a poco. Seguía con emoción este imprevisto cambio en mí. Al principio me golpeó el corazón la vergüenza, luego, la compasión. Y empecé a sentir como mío el sufrimiento ajeno; después vino la indignación; más tarde, la sed de justicia. Y por encima de todo, la responsabilidad. «Yo soy culpable —me decía— de toda el hambre del mundo, de toda la injusticia. Yo tengo la responsabilidad».

¿Qué hacer? Veía que mi deber cambiaba de lugar; el mundo se ampliaba, la necesidad se hacía más apremiante; sentí que el deber estaba prisionero en un cuerpo, en un alma, y se ahogaba. ¿Qué hacer? ¿Hacia dónde ir? En lo más hondo de mí sabía lo que tenía que hacer pero no me atrevía a evidenciarlo, ese camino me parecía contrario a mi naturaleza y no estaba seguro de que el hombre pueda ir más allá de su natural a base de amor y de lucha. «¿Tiene el hombre tanta fuerza creadora? —me preguntaba—. Y si la tiene, en ese caso, no tiene excusa para no romper sus límites en los momentos críticos».

Durante aquellos días difíciles en los que me esforzaba en contra de mi naturaleza en superar el yo odioso y en luchar por aliviar el sufrimiento humano, pasó por mi mente una extraordinaria figura de sacrificio y amor, era como si quisiera mostrarme el camino; y recordé las palabras que un día me había dicho: «Siempre hay que escuchar el clamor del hombre que nos grita ¡socorro!».

Cuando durante mi peregrinaje por Italia una tarde me había adentrado en las pequeñas callejuelas de Asís, y había oído repicar alegres las campanas de la torre del Pobrecillo de Dios y del monasterio de santa Clara, había sentido una indecible felicidad. Había vivido varios meses en esta santa ciudad, en la casa señorial de la anciana condesa Enriqueta y no quería irme. Y ahora, en estos días difíciles en que mi alma se esforzaba por subir un poco más alto, mi corazón se abrió y surgió Asís. Y ahora, en estos días críticos, salió a la luz el hijo de Bernardone, vino ante mí vestido de harapos, descalzo, y con un gesto de su mano me mostró el camino. No era un camino, era una cuesta arriba llena de piedras y precipicios. Pero todo el aire olía a aroma de santidad.

Recordé el día nublado que subí al Alvernia, la montaña del martirio y del triunfo de san Francisco. Soplaban un fuerte viento glacial, las piedras grises estaban desnudas, sin hierba, los árboles, negros, sin fruto; el paisaje gemía adusto, atormentado y duro. Pobreza, desnudez, desierto; la luz, triste y escasa, caía la tarde y la cima estaba aún muy lejos. Trataba en vano de concentrar mi deseo, de apelar a mi fuerza; sentía que el pánico

hacía presa en mi cuerpo helado, hambriento, rodeado de oscuridad, en aquel desierto. Y de pronto se produjo el milagro: el paisaje inhumano, sin flores, que me rodeaba, pareció trasladarse, subir el misterioso escalón que anhela en secreto cada realidad, y sentí: he aquí la pobreza franciscana, dura para el cuerpo, implacable para los hábitos cómodos y para los goces indolentes y carentes de esfuerzo del hombre.

Era el propio santo que mortificaba su cuerpo, renunciaba al disfrute de los cinco sentidos y echaba ceniza a su comida cuando sentía que el demonio de la gula se relamía dentro de él; en el rigor del invierno se zambullía en el riachuelo helado, no dormía, padecía hambre y frío y había mortificado tanto su cuerpo de arcilla que cuando estaba muriéndose se apiadó de él y le dijo: «Perdóname, hermano asno, por lo mucho que te he hecho sufrir».

Pero esta pobreza era franciscana, es decir, segura de su riqueza, de la primavera oculta que preparaba, del cálido verano que encerraba en sí, lleno de frutos. Y de repente la montaña del Alvernia, completamente desnuda, aquella tarde se mostró en mi mente toda verde, perfumada, llena de mariposas y de abejas — un maravilloso paisaje del Paraíso que hay dentro de nosotros—. Empecé a subir aquella montaña transformada y a gritar: «¡Bendita seas, hermana Alvernia, hermana Pobreza!».

Había llegado la primavera. ¿Cómo marcharme? Era feliz en la mansión señorial de aquella anciana llena de alegría franciscana y de gracia, la condesa Enriqueta, frente al pequeño monasterio de santa Clara. Nunca había vivido de forma tan profunda la identificación de san Francisco con la primavera. Porque de los tres preceptos franciscanos, Pobreza, Obediencia y Pureza, es el precepto de la primavera, la Pureza, el que está más en armonía con el alma pura y permanentemente renovada de san Francisco. En otros lugares, la primavera recordaría al alma hechizada y nostálgica del hombre, la juventud y una mujer que amó o su hija pequeña, y haría nacer en él la queja de por qué la naturaleza se renueva y en cambio el hombre no puede volver a recuperar la juventud; y sentiría envidia de las montañas y de los campos porque «no aguardan pacientemente la muerte,

no tienen vejez». Pero en Asís la primavera toma necesariamente, risueñamente, el rostro de Francisco. Esta tierra de Umbría que ha tenido la suerte de parir tal fruto se ensancha, se hace más rica y trae una primavera doble y triple; en Asís cada flor, sin perder en modo alguno su feliz destino, se eleva y se convierte en símbolo sagrado del florecimiento del alma humana.

Francisco fue una de las primeras, la primera flor perfecta que brotó del invierno del Medievo cultivado a fuerza de aflicción. Su corazón era sencillo, alegre, virgen; sus ojos, como los ojos del buen poeta y los del niño, veían el mundo por primera vez. Francisco debió contemplar muchas veces una sencilla flor, un manantial, un insecto y sus ojos debieron llenarse de lágrimas: «¡qué milagro —pensaría—; qué felicidad; qué divino misterio son la flor, el agua, el insecto!». Por primera vez después de tantos siglos, Francisco vio el mundo con ojos vírgenes. Toda la armadura pesada, escolástica, rígida, de la Edad Media caía y quedaba el cuerpo desnudo, el alma desnuda, entregada a todos los estremecimientos de la primavera.

Después de algunos meses no pude resistir más y volví a Asís. Caminaba por los campos de Umbría, ahora cargados de frutos, llenos de olivares, de higueras y de viñedos. De nuevo iba solo de pueblo en pueblo y disfrutaba calmadamente, en silencio, de este suelo fructífero, de esta santa tierra feraz que había sido arada, cavada y que había sufrido con callada abnegación, y ahora satisfecha, descansaba, recostada, con el delantal lleno de frutos. Se sentía; estaba satisfecha y tranquila porque había cumplido con su deber. Sometida a las leyes eternas, pasando con confianza y paciencia por todos los estadios de la reflexión y del dolor, había llegado a esta rica cosecha otoñal de su virtud.

Y de repente, una vez más, sin ningún esfuerzo consciente, había vivido el sentido profundo del tercer precepto fundamental franciscano: la Obediencia. Obedecer a una señal severa, abandonar con confianza a las fuerzas visibles e invisibles superiores que hay a tu alrededor y dentro de ti mismo, con el convencimiento inquebrantable de que ellas lo saben todo y tú no sabes nada —este es el camino, el único camino de la

fecundidad. Todos los demás caminos son estériles y falaces porque no llevan a ninguna parte, sino es, tras vanos y arrogantes correteos, al yo miserable y maldito que queda atrás —.

Y así san Francisco volvió a surgir ante mí de esta tierra amada por él y lo vi tumbado en el suelo, como estaba aquel amanecer, cuando lo encontraron postrado en tierra en el jardín de santa Clara, salmodiando la alabanza al sol, al fuego y al agua y muriéndose. Era feliz, se había sometido a la ley eterna, había llenado sus manos de frutos y volvía, como un buen obrero, al Señor.

Aquellos meses, lo recuerdo, recorriendo las tierras y las estrechas callejas de Asís, contemplando las pinturas de la gran casa señorial del Pobrecillo de Dios, me esforzaba en vivir también yo, en la medida de mis posibilidades, una primavera semejante y un otoño semejante. Insaciables, rebeldes años de la juventud; desde el alba, desesperado y feliz, recorría aquel sagrado paisaje. Sentía lo que debía sentir todo joven, lo que debía sentir el muchacho espartano que llevaba pegado a la carne un zorro que le desgarraba el cuerpo, y que a pesar de ello no decía nada, no gritaba, sufría y se sentía orgulloso de haber conseguido dominar su dolor.

Sin embargo, seguramente, sin quererlo, mi rostro debía expresar la lucha y el sufrimiento. Porque al salir por la puerta de la muralla del monasterio de Santa Clara me encontré con un hombre delgado, alto, cuyos cabellos empezaban a encanecerse. Lo veía a menudo pasear por aquellos lugares tan visitados por los peregrinos, pero nunca habíamos cruzado una palabra; sólo nos sonreíamos amablemente cuando nos encontrábamos, y pasábamos sin hablar, más bien aligerando el paso, como si ninguno de los dos quisiera turbar la paz y la soledad del otro.

Pero una mañana, el desconocido se detuvo, me miró, vaciló un instante.

—¿Quiere que caminemos juntos? —me dice.

De acuerdo.

Al cabo de unos pasos:

—Soy de Grecia —le digo— y he venido a Asís y me he prendado de san Francisco.

—Y yo —respondió el desconocido— soy del otro extremo de Europa, de Dinamarca; yo también amo a san Francisco y vivo aquí en Asís desde hace años y no quiero irme. Me llamo Joergensen [41](#) .

Me estremecí.

—¿El que ha escrito el brillante libro sobre el Santo?

Joergensen sonrió con amargura; meneó la cabeza.

—¿Quién puede jamás hablar sobre san Francisco como él se merece? Ni siquiera Dante. ¿Conoce usted el undécimo Canto de *El Paraíso*?

Me alegré. Por aquella época yo estaba prendado de aquel canto y a menudo, cuando paseaba solo por el campo y por las calles de Asís, musitaba sus primeros versos:

¡Oh insensato afán de los mortales,
cuán torcidos son los pensamientos
que os llevan a batir tan bajo las alas!

Y los dos nos pusimos a recitar aquel maravilloso texto, hermanados de repente bajo la gran ala de la Poesía. Tomamos el camino elevado sobre el barranco, plantado de olivos y viñas. El sol había subido ya y llenaba el mundo de luz y de sombras alargadas. Permanecimos en silencio un buen rato. Por fin mi compañero se volvió hacia mí:

—¿Por qué ama usted a san Francisco? —me preguntó.

Pero inmediatamente se arrepintió.

—Perdóneme —me dijo—, soy un indiscreto.

—Lo amo —le respondí— por dos razones: primero, es poeta, uno de los más grandes poetas del Renacimiento temprano; se ha inclinado y ha oído en las más insignificantes criaturas de Dios lo que en ellas hay de inmortal: la melodía.

—¿Y luego? —dijo Joergensen—. ¿Y luego?

—Luego lo amo porque su alma, a fuerza de ascesis y amor, ha vencido la realidad —eso que los hombres carentes de alas llaman realidad, el hambre, el frío, la enfermedad, el desprecio, la

injusticia, la fealdad—, y ha conseguido transformarla en un sueño gozoso, tangible, más verdadero que la verdad. Francisco había encontrado el secreto que los alquimistas de la Edad Media se esforzaban por encontrar sin conseguirlo, el secreto que transforma el vulgar metal en oro puro. Porque la «piedra filosofal» no era para Francisco algo inaccesible, fuera del alcance del hombre, que había que buscar alterando las leyes de la naturaleza; la piedra filosofal era el corazón humano. Así, por medio de este milagro de la alquimia mística, él ha sometido la realidad, ha liberado al hombre de la necesidad, ha transformado en él toda la carne en espíritu. San Francisco es para mí el gran general que conduce las legiones humanas a la victoria absoluta.

—¿Algo más?

—Sé lo que me pregunta —respondí—. No, nada más. ¡General, poeta, nada más!

Callamos de nuevo, y al cabo de un rato:

—No es suficiente —dijo Joergensen, y fue a extender la mano como si quisiera tocarme el hombro y calmarme, por su brusca expresión. Pero mantuvo la mano en el aire y volvió a decir con más decisión:

—No, no es suficiente.

Iba a responderle, pero temí hablar en un tono desabrido y me contuve.

Y Joergensen, como si continuara un pensamiento no expresado:

—Por eso la expresión de su rostro es tan angustiada —dijo—; usted está luchando todavía, no ha llegado a la liberación, y esta lucha, la de cada día, lo agota; por eso lo he detenido esta mañana y le he hablado.

—¿Acaso puede usted ayudarme en mi lucha? —le dije, y mi voz involuntariamente salió colérica e irónica.

Sentí vergüenza; a veces hablamos sin que nuestra alma haya tenido tiempo de imponerse al cuerpo.

—No se enfade —dijo Joergensen—. No, yo no puedo ayudarle. Cada uno debe encontrar su propio camino y salvarse. ¿Salvarse de qué? De lo efímero; salvarse de lo efímero y encontrar lo eterno.

—Usted —dije, y estaba obcecado aún—, a juzgar por la paz de su rostro, por su caminar tranquilo y seguro, y por el tono siempre dulce de su voz, ha encontrado su camino. Y debe mirarnos a los demás, que aún luchamos, con compasión, puede que incluso con desprecio. Quizá usted ha nacido privilegiado, con cualidades equilibradas y no ha conocido la lucha.

Joergensen se detuvo, me miró un instante, tendió la mano, ahora con decisión, como la tendemos a alguien que se está ahogando, y me cogió del brazo.

—Usted es todavía joven —dijo—; yo también lo fui una vez y sé. No tiene paciencia, no tiene humildad, no consiente aún gritar ¡socorro! Déjeme decirle; no, no he nacido privilegiado y sé muy bien qué significa angustia, lucha y arrogancia. Cuando era joven yo también tenía grandes ambiciones venidas de Lucifer; escribía novelas llenas de sensualidad, de ironía y de pasión; con el tiempo, el arte me vino estrecho, me arrojé a la ciencia, me convertí en un fanático del darwinismo y de todas las ideas anticristianas; quería romper todas las ataduras, religión, Estado, moral, y entronizaba el «yo» en el centro de la vida: «¡Guerra al viejo enemigo!». Así llamaba a Dios. Escribía, daba charlas por doquier, sostenía una bandera y corría. De pronto me callé, me detuve. Un desasosiego inesperado, inexplicable, perturbó mi corazón. No sabía cómo me había sobrevenido aquella intranquilidad, de dónde me había venido —¿o acaso había estado siempre dentro de mí y esperaba su hora?—. Me fui de mi patria para librarme de mis amigos y de mis hábitos, viajé por Alemania, bajé a Italia, vine a Asís.

Sonrió.

—Desde entonces han pasado tres años; llevo tres años viviendo en Asís, a la sombra de san Francisco. Alabado sea Dios.

—¿Y bien? —dije conmovido—; no he leído otro libro suyo, a parte del *San Francisco*.

—Mejor; he publicado un *Diario de Viajes* en el que plasmaba, o al menos trataba de plasmar, las emociones que había sentido al ver las viejas ciudades, los castillos, las iglesias, las pinturas... Había ido a un monasterio benedictino pero me había

horrorizado y me marché enseguida, al día siguiente por la mañana; tan dulce y atractiva me había parecido la vida en aquel bendito cenobio y tan opuesta a la que yo había vivido. Por primera vez veía cuál era el camino que conduce a la felicidad y dudaba en seguirlo...

Joergensen se volvió y con una alegría llena de emoción me señaló la sagrada Asís con sus viejas murallas y su acrópolis casi derruida, Rocca Grande, con la gran iglesia de san Francisco, de tres plantas, como una fortaleza.

—¿Regresamos a verla? —dijo.

Emprendimos el camino de vuelta; pasaban campesinos enjutos, de mirada ardiente y los famosos bueyes de Umbría, completamente blancos, iban delante con pesados andares basculantes, y sus cuernos retorcidos coronados de espigas maduras. Una joven campesina de cabellos negros como ala de cuervo y voz de plata nos saludó alegremente.

—*¡Pax et bonum!* —le respondió Joergensen, devolviéndole el saludo, al estilo franciscano.

Me mostró abajo, a los pies de Asís, la gran iglesia dentro de la cual se encontraba la pequeña iglesia de san Francisco, la Porciúncula.

—Allí —dijo—, en la Porciúncula, fue donde por primera vez, sin quererlo, caí de rodillas contemplando al santo herido en cinco partes de su cuerpo. Pero sentí vergüenza, me enfadé y me fui. «¿Qué me ha pasado? —me preguntaba enojado—. ¿Por qué me he arrodillado?». Sin embargo, al mismo tiempo, en lo más hondo de mí se extendía una paz inexplicable. «¿Por qué? ¿Por qué? —volvía a preguntarme—. ¿Por qué siento tanto alivio?». Y verdaderamente jamás hasta entonces había experimentado tanta felicidad. Sin embargo alguien que había dentro de mí no quería creer. Despreciaba todo lo sobrenatural, sólo tenía fe en una cosa: en la inteligencia humana. Era ella la que mandaba; era ella la que estaba apostada en la puerta de mi corazón y no dejaba que el milagro entrara.

—¿Y bien? ¿Qué más? ¿Cómo le llegó la liberación? —preguntaba yo con impaciencia, al ver que mi compañero callaba de nuevo.

—Pausada, sigilosa, como llega casi siempre. Como madura un fruto y se hace dulce, así maduré y se endulzó mi corazón. De repente todo me pareció simple, seguro; cesaron las angustias, las vacilaciones, las luchas. Me senté a los pies de san Francisco, entré en el Paraíso. Este Francisco es el hermano portero que me abrió la puerta.

Nos acercábamos ya a Asís. El sol iluminaba su castillo de color sangre, medio en ruinas; la campanita de voz de plata de Santa Clara empezó a tañer, alegre, ajeando como una perdiz de monte.

—Perdóneme —dijo Joergensen—, he hablado mucho de mí mismo; tómelo como una confesión. Soy mayor que usted y me gusta confesarme a los jóvenes, porque quizá sólo a los jóvenes puede servirles la confesión.

Y yo, para ocultar mi emoción:

—¡Ah, si de verdad Francisco fuera el portero del Paraíso, qué felicidad! —dije riendo—. Dejaría entrar a los pecadores y a los virtuosos, a los creyentes y a los incrédulos, y hasta a los ricos. Incluso a los animales más repugnantes, las ratas, los gusanos, las hienas.

—Sería la anarquía —dijo Joergensen, sin reírse—; no sólo anarquía, también una injusticia.

Pasamos la puerta de la muralla, a la izquierda el monasterio de Santa Clara, a la derecha, la casa donde yo vivía.

—Subiré un momento a saludar a la anciana condesa —dijo mi compañero—. La recuerdo de la primera vez que vine. Era la dama más bella de Asís. Se quedó viuda aún joven y no volvió a casarse. Montaba en un caballo blanco —lo recuerdo—, e inspeccionaba sus tierras, los olivares, los viñedos. Si hubiese vivido en tiempos de san Francisco podría haber sido su santa Clara.

—¿Es ella tan creyente como usted? —le pregunté.

—¿No ve su semblante? ¡Resplandece! —respondió.

Subimos. Hacía fresco en la enorme casa señorial desierta y en la habitación de la condesa la chimenea estaba encendida; la sirvienta, Hermelinda, estaba preparando la merienda a su

señora en la mesita baja, café, leche y pan de trigo. Al vernos trajo más tazas; nos sentamos.

Verdaderamente, el rostro aristocrático de la anciana resplandecía; los ojos aterciopelados, grandes, negríssimos, no habían sido tocados por el tiempo. La puerta del jardín estaba abierta; un rosal florecido brillaba al sol.

—¿Dónde han ido ustedes tan de mañana? —preguntó la condesa—; estoy segura de que hablaban de san Francisco.

—¿Cómo lo sabe, condesa? —dijo Joergensen, y me miró sonriendo.

La condesa rio.

—Porque hace un momento salí al jardín y los vi venir de lejos ¡envueltos los dos en llamas! —dijo la condesa.

* * *

¡Cómo volvieron, nítidos, con todo detalle, aquellos días de Asís, y cómo san Francisco, sin pedirle yo ayuda, corrió a mostrarme el camino! ¡Si yo pudiera! Veía de lejos al santo abrazar a los leprosos y me dominaban las náuseas y el pánico; lo veía ir de acá para allá, descalzo, y predicar; veía cómo era insultado, golpeado, apedreado, y su rostro resplandecía de felicidad; lo veía y mi corazón se resistía. «¡Eso jamás! —decía, sintiéndolo como una afrenta—, mejor una muerte rápida por martirio»; el enfrentamiento diario a las burlas era superior a lo que yo podía soportar.

El contacto directo con los hombres siempre me ha provocado malestar. Estaba dispuesto a ayudarlos con gusto en todo lo que pudiera desde lejos; los amaba a todos y los comprendía, pero de lejos. Cuando me acercaba a ellos no podía soportarlos mucho tiempo y ellos tampoco podían soportarme a mí, nos separábamos. Amo con pasión la soledad, el silencio, mirar durante horas el fuego o el mar y no necesitar ninguna otra compañía; el fuego y el mar han sido siempre mis más fieles y amados compañeros; todas las veces que he amado a una mujer o una idea ha sido cuando encontraba en ellas las características esenciales del fuego y del mar.

Y luego, me decía para justificar mi incapacidad de seguir la ascensión de Francisco, ¿cómo va a ser posible que, en esta época de Mammón y de Moloch en que vivimos surja en la tierra un Pobrecillo de Dios? ¿Tanta ingenuidad, tanta pureza, tanto amor; un don Quijote del cielo semejante?

Lo decía y lo repetía para consolarme; todavía no sabía que ya había aparecido en la tierra un nuevo Pobrecillo de Dios rodeado de leprosos negros. Si lo hubiera conocido en aquellos días críticos de Berlín, de tanteos, que me llevaban de la inacción búdica a la actividad revolucionaria, me hubiera avergonzado más de mi cobardía. Lo conocí mucho, muchísimo después, cuando ya mi vida no podía —y quizá no debía— cambiar; cuando ya había tomado otro camino completamente diferente para cumplir con mi deber.

Estaba muy emocionado aquel mediodía de agosto en que tomé el sendero del pequeño pueblo de Gunsbach, en medio de los bosques de Alsacia, y llamé a la puerta de nuestro san Francisco contemporáneo. Abrió él mismo, me dio la mano; su voz era profunda y serena; bajo sus gruesos bigotes canosos, sonreía y me miraba. Yo había visto viejos combatientes cretenses semejantes, llenos de bondad y con una voluntad indomable.

Fue un instante propicio del destino y nuestros corazones se abrieron. Me quedé con él hasta que se hizo de noche y hablamos de Cristo, de Homero, de África, de los leprosos y de Bach. Al atardecer fuimos a la pequeña iglesia del pueblo.

—No hablemos —me dijo por el camino, y su rostro adusto rebosaba una profunda emoción.

Iba a interpretar a Bach. Se sentó al órgano; creo que aquel día fue uno de los momentos más felices de mi vida.

A la vuelta, vi una flor silvestre al borde del sendero, me incliné a cortarla.

—¡No! —me dijo, y retuvo mi mano—, ella también tiene vida; debes respetarla.

Tenía una hormiga en la solapa de la chaqueta; la cogió con extrema ternura y la puso en la tierra, a un lado del camino para que no la pisaran. No dijo nada, pero a sus labios se asomaron

las tiernas palabras de su antepasado de Asís: «hermana hormiga».

Nos despedimos entrada ya la noche; volví a mi soledad, pero jamás aquel día de agosto ha tenido ocaso en mi mente. Ya no estaba solo, a mi lado, con paso firme y juvenil, aquel luchador seguía su camino con una seguridad imperturbable. No era mi camino, pero era para mí un gran consuelo y una severa lección verlo subir la cuesta con tanto convencimiento y tanta obstinación. Desde aquel día tuve la certeza de que la vida de san Francisco no era una leyenda; estuve seguro de que el hombre aún podía hacer bajar a la tierra el milagro. Lo había visto, lo había tocado, había hablado con él, habíamos reído y habíamos callado juntos.

Desde entonces nunca he podido separar en mi corazón estas dos figuras profundamente hechiceras, tan alejadas una de otra en el tiempo efímero, tan unidas en el tiempo eterno, quiero decir, en el seno de Dios. Se parecen como dos hermanos: san Francisco de Asís y Albert Schweitzer ⁴².

El mismo amor a la naturaleza, intenso y tierno; en sus corazones resuena día y noche el himno a nuestro hermano el Sol, nuestros hermanos la Luna, el Mar y el Fuego. Ambos sostienen en la mano una hoja de árbol y ven en ella, al trasluz, el milagro de toda la creación.

La misma tierna emoción, llena de respeto por todo lo que vive y respira: el hombre, la serpiente, la hormiga. Para ambos la vida es sagrada; inclinados sobre los ojos de cada ser vivo, se estremecen de alegría al ver reflejarse en esos ojos al Creador. Al contemplar la hormiga, la serpiente, el hombre, descubren, satisfechos, que todos somos hermanos.

La misma fehaciente compasión, la misma bondad por todo el que sufre. Uno eligió los leprosos blancos, el otro los leprosos negros de África —la más horrible sima de la desgracia y el sufrimiento—. He dicho compasión y bondad, pero tenía que haber dicho «*Meta*»; sólo esa palabra hindú expresa fielmente el sentimiento que el dolor humano genera en estos dos hermanos. En la bondad y en la compasión hay dos sujetos: el que sufre y el que se apiada del que sufre. En la *Meta*, sin embargo, hay una

identidad absoluta: al ver a un leproso se siente que uno mismo es leproso. El místico musulmán del siglo IX , Sari-al-Sakadí, lo ha expresado perfectamente: «Dos seres sólo se aman de forma perfecta cuando uno grita al otro: ¡mi yo!».

La misma locura divina: renunciar a las alegrías de la vida, sacrificar las pequeñas perlas para poseer la Gran Perla; abandonar el camino llano que conduce a la felicidad fácil y tomar el duro camino en pendiente que entre dos precipicios asciende hasta la locura divina. Elegir por propia voluntad lo imposible.

Los dos tenían también el mismo humor ingenuo: la risa que brota del corazón bien dispuesto, la alegría, hija predilecta del alma que rebosa riqueza, la capacidad de ver y aceptar con ternura y compasión el rostro de la realidad cotidiana. Los espartanos, que nunca se reían, habían levantado un altar al dios de la Risa; la extrema severidad ha apelado siempre a la risa porque sólo ella puede ayudar a un alma profunda a soportar la vida. Dios concedió a estos dos hombres un corazón alegre, y porque les ha dado un corazón alegre, caminan con alegría hacia la cima de su combate, hacia Dios.

El mismo amor lleno de pasión por la música. Lo que Tomás Celano ⁴³ dijo de uno se adapta perfectamente al otro: «Un tabique muy delgado separaba al hermano Francisco de la eternidad; he aquí por qué oía la melodía divina a través de ese fino tabique». El placer que ambos sentían al escuchar esta melodía roza el éxtasis: «Si los ángeles que tocaban el violín en mi sueño hubieran pasado una vez más el arco por las cuerdas, mi alma se habría separado de mi cuerpo. Tan insoportable era mi beatitud» —decía uno; y estoy seguro de que también el otro siente la misma dicha cuando interpreta a Bach.

Los dos poseen la piedra filosofal que transmutan en oro los más vulgares metales, y el oro en espíritu. La realidad más espantosa, la enfermedad, el hambre, el frío, la injusticia, la fealdad, ellos la transmutan en una realidad más real, donde sopla el espíritu; mejor dicho, no el espíritu, el amor. Y el amor en sus corazones, como el sol en los grandes imperios, nunca se pone.

Todo esto lo supe mucho más tarde, no lo sabía en aquellos días críticos de Berlín. Y cuando presencié el milagro humano en el pequeño pueblecito de Alsacia tenía ya los dedos manchados de tinta; estaba dominado por la impía manía de convertir la vida en palabras, en metáforas y en rimas; me había convertido, no sé cómo, en un «cagatintas». Me había sucedido lo que más despreciaba: saciaba mi hambre con papel, como una cabra.

Estos Pobrecillos de Dios sólo pudieron prestarme una ayuda, una ayuda muy preciada: me mostraron que el hombre puede y tiene el deber de llegar hasta el final del camino que ha elegido; quién sabe, quizá al final del camino se encuentren todos los combatientes; y así fueron para mí un noble ejemplo de obstinación, de paciencia y de esperanza. Benditos sean estos dos atletas, ellos me enseñaron que sólo por medio de la esperanza llegamos a lo no esperado.

Animado por ellos, hice un intento de vencer mi natural y tomé por un tiempo el camino al que me empujaban la compasión, la indignación y las palabras mordaces de Itka. No me arrepiento; cuando volví a mi camino natural me di cuenta de que mi corazón estaba lleno de sufrimiento humano y que hay un solo modo de salvarse: salvar, o, lo que ya es suficiente: esforzarse en salvar. Y aún más: que el mundo no es un espectro, que es real, y que el alma humana no está, como me enseñaba Buda, revestida de viento, está revestida de carne.

Pero cuando me esforzaba por tomar una decisión, mi mente—lo recuerdo bien— se resistía con firmeza; todavía estaba envuelta en la túnica amarilla de Buda: «Esto que pretendes hacer—decía a mi corazón— es inútil; el mundo tal y como tú lo anhelas, un mundo en el que no haya hambre ni frío y en el que nadie sea oprimido, no existe ni existirá jamás». Pero en el fondo de mí oía a mi corazón responderle: «No existe, pero existirá porque yo lo quiero; en cada uno de mis latidos lo anhelo y lo quiero. Yo creo en un mundo que no existe, pero al creer en él, lo estoy creando; llamamos inexistente a lo que no hemos deseado lo suficiente».

Esta respuesta de mi corazón me llenó de inquietud. Si lo que decía era cierto, ¡qué terrible responsabilidad tenía el hombre en

todas las injusticias e ignominias del mundo!

* * *

No habían pasado muchos días y el ritmo se aceleró, quizá porque mi alma ya estaba preparada; los acontecimientos se sucedían uno tras otro y me empujaban; en otro momento los habría sentido como un espectáculo, pero ahora los sentía como carne de mi carne.

Una mañana, no habíamos despertado aún, oímos abajo, en la calle, un barullo sordo, interminable, un mugido lejano: era como el mugido lejano de una manada de bueyes que iba al matadero y ya habían sentido las cuerdas rojas alrededor del cuello.

Itka saltó de la cama, se echó encima el abrigo raído y sin volverse a mirarme corrió escalera abajo. El mugido estaba cada vez más cerca, fui hacia la ventana, la abrí; caían ligeros copos de nieve, en Grecia las montañas y las playas debían estar brillando al sol de la mañana, pero aquí una luz cenagosa y enfermiza se arrastraba por el asfalto nevado.

La calle estaba desierta, ni un hombre, ni un perro; y más allá, en todo el aire, el profundo mugido que se acercaba. Yo esperaba; poco a poco la calle se iba iluminando; dos cuervos se posaron silenciosos en un árbol cubierto de carámbanos, sin graznar; ellos también esperaban.

Y de pronto, al final de la calle, vi surgir una mujer alta y huesuda, con los cabellos sueltos; no caminaba, saltaba, se diría que bailaba, y blandía sobre su cabeza una bandera negra. Inmediatamente, detrás de ella, apareció, en filas ordenadas de cuatro en fondo, un ejército de hombres, mujeres y niños, que avanzaban chapoteando en la nieve; la luz cenagosa caía sobre ellos y sólo se distinguían caras pálidas, encolerizadas, cuyos ojos eran dos agujeros negros; era como si hubiese salido de sus tumbas un tupido ejército de calaveras, ciego, comido de gusanos.

La luz se hizo más intensa, ahora veía con más nitidez, algunos comerciantes enfrente sacaban las llaves para abrir sus

tiendas, pero al ver el feroz ejército se guardaron las llaves en el bolsillo y pegaron el cuerpo a la pared. La mujer los vio, subió a la acera, se acercó a ellos, ondeó violentamente la bandera negra sobre sus cabellos y un grito ronco rasgó el aire:

—¡Tenemos hambre!

En ese momento, la mujer levantó los ojos hacia donde yo estaba, abrió la boca, me asusté presintiendo lo que me diría y me puse a gritar, sin saber lo que decía:

—¡Cállate, cállate!

Cerré bruscamente la ventana y pegué el cuerpo contra la pared de la habitación, como los comerciantes. «Tienen hambre..., tienen hambre... —murmuré, conmovido—. Es el ejército del Hambre...».

No pude, no me atreví a salir a la calle en todo el día; temía encontrarme en mi camino con la mujer de la bandera negra del Hambre; entonces tendría tiempo de arrojarme la dura e insoportable palabra. Yo sabía cuál era esa palabra, por eso tenía miedo y vergüenza.

Hacia el mediodía llegó Itka, pálida, jadeante; dejó caer al suelo su abrigo agujereado, iba y venía por la estrecha habitación; yo veía su respiración pesada, estaba acurrucado en un rincón y esperaba. De repente se volvió, extendió hacia mí la mano.

—¡Tú eres culpable! —gritó— ¡Tú! ¡Todos vosotros, los bienintencionados, los saciados, los indiferentes! Yo quisiera que padecieras hambre, que tuvieras hijos hambrientos, que sintieras frío, y que también ellos sintieran frío, que quisieras trabajar y no te dieran trabajo. En vez de pasearte de ciudad en ciudad, de embobarte en los museos y en las iglesias antiguas y llorar al contemplar las estrellas porque te parecen o muy bellas o muy terribles. ¡Pero baja la vista, desdichado, mira a tus pies, un niño que se muere!

Se calló, y al cabo de un rato:

—Escribes poesías, tú también hablas; tienes la desfachatez de hablar de pobreza, de injusticias y de canalladas, tú conviertes en belleza nuestro dolor y te quedas tan tranquilo.

¡Maldita sea la belleza que hace al hombre olvidarse del sufrimiento del hombre!

Dos lágrimas brotaron de sus ojos; me acerqué para tocarla, para poner mi mano sobre sus cabellos, para calmarla, pero se sacudió, me apartó de su lado, gritó:

—¡No me toques!

Me lanzó una mirada llena, no sólo de reproche, no sólo de desprecio, sino también de odio.

La sangre me subió a la cabeza, me enojé.

—¿Qué quieres que haga? —grité—. ¿Qué puedo hacer yo? ¡Déjame en paz!

—¡No te dejaré en paz! ¡Eso quisieras tú, que te dejara en paz, escabullirte! ¡No te dejaré en paz! ¡Tú no puedes odiar; yo te enseñaré! ¡Tú no puedes luchar; yo te enseñaré!

Intentó reír, en su rostro se dibujó una mueca; no era risa, era un insoportable desgarramiento de la carne. Se acercó a mí.

—Conoces el proverbio oriental: «El que monta sobre un tigre, ya no puede apearse». ¡Tú has montado sobre un tigre, yo, y yo no te dejo apearte!

Abrió un armarito, sacó pan, un poco de mantequilla, algunas manzanas; encendió el infiernillo, preparó el té. No decíamos palabra; nos sentamos en los dos taburetes que tenía la habitación, acercamos a nosotros la mesita, nos pusimos a comer. Veía subir y bajar sus cejas, cogía la taza para beber, se olvidaba y su mano quedaba suspendida en el aire; tenía la mente en otra parte, algún pensamiento la atormentaba; y yo masticaba inclinado hacia adelante, avergonzado, porque sentía —y eso me avergonzaba— que aquella mujer era más fuerte que yo.

Terminamos de comer; levantó la cabeza, me miró; sus ojos ahora eran chispeantes, sus labios estaban rojos.

—Perdóname —dijo—, me he ensañado contigo, pero es que vuelvo del ejército del Hambre.

Se levantó, fue a la ventana, echó la cortina andrajosa; una luz tranquila, compasiva, inundó el cuarto. Apartó la mesita, hizo sitio, fue al sofá, quitó la cubierta; yo la observaba con el rabllo del ojo, y cuando se desabrochó la blusa, se volvió y me miró:

—¿Tienes sueño? —le dije y me reí.

—No —me respondió y su voz se había apagado—. No. ¡Ven!

Al día siguiente se levantó antes de amanecer, preparó apresuradamente su pequeña maleta, se acercó al sofá, me despertó:

—Me voy —dijo.

Me sobresalté.

—¿Qué te vas? ¿Adónde?

—Lejos, no me hagas preguntas; espero que volvamos a vernos.

—¿Cuándo?

Se encogió de hombros. Se envolvió fuertemente el pelo en un chal verde, se agachó, cogió su maletita. Me miró; sus ojos azules eran duros, secos, y sus labios carnosos sonreían.

—Gracias por todas estas noches —dijo—; hemos cumplido bien nuestro deber para con el cuerpo, ¡Buda se acabó, lo hemos conjurado! ¿Por qué me miras así? ¿Lo lamentas?

No dije nada; en lo más hondo de mí había quedado un poso de amarga dulzura; todas aquellas noches y aquellos días se mezclaban en mí y llenaban mis entrañas de alegría y de angustia.

—¿Lo lamentas? —volvió a preguntarme.

Había llegado a la puerta, alargaba la mano para abrir.

—Sí —respondí, obstinado—, lo lamento; me has derribado a Buda, mi corazón se ha quedado vacío.

—¿Tienes necesidad de un amo?

Río con ironía.

—La tengo; mejor un amo que la anarquía. Buda daba una pauta, un fin a mi vida; ponía riendas a mis demonios interiores. Ahora...

Frunció el ceño; no se rio ya.

—Camarada —dijo (era la primera vez que me llamaba camarada)—, camarada, tu corazón se ha vaciado, se ha limpiado, está preparado. Era lo que yo quería. Tengo confianza. Y no hagas caso de lo que digo cuando estoy enfadada, eres un hombre honesto, inquieto, tengo confianza en ti...

Reflexionó un instante.

—No en ti —añadió— sino en el Grito de nuestro tiempo; guarda silencio y lo oirás. Adiós.

Abrió la puerta y sentí sus pasos apresurados bajar la escalera.

* * *

«Guarda silencio y lo oirás». Estas palabras de Itka me siguieron durante muchos días y muchas noches. Callaba, aguzaba el oído para oírlo. Asistía a las charlas que daban los amigos de Rusia, leía sus libros y sus panfletos, pasaba la noche en vela en los barrios obreros de Berlín, veía la pobreza y la miseria, oía conversaciones sombrías, respiraba un aire lleno de indignación. Al principio hicieron presa en mí la tristeza y la compasión, luego, la cólera y después la amarga certeza de que yo era responsable. ¡Qué razón tiene la ardiente judía; yo soy culpable! Porque no me levanto para gritar, porque veo, sufro, pero rápidamente me olvido; porque por las noches me acuesto en una cama confortable y me duermo y no pienso en los sin techo.

Una noche, un discípulo de Francisco de Asís encontró a su maestro en pleno invierno paseando desnudo y tiritando: «Padre Francisco —le dijo sorprendido—, ¿por qué vas desnudo con el frío que hace?». —«Hermano, porque miles de hermanos y hermanas en este momento tienen frío; no tengo ropa que darles para que se calienten, así que paso frío con ellos».

Evocaba aquellas palabras del Pobrecillo de Dios, pero no es suficiente —sólo ahora me daba cuenta— no es suficiente con tener frío con los demás; hay que gritar, ¡quienes tenéis hambre, quienes tenéis frío, adelante, todos juntos, tomad las ropas que hay de sobra, cubrid vuestra desnudez!

Poco a poco empecé a vislumbrar la importancia universal del sangriento experimento que estaba teniendo lugar en la inmensa tierra, en la inmensa alma de Rusia. Las consignas revolucionarias, que antes me parecían tan ingenuas, tan utópicas, ahora las aceptaba mi mente, las daba por buenas. Miraba los rostros famélicos, las mejillas hundidas, los puños

cerrados, y empecé a adivinar el divino privilegio del hombre: el hombre que tiene fe, que tiene anhelos, que derrama lágrimas, sudor y sangre, —las lágrimas solas no bastan, ni el sudor o la sangre— transmuta un Mito en realidad.

Me aterrericé; por primera vez había visto hasta qué punto es creadora la intervención del hombre y qué grande es su responsabilidad. Si la realidad no toma la figura que nosotros queremos, es culpa nuestra. A lo que no hemos deseado bastante, lo llamamos inexistente; deséalo, riégalo con tu sudor y con tus lágrimas y tomará cuerpo. La realidad no es sino la quimera sometida a nuestro deseo y a nuestro sufrimiento.

Mi corazón se puso a palpar con fuerza por los hombres que tienen hambre y que sufren la injusticia, que ya no soportan más y van al ataque. Se diría que toda mi sangre cretense había olisqueado revolución y se había puesto a bullir; había visto una vez más ante mí a los eternos adversarios: la Libertad y la Esclavitud, y Creta surgió en mis entrañas y lanzó un grito.

¿Era este el grito que esperaba oír? Tal vez; en los momentos decisivos de mi vida Creta siempre salta en mí y lanza un grito.

Una tarde, fatigado por los terribles espectáculos del día, inclinado sobre mi mesa, hojeaba un libro sobre el arte del Renacimiento para olvidar lo que había visto, lo que había oído y sufrido deambulando todo el día, desde por la mañana. Más que el vino y el amor, más taimadamente que la idea, el arte tiene el poder de seducir al hombre y hacerlo olvidar. Desplaza el deber, se esfuerza en transformar lo efímero en eterno, y en transmutar en belleza el sufrimiento del hombre.

¿Qué importancia tiene que Troya fuera reducida a cenizas, que murieran Príamo y sus hijos? ¿Qué habría ganado el mundo y cuánto se habría empobrecido el alma humana si Troya siguiera viviendo feliz y mi Homero no hubiera venido a transformar la matanza en hexámetros inmortales? Una estatua, un verso, una tragedia, una pintura, he aquí los más sublimes trofeos que el hombre ha levantado en la tierra.

Los más sublimes y también los más peligrosos para el sufrimiento cotidiano del hombre; se menosprecian los ingratos

afanes diarios por el sustento e incluso por la justicia, y se olvida que estas son las raíces que nutren la flor inmortal.

Tenían razón los primeros cristianos al no querer pintar hermosa a la Virgen; porque seducido por su belleza, uno se olvida de que es la madre de Dios.

De pronto llamaron a la puerta, abrí. ¡Un telegrama de Moscú! Lo leía, lo releía, me restregaba los ojos; lo puse a trasluz en la bombilla, lo examinaba como si ocultara un secreto peligro y quisiera descubrirlo antes de tomar una decisión. Puede que este papelito sea un mensaje del Destino —pensaba— que cambie mi vida. ¿Para mi bien o para mi desgracia? ¿Quién puede confiar en el Destino? No es ciego; causa ceguera.

¿Debía ir? ¿Debía no ir? El telegrama me invitaba a ir a Moscú para representar a los intelectuales griegos en el solemne X aniversario de la Revolución. Acudirían a la Meca roja peregrinos del mundo entero. ¿Quién les había dado mi nombre para que me invitaran? ¿Por qué me habían elegido a mí? Tres días después lo comprendí. Recibí de Moscú una breve nota de Itka, se burlaba de mí y me invitaba:

«Aristócrata, falso budista de vientre lleno, aprendiz del sufrimiento, ¡salud! Hasta ahora has estado buscando el rostro de Dios y has estado desertando de un dios falso a otro. Ven aquí, desdichado, para encontrar el rostro del verdadero Dios, el rostro del hombre. Ven, si quieres salvarte. El mundo que estamos construyendo está aún en su armazón, agáchate, coloca una piedra, construye. Buda es bueno, muy bueno, pero para los viejos».

Era ya noche cerrada; me levanté, abrí la ventana; no nevaba, silencio; el reloj de algún campanario sonó dulcemente en el aire helado; abajo en la calle, los árboles centelleaban, cubiertos de carámbanos. Y mientras mi mirada se perdía en la bruma nocturna, Rusia se extendió de pronto ante mí, completamente nevada, inmensa, con sus isbas calientes, iluminadas, sus trineos deslizándose sobre la nieve, el vaho que salía de los ollares de los caballos, escuchaba los alegres cascabeles que tintineaban en su cuello. Y más allá, al final de la nieve, resplandecían cúpulas doradas, que en su cima en lugar de una

cruz tenían una bandera roja, como un incendio. Me acordé de un monje medio loco del Monte Atos: «Cada hombre, cada cosa —me decía— tiene un borlón de llamas en su cima. Si estas llamas se apagan, el hombre y la cosa desaparecen». Tenía razón. Rusia —pensé yo— tiene un borlón de llamas en su cima, si las llamas se apagan, Rusia está perdida.

Cerré inmediatamente la ventana; había tomado la decisión de ir a Moscú.

[41](#) Johannes Joergensen (1866-1956). Historiador y poeta danés. Sus primeras obras están influenciadas por los simbolistas franceses. A raíz de una crisis espiritual, en 1894 va a Asís, donde prepara su conversión al catolicismo. Testimonio de ello es su libro *Confesiones, leyenda de mi vida*, en siete tomos, escrita entre 1916 y 1928. Sus grandes obras son vidas de santos. Su biografía de san Francisco, *El Pobrecillo de Asís*, publicada en Copenhague, en 1907, destaca entre las más prestigiosas biografías del santo, escritas a finales del siglo XIX y principios del XX. Esta obra fue inmediatamente traducida a varias lenguas; en castellano disponemos de dos versiones distintas: la de R. M. Tenreiro (Madrid, 1925, 3.^a ed.), y la de A. Pavez (Santiago de Chile, 1913-Buenos Aires, 1945). Raoul Manselli, investigador de primera fila, escribe: «La prueba más álgida de amor a Francisco y a Asís la dio Johannes Joergensen, uno de los líricos más grandes de la literatura danesa, cuando quiso dedicarse a historias del Medievo, a fuentes, a herejes y estudiosos, para aproximarse más al santo, al que le acercó sobre todo su condición de cristiano y alma de poeta».

[42](#) Albert Schweitzer (1875-1965). Médico, filósofo, teólogo protestante y músico franco-alemán, de origen alsaciano (zona francesa que en el momento de su nacimiento era germana), Premio Nobel de la Paz en 1952. Durante toda su vida, abogó por el concepto de la reverencia por la existencia. Alimentó la esperanza en una humanidad más profundamente consciente de su posición en el universo. Su optimismo se basaba en la «creencia en la verdad». El respeto por la vida, como resultado de la contemplación, conduce al individuo a vivir al servicio de la gente y de cada criatura viva. El encuentro de Casandsakis con Schweitzer tuvo lugar en Gunsbach, el 11 de agosto de 1955.

[43](#) Tomás de Celano (1200-1260/1270), fraile italiano medieval de la orden de los franciscanos (orden de los frailes menores), poeta autor de tres hagiografías sobre San Francisco de Asís.

XXVI

Rusia

El milagro embiste la realidad, abre una brecha y penetra. Cuando se cumplió un año, Lenin reunió sus pobres harapos, hizo un grueso paquete con sus manuscritos, envolvió todas sus pertenencias en un hatillo y se despidió de su patrón, el zapatero que le había alquilado un cuarto en su casa, en Suiza.

—¿Dónde vas, Nikolái Ilich? —le decía este, reteniéndole la mano y mirándolo con lástima—. ¿Dónde vas, Nikolái Ilich? ¿Qué manía te ha entrado por volver a tu patria? ¿Qué vas a hacer allí? ¿Encontrarás un cuarto? ¿Encontrarás trabajo? Quédate aquí, tranquilo, Nikolái Ilich. Te lo digo por tu bien.

—Debo, debo irme —le respondía él.

—¿Debes? ¿Por qué debes? —le increpaba el patrón.

—Debo —repetía Lenin sin alterarse.

—Pero has pagado todo el alquiler, y el mes no ha terminado; sabes que no te devolveré la diferencia.

—No importa, no importa —le respondía Lenin—; quédatela, yo debo irme.

Y se fue. Puso el pie en suelo ruso, con su gorrilla, su camisa limpia deshilachada, su traje raído, bajito, pálido, desgarrado; frente a él la inmensa tierra rusa, los sombríos *mujiks*, embrutecidos, los aristócratas amantes de fiestas, el clero todopoderoso, las fortalezas, los palacios, las prisiones, los cuarteles, las viejas leyes, las viejas morales y el *knut*: el terrible imperio armado. Y él, con su gorrilla, sus ojillos de mongol fijos en el aire, y un demonio en su interior que bailaba, silbaba, rechinaba los dientes y le hablaba.

¡Todo esto, Nikolái Ilich, es tuyo; yo te lo doy, es un regalo! Basta con unas palabras tuyas, las Palabras mágicas, que desde hace tantos años te repito que digas: «¡Proletarios de todo el

mundo, uníós!»). Pronúncialas, y los zares, los aristócratas adornados con galones de oro, los popes de barbas de macho cabrío, bien vestidos, bien alimentados, barrigones, caerán patas arriba a un soplido suyo. Salta por encima de sus cadáveres, Nikolái Ilich. ¡Vamos, valiente, salta por encima de sus cadáveres y sube a la cima del Kremlin y planta allí la bandera roja! ¡Párteles la cabeza con el martillo, siégales el pescuezo con la hoz!

—¿Quién eres? —le preguntaba Lenin y escuchaba con los puños apretados al demonio que llevaba dentro—, dime tu nombre. Quiero saberlo. ¿Quién eres?

—Soy el Milagro —respondía el demonio, y embestía a Rusia con sus cuernos.

Hasta ahora, pocos hombres han podido ver globalmente, con mirada limpia e imparcial, toda la faz, poliédrica, llena de luces y de sombras, de Rusia. Hay un abismo entre el alma eslava y el alma europea. El ruso puede conciliar en sí contradicciones que son inconciliables para la lógica del europeo. El europeo pone por encima de todo la inteligencia pura, sometida a la escala racional de los valores. El ruso pone por encima de todo el alma, una fuerza tenebrosa, rica, contradictoria, compleja, que impulsa al hombre más allá de la razón, a la pasión desenfrenada e irreflexiva. Las fuerzas ciegas creadoras no han cristalizado aún en él en una jerarquía racional. El ruso se encuentra todavía fuertemente adherido a la tierra, lleno de tierra y de tinieblas cosmogónicas.

Pensaba en la figura llena de luz y de fuego de Lenin; veía ante mí la masa sombría que esta mente tozuda había asumido trabajar, el *mujik*. Deseaba cada vez con más fuerza ver luchar en la palestra sangrienta y cerrada del Kremlin a esos dos encarnizados enemigos eternos, y también colaboradores, la Materia y el Espíritu.

La nieve caía en tupidos copos, toda la llanura labrada estaba cubierta y el trigo sembrado se alimentaba bajo las nieves, los *mujiks* se movían parsimoniosos, sin prisa, como si fueran eternos; de vez en cuando volaba un cuervo, negrísimo,

silencioso, en dirección a los tejados de los hombres en busca de comida.

Esperé horas y horas el tren en una estación; a mi alrededor, caras de rasgos mongólicos, ojos oblicuos, barbas llenas de cáscaras de pipas de melón; dos mujeres echaban las cartas; un viejo *mujik* vertía té en su cuenco y lo sorbía ruidosamente, con fruición animal. Algunas chinas, envueltas en sus colchas mugrientas, con sus críos pegados a la espalda o colgados del cuello, como los canguros. Una cálida masa humana que sudaba y despedía un vaho que inundaba el aire de un olor a establo, tal vez el olor del establo de Belén.

Llegó el mediodía, se extendió la tarde, y aún seguíamos esperando. Graves, tranquilas, las caras de mi alrededor; nadie se asomaba afuera para ver si venía el tren. Esperaban sin más, seguros de que el tren llegaría aquel día o al día siguiente; no contaban las horas con el reloj; sabían que el tiempo es un gran señor, un gran duque, y temían contradecirlo.

Hacia el amanecer se oyó a lo lejos el silbido del tren. Todos se levantaron; recogieron sus bultos con la misma parsimonia de antes; un hombre de barba gris que se había pasado la noche roncando, echado a mi lado, me miró y me guiñó el ojo con aire triunfal, como diciéndome: «¿Por qué estabas nervioso, padrecito, y te has pasado la noche sin pegar ojo, refunfuñando porque no venía el tren? ¡Míralo, aquí está!».

Nieve otra vez, pueblecitos, pequeñas iglesias con cúpulas puntiagudas verdes, humo inmóvil sobre los tejados. Más cuervos, un cielo bajo; nevaba. Yo miraba y miraba, y mi mirada se había impregnado del azul profundo, lejano, que tienen los ojos de los hombres en las llanuras sin fin. Miraba, y de repente, hacia el mediodía aparecieron a lo lejos, borrosas, en el cielo ceniciento, redondas cúpulas doradas.

Nos acercábamos por fin, estábamos llegando ya a la nueva Jerusalén del nuevo Dios, el Obrero, al corazón de Rusia; quién sabe si al corazón del mundo de hoy, a Moscú.

En la estación me esperaba Itka; me vio, se echó a reír.

—Has caído en la trampa —me dijo—; no temas, es amplia; por mucho que camines, no encontrarás sus rejas y esto

significará libertad. Bienvenido.

* * *

Me paso el día caminando sin hartarme de mirar ese caos multicolor, de mil simientes, Moscú. Todo el Oriente se ha volcado sobre la nieve: buhoneros del este con pesados turbantes, chinos cargados con zurroneos, como monos, que venden cinturones de cuero y juguetes de madera y de papel; todas las aceras, ocupadas por hombres y mujeres que pregonan frutas, pescados ahumados, baberos para las criaturas, gallinas desplumadas y estatuillas de Lenin; muchachas vocean periódicos con el cigarro en la boca, pasan obreras con pañuelos rojos en la cabeza, mujeres gordas, rudas, de ojos y pómulos mongólicos, niños medio desnudos con gorros de astracán abombados, tullidos que se arrastran por las aceras tendiendo la mano a cada transeúnte... Los *mujiks* pasan, con sus pieles de vaca anaranjadas, con barbas tupidas como las de una mazorca de maíz, y el aire huele como si pasara un rebaño de vacas.

Iglesias con cúpulas verdes y doradas, rascacielos, letreros en las calles, en las iglesias, en los tranvías: «¡Proletarios de todo el mundo, uníos!» y en las paredes de una gran iglesia, escrito con pintura roja: «La religión es el opio del pueblo» y de pronto, al atardecer, por encima de todo este caótico bullicio, resuenan con indecible dulzura las graves campanas rusas de la tarde que, empeñadas en mantenerse, tocan a ánimas. El Caos: he aquí mi primera impresión de Moscú.

La segunda, el miedo: en ninguna otra ciudad del mundo se pueden ver esos rostros duros, decididos, carentes de risa, esos ojos ardientes, esos labios apretados, esa tensión, esa fiebre crispada. Es como si uno se hubiese trasladado a una sombría ciudad medieval llena de fortalezas y aspilleras en la que guerreros atrincherados detrás de las puertas se aprestan a repeler el ataque de los enemigos que se acercan. En Moscú el ambiente está cargado de fiera predisposición guerrera. Una gran amenaza y una gran esperanza planean sobre todas las

cabezas. Algo acecha aquí en el aire que te provoca pavor; un querubín de fuego, todo él ojo, todo él espada, está instalado en las torres del Kremlin, como una Quimera medieval en los campanarios góticos, y vela con mil ojos, con mil espadas, sobre Moscú.

Por una esquina de la calle irrumpió una compañía de soldados rojos cantando una feroz y aguerrida marcha militar. La calle se sacudió, los transeúntes se apresuraron a apartarse; una mujer regordeta con una cesta de manzanas dio un grito de miedo y las manzanas rodaron, rojas, sobre la nieve. Marchaban a paso de carga, llevaban gorros mongoles puntiagudos y abrigos grises hasta los pies, su expresión era agresiva y arrobada; el oficial iba en cabeza y daba inicio a la canción, al pasar junto a mí, lo vi: su boca tenía espasmos de epiléptico; las venas del cuello, hinchadas hasta estallar, el sudor corría por sus mejillas; durante largo rato cantaba solo y marchaba como si fuera bailando, tan excitado era el ritmo de su cuerpo. Cantaba solo y de pronto, los soldados empezaban a cantar también, y toda la calle helada se enardecía y resonaba como un campamento. Un ligero escalofrío recorrió mi espalda; como un rayo me atravesó por dentro lo que podría ser el futuro, quién sabe: que los rusos habían llegado a una gran ciudad, Londres o París, y la tomaban por las armas. ¿Cuál era la fiera más sanguinaria? La nueva fe. ¿Cuál era el animal más rumiante? La fe que había envejecido; ahora habíamos entrado en las fauces de la nueva fe.

Aquella misma tarde conocí al más místico y sensual poeta *mujik*, Nikolái Klyuev [44](#). Barbita rubia, rala, frente despejada, debía tener unos cuarenta años y parecía tener setenta; su voz, suave, mimosa:

—Yo no soy de los rusos que hacen política y cañones; yo pertenezco a ese filón de oro que hace leyendas e iconos —me dijo con secreto orgullo—; de nosotros pende la verdadera Rusia.

Calló, como si se hubiese arrepentido de haber hablado tan abiertamente, pero el orgullo lo dominó, no pudo contenerse:

—Los toros y los osos no pueden romper la puerta del Destino, pero el corazón de una paloma la hace pedazos.

Llenó el vasito de vodka y empezó a beber a pequeños sorbos y a chasquear la lengua con fruición. De nuevo se arrepintió de haber hablado, entrecerró los ojos, me miró:

—No hagas caso de lo que digo; no sé lo que digo; soy poeta.

* * *

Es la víspera del gran día; la Revolución Rusa celebra su sangriento aniversario. Han venido peregrinos de todo el mundo, blancos, negros, amarillos. En otras épocas así llegarían a La Meca razas orientales de piel oscura; así se reunirían, como hormigas, en Benarés los hombres amarillos. Los centros de la Tierra se desplazan; hoy día, enemigos y amigos, con odio o con amor, de buen grado o no, los hombres tienen puestos los ojos en Moscú.

El Santo Sepulcro contemporáneo de la nueva Jerusalén, en medio de la Plaza Roja, está encapuchado de nieve; miles de peregrinos en apretadas formaciones mudas esperan a que se abra la puerta baja. Hombres, mujeres, criaturas han venido de los confines del mundo para ver y adorar al zar rojo que yace bajo la tierra absolutamente vivo. Yo he venido con ellos. Nadie habla. Hemos esperado horas en medio de la nieve y el frío, con los ojos fijos en el Santo Sepulcro. De pronto, una masa pesada, ante la puerta baja, se ha movido: el guardia rojo la ha abierto.

Lentamente, en silencio, la muchedumbre, ordenada en hileras, se hunde en el portillo negro y desaparece. Yo he desaparecido con ellos. Bajamos despacio hasta el subsuelo; el aire es espeso por el aliento humano y el olor a humanidad. De repente, los rostros tristes, bovinos, de los dos *mujiks* que me preceden se han iluminado como si sobre ellos hubiese caído un sol subterráneo. He tendido el cuello: abajo, muy abajo, se ve por fin el gran cristal que recubre los santos despojos: pálido, calvo, brilla el cráneo de Lenin.

Yace completamente vivo, con la blusa azul de obrero, cubierto de cintura para abajo con la bandera roja, la mano derecha con el puño cerrado, la izquierda, extendida sobre el pecho. El rostro sonrosado, sonriente, la barbita muy rubia, una

atmósfera de paz llena el grueso cristal con temperatura acondicionada. Las multitudes rusas lo contemplan extasiadas, con la misma mirada con la que miraban no hace mucho tiempo el rostro sonrosado y rubio de Jesús sobre los iconostasios dorados. Este es también un Cristo, pero rojo. La sustancia es la misma, la sustancia eterna del hombre, hecha de esperanza y de miedo; no cambian más que los nombres.

Salí a la plaza nevada, pensativo. ¡Cuánto había luchado aquel hombre —me decía lleno de admiración—, cuánto había sufrido en el destierro: pobreza, traiciones y acusaciones falsas! ¡Cómo sus amigos más queridos se habían asustado de su fe y de su obstinación y lo habían abandonado! En aquel cráneo calvo que yo había visto bajo el cristal y detrás aquellos ojillos, ahora apagados, Rusia con sus pueblos y sus ciudades, sus inmensas estepas y sus anchos ríos de lento discurrir, con sus tundras y sus desiertos, gritaba y exigía libertad.

Creía, porque era el alma más fuerte de Rusia, y por ello la más responsable, que a él le gritaba su patria y a él le había impuesto el deber de salvarla. ¿Por qué si no había ella creado con sus luchas, su sangre y sus lágrimas el alma más fuerte, sino para encomendarle la terrible prueba mortal?

Y mientras caminaba, pensativo, por la Plaza Roja, Itka, a la que me habían asignado como guía, no dejaba de hablarme, y yo admiraba su juventud y su fe; y a medida que hablaba todo su cuerpo, como los santos del Greco, se convertía en una llama.

—¿Por qué me preguntas sobre Lenin? ¿Qué decirte? ¿Por dónde empezar? Ya no es un hombre, es una consigna. Ha perdido los rasgos humanos, ha entrado en la leyenda. A los niños nacidos en los años de la Revolución se les llama hijos de Lenin; el viejo misterioso que viene en Año Nuevo cargado de regalos y los reparte entre los niños ya no es san Nicolás ni san Basilio; es Lenin; cada *mujik*, cada mujer del pueblo, tiene necesidad de un paño de lágrimas, de un protector sobrehumano y cuelga en su nuevo iconostasio la imagen santificada de Lenin y le enciende una lamparilla. En los pueblos más remotos de Rusia, desde el Océano Glacial Ártico hasta las aldeas tropicales del Asia central, los hombres sencillos, los pescadores, los

yunteros, los pastores fabrican durante sus veladas, charlando, riendo, suspirando, la imagen de Lenin. Las mujeres la bordan con sedas de colores, los hombres la tallan en madera, los niños la pintan con carbón en las paredes. Una vez le enviaron de un pueblecito de Ucrania su retrato: un mosaico hecho con granos de trigo; y los labios eran de pimienta roja.

«Para todos nosotros, cultos o incultos, Lenin se ha convertido en una consigna. Para nosotros el gran hombre no está suspendido en el aire, por encima del pueblo que lo ha engendrado; sale de las entrañas de su pueblo, sólo que lo que el pueblo grita de forma inconexa él lo expresa con palabras perfectas. Y una vez formuladas, ya no es posible que se diluyan y se pierdan, sino que se convierten en una consigna. ¿Qué quiere decir consigna? ¡Acción!».

—¿Y Stalin? —pregunté, ansioso de oír hablar de este salvaje bigotudo de cuerpo cuadrado, de lentos movimientos, ojos astutos y gestos medidos y parsimoniosos—. ¿Qué especie de monstruo sagrado era Stalin?

Itka permaneció en silencio un instante como si midiera sus palabras y no quisiera que se le escapara una de más; sentía que había entrado en una zona prohibida. Por fin encontró qué decir, habló:

—Lenin es la luz. Trotsky es la llama, pero Stalin es la tierra, la pesada tierra rusa. Ha recibido la semilla, un grano de trigo, y pase lo que pase ahora, llueva o nieve, o no llueva y no nieve, conservará esta semilla, no la abandonará hasta que no la haya convertido en espiga. Es paciente, obstinado y seguro. Y tiene una resistencia inimaginable. Voy a contarte una sola anécdota de su juventud, cuando era obrero en Tiflis, y comprenderás.

«Era la época —ahora nos parece una leyenda— en que los grandes duques en Rusia, cuando se emborrachaban, ponían en fila a los *mujiks* en sus parques y se ejercitaban en el tiro disparando sobre ellos. Pero los obreros habían empezado a organizarse y la policía del zar detenía a cada instante a los dirigentes de los trabajadores, los encarcelaba, los desterraba a Siberia, los mataba. Un día, los obreros que descargaban vagones en Tiflis se declararon en huelga: “O mejoráis nuestras

condiciones de vida —dijeron— para que también nosotros vivamos como hombres, o no trabajaremos”. La policía cargó contra ellos, detuvo a unos cincuenta, los puso en fila en un campo a las afueras de Tiflis; los soldados del zar formaron y cada uno llevaba un *knut* con clavos.

«Hicieron a los obreros desnudarse el torso y pasar uno a uno delante del ejército en formación, y cada soldado los iba azotando con todas sus fuerzas con el *knut*. Brotaba la sangre, el dolor era insoportable, muchos de ellos no pudieron pasar por toda la fila de soldados, se desmayaban antes; algunos caían muertos.

«Llegó el turno al dirigente de los obreros; se quitó la blusa, desnudó su torso y antes de que comenzaran su martirio, se agachó, cortó una hierba tierna y se la puso entre los dientes; luego se dispuso a pasar lentamente, erguido, ante cada soldado. El *knut* caía sobre él con violencia, la sangre brotaba de sus heridas, pero él mantenía la boca cerrada, no decía nada. Los soldados pusieron más empeño aún en molerlo a latigazos, lo golpeaban dos o tres veces cada uno, pero él seguía sin decir nada. Pasó por delante de toda la formación, erguido, sin rechistar, y al llegar al último soldado, se sacó de entre los dientes la brizna de hierba y se la dio: “Tómala —le dijo— para que te acuerdes de mí; mírala, ni siquiera la he mordido. Me llamo Stalin”».

Itka me miró y sonrió:

—Esta brizna de hierba verde —dijo— la llevamos hace años entre los dientes todos los rusos y nos esforzamos en no morderla. ¿Comprendes ahora?

—Comprendo —respondí, sintiendo un escalofrío—; la vida es muy dura...

—Pero más dura aún es el alma del hombre —dijo Itka, y me apretó el brazo, como si quisiera darme ánimo.

Escuchaba hablar a la ardorosa Itka y mantenía la cabeza alta, como si soplara sobre mí el aliento lejano e impetuoso de la estepa; un viento del este, cargado de destrucción y de creación, agitó mis sienes.

Lo que por encima de todo me conmovía cada día más y cada vez más es esto: en las bulliciosas ciudades y en las nevadas llanuras de Rusia vi por primera vez claramente visible lo Invisible. Y cuando digo lo Invisible, no me refiero con ello a ningún Dios de los popes, ni a ninguna conciencia metafísica, ni a ningún Ser realmente perfecto, sino a la Fuerza misteriosa, que nos utiliza a nosotros, los hombres —y antes de a nosotros, a los animales, a las plantas, a la materia— como sus portadores, sus bestias de carga, y que se apresura, como si tuviera un Fin, a seguir el camino. Lo sientes, en Rusia te rodean las fuerzas ciegas que crean el ojo y la luz.

En Rusia, más allá de la razón y de los sesudos debates, más allá de las necesidades económicas y de los programas políticos, por encima de los soviets y de los comisarios, actúa y lleva la dirección el Espíritu de nuestra época, tenebroso, ebrio, implacable. Desde el *mujik* más embrutecido hasta la santa figura de Lenin, todos, conscientes o no, son sus colaboradores.

Este Espíritu es superior a los programas, superior a los dirigentes, superior a Rusia. Sopla sobre ellos, los deja detrás y moviliza el mundo.

Cuando llegué a este terrible laboratorio, planteé preguntas filosóficas a los fieles que construyen la nueva Rusia. Estaba aún dominado por las frívolas preocupaciones del burgués que ha comido, se ha saciado y tiene ganas de debatir y jugar; no veía el mundo visible, buscaba ver el invisible; venía de la pradera de asfódelos de Buda.

Cuentan que, una mañana, Sócrates, ya viejo, paseaba por el ágora y esperaba al primer adolescente que pasara para detenerlo e iniciar con él una conversación y cautivar su alma. Pero aquella mañana, en lugar de un adolescente vio venir a un viejo sabio hindú de Oriente. Se había puesto en camino a pie, hacía años, para encontrarse con Sócrates. Y al verlo cayó a sus pies, abrazó sus rodillas y le dijo:

—Buda, sabio liberado de los bienes terrenales, vencedor de la vida y de la metamorfosis, dominador de los dioses, elefante blanco, que caminas y rompes la malla engañosa de la vanidad, cuerpo más allá de la vista, del oído, del gusto y del tacto, inclina

la escudilla de la limosna que tienes en la mano y viérteme, como una gota de agua, en el océano de la inexistencia. ¡Señor, tiende la mano y muéstrame el camino de la muerte eterna!

Y Sócrates, ocultando con nobleza la sonrisa socarrona que le provocaban aquellas bárbaras palabras, le respondió:

—Si te he comprendido bien, extranjero, hablas de dioses y eternidades. Te llevaré a un amigo mío, hierofante de Eleusis [45](#) ; él sabe cómo se ha hecho el mundo y de dónde venimos y adónde vamos, y que los astros son más grandes que el Peloponeso; sabe también que Dios es un huevo que brilla en el Erebo y te enseñará el sortilegio para el ciprés blanco... Yo, perdóname, sólo me ocupo de esta tierra y del hombre.

¡Qué carcajada soltaría Stalin —pensé— si yo entrara mañana en el Kremlin y le planteara la pregunta del viejo hindú!

* * *

Amanece. Me asomo a la ventana, extrañas constelaciones, martillos y hoces y estrellas rojas, centellean con sus bombillitas eléctricas multicolores en el alba lechosa, pancartas rojas ciñen las calles; intento leer lo que tienen escrito, la luz aumenta poco a poco y puedo deletrear: «Proletarios... siete horas... Lenin... Revolución universal...».

Me visto de prisa. En los pasillos del hotel, al bajar piso a piso me encuentro gentes de todas las razas: multitud de invitados, trabajadores manuales y de la mente; encuentro y saludo con dos reverencias a los escritores japoneses, a los enviados de Persia y de Afganistán, a dos *hodsas* de Arabia, a tres jóvenes estudiantes hindúes, y a dos agraciadas hindúes con telas anaranjadas bordadas en oro y plata. En el primer piso, dos mongoles gigantes y tres generales chinos pequeñitos y taimados. Nos saludamos brevemente y en sus palabras y en sus ojos siento toda la peligrosa agitación de Asia.

Nos apresuramos para llegar al inicio de la ceremonia. Frío intenso, el cielo gris, de las narices y de la boca sale vaho. La Plaza Roja estaba ya a reborar de gente. Sobre el Santo Sepulcro de Lenin, las autoridades alineadas; enfrente, en

tribunas semicirculares, los invitados de toda la Tierra; el ejército, formado, inmóvil, el pueblo, detrás, un rumor sordo, compacto, como un lejano terremoto subterráneo; bajo los pies, temblaba la Tierra. Al fondo, mi amada catedral de Iván el Terrible, con sus múltiples cúpulas multicolores, surgía como un espectro en medio de la bruma matinal.

A mi alrededor estaban apiñados los diminutos generales chinos, con el pecho lleno de condecoraciones, hindúes de ambos sexos, los intelectuales japoneses y un negro gigantón, con un aro de oro en la oreja. Nos mirábamos con afecto, y sin palabras nos manifestábamos nuestra estima. Un poeta japonés me estrechó la mano; yo no sabía más que una palabra en japonés, *kokoró*, que significa corazón. Me llevé la mano al pecho, me incliné a su oído y le dije: *kokoró* . Lanzó un grito de alegría y se echó en mis brazos.

De pronto, trompetas de guerra; todos nos rebullimos; los rostros se inflamaron: irrumpen los jinetes circasianos, caucásicos, mongoles, calmucos; el jefe va en cabeza, blandiendo una espada desnuda; le siguen los caballeros con sus uniformes nacionales, con sus lanzas y sus banderas multicolores, saludan la tumba de Lenin y desaparecen. En oleadas compactas, sucesivamente, la infantería, la artillería, los marinos del Báltico y del Mar Negro, los aviadores, la Guardia de Moscú, el G. P. U., los obreros con chaquetas de cuero y fusiles cortos, las obreras, con un pañuelo rojo en la cabeza y el fusil al hombro. Luego, el desfile conmovedor del pueblo, interminable; de los tres lados de la gigantesca plaza se vierten tres ríos rojos de rápida corriente; pasan los estudiantes, los pioneros, la juventud comunista, los campesinos, los asiáticos, montados en camellos, los chinos, con un enorme dragón de tela que abre y cierra las fauces. En un carro, un gran globo terráqueo rodeado de cadenas que un niño rompe golpeándolas con un martillo. En una hilera de carros desfilan los mutilados de guerra, que agitan en el aire sus muletas lanzando vivas. A continuación, las madres con sus criaturas en brazos. Las horas pasan; el sol ha horadado de repente la niebla, los miles de rostros se han iluminado, los ojos centelleaban. Toda la plaza vibra con los

víttores y los pesados pasos de la gente. Las hindúes de delante de mí han sacado las telas y las ondean al viento.

Miré a mi alrededor, todos lloraban; vuelvo a mirar y no veo nada; mis ojos también estaban empañados. Me arrojé sobre el pequeño general chino que tenía al lado, lo abracé con toda mi fuerza; los dos llorábamos; el negro se lanzó sobre nosotros y nos abrazó a los dos, él también lloraba y reía a la vez... ¿Cuántas horas duró aquella divina embriaguez? ¿Cuántos siglos? Este ha sido el segundo día más grande de mi vida; el primero había sido cuando el príncipe Jorge de Grecia pisó suelo de Creta. Estrechaba al general chino entre mis brazos, el negro nos apretaba con los suyos y yo sentía que las fronteras se derrumbaban, que nombres, razas, países desaparecían; el hombre se fundía con el hombre; lloraban, reían, se abrazaban; un relámpago había iluminado sus mentes y habían visto: ¡Todos eran hermanos!

Sentí que mi pequeño corazón gritaba como la inmensa Rusia. Juré dar coherencia a mi vida, liberarme de mis mil servidumbres, vencer el miedo y la mentira, ayudar a los demás a liberarse del miedo y de la mentira. No aceptar nunca más que los hombres cometan injusticias, sino dar a todos los niños de la tierra un aire puro, juguetes e instrucción, dar libertad y ternura a la mujer, bondad y nobleza al hombre, y un grano de trigo a ese aguzanieves que es el corazón del ser humano.

«Este es el grito de Rusia» —me decía, y juraba seguirlo hasta la muerte.

Juramentos de enamorado; yo era sincero; estaba decidido a dar mi vida; por primera vez comprendía la alegría que deben sentir los que son lapidados, quemados, crucificados por una Idea. Comprendía qué quiere decir fraternidad, qué significa que todos somos uno; por primera vez lo vivía tan profundamente. Y sentía que existe un bien superior a la vida y una fuerza que vence a la muerte.

* * *

Había leído los cuentos llenos de encanto oriental de Panait-Istrati y conocía su vida heroica y dura, pero aún no lo conocía a él personalmente. Un día recibí un papel arrugado, manchado de tinta, con grandes letras trazadas con prisa: «Ven a verme; mi padre es griego, mi madre rumana; soy Panait-Istrati».

Cuando llamé a la puerta de su habitación, en el hotel Pasaje, de Moscú, me sentía verdaderamente feliz de pensar que iba a ver a un luchador; había vencido la desconfianza que me domina siempre que voy a conocer a alguien, e iba lleno de confianza a encontrarme con Panait-Istrati. Estaba en la cama, enfermo, y al verme se incorporó y me gritó, contento, en griego:

—¡Vaya, hombre, bienvenido! ¡Bienvenido, hombre!

El primer contacto, el decisivo, fue afectuoso; cada uno miraba al otro como si tratara de adivinar; como dos hormigas que se tantean con sus antenas. El rostro de Istrati era delgado, surcado de profundas arrugas, muy sufrido; sus cabellos grises y brillantes caían en desorden sobre su frente, como los de un niño; sus ojos brillaban, llenos de picardía y de ternura, y sus labios de macho cabrío colgaban sensuales.

—He leído—me dijo— el discurso que pronunciaste anteayer en el Congreso. Me ha gustado. ¡Qué buen palo les has dado a esos imbéciles europeos! Creen que con sus charlatanerías pacifistas van a evitar la guerra; o que si estalla la contienda, los obreros van a levantarse y a arrojar las armas. ¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Conozco bien a los obreros!, se arrastrarán otra vez al matadero y matarán. ¡Les has dado un buen palo!, te digo: lo queramos o no, va a estallar una nueva guerra mundial. ¡Hemos de estar preparados!

Me miró cara a cara, extendió su huesuda mano y me apretó la rodilla. Se echó a reír.

—Me habían dicho que eras un místico; pero veo que tienes buena cabeza y que no te alimentas de aire fresco. ¿Esto es ser un místico, eh? ¡Qué sé yo! ¡Palabras! ¡Palabras! Dame la mano.

Nos estrechamos la mano riendo, se levantó de la cama de un salto. Aquel hombre tenía algo de gato montés en sus movimientos bruscos y ágiles, en su mirada rapaz, en su alegría salvaje. Encendió el infiernillo, puso encima el *briki*.

—¡Un café con poca azúcar! —gritó con voz cantarina, como un camarero.

Se acordó de Grecia, su sangre cefalónica bulló, se puso a cantar antiguas cancioncillas que había oído en el barrio *romeo* de Braila.

Quien fuera mariposa
Para volar a tu lado.

Grecia subía ahora del fondo de sus entrañas, el hijo pródigo anhelaba volver a la tierra paterna. De golpe, lleno de pasión, tomó la decisión:

—¡Volveré a Grecia!

Estaba cansado, tosía, volvió a acostarse, se tomó el café.

Se sentó otra vez en la cama, encendía un cigarro con otro, empezó a hablar desordenadamente, con pasión, de Rusia; después de su obra, de su héroe principal, Adriano Sografi, que sufre porque se pasa toda su vida buscando un amigo sin encontrarlo. Sus deseos son incontrolados, su corazón, rebelde, su mente, incapaz de imponer orden al caos.

Lo miraba con afecto y compasión. Me daba cuenta de que se encontraba en un momento decisivo de cambio en su vida, pero que todavía no tenía claro qué camino tomar. Él me miraba con sus ojillos ardientes, como si me pidiera ayuda.

—Tú eres Adriano, el héroe de tus libros, eres idéntico a él —le dije, riéndome—; no eres un revolucionario, como crees, estás revolucionado. El revolucionario tiene sistema, orden, coherencia en sus acciones, riendas en su corazón; tú eres un rebelde; te resulta muy difícil permanecer fiel a una idea. Sin embargo, ahora que has venido a Rusia debes poner orden en tu interior, tomar una decisión; tienes una responsabilidad.

—¡Déjame! —gritó como si lo estuviera estrangulando. Y al poco rato—: ¿Estás seguro? —me preguntó con angustia.

—El rumano Adriano Sografi ha muerto —dije, y apreté el brazo esquelético de Istrati, como si quisiera consolarlo—. ¡Viva el ruso Adriano Sografi! Aléjate ya, Panait, de los angostos barrios de Braila, la intranquilidad y la esperanza del mundo se

han expandido. ¡Adriano se ha expandido!, que el ritmo individual y rebelde de tu vida se funda con el ritmo universal de Rusia, que adquiera de una vez coherencia y fe. El supremo equilibrio que durante tantos años Adriano ha buscado en vano, el que ha buscado Panait, ya es tiempo de que se haga realidad; porque ahora tiene como soporte, no el destino incoherente de un individuo anárquico, sino las masas compactas de un pueblo inmenso que lucha.

—¡Basta ya! —gritó Istrati, nervioso—. ¡Basta ya! ¿Qué diablo te ha traído aquí? Lo que estás diciendo lo pienso yo día y noche en esta cama en la que estoy postrado ¡Pero tú no me preguntas si puedo! ¡Me gritas «Salta!», ¡pero no me preguntas si puedo!

—Ya lo veremos, amigo Panait —le respondí—; no te pongas nervioso; salta, veremos hasta dónde llegas.

—Pero, muchacho, esto no es un juego. ¿Cómo puedes hablar así? Es cuestión de vida o muerte.

—La vida y la muerte son un juego —le respondí, y me levanté—. Un juego, y depende de un momento como el presente el que lo ganemos o lo perdamos.

—¿Por qué te has levantado?

—Debo irme; tengo miedo de cansarte.

—¡No irás a ninguna parte! Te quedarás, comeremos juntos y esta tarde iremos juntos a un sitio...

—¿Adónde?

—A ver a Gorki [46](#) . Me ha mandado recado de que me espera. ¡Hoy veré por primera vez a este famoso Istrati de Europa! —dijo, y su voz provocadora dejaba entrever unos celos pueriles hacia el gran modelo.

Saltó de la cama, se vistió, salimos. Me llevaba cogido del brazo con fuerza.

—Tú y yo vamos a ser amigos —me decía—, vamos a ser amigos, porque ya empiezo a sentir la necesidad de darte un puñetazo en la cara. Porque tienes que saber una cosa: no puedo sentir amistad sin puñetazos. Tenemos que pelearnos de vez en cuando, partirnos la cabeza, ¿me oyes? Eso significa amistad.

Entramos en un restaurante, nos sentamos; se quitó del cuello una botellita de aceite, que llevaba colgada como un talismán, y se lo echó a la comida, luego sacó del bolsillo del chaleco un tarrito de pimienta y echó en abundancia en la espesa sopa de carne.

—¡Aceite y pimienta! —dijo, relamiéndose—, como en Braila.

Comimos con buen humor; Istrati iba recordando poco a poco su griego y cada vez que una palabra le venía a la memoria daba palmaditas como un niño.

—¡Bienvenida! —gritaba a cada palabra—. ¡Bienvenida! ¡Hola!

Sin embargo, estaba pendiente del reloj; lo miraba a cada instante.

De pronto se levantó.

—Es la hora —dijo—, ¡vamos!

Llamó al camarero; cogió cuatro botellas de buen vino de Armenia, se llenó los bolsillos del abrigo de paquetitos de entremeses, llenó hasta rebosar de tabaco su pitillera y salimos.

Istrati estaba emocionado; iba a ver por primera vez al gran Gorki. Seguramente esperaba abrazos, mesas puestas, lágrimas, risas, charla sobre charla y otra vez abrazos.

—Panait —le dije—, estás emocionado.

No me respondió, apresuró el paso, nervioso.

Llegamos a un gran edificio, subimos la escalera; miraba de reojo a mi amigo y me alegraba de ver su cuerpo flaco y desgarrado, sus manos de obrero muy trabajadas, sus ojos insaciables.

—¿Podrás dominarte —le dije— cuando veas a Gorki y no empezar con abrazos y gritos?

—¡No! —respondió enojado—. ¡No! Yo no soy inglés, soy *romeo* de Cefalonia. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Yo grito, abrazo, me entrego. Tú haz el inglés. Y te diré una cosa —añadió después de un segundo—, preferiría estar solo; tu compañía me pone nervioso.

No había terminado de decirlo, cuando Gorki apareció en el rellano de la escalera con una colilla pegada a los labios. Inmenso, corpulento, mejillas hundidas, pómulos muy salientes, ojos pequeños azul cobalto, tristes e inquietos, boca, con un

rictus de amargura indescriptible. Jamás había visto tanta amargura en la boca de un hombre.

Istrati, nada más verlo, subió de tres en tres los peldaños de la escalera y le agarró la mano.

—¡Panait Istrati! —gritó, presto a caer sobre los anchos hombros de Gorki.

Gorki tendió la mano con calma y miró a Istrati. Su rostro no expresaba ni alegría ni curiosidad; miraba a Istrati con atención, en silencio.

Al poco rato:

—Entremos —dijo.

Entró el primero, con paso tranquilo, Istrati lo seguía, nervioso, y de los bolsillos de su abrigo asomaban las cuatro botellas de vino y las provisiones.

Nos sentamos en un pequeño gabinete lleno de gente. Gorki sólo hablaba ruso, la conversación comenzó con dificultad. Istrati empezó a chapurrear en ruso con gran emoción; no recuerdo lo que decía, pero nunca olvidaré el fuego de sus palabras, el tono de su voz, sus amplios gestos y sus ojos ardientes.

Gorki respondía sereno, escuetamente, con una voz dulce, llana, encendiendo un cigarro tras otro. Su amarga sonrisa confería a sus calmadas palabras un profundo e intenso sentido trágico. Se veía a un hombre que había sufrido mucho y seguía sufriendo mucho, que había visto espectáculos tan atroces, que nada, ni las celebraciones soviéticas, ni los vítores, ni las glorias y los honores podían ya hacerlos desaparecer. Tras sus ojos azules fluía una tristeza serena e incurable.

—Mi maestro más grande ha sido Balzac —decía—. Recuerdo que cuando lo leía levantaba la página a la luz, la miraba y decía sorprendido: «¿Pero dónde se encuentra tanta vida y tanta fuerza? ¿Dónde está el gran secreto?».

—¿Y Dostoievski, Gogol? —pregunté yo.

—No, no; de los rusos, uno solo, Leskov [47](#) .

Se calló, y al cabo de un instante:

—Pero más que nada, la vida; he sufrido mucho y he amado mucho al hombre que sufre; eso es todo.

Calló, siguiendo con los ojos entornados el humo azul de su cigarro.

Panait sacó las botellas y las puso sobre la mesa; sacó paquetes y paquetitos con los aperitivos. Pero no se atrevía a abrirlos; había comprendido que no era el momento adecuado; no se había creado el clima que él esperaba. Esperaba otra cosa: que los dos atletas atormentados se pusieran a beber y a gritar, a decir palabras rimbombantes, a cantar, a bailar hasta que retumbara la tierra. Pero Gorki estaba aún sumido en su prueba personal y casi sin esperanza.

Se levantó. Lo habían requerido algunos jóvenes y se encerró con ellos en el despacho de al lado. Nos quedamos solos.

—Panait —dije—, ¿qué te parece el maestro?

Abrió la botella con un brusco movimiento.

—No tenemos vasos —dijo—, ¿puedes beber a gollete?

—Puedo.

Cogí la botella.

—A tu salud, Panait —dije—, el hombre es una fiera del desierto; alrededor de cada hombre hay un abismo y no existe ningún puente. No te aflijas, amigo Panait. ¿Es que no lo sabías?

—¡Bebe rápido! —dijo, fastidiado— para que pueda beber yo; tengo sed.

Se secó los labios.

—Lo sabía —respondió—, pero siempre lo olvido.

—Esa es tu gran ventaja, Panait. Pobre de ti si no lo supieras, serías un idiota; pobre de ti si lo supieras y no lo olvidaras, serías frío e insensible; mientras que así eres un hombre de verdad —cálido, lleno de desatinos, un ovillo de esperanzas y de desilusiones— hasta la muerte.

—Ahora hemos visto a Gorki. ¡Eso es lo que cuenta! —dijo, y volvió a meterse las botellas en el bolsillo del abrigo, recogió los paquetes y los paquetitos y nos fuimos.

En la calle me dijo:

—Gorki me ha parecido muy frío. ¿Y a ti?

—A mí me ha parecido muy lleno de amargura; inconsolable.

—¡Si gritara, si bebiera, si llorara para aliviarse! —rugió Panait, indignado.

—Una vez, un emir musulmán —respondí— al que le habían matado a todos los suyos en la guerra dio a los hombres de su tribu una orden: «No lloréis, no gritéis, para que no se alivie vuestra pena». Esa es, Panait, la más orgullosa disciplina que un hombre puede imponerse a sí mismo. Por eso me ha gustado mucho Gorki.

* * *

Al día siguiente pasé delante de la gran catedral de Moscú y entré. El inmenso templo, orgullo de la Rusia de los zares, estaba vacío, sin luz, sin calefacción, las procesiones de santos multicolores, con sus aureolas doradas, estaban heladas en medio de la desierta oscuridad invernal. Una viejecita que vigilaba en un banco un platillo vacío, sin una sola moneda, no conseguía con su aliento, que salía como humo de su boca y de sus fosas nasales, calentar todo aquel tropel sagrado que tiritaba.

De repente, arriba, en la tribuna de las mujeres, oí voces muy dulces de ambos sexos que salmodiaban. A tientas, encontré la escalera de mármol en espiral y subí. Ante mí, en la penumbra, encontré dos o tres viejecitos y viejecitas, con sus toquillas, que subían renqueando.

Llegué a lo alto de la escalera y en un rincón caldeado descubrí una capillita dorada, con lamparillas encendidas, con gente arrodillada, con el altar lleno de diáconos, popes, prelados vestidos de oro y de seda...

Nunca olvidaré el calor, la dulzura de aquel rincón. La mayoría de los hombres eran viejos, con patillas, como los antiguos señores, o como los porteros de casas señoriales. Las mujeres tenían los cabellos cubiertos por pañuelos blancos, Cristo refulgía en el iconostasio, satisfecho, sonrosado, y su cuerpo estaba cubierto de exvotos —pies, manos, ojos y corazones humanos de plata y de oro—.

Permanecí de pie en medio de aquel montón de gente arrodillada, sin poder contener mi emoción; toda aquella reunión me pareció como una despedida abrumadora, como si alguien

muy querido partiera para un largo y peligroso viaje y sus amigos lo acompañaran a la puerta... Los últimos fieles se despiden con gran amargura de la amada imagen de su Dios, y los primeros fieles del nuevo rostro del Misterio terrible se precipitan sin piedad y destrozan los viejos ídolos inservibles... Vivimos el momento crítico y despiadado en que una vieja religión muere y nace, en medio de luchas sangrientas, una religión nueva.

Los tiempos que atravesamos —y lo que es aún más terrible los que atravesarán nuestros hijos y nuestros nietos— son tiempos difíciles. Pero la Dificultad ha sido siempre en la vida el gran acicate que despierta y aguijonea todos nuestros impulsos, buenos y malos, para saltar el obstáculo que de pronto se levanta ante nosotros. Y así, movilizándolo todas nuestras fuerzas, que de otro modo permanecerían dormidas o actuarían de forma dispersa y pusilánime, llegamos a veces más lejos de lo que esperábamos. Porque las fuerzas movilizadas no son únicamente nuestras, individuales, ni tampoco son puramente humanas. En el impulso que tomamos para saltar se liberan en nosotros fuerzas de una triple naturaleza: individuales, universales, o sea, de toda la humanidad, y fuerzas anteriores al hombre. En el momento en que el hombre se tensa, como un resorte, para intentar el salto, toda la vida del planeta que llevamos en nosotros se tensa, a su vez, y toma impulso. Entonces percibimos con absoluta claridad la verdad pura y simple que olvidamos con frecuencia en los momentos confortables y estériles de facilidad: a saber, que el hombre no es inmortal, sino que está al servicio de Algo o Alguien inmortal.

Cuando terminó el oficio religioso y los últimos fieles empezaron a bajar lentamente la escalera de mármol, se me acercó un joven; tenía una barbita rubia, ojos azules cansados, era débil, pálido y tosía. Se dirigió a mí:

—¿Usted está también con nosotros? —me preguntó con emoción—; ¿usted no ha traicionado a Cristo?

—Si él no me traiciona —respondí— yo tampoco lo traiciono a él.

—Cristo nunca traiciona —respondió el joven, sobresaltado por mis palabras—. Nunca traiciona; es él el traicionado. Pero

venga, hace frío, vamos a mi casa a tomar un té caliente.

Su padre era un antiguo gran señor, tenía una mansión, que ahora le habían reducido a dos habitaciones, las demás estaban ocupadas por familias de clase obrera; a él le habían asignado las menos soleadas porque no tenía niños pequeños y los obreros sí los tenían, y los niños debían disfrutar del sol. El muchacho se ganaba el sustento trabajando en una fábrica, pero era poeta, y cuando le quedaba un poco de tiempo, escribía poesías.

—Ahora estoy escribiendo —dijo— un gran poema, un diálogo; hablan Cristo y un obrero. Es por la mañana, las sirenas de las fábricas ululan; hace frío, nieva. Obreros y obreras corren hacia las fábricas tiritando, sus cuerpos están deformados por el trabajo. Mi obrero lleva a Cristo de la mano, le hace recorrer las fábricas, las minas de carbón, los puertos. Cristo suspira: «¿Por qué esos hombres están condenados? —pregunta—. ¿Qué han hecho?». «No sé» —le responde el obrero—. Tú me lo dirás». Luego lo lleva a un sótano húmedo, con la estufa apagada, con sus hijos, que tienen hambre y lloran. El obrero cierra la puerta, agarra a Cristo por el brazo, grita: «Rabí, ¿cómo debemos portarnos con el César? ¿Qué es lo suyo, para que se lo demos? ¿Qué es lo nuestro, para que lo cojamos?».

El joven se detuvo, sin aliento; agitaba ansiosamente las manos, inquieto.

—¿Y después? —le pregunté—, ¿qué respondió Cristo?

—No lo sé —contestó el último fiel, y miró a su alrededor, asustado—, aún no lo sé. O mejor dicho, ya no lo sé.

El joven se dejó caer en una butaca desvencijada y ocultó el rostro entre las manos.

—¿Por qué? ¿Por qué? —murmuró.

«Este también hace preguntas —pensé—; hace preguntas y no encuentra respuesta. ¿Podría Cristo responderle? ¿Por qué no pregunta a Lenin?».

—¿Por qué no preguntas a Lenin? —le dije, y sin pretenderlo mi voz era de enojo.

—Le he preguntado.

—¿Y qué te ha respondido?

—«¡Proletarios de todo el mundo, uníos!». Yo me sacudí, furioso. ¡Pero te estoy preguntando sobre el alma, Nikolái Ilich, sobre Dios, sobre la eternidad!

—¿Y entonces?

—Lenin se encogió de hombros y se echó a reír. «Burgués...»
—murmuró, y aplastó con el tacón el cigarro que estaba fumando.

La selva es grande, el viento favorable.

¡Adelante, Be-Ku, coge tu arco!

¡Por aquí, por allí, por aquí por allí!

¡Un jabalí! ¿Quién mata al jabalí?

¡Pobre Be-Ku! ¡Be-Ku!

¿Y quién se lo come? ¡Pobre Be-Ku!

¡Vamos! ¡Despedázalo!, te comerás las entrañas

¡Bam! ¡Un elefante ha caído al suelo!

¿Quién lo ha matado? ¡Be-Ku!

¿Quién se quedará con los valiosos colmillos? ¡Pobre
Be-Ku!

Paciencia, Be-Ku, te darán la cola.

(Canción de los pigmeos)

A medida que pasaban los días, sentía el hechizo misterioso de Rusia calar en mí cada vez más. No era sólo el espectáculo exótico del invierno hiperbóreo, ni la vida eslava que me rodeaba y que veía por primera vez —¡cómo me fascinaban los hombres, los palacios, las iglesias, los trineos, las balalaicas, los bailes!—, era otra cosa más misteriosa, más profunda; aquí, en la atmósfera rusa, sentía de forma manifiesta, casi visible, enfrentarse las dos fuerzas cosmogónicas primarias; y el clima de guerra que te rodeaba penetraba tan profundamente en tus entrañas, que, quisiéraslo o no, te lanzabas también al combate y luchabas del lado de una o de otra de estas dos fuerzas cosmogónicas. Lo que tan intensamente yo había experimentado

en mi existencia microscópica lo veía implacable, terrible, aquí, en el infinito cuerpo de Rusia. Era el mismo combate, idéntica lucha, los mismos eternos adversarios: la Luz y las Tinieblas. Y así, poco a poco, mi lucha se hacía una con la lucha de Rusia y la liberación de Rusia sería mi propia liberación. Porque la Luz es una, indivisible, y en cualquier sitio que triunfe o sea vencida, triunfa o es vencida en ti mismo.

Desde el momento en que esta identificación tomó cuerpo en mí, el destino de Rusia se convirtió en mi propio destino. Yo luchaba junto a ella, su angustia era mi angustia. Moscú se me había quedado pequeño, partí a ver de cerca toda esta inmensa área donde luchaban los antiguos enemigos y colaboradores — de Leningrado a Vladivostok, de Murmansk, en el helado mar Ártico, hasta Bujará y Samarcanda—.

Todos los hombres, todos los pueblos cargan con su cruz, y la mayoría la llevan al hombro hasta la muerte y no se encuentra a nadie para crucificarlos. Dichoso el que es crucificado porque sólo él disfrutará de la resurrección. Rusia estaba siendo crucificada; recorriendo sus regiones y sus pueblos me estremecía, presa de un sagrado pavor. Nunca había visto tanta lucha, tanta angustia sobre la cruz, tantas esperanzas. Por primera vez sentí lo difícil que es para el hombre decidirse a dar un paso adelante, vencer su antiguo amor, su antiguo Dios, sus antiguas costumbres. Todo lo que antes era espíritu y lo impulsaba a ascender se convertía con el tiempo en una materia pesada, se derrumbaba en medio del camino y no dejaba pasar el nuevo aliento creador.

Millones de *mujiks* resisten, no comprenden, no quieren ser salvados; disponen de clavos y los clavan en la Madre; llevan generaciones y generaciones trabajando la tierra y se han convertido en tierra, odian la llama, y los obreros, hambrientos, heridos, llama pura, empujan a la masa en bruto, a veces por las buenas, a veces violentamente, para que entre en el camino de la liberación.

Y el mundo, ese mundo prudente, satisfecho, permanece de pie alrededor del ruedo ruso en el que luchan la Luz y las Tinieblas y se carcajea: «Rusia no existe ya; está perdida».

Porque los prudentes, los satisfechos, no pueden comprender las fuerzas invisibles de resurrección de la Crucifixión. Pero así como Cristo ha dicho, para que el grano de trigo se convierta en espiga tiene que hundirse en la tierra y morir. Lo mismo sucede con Rusia; ella es como un grano de trigo, como una gran idea.

Un evangelio apócrifo cuenta que Juan, el discípulo amado, en el momento en que al pie de la cruz lloraba ante el Crucificado tuvo una visión sorprendente: la cruz no era de madera sino que estaba hecha de luz, y sobre ella no había crucificado un hombre, sino millares de mujeres, de hombres y de niños, que gemían y agonizaban. El discípulo amado temblaba de miedo y no podía distinguir ni fijar ningún rostro. Todas las caras, innumerables, se transformaban, pasaban y desaparecían y venían otras en su lugar... Y de repente, todos se borraron y no quedó en la cruz más que un Grito crucificado.

Hoy día, ante nosotros palpita esta visión; pero ahora el Salvador ya no es un hombre, es un Pueblo entero. Rusia entera, millares de hombres, de mujeres y niños sufren la Pasión y son crucificados. Desaparecen, pasan, y no se distingue ningún rostro concreto. Pero en medio de estos muertos innumerables quedará con toda seguridad el Grito.

Con él basta; así es como el mundo será salvado de nuevo. ¿Qué quiere decir será salvado? Encontrará una nueva razón de vivir, porque la antigua está agotada y ya no puede sustentar el edificio humano. Dichoso aquel que escucha el Grito de su época —pues cada época tiene su propio Grito— y coopera con él; sólo este se salva.

Vivimos nuestra época y por tanto no la vemos; pero si realmente la nueva idea, la que hoy es crucificada, va a incendiar y a renovar el mundo, hemos entrado ya en el primer círculo de fuego. Puede que dentro de algunos siglos esta época nuestra no sea llamada Renacimiento sino Edad Media. Edad Media, es decir, interregno: una civilización se agota, pierde su fuerza creadora y se derrumba, y un nuevo Aliento, el que traen una nueva clase de hombres, lucha con amor, con firmeza, con fe, por crear otra civilización nueva.

La creación de esta nueva civilización no es segura —en toda creación nada es seguro a priori—, el futuro puede ser una absoluta catástrofe, puede ser un compromiso mezquino; pero también puede triunfar el nuevo Aliento creador —y entonces vivimos, en esta época nuestra de transición, todos los dolores desgarradores del parto de una civilización que está naciendo—.

Nada es seguro; por eso la responsabilidad de cada pueblo, de cada individuo, en nuestra época informe, incierta, es más grande que nunca. Porque en épocas como esta, carentes de certezas, llenas de probabilidades, la contribución del pueblo y del individuo puede tener un valor incalculable.

¿Cuál es entonces nuestro deber? Reconocer bien el momento histórico en que vivimos y situar nuestra pequeña acción conscientemente del lado de un determinado bando. Cuanto más en consonancia se está con la corriente que avanza, tanto más se contribuye a la difícil ascensión del hombre, llena de peligros e incertidumbres, y a su liberación.

Cuando concluí toda mi peregrinación y me quedé unos días en Bujará para descansar, después de los hielos inhumanos de Siberia, sentí caer sobre mí el amado sol y calentar mis vértebras y mi alma. Había llegado poco antes del mediodía, hacía mucho calor, pero habían regado las calles y el aire olía a jazmín. Musulmanes con turbantes multicolores estaban sentados bajo sombreros de paja y bebían sorbetes refrescantes. En los cafés, muchachos mofletudos con el pecho descubierto, arrellanados en taburetes altos, cantaban apasionados *amanedes* orientales. Compré un melón, me senté a la sombra que proyectaba la famosa mezquita de Kok-Kuba, apoyé el melón en mis rodillas —tenía mucha hambre y mucha sed—, corté tajada tras tajada y empecé a comérmelo. Su aroma, su dulzor, me calaban hasta la médula de los huesos; estaba como una rosa de Jericó mustia, me había zambullido en el frescor del melón y había resucitado.

Pasó una muchachita como de unos siete años; su espalda estaba cubierta de gran cantidad de trencitas finísimas y de cada trencita colgaba una conchita o una piedra azul o una media luna de bronce contra el mal de ojo; y mientras pasaba delante de mí,

sus caderas se contoneaban como las de una mujer madura y el aire olía a almizcle.

Al mediodía el muecín, de barba blanquísima, con un turbante verde, subió al minarete de frente a mí; se tapó las orejas con las manos y mirando al cielo, con voz dulce y campanuda, empezó a llamar a los fieles a la oración; en el momento en que gritaba, una cigüeña surcó el aire abrasador y vino a posarse sobre una pata en lo alto del minarete.

Yo abría los oídos, escuchaba; abría los ojos, miraba; saboreaba el dulce y aromático melón, me sentía feliz. Cerré los ojos, pero temí quedarme dormido y perderme toda aquella felicidad y volví a abrirlos. Ante mí, la célebre plaza de Bujará, Registán ⁴⁸, desierta; en una ocasión, en otro tiempo, de todos los países musulmanes llegaban aquí, en primavera, peregrinos exaltados y lloraban a los dos hijos de Ali, Hassan y Hussein, muertos injustamente. Caravanas cargadas de especias, de manzanas, de dátiles y de prostitutas sagradas; muchachos a lomos de caballos blancos, con una paloma blanca en el puño, con la cabeza afeitada, espolvoreada de ceniza y de paja, y detrás de ellos, vestidos con *yilabs* blancas, los fieles, desenfrenados, se golpeaban la cabeza con el yatagán, y la sangre le corría por los bigotes retorcidos, por las barbas y por las *yilabs* blancas. Durante cuarenta días y cuarenta noches proferían llantos de duelo, rugiendo: «¡Hassan, Hussein! ¡Hassan, Hussein!». Luego se echaban bajo los árboles floridos y, gimiendo, llenos de sangre, copulaban con las prostitutas sagradas.

Ahora, la célebre plaza Registán estaba desierta, la admirable mezquita multicolor, medio en ruinas, eran espectros, el gallo había cantado y habían desaparecido.

¿Para qué toda esta divina manía, esta algarabía, los gemidos del hombre? ¿Con qué fin?

La amargura abrumó mi alma, estaba cansado de resucitar a los muertos, cerré los ojos para dormirme y escapar. Y tuve un sueño: dos labios turbadores de mujer estaban suspendidos en el aire, sin rostro; se movían, oía su voz: «¿Quién es tu Dios?».

«Buda» —respondí sin dudarlo—. Pero los labios se movieron de nuevo: «¡No, no! ¡Épafos!».

Me desperté sobresaltado; todo el trabajo oculto que se había operado durante estos tres meses en lo más hondo de mi ser quedaba manifiesto; se había abierto la trampilla de mis entrañas; había visto. En todo este tiempo me había atormentado y había luchado, había intentado, entre espinas, cambiar de piel, como la serpiente, fabricarme una nueva, sufría y no sabía por qué; y ahora, ahí estaba el sueño: Buda era la antigua piel. Épafos era la nueva.

Épafos, el dios del tacto, que prefiere la carne a la oscuridad y, como el lobo, no se sacia con mensajes. Y no confía ni en el ojo ni en el oído; quiere tocar, empuñar la tierra, palpar al hombre, sentir que su calor se mezcla con el de él, identificarse con ellos. Convertir su alma en cuerpo para tocarla. El dios más seguro, el más trabajador, que camina por la tierra, que ama la tierra y quiere volver a crearla a su imagen y semejanza. Este era mi dios.

Sin palabras, sin ruido, Rusia había obrado su milagro; como la serpiente cuya nueva piel no ha madurado y tiene frío y se arrastra al sol para calentarse, así mi alma me arrastraba al nuevo sol. Me desperté y ya no era el mismo; porque antes no sabía y ahora sabía, «¿pero cómo un sueño —me preguntaba— puede cambiar la vida del hombre?». «No la cambia —me respondía yo mismo—, únicamente anuncia que ya ha cambiado».

«¿Para qué —preguntaba— toda esta frenética lucha que domina al hombre? ¿Cuál es su finalidad?». Antes habría respondido con una sonrisa beatífica: «¡Fantasmagorías! El mundo no existe; injusticia, hambre, alegría, tristeza, lucha, no existen. Todo son espectros. Sopla y se disiparán».

Pero ahora me levanté, aliviado, la tarde había comenzado a caer sobre la famosa plaza de Registán. Alcé la cabeza: «¿Cuál es la finalidad?». «No lo preguntes, nadie lo sabe, ni siquiera Dios, porque él también avanza con nosotros, a tientas, corriendo peligro, luchando. Hay hambre, injusticia, mucha oscuridad en el corazón, estas cosas que ves no son espectros,

por mucho que soples no se dispersarán, son de carne y hueso, tócalas, existen. ¿No escuchas un grito en el aire? Gritan. ¿Qué gritan? ¡Socorro! ¿A quién gritan? ¡A ti! ¡A ti, a cada hombre! Levántate. Nuestro deber no es hacer preguntas sino cogernos todos de la mano y subir la cuesta».

Cuando al cabo de tres meses, al volver a Grecia, pasé otra vez por Berlín y luego por Viena, el mundo había cambiado; mejor dicho, mis ojos habían cambiado. Lo que antes me parecía extraño y atractivo —las danzas impúdicas, la bárbara música moderna, las mujeres maquilladas, los hombres maquillados, la sonrisa irónica y cortante, el deseo desenfrenado de oro y de sexo— ahora me provocaba náuseas y horror y lo veía como un preludio del fin. Un fuerte hedor en el aire, como si el mundo se estuviera pudriendo. Así habrían olido Sodoma y Gomorra.

Así habría olido Pompeya poco antes de reducirse a cenizas. Una noche en que deambulaba por las calles de Viena, iluminadas, llenas de risas y de mujeres, sentí de pronto resurgir en mi mente la ciudad del placer, condenada. La primera vez que la había visto era muy joven y no había podido descubrir —tampoco lo pretendía— el terrible mensaje que nos ofrece; mi mente no había pensado en que su destino puede ser algún día el nuestro; el mundo estaba entonces sólidamente asentado en los hombros de Cristo. Pero ahora... Decidí dar un pequeño rodeo en mi viaje de vuelta, para volver a visitar Pompeya.

El cielo estaba algo nublado, las hierbas de primavera habían cubierto los umbrales de las puertas y los patios, las calles estaban como a mí me gustan, desiertas, y recorría la ciudad vacía, completamente solo, silbando.

Las casas estaban abiertas, sin puertas, sin dueños; las tabernas, los templos, los teatros, las termas, todo desierto; en las paredes aún quedaban, descoloridas, bailarinas desnudas, Amorcillos estultos, gallos, perros y vergonzosos acoplamientos de hombres con animales.

De repente resonó una voz en mi oído: «¡Que mi Dios me conceda caminar así por París y por Londres y hablar ruso con mis camaradas!». Me estremecí, y un presentimiento terrible atravesó mis vértebras.

Las despensas de Pompeya estaban llenas, las mujeres desvergonzadas, recién lavadas y estériles; los hombres incrédulos, irónicos y fatigados. Todos los dioses —griegos, africanos, asiáticos— eran allí multitud, un rebaño de democrática vileza, descreído, timorato, y se repartían entre sí, sonriendo astutamente, las ofrendas y las almas. La ciudad entera, echada a los pies del Vesubio, reía a carcajadas, despreocupada.

Subí a un lugar elevado, miré; después de tantos años, después de tantas luchas, comprendí; bendita sea esta ciudad pecadora que nos da una advertencia: toda la Tierra es una Pompeya poco antes de la erupción. ¿De qué sirve una tierra así, con sus mujeres impúdicas, sus hombres incrédulos, sus infamias, sus injusticias, sus enfermedades? ¿Para qué viven todos estos avisados comerciantes, todos estos vejestorios, devoradores de hombres, estos sacerdotes mercachifles, estos rufianes y estos tullidos? ¿Con qué fin crecen todos estos niños y ocupan el lugar que antes ocupaban sus padres en las tabernas, en los talleres, en los lupanares? Toda esta materia impide al espíritu avanzar. El espíritu del que disponía lo consumió en crear una civilización brillante —ideas, religiones, arte, técnicas, ciencia, acción—. Ahora está agotada; que vengan los bárbaros a limpiar el camino obstruido, a abrir un nuevo cauce al espíritu.

Veo a las multitudes que están oprimidas y hambrientas abalanzarse a la mesa puesta donde están sentados los amos, somnolientos por el exceso de comida y de bebida. La quimera abrasa los rostros que se lanzan al asalto. Unos, los que están sentados, de repente oyen el estruendo y se vuelven. En un primer momento se ríen, luego, palidecen, miran, inquietos, hacia abajo y ven —sus esclavos y esclavas, los colonos, los obreros, los descamisados, están subiendo—. ¡Instante sagrado! Las mayores hazañas en el pensamiento, en el arte y en la acción han nacido en esta ascensión impetuosa del hombre.

Los amos se reúnen para resistir y les hacen frente; pero todo el empuje de nuestro tiempo está contra ellos —han comido, han bebido, han creado una civilización, se han agotado, ha llegado el último rostro de su deber: desaparecer—.

Tan pronto como sean puestas las nuevas mesas, los esclavos empezarán a engordar y a aletargarse. Otras multitudes oprimidas se levantarán a su vez y de nuevo se pondrán al frente el Hambre y la Quimera, los dos guías de las almas. Y así, eternamente, rítmicamente, incesantemente.

Esta es la ley, sólo de este modo puede renovarse la vida y progresar. Cada organismo vivo —y las ideas y las civilizaciones también lo son— siente en lo más profundo de su ser la irresistible necesidad, y es más, el deber, de apoderarse de todo lo que pueda a su alrededor, asimilarlo y hacerlo suyo; siente la necesidad de dominar el mundo, si es posible. No hay fiera más hambrienta y codiciosa que una nueva idea.

Pero al mismo tiempo, la ley implacable empieza a operar a su vez: a medida que el organismo vivo cumple su deber de extenderse y dominar, más se acerca a su destrucción. La *hybris* es quizá el único pecado que la armonía universal considera mortal y no perdona. El máximo esplendor de la fuerza de un organismo vivo genera fatalmente su catástrofe.

Y más aún, lo que es inconcebible: precisamente porque el organismo vivo ha cumplido su deber es por lo que es aniquilado, si no lo cumpliera, viviría y vegetaría, sin molestar, sin ser molestado, mucho más tiempo.

Se diría que este deber inexorable se ha incrustado en el corazón del organismo vivo para ayudarlo —una vez que ha cumplido su misión, que se ha hecho gigantesco y ha impuesto su poder— a desaparecer, para que no se convierta en un obstáculo para otro organismo vivo que empieza a oponerse a él y a querer, a su vez, dominar el mundo. Se diría que existe una fuerza explosiva en cada partícula de vida, como si el impulso de la vida entera estuviese concentrado en cada una de estas mínimas partes vitales, presto a estallar en cada enfrentamiento. Así es como la vida libera los anhelos que hay en ella y avanza.

En un principio esta ley nos parece injusta y nos indigna; pero si nos inclinamos y miramos al fondo, somos dominados por la admiración: gracias a esta ley la fuerza bruta pierde su omnipotencia; el poderoso no se muestra tan prepotente, tan osado e impúdico, porque si bien esta ley de la armonía lo impele

a llevar su fuerza hasta el extremo, también le recuerda que cada instante de avance, sirviendo al conjunto, conduce a su desaparición individual.

Esto no lo saben los dirigentes bolcheviques ni es conveniente que lo sepan; su destino les pone una venda en los ojos para que no vean hacia dónde van; si lo vieran, su empuje disminuiría.

Lucho por abarcar en lo posible el círculo completo de la acción del hombre y por adivinar el viento que empuja a todo este oleaje humano hacia arriba; me inclino sobre la pequeña parcela imperceptible del inmenso círculo, sobre la época en que vivo, y me esfuerzo en ver con claridad el deber de nuestro tiempo; quizá sea esta la única posibilidad que tiene el hombre, en el instante fugaz de su existencia, de realizar algo inmortal, porque trabaja juntamente con un ritmo que es inmortal.

Lo siento en lo más hondo: un Luchador asciende de la materia a las plantas, de las plantas a los animales, de los animales a los hombres y lucha por la libertad. En cada época crítica el Luchador tiene un rostro nuevo; hoy su rostro es este: es el dirigente de la clase proletaria quien asciende. Grita, da consignas: ¡Justicia, felicidad, libertad!, y enardece a sus camaradas; pero nadie conoce el terrible secreto: justicia, felicidad y libertad se alejan cada vez más.

Sin embargo, es justo y necesario que todos los que luchan por un ideal crean que lo alcanzarán y que, una vez lo alcancen, reinará en el mundo la felicidad. De este modo el espíritu se alienta y cobra valor para la ascensión, que no tiene fin. Esto mismo hace el carretero, pone una gavilla de heno delante de la boca del caballo que tira de su carro cargado; el caballo estira el cuello, come una brizna de heno, pero la gavilla se aleja y el caballo la sigue y se esfuerza en alcanzarla y así avanza y sube la cuesta.

Un sentimiento de respeto me invade. En medio de estas masas sombrías distingo con toda claridad el Grito de lo Invisible que sube y empuja al mundo a subir. Si hubiera vivido en otros siglos, habría identificado este Grito en las masas de los nobles, de los burgueses, de los industriales, de los comerciantes, que entonces ascendían, y habría luchado a su lado. Un impulso

eterno, superior al hombre, domina a los seres humanos, los empuja hacia arriba y cuando ya están agotados, los abandona y se lanza sobre otro material aún en bruto, aún no agotado.

Tenemos el deber de seguir esta pulsión eterna en nuestra época, de ayudarla, de colaborar con ella; hoy se ha adueñado de las masas que trabajan y que tienen hambre; ellas son hoy su material en bruto. Este Impulso implacable no pueden verlo las masas; ellas le dan nombres más asequibles para que resulte comprensible a su pobre mente, y amable a sus necesidades cotidianas.

Lo llaman felicidad, igualdad, paz; pero el Luchador invisible, dejando a estos señuelos enardecer a las masas, se esfuerza de forma despiadada, implacable, en traspasar las mentes y la carne y en crear, a partir de todos los gritos de rabia y de hambre, una palabra de libertad.

Es muy peligroso inclinarse a mirar al fondo; uno puede verse dominado por el pánico; porque entonces descubre un secreto terrible: el Luchador no se interesa por el hombre, se interesa por la llama que consume al hombre; su trayectoria es una línea roja y esta línea traspasa a los hombres, como las cuentas de un *comboloi* de cráneos. Yo sigo esta línea roja, sólo ella me interesa en el mundo, aunque sienta que atraviesa mi cráneo, perforándolo y rompiéndolo, acepto libremente lo ineludible.

Pero detengámonos en los límites humanos, sólo dentro de ellos podemos trabajar y cumplir nuestro deber; no vayamos más allá, hasta el final; porque al final se abre el precipicio y puede helarnos la sangre; al final se yergue Buda, con su beatífica sonrisa ponzoñosa, ese gran prestidigitador que con un soplo hace desaparecer el mundo. Nosotros no queremos que el mundo desaparezca, y tampoco que Cristo lo cargue a costas y lo transporte al cielo: queremos que viva y luche con nosotros, queremos amarlo como el alfarero ama su arcilla; no tenemos otro material para trabajar, ni otro campo firme encima del caos que sembrar y cosechar.

[44](#) Nikolái Klyuev (1884-1937), una de las figuras más interesantes del Modernismo ruso. Es una figura compleja, fascinante y contradictoria. Su poesía es difícil y muy atractiva. Un «nuevo poeta-campesino», representa una afirmación deliberada de los campesinos del norte y de la cultura tribal, en oposición al intelectualismo occidental. Se consideraba a sí mismo como un profeta, algunos de cuyos versos proféticos resultaron ser muy reveladores (desastre de las políticas bolcheviques). Inicialmente abrazó la Revolución soviética y fue miembro del partido bolchevique, pero luego la rechazó y en sus últimos años fue un defensor de la Ortodoxia. Fue arrestado y exiliado en 1934 y fusilado en 1937.

[45](#) Sumo sacerdote del culto místico de Eleusis, en honor de Deméter. Era el intérprete de los misterios sagrados y el encargado de instruir a los iniciados en dichos misterios.

[46](#) Como es habitual en esta obra, las fechas se mezclan. Casandsakis conoció a Panait Istrati en noviembre de 1927, y a Gorki en junio de 1928.

[47](#) Nicolái Leskov (1831-1895) siempre se interesó por cuestiones morales y religiosas y sostuvo puntos de vista de moralista. En sus últimos años estuvo muy influido por el Espiritualismo y el Realismo europeo, y por su máximo representante, León Tolstói. En esta época alterna la crítica satírica, llena de humor, con la alabanza de la vida sencilla de los hombres del pueblo y de las figuras religiosas del pasado. Así, ofrece retratos del «varón justo», casi siempre perseguido, pero dotado de virtudes cristianas, prototipo, según el autor, del carácter ruso ideal. Sus protagonistas ahora proceden del pueblo. Durante los años 1880, en su afán de reforma moral evangélica y de humildad cristiana inicia un ciclo nuevo, basado en las vidas de los santos de las leyendas bizantinas. Por otra parte, sus denuncias de los vicios del sistema zarista son tan virulentas, que la policía quema y secuestra sus obras, como *Gracia* (1887) y *La hermosa Aza* (1888), entre otras.

[48](#) Parece un error de Casandsakis. Registán es la famosa plaza de Samarcanda, no de Bujará.

XXVII

Cáucaso

Estaba aún en Italia cuando recibí de Atenas, del Ministerio de Asistencia Social, un telegrama en el que se me preguntaba si aceptaba asumir la Dirección General del Ministerio, con la misión específica de ir al Cáucaso, donde más de cien mil griegos estaban en peligro, e intentar encontrar el medio de repatriarlos a Grecia para salvarlos [49](#) .

Era la primera vez en mi vida que se me presentaba la ocasión de entrar en acción, no tener que luchar con más teorías e ideas, cristos y budas, sino con hombres vivos, de carne y hueso. Me dio mucha alegría; estaba cansado de luchar con sombras y de rodar de lugar en lugar transportando preguntas y buscando respuesta. Las preguntas surgían sin cesar y la respuesta se desplazaba continuamente; una pregunta se amontonaba sobre otra como serpiente sobre serpiente; me asfixiaba. Era una buena ocasión de comprobar si la acción era la única capaz de responder, cortando con su espada los nudos impenetrables de la teoría.

Acepté además por otra razón: me dolía mi pueblo, eternamente crucificado, que de nuevo estaba en peligro en la montaña de Prometeo, en el Cáucaso. No era Prometeo, era Grecia, clavada en el Cáucaso otra vez por *Kratos* y *Bías* [50](#) — esta era su cruz— y gritaba. Invocaba no a los dioses, sino a los hombres, sus hijos, para que la salvaran. Así, identificado con los sufrimientos actuales, con los sufrimientos eternos de Grecia, elevando a símbolo la trágica aventura contemporánea, acepté.

Dejé Italia, pasé por Atenas, tomé una decena de colaboradores [51](#) , elegidos, cretenses en su mayoría y partí hacia el Cáucaso para ver de cerca cómo podrían salvarse estas miles de vidas humanas. Por el sur, los curdos marcaban como

bestias a cuantos griegos capturaban, y los bolcheviques bajaban del norte, a fuego y hacha; y en medio los griegos de Batumi, de Sujumi, de Tiflis, de Kars, con el nudo corredizo apretando cada vez más su cuello, desnudos, hambrientos, enfermos, esperaban. De nuevo *Kratos*, por un lado, *B ías*, por el otro, los eternos aliados.

Es una gran satisfacción partir hacia una misión difícil y estar rodeado de colaboradores ardientes y honorables. Dejamos atrás las costas de Grecia, y una mañana, en la línea turbia entre el cielo y el mar, apareció, muy pálida, Constantinopla.

Caía una fina llovizna, los minaretes blanquísimos y los cipreses negros traspasaban la niebla como mástiles de una ciudad sumergida. Santa Sofía, los palacios, las murallas bizantinas medio en ruinas se perdían en la lluvia silenciosa, desesperada. Estábamos todos apiñados en la proa del barco y nos esforzábamos en traspasar con la mirada la espesa bruma para ver. Uno de mis compañeros profirió una maldición:

—¡Maldita ramera, se acuesta con el turco! —dijo. Y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

—*Con los años, con los tiempos, volverá a ser nuestra de nuevo ...* —murmuró otro.

Pero yo sentía mi corazón impasible. Si hubiese atravesado estas aguas míticas en otros tiempos, mi mente se habría llenado de leyendas y canciones populares, de intensos anhelos, y habría sentido sobre mis manos las lágrimas, gruesas, calientes, del icono de la Virgen. Pero en ese momento esta legendaria ciudad se me aparecía como un lejano e improbable reflejo del deseo, como una criatura hecha de niebla y de fantasía.

Pasamos dos días mirando de lejos Constantinopla, esperando que el mar se calmara para zarpar. Yo me alegraba de que lloviera y no pudiera verla, me alegraba de que los guardias turcos que habían subido a bordo no nos permitieran desembarcar y pisar las sagradas tierras dominadas por Turquía; todo esto encajaba bien con mi estado de ánimo, lleno de amargura, obstinado; con mi corazón, loco de orgullo, que no quería mostrar su pena.

Seguía lloviendo. Constantinopla se hundía cada vez más; el mar se había vuelto completamente verde y poco a poco amainaba el oleaje; al tercer día por la mañana zarpamos. Pasamos el Bósforo, los huertos tupidos escaseaban cada vez más, había menos casas, a derecha e izquierda las costas de Europa y de Asia se hacían más salvajes; entramos en el terrible Mar Negro. De nuevo viento fuerte, olor salado del mar. Las olas saltaban, se combaban llenas de espuma y relinchaban, como los blancos caballos de Homero. Reunidos en mi camarote, hablábamos de Grecia, mil veces martirizada, mil veces perseguida, la Grecia inmortal; y también de nuestra responsabilidad de no deshonrarla, allá adonde íbamos.

No contaré aquí las vicisitudes de mi misión; durante un mes mis compañeros y yo recorrimos las ciudades y los pueblos donde estaban diseminados los griegos, atravesamos Georgia, entramos en Armenia; por aquellos días, en los alrededores de Kars, los turcos habían vuelto a capturar tres griegos y los habían marcado a hierro como a mulas; habían llegado muy cerca de Kars y oíamos sus cañones día y noche.

—Uno de nosotros tiene que quedarse en Kars —dije—, reunir a todos los griegos, hombres, mujeres y niños, sus animales y sus enseres, ponerse al frente de ellos y llevarlos al puerto de Batumi; ya he hecho mi informe en el que pido que vengan barcos cargados de víveres, ropas y medicinas y en el viaje de vuelta transporten esta multitud de personas. ¿Quién quiere quedarse en Kars? Su misión es peligrosa, tiene que saberlo.

A nuestro alrededor se habían reunido los *demogerontes* de Kars y nos escuchaban; estaban pendientes de nuestros labios.

Mis diez compañeros se pusieron en pie; todos querían quedarse; elegí al más fuerte, herido en guerras anteriores, antiguo condiscípulo mío, muy querido; valiente, despreocupado y de buen carácter y que disfrutaba burlándose del peligro.

—Te quedarás tú, Iraclís —dije—, ¡y que el Dios de Grecia te asista!

—Si la palmo —respondió riéndose—, perdonadme y que Dios os perdone.

Le estrechamos la mano, lo dejamos. Al cabo de algunas semanas apareció en Batumi, cubierto de polvo, exhausto, negro; iba en cabeza y detrás de él un numeroso grupo de griegos de Kars, con sus bueyes, sus caballos, sus enseres, y en medio de ellos el pope, con el Evangelio de plata de la iglesia en las manos, y los ancianos, con los santos iconos en sus brazos. Habían sido desarraigados y ahora iban a la Grecia libre a echar nuevas raíces.

Entretanto, nosotros habíamos reunido a todos los griegos de Georgia y una mañana oí gritos, alborozo, disparos de fusil y corrí al puerto —habían aparecido los primeros barcos griegos para llevárselos—.

Una lucha difícil; estábamos agotados por el cansancio, la falta de sueño, las preocupaciones. A veces yo echaba una rápida y furtiva mirada a las legendarias montañas salvajes, a los apacibles valles cultivados, a la hermosa raza humana de allí, con sus grandes ojos orientales, su imbatible dulzura, con su alma despreocupada y sonriente; bebían, bailaban, se besaban, se mataban, con una gracia llena de cortesía, como insectos multicolores.

No tenía tiempo y tampoco quería desviar mi mente del grave deber que me había llevado allí; veía hombres, mujeres y niños arracimarse a mi alrededor, hambrientos, desesperados, mirarme a los ojos y esperar de mí la salvación. ¿Cómo iba a poder traicionarlos? «¡Me salvaré o me perderé con vosotros, no temáis, hermanos! —les decía— ¡todos juntos!». Y entonces les hablaba de nuestra raza martirizada, a la que los bárbaros, el hambre, la pobreza y los terremotos combatían y querían hacer desaparecer. ¡Pero ella es inmortal, y ahí está, viva y próspera desde hace miles de siglos! Y así, con la mente puesta en Grecia, aquellos desdichados pudieron resistir.

Sólo una tarde —lo recuerdo y me avergüenzo— estuve a punto de traicionarlos. Una tarde, en un huerto cerrado de Batumi, a la orilla del mar, cubierto de gruesos guijarros blancos, rodeado por cañas de Arabia llenas de flores carmesí en forma de espiral. Por aquellos días me atormentaba una inquietud insoportable: aún no habían aparecido más barcos, ¿vendrían o

no vendrían? ¿Se salvarían todas aquellas almas que dependían de mí? Unos días antes había conocido a la georgiana Bárbara Nikolaievna y esa tarde me había invitado a su huerto cerrado, porque me había visto profundamente angustiado y había sentido pena por mí. Nunca me he tropezado con una mujer más hermosa; no hermosa exactamente, otra cosa diferente que no tiene cabida en las palabras: ojos verdes, hechiceros y peligrosos, como los de una serpiente, voz ligeramente grave, llena de promesas, de renuncia y de dulzura. La miraba y mi mente se turbaba, rugidos anteriores al hombre salían de lo más hondo de mi ser, se abrían en mí profundas cavernas tenebrosas y de ellas salían antiguos antepasados peludos que rugían al mirar a Bárbara Nikolaievna.

Yo también la miraba y pensaba: este instante no volverá jamás. Esta mujer no volverá a encontrarse jamás. Durante millones de años han actuado innumerables peripecias, coincidencias, azares, destinos para que nacieran esta mujer y este hombre y se unieran en una playa del Cáucaso, en este huerto con cañas de Arabia en flor. ¿Vamos a dejar escapar este instante divino?

La mujer se volvió hacia mí, entrecerró los ojos.

—Nicolái Mijáilovich —me dijo—, ¿quieres partir conmigo?

Me asusté; lo que yo más deseaba y no me atrevía a decir lo había dicho aquella mujer.

—¿Partir? ¿Y dónde iremos?

—Lejos de aquí: me he cansado de mi marido, aquí me ahogo, me estoy marchitando, me da pena de mi cuerpo, Nicolái Mijáilovich, me da pena de mi cuerpo, vente conmigo, vayámonos juntos.

Me agarré con fuerza a la silla donde estaba sentado, tenía miedo de dar un bote y cogerla por la cintura —un caique había fondeado delante de nosotros—, subir al caique con ella y partir. Luché para poder contenerme.

—¿Y el deber, Bárbara Nikolaievna, estas miles de almas que esperan de mí su salvación?

La mujer, de un brusco movimiento, desató la cinta de seda que llevaba en el pelo, sus cabellos de reflejos azules se

desparramaron por su espalda. Frunció los labios, obcecada.

—¡El deber! —exclamó con sarcasmo—. Sólo hay un deber, uno solo, entérate de lo que te digo: no dejar escapar la felicidad; atraparla por los cabellos. Atrápame a mí por los cabellos, Nikolái Mijáilovich, nadie nos ve.

Yo miraba el mar; dentro de mí luchaban todos los demonios, ningún ángel. El Destino estaba ante mí y aguardaba. Pasó un buen rato, y bruscamente la mujer, lívida, se puso en pie de un salto.

—¡Se acabó! —dijo—. ¡No has aceptado inmediatamente, no me has cogido por los cabellos, has sopesado los pros y los contras! ¡Se acabó! Y aunque ahora aceptes, yo no acepto ya. ¡A tu salud, Nikolái Mijáilovich, bravo, eres un hombrecito honrado, eso que llaman un pilar de la sociedad, adiós, que te vaya bien!

Dijo, y apuró su vasito de áspero vino de Armenia.

Después de miles de años, en medio de la ingrata vejez, cierro los ojos, vuelven a brotar las cañas de Arabia, el Mar Negro golpea mis sienes, Bárbara Nikolaievna viene a sentarse frente a mí, ahora no en su silla, sino con las piernas cruzadas sobre los guijarros blancos; la miro, la miro y pienso, ¿hice bien en no atraparla por los cabellos en aquel instante divino?

Suspiro y digo:

—¡No me arrepiento!

* * *

Dos semanas después abandonaba el Cáucaso; los últimos días habían sido muy amargos; realmente los barcos habían comenzado a partir cargados de un tropel de personas; veía que mi intervención en la acción había dado sus frutos, veía ya a aquellos griegos amantes del trabajo echar raíces en Macedonia y en Tracia, llenar de trigo, de tabaco y de niños griegos nuestras viejas tierras devastadas pisoteadas por los bárbaros. Tendría que haberme sentido satisfecho. Sin embargo, un gusano trabajaba en mí en secreto y poco a poco me roía el corazón; pero aún no podía discernir con claridad el rostro de mi nueva inquietud, sólo sentía su amargor.

En el momento en que me disponía a subir al barco, un viejo del Ponto se me acercó.

—Tengo oído, patrón, que eres instruido; quiero preguntarte una cosa, con tu permiso. ¿Los lidios que combatieron en la Guerra de Troya eran griegos?

Me quedé sorprendido; nunca se me había ocurrido que este pudiera ser un problema que atormentara a un hombre.

—¿Griegos? —le respondí—. De ningún modo. Eran lidios, anatolios.

El viejo meneó la cabeza:

—Entonces están en lo cierto quienes me han dicho que tú has renegado de las tradiciones. ¡Adiós!

Esta fue la última voz que escuché en el Cáucaso.

Más tarde, he evocado a menudo a este viejo del Ponto y poco a poco he empezado a comprender que no tiene importancia cuál sea el problema, pequeño o grande, que te tortura, lo único importante es estar atormentado, encontrar un motivo de sentir desazón; es decir, ejercitar la mente para que la certidumbre no te amodorre; encontrar ante ti una puerta cerrada y esforzarte en abrirla. «No puedo vivir sin certidumbre», dice el hombre impaciente por sentirse cómodamente instalado, por encontrar un suelo firme donde pisar, por comer y no ver detrás del pan que se come innumerables bocas abiertas que tienen hambre. «No quiero, no puedo vivir sin incertidumbre», gritan otros, y no comen con la conciencia tranquila, no duermen sin pesadillas, no dicen: «Este mundo no tiene defectos, que no cambie por nunca jamás». Estos, alabados sean, son la sal de Dios e impiden que el alma se pudra. Me reí, me burlé al oír a aquel viejo del Ponto con su inquietud cómica; pero ahora, si te volviera a ver, caería en tus brazos, hermano, compañero de lucha.

* * *

El barco estaba lleno de almas que habían sido arrancadas de sus tierras y que yo iba a trasplantar en Grecia. Hombres, caballos, artesas, cunas, mantas, sagrados iconos, Evangelios, azadas y picos huían de los bolcheviques y de los curdos y

corrían a la Grecia libre. No me da vergüenza decir que estaba profundamente emocionado; me parecía que era un centauro y que todo aquel tropel de gente embarcada era mi cuerpo, del cuello a los pies.

El Mar Negro ondeaba suavemente, de un azul oscuro, y olía como una sandía; a nuestra izquierda, la costa y las montañas del Ponto que en otro tiempo fueron nuestras; a la derecha, brillante, infinito, el mar. El Cáucaso se había borrado en la luz, pero los viejos, sentados en la popa de espaldas a nosotros, no podían apartar los ojos de aquella línea entre el mar y el cielo, tan querida para ellos. El Cáucaso había desaparecido, era un espectro y se había desvanecido, pero permanecía inmóvil, sin ocaso, en el fondo de sus retinas. Es difícil, muy difícil para el alma separarse de su patria —montañas, mares, seres queridos, humilde casa amada—, el alma es un pulpo y todas estas cosas son sus tentáculos [52](#) .

Estaba sentado en la proa sobre un rollo de cuerdas y en torno a mí se habían reunido hombres y mujeres, unos del Cáucaso, otros de Sujumi, y otros perseguidos desde Taigan. Su sufrimiento no tenía fin; cada uno se apresuraba a contárselo al otro para sentirse aliviado. Yo escuchaba y admiraba en secreto la resistencia de la raza *romea*; pues mientras se lamentaban por los parientes que habían perdido, por sus casas, que se habían quemado, por el hambre y los terrores que habían padecido, de repente, uno de ellos soltaba una broma de sal gruesa y toda la congoja desaparecía y volvían a levantarse las cabezas. En el momento en que una muchacha joven, regordeta, lloraba por su marido, al que habían matado, un hombretón de bigotes caídos y negros como el betún extendió su manaza y le tocó el hombro.

—No llores, tonta, Mariotitsa —le dijo—, aunque quedemos sólo tú y yo, es un decir, en el mundo, la tierra griega se llenará de niños.

Paseó la vista por su alrededor.

—¿Sabéis, hermanos —dijo—, dónde está la esperanza del mundo? ¿En la cabeza?, me diréis. No, ¡más abajo! ¿En el corazón?, me diréis. No, no, idiotas, ¡más abajo, más abajo!

Echó una mirada rápida a las mujeres.

—¡Eh, si no me diera vergüenza de las mujeres, os mostraría yo dónde se encuentra la esperanza del mundo! ¡Así que no lloréis más!

Las mujeres se sonrojaron, los hombres rieron.

—Muchacho, Teodoro, eres único —dijeron—, bendito seas por habernos hecho reír.

Únicamente un hombre estaba sentado aparte, en silencio; este no reía, no contaba su pena, se diría que no quería sentir consuelo. Un cuerpo de animal salvaje, un cuello de toro, unas manazas largas que le llegaban hasta las rodillas; el pecho, descubierto, lleno de vello. Yo nunca había visto un hombre tan semejante a un oso.

Cuando todos se dispersaron y se echaron sobre sus andrajos para dormir, aquel hombre permaneció con su grueso cuello tenso, mirando al mar. Me acerqué a él, sentía que una fuerza inquietante brotaba de esta inmensa mole humana inmóvil.

—Tú no has dicho nada —le dije, para entablar conversación.

Se volvió, me miró, abrió los brazos y sus huesos crujieron.

—¿Qué quieres, que cuente mi pena para sentirme aliviado? Yo no quiero sentirme aliviado.

Se calló, se levantó como si quisiera irse, se volvió a sentar; yo percibía que estaba luchando consigo mismo, no quería hablar, pero su corazón se desbordaba. Luego —estábamos ya solos, era noche cerrada— se relajó un poco.

—¿Has visto las montañas y los bosques del Cáucaso? Durante años las he recorrido completamente solo, me llamaban el jabalí, porque no me relacionaba con nadie; no iba ni a la taberna ni a la iglesia. Como te he dicho, recorría las montañas y los bosques completamente solo. Devoraba la montaña piedra a piedra; era picapedrero, leñador, carbonero; miseria, pobreza; pero era joven, una fiera; y no necesitaba de nadie. Un día en que trepaba por un monte sentí que mi fuerza me oprimía y para no estallar, me puse a talar el monte, a derribar los pinos más gruesos y a hacer una casa junto a un manantial. La construí, puertas, ventanas, completa. Del pueblo vecino vinieron a verla hombres y mujeres; trajeron vino y aperitivos. Pero yo estaba sentado enfrente en una roca, y la miraba; vino una muchacha,

se sentó a mi lado; ella también se puso a mirarla, y mientras miraba la casa, me sentí aturdido; y al día siguiente por la mañana me encontré casado.

Suspiró.

«—Me encontré casado; se me pasó el aturdimiento, mi mente regresó de las altas montañas.

»—¿Qué vamos a comer, mujer? —le digo—. No puedo alimentar a uno, ¿cómo voy a alimentar a dos? ¿Y los niños?

»—No te preocupes —me dice—, vamos a la iglesia.

»—¿Qué voy a hacer yo en la iglesia? No voy.

»—Vamos, te digo.

»Fuimos, nos santiguamos, cobramos valor.

»—Ahora vamos a trabajar nuestro campo —me dice mi mujer.

»—¿Qué campo, mujer? ¡No hay más que piedras!

»—Romperemos las piedras, las trituraremos y las haremos tierra.

»Fuimos, rompimos las piedras, las hicimos tierra, plantamos.

»—Ahora vamos a sacar varetas de los olivos —me dice otra vez mi mujer.

»—¿Qué olivos, mujer? ¡No hay más que ramas secas!

»—Vamos, te digo.

»Fuimos, podamos las ramas secas. Plantamos, recogimos la cosecha, comimos pan hasta hartarnos, llenamos nuestra panza de aceite. Que Dios bendiga los huesos de mi abuelo. “No temas la pobreza ni las privaciones —me decía—, basta con que tengas una buena esposa”».

Volvió a callar, agarró el cabo de una cuerda y empezó a arañarlo con las uñas, como un gato montés; en la oscuridad oía rechinar sus dientes.

—¿Y después?, ¿después? —le pregunté, turbado.

—¡Basta! ¿Crees que yo también voy a contarte mi pena?

—¿Y tu mujer?

—¡Basta, te digo!

Hundió la cabeza entre las rodillas y no volvió a hablar.

* * *

«Las lágrimas de los hombres pueden hacer girar todos los molinos de la tierra, pero el molino de Dios no lo hacen girar» — me dijo una vez en un pueblo un macedonio centenario que estaba acurrucado en el umbral de su casucha y se calentaba al sol—. El amor y la compasión son hijos del hombre, no de Dios. ¡Qué pena insoportable trasportaba aquel barco y la llevaba a Grecia! Pero bendito sea el tiempo, él se compadece de nosotros; el tiempo es una esponja y borra; la hierba nueva de la primavera no tardará en cubrir las losas de las tumbas y la vida volverá a tomar, jadeante, su ascensión.

El cielo se había llenado de estrellas; mi constelación preferida, Escorpio, con su cola curvada y su ojo rojo, asomó por el mar, furiosa. A mi alrededor la pena de los hombres, y sobre mí, mudo, inhumano, lleno de amenazas, el cielo estrellado. Con toda seguridad todos aquellos signos luminosos tenían un sentido oculto; sin duda aquel Argos de mil ojos guardaba un terrible secreto. ¿Pero cuál? No lo sabía; sólo sentía en el fondo de mí lo siguiente: aquel secreto no tenía nada que ver con el corazón del hombre. Se diría que en el mundo hay dos reinos separados: el reino del hombre y el reino de Dios.

Con estas conversaciones, con tales pensamientos, cruzamos el Mar Negro, volvimos a ver Constantinopla a los lejos, ahora bañada por el sol, llena de huertas, de minaretes y de ruinas. Mis compañeros de viaje, emocionados, se santiguaron y se postraron ante ella: uno se asomó a la proa: «¡Ánimo —le gritó— madre!». Y cuando tuvimos enfrente las costas griegas, el pope de Sujumi, que también viajaba con nosotros, se levantó, se puso la estola y elevó sus viejas manos al cielo: «¡Señor, Señor —exclamó en voz alta, para que lo oyera Dios—, salva a tu pueblo, ayúdale a arraigar en las nuevas tierras, a convertir la piedra y la madera en iglesias, y en escuelas, y a glorificar tu nombre en la lengua que tú amas!».

Pasamos las costas de Tracia y Macedonia, doblamos el cabo del Monte Atos, entramos en el puerto de Salónica. Mi misión había durado once meses; no dejaban de llegar barcos cargados de hombres y de animales, procedentes del Cáucaso, sangre nueva entraba en las venas de Grecia. Yo recorría Macedonia y

Tracia, escogía los campos y los pueblos que habían dejado los turcos al marcharse; los nuevos amos tomaban posesión de ellos, se entregaban a arar, a plantar, a construir. Una de las alegrías más legítimas del hombre es, creo yo, esforzarse y ver que su esfuerzo da frutos. En cierta ocasión un agrónomo ruso nos había llevado a Istrati y a mí a un desierto cerca de Astracán; extendió los brazos, abarcó con aire triunfal las arenas infinitas: «Tengo miles de trabajadores —dijo—, están plantando una especie de hierba de raíces largas que retiene la lluvia y la tierra; dentro de unos años todo este desierto será un vergel». Sus ojos brillaban: «Mirad, ¿veis todo alrededor, los campos, las huertas, el agua?». «¿Dónde, dónde? No vemos nada» —gritó Istrati sorprendido—. El agrónomo sonrió: «Lo veréis dentro de unos años» —dijo y clavó su bastón en la arena, como si hubiera hecho un juramento.

Ahora lo veo, tenía razón: lo mismo veía yo, llenas de hombres, de huertos, de agua, las tierras devastadas que me rodeaban y que se repartían mis compañeros de viaje; y escuchaba las campanas de las futuras iglesias, y a los niños en los patios de las escuelas, reír y jugar, y un almendro en flor delante de mí; si hubiera alargado el brazo, habría podido cortar una rama florecida. Porque, al creer apasionadamente en algo que aún no existe, lo creamos; no puede existir lo que no hemos deseado bastante, lo que no hemos regado bastante con nuestra sangre para que pueda adquirir fuerza y franquear el umbral tenebroso de la inexistencia.

Cuando todo terminó, sentí de pronto el cansancio. No podía sostenerme en pie, no podía comer, ni dormir ni leer, estaba agotado. Hasta entonces, mientras había durado la apremiante necesidad había movilizad todas mis fuerzas y mi alma sostenía mi cuerpo y le impedía caer; pero tan pronto hubo cesado la lucha, las fuerzas movilizadas se licenciaron dentro de mí, mi cuerpo se quedó indefenso y cayó. Sin embargo, había tenido tiempo de cumplir la misión que me había sido encomendada, estaba libre y presenté mi dimisión; e inmediatamente volví la cara hacia Creta: pisar su suelo, tocar sus montañas, recobrar fuerzas.

[49](#) Con la Revolución de 1917, los griegos del Tras-Cáucaso —Armenia, Georgia, Azerbaiyán—, así como los de Ekaterinoslav y Novosibirsk, perseguidos por los bolcheviques y los curdos, pidieron al gobierno griego su repatriación. En su mayoría eran campesinos acostumbrados a tierras ricas; trasladarlos a una tierra pobre, como Grecia, fue todo un reto.

[50](#) Alusión a la tragedia de Esquilo *Prometeo encadenado*. *Kratos* y *Bías* son personificaciones del Poder y la Violencia.

[51](#) Estos colaboradores fueron: Iraclís Polemarjakis, Yanis Constandarakis, Yanis Anguelakis y Yorgos Sorbás. Además, acompañó a los miembros de esta misión un representante del ministerio de Asuntos Exteriores, Yanis Stavridakis, a quien Casandsakis había tratado en el consulado de Zúrich el año anterior.

[52](#) El tema de los refugiados, el espectáculo de los desarraigados y perseguidos lo trata en dos novelas, *Cristo de nuevo crucificado* (1948) y *Los hermanos enemigos* (1954).

XXVIII

El regreso del Hijo Pródigo

Cuando un hombre, tras muchos años de lucha y peregrinajes en el extranjero, regresa a su patria y pone el pie sobre las piedras paternas, y rastrea con la mirada todo en rededor los paisajes familiares, repletos de espíritus del lugar, de recuerdos infantiles y ardientes deseos de adolescencia, de repente siente un sudor frío.

El regreso a la tierra paterna sacude nuestro corazón; es como si anduviéramos en medio de aventuras inconfesables en lugares extranjeros prohibidos y de pronto, allá lejos, en el destierro sintiéramos un peso en el corazón, ¿qué estamos haciendo aquí, con los cerdos, comiendo bellotas? Miramos hacia atrás, allá de donde partimos, y suspiramos, nos acordamos del calor del hogar, del bienestar, de la calma, y regresamos, como el hijo pródigo, al seno materno. A mí este regreso me ha producido siempre un secreto estremecimiento, como si fuera un anticipo de la muerte, como si regresara, tras las andanzas y los libertinajes de la vida, a la tierra paterna, tan largo tiempo deseada. Se diría que fuerzas oscuras subterráneas, a las que no puedes escapar, te hubiesen encomendado cumplir una determinada misión, y ahora que regresas una voz severa asciende de las profundas entrañas de tu tierra y te pregunta: «¿Has llevado a cabo lo que te encomendé? ¡Ríndeme cuentas!».

Este útero de tierra conoce infaliblemente la valía de cada uno de sus hijos y cuanto más elevada es el alma que ha creado, más difícil es la misión que le encomienda: salvarse a uno mismo, a la propia raza o al mundo; según te haya sido encomendada la primera, la segunda o la tercera de estas misiones, así ha sido calibrada tu alma.

Es natural que esta cuesta que el alma tiene el deber de emprender cada hombre la reconozca grabada más profundamente en la tierra donde ha nacido. Esta tierra que te ha creado tiene un contacto y un entendimiento misteriosos con tu alma; lo mismo que las raíces envían al árbol la orden secreta de florecer y dar frutos para poder justificar su existencia y llegar al término de su ruta, así también la tierra patria confía misiones difíciles a las almas que ha engendrado; se diría que tierra y alma están hechas de la misma sustancia y llevan a cabo la misma acometida y el alma no sea más que el culmen de la victoria.

No renegar de la propia juventud hasta llegada la extrema vejez, luchar durante toda la vida para transmutar en árbol cargado de frutos la floración de la adolescencia, este, creo yo, es el camino del hombre cabal.

El alma sabe muy bien, aunque muchas veces finja olvidarlo, que ha dado su palabra a la tierra paterna. No digo patria, digo tierra paterna; la tierra paterna es algo más profundo, más pudoroso, más taciturno, hecho de antiguos huesos triturados.

Este, el terrestre, es el único Juicio Final, donde tu vida es juzgada en tus propias entrañas, aún vivas, oyes la voz severa de justo juez ascender de la tierra ancestral y sientes un escalofrío. ¿Qué responder? Te muerdes los labios y piensas: «¡Ah, si pudiera rehacer mi vida!». Pero ya es tarde, la ocasión se nos da una vez por toda la eternidad, ¡no hay más!

También los recuerdos de infancia, que surgen por doquier multiplican el sufrimiento. Una gruesa costra ha recubierto nuestra alma, que es fluida como el agua, y la tiene estancada entre montículos, arrugas y hábitos degradantes. Ella, que en la llama inquieta de la juventud ardía en deseos de dominar el mundo, y le venía estrecho el radiante cuerpo de la adolescencia, ahora tiritita de frío en un rincón de ese cuerpo arrugado y apergaminado. En vano las sabidurías antiguas y nuevas le ordenan machaconamente que se someta con paciencia y comprensión a la ley de lo inexorable. «Así siguen su impulso también, vencen, son vencidos y entran en decadencia, las plantas los animales y los dioses» —le dicen, cobardemente,

para consolarla—. Pero un alma rebelde no acepta tales consuelos. ¿Cómo podría aceptarlos? Ella ha nacido precisamente para declarar la guerra a esta ley de lo inexorable.

El regreso a la tierra paterna es decisivo. La costra confortable y traidora se resquebraja, se abre la trampilla y se escapan y saltan a la conciencia plena todos nuestros «yo» que en otro tiempo teníamos en potencia y que matamos, todos los mejores «yo» que pudimos haber llegado a ser y no hemos sido por pereza, por mezquindad y cobardía.

Y este tormento se hace aún más insoportable cuando tu tierra paterna es dura e intransigente; cuando sus montañas y sus mares y las almas, formadas de sus rocas y de su sal, no te permiten ni por un instante sentirte confortablemente instalado, acostumbrarte a lo bueno y decir: «¡Es suficiente!». Esta Creta tiene algo de inhumano; no sé si ama a sus hijos, y si por eso los atormenta, sólo sé una cosa: los azota hasta hacerlos sangrar.

Un día preguntaron al *sheik* Glailán, hijo de Harasá: «¿Qué deben hacer los árabes para no entrar en decadencia?». Y él les respondió: «¡Todo irá bien mientras tengan en las manos la espada, lleven turbante en la cabeza y galopen a caballo!». Respiro el aire de Creta, miro a los cretenses, y no conozco ningún otro pueblo en la tierra que haya seguido más fielmente este altivo mandamiento árabe.

En el momento más decisivo de la vida, cuando el joven, dejando a un lado la multitud de sus posibilidades, elige una sola de ellas, la identifica con su destino y entra en la edad adulta, en ese momento crítico hubo en mi vida tres hechos cretenses que salvaron mi alma o, mejor dicho, intentaron salvarla. Quizá estos tres hechos puedan salvar otras almas, por eso me vais a perdonar que los refiera. Son muy simples, con gruesa corteza campesina; pero quien sea capaz de romper esa corteza, podrá saborear en tres bocados los sesos del león.

* * *

1. Un pastor de Anoya, un pedregal salvaje en las laderas del Psiloritis, oía a los de su pueblo contar maravillas sobre Megalo

Castro. «En esta ciudad —decían— se encuentran todos los bienes del mundo: habas a espuestas, sacos de bacalao seco, toneles de sardinas y arenques ahumados, comercios repletos de botas, y otros que venden todos los fusiles que quieras, navajas, puñales y pólvora; otros hornean todas las mañanas hogazas de pan blanco. Y además —decían— cuando atardece, mujeres que no te matan si las tocas, como las mozas cretenses, y que tienen carnes blancas y sabrosas, como una hogaza de pan».

El pastor oía todas estas maravillas, se le hacía la boca agua y Megalo Castro refulgía en su imaginación como un paraíso cretense lleno de bacalao, de fusiles y de mujeres. Oía, oía, y un día no pudo resistir más, se apretó bien fuerte la faja a la cintura, se colgó a la espalda su mejor zurrón, el bordado, empuñó su cayado y bajó a todo correr del Psiloritis. En pocas horas se tropezó de frente con Megalo Castro; aún era de día y la puerta de la muralla estaba abierta. El pastor se detuvo en el umbral, una sola zancada y entraría en el Paraíso. Pero bruscamente su alma se sacudió; era como si aquella alma hubiese sentido que el deseo la había dominado, que ya no hacía lo que quería, que no era libre; sintió vergüenza. El cretense frunció el ceño, le pudo el amor propio.

Si quiero entro y si quiero no entro —se dijo—. ¡Pues no entro! Volvió la espalda a Megalo Castro y regresó a la montaña.

* * *

2. En otra aldea de Creta, en las Montañas Blancas. Un apuesto muchacho, bien plantado, murió y sus cuatro mejores amigos reaccionaron.

—¿Vamos a velarlo —dijeron—, para aliviar del planto a las mujeres?

—Vamos —respondieron los tres, con voz ahogada.

Era el mejor *palicari* del pueblo, tenía veinte años y su muerte era para ellos una puñalada en el corazón.

—Eh, ¿qué os parece, muchachos? —dijo uno—, hoy me han traído una damajuana de raquí, raquí de moras, del que resucita

a los muertos, ¿lleva una botella y la llevo?

—Y mi madre ha horneado hoy, ¿llevo dos o tres roscas de pan de cebada?

—Y yo tengo todavía salchichas de cerdo, ¿llevo una sarta?

—Yo llevaré los vasos —dijo el cuarto— y dos o tres pepinos que nos refresquen.

Cada uno cogió lo que debía llevar, se lo guardó en el capotillo de fieltro y, ya de noche, entraron los cuatro en casa del difunto.

El cadáver, cubierto de hojas de albahaca y mejorana, yacía en un féretro sobre caballetes, en medio de la casa, con los pies hacia la puerta; a su alrededor plañían las mujeres.

—Idos a dormir, mujeres —dijeron los amigos, después de dar las buenas noches—, nosotros lo velaremos.

Las mujeres se metieron en los adentros de la casa, echaron el cerrojo a las puertas. Los amigos acercaron los taburetes, pusieron el raquí y las viandas a sus pies y miraban al muerto con los ojos arrasados en lágrimas. No hablaban. Pasó media hora, pasó una hora. Por fin uno de ellos apartó sus ojos del muerto.

—¿Qué decís, amigos, bebemos algo?

—¿Por qué no? ¿Acaso estamos muertos? ¡Bebamos! —respondieron todos.

Se agacharon, cogieron las viandas, uno prendió un pedazo de papel y asó las salchichas: el olor de las salchichas asadas inundó la habitación del duelo. Llenaron los vasos, los rodearon con el hueso de la mano para que no se oyera al entrechocarlos.

—Porque Dios lo perdone. ¡Y a nuestra salud!

—¡A nuestra salud! ¡Porque Dios lo perdone!

Bebieron una, dos, tres veces, comieron los aperitivos, apuraron la botella hasta las heces, se pusieron alegres.

Luego se entregaron otra vez a mirar al muerto y de pronto uno de ellos se levantó de un salto:

—Eh, ¿qué me decís, muchachos? —señalando con la vista al muerto—. ¿Lo saltamos?

—¡Saltémoslo!

Se levantaron los calzones bombachos, se metieron el borde en la faja para que no les molestara en la carrera, trasladaron al

muerto al umbral, abrieron la puerta del patio.

—¡Hop, hop! —se escupieron en las manos, tomaron impulso y se pusieron a saltar al muerto.

* * *

3. Y otra más, la última:

Despuntaba el alba del día de Pascua. El pope Cafatos, en medio de las montañas de Creta, corre de aldea en aldea y resucita a Cristo a toda prisa, porque los pueblos son muchos y él es el único pope y tiene que celebrar la Resurrección antes de que amanezca. Arremangado, cargado con sus vestiduras talares y con el pesado Evangelio de pastas de plata, trepa en la noche santa por los peñascos de cabras, corre resollando, llega a una aldea, celebra la resurrección, y sale corriendo hacia otro pueblo, con la lengua fuera.

En el último villorrio, incrustado entre las rocas, los campesinos reunidos en la pequeña iglesia habían encendido las lamparitas, habían llevado de la cañada ramas de laurel y de mirto y habían adornado con ellas los iconos y la puerta del templo y con los cirios apagados en la mano, esperaban que llegara la Gran Palabra para encenderlos.

Y he aquí que en medio del silencio se oyó un ruido de guijarros, como si un caballo trepara al galope por la ladera del monte e hiciera rodar las piedras.

—¡Ya viene! ¡Ya viene!

Todos salieron fuera; el oriente tenía ya tintes rosados, el cielo reía. Se oyó una respiración pesada, los perros de los pastores ladraron contentos. Y de repente, detrás de una espesa encina, despechugado, empapado en sudor, con la cara roja por la carrera, arrobado, por tantos cristos como había resucitado, saltó, negro, rechoncho, con los cabellos sueltos, el viejo pope Cafatos.

En ese preciso instante el sol asomaba por la ceja de la montaña. El pope dio un salto, se detuvo ante los campesinos, abrió los brazos:

—¡Cristo ha *requeterresucitado* , hijos míos! —gritó.

La palabra familiar, trillada, «resucitado» le había parecido de pronto pequeña, pobre, mezquina; no podía contener la Gran Nueva; en los labios del pope, la palabra se había ampliado, se había estirado. Las leyes lingüísticas habían cedido, se habían roto, siguiendo el impulso del alma, se habían creado leyes nuevas. Y he ahí que por primera vez aquella mañana, el viejo cretense al crear una nueva palabra había sentido que Cristo había resucitado realmente, en toda su plenitud.

* * *

Amor a la libertad, no aceptar esclavizar el alma ni siquiera por el Paraíso; juego de valientes, por encima del amor y del sufrimiento, por encima de la muerte; romper los antiguos moldes, incluso los más sagrados, cuando se te han quedado estrechos: estos son los tres grandes gritos de Creta.

Lo que en estas tres anécdotas hace que el alma se llene de sincera alegría es lo siguiente: no son filósofos ni moralistas quienes hablan aquí, que cómodamente y sin ningún riesgo para ellos elaboran y proclaman teorías elevadas y difíciles; son hombres sencillos, campesinos cretenses que, siguiendo el impulso de su corazón, suben, sin jadear, las más altas cimas que el hombre puede alcanzar —la libertad, el desprecio por la muerte, la creación de una ley nueva—. Aquí se te descubre el sublime origen del hombre. Porque ves que esta bestia de dos patas, siguiendo caminos diferentes a los intelectuales, ha conseguido llegar a ser hombre. Y así, tu andadura por el Gólgota fatal del intelecto te llena de responsabilidad; porque ahora, al mirar a los cretenses, sabes que si no llegas a ser hombre es culpa tuya y de nadie más; porque esta especie más elevada, el Hombre, existe, está presente en la tierra y ya no hay excusa para la degradación y la cobardía.

En Creta como en ninguna otra parte, un alma que no acepta engañarse a sí misma o a los demás se enfrenta cara a cara a esa amazona de un solo pecho, que no hace concesiones ni se sienta en las rodillas de nadie, sea dios u hombre: la Responsabilidad.

* * *

Durante algunos días recorrí los antiguos parajes queridos por mí, donde había transcurrido mi juventud: paseos a la orilla del mar, al atardecer soplaba la misma fresca brisa que soplaba en mis cabellos cuando aún eran negros, el mismo olor a jazmín, a hierbabuena, a mejorana, cuando, al caer el día, pasaba por las estrechas callejuelas y las puertas estaban abiertas y la mocita de la casa regaba las macetas del patio...

La juventud del aire, de los olores, del mar permanecía inmortal; sólo las casas y mis antiguos amigos habían envejecido; a muchos no los reconocí, muchos no me reconocieron, me miraban un instante, yo les recordaba a alguien, pero ¿a quién? Les daba pereza hacer memoria, seguían su camino. Únicamente uno al verme alzó los brazos, sorprendido, se detuvo:

—¿Eres tú, mi viejo amigo? —gritó—. ¿Eres tú? ¿Cómo has llegado a ponerte así?

Bien alimentado, con una pipa vacía en la boca para aspirar su olor, engañarse y dejar de fumar, mi antiguo amigo del alma, el tercero de los que habíamos fundado la *Filikí Etería*, me miraba, me palpaba, me abrazaba, con aire de condescendencia.

—¡Cómo has adelgazado! ¡Cómo te has curtido!, tus mejillas se han hundido, tu frente se ha llenado de hoyos y de bultos, tus cejas se han vuelto hirsutas, como espinas, y tus ojos despiden llamas. ¿Qué te ha sucedido? ¿Vas a seguir consumiéndote? ¿Vas a seguir recorriendo el mundo? ¿Hasta cuándo?

—Mientras siga vivo. Cuando ya no pueda cambiar me quedaré, plácido, muerto, con una pipa apagada en la boca, y me burlaré de los amigos.

—¿Acaso yo he envejecido? ¿Estoy muerto? —preguntó mi amigo con una risita silbante y socarrona.

No le respondí; me invadió un repentino sentimiento de tristeza e indignación hacia mi antiguo amigo. ¡Cómo lo había querido! Cuando con la divina y cómica arrogancia de la juventud, callejeábamos hasta el amanecer por Megalo Castro, ¡con qué empuje y con qué convicción derribábamos el mundo y

volvíamos a construirlo de nuevo! Las murallas de nuestra pequeña ciudad nos venían estrechas y también las ideas que nos habían enseñado los maestros, y no podíamos sentirnos cómodos en las satisfacciones y aspiraciones corrientes de los hombres; constantemente nos decíamos: «Romperemos las fronteras». ¿Qué fronteras? No sabíamos; únicamente abríamos los brazos como si nos estuviéramos ahogando.

Y ahora mi amigo había cerrado los brazos, respiraba a gusto y si aún le quedaba algún deseo ilícito, intentaba ahogarlo fumando una pipa sin tabaco.

* * *

—¿Qué has ido a hacer en Rusia? —me preguntó mi padre la tarde misma que llegué.

Me miró torvamente, le costaba trabajo contener su cólera. Hacía años que esperaba que yo abriera un bufete, que empezara a recorrer los pueblos y actuara de padrino en bodas y bautizos para ampliar el número de mis amigos y luego que me presentara a las elecciones y saliera diputado; y ahora me veía recorrer el mundo y había oído decir que escribía libros. «¿Qué libros? —me había preguntado la última vez que lo vi—, ¿cuentos, poesías de amor, *amanedes*? ¿No te da vergüenza? Sólo los eunucos y los monjes escriben; quédate de una vez en tu tierra, tú eres un hombre, haz un trabajo de hombre».

Y ahora me miraba torvamente, sus labios silbaron:

—¡No te habrás hecho bolchevique también tú! ¡Ni Dios, ni patria, ni honor, la casa de tócame Roque!

Me dije que era una buena ocasión de explicarle lo que pasaba en Rusia y qué mundo nuevo se estaba construyendo. Empecé, pues, a contarle con palabras sencillas que allí no había ricos ni pobres, que todos trabajaban y todos comían y que ya no había amos ni siervos, todos eran amos: una humanidad nueva, una ética superior, un honor más digno, una nueva familia. Rusia iba en cabeza y señalaba el camino, y el mundo entero la seguiría para que al fin reinara en la tierra la justicia y la felicidad.

Una vez metido en harina, predicaba. Mi padre me escuchaba, callaba, liaba un cigarro, lo deshacía, lo volvía a liar y no se decidía a encenderlo: «Alabado sea Dios —pensé— ha comprendido». De repente, nervioso, extendió el brazo y yo me callé. Meneó la cabeza:

—Lo que dices es muy bueno y muy santo, pero ¿va a suceder?

Es decir: «Habla, habla hasta que te aburras. No son más que palabras, sandeces, no hacen daño. ¡Pero no vayas tú, desdichado, a convertirlas en actos!».

Ojalá fuera cierto que yo hubiera podido convertirlas en actos; pero temía no poder conseguirlo; la fuerza salvaje de mi estirpe se había agostado en mí, el barco corsario de mi antepasado se había hundido, la acción se había quedado en palabras, la sangre, en tinta y en lugar de empuñar una lanza para luchar, tenía en la mano un lápiz y escribía. El trato con los hombres me molestaba, menoscababa mi fuerza y mi amor; únicamente cuando estaba solo y pensaba en el destino del hombre, mi corazón desbordaba compasión y esperanza.

Sin embargo, ahora, a mi regreso de aquella fragua cosmogónica soviética, había adquirido valor. «¿No puede el hombre —me decía— vencer sus miedos y sus deficiencias? Sí puede». Es una vergüenza que yo acepte pasivamente lo que la naturaleza me ha dado. ¡Me rebelaré! Y precisamente en el momento en que lo necesitaba, un tío mío rico me dio dinero para que dejara de deambular por el mundo como un holgazán —decía él— y me pusiera a trabajar, que abriera un bufete de abogado, que llegara a ser diputado, tal vez, algún día, ministro, y honrara así el nombre de mi linaje. Yo era la primera persona instruida de mi estirpe, el primero que había abierto un libro y había leído; tenía, pues, un deber.

Daba vueltas y vueltas en mi mente al asunto; no podía todavía encerrarme en un despacho, me consumía; entraría en la vida activa por otro camino, ¿cuál? No lo sabía. En mi pensamiento contratava obreros para que nos unciéramos juntos en un trabajo, comiéramos juntos el mismo pan, lleváramos la misma ropa, que no hubiera patrón y obreros, que no fueran

obreros, que fueran colaboradores, con los mismos derechos que yo.

Acababa de volver de Rusia y quería hacer también yo el microscópico intento de salir de mi torre de marfil y trabajar con los hombres.

Entonces, como si el Destino tuviera ganas de jugar, conocí a un viejo obrero minero, Sorbás.

XXIX

Sorbás

A lo largo de mi vida mis mayores benefactores han sido los viajes y los sueños; entre los hombres, vivos y muertos, muy pocos me han ayudado en la vida. Sin embargo, si quisiera destacar los hombres que han dejado una huella más profunda en mi alma, señalaría a Homero, Buda, Nietzsche, Bergson y Sorbás. El primero fue para mí el ojo apacible y luminoso, como el disco del sol que lo ilumina todo con su brillo redentor; Buda, el ojo tenebroso e insondable donde el mundo se ahoga y se libera; Bergson me liberó de algunas preguntas filosóficas sin respuesta que me atormentaban en mi primera juventud; Nietzsche me enriqueció con nuevas angustias y me enseñó a transformar la desdicha, la amargura, la incertidumbre en arrogancia; y Sorbás me enseñó a amar la vida y a no temer a la muerte.

Si tuviera en mi vida que elegir un guía espiritual, un gurú, como dicen los hindúes, un Anciano, como dicen los monjes del Monte Atos, sin duda ninguna elegiría a Sorbás. Porque él tenía lo que un «cagatintas» necesita para salvarse: la mirada primitiva que atrapa su presa desde lo alto, como una flecha; la ingenuidad creadora, renovada cada mañana, para ver permanentemente todas las cosas por primera vez y conferir virginidad a los elementos eternos y cotidianos: el viento, el mar, el fuego, la mujer, el pan, la seguridad de la mano, la lozanía del corazón, la hombría para burlarse de su propia alma, como si tuviera dentro de sí una fuerza superior al alma, y finalmente, la risa santa y cristalina, surgida de una fuente profunda, más profunda que las entrañas del hombre, que en los momentos críticos brotaba, liberadora, del viejo pecho de Sorbás; brotaba, y podía derribar —y de hecho derribaba— todas las barreras —moral, religión, patria— que el hombre ruin y timorato ha

construido a su alrededor para caminar seguro por su propia insignificante vida.

Cuando pienso en el alimento con el que durante tantos años me habían nutrido los libros y los maestros para saciar mi alma hambrienta, y en el tuétano de león con el que Sorbás me alimentó durante unos meses, a duras penas puedo contener mi amargura y mi indignación. Cómo recordar sin que mi corazón se exalte las cosas que me contaba, las danzas que me bailaba, el *santur* que me tocaba en una costa de Creta, donde vivimos seis meses con un montón de obreros, excavando la tierra con la esperanza de encontrar lignito. Los dos sabíamos bien que ese objetivo práctico era una nube de humo ante los ojos del mundo; los dos estábamos impacientes porque se pusiera el sol y los obreros terminaran su jornada para tendernos en la arena de la playa, comernos nuestra sabrosa comida campesina, beber nuestro vinillo seco de Creta y dedicarnos a conversar.

Yo rara vez hablaba. ¿Qué podía decir un «intelectual» a un ogro? Lo escuchaba hablarme de su pueblo, en el Olimpo, de las nieves, de los lobos, de los *comitatsides*, de Santa Sofía, del lignito, de las mujeres, de Dios, de la patria, de la muerte; y de pronto, cuando se ahogaba y las palabras le venían estrechas, se ponía de pie de un brinco sobre los gruesos guijarros de la playa y empezaba a bailar. Fuerte, erguido, flaco, con la cabeza echada a un lado, con ojos pequeños y redondos como los de un pájaro, bailaba, aullaba, golpeteaba la arena con los pies y el mar salpicaba de agua su rostro.

Si hubiera escuchado su voz, mejor dicho, no su voz, sino su grito, mi vida habría adquirido un valor; viviría en mi propia sangre, en mi propia carne, en mis huesos, lo que ahora sueño como un fumador de hachís y pongo en práctica con papel y tinta. Pero no me atreví. Veía a Sorbás bailar día y noche, relinchando, gritarme que saliera también yo del caparazón confortable de la prudencia y de la rutina y me fuera con él a los grandes viajes sin retorno, y yo me quedaba inmóvil, tiritando.

A menudo, me ha sucedido en mi vida sentir vergüenza por haber sorprendido a mi alma sin atreverse a hacer lo que la suprema locura —la sustancia de la vida— me gritaba que

hiciera; pero nunca me avergoncé tanto de mi alma como delante de Sorbás.

La empresa del lignito se fue al diablo. Sorbás y yo, a fuerza de risas, juegos y charlas, habíamos hecho lo que habíamos podido para llegar a la catástrofe. No excavábamos para encontrar lignito; aquello era un pretexto ante los hombres simples y prudentes, «para que no nos recibieran con cáscaras de limón» —decía Sorbás y soltaba una carcajada—. «Pero nosotros, patrón (me llamaba patrón y se partía de risa), nosotros tenemos otras metas, metas importantes». «¿Qué metas, Sorbás?» —le preguntaba—. «Excavamos para ver qué demonios llevamos dentro».

En poco tiempo nos habíamos comido lo que mi pobre tío me había dado para abrir un bufete; despedimos a los obreros, asamos un cordero, llenamos un barrilito de vino, nos instalamos en la playa donde estaba la mina y nos pusimos a comer y a beber. Sorbás cogió su *santur*, estiró su viejo pescuezo y entonó un *amanés*. Comíamos, bebíamos, no recuerdo haber estado nunca de tan buen humor. «¡Descanse en paz la empresa! ¡Que Dios la tenga en su gloria! ¡Vida a nosotros, al diablo el lignito!».

Al amanecer nos separamos; yo me volví de nuevo a los papeles y a la tinta, herido sin remedio por la flecha sangrienta que por no saber cómo llamarla, llamamos espíritu; él se dirigió hacia el norte y recaló en Serbia, en una montaña cerca de Skopie, donde localizó, supuestamente, una rica veta de magnesita, enredó a algunos ricachones, compró herramientas, contrató obreros y empezó de nuevo a abrir galerías en la tierra. Dinamitó rocas, hizo caminos, trajo agua, construyó una casa, se casó —era un viejo robusto— con una guapa y alegre viuda, Liuba, y tuvo con ella un hijo.

Un día recibí un telegrama: «Descubrimiento hermosísima piedra verde; ven inmediatamente. Sorbás». Por entonces se oían los primeros truenos lejanos de la tormenta que ya se cernía sobre la tierra, la Segunda Guerra Mundial. Millares de hombres temblaban viendo venir el hambre, la matanza, la locura. Todos los demonios del hombre se habían despertado y tenían sed de sangre.

Fue por aquellos días envenenados cuando recibí el telegrama de Sorbás. Al principio me enfadé. El mundo se pierde, la vida, el honor y el alma del hombre están en peligro, y ¡mira tú, ahora, un telegrama que dice que te pongas en marcha, que hagas miles de millas para ver una hermosa piedra verde! «¡Maldita sea la belleza —dije— porque no tiene corazón y no se preocupa del sufrimiento humano!».

Pero de repente me asusté; mi cólera se había esfumado ya, y sentía con horror que este grito inhumano de Sorbás respondía a otro grito inhumano que yo llevaba dentro de mí. Un pájaro salvaje aleteó en mis entrañas para echar a volar. Sin embargo no fui; una vez más no me atreví: no me puse en camino; no seguí el grito divino, de fiera salvaje, de mi interior, no realicé una acción valiente y absurda. Seguí la fría voz humana de la razón, cogí la pluma y escribí a Sorbás y le expliqué...

Él me respondió: «Patrón, eres, y perdóname, un “cagatintas”. Podrías tú también, desdichado, por una vez en tu vida ver una hermosa piedra verde y no la has visto. Por Dios que, a veces, cuando no tengo nada que hacer me siento y me digo para mis adentros: ¿hay o no hay Infierno? Pero ayer que recibí tu carta dije: ¡Con seguridad hay un Infierno para algunos “cagatintas!”».

Pasaron años; años largos y terribles, en los que parecía que el tiempo se había vuelto loco, había cogido carrerilla, las fronteras geográficas se habían puesto en danza y los Estados se extendían y se replegaban como acordeones. Sorbás y yo nos habíamos perdido de vista en la tormenta; solamente de vez en cuando recibía una breve carta suya desde Serbia: «Sigo vivo, hace un frío del demonio, así que he tenido que casarme; mira la carta por detrás para que veas su hociquito; es un bomboncito. Su vientre está un poco hinchado porque me está preparando ya un pequeño Sorbás. Se llama Liuba. El abrigo que llevo con cuello de piel de zorro es de la dote de mi mujer; también me ha dado una marrana con siete marranicos, una familia peculiar. Besos y abrazos. Alexis Sorbás, ex viudo».

Otra vez me envió desde Serbia un gorro montenegrino bordado que tenía en el borlón una campanita de plata. «Póntelo, patrón —me escribía— póntelo cuando escribas tus

paparruchadas; yo llevo el mismo gorro cuando trabajo. Los hombres se ríen: “¿Te has vuelto loco, Sorbás —me dicen—, por qué llevas esa campanita?”. Pero yo me río y no les respondo; nosotros dos, patrón, sabemos por qué llevamos la campanita».

Pero yo me había enganchado otra vez al papel y a la tinta; había conocido a Sorbás demasiado tarde, ya no había salvación para mí; me había convertido en un «cagatintas» irredento.

Me puse a escribir; pero todo lo que escribía, poesía, teatro, novela, sin que yo lo advirtiera conscientemente, tomaba siempre un impulso y una forma dramática. Todo estaba lleno de fuerzas que chocaban entre sí, de angustia; todo era búsqueda de un equilibrio perdido, indignación y rebelión. Todo estaba lleno de premoniciones, de chispas de la tormenta que se avecinaba. Por más que me esforzaba en dar a lo que escribía una forma equilibrada, mis escritos rápidamente tomaban un ritmo violento y dramático; la voz apacible que quería expresar se convertía, sin yo pretenderlo, en un grito. Esta es la razón por la que, terminaba una obra, no me sentía aliviado, y, desesperado, comenzaba a escribir otra; tenía siempre la esperanza de poder conciliar las fuerzas tenebrosas y luminosas que entonces se hallaban en estado de guerra, y de poder adivinar la armonía futura.

La forma dramática da a la creación la posibilidad de expresar las fuerzas desbocadas de nuestro tiempo y de nuestra alma, encarnándolas en los héroes antagonistas de la obra; yo intentaba vivir lo más fiel e intensamente que podía la interesante época en que me había tocado en suerte nacer.

Los chinos tienen una extraña maldición: «Maldito seas, y que nazcas en una época interesante». Hemos nacido en una época interesante, llena de tentativas cambiantes, de aventuras y de conflictos; conflictos, no sólo como antes, entre las virtudes y los vicios, sino —y esto es lo más trágico— entre las propias virtudes. Las virtudes reconocidas desde antaño empiezan a perder su prestigio, ya no pueden dar respuesta a las exigencias religiosas, morales, espirituales, sociales, del alma contemporánea. Se diría que el alma del hombre ha crecido y no cabe ya en los antiguos moldes. En las entrañas de nuestra

época, en las entrañas de todo hombre de nuestro tiempo, ha estallado, de forma consciente o no, una guerra civil, despiadada, entre el antiguo mito, todopoderoso en otro tiempo, que ha perdido la fuerza pero lucha desesperadamente por regir aún nuestras vidas, y el nuevo mito, que se esfuerza, torpe y anárquicamente aún, en gobernar nuestras almas. Por eso, todo hombre vivo hoy está abrumado por el destino dramático de su tiempo.

Y más que nadie, el creador. Existen labios y dedos sensibles que cuando se acerca la tormenta sienten un hormigueo, como si los pincharan miles de agujas; así son los labios y los dedos del creador. Y cuando habla con tanta seguridad de la tempestad que se cierne sobre nosotros, no es su imaginación la que habla, son sus labios y sus dedos, que reciben ya las primeras chispas de la tormenta. Debemos tomar heroicamente una decisión: la alegría apacible, despreocupada, la llamada felicidad, pertenece a otras épocas, pasadas o futuras, no a la nuestra. Nosotros hemos entrado ya en la constelación de la angustia.

Sin embargo, sin yo advertirlo de forma consciente, al expresar esta angustia, me esforzaba por superarla y en encontrar —encontrar o crear— una liberación. En lo que escribía tomaba a menudo mis motivos de los tiempos antiguos y de las viejas leyendas, pero la sustancia era actual, viva, desgarrada por los problemas contemporáneos y por las ansiedades del presente.

Pero más aún que las angustias, me atormentaban y al mismo tiempo me hechizaban, e intentaba fijar su rostro, las grandes esperanzas todavía no definidas, desplazadas de lugar, las que aún nos hacen tenernos en pie y contemplar, con confianza el destino del hombre, más allá de la tormenta.

La preocupación que me turbaba no era tanto por el hombre actual, que se está descomponiendo, como por el hombre futuro, que está en vías de fraguarse y nacer. Y pensaba que si el creador de hoy expresa rigurosamente sus presentimientos más profundos, ayudará a que el hombre futuro nazca un poco antes, un poco más perfecto.

Adivinaba cada vez más con más claridad la responsabilidad del creador. La realidad —pensaba yo— no existe terminada y dispuesta, independiente de nosotros; se crea con la colaboración del hombre, es proporcional al valor del hombre. Si escribiendo, actuando, abrimos un cauce, la realidad puede discurrir por ese cauce, pero si no intervenimos, no lo tomará. Tenemos no toda la responsabilidad, pero sí una gran responsabilidad.

En otras épocas equilibradas el oficio de escritor ha podido ser un juego; hoy es un pesado deber, y su fin no es entretener la mente con cuentos y hacerla olvidar, sino llamar a filas a todas las fuerzas humanas que aún sobreviven en nuestra época de transición, e impulsar al hombre a que supere, en la medida de lo posible, al animal.

En las tragedias griegas antiguas los héroes no eran más que miembros dispersos de Dionisos que se enfrentaban entre sí. Se enfrentaban porque eran fragmentos, cada uno de ellos representaba únicamente una parte de la divinidad, no era el dios entero. El dios íntegro, Dionisos, permanecía invisible en el centro de la tragedia y regía la génesis, el desarrollo y la catarsis del mito. Para el espectador iniciado, los miembros dispersos del dios que luchan entre sí se han unido ya misteriosamente y se han reconciliado en él y han compuesto el cuerpo íntegro del dios; se han convertido en armonía.

De igual forma, siempre lo he pensado, en medio de los fragmentados dispersos de los héroes de la tragedia moderna, que se enfrentan entre sí, debe elevarse íntegra, más allá de los odios y de la lucha, la futura armonía. Difícil proeza, puede que inalcanzable todavía. Nos encontramos en un momento tempestuoso y cosmogónico en el que las tentativas personales más generosas están condenadas la mayoría de las veces al fracaso; pero estos fracasos son fecundos; no para nosotros, sino para quienes vendrán detrás; ellos abren camino y ayudan al futuro a penetrar.

Escribía, arrobado en éxtasis, en la paz de la casa paterna y siempre tenía presente en mi mente esta terrible responsabilidad. Verdaderamente, en el principio antes de la acción, fue la

Palabra, hija unigénita de Dios. La Palabra fecunda, que crea el mundo, el visible y el invisible.

Poco a poco me sumergía en la tinta con gusto; grandes sombras se agolpaban en torno al foso de mi corazón e intentaban beber sangre caliente para volver a recobrar la vida — Juliano el Apóstata, Nicéforo Focas, Constantino Paleólogo, Prometeo—. Grandes almas atormentadas que sufrieron y amaron mucho en la vida y se enfrentaron con insolencia a Dios y al Destino. Yo me esforzaba en sacarlas de las profundidades del Hades para ensalzar ante los hombres vivos su sufrimiento y su lucha; el sufrimiento y la lucha del ser humano. Para darme valor a mí mismo. Yo sé que lo que escribo nunca será perfecto como arte porque mi intención pretende ir más allá de los límites del arte, y de este modo se deforma la esencia del arte, la armonía.

A medida que escribía sentía cada vez más profundamente que la meta de mi tarea de escritor no era la belleza sino la liberación. No era un verdadero «cagatintas» que disfrutara adornando una bella frase, componiendo una rica rima; yo también era un hombre que sufría, que luchaba y buscaba una liberación. Liberarme de las tinieblas que había en mí y convertirlas en luz, liberarme de los terribles antepasados que llevaba dentro y que rugían, y convertirlos en hombres. Y por eso evocaba las grandes almas que habían superado las pruebas más elevadas y difíciles, para ver que el alma del hombre puede vencerlo todo, y darme así valor. Porque yo lo sabía, lo veía: la misma, la eterna lucha que se había desencadenado ante mis ojos cuando era niño, seguía aún desencadenándose permanentemente en mí, y en el mundo, y esta lucha era el tema inagotable de mi vida; por eso estos dos luchadores han sido siempre los únicos protagonistas en mi obra, y si escribía era porque sólo con los escritos, pobre de mí, podía aportar una ayuda a la lucha. Incesantemente luchaban en mí Creta y Turquía, el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas, y mi objetivo al escribir era, de forma inconsciente al principio, plenamente consciente después, ayudar en la medida de mis posibilidades a

Creta, al Bien, y a la Luz a vencer. Mi objetivo cuando escribía no era la belleza, era la liberación.

Y casualmente he nacido en una época en que esta lucha es tan intensa y la necesidad de ayuda tan imperiosa, que he podido ver inmediatamente que mi lucha individual se identifica con la gran lucha del mundo actual; los dos luchamos igualmente por la liberación; yo por liberarme de mis tenebrosos antepasados, él por liberarse del mezquino mundo antiguo; y ambos por liberarnos de las tinieblas.

Se había declarado la Segunda Guerra Mundial, el mundo se había vuelto loco; yo veía ya con toda claridad que cada época tiene su demonio y que es él, no nosotros, quien gobierna, y el demonio de nuestra época estaba sediento de sangre; el demonio es siempre así cuando un mundo entra en estado de descomposición y tiene que desaparecer. Se diría que una Inteligencia inhumana, sobrehumana, ayuda al espíritu a liberarse de los hombres podridos y a ascender, y cuando ve que un mundo se convierte en un obstáculo, envía al demonio sanguinario de la catástrofe para derribarlo y abrir un camino — siempre ensangrentado— para que pase el espíritu.

Veía entonces incesantemente a mi alrededor, oía al mundo hundirse. Todos lo veíamos hundirse, las almas más puras intentaban ofrecer resistencia, pero el demonio soplabá sobre ellas y dejaba sin plumas sus alas.

Cuando se declaró la guerra yo había recuperado las montañas de Creta; sabía que únicamente allí podría encontrar, no sólo la calma, no sólo el consuelo, sino además el orgullo que el hombre necesita en las horas difíciles para no desfallecer. «Mira, si puedes, al miedo directamente a los ojos y el miedo se asustará y huirá» —había escuchado decir un día a un viejo combatiente, que sentado en el poyete de la puerta de la iglesia, un domingo, después de la misa, explicaba a los jóvenes las tretas de la valentía—. Pues bien yo había cogido mi cayado y con mi mochila a la espalda me había encaminado a las montañas. Era la época en que los alemanes estaban invadiendo Noruega y se empeñaban en someterla. Un mediodía que

pasaba al pie del Psiloritis escuché por encima de mí, muy arriba, una voz salvaje:

—¡Eh, compadre, espera un poco! Espera, hombre, que quiero hacerte una pregunta.

Levanté la cabeza y distinguí a un hombre que salía de detrás de una roca y que rodaba monte abajo. Bajaba a grandes zancadas, de peña en peña, las piedras rodaban bajo sus pies, se levantaba un estruendo, como si la montaña entera rodara con él. Entonces vi nítidamente que era un viejo pastor de enorme estatura. Me detuve y lo esperé.

«¿Para qué me querrá? —pensé—. ¿Por qué tanto empeño?».

Se acercó, se detuvo sobre un peñasco; su pecho descubierto, velludo, jadeaba.

—¡Eh, compadre! —me dice sin resuello—, ¿qué pasa en Noruega?

Había oído decir que un país corría riesgo de ser esclavizado; no sabía muy bien qué era Noruega, dónde estaba, ni qué hombres vivían allí; sólo una cosa comprendía perfectamente, que la libertad estaba en peligro.

—Las cosas van mejor, abuelo —le respondí—, no te preocupes; van mejor.

—Gracias a Dios —gruñó el viejo pastor, y se santiguó.

—¿Quieres un cigarro? —le pregunté.

—¿Qué voy a hacer yo con un cigarro? No quiero nada. ¡Que Noruega esté bien, eso me basta!

Dijo, extendió su cayado y cogió la cuesta arriba para buscar su rebaño.

Realmente el aire de Grecia es santo —pensé—, no hay duda de que aquí nació la libertad. No sé si otro campesino o pastor en el mundo podría vivir con tanta angustia y tan desinteresadamente como aquel pastor cretense la lucha de un país lejano y desconocido que pelea por su libertad. El combate de Noruega se había convertido en el combate de aquel pastor griego, porque sentía la libertad como hija suya.

Así, situando mi deber en el combate, escribía en la calma de la casa paterna, intentando tomar parte también yo en la eterna

batalla. Pero a veces abandonaba los papeles y la tinta y tomaba el camino que entre olivares y viñedos conduce a Cnosós. Cuando surgió por primera vez del suelo cretense, como la primavera, esta maravilla inesperada y yo vi por primera vez las escaleras de piedra, las columnas, los patios y los frescos, había sentido una alegría y al mismo tiempo una tristeza indecibles por aquel mundo maravilloso que había desaparecido, y por el destino de toda proeza humana, que permanece en la luz un instante para sumergirse eternamente en el caos. A medida que se restauraba y se levantaba de nuevo ante el sol cretense el palacio real y volvían a recobrar vida en los muros medio destruidos, las tauromaquias y las mujeres con los pechos firmes y desnudos, los labios pintados y las melenas rizadas al viento, un Juicio Final se irguió ante mí y de la tierra surgieron antiguos antepasados desconocidos, mudos, risueños, sagaces, y antepasadas en cuyas faldas estaban bordadas las estrellas del cielo y del mar y las flores de la tierra y en cuyos brazos jugaban las serpientes venenosas de Dios.

Pero aquel día en que volví a tomar el camino verde y llegué a la sagrada colina del Juicio Final y paseé durante horas entre las maravillas medio en ruinas, una pintura me conmovió más que todas, como si la viera por primera vez. Seguramente aquella pintura debía corresponderse con las preocupaciones y las esperanzas de mi alma en ese momento y por eso aquel día comprendí su sentido secreto: un montón de peces nadaban y jugaban en el mar con la cola levantada, felices; y de pronto, un pez volador había desplegado las aletas, había dado un salto y había salido del mar para respirar aire. No cabía ya en su esclava naturaleza de pez, obligado a vivir toda su vida en el agua, había deseado ardientemente superar su condición de pez, respirar aire libre y convertirse en pájaro. Sólo un instante, lo que pudiera resistir, pero eso le bastaba; aquel instante era la eternidad. Eso debe significar la eternidad.

Contemplaba aquel pez volador con profunda emoción, como si fuera mi alma la que estaba viendo pintada allí, en la pared del palacio, desde hacía miles de años. Este es el pez sagrado de Creta —murmuré— que salta para superar lo ineluctable y

respirar la libertad. ¿No deseaba lo mismo Cristo, el ΙΧΘΥΣ [53](#) , superar la condición de hombre y fundirse con Dios, es decir, con la libertad absoluta? ¿No desea lo mismo toda alma que lucha por romper los límites? ¡Qué felicidad —pensaba— que haya sido quizá en Creta donde apareció en la tierra por primera vez este símbolo del alma que lucha y muere por la libertad! El pez volador, he aquí el alma del hombre luchador e indómito.

Veía al pez volador atreverse a dar el salto mortal fuera del agua, veía al hombre, a la mujer de fino talle, alegres, ágiles, jugar con el toro en aquel espacio de piedra, veía a la leona dormir, plácida, entre lirios y me esforzaba en descubrir su sentido oculto —¿de dónde vienen tanta valentía y tanto regocijo?, ¿qué plegaria formulan y a qué dios ruegan esos brazos desnudos, con actitud triunfal, de la mujer, con serpientes negras enroscadas?—. Aquella inquebrantable sed de vida, aquella sonrisa heroica e intrépida, frente al peligro y a la muerte despertaban en mí las mortales actitudes valientes de mis antepasados ancestrales y sus encuentros con la Muerte, ansiados durante tanto tiempo. Era como si el toro y el hombre, la Muerte y el alma, se hubieran reconciliado y jugaran, una hora, dos horas, lo que durase la luz del sol, desnudos los dos, untados los dos con aceite perfumado, como atletas. «Aquí —pensaba con emoción— aquí, en el instante terrible en que el cretense afronta el abismo, es donde se oculta el misterio de Creta; esto es lo que tengo que descubrir».

Cristo, Buda, Lenin habían palidecido en mí, la tierra de Creta me había arrebatado, ya no volvía atrás la cabeza, levantaba los ojos y miraba con anhelo y espanto una cima oculta, envuelta aún en las nubes. Una cima del Sinaí, hollado por Dios donde, armado con severos mandamientos, presentía que residía mi dios.

Sentí que una nueva fuerza henchía mis venas, una nueva responsabilidad. Me parecía que la tierra cretense se había enriquecido y mi alma se había enriquecido también; sentía que estaba amasada por un número aún mayor de risas antiguas y de antiguas lágrimas. Comprendí una vez más con cuánta intensidad y con qué misteriosa seguridad la tierra se encuentra

en correspondencia con el alma: es seguramente así como debe sentir la flor en su interior subir el fango desde sus raíces y transformarse en perfume y en color.

Veía mi alma extenderse por mi sangre como una miniatura misteriosa de Creta; tenía la misma forma, un barco de tres palos, había vivido los mismos siglos, los mismos terrores y las mismas alegrías, navegando entre tres continentes, la santa Anatolia, la ardiente África y la sobria Europa, expuesta a tres violentos vientos cargados de simientes. Y lo que durante años había anhelado consciente o inconscientemente, ahora despertaba en mí de forma más imperiosa: armonizar estos deseos, estos tres impulsos mal avenidos, llegar a la suprema proeza, a la síntesis, a la Mónada sagrada de triple sustancia.

El símbolo religioso universal de la Santa Trinidad se había desplazado en mí a otro nivel menos simbólico, se había convertido en una abrasadora e imperiosa realidad. En un deber supremo inmediato. ¡O eso o nada! —me juré en un momento de arrebató—. ¡O eso o nada! Esta Trinidad no me había sido dada desde lo alto, ya dispuesta; debía crearla yo, este era mi deber; ¡este y ningún otro! No en vano —decía— Creta ha sido colocada en medio de los tres grandes Soplos; no en vano mi alma ha tomado la forma y el destino de Creta. Mi deber era transformar en una palabra perfecta todos los gritos que Creta llevaba profiriendo a través de los siglos, con sus hombres, sus montañas, los mares espumosos que la ciñen, con toda su alma, con todo su cuerpo, en el sueño y en la vigilia. ¿Acaso no era su hijo? ¿No era parte de su tierra? ¿No era ella, ahora que había visto su más antiguo esplendor, quien me había ordenado encontrar el sentido oculto de su lucha y el motivo por el que llevaba tantos siglos gritando, y el mensaje propiamente cretense que se esforzaba en comunicar a los hombres?

Tomé el camino de regreso a casa. ¿Cuándo pasé los olivares, los viñedos, cuándo entré en Megalo Castro y llegué a casa? No veía nada; ante mis ojos saltaba el pez volador, desesperado. ¡Ah, si yo pudiera —pensaba— crear un alma que saltara y rompiera, siquiera por un instante, los límites humanos; que escapara, siquiera por un segundo, a la fatalidad; un alma que

dejara tras de sí alegrías y tristezas, ideas y dioses, y respirara un aire puro inhabitado!

En mi casa me esperaba una carta con un sobre de luto; el sello era de Serbia, comprendí; la cogí y me temblaba la mano. ¿Para qué abrirla?, inmediatamente había adivinado la amarga noticia: «Ha muerto, ha muerto» —murmuré— y el mundo se ensombreció.

Pasé largo rato mirando por la ventana la noche, que caía; debían haber regado esa tarde las macetas del patio y la tierra olía; de las ramas espinosas de la acacia se había colgado la estrella de la tarde, como una gota de rocío. El crepúsculo era hermoso, la vida me pareció muy dulce, por un instante había olvidado la amarga carta que tenía en la mano.

Me avergoncé; de pronto comprendí que contemplando la belleza del mundo intentaba olvidar la muerte; con un movimiento violento rasgué el sobre, al principio las letras me bailaban, poco a poco se asentaron, se detuvieron, pude leer:

Soy el maestro del pueblo y le escribo para anunciarle la triste noticia de que Alexis Sorbás, que tenía aquí una mina de magnesita, murió el domingo pasado a las seis de la tarde. En su agonía me gritó: «¡Ven aquí, maestro —me dijo—, tengo cierto amigo en Grecia!; cuando haya muerto, escríbele que me he muerto y que hasta el último momento conservé todo mi conocimiento y me acordé de él. Y que de lo que yo haya hecho, sea lo que sea, no me arrepiento. Y que deseo que esté bien, le dices, y que ya es hora de que entre en razón. ¡Y si viene un pope a confesarme y a darme la comunión, dile que se largue de aquí, y que mejor me dé su maldición! He hecho en mi vida esto, aquello y aquello, y sin embargo, he hecho poco; los hombres como yo deberían vivir mil años. ¡Buenas noches!».

Cerré los ojos y sentí lágrimas calientes rodar lentamente por mis mejillas. «¡Ha muerto, ha muerto, ha muerto! —murmuré—. ¡Sorbás ha muerto! ¡Nunca más! La risa ha muerto, la canción se ha interrumpido, el *santur* se ha roto, el baile sobre los guijarros

de la playa se ha acabado, se ha llenado de tierra la boca que, con una sed insaciable, no paraba de hacer preguntas; jamás volverá a encontrarse una mano más tierna, más sabia, para acariciar la piedra, el mar, el pan, a la mujer...!».

No me invadió la pena, sino la rabia. «¡Es injusto, injusto —grité—, almas así no deben morir! ¿Cuándo la tierra, el agua, el fuego, el azar podrán crear de nuevo un Sorbás?».

Llevaba meses sin saber qué era de él pero estaba tranquilo, se diría que pensaba que era inmortal. «¿Cómo puede agotarse un manantial así? —decía—. ¿Cómo va a derribar la Muerte a un luchador tan astuto? ¿No encontrará él en el último momento una risa, un baile, una zancadilla, para zafarse de ella?».

No pude pegar ojo en toda la noche; los recuerdos se habían puesto en marcha, cabalgaban apresuradamente uno sobre otro; inquietos, sin resuello, subían a mi mente como si quisieran recoger de la tierra y del aire a Sorbás y no permitir que se dispersara. Y las más insignificantes anécdotas vividas con él resplandecieron en mi memoria nítidas, saltarinas y valiosas, como peces multicolores en el cristalino mar de verano. Nada que tuviera que ver con él había muerto en mí; era como si lo que Sorbás había tocado se hubiera vuelto inmortal.

«¿Qué hacer —pensé toda la noche—, qué hacer para conjurar la muerte, su muerte?».

La trampilla de mis entrañas se abrió, los recuerdos empezaron a saltar fuera, a atropellarse entre sí, se apresuraban y cercaban, furiosos, mi corazón; abrían y cerraban la boca, me gritaban que recogiera a Sorbás de la tierra, del mar, del aire, y lo resucitara. ¿No es este el deber del corazón? ¿No lo ha creado Dios para esto, para resucitar a los seres amados? ¡Resucítalo!

Sin duda, el corazón del hombre es una profunda fosa cerrada llena de sangre y cuando se abre corren a beber en ella para volver a la vida todas las sombras inconsolables, sedientas, que hemos amado y que sin cesar se apiñan a nuestro alrededor y oscurecen el aire. Corren a beber la sangre de nuestro corazón porque saben que no hay otra resurrección. A la cabeza de todas esas sombras corría ahora Sorbás con sus grandes zancadas y

empujaba a un lado a las otras sombras porque sabía que a él lo había amado más que a ningún otro ser en mi vida.

Por la mañana ya tenía tomada la decisión; de repente me había tranquilizado como si la resurrección se hubiera puesto ya en marcha en mí; como si mi corazón fuera una Magdalena que corría a la tumba y realizaba la resurrección.

Me había levantado tarde; el sol entraba, sonriente, primaveral, e iluminaba el amado bajorrelieve, encima de mi cama, que no sé cómo había encontrado mi padre y lo había colgado allí cuando yo era niño. No creo en la coincidencia, creo en el destino; aquel bajorrelieve descubría el secreto de mi vida con asombrosa simplicidad, y quizá también de la vida de Sorbás. Era una reproducción de un monumento funerario antiguo: un guerrero desnudo, que ni a su muerte abandonó su casco, tiene flexionada la rodilla derecha y se aprieta el pecho con las dos manos y en sus labios, firmes, se dibuja una serena sonrisa. El grácil movimiento del vigoroso cuerpo es tal que no se puede discernir si es danza o es muerte. ¿O es danza y muerte juntamente?

Aunque sea muerte —dije, animado por el alegre sol que caía sobre el guerrero y lo hacía volver a la vida— aunque sea muerte, nosotros lo convertiremos en danza; démosle nosotros, corazón mío, démosle nuestra sangre para que vuelva a la vida; hagamos todo lo posible para que viva un poco más este extraordinario tragaldabas, bebedor, trabajador incansable, mujeriego, golfo. El bailarín, el guerrero. El alma más grande, el cuerpo más seguro, el grito más libre que he conocido en mi vida...

[53](#) El término griego antiguo ιχθύς significa «pez» y fue usado como símbolo críptico por los primeros cristianos, ya que representa el acrónimo del nombre de Jesús en griego: *Iesoûs Xristós Theoû Yíós So tér* (« Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador»).

XXX

Cuando la semilla de la Odisea prendió en mí

El mito de Sorbás empezó a cristalizar en mí [54](#) . Al principio era una perturbación musical, un ritmo nuevo, como si la sangre se hubiera puesto a circular más rápida por mis arterias. Sentía fiebre y aturdimiento, un placer y un malestar difíciles de explicar, como si hubiera penetrado en mi sangre un cuerpo extraño no deseado. Todo mi organismo se removió y se lanzó a expulsarlo, pero él se resistía, suplicaba, echaba raíces y se aferraba ora a uno de mis órganos, ora a otro, y no quería irse. Se había convertido en una semilla, en un grano de trigo duro y parecía sentir que las espigas y el pan aprisionados en él estaban en peligro y se esforzaba desesperadamente en no desaparecer para que ellos no desaparecieran.

Salía y caminaba durante horas por los campos, nadaba en el mar, iba una y otra vez a Cnosós; como el caballo sobre el que se ha posado un tábano hambriento se sacude y trata de quitárselo de encima, así me sacudía y coceaba yo. En vano; la semilla no dejaba de echar raíces nuevas y tomaba posesión de mí.

Entonces comenzó a operar en mí un segundo trabajo secreto —alimentar esa semilla, regarla con mi sangre para que se convirtiera en un nuevo órgano de mi cuerpo y de este modo, asimilándola, poder dominarla; era mi única esperanza de librarme de ella: que la que había entrado en mí como un conquistador se hiciera una conmigo, los dos, conquistadores y conquistados.

Inmediatamente las palabras, las rimas, las comparaciones se pusieron a moverse alrededor de la semilla extraña, a rodearla y a alimentarla como a un embrión. Los recuerdos medio olvidados recobraron vida, las alegrías y las amarguras, nuestras risas y

nuestras acaloradas discusiones, ya sumergidas en el fondo, emergieron de nuevo. Todos los días que habíamos pasado juntos desfilaban ante mí, blancos, felices, llenos de arrullos, como palomas. Los recuerdos subieron un nivel más arriba que la verdad, dos niveles más arriba que la mentira. Sorbás se metamorfoseaba poco a poco y se convertía en leyenda.

Por la noche me resistía a acostarme para dormir, sentía que la semilla trabajaba en mi sueño. En la santa paz de la noche, la escuchaba roer, como un gusano de seda, roer las hojas de mi corazón, queriendo convertirlas en seda.

De noche deambulaba por las estrechas callejuelas de Megalo Castro y de cada esquina saltaban los antiguos recuerdos, me encontraba a mí mismo, de niño, caminando solo, sin querer jugar con los otros niños, luego, de adolescente, paseando con los amigos por las murallas venecianas, por encima del mar, era el atardecer, soplaba una brisa suave cargada de olor a salitre y a jazmines de los pequeños huertos de la vecindad y del perfume de las muchachas que también se paseaban, reían y se burlaban de nosotros, porque querían que nos volviéramos a mirarlas, pero nosotros discutíamos sobre Dios y sobre la inmortalidad del alma. Y cuando la luna estaba clara, una embriaguez profunda, hechicera, se apoderaba de mí, y conmigo se embriagaban las puertas y las tejas de las casas —piedras, vigas, fuentes, campanarios se despojaban de sus cuerpos espesos, se aligeraban del peso que los aplastaba durante el día y su alma refulgía, ya desnuda, a la luz de la luna—.

Llegaron las primeras lluvias; el cielo bajó a la tierra, las semillas se vaciaban, se solazaban en los surcos. La casa paterna me venía ya estrecha, me refugié solo fuera de la ciudad, a orillas del mar, en la casita abandonada de un amigo mío. Un patio cuadrado, cerrado, con altas tapias y en medio, dos limoneros, un ciprés y algunas macetas de albahaca y de mejorana; una pesada puerta con tres peldaños de madera daba a la calle, como la puerta de una fortaleza, y un cerrojo imposible de descorrer, que para tirar de él tenías que emplear toda tu fuerza y las dos manos. ¡Qué profunda felicidad cuando echaba el cerrojo a la puerta y me quedaba solo sin que nadie pudiera

invadir mi soledad! Cuando entre en el Paraíso —decía y miraba el cerrojo con gratitud— te llevaré apretado debajo del brazo y entrarás conmigo. Otro llevará las herramientas con las que trabajaba y se ganaba el pan, un tercero, la lanza con la que luchaba, otro, la pluma con la que escribía, y habrá quien lleve de la mano a su amada; yo llevaré este cerrojo.

¡Qué dicha estar solo, oír delante de la puerta el mar que suspira, y las primeras lluvias que caen sobre los limoneros y los cipreses del patio! ¡Y sentir justo en medio de tus entrañas una semilla que te roe!

Sorbás reposaba dentro de mí como una crisálida envuelta en una funda dura y diáfana y no se movía; pero yo sentía que secretamente, sin ruido, dentro de esa crisálida muda, se estaba desarrollando día y noche un trabajo inexplicable, lleno de misterio, se llenaban poco a poco sus débiles venas, se ablandaban sus carnes secas, y ahora la funda se agrietaría por la espalda y asomarían, aún inmaduras, arrugadas e impotentes, las alas. Un gusano se había desarrollado dentro de la crisálida, y se había visto dominado por un divino delirio repentino y quería convertirse en mariposa. Yo oía las primeras lluvias, escuchaba la tierra agrietarse y recibir el aguacero; oía los granos de trigo beber en la tierra, hincharse, echar un gancho verde todopoderoso, engancharse al suelo, levantar la tierra y subir a la luz, convertirse en espigas y en pan que comieran los hombres para poder vivir y no dejar morir a Dios. En cada brizna de hierba veía yo un espíritu que la asistía, la ayudaba a crecer y a cumplir su deber sobre la tierra. Allí, en mi inexpugnable soledad, sentía que la más insignificante criatura de Dios, un grano de trigo, un gusano, una hormiga, recuerda de pronto su origen divino, es poseída por una locura infundida por Dios y quiere subir de peldaño en peldaño, hasta tocar la divinidad. Tocarla y situarse a su lado —el grano de trigo, el gusano, la hormiga— junto con los ángeles y los arcángeles.

Y yo, que había conocido a Sorbás cuando proyectaba aún su sombra sobre la tierra y que sabía que su cuerpo no lo contenía, y tampoco el canto, ni siquiera el baile, pensaba ansioso en la clase de fiera que surgiría cuando, llegada la hora, se rompiera la

envoltura que aún lo mantenía inmóvil en mis entrañas. ¡Qué fiera, qué pena insaciable, qué llama implacable y desesperada! Si una oruga —me decía—, una insignificante oruga quiere convertirse en mariposa, ¿en qué querrá convertirse Sorbás?

Días inolvidables de santa reflexión; llovía, las nubes se fundían, asomaba el sol recién lavado, las flores de los limoneros habían madurado en fruto y los sagrados limones brillaban, aún verdes, en los árboles; de noche subían las estrellas, giraban sobre mi cabeza y descendían hacia occidente, el tiempo fluía como agua inmortal, yo sentía que mi cabeza bogaba, como el Arca de Noé, por encima del tiempo y del diluvio, con confianza y seguridad, cargada con todas las semillas —animales, pájaros, hombres, dioses—. Movilizaba todos mis recuerdos, volvía a hacer todos mis viajes, traía a mi mente todas las grandes almas a las que había encendido cirios en mi vida, enviaba oleadas y oleadas de sangre para alimentar la semilla que había en mí y esperaba. La alimentaba con la preciada miel que había recolectado libando durante toda mi vida las flores más perfumadas y las más venenosas. Por primera vez experimentaba lo que significa amor paternal y qué fuente de eternidad es un hijo. Y lo mismo que la perla es una enfermedad y a la vez la más sublime hazaña de la madreperla, así sentía yo una alteración y una fiebre en mi sangre, a la par que un mensaje secreto procedente de fuentes profundas, que me decía que ya llegaba, que ya estaba a punto de llegar al momento más decisivo de mi vida; por esa semilla, por ese hijo, sería juzgado mi destino.

* * *

Pasó el otoño, entró el invierno. Me paseaba por los campos arados que rodeaban mi refugio, admiraba con qué paciencia la tierra sin hierba conservaba ella también la semilla y esperaba con confianza la primavera; y yo me armaba de paciencia con ella; me parecía que había cambiado de sexo, que era, como la tierra, mujer, y alimentaba la semilla, la Palabra, y esperaba. ¡Ah, si pudiera —pensaba— encarnar en esta Palabra todas mis

angustias, todas mis esperanzas, y cuando abriera la puerta de la tierra para irme, dejar tras de mí un hijo así!

Me acordé del asceta que había conocido un día en el Monte Atos. Sostenía entre los dedos una hoja de álamo, la miraba al trasluz y las lágrimas corrían de sus ojos. Me detuve sorprendido: «¿Qué ves, venerable padre —le pregunté— en esa hoja, que te hace llorar?». «Veo a Cristo crucificado» —me respondió—. Dio la vuelta a la hoja y su rostro resplandeció, contento: «¿Qué ves ahora en la hoja —le pregunté— que te pone tan alegre?». «Veo a Cristo resucitado, hijo mío».

¡Ah, si el creador pudiera ver también en el más humilde detalle de la tierra, en un insecto, en una concha de la playa, en una gota de agua, todas sus angustias y todas sus esperanzas! ¡Y no sólo las tuyas, sino las del mundo entero! Ver al hombre crucificado, al hombre resucitado, en cada uno de los latidos de su corazón. Sentir que hormigas, estrellas, espectros, ideas, todos procedemos de la misma madre, que todos sufrimos y confiamos en que llegará un día en que nuestros ojos se abrirán y veremos que todos somos uno, y entonces seremos liberados.

Nunca olvidaré aquellos misteriosos meses de la espera; el murmullo que hacían las hojas del limonero, una abeja que volaba, el mar que no se calmaba y no dejaba de suspirar y batir mi puerta, un cuervo que pasaba por encima del tejado de la casa me hacían sufrir y gritar, como si un dios hubiera desollado mi cuerpo y no pudiera soportar ni siquiera el soplo del viento.

Hasta que un día no pude resistir más; yo sabía desde hacía años que para mí no existe más que un modo de librarme de un gran sufrimiento o de una gran alegría y recuperar mi libertad: conjurar este sufrimiento o esta alegría con el sortilegio mágico de la Palabra. En los países tropicales hay un gusano fino como un hilo que penetra en la carne del hombre y la corroe; viene el hechicero, toca su flauta mágica y el gusano, hechizado, asoma, se estira lentamente, se estira y sale. Idéntica es la flauta del arte.

Habían venido los días bañados de sol del pájaro de enero, días que Dios, en su gran bondad, ha intercalado intencionadamente en el corazón del invierno para que las

pobres aves marinas puedan poner sus huevos sin riesgos y empollarlos en las rocas. Pues bien, una mañana de aquellos días me zambullí en el mar, nadé, entré en calor, salí y me sequé al sol. Rara vez en mi vida había experimentado tanta liviandad en mi cuerpo, tanto deleite en mi alma. Volví a casa, cogí el lápiz —él es mi flauta—, me incliné sobre el papel con un ligero estremecimiento.

Escribía, tachaba, no encontraba las palabras adecuadas, unas veces eran turbias y sin alma, otras, descaradamente llamativas, y, a veces, abstractas, sin calor en el cuerpo, llenas de aire. Al empezar tenía la intención de decir una cosa y las palabras, rebeldes, sin freno, me arrastraban a otra diferente; mi propósito se había desmandado y había desbordado los moldes en los que yo lo había situado; con gran descaro se tomaba mucho más espacio y más tiempo, cambiaba, se transformaba y no podía fijar su rostro; y con él, cambiaba y se transformaba mi alma y no podía fijarla.

En vano me esforzaba en encontrar un lenguaje sencillo, sin adornos abigarrados, que no estuviera sobrecargado de riqueza y que no desfigurara mi emoción ¿Quién era aquel místico musulmán que tenía sed y echó el cubo al pozo para sacar agua y beber? Tiró de él y estaba lleno de oro; lo vació, volvió a echarlo, lo subió, y estaba lleno de plata; lo vació. «Dios mío —dijo— yo sé que estás lleno de tesoros; pero dame sólo agua para que beba; tengo sed». Volvió a echar el cubo, sacó agua, bebió. Así debe ser la Palabra, sin adornos.

Me detuve; había comprendido que aún no había llegado el momento; la metamorfosis oculta de la semilla aún no se había completado. Recordé que un día había arrancado del tronco de un olivo una crisálida y la había puesto en mi mano; bajo su caparazón diáfano había distinguido una cosa viva que se movía, el trabajo oculto debía encontrarse ya en su fase final y la futura mariposa, aún prisionera, esperaba con un temblor casi imperceptible que llegara la hora sagrada de salir al sol. No tenía prisa, confiaba en la luz, en el aire tibio, en la ley eterna de Dios, y esperaba.

Pero yo estaba impaciente; quería ver cumplirse ante mí el milagro antes de tiempo, que la carne surgiera de la tumba y de su sudario y se transformara en alma. Me incliné y me puse a soplar sobre ella mi aliento cálido; y he aquí que al instante se resquebrajó el lomo de la crisálida, poco a poco la mortaja se rajó entera de arriba abajo y apareció fuertemente enrollada todavía, con las alas plegadas, con las patas pegadas al vientre, una mariposa completamente verde, inmadura. Temblaba ligeramente y cada vez cobraba más vida bajo mi aliento cálido y obstinado; un ala se despegó del cuerpo, pálida, como una hoja de álamo recién salida de la yema del árbol, y empezó a palpar y a luchar por desplegarse por completo, pero en vano; quedó semiabierta y arrugada. Al poco rato se movió la otra ala, se esforzó también por extenderse, pero no pudo y se quedó medio desplegada, trémula. Y yo, con la impudicia del hombre, inclinado sobre ellas, les echaba mi cálido aliento, pero las defectuosas alas ahora no se movían y se habían combado, arrugadas.

Mi corazón se oprimió; a causa de mi apresuramiento, por haberme atrevido a violar una ley eterna, había matado a la mariposa; en mi mano tenía un cadáver. Han pasado muchos años, pero desde entonces este liviano cadáver de la mariposa pesa sobre mi conciencia.

El hombre tiene prisa, Dios no la tiene, por eso las obras del hombre son inseguras e incompletas y las de Dios, impecables y firmes. Mis ojos se arrasaron de lágrimas; juré no violar nunca más esta ley eterna; mojarme con la lluvia y calentarme al sol como un árbol, que el viento me azotara, y esperar con confianza; llegaría la hora, largamente deseada, de la flor y del fruto.

Pero hete aquí que ahora estaba violando mi juramento. La crisálida de Sorbás no estaba madura todavía, me había apresurado a abrir su sudario; sentí vergüenza, rompí todo lo que había garabateado en el papel, salí y me tumbé a la orilla del mar.

Recordé unas palabras de Sorbás: «Yo actúo siempre como si fuera inmortal». ¡Ojalá nosotros los mortales siguiéramos este

método de Dios!, no por megalomanía e impudicia, sino por el imbatible anhelo del alma de ir hacia arriba; el esfuerzo por imitar a Dios es el único modo que tenemos de sobrepasar, siquiera por un pelo, siquiera por un instante —recuérdese el pez volador— los límites humanos. Y los preceptos más preciados que nos da Dios mientras estamos aprisionados en el cuerpo, mientras somos crisálidas, son la paciencia, la reflexión y la confianza.

Contemplaba el sol que se ponía, el islote desierto, frente a mí, se teñía de rosa, feliz, como una mejilla besada, escuchaba a los pajaritos que se habían cansado de cantar y cazar todo el día, tenían sueño y regresaban a dormir. Las estrellas no tardarían en remontar el cielo, en tomar una a una su turno y la rueda de la noche empezaría a girar; vendría la medianoche, vendría el alba, aparecería, seguro, el sol y se pondría en movimiento la rueda del día.

Ritmo divino; astros, pájaros, semillas en la tierra, todo lo obedece; el hombre es el único que se rebela y quiere violar la ley y transformar la obediencia en libertad; por eso, de todas las criaturas de Dios es el único que puede pecar, ¿qué quiere decir pecar? Destruir la armonía.

Decidí hacer un viaje para tomarme un tiempo de espera; me embarqué en un caique que hacía escalas en las agraciadas islas del Egeo —Santorini, Naxos, Paros, Míconos—. Lo he dicho y lo repito: una de las mayores alegrías que puede concederse al hombre en este mundo es, en primavera, cuando sopla una ligera brisa, navegar por el Egeo; nunca me he podido imaginar el Paraíso de otra manera. ¿Qué otra alegría en el cielo y en la tierra puede estar más en armonía con el cuerpo y con el alma del hombre? Esta alegría llega hasta la exaltación, pero gracias a Dios, no va más allá, y así el amado mundo visible no desaparece; todo lo contrario, el invisible se hace visible y lo que llamamos Dios, vida eterna y beatitud suben a nuestro caique y navegan con nosotros. En el terrible instante de la muerte, cierra los ojos, y si ves Santorini, Naxos, Paros y Míconos, entrarás en el Paraíso sin haber pasado por la tierra. ¿Qué son el seno de Abraham y los espectros inateriales del Paraíso cristiano

comparados con esta eternidad griega, hecha de agua, roca y brisas frescas?

Me alegraba de ser hombre, hombre y griego, y poder sentir así de forma instintiva, sin la intervención distorsionadora del pensamiento abstracto, que el Egeo me pertenecía, que era la herencia de mis antepasados; y de poder navegar entre las islas, de felicidad en felicidad, sin salir de los límites de mi alma. Semejantes a la pechuga plumosa de una perdiz, resplandecían estas islas divinas, y jugueteaban, y cambiaban a cada instante, según la sombra o la luz, ya marrón oscuro, ya salpicadas de un polvillo dorado, o cubiertas de rosas, por la mañana, de lirios purísimos a mediodía, de cálidas violetas a la hora de la puesta de sol.

Esta especie de viaje de bodas duró quince días y cuando regresé a mi casita de la playa, mi espíritu estaba sosegado y mi corazón latía con calma. Cristo, Buda, Lenin, los tres grandes amados corsarios de mi vida, no habían desaparecido pero fosforecían en la semipenumbra de mi memoria como jeroglíficos decorativos de profundo sentido sin vigencia ya.

Ninguna preocupación intelectual me había distraído durante todo mi viaje; ninguna visión había venido a mi sueño para recordarme que tenía angustias de creador por resolver y que no podía resolverlas; veía, oía, olía el mundo con despreocupada simplicidad; era como si mi alma se hubiera convertido en cuerpo y ella también viera, oyera y oliera el mundo visible con fruición.

¿Quiénes fueron dos pintores de la Antigüedad que competían sobre cuál de los dos pintaría más fielmente el mundo visible? «Voy a demostrarte que yo soy el mejor —dijo uno, y mostró al otro una cortina que había pintado—. ¡Bien, descorre la cortina para que veamos el cuadro —dijo su adversario—. La cortina es el cuadro —respondió el otro riendo».

Durante todo mi viaje por el Egeo había sentido profundamente que la cortina era verdaderamente la imagen. ¡Pobre del que rasgue la cortina para ver la imagen!, no verá más que el caos.

Permanecí aún varios días sumido en el severo silencio de la soledad; era primavera, me sentaba bajo el limonero en flor del

patio y saboreaba con fruición unas palabras que había oído en el Monte Atos: «Hermano almendro, háblame de Dios. Y el almendro se cubrió de flores».

Verdaderamente, esto debe ser Dios, la cortina bordada de flores, de pájaros y de hombres; este mundo no es su vestidura, como yo había creído en otro tiempo; es Él mismo; forma y sustancia son una misma cosa. Había vuelto de mi peregrinación por el Egeo trayendo como precioso botín esta certidumbre. Sorbás lo sabía, pero no podía expresarlo con palabras, lo bailaba. ¡Ah, si pudiera yo —pensaba— convertir este baile en un relato!

Y nada más pensarlo, mi mente se llenó de estrellas, vi: llevaba años buscando a Dios sin ver que lo tenía delante de mí, como el novio que cree haber perdido su anillo, lo busca por todas partes, angustiado, sin encontrarlo, y lo lleva en el dedo.

La soledad, el silencio, el mar Egeo colaboraban conmigo, secretamente, compasivamente; el tiempo pasaba por encima de mí, compañero de trabajo también él, y hacía madurar la semilla en mis entrañas. Yo también me uncí a la rueda eterna, con los pájaros y las estrellas, y sentí, creo, por primera vez en qué consiste la verdadera libertad: unirme al yugo de Dios, quiero decir, de la armonía.

La creación es una cacería hechicera, llena de incertidumbre y de emoción, como el amor. Cada mañana, cuando salía para esta cacería misteriosa mi corazón latía con fuerza de angustia, de curiosidad, y de una extraña arrogancia venida de Lucifer, que, no sé cómo ni por qué, revestía la apariencia de una humildad profunda e inconfesada. Porque desde los primeros días, sin pensar en absoluto en ello, había comprendido con horror cuál era el pájaro invisible, quizá inexistente, que yo perseguía. Las montañas estaban llenas de perdices, los pasos, llenos de tórtolas, los lagos llenos de patos salvajes, pero yo dejaba pasar con desdén todas estas aves de carne sabrosa y perseguía el pájaro inasible que de vez en cuando escuchaba aletear en lo más hondo de mi corazón; todavía sólo tenía alas, y yo me esforzaba en darle un cuerpo sólido para apresararlo.

Al principio no podía ponerle nombre, quizá tampoco lo quería, porque sabía que el nombre aprisiona el alma, la comprime para que pueda caber en la palabra y la obliga a dejar fuera del nombre lo que tiene de inexpresable, lo que es más valioso e insustituible.

Pero enseguida comprendí que esta anonimidad hacía mucho más difícil la caza, me impedía situar la presa en un determinado lugar y tenderle una trampa; su presencia invisible estaba suspendida por doquier en el aire, en todas partes y en ninguna. El hombre no soporta la libertad absoluta; una libertad así le lleva al caos; si fuera posible que naciera un hombre dotado de absoluta libertad su primer deber, si quisiera ser útil en la tierra, sería poner coto a esta libertad; el hombre sólo soporta trabajar en un terreno acotado, bien delimitado; así pues, yo debía someterme a esta deficiencia humana, si quería superarla, y de este modo, con la amarga conciencia de que constreñía mi deseo, me vi obligado a poner nombre al pájaro misterioso que estaba persiguiendo; un nombre con límites lo más cambiantes posible, con un contorno lo más diáfano posible, para que yo pudiera ver, aunque fuera borroso, lo que pasaba detrás y alrededor de él.

Esta necesidad trabajaba secretamente en mí día y noche; por suerte mi mente no lo sabía, se hacía a espaldas suyas. Y una mañana me levanté y el nombre del pájaro resplandecía, inesperado, terrible, en el aire: no era un pájaro, era un grito salido de innumerables bocas, y de pronto lo reconocí: aquel grito era el que yo perseguía, por él me atormentaba y luchaba: el Grito del futuro. Para él había nacido, y todo lo demás, mis alegrías, mis tristezas, mis virtudes y mis vicios, no era sino mi marcha hacia aquel Grito. Cristo, Buda, Lenin no eran más que hitos en el camino; por ellos había tenido que pasar, ellos señalaban el paso del pájaro misterioso, ellos eran los ojeadores que me habían ayudado a levantar el Grito.

¡Así pues, nada estaba perdido! Las andaduras y desvíos de mi espíritu, vistos cada uno por separado, parecían tiempo perdido, algo propio de un cerebro inmaduro, anárquico; pero todos juntos, ahora lo veía, constituían una línea recta a la que

en este accidentado terreno sólo los desvíos podían hacer avanzar. Y mis infidelidades a las grandes ideas que me habían seducido, desencantado y abandonado sucesivamente, todas juntas constituían una fidelidad inquebrantable a la esencia. Se diría que el Azar, no el Azar —¿cómo llamarlo?—, el Destino, tenía ojos y compasión, me tomaba de la mano y me guiaba. Y sólo entonces comprendí adónde me llevaba y qué pedía de mí: que oyera el Grito del futuro, que tratara de adivinar qué quería, por qué gritaba y hacia dónde nos ordenaba ir.

La sangre, borbotando de alegría, se me subió a la cabeza; cogí la pluma y escribí en la parte superior del papel el alegre tema de la última obra decisiva que empezaba:

«¡Salud, hombre, gallito desplumado de dos patas! Es verdad, aunque tú no lo creas, si al alba no cantas, no sale el sol».

* * *

Una llama se había posado sobre mi cabeza, fresca, juguetona, y la sentía ondear al viento como un ala roja. Era un pájaro misterioso y cantaba, un casco mágico de fuego que multiplica la fiereza y la esperanza del guerrero. Mi corazón latía impaciente, tomaba impulso, pero miraba ante sí el abismo —¿el abismo o Dios?— y se asustaba. La pobre carne no tenía ninguna apetencia de aventuras, se hallaba bien instalada en aquella casita con los limoneros, el mar, el pesado cerrojo; retrocedía ante el abismo y chillaba. Pero por encima de mi cuerpo se erguía otro cuerpo más alto y más verdadero que mi verdadero cuerpo, y era él quien tenía el mando. Me había convertido en un barco y me preparaba para surcar el mar; en mi proa se había enganchado una Gorgona con una mano sobre el pecho y la otra extendida imperiosamente hacia adelante; no era la Victoria, era el Gran Grito y señalaba el camino entre el cielo y el mar.

En este barco entraron todas las palabras, todas las leyendas, todas las anécdotas que yo sabía; embarqué a mis amigos más queridos, los variopintos *palicaria* de mi fantasía, muchos víveres, muchos odres de vino y bastantes dioses antiguos,

tallados toscamente en madera para pasar el tiempo; icé la vela y nos hicimos a la mar.

¿Hacia dónde poner la proa? No tenía nada en mente; mis sienes estaban abiertas y los cuatro vientos soplaban con igual fuerza; entre mis dedos tenía un puñado de arcilla y lo amasaba: el futuro; le daba una forma —hombre, dios, demonio—, la destruía, modelaba una nueva; las figuras se escapaban de mis dedos, se afirmaban un instante en el aire y volvían a sumergirse en el caos. Que no se diga que jugaba; no jugaba, luchaba; me esforzaba por dar al barro el rostro de mi alma.

Combate difícil, desesperado; porque yo no sabía con claridad cuál era ni cómo era el rostro de mi alma; al modelar la arcilla, me esforzaba en encontrarlo. No tenía confianza en la razón; ella sólo puede distinguir el cuerpo, su contorno sólido, no ve la llama que titila alrededor del cuerpo y salta a lo alto de la cabeza y es zarandeada por el viento como una bandera; esto precisamente es el alma; dejaba, pues, que las fuerzas misteriosas guiaran mis dedos.

Durante tres días, como un faquir, inmóvil, en silencio, me había concentrado y volvía a vivir mi vida. Nada se había perdido y los detalles más insignificantes, un rosal en flor cerca de Calamata, un melón perfumado que ocupaba todo mi regazo, en un pueblo de Santorini, una muchacha morena que vendía jazmines en Nápoles y el alegre sonido triunfal de los zuecos de una viuda que bailaba en una boda, en el patio de su casa, y los dos grandes arcos que marcaban las cejas de una circasiana en Moscú, todo esto, todo, subía de la trampilla de mi memoria y colmaba de felicidad mis entrañas. Y por la noche, cuando me acostaba para dormir, continuaba mis viajes en sueños; solo que de noche, estos viajes, aligerados del lastre de la verdad, flotaban en el aire debido a su sustancia más leve y más preciada.

¿Existe algo más verdadero que la verdad? Sí, la leyenda; ella da un sentido inmortal a la verdad efímera. Ahora todos mis vagabundeos se armonizaban, se fundían y se concentraban en un viaje único y valioso que sabía de dónde partía, por qué se iniciaba y adónde se dirigía; y cada estación no estaba exenta de

sentido, no era un capricho del Azar, sino que era un plan coherente del Destino. Todos mis viajes se habían convertido en una sola línea roja, que partía del hombre y ascendía para llegar a Dios —quiero decir, a la más alta cumbre de la esperanza—.

Al cuarto día, mientras me esforzaba en ver hasta dónde había llegado aquella línea roja que señalaba mi ascensión, de repente me dominó un terror sagrado: no era mi sangre la que había trazado aquella línea roja; era otro quien subía, un ser incomparablemente superior a mí, un antepasado gigante, señor de los mares y escalador de montañas, y era la sangre de sus heridas la que había marcado en rojo su camino en las tierras y en los mares; yo no era más que su sombra fiel, que lo seguía. No lo veía; sólo oía de vez en cuando su suspiro o su risa tonante; me volvía y no veía a nadie; pero sentía sobre mí su respiración jadeante.

Con los ojos llenos de su presencia —no los de barro, los otros— me incliné sobre el papel; pero el papel en blanco no era ya como había sido hasta ahora, un espejo en el que reflejar mi rostro: por primera vez vi el rostro del gran Compañero de Viaje. Inmediatamente lo reconocí; tenía un gorro marinero puntiagudo, mirada de águila, barba corta y rizada, ojillos inquietos, hechiceros como los de la serpiente, las cejas ligeramente fruncidas, como si sopesara con la vista un carnero que tenía ganas de robar, o una nube que aparecía de repente sobre el mar, cargada de vientos o su fuerza y la fuerza de los inmortales, antes de decidir si convenía mostrarse noble o astuto.

Silenciosa, inmóvil, preparada para saltar, la fuerza acechaba en su rostro; era un atleta que respeta a la muerte y lucha con ella, con atención y destreza, sin gritos, sin insultos, mirándola a los ojos; untados los dos de aceite, desnudos, luchan a pleno día, ateniéndose a las complejas reglas de la lucha. El gran Compañero de Viaje sabe cuál es su adversario, pero no lo domina el pánico; alza los ojos y ve fluir el rostro de la muerte tomando innumerables apariencias —ora una mujer en la arena, que se pone la mano en el pecho y canta, ora un dios que levanta tempestades y quiere ahogarlo, ora un humo leve sobre el tejado de una casa—. Y él, relamiéndose los labios, disfruta de

todos los rostros de la muerte y lucha con ellos, abrazándolos insaciablemente.

Eras tú —¿cómo no iba a reconocerte de inmediato?—; eras tú, Capitán del barco de Grecia, abuelo, amado tatarabuelo. Con tu gorro puntiagudo, tu mente insaciable y taimada, que crea fábulas y se solaza en la mentira como en una obra de arte, ávido, tozudo, uniendo con maestría la prudencia del hombre con la locura divina, de pie en la nave de Grecia, no sueltas el timón desde hace miles de años, por miles de años aún.

Te miro desde todos lados, mi mente siente vértigo; unas veces te me apareces como un viejo centenario, otras como un hombre maduro de cabellos con reflejos azules y rizados, salpicados del salitre del mar y otras, como un niño pequeño que se ha agarrado a los dos pechos, el de la tierra y el del mar, y se amamanta. Te miro desde todos los ángulos y me esfuerzo por aprisionarte en el lenguaje, por fijar tu rostro y decirte: «¡Ya te tengo, no te me escaparás!», pero tú haces trizas la palabra — ¡cómo puede contenerte!—, te deslizas y te escapas, y oigo tu risa sobre mí, en el aire.

¡Qué nombres no te he tendido, como trampas, para atraparte!
¡Te he llamado burlador de los dioses, enemigo de los dioses, destructor de los dioses, hombre de siete vidas, de mente múltiple, urdidor de intrigas, astuto como un zorro, de mente de mil vueltas, de mente de muchas cimas, que va de derecha a izquierda, seductor de los corazones, enemigo de los corazones, concededor de los corazones, hombre que cierra la casa, raptor de almas, conductor de almas, defensor de fronteras, viajero del mundo, vendimiador del mundo, arco de la mente, constructor de fortalezas, destructor de fronteras, pirata, hombre de pecho como el mar, delfín, hombre de mente versátil, de doble o triple voluntad, hombre de las cumbres, solitario, mercader, gran navegante, navío de tres palos de la esperanza!

Y en cierta ocasión, muy al principio, cuando aún no te conocía, puse en tu camino, para impedir que te escaparas, la trampa que yo creía más eficaz: Ítaca. Pero tú te reíste a carcajadas, respiraste profundamente e Ítaca se hizo mil pedazos. Entonces comprendí, bendito seas, destructor de

patrias: Ítaca no existe, sólo existe el mar y un barquito pequeño como el cuerpo del hombre, y como capitán, el Espíritu. Él permanece en pie en su camarote de hueso, hombre y mujer al mismo tiempo, siembra y pare; pare las tristezas y las alegrías, las bellezas, las virtudes, las aventuras, toda la fantasmagoría del mundo, la sangrienta y la amable; permanece de pie, inmóvil, con los ojos fijos en la catarata de la muerte, que atrae su barco y lanza, insaciable, sus cinco tentáculos hambrientos sobre la tierra y sobre el mar: «¡Lo que caiga en suerte —grita—, un vaso de agua fresca, una brisa suave en nuestras sienes, un cálido aliento de mujer y una idea; lo que caiga en suerte apresuraos a aprovecharlo, hijos!».

Toda mi vida me había esforzado en tensar mi espíritu hasta que crujiera, hasta que estuviera a punto de romperse, para crear una gran idea que pudiera dar un sentido nuevo a la vida, un sentido nuevo a la muerte, y que consolara a los hombres.

Y he aquí que ahora, con el tiempo, con la soledad, con el limonero en flor, la idea se había convertido en leyenda. Era una gran alegría, había llegado la hora, la oruguita se había convertido en mariposa.

Hacía años, un viejo rabino, Nahmán, me había enseñado cómo saber que había llegado el momento de abrir la boca y hablar, de coger la pluma y escribir. Era un hombre sencillo, risueño, santo; explicaba a sus discípulos cómo ser sencillos, risueños, y cómo santificarse; pero un día cayeron a sus pies:

—Buen rabino —le reprocharon—, ¿por qué no hablas tú como el rabino Zadik? ¿Por qué no expones grandes ideas, construyes grandes teorías, para que los hombres te escuchen extasiados, con la boca abierta? Sólo hablas con palabras sencillas, como las viejas abuelas, y cuentas historias.

El buen rabino sonrió; tardó un rato en responder; al fin abrió la boca:

—Un día —dijo— las ortigas preguntaron al rosal: «Señor rosal, ¿no vas a revelarnos el secreto de cómo haces las rosas?». Y el rosal respondió: «Hermanas ortigas, mi secreto es simple; durante todo el invierno trabajo la tierra con paciencia, con confianza, con amor, y sólo tengo una cosa en mente: la

rosa. Las lluvias me azotan, los vientos me deshojan, las nieves me cubren, pero yo sólo tengo en mente una cosa: la rosa. Este es mi secreto, hermanas ortigas».

—Maestro —dijeron los discípulos—, no lo comprendemos.

El rabino se echó a reír.

—Tampoco yo lo comprendo muy bien —dijo.

—¿Entonces, maestro?

—Me parece que quería decir más o menos esto: cuando tengo una idea la trabajo durante mucho tiempo, en silencio, con paciencia, con confianza, con amor, y cuando abro la boca, ¡qué misterio, hijos míos!, cuando abro la boca, la idea sale en forma de leyenda.

Volvió a reír.

—Nosotros, los hombres, lo llamamos leyenda —dijo—; el rosal lo llama rosa.

* * *

Nunca había mirado a mi padre con ternura; el miedo que me provocaba era tan grande que todo lo demás, amor, respeto, familiaridad, desaparecía. Su palabra era pesada, y más pesado aún era su silencio; rara vez hablaba, y cuando abría la boca, sus palabras eran medidas, bien calculadas, no podías encontrar argumentos para contradecirlas; siempre tenía razón y esto parecía hacerlo invulnerable. A menudo pensaba yo: ¡Ah, si no tuviera razón quizá me atrevería a contradecirlo!, pero él nunca me brindaba esa ocasión, y eso jamás podías perdonárselo. Era una encina de recio tronco, de hojas ásperas, de fruto amargo, sin ninguna flor; devoraba toda la energía de su alrededor y a su sombra, cualquier otro árbol se quedaba raquítico; yo también me quedaba raquítico a su sombra y no quería vivir bajo su aliento; ardientes rebeliones estallaban en mí cuando era joven, estaba dispuesto a lanzarme a peligrosas aventuras; pero pensaba en mi padre y mi corazón se amilanaba; esta es la razón por la que en vez de llegar a ser un gran luchador en el terreno de la acción, me había visto obligado, por miedo a mi

padre, a escribir lo que hubiera querido realizar en la práctica; mi sangre se había convertido en tinta.

* * *

Cuando tres días después regresé a la casita a la orilla del mar sentí un alivio inconfesable, impío; me sentía liberado de un peso, de una sombra; había sido cortada la cuerda misteriosa e invisible que me ataba a la sumisión y al temor; ahora podía decir, escribir y hacer lo que quisiera, ya no tenía que dar cuentas a nadie; el tutor se había ido, se había ocultado ese ojo que, como el sol, veía y no perdonaba, se había roto por fin el contrato de servidumbre; ahora era libre, estaba liberado.

Demasiado tarde, ya había tomado un camino; no lo había elegido yo, él me había elegido a mí, todos los demás caminos delante y detrás de mí estaban cortados, me había instalado en hábitos precisos, en afectos y aversiones determinadas, era muy tarde ya para dar un viraje brusco y cambiar el frente de batalla. El camino que había emprendido debía recorrerlo entero, llegar hasta al final; no había más; sin embargo, ahora tenía una gran ventaja; me había aligerado de peso y ya podía caminar cómodamente y como yo quisiera: cantando, riendo, deteniéndome, jugando; no me sentía avergonzado ante nadie, no temía a nadie. En toda mi vida sólo había temido a un único hombre, a mi padre. ¿A quién iba a temer ahora? Cuando era pequeño alzaba la vista, lo miraba y me parecía un gigante; a medida que iba creciendo, las cosas que me rodeaban, hombres, casas, árboles, se empequeñecían; únicamente él permanecía como lo veía cuando era niño, un gigante; se erguía ante mí como una torre y me tapaba el sol. En vano evitaba vivir en la casa paterna, en el antro del león; me rebelaba, viajaba, me lanzaba a difíciles peripecias intelectuales: entre la luz y yo siempre estaba su sombra; caminaba bajo un perpetuo eclipse de sol.

Hay en mí profundas tinieblas: mi padre; durante toda mi vida he luchado desesperadamente por transmutar estas tinieblas y hacerlas luz, un destello de luz, una lucha ardua, sin piedad, sin

tregua, si por un instante me hubiera cansado y hubiera abandonado la lucha habría estado perdido; y si alguna vez he resultado vencedor, ¡a costa de cuánta angustia y de cuántas heridas! No he nacido puro; intento llegar a serlo. La virtud en mi caso no es producto de mi naturaleza, es el fruto de mi lucha; no me la ha concedido Dios, me esfuerzo en conquistarla a golpe de espada; la flor de la virtud, en mi caso, es un montón de estiércol transustanciado.

Este combate nunca ha tenido fin; hasta ahora ni he sido completamente vencido ni he vencido del todo; sigo luchando permanentemente y a cada instante puedo perderme entero, puedo salvarme entero; todavía sigo cruzando el abismo por un puente de la anchura de un pelo.

* * *

Me desnudé, me lancé al mar, nadé; aquel día sentí el misterio del bautismo en toda su simplicidad inmortal, comprendí por qué tantas religiones consideran el agua y el baño —quiero decir, el bautismo— como condición indispensable de la iniciación del neófito antes de que comience su nueva vida. El frescor del agua penetra hasta la médula de los huesos, hasta el cerebro, y llega al alma. El alma ve el agua y como una joven gaviota, bate alegremente las alas, se lava, se regocija, se refresca, el agua sencilla, cotidiana, se transustancia, se convierte en agua de inmortalidad y rejuvenece al hombre. Y cuando el neófito sale del agua, le parece que el mundo ha cambiado. El mundo no ha cambiado, sigue siendo maravilloso y atroz; infame y lleno de bellezas, pero ahora, después del bautismo, han cambiado los ojos que lo ven.

Cuando salí del mar, se estaba poniendo el sol; los dos islotes enfrente de mí, entre el cielo y el mar, se habían puesto rosados, como si amaneciera; las olas suaves murmuraban tiernamente sobre los blancos guijarros, la vieja playa sonreía feliz toda ella. Pasó una barca de pesca, sus remos brillaban, y allí donde batían el agua y la herían, brotaba oro fundido; el pescador en su barca suspiró profundamente y en el silencio del crepúsculo su

suspiro resonó lleno de resentimiento amoroso y de reproche; debía ser joven y sin compañía; y la belleza del mar era tan inabarcable, que únicamente un «¡ah!» podía contenerla.

Ahora los islotes se habían tornado de color violeta y el mar se ensombrecía; los pájaros nocturnos sintieron la dulzura de la noche en sus párpados y abrieron los ojos, tenían hambre. Dos murciélagos revolotearon sobre mí con su gran hocico abierto de par en par, estaban cazando; antes eran ratones, esto no lo saben los sabios, lo sabe el pueblo; antes eran ratones, pero un día en la iglesia se comieron el cuerpo de Cristo, la Eucaristía, y les salieron alas. Contemplaba a la luz indecisa sus cuerpos de ratones y admiraba una vez más la secreta armonía del mundo; animales y hombres son regidos por las mismas simplicísimas leyes; la aventura del alma humana es semejante a la de su hermano el murciélago; ella también era un ratón, comió el cuerpo de Cristo, recibió a Dios en comunión, y le salieron alas.

No conozco un animal más repugnante que el ratón ni un volador más repugnante que el murciélago, y ninguna estructura formada de carne, de pelo y de hueso, más repugnante que el cuerpo humano. Pero ¡cómo todo este estiércol se transustancia y se vuelve divino cuando se planta en él la semilla del ala, Dios!

Volví a casa y durante toda la noche me consoló este pensamiento; al alba mi padre vino a mis sueños; su rostro resplandecía, inmóvil, lleno de dulzura. Estaba de pie ante mí, en medio de un prado verde, altísimo, diáfano, como si estuviera hecho de nubes; y mientras lo miraba y abría la boca, contento, para decirle la palabra afectuosa que jamás le había dicho mientras vivió, sopló una brisa ligera —¿era una brisa o mi propia respiración?— y la nube se movió, se rarificó y perdió la forma de hombre que tenía y se difuminó sobre la hierba, como escarcha.

Cuando desperté, entraba el sol y cubría mi cama, y, al incorporarme, vi por la ventana el mar, que reía y levantaba sus pequeños pechitos para que los acariciara el sol. Un regalo de Dios también aquel día; cada mañana el mundo recupera su virginidad, como si acabara de salir de las manos de Dios. No tiene memoria, crees, por eso su rostro no tiene arrugas, no

recuerda lo que hizo ayer y no le preocupa lo que hará mañana; vive el momento presente como si fuera la eternidad. Es el único que hay, detrás y delante de él, la Nada.

Me senté delante de la ventana para recibir el mar en todo el pecho, y me incliné sobre el papel en blanco; no era un papel en blanco, era un espejo y veía mi rostro; sabía que cualquier cosa que escribiera sería una confesión. Aquel era el instante decisivo del Juicio Final. Tu corazón está ante el Juez invisible y empieza a gritar sin pudor sus pecados: he robado, he matado, he mentado, he deseado a la mujer del prójimo, he creado una multitud de dioses, los he adorado, los he destruido, he creado otros. He tenido la osadía de superar al hombre, de hacer lo que tú no has podido o no has querido hacer. Me he conjurado con todas las fuerzas tenebrosas o luminosas que tenía a mi disposición para derribarte de tu trono y sentarme yo en tu lugar, y establecer un nuevo orden en el mundo —menos injusticia y menos hambre, una virtud con un lenguaje más dulce, un amor más combativo—.

Sentía mi corazón gritar en mí, tenía muchos reproches que hacer a Dios, no estaba de acuerdo con él, había llegado la hora de hacer un informe y exponerle de una vez por todas sin ambages su indignación y su pena. Los años pasaban, yo pasaba con ellos, la tierra no debía sellarme la boca antes de tener tiempo de hablar. Todo hombre tiene un Grito que lanzar al aire antes de morir, su Grito; hemos de apresurarnos, pues, para que nos dé tiempo. Este Grito puede disiparse, sin resultado, en el aire, puede que no haya ni en la tierra ni en el cielo un oído que lo escuche; no importa; tú no eres un cordero, eres un hombre, y hombre quiere decir algo que no se siente cómodamente instalado y grita. ¡Grita, pues!

No te achantes —me decía a mí mismo—, no creas que porque eres un animal efímero no puedes intervenir en el gobierno del mundo. ¡Pobre de ti si conocieras tu poder!; habrías sobrepasado ya los límites de lo humano.

* * *

Llegó el verano y me encontró luchando aún e intentando domar aquellos caballos salvajes, las palabras. Miles, millones de años han pasado desde las primeras auroras del hombre y sin embargo, el arte de seducir lo invisible permanece siempre el mismo, y las reglas de la caza no han cambiado; seguimos utilizando aún los mismos artificios, las mismas plegarias interesadas, suplicamos, amenazamos, asediamos al Invisible con las mismas tretas burdas. Porque el alma, oprimida como está por el cuerpo, no puede desplegar libres sus alas, sino que se ve obligada a seguir a pie los senderos de la carne.

Los primeros hombres en las cavernas se esforzaban por pintar el animal que ansiaban capturar porque tenían hambre; no tenían la menor intención de crear arte y belleza gratuita; la silueta del animal que dibujaban o grababan en la roca era para ellos un sortílego mágico, una trampa misteriosa que atraería a la fiera a entrar en la cueva, donde podrían capturarla; por eso era absolutamente necesario que el dibujo fuera lo más fiel posible, para que el animal acosado fuera más fácil de engañar. Del mismo modo, yo tendía con toda la astucia que podía las trampas de las palabras para atrapar el Grito inasible que corría delante de mí.

De pronto, sin ruido, se derribó el muro medianero entre la búsqueda y la angustia y, como los salvajes, que, cuando encuentran el nombre del dios o del demonio que los martiriza, pueden ponerle riendas, montarlo y espolearlo para que los lleve donde quieren ir, así también yo, al dar un nombre a mi héroe, sentí que su fuerza me traspasaba, como traspasa al jinete la fuerza de su caballo y toma impulso.

Todo se desplegó ante mis ojos: sombras vacías que ansiaban que les diera mi sangre para crear un cuerpo, viajes y peripecias del héroe, guerras, matanzas, incendios, amores, encuentros místicos con grandes almas, y, por fin, al final de la marcha, una barca estrecha y alargada como un féretro, y en ella, dos viejos remeros, dos solterones, mi héroe y Caronte... Y las olas del mar cretense que se henchían y cabalgaban una sobre otra y tropezaban, y se reían a carcajadas al sol, y corrían en tropel y se rompían contra los guijarros de la playa, murmurando, se

convertían en versos de diecisiete sílabas y mi cerebro tostado por el sol las recibía y reía como una costa cretense.

Pasaban los días, las semanas, yo tenía prisa por que amaneciera para inclinarme otra vez sobre el papel en blanco y ver qué haría ese día mi héroe, dónde iría, cómo combatiría las fuerzas luminosas y sombrías que soplaban del cielo y del mar e hinchaban su vela; ni yo mismo sabía qué iba a suceder; esperaba saberlo desplegando de mi interior el mito. Escribía sin un plan preconcebido. No me gobernaban las fuerzas que residían en mi cabeza, sino las que estaban en torno a mis riñones; ellas dirigían mi mano y obligaban a mi mente a continuar, a poner orden.

Jamás he vivido tan identificado con el alivio mudo y la angustia del gusano de seda que, cuando todas las hojas de morera que ha comido se transustancian en su interior y se convierten en seda, empieza la creación; meneas la cabeza a derecha e izquierda y retorciéndose, se arranca las entrañas, saca hilo a hilo la seda y con paciencia y misteriosa sabiduría teje su ataúd, blanco, dorado, todo él esencia preciosa.

Que todo el gusano se convierta en seda, que toda la carne se convierta en espíritu, creo que no hay angustia más dulce ni deber más perentorio. Y tampoco hay una obra más acorde con las leyes que imperan en el taller de Dios.

[54](#) Según la cronología de Prevelakis, la escaleta de la novela fue preparada en agosto de 1941, abandonada a continuación, y vuelta a tomar en 1943, para ser terminada en menos de un mes.

XXXI

La mirada cretense

Mientras se crea, se sienten las molestias de la mujer que alimenta un hijo en sus entrañas. No podía ver a nadie, el más mínimo ruido alteraba todo mi cuerpo, como si Apolo me hubiera desollado y mis nervios desnudos fueran heridos por el contacto del aire.

Los versos de diecisiete sílabas rodaban uno tras otro, tumultuosos, marinos y se extendían por el papel. Yo vivía, inmóvil, las hazañas y los sufrimientos de Odiseo, él había zarpado para el gran viaje sin retorno, su pequeña isla, su mujer, insignificante y su buen hijo, lleno de buenas intenciones, le venían estrechos; había decidido marcharse, había pasado por Esparta, se había llevado a Helena, que también se asfixiaba en su vida apacible, había desembarcado en Creta, se había mezclado con los bárbaros, había incendiado el palacio derruido, se ahogaba; también le venía estrecha la gran isla real, y había puesto de nuevo proa hacia el sur. Yo había subido a su barco, viajaba con él, como su mascarón de proa; mi mente se había convertido en un globo terráqueo redondo, y marcaba con tinta roja los puertos que tocábamos y los que aún nos quedaban por ver hasta los confines de la tierra. Yo lo sabía todo, todo, lo veía todo y guaiaba, el terrible itinerario resplandecía en mí perfectamente diáfano; pero ¡qué combate para conseguir que la visión se encerrara entera en palabras y no se vertiera fuera ni una gota de ella!

El creador lucha con una sustancia dura, invisible, superior a él; y el mayor vencedor sale vencido; porque siempre nuestro secreto más profundo, el único que merecía ser contado, queda sin ser expuesto. No se somete jamás al marco material del arte; nos ahogamos en cada palabra: vemos un árbol en flor, un

héroe, una mujer, un lucero del alba y gritamos: «¡oh!», y en ninguna otra cosa puede caber toda nuestra alegría. Cuando, analizando este «¡oh!», queremos convertirlo en pensamiento y en arte, trasladarlo a los hombres y salvarlo de nuestro propio deterioro, ¡cómo se envilece en palabras impúdicas, teñidas, llenas de aire y de fantasía!

Y sin embargo, pobres de nosotros, no tenemos otro medio de comunicar a los hombres este «¡oh!», lo único inmortal que hay en nosotros. ¡Las palabras! ¡Las palabras! ¡Ay! no existe para mí otra salvación. Sólo tengo en mi poder veinticuatro soldaditos de plomo, las veinticuatro letras del alfabeto, las llamaré a filas, movilizaré un ejército, lucharé contra la muerte.

Sé bien que no se vence a la muerte; pero lo que dignifica al hombre no es la victoria, sino la lucha por la victoria. Y sé además otra cosa, lo que es más difícil: lo que dignifica al hombre ni siquiera es la lucha por la victoria, es esto, sin más: vivir y morir valientemente, sin aceptar ninguna recompensa. Y otra cosa más, la tercera, más difícil aún: que no te hiele la sangre la certeza de que no existe recompensa, sino que tal certeza te llene de alegría, de orgullo y de valentía.

A medida que escribía veía, sin quererlo, intentando incluso evitarlo, que dos palabras acudían una y otra vez a mí y que no querían irse: la palabra Dios y la palabra Subida. ¿Qué es Dios? —¿La suprema Quimera, la suprema Esperanza, la suprema Certeza o la suprema Incertidumbre?—. Durante años he luchado sin poder tomar una decisión definitiva sobre qué respuesta dar a esta pregunta trágica; la respuesta variaba en mí, dependiendo del valor, la confianza o el desaliento que sentía mi alma al pensar en Dios. Nunca estaba firmemente seguro de a cuál de estas tres sirenas —Quimera, Esperanza, Certeza— debía presentarme y entregarle mi alma. El Canto de las tres me hechizaba por igual y mientras lo oía no deseaba ir a perderme más allá.

Sin embargo, durante toda mi vida he estado seguro de una cosa: que sólo un camino, sólo uno, lleva a Dios: el ascendente. Nunca la cuesta abajo ni el camino llano; sólo el ascendente. Muchas veces he dudado; no he podido ver claramente qué

sentido tenía esta palabra manoseada, manchada por los hombres, la palabra Dios; pero nunca he dudado sobre el camino que conduce a Dios —quiero decir, a la más alta cima del anhelo del hombre—.

Y además esto: hay tres criaturas de Dios que siempre me han hechizado y con las cuales he sentido una misteriosa unidad; se me presentaban siempre como símbolos que expresaban la trayectoria de mi alma: la oruga que se convierte en mariposa, el pez volador que salta fuera del agua esforzándose por superar su naturaleza y el gusano de seda que convierte en seda sus propias entrañas. ¡Qué indecible alegría sentí cuando vi por primera vez en las balanzas de oro encontradas en las tumbas micénicas una oruga grabada en uno de los platillos, y en el otro, una mariposa; sin duda símbolos tomados de Creta! El anhelo de la oruga de convertirse en mariposa ha sido siempre para mí el deber más imperioso de la oruga y del hombre, y al mismo tiempo el más legítimo. El que Dios te cree oruga y tú por medio de tu lucha te conviertas en mariposa.

La misma alegría y la misma emoción había sentido cuando vi en los frescos de Cnosós al pez volador desplegar sus alas y volar sobre el mar. Me había sentido entonces identificado con los antepasados más antiguos; seguía fielmente sus huellas después de miles de años y también yo transformaba la tierra de Creta en alas.

Una vez vi en una isla griega —¿lo vi o soñé que lo vi?—, en una pequeña iglesia de campo, un icono de la Virgen al que los fieles habían puesto un marco de espinas y sobre ellas habían esparcido huevos de gusanos de seda; los huevos se habían abierto, los pequeños gusanos habían salido milagrosamente, y todos los días se los alimentaba con hojas de morera. El día que vi el icono los gusanos de seda habían terminado su deber, habían transustanciado las hojas de morera y las habían convertido en seda, y la Virgen estaba enmarcada por capullos blanquísimos. ¡Ah, si pudiera quedarme junto a ella hasta la primavera —pensé— para ver abrirse los capullos y a la Madre de Dios rodeada de mariposas blancas, aterciopeladas, las

almas, como el pueblo las llama, con sus diminutos ojos brillantes...

Un fiel cristiano me diría: «Lo que viste no era un sueño, no eran gusanos de seda; éramos nosotros, los hombres. Cuando hayamos culminado nuestro deber sobre la tierra, entraremos en la tumba y saldremos de ella como almas y volaremos eternamente alrededor de la Madre de Dios. Dios nos ha dado ojos y vemos, nos ha enviado el gusano para mostrarnos el camino; nuestro corazón se turba un instante al ver estos símbolos sagrados, proféticos, pero no nos atrevemos a ir más allá: a creer y convertir la esperanza en certidumbre».

* * *

Aquel día el mundo resplandecía y humeaba; durante la noche había estallado una fuerte tormenta y la tierra reseca había recibido las aguas del cielo y se había refrescado; por la mañana, cuando me asomé a la ventana, el cielo, recién lavado, refulgía, blanquísimo, por la hoguera del sol, y la tierra y el mar exhalaban sus aromas. Como un trozo de tierra más, mi pecho también se había refrescado y había recibido toda la tormenta nocturna, como el campo reseco; sentía tanta alegría aquel día, que no podía inclinarme sobre el papel y transformar el mundo en versos de diecisiete sílabas; abrí la puerta y salí.

Era el mes de agosto, el más generoso y amado, robusto señor, con los brazos cargados de frutos dulcísimos, que se pasea por los huertos y las viñas, embadurnado con las heces del vino, con su doble papada, su triple vientre, con la cola tiesa, como un sátiro sagrado, ¡grande es su gracia!, que ríe y vendimia eternamente su viña, Grecia.

Estos son nuestros dioses patrios, nuestros verdaderos dioses, los inmortales. ¿Cómo bajo semejante luz, ante semejante mar y en medio de tales montañas, han podido nacer y prosperar otros dioses sin vientre, sin alegría, sin pámpanos en las sienes? ¿Y cómo los hijos y las hijas de Grecia han podido creer en un Paraíso distinto de este paraíso en la tierra?

Me había adentrado en las viñas; las muchachas vendimiaban con el rostro bien envuelto en pañoletas blancas, para que no les quemara el sol; levantaban la cabeza a tu paso y no podías ver más que dos grandes ojos negríssimos que brillaban al sol, llenos de hombres.

Había dejado a mi cuerpo tomar el camino que quisiera y me sentía contento de no ser yo quien guiaba, sino él quien me llevaba; tenía confianza. En la luz de Grecia el cuerpo no es una materia bruta ciega, un alma inmensa lo atraviesa y lo hace fosforecer y, si se le deja libre, es capaz de decidir por sí solo y encontrar el camino acertado sin la intervención de la mente. Y el alma, por su parte, no es un espíritu invisible, aire; ella también ha recibido algo de la seguridad y del calor del cuerpo y disfruta del mundo con una fruición que se diría carnal, como si tuviera boca, fosas nasales y manos para acariciarlo. Muy a menudo el hombre no resiste conservar íntegra su humanidad; se mutila: quiere librarse, ya sea de su alma, ya de su cuerpo; le resulta muy duro disfrutar de los dos a la vez; pero aquí, en Grecia, estos dos alegres y eternos elementos pueden fundirse, el alma puede tomar parte del cuerpo y el cuerpo del alma, y reconciliarse. Y así el hombre, en esta tierra divina de Grecia, puede vivir y caminar íntegro.

Había una fuente en el camino; me detuve; un jarrillo de bronce colgaba de una cadenita, tenía sed; el agua me refrescó hasta los talones, y mis huesos crujióron. Me senté un instante bajo un olivo, las cigarras que cantaban con el vientre pegado al tronco del árbol callaron; se habían asustado al ver la cigarra gigante. Dos campesinos pasaron con sus borricos cargados de uvas; se llevaron la mano al pecho y me saludaron: «¡Larga vida!». De sus barbas colgaban rabillos de racimos y todo el camino olía a mosto. Frente a mí veía asomar, por encima de la tapia encalada, cruces y cipreses: era el apacible campo donde dormían los muertos; allí reposaba mi padre; corté una hoja de olivo, me la llevé a los dientes, la mordí, y mi boca se llenó de amargor.

Abandoné la sombra del olivo, aligeré el paso, tomé de nuevo el camino; entonces vi adónde me llevaba mi cuerpo: hacia los

antiguos antepasados, hacia los ojos grandes y almendrados, los labios carnosos y sensuales, el talle de avispa, que jugaban desde hacía miles de años con el dios de gran poder, el toro.

Creo que el hombre no puede sentir un terror religioso más legítimo y más profundo que el que siente cuando pisa la tierra donde reposan sus antepasados, sus raíces. Tus propios pies echan raíces que bajan a la tierra y buscan a tientas para mezclarse con las grandes raíces inmortales de los muertos; y el olor acre a tierra y a camomila colma tus entrañas de libre sumisión a las leyes eternas y de paz. O bien, si el dulce fruto de la muerte no ha madurado aún en ti, te exasperas, te rebelas, no aceptas verte privado tan pronto de la luz, de los grandes tormentos de la vida y de la lucha; entonces caminas a grandes zancadas sobre esta tierra que está hecha de la médula y de los huesos de tus antepasados, deprisa, muy deprisa, antes de que tus pies echen raíces, y saltas de nuevo fuera, a la santa palestra, a la luz.

Singularmente rica y difícil de explicar era la emoción entremezclada de vida y de muerte que sentía al caminar por la antigua tierra de Cnosós. No eran tristeza y muerte, ni tampoco serenidad, sino severas órdenes, lo que brotaba de los labios ya deshechos, y sentía que los muertos se colgaban, arracimados, de mis pies, no para arrastrarme a sus húmedas tinieblas, sino para agarrarse a mí con la intención de subir conmigo a la luz y reanudar la lucha. Y una alegría y una sed insaciable también, los toros vivos que mugían en los prados del mundo de arriba, y el perfume de la hierba y el olor salado del mar. Todo esto traspasaba la corteza de la tierra y no dejaba a los muertos morir.

Contemplaba las tauromaquias pintadas en los muros, la flexibilidad y la gracia de la mujer, la fuerza infalible del hombre, cómo se enfrentaban con mirada carente de miedo al Toro enfurecido y jugaban con él; no lo mataban por amor, como en las religiones orientales, para mezclarse con él, o porque los dominara el miedo y no se atrevieran a mirarlo, sino que jugaban con él con obstinación, con respeto, sin odio: puede que hasta con reconocimiento; porque esta lucha sagrada con el Toro aguzaba la fuerza del cretense, cultivaba la agilidad y la

elegancia de su cuerpo, la precisión ardiente y contenida de su movimiento, el temple y la valentía, difícil de adquirir, para medirse con la fuerza espantosa del Toro sin dejarse dominar por el pánico. Así fue como los cretenses transmutaron el terror y lo convirtieron en un juego sublime en el que la virtud del hombre, en contacto directo con la omnipotencia irracional, se fortalecía y triunfaba. Vencía al Toro sin aniquilarlo, porque no lo consideraba un enemigo sino un colaborador; sin él el cuerpo no habría llegado a ser tan ágil y tan poderoso, ni el alma tan noble.

Seguramente para ser capaz de presenciar y participar en un juego tan peligroso se necesita un gran entrenamiento físico y espiritual; pero una vez que se está entrenado y se le ha cogido el aire al juego, cada uno de los movimientos resulta sencillo, seguro y cómodo y los ojos contemplan sin miedo el horror.

Así era, pensaba yo, contemplando, descrita en los muros, la eterna lucha del hombre con el toro, al que hoy llamamos Dios, así era la *Mirada Cretense*.

Y de repente una respuesta llenó mi mente —y no sólo mi mente, también mi corazón y mis riñones—. Esto era lo que buscaba, esto era lo que quería, esta *Mirada Cretense* era la que tenía que poner en los ojos de mi Odiseo. Nuestra época es feroz; el Toro, las fuerzas tenebrosas subterráneas se han desatado, la corteza de la tierra se resquebraja; cortesía, armonía, equilibrio, dulzura de vivir, felicidad, todo esto son virtudes y dones de los que hemos de tener el valor de despedirnos; pertenecen a otras épocas pasadas o futuras. Cada época tiene su propio rostro; el rostro de nuestra época es feroz; las almas frágiles no se atreven a mirarlo de frente.

Con esta mirada tenía que mirar el abismo el Odiseo que navegaba sobre los versos de diecisiete sílabas que yo escribía: sin esperanza y sin miedo, pero también sin desvergüenza; de pie, al borde del precipicio.

Desde aquel día —día de la *Mirada Cretense*, así lo llamé— mi vida cambió, mi alma comprendió dónde situarse y cómo mirar; también los terribles problemas que me atormentaban se calmaron, sonrieron, era como si hubiera llegado la primavera, y con ella, aquellos terribles problemas se cubrieran de flores, lo

mismo que las plantas espinosas. Una juventud tardía, inesperada. Como el antiguo sabio chino, yo también había nacido viejo decrépito, con una barba completamente blanca, y a medida que pasaban los años la barba se ponía gris, luego, poco a poco, negra, y después se caía, y en plena vejez, se extendía por mis mejillas un vello suave de adolescente.

Mi juventud había estado llena de angustias, pesadillas e interrogantes; mi edad adulta, llena de respuestas incompletas; miraba las estrellas, los hombres, las ideas, ¡qué caos! ¡Y qué angustia perseguir entre ellos a Dios, el pájaro azul de garras rojas! Emprendía un camino, llegaba hasta el final y me encontraba un abismo; me daba la vuelta, aterrado, tomaba otro camino, y al final de él, otra vez el abismo; huía de nuevo, iniciaba una nueva andadura, y bruscamente se abría ante mí el mismo abismo. Todos los caminos de la mente llevaban al abismo: terror y esperanza, he aquí los dos polos entre los que habían girado en el vacío mi juventud y mi vida madura. Pero ahora, en la vejez, permanecía de pie ante el abismo, sereno, sin miedo, ya no huía, ya no me sentía anonadado. O mejor dicho, no yo, sino el Odiseo que estaba creando; lo creaba para que afrontara con serenidad el abismo y, al crearlo, buscaba parecerme a él, me creaba a mí mismo. En este Odiseo depositaba todos mis anhelos; era el molde que yo forjaba para que el hombre futuro se vertiera en él. Todo lo que yo había deseado realizar sin conseguirlo lo lograría él; él era el sortilegio que conjuraba las fuerzas tenebrosas y luminosas que crean el futuro. Piensa en lo bueno y lo bueno llegará. ¿Quién llegará?, el Odiseo creado. Él era el Arquetipo; la responsabilidad del creador es grande; abre un camino que puede seducir al futuro y forzar su decisión.

Contemplaba el mar cretense, las olas que se erguían como torres orgullosas, brillaban un momento al sol y corrían a expirar, cacareando, sobre los guijarros de la playa; sentía que mi sangre seguía su ritmo, salía de mi corazón y se ramificaba hasta las yemas de mis dedos y hasta la raíz de mis cabellos, y yo me convertía en un mar abierto y en un viaje interminable, y en peripecias lejanas y en una canción altiva y desesperada que

bogaba sobre el abismo con velas negras y rojas. Y en lo alto de la canción, un gorro marinero, y bajo el gorro, una frente ruda, curtida por el sol y dos ojos negros y unos labios escarchados de salitre, y más abajo, dos manazas encallecidas que sostenían el timón.

No cabía, no cabíamos ya en la patria, demasiado estrecha, habíamos elegido las almas más insumisas de la isla, habíamos cogido de nuestras casas todo lo que habíamos podido, habíamos subido a un barco y habíamos partido. ¿Hacia dónde? Soplaría el viento y nos mostraría el camino. ¡Hacia el sur! Hacia Helena, que se marchitaba en las riberas del Eurotas y se ahogaba también ella en la seguridad, en la virtud y en el bienestar. Hacia la gran soberana Creta, que se ajaba, porque sus señores ya no tenían fuertes riñones y levantaban los brazos en medio del mar y llamaban a los bárbaros para tener hijos con ellos. Hacia África, hacia los confines de la tierra, hacia las nieves eternas, ¡hacia la muerte!

Al principio el pájaro azul de garras rojas iba delante de nosotros, pero pronto se cansó, lo dejamos atrás y quedamos sin guía que marcara la ruta, en medio del aire vacío, libres. De vez en cuando grandes almas inmortales se enganchaban en las jarcias de nuestro barco y cantaban para hechizarnos, pero nosotros nos reíamos a carcajadas, las asustábamos y se iban; a veces oíamos surgir del fondo del mar un grito espantoso: «¡Deteneos! ¿Adónde vais? ¡Es suficiente!». Y nosotros nos asomábamos por la borda y le gritábamos: «¡No es suficiente, no es suficiente! ¡Cállate!». Una tarde vino y se ovilló en la proa alguien vestido como nosotros, con pieles de zorro, con un gorro azul puntiagudo con un borlón rojo, con barba blanca, con el rostro, el pecho, los brazos, los muslos llenos de cicatrices, y nos sonrió con ternura: la Muerte; comprendimos; nos estábamos aproximando ya al final de nuestro viaje.

Estábamos tendidos boca arriba en la cubierta del barco, habíamos cerrado los ojos y habíamos visto: más arriba de las tierras y de los mares que habíamos atravesado, de los hombres con los que nos habíamos encontrado, de las mujeres que habíamos besado, más arriba de la tierra, del agua, del fuego y

de la carne, había otro viaje y el barco era de nubes, y las tierras, los mares y los hombres eran hilos de seda que habían salido de nuestras entrañas... Y aún más arriba, en un nivel más alto, nuestro barco de nubes se había dispersado, nuestros hilos de seda se habían diluido, los espectros del mundo se habían desvanecido y en el nivel más alto sólo quedaba un sol, más negro que la propia negrura, mudo, ciego, inmóvil: «Debe ser Dios, quién sabe —nos habíamos dicho—, debe ser Dios...». Y habíamos intentado levantar los brazos para saludarlo, pero no habíamos podido.

* * *

Mientras en una playa de Creta escribía esta *Odisea*, las potencias infernales preparaban la Segunda Gran Guerra, un viento de locura soplaba sobre el género humano, los cimientos de la tierra crujían y yo, inclinado, escuchaba el rumor que hacían las olas y los hombres y las fuerzas de bajo tierra, contenía mi alma apretando los dientes para que el pánico no me dominara y me esforzaba en adivinar y en seducir con palabras idóneas, más allá de las masacres y de las lágrimas, más allá del mono actual, al hombre. Todavía era un espectro en el aire, pero yo, así inclinado como estaba, escribiendo, sentía que le transfundía mi sangre, que yo me vaciaba y él se llenaba, y que su cuerpo empezaba a afirmarse poco a poco, a moverse y a acercarse.

Había entrado en un sueño profundo, el nivel más bajo de la verdad, el nivel más sólido que se apoya todo él en la tierra, había desaparecido y flameaba sobre el aire como una llama avivada por un fuerte viento, el nivel más elevado de la verdad, el alma del hombre.

Trabajaba todo el día, dormía toda la noche; nunca en mi vida he podido trabajar de noche; soy como un reloj de sol, *sine sole sileo*, —«sin sol, guardo silencio»—. La noche, con las ensoñaciones, el silencio y las puertas tenebrosas que abre en mí, me preparaba el trabajo del día siguiente.

El tiempo es para mí el mayor bien que existe. Cuando veo a los hombres pasearse, vagabundear o malgastar el tiempo en discusiones vanas, me entran ganas de bajar a la calle y tender la mano como un mendigo: «Tened piedad, cristianos —les suplicaría—, dadme un poco del tiempo que perdéis, una hora, dos horas, lo que queráis...».

* * *

El día declinaba ya; crucé los brazos, apoyé la cabeza en la pared, mire al sol que se ponía, no sentía alegría ni tristeza ni cansancio, sólo alivio, como si mis entrañas se hubieran vaciado, como si mi sangre se hubiera derramado, como si yo fuera la envoltura dura y diáfana que la cigarra abandona en el tronco de un olivo cuando se desprende de ella. Una barquita con una vela roja regresaba de la pesca; podía ver sobre cubierta los pescados que brillaban. Un islote frente a mí se había cubierto de violetas; y en la cima del monte brillaba completamente blanca, como un huevo, la pequeña iglesia de Cristo Crucificado; la luz se había agarrado a sus muros y no quería irse.

Se oyó un ruido de guijarros a mi derecha; alguien caminaba deprisa sobre la arena de la playa y se acercaba. Me volví; en el crepúsculo violáceo brilló un gorro puntiagudo y en el aire se expandió un olor agrio a sudor humano. Me aparté un poco en el banco de piedra donde estaba sentado para hacerle sitio y que se sentara a mi lado.

—Bienvenido —le dije—, te esperaba.

Se agachó, cogió del suelo un alga que el mar había arrojado y se la pasó por los labios.

—Aquí estoy —dijo—, me alegro de verte.

La noche azul, aterciopelada, bajaba del cielo, subía del mar y detrás de nosotros, en tierra, los pájaros nocturnos aleteaban en los olivos, y en el oscuro silencio resonaron, inmortales, los dos grandes gritos del amor y del hambre; y los diminutos bichitos, escondidos entre los matorrales, tenían también hambre y necesidad de amor y un gran llanto de duelo se elevó de la tierra.

Nosotros callábamos; los dos escuchábamos nuestros corazones latir sin parar; se diría que todos aquellos anhelos ocultos de la noche, todos aquellos gritos desacompañados, al pasar por el fondo de nosotros se convertían en armonía.

Era una alegría y una dulzura tan grandes que de pronto las lágrimas empezaron a correr de mis ojos; y antiguas palabras, misteriosas, subieron del fondo de mi ser y echaron a andar en mis labios:

Hijos míos, el nacimiento y la muerte uno son;
Uno también el dolor y la dulzura del corazón;
Uno el «me voy lejos y el vengo»; uno
¡El hola y el adiós!

Me volví hacia mi derecha, hacia mi silencioso compañero.

—Capitán Odiseo —le dije—, ¿zarpamos?, ¿hemos llegado? El tiempo, me parece, se ha detenido como si se hubiera convertido en eternidad, y el espacio se ha enrollado en mi puño, como un viejo pergamino pintado con imágenes de tierras y mares; y la liberación —eso que llamábamos liberación y, desesperados, tendíamos las manos al cielo para alcanzarla— se ha convertido en una ramita de albahaca en mi oreja... ¿No hueles su aroma en el aire?

Mi compañero suspiró hondo y sonrió:

—Tú te has liberado de la liberación —dijo, y su voz era áspera, enronquecida por los vientos del mar—, te has liberado de la liberación, y esta es la más sublime hazaña del hombre; tu milicia en la esperanza y en el miedo ha terminado; te has asomado al abismo y has visto la imagen del mundo invertida y no has sentido miedo. Nos hemos asomado juntos al abismo, querido compañero, y no hemos sentido miedo. ¿Recuerdas?

Saltó a mi mente el terrible viaje, el mar bramó de una a otra de mis sienes, mi memoria se expandió y vi —volví a ver y a sentirme contento de nuevo— cómo nos habíamos separado del hijo, de la mujer, del bienestar y de la patria, cómo habíamos dejado tras nosotros la virtud y la verdad, cómo habíamos pasado por el Escila y el Caribdis de Dios sin que nuestro barco

los rozara y con las velas desplegadas, habíamos salido a alta mar y valientemente habíamos puesto rumbo hacia el abismo.

—La travesía ha sido buena —dije, y toqué emocionado la rodilla de mi compañero—, ahora hemos llegado.

—¿Hemos llegado? —dijo él, sorprendido—. ¿Qué quiere decir hemos llegado?

—Lo sé; quiere decir: «Ahora nos ponemos en camino».

—Sí, ahora nos ponemos en camino, sin barco, sin mar, sin cuerpo.

—Libres.

—Liberados de la libertad; más allá.

—¿Más allá? ¿Dónde? Mi mente no puede abarcarlo.

—Más allá de la libertad, compañero. ¡Ánimo!

—Tengo miedo de seguirte: mis fuerzas llegan hasta aquí; más allá no puedo.

—No importa, padre; has cumplido tu deber; has engendrado un hijo más grande que tú; detén aquí la boya; yo iré más lejos.

Se levantó, se ajustó la faja, miró a lo lejos en la oscuridad; una estrella rodó por la mejilla de la noche, como una lágrima; y de la tierra se levantó viento, y las olas relincharon en medio del silencio, como caballos que se han despertado. Me tendió la mano.

—¿Te vas? —grité, como si se fuera mi alma.

Se inclinó, besó mi hombro derecho, mi hombro izquierdo, y luego mis dos ojos; sus labios me llenaron de sal. Sonrió; su voz se oyó tierna, retozona:

—¿Quién era el asceta que durante cuarenta años había buscado a Dios sin poder encontrarlo? Una cosa sombría se interponía entre ellos dos y se lo impedía; y una mañana lo comprendió: era una vieja piel que amaba mucho y de la que no podía separarse, la tiró y de repente vio ante él a Dios. Tú eres mi vieja piel, querido compañero. ¡Adiós!

Me asusté, sus últimas palabras me habían parecido venir de muy lejos, de la otra orilla; me levanté de un salto, busqué a tientas en la oscuridad, nadie.

Epílogo

A buelo querido, beso tu mano, beso tu hombro derecho, beso tu hombro izquierdo; mi confesión ha terminado, ahora dicta tu veredicto. No te he hablado de los detalles de mi vida cotidiana, cáscaras vacías que tú arrojaste a la basura del abismo, y también yo las he arrojado. Pequeñas y grandes amarguras, pequeñas y grandes alegrías; a veces, heridas de la vida, a veces, sus caricias, sucesos habituales de cada día, todo esto nos ha abandonado, nosotros lo hemos abandonado también; no vale la pena mirar atrás para sacarlos del abismo. El mundo no pierde nada si las almas que he conocido quedan en el olvido. Mi trato con los hombres de mi tiempo no ha tenido gran influencia en mi vida; no he amado a muchos, sea porque no los he comprendido, o porque no los he valorado, o quizá porque no he tenido la suerte de conocer a muchos que valiera la pena amar. Sin embargo no he odiado a nadie, aunque haya hecho daño a algunos sin quererlo. Me había lanzado a liberarlos de la mediocridad y de la rutina, los empujé sin calcular sus fuerzas, eran gorriones y quise convertirlos en águilas, se destrozaron. Sólo los muertos inmortales, las grandes Sirenas, Cristo, Buda, Lenin, me han hechizado y desde niño me he sentado a sus pies y he escuchado su canción engañosa, llena de amor; y durante toda mi vida he luchado por liberarme de todas estas Sirenas sin renegar de ninguna de ellas, sino al contrario, tratando de unir estas tres voces desacordes y convertirlas en armonía.

He amado a algunas mujeres, he sido afortunado en esto, he encontrado en mi camino mujeres extraordinarias, nunca los hombres me han ayudado tanto en mi combate ni me han hecho tanto bien como estas mujeres. Y sobre todas, una, la última. Pero cubro el cuerpo enamorado con el velo con que los hijos de

Noé cubrieron el cuerpo de su padre ebrio. Me ha gustado, seguro que a ti te gustaba también, abuelo, el mito de nuestros antepasados sobre Eros y Psique. Es una gran impudicia, un gran peligro encender la luz, ahuyentar la oscuridad y ver estos dos cuerpos que se abrazan. Lo sabías tú, que ocultaste en la oscuridad divina del amor a tu amada compañera, Jerónima de las Cuevas; lo mismo he hecho yo con mi Jerónima. Compañera valiente de lucha, fuente fresca en nuestro inhumano desierto, gran consuelo. Pobreza, miseria—tienen razón los cretenses al decirlo—, pobreza, miseria no son nada, basta con tener una buena esposa; nosotros dos hemos tenido una buena esposa, la tuya se llamaba Jerónima, la mía, Eleni. ¡Qué suerte la nuestra, abuelo! ¡Cuántas veces al mirarlas nos hemos dicho para nuestros adentros!: «¡Bendita la hora en que nací!».

Pero las mujeres, ni siquiera las más amadas, no nos han desviado de nuestro camino; no hemos seguido nosotros el suyo, lleno de flores, las hemos llevado con nosotros, o mejor dicho, no las hemos llevado, ellas por propia voluntad, compañeras valientes, nos han acompañado en nuestra ascensión.

Los dos hemos perseguido una sola cosa durante toda nuestra vida, una visión atroz, sanguinaria, indestructible: la sustancia. ¡Por ella, cuántos vasos de amargura nos han hecho beber los dioses y los hombres, cuántas lágrimas, cuánto sudor, cuánta sangre hemos derramado! Durante toda nuestra vida, un demonio —¿un demonio o un ángel?— no nos ha dejado tranquilos, se agachaba, se pegaba a nosotros y nos susurraba al oído: «¡En vano! ¡En vano! ¡En vano!».

Creía que iba a helarnos la sangre, pero nosotros sacudíamos la cabeza, lo echábamos y apretábamos los dientes: «¡Esto es lo que queremos! —le respondíamos—, ¡no trabajamos por una paga, no queremos un salario, luchamos más allá de la esperanza, más allá del Paraíso, en el aire vacío!».

Esta sustancia ha tomado muchos nombres; a medida que la perseguíamos cambiaba de máscara —ora la llamábamos suprema esperanza, ora suprema desesperación, ora cumbre del alma del hombre, ora espejismo del desierto, pájaro azul y libertad—. Y finalmente, a veces, se nos presentaba como un

círculo perfecto cuyo centro era el corazón del hombre y la circunferencia, la inmortalidad, y nosotros le dábamos un nombre de peso, cargado con todas las esperanzas y las lágrimas de la tierra: Dios.

Todo hombre cabal tiene en su interior, en el corazón de su corazón, un centro secreto alrededor del cual giran todas las cosas; este torbellino secreto da unidad a nuestro pensamiento y a nuestra acción y nos ayuda a descubrir o a inventar la armonía del mundo. Unos tienen el amor, otros la sed de conocimiento, otros la bondad o la belleza, o también la pasión por el oro o el poder; y todo lo refieren y lo supeditan a esta pasión central. Desdichado el hombre que no siente en el fondo de sí un único soberano absoluto que lo gobierna; su vida, a la deriva e incoherente, se dispersa a todos los vientos.

Abuelo, nuestro centro, el que en el torbellino ha succionado el mundo visible y se esfuerza por elevarlo al nivel superior del valor y de la responsabilidad, ha sido este: nuestra lucha con Dios. ¿Qué Dios? La cumbre salvaje del alma del hombre, que siempre estamos a punto de alcanzar y que siempre da un salto y se sitúa más arriba. «¿Existe alguien que luche con Dios?» — me preguntaron un día los hombres, con sarcasmo—. «¿Con quién otro queréis que luchemos?» —les respondí—. Y verdaderamente, ¿con quién otro?

He aquí porqué, abuelo, toda nuestra vida ha sido una ascensión; una ascensión, un abismo y un desierto; partimos con muchos compañeros de lucha, con muchas ideas, con un gran acompañamiento; pero a medida que subíamos la pendiente y la cumbre se desplazaba y se alejaba, compañeros de lucha, ideas y esperanzas nos decían adiós, les faltaba la respiración, no querían, no podían subir más alto; y nos quedábamos solos con los ojos clavados en la Mónada que se movía, en la cumbre, que se desplazaba. No nos movía la altanería ni la ingenua seguridad de pensar que algún día la cumbre se detendría y la alcanzaríamos; ni tampoco que si la alcanzábamos encontraríamos en ella la felicidad, la salvación y el Paraíso; subíamos porque para nosotros la subida era en sí la felicidad, la salvación y el Paraíso.

Admiro el alma humana, ni en el cielo ni en la tierra existe una fuerza más grande que ella; llevamos en nosotros la omnipotencia y no lo sabemos; tenemos el alma aplastada por el peso de la carne y la grasa y morimos sin saber lo que somos y de lo que somos capaces. ¿Qué otra fuerza en el mundo puede mirar de frente el comienzo y el fin del mundo sin quedarse ciega? En el principio no eran, como proclaman las almas aplastadas bajo la carne, la Palabra y la Acción; ni tampoco la mano del Creador, llena de arcilla portadora de vida; en el principio era el Fuego. Y al final no es la inmortalidad, ni la recompensa, el Paraíso o el Infierno; al final es el Fuego. Entre estos dos Fuegos caminábamos nosotros dos, querido abuelo, y nos esforzábamos, acatando el mandato del Fuego, colaborando con él, por hacer de la carne una llama, del pensamiento una llama, una llama también, de la esperanza, de la desesperación, del honor, del deshonor y de la gloria. Tú ibas delante y yo te seguía; tú me enseñaste que la llama que hay en nosotros, contrariamente a la naturaleza de la carne, puede expandirse sin cesar a lo largo de los años. Por eso te veía y te admiraba: a medida que envejecías te volvías más fiero; a medida que te acercabas al abismo, te hacías más osado; tú arrojabas los cuerpos, los santos, los hidalgos, los monjes al crisol de tu mirada, los fundías como metales, los despojabas de su escoria y separabas el oro puro de su alma, ¿qué alma?, la llama —y la mezclabas con el fuego que nos ha engendrado y con el fuego que nos devorará—.

Los prudentes nos han acusado de dar a los ángeles alas demasiado grandes, y de tener la osadía de querer lanzar la flecha más allá de los límites humanos, pero no éramos nosotros quienes queríamos lanzarla más allá de los límites; había en nosotros un demonio, llamémoslo Lucifer, porque trae la luz, y era él quien nos impelía a hacerlo; era él quien quería sobrepasar los límites de lo humano, ir no sabíamos dónde; sólo sabíamos esto: ir más alto. Como san Jorge, que llevaba a la grupa de su caballo a la princesa que el dragón quería devorar, este demonio llevaba a la grupa la vida, que se ahogaba, y que estaba en peligro en cada ser vivo y quería huir, liberarse. Así

debieron de sentir en sí los monos el impulso del universo que los impelía, aunque aullaran de dolor, a caminar sobre dos patas y a frotar dos palos, aunque se burlaran de ellos los demás monos, para sacar una chispa. He aquí cómo nació el pitecántropo, he aquí como esta fuerza indómita e implacable pateaba nuestro pecho, abuelo, para liberarse del hombre e ir más allá. Por eso nos hemos sentido tan desgarrados y hemos sufrido tanto entre los hombres. «No iremos más allá —gritaban—; cortaos las alas, no lancéis tan alto la flecha. ¿No teméis a Dios? ¿No oís lo que os dice la razón? ¡Quedaos aquí abajo!». ¡Pero nosotros no decíamos nada, trabajábamos; trabajábamos las alas, tensábamos el arco; rasgábamos nuestras entrañas para que el demonio pasara!

—No me gustan los santos que pintas ni tus ángeles —te reprochó un día el Gran Inquisidor de Toledo—; no mueven a orar sino a admirar; la belleza se interpone como un obstáculo entre nuestra alma y Dios.

Te reíste: «Pero yo no quiero hacer orar a los hombres, ¿quién te ha dicho que quiero hacer orar a los hombres?» —pensaste, pero no lo dijiste.

Y otra persona, un pintor amigo tuyo, cuando vio *Toledo en medio de una tormenta*, meneó la cabeza:

—Pisoteas las leyes —dijo—, esto no es arte, sobrepasas los límites de la razón y entras en la locura.

Y tú —cómo pudiste resistir sin enojarte—, sonreíste:

—¿Quién te ha dicho que yo hago arte? —le respondiste—, yo no hago arte, no me preocupo de la belleza, la razón me queda estrecha y la ley también; como el pez volador, yo salto de las aguas seguras y entro en un aire más ligero, lleno de locura.

Callaste un instante y miraste la Toledo que habías pintado, envuelta en nubes negras, rasgada por relámpagos, con las torres, las iglesias, los palacios, que se habían liberado de sus cuerpos de piedra y surgían de la oscuridad, como espectros revestidos de un brillo inquietante. Los mirabas y tus fosas nasales aleteaban y aspiraban azufre.

Permaneciste callado, pensativo, y al cabo de un rato:

—¿Qué demonio hay en mí? ¿Quién ha prendido fuego a Toledo? En verdad, respiro un aire lleno de locura y de muerte; quiero decir, lleno de libertad —gritaste, y te clavaste las diez uñas en el pecho; sufrías.

Solamente un poeta, aunque fuera monje, el padre Hortensio Félix Paravicino, pudo comprender tu divina locura; veía las tinieblas amenazadoras, los terribles relámpagos, las grandes alas, los santos, cuyos cuerpos se habían desvanecido y se habían convertido en antorchas ardientes y quemaban; un día te cogió la mano, salpicada de pinturas, y la besó: «Tú haces arder la nieve, has sobrepasado la naturaleza y el alma no sabe decidir, llena de admiración, cuál de las dos criaturas, la tuya o la de Dios, es más digna de vivir» —dijo, y al pronunciar estas últimas palabras su voz temblaba.

Y tú escuchabas impasible los insultos y los elogios y sonreías; y a menudo fingías enojarte, pero el enojo era una tormenta superficial en tu rostro, el fondo permanecía inalterado. No tenías ni esperanza ni miedo ni vanidad; porque conocías el gran secreto. Los hombres están en permanente lucha con los grandes elementos, con los dos grandes rostros de Dios, quién sabe: el bien y el mal. Los más legos dicen: «el bien y el mal son enemigos»; otros suben un escalón más alto y dicen: «el bien y el mal son colaboradores», y otros, que abarcan con una mirada global el juego de la vida y de la muerte sobre la corteza de la tierra, disfrutan su armonía y dicen: «bien y mal son Uno».

Pero nosotros, abuelo, conocemos el gran secreto; lo revelamos, aunque nadie lo crea; mejor que no lo crean; el hombre es un ser desvalido, tiene necesidad de consuelos, y si creyera en nuestro secreto se le helaría la sangre. ¿Cuál es el secreto?: que tampoco el Uno existe.

Un día fui a tu casa de Toledo, abuelo, para ver tus santos, tus apóstoles y los hidalgos que pintaste, cómo los habías aligerado del peso de la carne y los habías preparado para ser llamas; jamás vi llamas más ardientes; así se triunfa de la carne —pensé—, así se salvan de la destrucción, no nuestros pies ni nuestras manos de arcilla, ni nuestros cabellos rubios o negros, sino la

sustancia preciosa que lucha metida en este odre de cuero, y que unos denominan alma y otros llama.

Si aún hubieras estado recubierto de tu carne, te habría traído, abuelo, queso fresco, miel, naranjas, regalo de Creta; y habría hecho venir al buen *liraris* Jarídimos, con la ramita de albahaca en la oreja, para que te cantara las tres *madinades* que te gustaban:

¡Vamos, elige tu creencia, pase lo que pase,
Ya salga bien tu elección ya te fracase!

Cuando tengas en mente una empresa, adelante, y no temas.

Suelta las amarras de tu juventud y no la compadezcas.

Soy hijo del rayo y nieto del trueno,
Si quiero relampagueo y trueno, y si quiero, nieve.

Pero tú te habías convertido ya en llama. ¿Dónde encontrarte? ¿Cómo verte? ¿Qué regalo traerte para hacerte recordar Creta e impulsarte a salir de la tumba? Sólo la llama puede hacerte sentir compasión. ¡Ah, si yo pudiera convertirme en llama para unirme contigo!

Durante treinta y siete años estuviste encaramado sobre esta roca de Toledo, durante treinta y siete años quizá te asomaste a esta terraza donde ahora me encontraba y debiste contemplar el Tajo fangoso deslizarse bajo el puente de doble ojo de Alcántara, huir e ir a verterse en el mar. Y tu espíritu se deslizaba con él, y también se deslizaba tu vida e iba a perderse y verterse en la muerte; y de tus entrañas surgían amargos gritos de rebelión: «¡Todavía no he hecho nada; nada! —pensabas y apretabas los puños, no te lamentabas, te ponías furioso—. «No he hecho nada. ¿Qué puede hacer el alma con colores y lienzos? ¡No va conmigo quedarme aquí, en la otra punta del mundo, mezclando colores, jugando con el pincel, pintando santos y Cristos crucificados, mi alma no se siente aliviada con estas

calcomanías, el mundo es estrecho, la vida es estrecha, Dios es estrecho, y yo tenía que haber cogido fuego, fuego, mar, vientos y piedras, y construir el mundo tal y como yo lo quiero, a mi medida!».

El sol se ponía, los tejados se doraban, el río se cubría de sombras, la estrella vespertina se despeñaba por la montaña. Se encendieron las luces en tu casa, tu vieja y fiel criada, María Gómez, ponía la mesa, tu amada compañera del sueño y de la vigilia, Jerónima, se asomaba a la terraza y te tocaba la mano suavemente, para no asustarte: «Ha anochecido —te decía—, no has comido en todo el día, trabajabas. ¿No tienes piedad de tu cuerpo? Ven...».

Pero tú ahora estabas descansando de la creación del mundo, habías saltado a Creta, no oías su dulce voz, no sentías su blanca mano. Recorrías las montañas cretenses, aún no tenías veinte años, el aire olía a tomillo, un pañuelo blanco con largos flecos ceñía tus cabellos negros como ala de cuervo, llevabas una caléndula en la oreja, cantabas tus tres *madinades* preferidas y te dirigías a Vrondisi, el célebre monasterio, a pintar *Las bodas de Caná*, que te había encargado el *higú meno*.

Tu mente rebosaba de pinturas azules, carmesíes y verdes, la novia y el novio estaban sentados en altos escabeles, en los que había esculpidas águilas bicéfalas, las mesas del banquete de boda estaban servidas, los invitados comían y bebían y el *liraris* estaba sentado en medio, tocaba la lira y cantaba ligeros epitalamios. Y Cristo se levantaba, había bebido y sus mejillas estaban encendidas y ponía sobre la frente del *liraris* un florín de plata...

Y de repente, como si la voz amada te hubiera llegado de muy lejos y la hubieras oído: «¡Ya voy!» —le respondiste, y seguiste sonriendo a la mujer, que delicadamente te hacía bajar de nuevo a la tierra. Pero en tu mente se habían avivado *Las bodas de Caná*, la lira cretense había resonado dentro de ti, y he aquí que la mesa cotidiana te pareció una mesa de banquete de boda, habías hecho venir a los dos músicos que tenías a tu servicio para que tocaran el laúd y la guitarra mientras tú, el novio, comías, para que tu humilde refrigerio se convirtiera en unas

Bodas de Caná. Y cuando terminabas de comer, tú también te levantabas —recordabas el cuadro que habías pintado— y ponías sobre la frente de los músicos, con generosidad de gran señor, dos ducados de oro.

Porque tú vivías como un gran señor. Eras un gran señor. Derrochabas, desdeñando la prudencia, todo lo que ganabas con tu arte; amigos y enemigos te acusaban y te recriminaban: «¿Para qué quieres —te decían— las veinticuatro habitaciones que tiene tu casa? ¿Para qué quieres los músicos? ¿Por qué no consientes cargarte como todos, a la espalda, tus cuadros y recorrer las iglesias y los conventos para venderlos?».

«¡Arrogante —te gritaban—, engreído, caprichoso!». Una palabra que dijieran para contradecirte y tú montabas en cólera; y cuando te preguntaban cuántos ducados pedías por uno de tus cuadros, te ponías furioso, «No se venden —decías—, no se compran, obras de arte como las mías están por encima de cualquier bolsa, os las dejo sólo en prenda, y cuando quiera, os devolveré los ducados y me llevaré mis pinturas».

«¿De dónde vienes? ¿Por qué has venido a Toledo? ¿Quién eres?» —te preguntaban los jueces—. «¡No estoy obligado a responder! —les replicabas—, ¡no responderé!». Pero cuando no te forzaban, ponías con decisión tu nombre en tus cuadros y debajo, con orgullosa altivez: *Cretense*.

Y cuando el insidioso rey Felipe se asustó al ver el *San Mauricio* que le habías pintado, te mordiste los labios, no consentiste suplicar ni hacer concesiones, sino que cogiste tu cólera, tu orgullo y tu arte indómito contigo y trepaste a Toledo, envuelto en llamas.

El instante era importante, en un platillo de la balanza, una conciencia intacta; en el otro, un imperio, y resultaste ser tú, conciencia del hombre, el vencedor. Esta conciencia puede presentarse ante Dios el día del Juicio Final y no será juzgada, será ella la que juzgue; porque hasta el mismo Dios teme la dignidad, la pureza y la valentía del hombre.

Perdóname, abuelo, no he podido contenerme; he admirado tanto el instante noble en que con la cabeza alta franqueaste el umbral del Escorial y te fuiste, dando la espalda con desprecio, a

las pequeñas y grandes ganancias del mundo, que me he atrevido a fijar aquel instante en versos y en rimas, para que no se pierda. Escribo mi ofrenda con tinta negra y roja, y la dejo suspendida en el aire:

El rey, el gran gusano, en la roca
Enroscado, dentro de la hornaza incandescente
Mira con ojos lentos al cantero
Levantar, vuelta a vuelta, cuadrangular,
Alto como una torre, su lúgubre sepulcro.
Vasto, desnudo, en las yermas corveras
Gime —celda, palacio y panteón—,
Tosco, salvaje, el edificio de granito.
Cera blanca, que imperceptiblemente se derrite el
rostro,
El cuerpo descamado del juez injusto
Se pudre, y su boca amarga y babeante.
De repente, de la cima del monte se ve un buitre
Caer sobre el flácido cuerpo,
Crascitando gayamente, hambriento:
¡Había olido treinta años antes la carroña!
Y el joven cretense, pletórico,
Siente que el buitre salta de su mente,
Que se abalanza al rey, como ave de presa.
Aún resuena en la oquedad de su oreja,
Silbante, lleno de ira, el látigo
Que del templo de su sueño lo expulsa:
«¡Tu San Mauricio no le gusta al rey!» ¹ .
—Hormiguea el aire, se rebulle—
Por doquier, llamas, armaduras y ángeles,
Los pechos que Dios tienta se hacen fuego,

Lirios enhiestos hacia el sol, las lanzas,
Y da una flor el imponente muro de sillares labrados.
Esmaltes, rubíes, esmeraldas, los escudos.
Como un león, la luz acosa y devora,
Marchan en fila los jóvenes valientes y aguerridos
Hacia el cielo, con sus cuerpos livianos,
Como *drosulites* del rocío de la mañana.
Entre sus dedos, ligeros, febriles,
El joven manosea, y le impregna de olor toda la mano,
Una baya de jara de Creta, de color encendido.
Reverberan las piedras, es mediodía,
Una creación nueva el esbelto vigía de fronteras
Ve brillar levemente a la luz,
Celestial, de velado resplandor, su cuerpo.
Ala rígida que con ímpetu cruje y se abre,
Se tambalea el silencioso monasterio.
Y el sólido bastión del hombre,
El cansino cuerpo, ventana azul,
Sus dos postigos al cielo abre.
Ángeles, los pájaros, al taller
Descienden de la mente, y las negras palabras
penden,
Cual manzanas rojas;
Arcángel, buitre, rueda el pensamiento
Mudamente, con una gota de fuego, a las entrañas del
cretense,
Desde las terrazas del límpido cielo.
Como postrero destello de una tarde, húmeda tras la
lluvia,
Niños, monjes, vírgenes transitan

Y nobles de cóncavas mejillas y madres
A su hijo, Dios, entregadas.
Del joven arden los puños,
Engañosos anhelos lo asfixian, y en el aire,
Con palmos, con insaciables pinzas,
Mide en secreto el lienzo del éter.
Espesas se vierten las pinturas e hierven
Más raudas en su mente que en su mano.
Irrumpen ángeles masculinos y
Sobre sus cabezas estallan refulgentes meteoritos.
Y en su mente apóstoles arden como cirios,
Como lábaros que vuelven desgarrados;
Con fuegos y llaves en la mano, y el amado,
Con un gran cáliz con serpientes.
Copos de llamas, el joven, inclinado, siente
Caer sobre él Dios, y mugir,
Víctima de sacrificio en su cuerpo, crucificado.
Hierva la tierra, y la divina gracia, hambrienta,
Como lengua de leona, lame las piedras;
Danza crujiente y rápida, el enjambre
Aún no nacido le ciñe los costados.
Lanzan chispas los dedos del joven y una a una,
Las cabezas encienden, en los extremos de las ramas,
Delgadas llamas en dos cirios pintadas.
El nivel superior de la tierra le hace señas,
Trémulo, con resplandor divino,
Como el halo de nácar de la luna
«¡Tensaré como un arco mi cuerpo, y que se rompa!».
Imán es Dios, arriba en las nubes,
«¡A la pista de baile más ligera me arrastra!».

En cambio el rey, amargo verbasco,
Me expulsa de su triste escoria;
Ve la luz y el miedo lo atenaza.
«¡Adiós, y aprende, carne atormentada,
No es el arte obediencia, ni es canon,
Sino un demonio que hace estallar los moldes!».
Con tus putrefactos artesanos eunucos
Te dejo mascullando requisitos.
Dice, y se vuelve lleno de sol, hacia las piedras de
granito.
Sus ojos, preciosa, dura pedrería,
Se clavan en las rocas, enhiestas, cual columnas.
Huele la jara, y llena de caricias,
Se desliza Creta, la tigresa, y se extiende
Por las sombras gimientes de su alma.
Inquietudes profundas, deseos valientes y altaneros
Hieran su pecho, revolotea el enjambre
Sobre el tomillo en flor, y se alza ante su mente
Su Vrondisi amado.
Humea el Psiloritis bajo el calor ardiente,
Las aguas frescas borbotean en la fuente de mármol
Y la lira, llena de cascabeles,
Resuena, bien templada y
En sus labios, el salitre del mar
Y aún escucha, recóndito tesoro,
Al maestro asceta, el viejo diácono,
En el muelle del Castro, antes de zarpar,
Insistirle: ¡Ciriaco
Impregna los colores de llama profética,
En la sima del bienestar no entres

Ni en las Cortes reales lamas los platos!
¡Sendas no holladas abre, y pasa!
«Corazón enloquecido de soberbia ¿por qué te
ocultaste

Y no me azotaste con fuerza los talones
Para que me marchara cuando la esperanza
traicionera

Me ofrecía sueños dulces de esclavo?

¡Atrás, tonto, volvamos a la patria!».

Dice y la soledad se le impone como un Castro,
Como un leopardo joven salta su alma.

Sobre sus cejas brilla Dios como un astro

Y se vuelve para partir, en pos de él.

Una *madinada* que hace valientes irrumpe

E inclina la balanza de su decisión:

Cuando tengas en mente una empresa, adelante, y no
temas.

Suelta las amarras de tu juventud y no la
compadezcas.

«¡Yo no me apiado de mi juventud, dices,
Estoy harto, la paciencia me asfixia!

¡Nosotros, corazón, hemos sido creados

Para abrir bruscamente las alas puras de la libertad

Y abrasarnos en la senda más alta!

¡Espada la luz es en nuestras manos!

¡Volvamos hacia el sol, a Creta,

Para encontrar allí la libertad, la soledad!».

Raudo se vuelve a diestra, hacia la casa

De su padre, en los lejanos fondeaderos.

¡La altiva cumbre del monte Psiloritis
Sobre su mente ondea como un pañuelo!
¡Y verde, amplia, se extiende la llanura de Mesará, de
cálidos vergeles!
¡Pero de pronto se pone en pie, como
Si dos terribles manos lo agarraran!
¡Siente un estruendo, alas, y un gran deslumbramiento.
Sus ojos rebosan de estrellas!
Dorados, verdes fuegos del espíritu,
Azufres, rayos y ardientes vientos
Lamen la cima de su cráneo.
Un arcángel, un cálido viento del sur, irrumpe
Y sus alas huelen a jara;
Acoge al joven en su amplio regazo,
Golpea la tierra, toma impulso
Y se adentra en el azul profundo.
Pálido, el joven, en la fiera tempestad de luz,
Se ata fuerte su pañuelo cretense
Y con sus negros ojos bien abiertos ve,
Apretando los labios con arrojo,
La tierra allá abajo, derretirse al sol.
El enorme edificio, reseco, en la canícula
Como hormigas, lo recorren los obreros,
Silban las cumbres de los montes, las rutas se
devanan,
Y el joven, inclinado sobre la proa angélica,
Vendimia la luz, ¡la cumbre del deseo!
La mole oculta de la tierra se levanta;
El pecho de su arcángel interior lo impulsa
Hacia la cima virginal,

Hacia la esperanza inhabitable de la salvaje libertad,
Hacia la altura más elevada de este mundo,
¡Hacia la Creta celestial, secreta patria!

Durante todo el día deambulé por las estrechas callejuelas de Toledo; olía a azufre, como si hubiera caído un rayo, como si hubiera pasado un león y el olor a fiera permaneciera en el aire todavía, más de tres siglos después de su paso. ¡Qué terror, qué alegría caminar y sentir que un alma grande bate con fuerza sus alas sobre ti!

Y por la noche, cuando me acosté a dormir, con el pecho lleno de tu aliento, abuelo, me dominó el sueño. ¿Era el sueño o un barco de tres palos con las velas izadas, en el que había embarcado?, y cuando iba a volverme a preguntar al capitán dónde íbamos, ya habíamos anclado en Megalo Castro, en Creta. Los leones alados de piedra de Venecia adquirían un tinte rosado al sol de la tarde, el pendón de san Marcos ondeaba en la gran torre, el muelle olía a aceite, a vino, a limones y a naranjas. La taberna de Jerónimo, junto a la entrada del puerto bullía, llena de marineros genoveses y venecianos, ebrios, y de mujeres descaradas, de esas que pululan por los puertos; nosotros dos estábamos sentados aparte, detrás de un barril, nos habían traído como aperitivo ostras y cangrejos fritos, llenábamos y vaciábamos nuestros vasos, nos mirábamos el uno al otro a los ojos, sin decir nada.

Los dos éramos jóvenes, tú tenías veinte años, yo diecisiete, éramos amigos de verdad y amábamos a la misma muchacha, pero no nos peleábamos por ella, es más, los dos juntos cantábamos por la noche bajo su ventana cerrada; tú llevabas una guitarra, yo un laúd, y aligerábamos la pena de nuestro corazón con *madinades*; nuestras voces se mezclaban, grave, viril, la tuya; la mía, inmadura aún, y dejábamos que la muchacha, detrás de la ventana cerrada, eligiera libremente. Y al alba nos separábamos, tú, sin dormir, a coger tu pincel para pintar, como acostumbrabas, ángeles con alas gigantescas que se salían del lienzo; y yo, extenuado de cansancio, volvía a casa

a dormir y soñar que la ventana se había abierto y una manzana roja había caído en mi mano.

Y ahora, en la taberna, nos mirábamos el uno al otro sin decir nada, porque al día siguiente, de amanecida, te irías, y bebíamos para olvidar la pena de la separación.

Era casi medianoche cuando nos levantamos y nos fuimos de la taberna, habíamos bebido vino seco de malvasía y nuestra mente se había dilatado, había echado ramas e invadía el mundo entero.

—Hermano Meneyís ² —dije—, el mundo es nuestro, vamos.

Nos pasamos el uno al otro el brazo por el hombro, para no tropezar, sentía tu aliento en mi mejilla ¿hasta cuándo? —pensaba yo—. ¿Hasta cuándo?, unas horas más y amanecería, y el aliento amado se alejaría de mí ¡para siempre! Pero era joven, soportaba la pena y mis ojos no se empañaban por las lágrimas.

Pasamos la entrada fortificada del puerto, tomamos a la derecha, subimos a las murallas venecianas, que ceñían la ciudad. La luna, triste, redonda, estaba suspendida sobre nosotros, sólo las tres estrellas más grandes habían podido resistir a su luz y titilaban en el cielo lechoso y mudo; a nuestra derecha, bramaba el mar de Creta.

Te detuviste, amado compañero, tendiste el brazo:

—Mira —me dijiste—, mira el mar, se lanza contra las murallas para devorarlas, para expulsar a los venecianos. ¿No ves? Mira bien, ¡no son olas, Menegaki (así me llamabas burlonamente), son caballos, una terrible caballería!

Me eché a reír:

—Son olas, Meneyís —dije—, no son caballos.

Te encogiste de hombros:

—Tú ves con los ojos de arcilla —dijiste—, yo con los otros; tú ves el cuerpo, yo veo el alma.

—Quizá por eso somos tan amigos y no queremos separarnos, ¿quiere el alma separarse de su cuerpo?

Recordamos la separación, nuestro corazón se acongojó:

—Vamos —dijiste, y me apretaste el brazo—, no hables de la separación.

Durante un buen rato caminamos a la luz de la luna, pero teníamos la mente puesta en la separación; los dos nos esforzábamos en encontrar la forma de desviar nuestros pensamientos para no llorar; nos daba vergüenza. Los dos habíamos leído *Vidas de santos*, y habíamos envidiado su resistencia al dolor y que sus ojos no derramaban una lágrima aunque se separaran de los seres más queridos y para siempre; y habíamos jurado parecernos a ellos.

—¿En qué piensas? —me preguntaste, para conjurar el silencio.

—En nada —te respondí, intentando ocultar mi emoción—; mira qué salvaje es el mar de Creta; en esto pensaba; y ahora que te lo estoy diciendo me están dando ganas de bajar a la playa y luchar con las olas, aunque me ahogue.

—La juventud se cree inmortal, por eso provoca a la muerte —me respondiste, y me cogiste por el brazo, como si quisieras retenerme, para que no bajara a la playa.

Estaba contento; el apretón de tu mano me había parecido muy tierno y mi pena por perderte se había multiplicado.

Pero me hice el indiferente; decidí bajar la conversación al nivel de las necesidades cotidianas para que olvidáramos por un momento que nos separábamos.

—¿Cómo vivirás, allá en el extranjero, Meneyís? —te pregunté —, no conoces a nadie, nadie te conoce, tu estrella aún no ha brillado y los ducados que te ha dado tu hermano Manusos son pocos, yo sé que tú eres un manirroto, los gastarás en poco tiempo —a continuación—, ¿no tienes miedo?

—No te preocupes por mí, Menegaki —me respondiste—, por poco que tenga, es suficiente; por mucho que tenga, no es suficiente para mí. ¿Comprendes lo que te digo?

—No.

Te reíste como un niño.

—Yo tampoco —dijiste—; sin embargo, es así.

Pero viste que me preocupaba, me pusiste la mano en el hombro.

—No te angusties, Menegaki —me dijiste para consolarme—. No me echaré a perder; tengo grandes proyectos en mente, un

enorme poder en mis manos; en Europa, donde voy, lucharé con los más grandes para obligar a mi alma o a perderse o a triunfar. Ya verás, ya verás. Y antes que nada, me las veré —no te asustes— con Miguel Ángel. Hace unos días he visto una pequeña reproducción de *El Juicio Final* que ha pintado en Roma. No me gusta.

A la luz de la luna, tus ojos despedían llamas; tu voz se había vuelto áspera; te agachaste, cogiste del suelo una piedra y la lanzaste con gran ímpetu hacia abajo, al mar; como si quisieras apedrear las olas para demostrar tu fuerza.

—¿Por qué me miras así? ¿Crees que he bebido demasiado y estoy borracho? No estoy borracho, no me gusta el vino. Resucita la carne, el mundo se llena de nuevo de cuerpos. ¡No quiero eso! Yo pintaré otro *Juicio Final*. Dos bandas: en la banda inferior, tumbas que se abren y de ellas salen grandes gusanos, del tamaño del cuerpo de un hombre, inquietos, con la cabeza levantada, como si husmearan el aire; en la banda superior: Cristo. Cristo completamente solo. Se inclina, sopla sobre los gusanos y el aire se llena de mariposas. Esto es lo que quiere decir resurrección: que los gusanos se conviertan en mariposas, y no que vuelvan a la vida como gusanos inmortales.

Levanté la cabeza y te miré, a la mágica luz de la luna; el aire alrededor de tu cabeza ardiente se había llenado de mariposas.

Abría la boca para hablar, este *Juicio Final* me parecía demasiado herético; pero tú te habías lanzado y te apresurabas —estaba a punto de amanecer— para que te diera tiempo a contarme tus secretos antes de separarnos; ya no hablabas conmigo, creo yo, hablabas solo mientras caminabas.

—Pintan el Espíritu Santo descendiendo sobre las cabezas de los apóstoles en forma de paloma. ¿No les da vergüenza? ¿No se han sentido nunca abrasados por el Espíritu Santo? ¿Dónde han ido a buscar este pájaro inocente y comestible para presentárnoslo como espíritu? ¡No! El Espíritu Santo no es una paloma, es fuego, fuego que devora a los hombres y que se aferra a la coronilla de los santos, de los mártires, de los grandes luchadores, y los reduce a cenizas. Las almas mediocres lo

toman por una paloma y creen que pueden degollarlo y comérselo.

Te echaste a reír.

—Yo, si Dios quiere, pintaré un día al Espíritu Santo sobre la cabeza de los apóstoles. Ya lo verás.

Se calló, movió violentamente la mano de arriba abajo, como si pintara en el aire el futuro *Pentecostés*.

—¿No puedes transformar el fuego en luz? —dije, pero inmediatamente me arrepentí, porque el rostro de mi amigo se había ensombrecido.

Frunció el ceño:

—¡Qué manía la tuya con la luz! —dijiste; me miraste, y por un momento me pareció que estabas enfadado—. ¿Por qué tienes tanta prisa? No es nuestro trabajo. Esto es la Tierra, no una nube, son cuerpos con carne, con grasa y huesos, hagámoslos llama; esto sí podemos hacerlo, ir más allá, no podemos ¡es suficiente! En un tronco, en una hoja de árbol, en el más resplandeciente manto de seda de un rey, duerme el fuego y espera a que el hombre lo despierte; despierta el fuego, este es el deber del hombre. Una llama atraviesa las piedras, a los hombres, a los ángeles; esto es la que yo quiero pintar. No quiero pintar la ceniza, soy pintor, no teólogo; quiero pintar el instante en que las criaturas de Dios se abrasan, este es el instante que quiero pintar; un poco antes de que se reduzcan a cenizas. He de llegar a tiempo, sólo eso, llegar a tiempo. Por eso tú me ves jadear y apresurarme: he de llegar a tiempo antes de que se convierta en ceniza.

—Cállate —dije; había sentido su cuerpo rodeado de llamas—. Cállate, compañero, tengo miedo.

—No tengas miedo, Menegaki, el fuego es la Virgen Madre y pare al hijo inmortal. ¿Qué hijo? La luz. La vida es un Purgatorio en el que ardemos; que el Paraíso convierta en luz la llama que le hemos preparado, ese es su trabajo.

Calló, y al poco rato:

—Esta, sábelo, es la colaboración del hombre con Dios. Algunos me llaman hereje; que me lo llamen; yo tengo mi propia Sagrada Escritura; ella dice lo que la otra ha olvidado decir o no

se ha atrevido a decir; la abro y leo en el *Génesis*: Dios creó el mundo y el séptimo día descansó; entonces llamó a su última criatura, el hombre, y le dijo: «Escucha, hijo mío, para que así tengas mi bendición: yo he hecho el mundo, pero no lo he terminado, lo he dejado a medias; continúa tú la creación; quema el mundo, conviértelo en fuego y entrégamelo; yo lo transformaré en luz».

Con el aire puro, con la conversación profunda, habíamos empezado a despejarnos de la embriaguez; nos sentamos en una roca y miramos el mar; por el oriente el cielo había empezado ya a clarear; abajo, el mar estaba aún en penumbra y bramaba. Por un instante en que me volví hacia ti, Meneyís, me pareciste envuelto en llamas.

—Eres un inquisidor implacable —te dije—, atormentas y matas los cuerpos para salvar sus almas.

—Lo que tú llamas alma, para mí es llama —me respondiste.

—Pero yo amo los cuerpos, la carne me parece santa, ella también viene de Dios; y te digo más, no te enfades, la carne tiene un reflejo del alma y el alma tiene una pelusilla de carne; se equilibran armoniosamente, viven juntos, son buenos amigos y vecinos; tú rompes este santo equilibrio.

—Equilibrio quiere decir inmovilidad; inmovilidad quiere decir muerte.

—Pero entonces la vida es una permanente negación; tú niegas lo que, al equilibrarse, habría podido hacer frente a la destrucción; tú lo rompes y buscas lo incierto.

—Busco lo cierto; yo rasgo las máscaras, levanto las carnes, «no puede ser —me digo—, algo inmortal tiene que haber debajo de la carne», esto es lo que busco; esto es lo que voy a pintar. Todo lo demás, máscaras, carnes, bellezas, se lo regalo a los tizianos y a los tintoretos. ¡Que les aproveche!

—¿Quieres superar a Tiziano y a Tintoreto? No olvides la *madinada* cretense:

Muy alto haces el nido,
Se te romperá la rama.

Meneaste la cabeza:

—No, no quiero superar a nadie; yo soy único.

—Eres demasiado orgulloso, Meneyís, como Lucifer.

—No, soy demasiado único.

—Dios castiga la presunción y la exclusividad ¡ten cuidado, amigo mío!

No respondiste. Lanzaste una última mirada al mar, que mugía, rastillaste con la mirada la ciudad, aún dormida, cantaron los primeros gallos. Te pusiste en pie.

—Vámonos —dijiste—, está amaneciendo.

Me echaste otra vez el brazo por el hombro, nos pusimos en camino. Algo murmurabas, abrías y cerrabas la boca, seguramente querías decir algo y vacilabas. Al fin no pudiste contenerte.

—Voy a decirte algo grave, Menegaki, perdóname; achácalo a que estoy borracho.

Me eché a reír:

—Una buena ocasión para decir, ahora que estás borracho —dije—, lo que no te atreves a decir cuando estás sobrio; no eres tú quien habla, es el vino de malvasía. ¿Y bien?

Tu voz resonó en el pálido amanecer, muy profunda, llena de amargura:

—Una noche pregunté a Dios: «¿Señor, cuándo vas a perdonar a Lucifer?». «Cuando él me perdona» —me respondió—. «¿Has comprendido, joven compañero? Si un día te preguntan cuál es el más grande colaborador de Dios, responde: “Lucifer”. Y si te preguntan cuál es la más afligida criatura de Dios, responde: “Lucifer”. Y más aún: si te preguntan quién es el Hijo Pródigo, para quien su padre mata el ternero cebado, al recibirlo con los brazos abiertos, responde: “Lucifer”».

«Yo te revelo mis secretos más ocultos, para que sepas; si no tengo tiempo o no soy capaz de realizar todo lo que tengo en mente, continúa tú mi lucha. Continúala y no tengas miedo. Y no olvides nunca el precepto terrible que el cretense da al cretense: *Suelta las amarras de tu juventud y no la compadezcas*. Esto es lo que se llama ser un hombre, esto significa valentía, este es el deseo sumo de la llama sagrada».

«¿Me das tu palabra? ¿Eres capaz? ¿No desfallecerás? ¿No mirarás atrás? ¿No dirás “el bienestar es bueno, y también el abrazo de una mujer, y la fama?”».

«¿Por qué no dices nada?».

—Pesada orden me das, Meneyís. ¿No es posible hacer un poco más liviano el deber del hombre?

—Es posible, pero no para ti y para mí; hay tres clases de almas, tres clases de plegarias:

1. «Soy un arco en tus manos, Señor, ténsame, si no, me partiré».

2. «No me tenses demasiado, Señor, me partiré».

3. «Ténsame cuanto quieras, Señor, ¡y que me parta!».

¡Elige!

* * *

Me desperté. Las campanas de Santo Tomé, en mi barrio, tocaban a maitines, estaba amaneciendo; en la calle se oyeron voces, taconeos de mujer en el empedrado; un gallo en el patio cantó con voz ronca; Toledo se despertaba. El sueño colgaba aún de mis pestañas y todavía oía la última palabra, implacable, que me había llenado de terror y me había sacado brutalmente del sueño: «¡Elige!».

Abuelo amado, ¿cuánto tiempo ha pasado desde aquella noche en que dormí en Toledo y olisqueaste que tenías cerca un cretense, te levantaste de la tumba, y te convertiste en sueño, y viniste a encontrarte conmigo? ¿El lapso de un relámpago, o tres siglos? ¿Quién puede, en el clima del amor, distinguir un relámpago de la eternidad? Ha pasado una vida desde entonces; los cabellos negros se han vuelto blancos, las sienes se han hundido, los ojos se han enturbiado. ¿Ha crujido el arco entre las manos de Dios? ¿Entre las manos del Demonio? Nunca he podido distinguirlo; pero estaba contento de sentir que una fuerza muy superior a la mía, mucho más pura, me armaba de una flecha y la lanzaba. Todos los trozos de madera son santos, porque de todos ellos puede hacerse una cruz; asimismo todos los cuerpos son santos, porque de todos puede hacerse un arco;

durante toda mi vida yo he sido un arco entre manos implacables, insaciables. ¡Cuántas veces estas manos invisibles han tensado el arco, lo han tensado con todas sus fuerzas, y lo he sentido crujir, a punto de partirse! «¡Que se parta!» —gritaba —; me habías ordenado elegir, abuelo, y yo elegí.

Había elegido, y ahora el crepúsculo humea sobre las colinas, las sombras han aumentado, el aire se ha llenado de muertos; la batalla cesa. ¿He vencido? ¿He sido vencido? Sólo sé una cosa: estoy cubierto de heridas y me mantengo en pie.

Estoy cubierto de heridas, todas recibidas de frente; he hecho lo que he podido, abuelo; más de lo que he podido, como tú me habías ordenado, para no avergonzarte, y ahora que la batalla ha terminado, vengo a echarme junto a ti, para volverme tierra a tu lado, para que esperemos los dos juntos el Juicio Final.

Beso tu mano, beso tu hombro derecho, beso tu hombro izquierdo.

¡Abuelo, bienhallado!

[1](#) *El martirio de san Mauricio y la legión tebana* fue encargo de Felipe II para el altar mayor de la basílica del Escorial. El pintor lo terminó en 1582. El rey se enfadó mucho, a causa de la interpretación que El Greco había hecho de las figuras bíblicas y el predominio de los colores brillantes. La obra no fue considerada adecuada para la basílica y se instaló en las salas del Sínodo.

[2](#) El Greco se llamaba Ciriaco y también firmaba con el nombre de Meneyís (Ntomenico Meneyís) antes de viajar a Venecia y a España.

Anexo. Nota informativa del editor- investigador

DR . PÁTROCLOS STAVRU

INFORME DE CASANDSAKIS AL GRECO E INFORME A CASANDSAKIS

Informe *al Greco* es la autobiografía novelada, «una especie de autobiografía», de Nicos Casandsakis. Trata sobre acontecimientos y hechos de su vida, que tienen una determinada tipología, también se hunde en el pasado. Pero además, contiene sueños y aspiraciones que cumplió, y otros que no pudo o no tuvo tiempo de hacer realidad. No obstante, los sintió hasta tal punto que aparecen como si los hubiera vivido. En su vida y en su obra ha habido coherencia y síntesis, evolución y bruscas pulsiones. Sus ideas nunca han permanecido estáticas, por eso no podemos constreñir en capítulos estancos los periodos de su vida. Lo que caracteriza y distingue a Casandsakis es el fluir permanente, el *perpetuum mobile* . No obstante, existen determinadas constantes que rigen su vida e impregnan su obra.

Junto con los periodos de su vida, o incluso dentro de ellos, podemos ver también las líneas capitales de sus ideas, su mundo espiritual, la esfera poliédrica de sus ideales y de sus análisis rigurosos sobre el hombre o la humanidad, a lo largo del tiempo. Nota característica suya es el seguimiento y la revisión de temas que preocupan al hombre universal, más allá de fronteras, colores o razas y más allá de la nacionalidad, la religión o las ideas políticas. Cada hombre descubre en la obra de Casandsakis problemas y temas que le inquietan o le

interesan. Prueba de ello es la enorme difusión de sus libros, de Oriente a Occidente, de Norte a Sur, no sólo en el sentido geográfico de los términos, sino también en el económico y en el político. Más aún, en el periodo de la Guerra Fría que siguió a la Segunda Guerra Mundial y que dividió países y pueblos, Casandsakis era publicado a uno y otro lado del Telón de Acero; lo leían con el mismo interés capitalistas y comunistas, y si se me permite el uso de estos vocablos, ateos y hombres de fe, «pacifistas» y «belicistas». Sus novelas *Cristo de nuevo crucificado*, *La última tentación* y *El Capitán Mijalis*, y no sólo estas, eran leídas en ese tiempo por los moscovitas, los neoyorkinos y los londinenses y todos disfrutaban con ellas por igual. Y lo más reconfortante y significativo es que a Casandsakis lo leían, y lo siguen leyendo, los jóvenes, quienes encontraban y siguen encontrando en sus escritos el sentido de su vida.

Para entender y comprender a Casandsakis y poder rastrear sus fuentes literarias, filosóficas, religiosas, éticas y antropológicas es preciso abordarlo con mente abierta y honestidad, con pureza de intenciones y espíritu de buena voluntad, sin intereses espurios y sin prejuicios ni estrechez de miras.

Su condición humana sobresalía y destacaba. Por eso muchas personas y muy «poderosas» cayeron sobre él. Cada uno por sus propios motivos. Sin embargo sobrevivió. Cincuenta años después de su muerte sigue dialogando con la eternidad. Es más, tengo el convencimiento de que ahora es la eternidad la que dialoga con él. Porque Casandsakis ha ganado la eternidad. Está catalogado, además, entre los escritores clásicos de la humanidad, al lado de los antiguos griegos y latinos, Homero, los clásicos atenienses, junto a Virgilio y los oradores romanos. Y yéndonos a épocas más recientes, junto a Dante y a Shakespeare, a Goethe y otras primeras figuras del pensamiento.

Caminante, en medio de luchas y angustias, por sendas intelectuales, naturales y trascendentes, para llegar no sólo hasta donde podía sino hasta donde no podía, en conflicto con dioses y hombres, que lo llenaron de amargura, mantuvo su espíritu

íntegro y noble y su alma tierna y firme, sin desfallecimientos, vacilaciones ni fobias. De los frescos de Cnosós tomó la lección que se convirtió en una actitud de vida: mirar al miedo sin miedo. Situarse al borde del abismo sin dejarse dominar por el pánico. Y al mismo tiempo, escalar «la tenebrosa mole de Dios» para descubrir su rostro. Siendo aún niño, imploró a Dios que lo hiciera dios a él también. Su angustia metafísica fue el sello que siempre acompañó su firme caminar sobre «la corteza de la tierra».

La brújula de su vida la hizo grabar en su epitafio:

Nada espero

Nada temo

Soy libre

Él mismo encargó que lo escribieran sobre su lápida, como refiere a su amigo Börje Knös, en su carta desde París, con fecha 12 de diciembre de 1947 ¹. El sentido de este epitafio lo encontramos también en obras tempranas de Casandsakis, como *El simposio* y la *Ascética*, que escribió entre 1922 y 1924, y en otras posteriores, como *Todo-Raba* (1929). *Informe al Greco* es el mundo incompleto de Nicos Casandsakis, de lo visible y de lo invisible.

Ante el Greco, Doménico Teotocópulos, él mismo se sentía como un soldado o un oficial ante un general. General y Patriarca, aquel; un hijo de su raza, Casandsakis, pionero del espíritu, autoconsagrado a la ascensión, suplicando a Dios que lo «tense». Abuelo, aquel; nieto, él mismo. Sin embargo la distancia desaparece gradualmente y el parentesco se hace más estrecho. La llama interior y el rostro real e imaginario del Greco se infiltran en su alma. En las fotografías que hay de Casandsakis en la Casa del Greco, en Toledo, y en las que se le ve contemplando sus obras en los museos, el escritor, admirador suyo, aparece pensativo y arrobado. Como si fuera recorrido por un flujo de miedo reverencial y rodeado de misterio. Sus inquietudes teológicas, su teogonía, tal y como quedan plasmadas en la *Ascética* y en *El simposio* están llenas de

tensión y de ascenso en pos de una divinidad invisible, fabricada o explorada. Este estremecimiento atraviesa su autobiografía, bajo la forma de balance de su vida y de su obra. El Greco convertía a Dios en un prisionero en sus cuadros, mientras que Casandsakis lo condensaba y lo transmitía en sus escritos, puesto que «En el principio fue la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y Dios era la Palabra». Uno y otro tenían terrenos comunes de lucha, liberar el espíritu que hay en la materia; y, más aún, lo que es más profundo: transustanciar la materia en espíritu.

Nicos Casandsakis escribe en el lema «Greco», del Diccionario Enciclopédico Elefcerudakis (tomo 4, Atenas, 1928, págs. 143-144):

Famoso pintor griego, nacido en Megalo Castro (ahora Iraclio), de Creta, probablemente, en 1545, y fallecido en Toledo, de España, el 8 de abril de 1614. A la edad de veintisiete años aproximadamente, conocedor de la técnica pictórica bizantina, salió de su patria hacia Italia [...]. Su fama había ya comenzado a consolidarse cuando, se desconoce por qué motivo, abandonó Italia, en 1576 y se trasladó a España. Cuando no mucho después, la Inquisición le preguntó por qué había venido a España, el arrogante cretense respondió: «¡No tengo por qué dar explicaciones a nadie!» [...]. Inmediatamente abandonó Madrid y se estableció en la célebre y antigua capital de España, Toledo [...]. El cretense entabló relación con los hombres eminentes de las letras, de las armas y de las ciencias de entonces. En Toledo conoció a la bella española Jerónima de las Cuevas, con la que convivió y quien le dio un hijo, Jorge Manuel (1578), al que amó sobremanera y que con frecuencia le servía como modelo para sus obras.

El Greco era orgulloso, arisco, despilfarraba, como dice su amigo José Martínez, los ducados para tener una casa suntuosa, llena de lujo y boato; durante sus comidas

disponía de músicos que, en la habitación contigua, ejecutaban diferentes piezas musicales. Vivió como un gran señor y murió pobre [...]. Tenía además fama de ser un gran sabio [...]. Entre las escasísimas frases conservadas del Greco estaría la siguiente, de gran relevancia: «La pintura no puede ser una técnica, es decir, recetas y cánones. La pintura es una hazaña, una inspiración, una energía absolutamente individual». Firmaba siempre en griego sus obras, añadiendo a menudo la palabra «Cretense». El primero que leyó con precisión su firma fue nuestro D. Víkelas.

La obra pictórica del Greco ha sido muy abundante y puede dividirse, abarcando toda su extensión, en cuatro épocas: 1. Sus primeras obras en Italia [...]. 2. Dolorosa búsqueda personal de su yo artístico en España [...]. 3. Nueva etapa, que comienza con su famosa obra *El entierro del conde de Orgaz*, que se encuentra en la iglesia de Santo Tomé, en Toledo [...]. A partir de esta obra dos mundos contrapuestos, el realista y el místico, se encuentran cada vez más unidos en su estilo. 4. Su etapa de madurez. En esta época vemos ya su angustioso y no siempre fructífero esfuerzo por transformar la materia en espíritu y transustanciar los cuerpos en llamas alargadas que se elevan retorciéndose [...]. El ambiente está impregnado de misticismo, los colores son agresivos, la luz no es de este mundo, es como de luna.

A medida que el Greco envejece, en vez de sosegar, muy al contrario, siente que su fiebre aumenta más y más [...]. En todas partes queda manifiesto el esfuerzo, verdaderamente mágico, del Greco por hacer visible lo invisible. Y precisamente por esto se le considera hoy el guía de los expresionistas modernos, quienes también se esfuerzan, no en presentar la forma externa de las cosas, sino la interna, su sustancia invisible. Los retratos del Greco son tan fielmente realistas y al mismo tiempo tienen

tanta intensidad mística, que se siente un escalofrío, como si se estuviera contemplando una condensación espectral de la atmósfera [...].

Nadie ha expresado como el Greco, con tanta fuerza y con tanta simplicidad, el angustioso empeño del hombre por elevarse. Sobre él ejerció una gran influencia, no el arte gótico, como algunos afirman, sino la pintura bizantina [...]. El Greco intentó y logró la gran proeza de transmitir al cuerpo una fuerza espiritual y misteriosa sin precedentes. A esto se debe el profundo atractivo que hoy ejerce en el pensamiento actual.

Doménico Teotocópulos, en fin, se convirtió en el auditor imaginario del balance vital y espiritual de la confesión de Nicos Casandsakis, de sus palabras de despedida y de su monólogo. Aproximadamente veinticinco años antes de que comenzara a escribir este libro, había pensado en un diálogo con el Greco, ya que por primera vez le relataba sus problemas cotidianos, sus sueños nocturnos, sus inclinaciones sociales, sus reflexiones filosóficas, teológicas, estéticas y sus inquietudes artísticas. Con este relato parecía esperar la respuesta del sabio y patriarcal Abuelo, el Greco. Y estudiaba su vida y su obra. Escribe a Pandelis Prevelakis, a Atenas, desde Gottesgab, de Checoslovaquia (que hoy se llama BoziDar y que, después de la «aterciopelada» división del país en 1993 en República Checa y Eslovaquia, pertenece a la primera), donde se encontraba con Eleni, el 5 de diciembre de 1929:

Me alegré mucho al saber que va a escribir *El Greco*. Es difícilísimo [...]. Yo hace tiempo había tomado muchas notas y había hecho una escaleta para un libro semejante sobre el Greco. Un relato completamente libre, lírico, una interpretación de su lucha por encontrar el espíritu en el interior de la materia y liberarlo. Había vivido con todo detalle su vida cotidiana —su lucha por el arte, sus sueños nocturnos, sus relaciones con su mujer, su hijo, sus

amigos, Góngora, Cervantes, etc.—. Mantenía diálogos con él, le hablaba de nuestra angustia actual —tan semejante a la suya— y le llevaba «noticias» de nuestro mundo contemporáneo y de todo tipo de problemas, estéticos, filosóficos y teológicos, e intentaba encontrar la respuesta que daría el Greco. Ya no sé qué ha sido de todas esas notas porque llevo muchos años pensando escribir sobre el Greco —un Diálogo entre el Greco y yo—. En él hablaremos y daremos nuestro último juicio sobre muchas cosas ² .

Este relato de su vida y de su espíritu dirigido al Greco le llevó a identificarse con él hasta tal punto que por la noche soñaba que comían, bebían y reían los dos juntos. El 15 de marzo de 1930, vuelve a escribir desde Gottesgab a Prevelakis, en Atenas:

Anoche tuve un extraño sueño sobre el Greco. Pasé toda la noche con él en su casa. Comíamos, hablábamos en cretense, reíamos; me desperté y me volví a dormir y seguí soñando. Por supuesto, no puedo contarlo con palabras, pero recuerdo bien multitud de detalles y he hallado la forma de escribir más adelante las *Conversaciones con el Greco*. Estoy muy contento ³ .

Las *Conversaciones con el Greco* tendrían más tarde otro título. Se llamarían *Cartas al Greco*. La idea del cambio de título se le ocurrió a Casandsakis mientras escribía la novela sobre la guerra civil en Grecia, que en un principio tituló *Dice que quiere ser libre ¡Matadlo!* Este título se convertiría posteriormente en subtítulo, y su lugar sería ocupado por otro, *Los hermanos enemigos*. El 23 de octubre de 1954 escribe desde Antibes, a Prevelakis, en Atenas:

Ahora estoy escribiendo aún la nueva novela, *Dice que quiere ser libre ¡Matadlo!* Pero mientras la escribo ha surgido en mí otro libro *passionnant*; *Cartas al Greco* .

Estoy impaciente por terminar el primero para dedicarme al otro. Mi corazón tiembla ante la idea de que voy a conversar con nuestro cretense.

Es preciso señalar que *Informe al Greco* se publicó en francés con el título *Lettre au Greco. Bilan d'une vie*.

En otra carta a Prevelakis, en Atenas, con fecha 25 de junio de 1955, escribe Casandsakis:

La obra *Cartas al Greco* me funciona; será una confesión al Abuelo; espero que este tema vaya en cabeza, dejando a un lado los otros que me torturan; no quisiera irme antes de hablar con el Greco. A medida que pasa el tiempo siento que él es un antepasado mío ⁴.

Empezó a escribir este libro con el título de *Cartas al Greco* al mes siguiente, julio, en Cademario, en Lugano, Suiza. Desde Lugano escribe a su amigo y traductor sueco Börje Knös:

Kurhaus Cademario, Lugano
10-7-1955

Queridísimo amigo,

[...] Por fin Eleni y yo estamos tranquilos. Tengo la intención de comenzar aquí la nueva obra, *Cartas al Greco*, una especie de autobiografía, y una confesión a mi Abuelo, el Greco. Ayer un sabio amigo, Von den Steinen, me dijo que Petrarca escribió *Cartas a Cicerón*, al que amaba mucho. Me alegro; mi idea, pues, no es exclusiva de mí, es una necesidad muy antigua del creador de conversar con un difunto amado en el que confía y contarle su sufrimiento.

«Ahora ustedes están tranquilos en el campo». ¿Qué significa para nosotros estar tranquilos? Significa que

trabajamos en lo que queremos y no en lo que se nos exige desde fuera ⁵ .

A finales del mes siguiente, Nicos Casandsakis, en una carta, dará por primera vez una muestra de su escritura de *Informe al Greco*. La carta está dirigida a Eleni, la esposa de Yanis Anguelakis, que le había pedido consejo sobre qué debía estudiar y qué carrera debía hacer Caterina, la hija de su marido. Se trata de la ahora famosa poeta Caterina Anguelakis-Ruk. Casandsakis había vivido en casa de los Anguelakis, en Egina, desde finales de 1930 a mediados de 1931. Es famosa su fotografía tomada allí, en la primavera de 1931, mientras escribe el Diccionario Griego-Francés, en *cazarévusa* y en *dimotikí* . Casandsakis llevó con él a Yanis Anguelakis, abogado, al Cáucaso para repatriar a Grecia a los pondios, que estaban padeciendo mucho allí. También llevó a Yorgos Sorbás, en quien está basado su personaje novelado Alexis Sorbás. Sobre esta misión habla en el capítulo XXVII, titulado *Cáucaso*, de *Informe al Greco*. La carta de Casandsakis a Eleni Anguelakis está escrita en Antibes y lleva fecha de 31 de agosto de 1955. La destinataria recibe el tratamiento de «querida amiga», «deseada desde hace tiempo, amiga». Y termina con la expresión: «siempre con usted, con Yanis y con Caterina N. Casandsakis».

En esa carta Casandsakis dice lo siguiente:

A la vuelta de mi gira —Italia, Suiza, Alemania, Alsacia— me he encontrado su amable carta y he visto con horror la pregunta que me plantea. ¿Qué puedo yo aconsejar a Caterina? ¿Cómo puedo saberlo en la distancia, sin haber seguido las diferentes complejas etapas de su desarrollo...? [...].

Ahora dejo a Eleni que siga escribiéndole. En dos meses que hemos estado fuera se ha acumulado un montón de correspondencia y hemos de contestarla. Tengo además, aquí al cineasta [Jules Dassin] que va a rodar *XC[Cristo de nuevo crucificado]* y con frecuencia colaboro con él

duramente. Mi estancia en el extranjero me ha lanzado redes por todas partes y ya me es difícil liberarme. Pero trabajo creativamente con intensidad. Tengo prisa. Mi nueva obra comienza así: «Recojo mis herramientas: vista, oído, gusto, olfato, tacto, cerebro, ha caído la tarde, la jornada de trabajo termina, vuelvo a mi casa, como el topo, a la tierra. No porque esté cansado de trabajar, no lo estoy, pero el sol se ha puesto. La sagrada noche baja del cielo, sube de la tierra, las cordilleras de mi mente aún retienen un poco de luz en sus cumbres, y la luz ha jurado no rendirse pero ella sabe que no hay salvación: no se rendirá, pero se apagará».

Este es el primer párrafo; usted es la primera en conocerlo.

El mismo mes, Casandsakis envió una carta a la familia Anguelakis desde Cademario, Lugano.

Muchos saludos desde una alta montaña de Lugano. Partimos hacia Zúrich, y de allí, a Alsacia donde nos ha invitado Schweitzer. ¿Cuándo vamos a vernos?

Ni XC [Cristo] ni Alá ni Jehová pueden darnos una respuesta.

Hasta siempre, N. y Eleni Casandsakis.

En relación a este periodo de tiempo nos dice Prevelakis:

A finales de junio viaja a Italia con su mujer (donde permanecen una semana) y de allí, a Suiza, por un mes: Kurhaus, Cademario, Lugano. Durante su estancia en este retiro montañoso, Casandsakis empieza a escribir *Informe al Greco*, su autobiografía espiritual. Luego, de Lugano, los Casandsakis van a Zúrich, y de allí a Alsacia, donde los espera Albert Schweitzer. Su encuentro tiene lugar en Gunsbach, el 11 de agosto ⁶ .

Por tanto, esta carta a Anguelakis fue escrita antes del 11 de agosto de 1955. Y si realmente tiene valor la anotación «Agosto 1955», en un lado del membrete de la carta es verosímil situarla en la primera decena de agosto de 1955.

En octubre de 1955 Casandsakis dará a su libro el título de *Informe al Greco*. El 27 de octubre de 1955 escribe, desde Antibes, a Prevelakis, en Atenas:

El libro que estoy escribiendo se titula *Informe al Greco* . Informe, en el sentido militar de un oficial a su general. Y también es una especie de autobiografía. Como le digo, me estoy preparando [7](#) .

Y en la misma carta decía: «A veces intuyo que se acerca la hora. He empezado ya a prepararme».

El 19 de noviembre de 1956, Casandsakis escribe de nuevo a Knös:

En unos días le enviaré un capítulo de *Informe al Greco*. *Cuando la semilla de la Odisea trabajaba en mí*. Ojalá se encontrara una *Revue* sueca para publicarlo. Ojalá pudiera hacerlo usted; me daría una gran alegría. Y necesito esta alegría.

Que ha comenzado a escribir «el nuevo libro *Cartas al Greco*» lo anuncia Casandsakis a Yanis Cacridís el 12 de septiembre de 1955. Los dos habían trabajado juntos durante años en la traducción de la *Ilíada*, de Homero. El 9 de noviembre de 1955 la recibió en Antibes impresa como libro, enviada por Cacridís. Se sintió muy feliz por ello. Las referencias de Casandsakis sobre *Informe al Greco* continúan y en sus cartas posteriores a Cacridís le dice el 4 de abril de 1956:

[...] A medida que declino, más me crispo; me sucede lo que le pasó a nuestro compatriota el Greco, cuyas obras del último año son pura fiereza, elevación y llama. Ahora que estoy escribiendo *Informe al Greco* (Informe en el

sentido militar que tiene el término) me identifico con este cretense y lo llamo Abuelo [8](#) .

Y el 24 de junio de 1956 vuelve a escribirle: «Trabajo, vuelvo a revisar *El Greco*; está terminado, pero aún necesita un pulido. Requiere tiempo, como el mosto, para convertirse en vino» [9](#) .

Después de terminar la traducción de la *Ilíada*, empieza a trabajar en la de la *Odisea*, de Homero, y el 12 de octubre de 1956 escribe a Cacridís:

Espero con impaciencia que me envíes la *Odisea*; esta obra me interesa más que la del *Greco*, que escribo. La tengo terminada desde hace tiempo pero la estoy reescribiendo; es una confesión y requiere atención. Todas mis obras son una confesión, pero esta mucho más. Voy a confesar los cuatro hitos más significativos de mi vida en la ascensión, prescindiendo de lo cotidiano [10](#) .

El 22 de marzo de 1956, vuelve a escribir desde Antibes a Pandelis Prevelakis, en Atenas:

Trabajo mucho, en pocos días terminaré *Informe al Greco* [...]. Eleni no quería copiarlo [El Prólogo], se echaba a llorar porque hablo de mi muerte. Pero tiene que hacerse a la idea; también yo tengo que hacerme a la idea. «El sol se ha puesto, las montañas se han difuminado, las cordilleras de mi mente conservan aún un poco de luz en sus cumbres, pero la noche sagrada ya se extiende, sube de la tierra, desciende del cielo, y la luz ha jurado no rendirse pero ella sabe que no hay salvación: no se rendirá, pero se apagará [11](#) .

Sobre esta circunstancia temporal, vital y espiritual escribe Eleni en su libro biográfico sobre su pareja:

Nos encontramos en Antibes, en su último «Capullo». Escribe con mucha prisa *Informe al Greco*, y al mismo tiempo prepara nuestro viaje a China. Está seguro de que todo irá bien. Los médicos están de acuerdo. Sin embargo, quizá su subconsciente señala peligro de muerte. Porque apenas ha terminado el Prólogo me dice con gran emoción: «Niña mía, léelo, a ver si merece la pena. Verdaderamente yo no estoy en situación de juzgarlo».

«Recojo mis herramientas: vista, oído, gusto, olfato, tacto, mente, ha caído la tarde, la jornada de trabajo termina, vuelvo a mi casa, como el topo, a la tierra. No porque esté cansado de trabajar, no lo estoy, pero el sol se ha puesto...».

En esta ocasión mis ojos se llenan de lágrimas. Se me hace un nudo en la garganta. ¿Qué le ha pasado para hablar de la muerte hoy? —pensaba, mientras intentaba terminar la lectura—. ¿Por qué hoy por primera vez asume la muerte?

Finjo que me enfado. Le riño. No se inmuta, apoya, como acostumbraba, la mano en mi hombro.

—Tranquilízate, compañera. Ya lo hemos hablado, cuando llegue a los ochenta y dos, entonces, empieza a preocuparte... [12](#) .

Este hecho se lo cuenta Casandsakis a Prevelakis, entonces, el 22 de marzo de 1956. Y en otra carta, con fecha 2 de junio de 1956, le comunica que ha terminado *Informe al Greco*, pero tardará en editarla. Está contento también por su salud.

He terminado *Informe al Greco*, pero tardaré en publicarla; ahora pienso en otras cosas. Puede que en otoño viaje a China, invitado por Pekín; me alegraré mucho de volver a ver esta ciudad. Espero no fatigarme demasiado; fui a Friburgo en mayo para una revisión

médica general, estuve veinte días y volví; todo está bien, no hay que preocuparse [13](#) .

Terminó, pues, la primera escritura y quedan, según acostumbra a hacer, otros repasos y revisiones del libro. «Escrituras», las llama él mismo. De su *Odisea*, que se publicó en 1938, hizo siete escrituras. Ahora tiene previsto hacer sólo tres. Da su «informe» sobre *Informe al Greco* a su amigo, en el que había pensado como biógrafo y comentarista de su obra. En su carta de 27 de junio de 1956 dice:

El Greco está terminado, pero la primera escritura; tiene que haber tres más; pero no tengo prisa, porque esta obra es una especie de autobiografía, aunque no de toda mi vida, sólo de una parte, los cuatro peldaños principales que he subido para llegar al actual equilibrio «inestable» [14](#) .

Su destino es benévolo con él en aquella época. Su alma se mantiene firme y su cuerpo, lo quiera o no, la obedece. Casandsakis se «otorga» a sí mismo diez años más de vida y se dedica a la segunda escritura de *Informe al Greco*. Eleni había ido por entonces a Grecia para seguir en Creta el rodaje de la película de Jules Dassin, *Celui qui doit mourir*, basada en la novela *Cristo de nuevo crucificado*. Casandsakis manifiesta su alegría por el hecho de que Eleni y Prevelakis se hayan visto en Atenas y le haya trasladado con todo detalle noticias de él. Casandsakis le escribe el 23 de septiembre de 1956:

No debe preocuparse por mí; en la medida en que el alma se mantiene firme, el cuerpo, lo quiera o no, la obedece; ya lo sabe usted, tengo previsto irme a los ochenta y tres años; aún me quedan algunos, los mejores, quiero decir, los más maduros, y no voy a perderlos. Ahora estoy completamente bien y trabajo. Reescribo mi *Informe al Greco* [15](#) .

En realidad, quisiera vivir quinientos años y traducir todos los autores clásicos antiguos. Esto es lo que escribió a Cacridís el 9 de enero de 1957.

En noviembre de 1956 termina la segunda escritura de *Informe al Greco* y tiene prevista la tercera. El 6 de noviembre de 1956 escribe a Prevelakis, a Atenas:

A pesar de todo, estoy terminando la segunda escritura de *Informe al Greco*, habrá una tercera. Trabajo mucho, intensa y relajadamente. A veces pienso en parar un poco para leer, sólo unos meses, pero no puedo. ¿Sabe qué dicen los indios? «Quien monta a un tigre ya no puede apearse». Nosotros cabalgamos a lomos de un tigre [16](#) .

La pareja Casandsakis entra felizmente en el año de 1957 y en su felicitación de Año Nuevo a Pandelis Prevelakis, Casandsakis escribe: «Comienzo el año nuevo escribiéndole. Que Dios le dé salud para seguir el ascenso [...]. Salud, paz, buen corazón, fecundo trabajo intelectual y ¡Chipre libre! [...]» [17](#) .

Chipre siempre en el pensamiento y en el corazón, tanto de él como de Eleni, quien desde 1967 pasaba largas temporadas en la isla. Incluso, estando en China, Casandsakis dirá al primer ministro, Chu-En-Lai, en su encuentro, el 26 de junio de 1957, que no se olvide de Chipre. El día de Año Nuevo de 1957 Chipre continuaba su sangrienta lucha armada de liberación contra los ingleses, mientras su líder, el arzobispo y Jefe de la Nación, Macarios, estaba desterrado en las islas Seychelles.

El doce de febrero de 1957, de nuevo desde Antibes, escribe a Prevelakis:

Le agradezco que escriba sobre mí; ningún otro podría escribir y juzgar mi vida y mi ascensión; en el *Informe al Greco* hago mi confesión a nuestro viejo Abuelo y en él hablo sobre las cuatro etapas principales que he recorrido, y cada una de estas etapas lleva un nombre sagrado: Cristo, Buda, Lenin, Odiseo. Me he limitado a ellos porque

mi otra vida no le interesa a nadie. Este libro está listo, pero tardaré en publicarlo. Quizá lo deje como *posthume*. Aún no lo he decidido.

No obstante, más que lo que yo escribo sobre mí mismo, me interesa lo que escribe usted; y me alegro de existir aún para leerlo [18](#) .

Se alegra de existir aún, escribe Casandsakis, probablemente pensando que apenas había entrado en el primero de los diez años que se había otorgado a sí mismo, y sin saber que recorría ya el segundo de los diez últimos meses de su vida. Sus palabras sobre la prórroga de su vida no eran retórica; la quería, la deseaba, la necesitaba para parir nuevas obras que se gestaban en su seno; al menos, tres, eso es seguro; lo había dicho él mismo. Lo trágico sobre este asunto es que por entonces había muerto su amigo y traductor al alemán, y sobre él escribe en la misma carta:

Me ha dolido mucho la partida de [Helmut] von den Steinen. Lo apreciaba y lo quería mucho; y era muy útil a las letras griegas. Mente brillante, gran sabiduría, profunda comprensión de Grecia. El Destino no es ciego. Ve y elige a los mejores.

En su carta a Prevelakis, desde Antibes, el 4 de mayo de 1957, escribe: «[...] Estoy revisando *El Greco*, que continuamente necesita correcciones [...]» [19](#) .

Su opción era retrasar la edición, que se hiciera después de su muerte, pero tampoco la obra estaba lista en su forma perfecta.

En efecto, cuatro años después de la muerte de Casandsakis se editó *Informe al Greco*, en 1961. Su deseo de que la edición de esta obra fuera póstuma lo había manifestado también en abril de 1957, desde Friburgo, donde había ido para una revisión médica general y lo habían encontrado bien. Llegado a este punto, debo añadir que Pandelis Prevelakis le había pedido que retrasara la edición de *Informe al Greco* hasta tanto él mismo

publicara el libro que había escrito sobre Casandsakis, con el título: *El poeta y el poema de la Odisea*. La edición se hizo, pero también después de la muerte de Casandsakis, en 1958. *Informe al Greco* tuvo que ser editado por su viuda, Eleni, en colaboración con su amigo Pandelis Prevelakis.

* * *

Si consideramos que una biografía, o, en este caso, «una especie de autobiografía», cubre una vida entera, *Informe al Greco* no cubre toda la vida de Nicos Casandsakis. Lo dice él mismo en su carta de 2 de junio de 1956, dirigida a Prevelakis: cubre sólo los cuatro peldaños más significativos, hasta su equilibrio, que incluso este no es firme, sino inestable, y nos encontramos apenas dieciséis meses antes de su prematura y no esperada muerte. Con este espíritu, podemos decir que no cubre su vida cronológicamente, ni tampoco es completa en lo que respecta a las personas, a las letras y a las acciones de toda su vida. En ella, por supuesto, hay referencias a algunas personas y a algunos hechos —como por ejemplo, al «círculo de fuego» de las mujeres de Berlín, mencionadas con nombres—, otras personas aparecen tangencialmente, en el marco de relatos, y las hay que no figuran en absoluto. No considero esto casual. No menciona, por ejemplo, el hecho de su primer matrimonio o el nombre de su primera esposa, que un año antes de su muerte, con su apellido, aunque llevaba años casada con otro hombre, había puesto en circulación su libro contra él y se lo había enviado por correo a Antibes, con el que le había dado un gran disgusto y lo había defraudado. Y eso que en *Informe al Greco* hay treinta y un capítulos completos, además de un *Prólogo* y un *Epílogo*, como balance y despedida.

En los primeros capítulos se habla de los ancestros, rebeldes e indómitos, corsarios del mundo y de la vida. De sus padres; feroz, el padre, un ogro, duro y carente de risa; la madre, tierna, buena, santa, tenía en sí la bondad de la tierra. Los dos estaban vivos en él y durante toda su vida intentó aunarlos y conciliarlos, tomar la fuerza de su padre y la ternura de su madre y

armonizarlas en su corazón. Por otra parte, del choque y la conciliación de los contrarios surge la armonía, esto dicen los filósofos antiguos, concretamente, el profundo y oscuro Heráclito.

Nicos Casandsakis sintió siempre un profundo temor ante su padre, lo que al mismo tiempo significa respeto y amor. La sombra de su padre le parecía pesada y él en sí mismo era un gran peso, porque acarreaba sobre sus espaldas una tradición cultural y una historia heroica, elevada como el Psiloritis y sobrehumana, como el orgulloso sentimiento cretense de la libertad. Completamente fuera de la realidad e injustificadas son las opiniones que quieren ver que sentía odio por su padre. Tienen su origen en una incapacidad de comprensión de las cosas, en una tergiversación de los auténticos significados de su escritura, en la ignorancia. De este modo, de camino, se está además al servicio de una determinada intencionalidad, la de negar la verdadera figura heroica que Casandsakis, en su novela *El Capitán Mijalis*, quiso que fuera la expresión de toda Creta, en su conjunto. Se han escrito muchas mentiras e innumerables tergiversaciones contra el padre y contra el hijo por supuesto, lo han hecho personas presuntamente «de los suyos».

En *Informe al Greco* Casandsakis describe los estudios generales que hizo, la educación que recibió, fuera y dentro de Creta, su participación en las corrientes intelectuales de la época, la lucha de Creta y Turquía, su inclinación a la santidad y a la religiosidad, su actitud laudatoria hacia Creta. El canto a Creta, a Atenas, a Grecia, continental y marítima, no podía faltar. Por el Egeo se extiende, como un mar, su amor. Plasma su lucha con Dios y con los hombres; su cosmogonía, su teogonía, su forma de combatir a Dios, que no significa necesariamente luchar contra Dios, sino luchar por Dios, por encontrar su mole sombría y misteriosa y unirse con él. Al Greco le pidió su bendición para llegar hasta donde pudiera. Al Señor, arco él mismo, pidió en sus plegarias que lo tensara para no partirse, que no lo tensara en exceso, porque se partiría, y, finalmente, que lo tensara hasta el límite, aunque se partiera. Tres almas, tres plegarias, pero para él, tres gradaciones de una única alma, la suya, que anhelaba ser tensada hasta el límite, aunque se partiera. Es el éxtasis

después de la autonegación, es su estallido en medio del universo.

Las mujeres jugaron siempre un gran papel en su vida, especialmente en Berlín, el llamado «círculo de fuego». En todos sus momentos decisivos, siempre tuvo una mujer como respaldo. Y por supuesto, claro está, a pesar de ello, lo llamaron misógino. Cada cual arrojaba sus propias frustraciones contra Casandsakis.

Un hito en la vida de Casandsakis lo marca la misión que en 1919 le encomendó el Presidente del Gobierno, Elefcerios Veniselos, viajar al Cáucaso para repatriar a los griegos que sufrían allí una difícil situación después de la Revolución de 1917. Trasladó a Grecia ciento cincuenta mil compatriotas y los estableció en el Norte, ejemplo este de su perspectiva y su clarividencia. En aquella misión participó también, como representante del Ministerio de Asuntos Exteriores, su amigo Yanis Stavridakis, que el mismo año murió de neumonía en Tiflis.

Nicos Casandsakis consideraba *La Odisea*, Su Obra por antonomasia, un Odiseo alegórico, él mismo. En ella plasmó su visión filosófica y su percepción del mundo. Y de Cnosós extrajo su mensaje filosófico y su símbolo, la *Mirada Cretense*: Mirar al miedo sin miedo, sin temer, sin esperar, ser libre.

No se trata de analizar el contenido de este libro. Presenta a un Hombre que ha echado raíces y brota de las tierras y mares de Creta, empapado de leyendas y de tradiciones de superhombres, de hombres que sobrepasan a los seres humanos en ideales, aspiraciones e ídolos que unen la tierra con el cielo y el cielo con la tierra, que humanizan a la divinidad y divinizan al hombre; un hombre que sufre y padece desde el punto de vista nacional, y al mismo tiempo es supranacional y universal, que se ocupa de los hombres en su cotidianidad, pero también en su superación, y que los conduce a la mutua comprensión y a su hermanamiento, que adora la naturaleza y el medio ambiente, que dialoga con la fauna y con la flora, hasta tal punto que podemos caracterizarlo como estudioso del medio ambiente y ecologista, y que al mismo tiempo, ensalza las creaciones culturales, no sólo por su valor material intrínseco y

su armonía, sino también por su proyección estética, espiritual y ética. Con Casandsakis la historia del hombre no termina y su vida es una lucha sin fin y sin piedad, transformar la materia en espíritu y con el fuego de su alma abrasar el cuerpo y conducirlo a la unión de la naturaleza humana con Dios y a la adquisición de la condición divina. Así, tomó a Odiseo después de su llegada a Ítaca y de la matanza de los pretendientes y lo situó como héroe de una nueva odisea, que codificó en un poema épico de 33.333 versos decaheptasílabos, su *Odisea*. Y si la muerte no lo hubiera arrebatado prematuramente, pues su Odiseo murió en el océano Antártico, lo habría rebautizado con el nombre de Acrita —el Acrita como continuación de su propio Odiseo— y lo habría llevado a la época industrial de la humanidad como viajero e investigador. Casandsakis había tomado el nombre de Acrita de las canciones populares acríticas [20](#) de Chipre, que consideraba las mejores del helenismo. Ha quedado, también, por supuesto, un gran proyecto de su nuevo poema épico.

En los capítulos de *Informe al Greco*, especialmente en uno de ellos, hay además algunas informaciones útiles. Se trata del capítulo XIV, *La irlandesa*. Durante cuarenta y un años, desde 1961, año de la edición de *Informe al Greco*, hasta 2002, año de la nueva edición definitiva de *Serpiente y lirio*, se ha considerado que este capítulo era pura ficción. Las cosas no fueron y no son así. La «irlandesa» era una persona con existencia real, que en 1901-1902 (y por supuesto, antes y después de estas fechas) vivía en Iraclio sin su familia, y que se dedicaba a impartir clases de inglés; se llamaba Kathleen Forde. El estudiante de Secundaria, Nicos Casandsakis, aprendió inglés con ella y no tardaron en caer en una relación de amor. Fue su primer amor. Para comunicarse, ella le enviaba notas, «sus mensajes de amor», algunas manifiestamente eróticas, y probablemente, él también a ella. Tengo en mi poder las notas de la irlandesa, que me regaló Eleni N. Casandsakis, mi madre adoptiva. El idilio con la irlandesa está narrado en el libro *Serpiente y lirio*, que he editado en julio de 2002, con notas y comentarios míos. Mi hija, Niki P. Stavru, tras laboriosa y prolija investigación, ha descubierto el árbol genealógico de la chica y además encontró

un parientes suyo incluso en Canadá. Nicos Casandsakis la describe en *Informe al Greco*, sin mencionar su nombre. La afirmación de que Casandsakis se inspiró en su primera esposa, Galatea, para escribir *Serpiente y lirio* es una invención posterior intencionada. En la época en que el joven Casandsakis escribió el libro todavía no conocía a Galatea. Lo editaron, sin saberlo él, para darle una sorpresa, compañeros suyos de estudios en Atenas, que habían encontrado los manuscritos en su habitación. ¡Y vaya si se la dieron!

* * *

Casandsakis hizo el último «viaje de su vida» a China y Japón, acompañado por su esposa, Eleni, y por una pareja amiga de ambos, Jrisós y Neli Evelpidis. Partió, con Eleni, de Antibes, su ciudad de residencia habitual, en el sur de Francia, el 5 de junio de 1957, en dirección a Berna. Desde allí, con escalas en Praga y Moscú, ciudades en las que permanecieron unos días, llegaron a Pekín el 21 de junio. Vi en casa de Eleni N. Casandsakis, en Ginebra, donde vivió unos años después de la muerte de su esposo, una nota suya con el conocido verso de Constandinos Cavafis: «Despídete de Alejandría que se va». Mi interpretación es que incluso antes de salir de Antibes tenía el presentimiento de que con este viaje se despediría del mundo, mirándolo con el ojo de elefante, como decía, como si lo viera por primera, como si lo viera por última vez. El gobierno chino, que lo había invitado el año anterior, les tributó una calurosa acogida y les organizó un recorrido por el inmenso país, no sólo en coche, sino también en barco y en avión. Los chinos cuidaron de él como si fuera de cristal —escribe Eleni—. Y no sólo no se fatigó, sino que incluso descansó en China, dice [21](#) .

Para el viaje de vuelta a través de Japón, adonde los había invitado el gobierno japonés, se vacunaron de la viruela en Cantón. De Cantón fueron a Hong-Kong, el 22 de julio, y el 26 de julio llegaron a Tokio. Permanecieron diez días en Japón e hicieron las excursiones que les interesaban. Pero en Tokio, a Casandsakis se le empezó a hinchar el brazo derecho, se le

infectó la vacuna, y aunque le dolía y se encontraba mal, lo ocultaba con diferentes pretextos. El 6 de agosto tomaron el avión de vuelta, sobrevolando el Polo Norte. Llegan a Copenhague y Casandsakis ingresa en el Hospital Nacional de la ciudad. Permanece allí veinte días y no va bien, su situación se agrava. El 28 de agosto viajan a Friburgo, donde ingresa en la famosa Clínica Universitaria. Su médico de cabecera desde hacía años, el hematólogo Heilmayer, considera que Casandsakis está fuera de peligro porque su brazo se ha curado. Este mismo médico, por otra parte, era el que le había dado «autorización» para hacer este viaje.

La noticia de la enfermedad de Casandsakis se extiende por todo el mundo y son innumerables los mensajes de simpatía llegados de todas partes, y muchísimas las visitas que recibe. Los estudiantes griegos se apresuran a ir a la Clínica para conocer al «Maestro» y solidarizarse con él. El Comité de Paz de Pekín —es decir, el gobierno chino, básicamente— le envía un mensaje de cariño y apoyo y una considerable suma de dinero para cubrir todos los gastos de la Clínica. Un gesto de nobleza. Él lo agradece calurosamente y devuelve el dinero. Casandsakis no estaba postrado en cama. Se movía, paseaba, incluso leía y hacía planes para el futuro, aunque ya no programas para cinco años, como en otro tiempo en Egina y en Gottesgab. Su valiente compañera de fatigas, Eleni, espíritu altruista, llena de desvelo, con inmenso amor y ternura escribe en *El inconformista*:

Sentado cómodamente en su confortable butaca, leía durante todo el día un número sorprendente de libros. La joven bibliotecaria de la Biblioteca Francesa de Friburgo se sorprendía al verme ir tan a menudo y sacar en préstamo cada vez más libros. Entre otros, Nicos me había pedido Montaigne, Racine, Molière.

—¡Cuánto dura, Dios mío! —suspiraba—. ¿Cuándo voy a poder reanudar el trabajo?

—¡Paciencia, paciencia, paciencia en la Tierra! —le decía yo, parafraseando los versos de Valéry.

—Tres nuevos temas luchan en mi cabeza. ¿Cuál saldrá el primero? Tengo que reescribir *El Greco* de manera completamente diferente. Si pudiera dictarlo...

—Vamos a probar.

La prueba fracasó.

—No puedo trabajar si no es con el lápiz en la mano. Bueno, léeme las canciones chinas que has traducido. Quizá necesiten alguna corrección.

Hizo algunas correcciones oportunas. Reanudó la lectura, esta vez el librito de Roger Martín du Gar sobre la muerte de Gide.

—Quisiera que lo leyeras, Lenotschka. Así es como me gustaría morir.

Todos los sábados venía a visitarlo un pastor anglicano. Nicos lo saludaba con cortesía y lo dejaba hablar. Cuando el buen hombre se despedía de nosotros, Nicos suspiraba, feliz.

—¡Y pensar que es sincero —murmuraba—, que cree todo lo que nos dice!...

No éramos ricos. La estancia durante meses enteros en hospitales y clínicas nos dejaba exhaustos económicamente. Sin embargo, Nicos no parecía preocupado en absoluto. Yo le recordaba las palabras que en cierta ocasión me había escrito durante la ocupación alemana: «No te preocupes nunca por el mañana. Si yo hubiera pensado en el mañana no sería lo que soy hoy».

Sólo le angustiaba una cosa: si me retrasaba un poco al volver de comprar cada día los periódicos franceses y libros. Entonces veía desde lejos su cara pegada al cristal de la ventana y me imaginaba sus ojillos buscando la semisombra bajo los árboles del parque.

—¿Qué haces ahí de pie delante de la ventana, Nicos? —le preguntaba, ocultando mi emoción—. Sabes bien que

no puede sucederme nada, que siempre vuelvo.

—Sí, sí, lo sé, pero no puedo hacer otra cosa, Lenotschka.

Y cuando le reñía porque caminaba muy deprisa en la habitación y tenía miedo de que resbalase y se rompiera una pierna.

—Me siento completamente rejuvenecido —decía, sorprendido él mismo de sus fuerzas renovadas—, ¡Dios mío, como si tuviera alas!

También Heilmayer entraba en la habitación y gritaba:

—¡Este hombre está muy fuerte!, se lo digo yo. Su sangre ahora está como la mía.

Y a Nicos:

—Ha estado usted a un paso de la tumba, pero la vacuna —esto sucede muy raras veces— pero la vacuna le ha servido. ¡Ahora su sangre está perfectamente!

Cuando Casandsakis no podía escribir, Eleni escribía por él a Prevelakis, para seguir informándole. El 2 de octubre de 1957 le escribe diciéndole que permanecerá uno o dos meses en la Clínica Universitaria. «Pero su vida no corre peligro, ha empezado a leer, come, duerme y suspira y afortunadamente también... está engordando. Había perdido cinco o seis kilos en Copenhague». Y añadía esta postdata: «Nicos aún no puede escribir, pero trabaja mentalmente el último libro que ha escrito [*Informe al Greco*], lo rehace en su mente y me dice que ahora será completamente diferente» [22](#) .

El 17 de octubre de 1957 Eleni vuelve a escribir a Prevelakis:

Ahora dice el famoso cirujano Kraus (el que ha operado también al rey de Inglaterra): 1. Hemos salvado la vida. 2. Hemos salvado el brazo. 3. Esperaremos a que la herida se limpie sola, en la medida de lo posible, y se reduzca. 4. El *Baumeister* [= el arquitecto], es decir, Kraus, intervendrá

para injertarle piel, pequeños trocitos... Esto no sabemos aún cuando.

Nicos ha recobrado vida, come, bebe, duerme, lee y piensa en lo que escribiría si fuera posible que le operaran el brazo derecho [23](#) .

Inmersos en esta dinámica y este sufrimiento, Casandsakis y Eleni reciben la grata noticia de que *La Odisea* se está imprimiendo en inglés, en Nueva York. Al mismo tiempo les llega otra noticia, que Albert Camus ha ganado el Premio Nobel de Literatura. Y en su situación, Casandsakis dicta a Eleni un telegrama de felicitación a Camus. Fue este el último mensaje que envió a su amigo. Más tarde, el 16 de marzo de 1959, Camus dirá a Eleni en una carta que él había ganado el premio que Casandsakis merecía cien veces más:

Señora, lamenté mucho no haber podido acudir a su invitación. Siempre he sentido un gran respeto, y si usted me lo permite, un amor especial por la obra de su marido. He tenido la satisfacción de manifestar públicamente en Atenas esta admiración en la época en que la «Grecia oficial» hacía feos a su escritor más importante. La forma en que el público, estudiantes en su gran mayoría, recibió mi testimonio ha sido el más hermoso reconocimiento que podía tener la obra y la actuación de su marido.

No olvido que el día en que sentía aceptar un honor que Casandsakis merecía cien veces más, recibí un telegrama suyo, uno de los más cálidos. Poco después supe con horror que este mensaje había sido escrito pocos días antes de su muerte. Con él se ha perdido a uno de los últimos grandes artistas. Yo soy uno de los que sienten y seguirán sintiendo el gran vacío que ha dejado [24](#) .

El episodio de la vacuna terminó, pero se presentó la peligrosa gripe asiática, que entonces segaba las vidas de miles de hombres. El virus llegó a Casandsakis. Durante cuatro días

lucharon despiadadamente. El sábado, 26 de octubre de 1957, festividad de san Demetrio, al que su amigo, el poeta Ángelos Sikelianós, le había encomendado como guardián y protector, a las diez y veinte de la noche, Nicos Casandsakis, de setenta y cuatro años, roble de elevado tronco del espíritu de Grecia, se derrumba. A su lado, Eleni, su fiel compañera y esposa perfecta, le cerró los ojos. Años antes Casandsakis había escrito que de no haber sido por Eleni él habría muerto hacía tiempo. Ella era «el escudo de siete pieles» de su vida, que ninguna saeta puede traspasar. ¿Pero no había sido él mismo quien había dicho que la Muerte elige a los mejores? Lo eligió. Merece la pena añadir un fragmento (pág. 672) del *Epílogo*:

He amado a algunas mujeres, he sido afortunado en esto, he encontrado en mi camino mujeres extraordinarias, nunca los hombres me han ayudado tanto en mi combate ni me han hecho tanto bien como estas mujeres. Y sobre todas, una, la última. Pero cubro el cuerpo enamorado con el velo con que los hijos de Noé cubrieron el cuerpo de su padre ebrio. Me ha gustado, seguro que a ti te gustaba también, abuelo, el mito de nuestros antepasados sobre Eros y Psique. Es una gran impudicia, un gran peligro encender la luz, ahuyentar la oscuridad y ver estos dos cuerpos que se abrazan. Lo sabías tú, que ocultaste en la oscuridad divina del amor a tu amada compañera, Jerónima de las Cuevas; lo mismo he hecho yo con mi Jerónima. Compañera valiente de lucha, fuente fresca en nuestro inhumano desierto, gran consuelo. Pobreza, miseria—tienen razón los cretenses al decirlo—, pobreza, miseria no son nada, basta con tener una buena esposa; nosotros dos hemos tenido una buena esposa, la tuya se llamaba Jerónima, la mía, Eleni. ¡Qué suerte la nuestra, abuelo! ¡Cuántas veces al mirarlas nos hemos dicho para nuestros adentros!: «¡Bendita la hora en que nací!».

Pero las mujeres, ni siquiera las más amadas, no nos han desviado de nuestro camino; no hemos seguido

nosotros el suyo, lleno de flores, las hemos llevado con nosotros, o mejor dicho, no las hemos llevado, ellas por propia voluntad, compañeras valientes, nos han acompañado en nuestra ascensión.

El relato que hace Eleni de los últimos momentos de Casandsakis es sobrecogedor. Las tres últimas líneas de su libro biográfico sobre su Bien son: «En pie, como vivió, entregó su alma, como el rey que después de haber celebrado un gran banquete se levantó, abrió la puerta y sin mirar atrás cruzó el umbral».

La primera carta que, al día siguiente de su muerte, muy pocas horas después, su viuda Eleni escribe a Prevelakis, en Atenas, parece una partida de defunción:

Friburgo, amanecer, 27-10-57

Querido hermano,

El mundo se ha marchitado a mi alrededor, me parece que de ahora en adelante lo veré a través de los ojos cerrados de Casandsakis. ¡Ah, Pandelis, querido, no he podido salvarlo! Fue extraordinario; el médico entraba y salía y brillaba como el sol y gritaba «*¡Aber Kazantzakis ist gesund! ¡Ich sage es Ihnen, der Mann ist gesund!* » [¡Pero Casandsakis está fuerte! Se lo digo yo, ¡este hombre está fuerte!].

Y de repente, la muerte puso el pie en nuestra clínica. A tres griegos los segó como a espigas en cinco días. Y todos diciéndome: «*Ja, aber Kazantzakis ist etwas anders...*» [¡Sí, pero Casandsakis es otra cosa...!].

[...] Ayer por la noche, a las diez y veinte, cerró sus ardientes ojos. Anteayer vino Albert Schweitzer a felicitarlo porque se había curado. Fue una conmovedora y extraña escena. Nicos saltó de la cama, tendió los brazos y lo

abrazó. Encontró tanta fuerza para hablar y reír, que todos dijimos: «Es una roca, no teme las olas».

Querido Pandelis, reza por mí para que me mantenga digna de él, tan buena, tan justa, tan por encima de la suciedad de este mundo.

Eleni [25](#) .

¡Cuánta razón tenía Eleni al pedir a Prevelakis esta plegaria! Ella se mantuvo «digna de él, buena, justa, por encima de la suciedad de este mundo». Sobrepassó con creces aquella plegaria.

Mientras Casandsakis murió a los setenta y cuatro años, su esposa Eleni se fue a los ciento uno. Sus últimas palabras, mientras miraba la imagen de la Virgen, en la habitación del hospital *Enrico Dinan* —su médico de cabecera de siempre, el cretense Nicos Marcakis— fueron literalmente, según yo las escuché: «Virgencita mía, Virgencita mía. Nicos mío, Nicos mío». Era como si estuviera en comunicación con él. ¿Y la Virgen? En sus viajes, Casandsakis llevaba con él un pequeño icono de la Virgen morena *Brefocratusa*. «LA VIRGEN COMPAÑERA DE VIAJE », había escrito en el reverso del icono. Yo estaba junto a Eleni en aquel momento y le cerré los ojos, como ella había hecho con él hacía cuarenta y siete años. Había vivido a su lado treinta y tres años y nunca la había avergonzado a causa de una mala acción, como ella misma escribió en el texto introductorio a *Informe al Greco* (pág. 97).

La noche del 3 de noviembre de 1957, Nicos Casandsakis llegó, en un féretro, en tren, a Atenas, procedente de Friburgo. Al día siguiente fue trasladado en avión a su ciudad natal. El 5 de noviembre se celebró el funeral en la catedral de San Menas, y a continuación, el cortejo fúnebre por las calles de Iraclio, abarrotadas de gente. El gran cretense autoexiliado durante once años ininterrumpidos, que siempre llevaba con él un puñado de tierra de Creta, lo apretaba en su mano y le daba fuerza, que mientras vivió en el extranjero su corazón vagaba por Grecia [26](#) , que «llevaba a toda Grecia bajo sus párpados» [27](#) , recibe

sepultura en el histórico Bastión Martinengo, encima de las murallas venecianas de Iraclio.

En la Clínica Universitaria de Friburgo, los médicos habían pedido a Eleni que les permitiera quedarse con su cerebro para investigar la causa y el origen de su talento. Eleni se negó, les dijo que Casandsakis era tierra de Creta y lo trasladaría allí para depositarlo íntegro en Creta, la isla de donde procedía su madre y también él. Lo devolvería a la tierra de la que estaba hecho su cuerpo para que se convirtiera en tierra de Creta. Entre mis papeles he encontrado una fotocopia del manuscrito de Eleni N. Casandsakis con un fragmento lapidario de una carta de Casandsakis a su amigo Renaud de Juvenel: «Cuando escribo sobre Creta no tengo más que copiar a mi corazón. Mi pluma no lo alcanza».

Justo enfrente de la tumba de Casandsakis se encuentra el Jujtas, una montaña que se asemeja a un hombre tendido boca arriba. La leyenda dice que el Jujtas es el dios Zeus petrificado. Lo enterraron allí. Pero era un dios, se levantó para salir de la tumba y al brusco contacto con la luz, se convirtió en piedra. Nicos Casandsakis yace frente a él, divinidad del espíritu, él mismo, que «se fue» y dejó su luz. En su tumba, lugar de peregrinación de la humanidad, casi nunca han faltado flores frescas, flor, también él, sobre las murallas, como escribe a propósito de las valientes hazañas de la Libertad cretense. Cuando, en diciembre de 1932, preparaban los restos mortales de su padre, el capitán Mijalis, para su funeral, vieron su pecho salpicado de cicatrices de heridas, de «heridas de guerra», diríamos hoy. Su corazón tuvo la suerte de vivir y reír cuando Creta consiguió la libertad. En su espalda, ni una herida porque nunca volvió la espalda al enemigo (*Informe al Greco*, pág. 108). El feroz ogro que jamás reía, el capitán Mijalis, en el fondo una persona bondadosa, amable y sensible, no pudo soportar más de nueve meses la pérdida de su esposa, su «Mariyís», que tenía «la paciencia, la resistencia y la dulzura de la tierra» (*Informe al Greco*, pág. 122) y fue a buscarla.

* * *

Informe al Greco, pese a que cronológicamente no cubre toda la vida de Casandsakis y desde el punto de vista temático no abarca toda su obra, contiene, no obstante, las bases de su trayectoria y las fuentes y los detonantes de su creación literaria, que incesantemente remodeló, enriqueció y perfiló. Cronológicamente, esta autobiografía espiritual novelada llega hasta las vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Se encontraba en Londres cuando las primeras bombas cayeron sobre la capital británica. Hasta ese momento Casandsakis había estado considerado más como poeta —tenemos su *Odisea*, de 1938—, ensayista, dramaturgo, pensador, escritor de diarios de viajes, periodista, traductor, incluso corresponsal de guerra y, a veces, político.

Había escrito ya novelas, como *Almas partidas* (se publicó en 1909-1910 en el boletín *Numás*, y fue editado por primera vez por mí mismo como libro en 2007), *Toda-Raba* y *El jardín de rocas*, pero no había sido visto como novelista, no se le había considerado básicamente como tal. Había abarcado ya todos los géneros literarios. Su primera aparición sensacional como novelista fue con su popularísima novela *Vida y hechos de Alexis Sorbás*, que escribió en Egina durante el periodo de ocupación alemana, para ser editada por primera vez por D. Dimitracos, en 1946.

Muy pocos años después se lanza literalmente a la novela y en esta forma de escritura será caracterizado como uno de los gigantes de nuestra época. El 19 de enero de 1965, el periódico *The New York Times*, al hacer la crítica de su novela *Los hermanos enemigos*, editada en inglés ese mismo año, escribe lo siguiente:

More than seven years after his death, English – speaking readers are bening offerend fresh evidence that Nikos Kazantzakis was one of the giants of our time [...]. «Más de siete años después de su muerte, los lectores anglófonos tienen un testimonio extra de que Nicos Casandsakis ha sido uno de los gigantes de nuestro tiempo» [...].

Quisiera añadir lo siguiente: la esposa de Casandsakis, Eleni, de muchas formas desempeñó un papel decisivo en la vuelta del escritor a la novela, género que fundamentalmente lo consagró como un clásico. En el Bastión Martinengo reposa también ella, a pocos metros de su Bien.

* * *

Merece la pena resaltar algunos elementos que constituyen el andamiaje de la teoría vital de Casandsakis. En primer lugar, la forja de su alma a través de las luchas cretenses por la libertad, cuyo ideal quedó impreso en su mundo interior, regado, a su vez, desde el principio, por fuentes religiosas, por inclinaciones a la santidad, por ascetismo y soledad, por anhelo de partir hacia viajes lejanos y exploraciones, y por muchos sueños, retando al mismo Dios a convertirlo a él en un dios, mientras recorre los sagrados lugares de su permanente presencia en la tierra o de su culto, el Monte Atos, el Sinaí, hollado por Dios, Jerusalén. A su mente siempre venían las palabras «Dios» y «Subida», y la subida era el único camino hacia Dios.

Llama «peregrinación» a su viaje por Grecia, ensalza la amistad y la vuelta con los hombres, a las mujeres que tanto le influyeron con su gracia y su pasión, a Nietzsche, que es para él el «Gran Mártir». Sufre por el destino de su patria y la asiste con abnegación y ternura. Sorbás está presente desde muy pronto, por la «mirada virgen» con la que contempla y vive el mundo, por su coraje, y también porque hace lo que él mismo no se atreve a hacer. Como he dicho antes, la obra que consideraba Su Obra por antonomasia es la epopeya del astuto e incansable viajero Odiseo, su *Odisea*, en la que el héroe antiguo no es otra cosa que una alegoría del propio Casandsakis. Odiseo es el arquetipo del hombre futuro. Escribe sobre él, pero también sobre sí mismo, en *Informe al Greco* (pág. 663):

Pero ahora, en la vejez, permanecía de pie ante el abismo, sereno, sin miedo, ya no huía, ya no me sentía anonadado. O mejor dicho, no yo, sino el Odiseo que

estaba creando; lo creaba para que afrontara con serenidad el abismo y, al crearlo, buscaba parecerme a él, me creaba a mí mismo. En este Odiseo depositaba todos mis anhelos; era el molde que yo forjaba para que el hombre futuro se vertiera en él. Todo lo que yo había deseado realizar sin conseguirlo lo lograría él; él era el sortilegio que conjuraba las fuerzas tenebrosas y luminosas que crean el futuro. Piensa en lo bueno y lo bueno llegará. ¿Quién llegará?, el Odiseo creado. Él era el Arquetipo; la responsabilidad del creador es grande; abre un camino que puede seducir al futuro y forzar su decisión.

Y por supuesto, en los frescos de Cnosós se ve de nuevo a sí mismo luchando con el toro, y de ahí extrae y da forma a su idea filosófica de la *Mirada Cretense*, que está llena de miedo reverencial y santidad. Sabe que no se triunfa de la muerte. El mérito del hombre no es la Victoria, sino la lucha por la Victoria. Y más aún, vivir y morir valientemente, sabiendo que no existe recompensa, y que esto no lo desanime, sino que, al contrario, sea para él un motivo de alegría, de orgullo y de valor: de libertad. Escribe en *Informe al Greco* (pág. 657):

[...] hay tres criaturas de Dios que siempre me han hechizado y con las cuales he sentido una misteriosa unidad; se me presentaban siempre como símbolos que expresaban la trayectoria de mi alma: la oruga que se convierte en mariposa, el pez volador que salta fuera del agua esforzándose por superar su naturaleza y el gusano de seda que convierte en seda sus propias entrañas. [...]

La misma alegría y la misma emoción había sentido cuando vi en los frescos de Cnosós al pez volador desplegar sus alas y volar sobre el mar. Me había sentido entonces identificado con los antepasados más antiguos; seguía fielmente sus huellas después de miles de años y también yo transformaba la tierra de Creta en alas.

¿Pero acaso no fue también como un ala El Greco en Toledo, un alma grande con alas? Escribe Casandsakis (pág. 685):

Durante todo el día deambulé por las estrechas callejuelas de Toledo; olía a azufre, como si hubiera caído un rayo, como si hubiera pasado un león y el olor a fiera permaneciera en el aire todavía, más de tres siglos después de su paso. ¡Qué terror, qué alegría caminar y sentir que un alma grande bate con fuerza sus alas sobre ti!

Cuando, fascinado, Casandsakis recrea la vida del Greco, imagina también un inicio común de su vida, cuando eran jóvenes y amaban a la misma mujer sin disputársela, y le cantaban *madinades* bajo su ventana cerrada (pág. 686):

Y al alba nos separábamos, tú, sin dormir, a coger tu pincel para pintar, como acostumbrabas, ángeles con alas gigantescas que se salían del lienzo; y yo, extenuado de cansancio, volvía a casa a dormir y soñar que la ventana se había abierto y una manzana roja había caído en mi mano.

Y en la pág. 675: «Los prudentes nos han acusado de dar a los ángeles alas demasiado grandes, y de tener la osadía de querer lanzar la flecha más allá de los límites humanos».

La gran cuestión en *Informe al Greco* no es sólo qué cuenta, qué crea, qué describe —historia, leyendas, tradiciones, ideas, fervores y éxtasis, teorías filosóficas, destino y reconocimiento del hombre, lucha y reconciliación con la divinidad, hermanamiento con el hombre y la humanidad, su visión a través de los ojos del cuerpo y del alma, unión con todos los seres, comunicación con los elementos materiales e inmateriales y con las fuerzas visibles e invisibles—. La gran cuestión es cómo escribe todo esto. El 29 de mayo de 1950, en una carta a su amigo Menas Dimakis, le decía:

[...] Les parezco un erudito, un intelectual, un «cagatintas»; pero no soy nada de eso; cuando escribo, mis dedos no se manchan de tinta; se manchan de sangre. Yo creo que no soy más que esto: un alma insumisa que no acepta chupar caramelos [...] [28](#) .

Un alma insumisa que sólo venera la libertad y la santidad. La escritura de Casandsakis es magistral, fascinante, llena de expresividad, de carácter y de fuerza lírica y épica, sobria, penetra en el mundo interior del hombre y produce un escalofrío de emoción. En esto, como también en sus ideas, y en toda su composición, radica su misteriosa grandeza intelectual. *Informe al Greco* es la cima de un alma y de un corazón. Esta es la razón por la que a lo largo del tiempo sigue siendo catalogada como uno de los libros más bellos del mundo.

Informe al Greco ha sido traducido y editado en muchas lenguas extranjeras y sobre esta obra se han publicado multitud de comentarios laudatorios. De la edición francesa (París, Plon, 1961) tomamos el comentario del famoso académico Marcel Brion, que fue publicado en el periódico *Le Monde*. Brion dice que Casandsakis sabe reconocer lo sagrado en el mundo de los elementos naturales cuando lo encuentra, y en todas las cosas, y siente un gran respeto por todo lo que está vivo y existe, y este respeto es una de sus características esenciales. En el mismo comentario, Marcel Brion hace referencia al novelista alemán Thomas Mann, quien equiparaba a Casandsakis con los grandes poetas griegos de la Antigüedad. Mann había dicho, además, que «el espíritu de Homero había renacido en estos ardientes e impulsivos libros de excepcional vitalidad, que surgen a partir de un sempiterno panteísmo en el que toda la naturaleza, hasta la más humilde planta de la colina, es sacralizada».

Thomas Mann, acérrimo anti nazi, fue perseguido por el régimen de su patria, huyó a América en 1933, adquirió la nacionalidad americana en 1952 y fue profesor de la universidad de Princeton. Casandsakis también fue perseguido por su patria, sin perder la nacionalidad griega, y no aceptó la nacionalidad que le ofreció Francia, para facilitarle las cosas en su vida y en su

obra. Esto también forma parte del destino de los grandes hombres. En cuanto a la referencia a que era nazi, añadiré lo siguiente: en una fotografía tomada en Egina durante la ocupación alemana, Casandsakis aparece esquelético debido al hambre. Trece años más tarde, los médicos de Friburgo preguntaron a Eleni si su esposo había estado preso en un campo de concentración alemán...

* * *

Me sucedió a mí personalmente en Londres, hace ya bastantes años. Como suelo hacer, entré en una conocida librería y busqué libros de Nicos Casandsakis, más que nada, para ver si los tenían. Me dirigí a la responsable y le dije que no encontraba libros de Casandsakis. Me preguntó en qué sección los había buscado. Le dije: «En novelas, en poesía, en libros de viajes, en teatro, en filosofía...». Me respondió que no los encontraría en estas secciones por géneros literarios, porque lo tenían catalogado entre los clásicos, y me indicó dónde debía buscarlo: «Con Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Tucídides», mencionó, entre otros. Y, yendo más adelante en los siglos, citó a Shakespeare, Goethe, Dante, Hugo. Me miraba y yo la miraba a ella como si fuéramos parientes espirituales. «Allí, junto a ellos lo encontrará» —me dijo sonriendo con aire triunfal, ¡como si Casandsakis fuera algo suyo!—. Esta fue la información que dio a un visitante casual que pedía libros. Lo encontré, pues, pero sigo buscándolo y examinándolo incesantemente, esforzándome en captar su inabarcable inmensidad y grandeza.

PÁTROCLOS STAVRU,
marzo-abril de 2009

¹ Eleni N. Casandsakis, *Nicos Casandsakis. El inconformista. Biografía basada en sus cartas y escritos inéditos*, supervisión de Pátroclos Stavru, 3.^a ed., Atenas, Ediciones Casandsakis, 1998, págs. 549-550.

[2](#) *Cuatrocientas Cartas de Casandsakis a Prevelakis*, 2.^a ed., Atenas, Ediciones Eleni N. Casandsakis, 1984, pág. 169.

[3](#) *Ibídem* , pág. 184.

[4](#) *Ibídem* , pág. 677.

[5](#) *Nicos Casandsakis. El inconformista, op. cit.*, pág. 623.

[6](#) *Cuatrocientas Cartas, op. cit.*, pág. 538.

[7](#) *Revista Nea Estía* año 51, tomo 2, fascíc. 1211 (Navidad de 1977), pág. 303.

[8](#) *Ibídem*, pág. 296.

[9](#) *Ibídem* , pág. 297.

[10](#) *Ibídem*, págs. 298-299.

[11](#) *Cuatrocientas Cartas, op. cit.*, págs. 702 -703.

[12](#) *Nicos Casandsakis. El inconformista, op. cit.*, págs. 45-46.

[13](#) *Cuatrocientas Cartas, op. cit.*, pág. 705.

[14](#) *Ibídem*, pág. 706.

[15](#) *Ibídem*, pág. 710.

[16](#) *Ibídem*, pág. 713.

[17](#) *Ibídem*, pág. 714.

[18](#) *Ibídem*, pág. 715.

[19](#) *Ibídem*, pág. 719.

[20](#) En época bizantina los *acritas* eran los defensores de las fronteras de Asia Menor, y a veces fueron tomados como símbolo de la lucha por la libertad durante la turcocracia. Sus hazañas guerreras han permanecido en una larga tradición épica de canciones acrílicas (de frontera) cuyo máximo exponente literario es el poema épico bizantino *Diyenís Acríta* , que narra las gestas de este héroe bizantino.

- [21](#) Nicos Casandsakis. *El inconformista*, op. cit., pág. 643.
- [22](#) Nicos Casandsakis. *El inconformista*, op. cit., págs. 648-649.
- [23](#) *Ibídem*, pág. 732.
- [24](#) *Ibídem* , págs. 651-652.
- [25](#) *Cuatrocientas Cartas*, op. cit., págs. 734-735.
- [26](#) Nicos Casandsakis. *El inconformista*, op. cit., pág. 634.
- [27](#) *Ibídem*, pág. 557.
- [28](#) Nicos Casandsakis. *El inconformista*, op. cit., págs. 568-569.

Glosario de términos no traducidos

Almalafa: Abrigo largo y amplio que llevan las mujeres turcas sobre la ropa de vestir.

Altis: Del griego antiguo, ἄλσος , que significa bosque, recinto sagrado de Olimpia, al pie del río Alfeo. En él fueron construidos los templos y monumentos.

Amanés (plural, *amanedes*): Composición poética, a veces con estrofas, para ser cantada, en diferentes lenguas, en la que se repite la interjección de lamento *amán, amá n*.

Arjontariki: En los monasterios, la sala de recepción de huéspedes.

Arjontaris: Monje encargado de la recepción de huéspedes en un monasterio.

Arjontikó: Sala de recepción de huéspedes y visitantes de un monasterio (también, *arjontariki*).

Babulas: Una especie de demonio imaginario con el que en Grecia se asusta a los niños. Equivale a nuestro «Coco».

Briki: Pequeño cacito de cobre con mango largo en el que se prepara el café en Oriente.

Café amá n: Establecimiento de origen turco donde se beben sorbetes y alcohol y se cantan *amanedes* .

Cafenío : Café, lugar donde se reúnen exclusivamente los hombres para tomar café y jugar al tavli.

Carayiosis: Del turco *karagöz*, literalmente «ojos negros», principal personaje del teatro de sombras urcomano. Alude también a los payasos y hazmerreír que había en palacio para distraer al sultán y a los mandatarios de la corte. Se convirtió en el personaje central del teatro de sombras griego y llegó a

representar la quintaesencia del espíritu popular, ese espíritu granuja, espontáneo e incontenible que corre por las calles.

Chípuro: Aguardiente que se obtiene de la destilación del hollejo de la uva, después de haberla prensado para sacar el vino.

Có liva: Gachas de trigo que se hacen en honor de los muertos y se ofrecen en los funerales y en los aniversarios de la muerte.

Comboloi: Una especie de rosario de los musulmanes, que también usan los griegos para relajar los nervios.

Comitatsides: Guerrilleros búlgaros de la época de las guerras balcánicas.

Curabiés (plural, *curabiedes*): Dulce de harina y almendras cubierto de azúcar molida. Es típico sobre todo de Navidad.

Demogerontes: Los notables griegos que formaban el Consejo local en colonias o asentamientos de griegos en el extranjero, o en territorios griegos sometidos a los turcos.

Drosulites: Formas humanas que aparecen en la llanura de Frangocastello (Sfakiá, Creta) producidas por efecto del rocío de la mañana a finales de mayo. La tradición popular cree que pertenecen a combatientes que cayeron luchando allí.

Efendi : Término turco, *efendim*, que significa «amo», «patrón». También tratamiento de cortesía que denota categoría social, dignidad.

Elohim: En hebreo *Elohim*, plural mayestático o el superlativo que significa dioses (en singular *El*, o *Eloha*, Dios). El plural debería entenderse como «dioses», o en sentido abstracto, «divinidad».

Epitafio: Lienzo sagrado con la representación del entierro de Cristo. Se guarda en el presbiterio y se expone para su adoración únicamente durante el Viernes Santo y la mañana del Sábado Santo. En estos días está bajo palio adornado con flores, llamado también epitafio.

Epítropi (en singular, *epí tropos*): Miembros de la Junta de Gobierno del Monte Atos, formada por representantes de todos los monasterios.

Fellahs: Campesinos egipcios.

Filikí Etería (Φιλική Εταιρεία): Sociedad secreta fundada en Odesa, a principios del siglo XIX que desempeñó un importante papel en la preparación de la Revolución griega de 1821.

Fustanela: Falda plisada blanca, que forma parte del traje típico griego. Actualmente constituye el uniforme de gala de los *evsones* , soldados griegos.

Gorgona: Existe en Grecia una tradición popular, generada en una leyenda bizantina, que presenta a la Gorgona como hermana de Alejandro Magno, transformada en sirena, con forma de pez de cintura para abajo.

Hadsíes (en singular, *hadsí*): Peregrinos musulmanes que han ido a la Meca o cristianos que lo han hecho a Jerusalén.

Hammam: Baño turco.

Hanum: Nombre que se da en turco a la esposa.

Henna: Alheña.

Hierominía: En la antigua Grecia, periodo en el que se celebraban los Juegos Olímpicos, y en el que había que respetar la Tregua Sagrada.

Higúmeno: Abad o superior de un monasterio.

Hodsa: Imán, musulmán consagrado que conoce la ley islámica.

Hybris: Palabra del griego antiguo que significa «desmesura», un pecado que los dioses castigan en los humanos que pretenden sobrepasar sus límites.

Iconostasio: Pantalla arquitectónica con iconos que aísla el presbiterio y su altar del resto del templo. Lleva tres puertas, una mayor, central, y dos laterales.

Kabuk: Alto bonete cónico que llevan los derviches.

Knut: Látigo ruso.

Konak: Denominación turca para una casa señorial, una mansión o palacete, esté en el campo o en la ciudad.

Liraris: Tañedor de lira cretense.

Lucumades (en singular, *lucumás*): Buñuelos bañados en miel, sirope y canela.

Lucumia (en singular, *lucumi*): Dulce tradicional griego de origen turco (*Rahat lokum*). Es gelatinoso, semejante a una gominola. Se hace con almendras molidas, pétalos de rosa o chocolate y está recubierto de azúcar.

Madinada : Canción popular cretense en dísticos decapentasilabos. El término procede de la palabra veneciana *matinda*, canción nocturna que el enamorado cantaba bajo la ventana de su amada, equivalente a nuestra serenata. No obstante en Creta las *madinades* se cantaban y se bailaban en todas las fiestas sociales, bautismos, bodas, etc., y ofrecían los más variados temas, muchas veces sarcásticos y satíricos. Las componían poetas o autores anónimos llamados *rimadori*, que improvisaban los textos y la música.

Medsidies (en singular, *medsidí*): Moneda turca de plata, equivalente a 500 piastras. Toma el nombre del sultán Abdülmecid (1839-1861), responsable de la modernización de Turquía, con las grandes reformas conocidas como *Tanzimat* (Reorganización).

Miroloi: Canto de duelo que ejecutan las plañideras que velan al difunto.

Nisamies: Término turco, *nizamiye* , que significa «ejército regular». El griego la ha adoptado bajo la forma *νιζάμης* [*nisamís*], singular, *νιζάμιδες* [*nisámides*], plural. Nosotros hemos hispanizado morfológica y fonéticamente el turquismo.

Ocás: Antigua medida de peso. Un *ocás* equivale a 1.282 gramos.

Odá s: En sentido estricto, es una zona elevada en la casa, a modo de entresuelo que hace las veces de dormitorio, comunicada por una escalera con la sala. Pero también se aplica el nombre a la gran sala con la que se comunica.

Palicari: Palabra griega que designa a un joven aguerrido y valiente, *palicaria* en plural.

Protaton: Sede de la Sagrada *Epistasía* o Junta de Gobierno del Monte Atos.

Psinosis: Libro de oraciones y oficios religiosos.

Romeos: En el mundo árabe y otomano, *rum*, *rumi* (de Rumelia) es la denominación general para todos los cristianos sean o no griegos (pueden ser búlgaros, serbios, etc., pero como, en general, todos son, además, ortodoxos y dependientes del Patriarca griego, *romió* s es sinónimo también de griego). Los propios cristianos se autodenominan *romioj*, *romiós*, en singular, ya en época bizantina.

Rumeliota: Habitante de Rumelia, antigua región del Imperio Otomano al sur de los Balcanes. En 1885 la parte oriental fue incorporada a Bulgaria, el resto, después de la primera guerra balcánica (1912-1913), fue dividido entre Albania, Serbia y Grecia.

Sheik: Jeque.

Simandro: Tabla de madera o metal que, tocada a modo de campana con un martillo de madera, llama a la oración. Se utiliza en los monasterios.

Sofrá: Mesa redonda y baja en torno a la cual se sientan los turcos, sobre cojines.

Spondoroí: En la antigua Grecia, heraldos oficiales que, enviados a los confines del mundo antiguo, anunciaban el inicio de la Tregua Sagrada para celebrar las Olimpiadas.

Tsarují es: Zuecos de cuero rígido con un pompón rojo en la punta. Actualmente forman parte del uniforme de los *evsones* . El término es turco, *çarik*, «sandalia», «babucha de campesino».

Tümbeleks: Instrumento musical de percusión turco (timbal), formado por una base cerámica sin fondo, con una piel tensada en el otro extremo.

Yilabs: Del árabe clásico *yilbá*, equivalente a chilaba en Marruecos.

LAS ADVOCACIONES DE LA VIRGEN

La Virgen fue la figura más representada por los iconógrafos bizantinos desde el siglo V al XVII. Suele aparecer hierática y majestuosa, con la cabeza cubierta por un velo o manto. Los colores y los signos que aparecen junto a la figura de la Virgen tienen un profundo sentido teológico. Generalmente presenta al niño en sus brazos y este tiene rasgos de adulto. Las advocaciones marianas en Oriente son tantas que superan a las de Occidente. Los nombres de los iconos están en relación con el tema que representan, mientras otros deben su nombre al lugar donde fueron hallados, siempre milagrosamente:

Antifonitria: «La que responde», porque el icono fue encontrado por un monje detrás de una zarza, que se disponía a quemar para pasar. La Virgen al verse en medio de las llamas gritó: «Estoy aquí». El monje al oír la voz, apagó la zarza y encontró el icono milagroso.

Ceotocos: «La que pare a Dios», sentada en un trono, con el niño en su regazo, ambos de frente.

Ctitorisa: Su descubrimiento se relaciona con la construcción del monasterio de Vatopedi (es otra advocación de la Vimatarisa).

Eleovtrisa (*Eleovrótida* en el texto): Encontrada en la bodega donde se guardaba el aceite del monasterio de Vatopedi. El icono está relacionado con un milagro de multiplicación del aceite en momentos de gran escasez.

Glicofilusa: «La Virgen del dulce beso», sostiene al niño, que toca con su cara la mejilla de su madre y ella le echa el brazo sobre el hombro, gesto que muestra el fuerte vínculo y la ternura que los une.

Jrisoscalitisa: La Virgen de la Escala de Oro.

Odigitria: «La que muestra el camino», la Virgen señala con la mano al niño, en sus brazos, para indicar a los fieles que la verdad se encuentra en él.

Paramicia: o Virgen de la Consolación (una pintura mural en el monasterio de Vatopedi).

Platí tera: Por el lugar donde fue encontrada, la *platítera* de la iglesia del monasterio, es decir, la exedra que cierra el *vima*, detrás del altar: la Virgen está pintada de frente, con actitud majestuosa y seria, a veces, en actitud orante.

Portaitisa: «Que guarda la puerta», como la del monasterio de Ivron.

Sfagmeni: «Herida», porque un monje en un arrebato de ira le clavó un cuchillo en la mejilla y el icono empezó a sangrar

Vimatarisa: llamada así porque se encontró milagrosamente debajo del *vima* (βήμα) de la iglesia del monasterio de Vatopedi. Se llama *vima* a la parte detrás del iconostasio, más elevada que el resto del templo, donde se encuentra el altar y donde tienen lugar los misterios de la Eucaristía. Está reservada al sacerdote y a ella no pueden acceder los fieles.

Título original: *Αναφορά στον Γκρέκο*

Edición en formato digital: 2014

© Kazantzakis Publications
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.)
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3272-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com